# Mil otoños

David Mitchell



Lectulandia

El joven holandés Jacob de Zoet está en Deshima, único enclave comercial japonés que permite la presencia extranjera durante la era Edo. Jacob aspira a juntar en cinco años el dinero suficiente para casarse con la bella Anne. Pero su estancia se complica al conocer a Orito, una atractiva e inteligente comadrona que al morir su padre, el prestigioso doctor Aibagawa, desaparece misteriosamente.

Sumido en una red de intrigas de comerciantes, timadores y colegas, Jacob tratará de descifrar el contenido de un oscuro pergamino que supuestamente podría ofrecerle la clave para entender la desaparición de su amor prohibido, y los secretos que rodean a la enigmática Hermandad del monte Shiranui.

Lectulandia

David Mitchell

# Mil otoños

**ePub r1.0**
**Cygnus** 18.05.14

Título original: *The Thousand Autumns of Jacob de Zoet*
David Mitchell, 2010
Traducción: Víctor V. Úbeda
Ilustraciones: En capítulos 3, 19 y 26 por Jenny Mitchell. En capítulo 22 por Stanley Mitchell. La ilustración en capítulo 1 es de William Smellie de, *Tablas anatómicas, con explicaciones, y un compendio de la práctica de la partería* (Londres, 1754). La ilustración en capítulo 11 es de William Cheselden, *Osteografía, o Anatomía de los huesos* (Londres, 1733). La ilustración en capítulo 16 es de Robert Hooke, *Micrografía: o, algunas descripciones fisiológicas de los organismos diminutos vistos a lupa: con observaciones y consultas por R. Hooke* (Londres, 1665)
Retoque de cubierta: Cygnus

Editor digital: Cygnus
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A K, H y N, con amor

# Nota del autor

El puerto de Batavia, en la isla de Java, era el cuartel general de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (en holandés, Vereenigde Oost-Indische Compagnie, o VOC, literalmente «Compañía Unida de las Indias Orientales») y el punto de partida y llegada para los navíos de la VOC que hacían la ruta de Nagasaki. Tras la ocupación japonesa del archipiélago en la Segunda Guerra Mundial, Batavia volvió a denominarse Yakarta.

A lo largo de la novela, las fechas japonesas se indican mediante el calendario lunar, que, dependiendo del año, podía tener un retraso de entre tres y siete semanas respecto del gregoriano. Así, el «día primero del primer mes» no corresponde al uno de enero, sino a una fecha variable entre finales de enero y la primera mitad de febrero. Los años se designan con el nombre de las eras japonesas correspondientes.

Todos los nombres japoneses que aparecen en el texto figuran con el apellido en primer lugar.

# I

## La novia para la que bailamos

*Año undécimo de la era de Kansei*



1799

# I

## Casa de la concubina Kawasemi, en lo alto de Nagasaki

*La novena noche del quinto mes*

—¿Señorita Kawasemi? —Orito se arrodilla en un futón viejo y pegajoso—. ¿Me oye?

En el arrozal que se extiende detrás del jardín estalla una cacofonía de ranas. Orito enjuga con un paño húmedo el rostro empapado en sudor de la concubina.

—Hace horas que no pronuncia palabra —dice la criada que sostiene la lámpara.

—Señorita Kawasemi, me llamo Aibagawa. Soy comadrona. Quiero ayudarla.

Kawasemi abre los ojos y emite un débil suspiro antes de volver a cerrarlos.

No tiene fuerzas, piensa Orito, ni para temer a la muerte.

El doctor Maeno susurra a través de la cortina de muselina.

—Me gustaría examinar personalmente la presentación del bebé… —El anciano especialista escoge con cuidado las palabras—. Pero parece ser que está prohibido.

—Mis órdenes son muy claras —dice el chambelán—. Ningún hombre puede tocarla.

Orito levanta la sábana ensangrentada y, tal como le habían informado, ve el brazo flácido del feto saliendo por la vagina hasta el hombro.

—¿Había visto alguna vez una presentación así? —pregunta el doctor Maeno.

—Sí, en un grabado incluido en el texto holandés que estaba traduciendo mi padre.

—¡Es lo que estaba deseando oír! ¿Las Observaciones de William Smellie?

—Sí. El doctor Smellie lo denomina —Orito emplea el holandés—. «Prolapso de brazo».

Orito agarra la muñeca cubierta de mucosidad para tomarle el pulso.

Maeno le pregunta en holandés:

—¿Qué opina?

No hay pulso.

—El bebé está muerto —contesta Orito en el mismo idioma— y, si no lo extraemos, la madre no tardará en morir.

Colocando las yemas de los dedos en el vientre dilatado de Kawasemi, la comadrona palpa la protuberancia que hay alrededor del ombligo invertido.

—Era niño.

Se arrodilla entre las piernas abiertas de Kawasemi, reparando en lo estrecho de su pelvis, y, al olfatear la hinchada vulva, percibe la mezcla acre de excremento y sangre grumosa, pero no el típico tufo de un feto podrido.

—Ha muerto hace una o dos horas.

Orito pregunta a la criada:

—¿Cuándo rompió aguas?

La criada sigue muda de estupor por oír una lengua extranjera.

—Ayer por la mañana —contesta impasible el ama de llaves—, durante la hora del dragón. Nuestra señora se puso de parto poco después.

—¿Y cuándo fue la última vez que el bebé dio patadas?

—Hoy, cerca del mediodía.

—Doctor Maeno, ¿diría usted que el bebé está… —la comadrona emplea el término holandés— en «posición podálica transversal»?

—Podría ser —contesta el doctor en el mismo lenguaje cifrado—, pero así, sin un examen…

—El bebé se ha retrasado veinte días, o más. Tendría que haberse girado.

—El bebé está descansando —le dice la criada para tranquilizar a su señora—. ¿No es así, doctor Maeno?

—Me parece —titubea el honrado médico— que podría tener usted razón.

—Mi padre me dijo —afirma Orito— que el doctor Uragami atendería el parto.

—Así es —dice gruñendo Maeno—, pero desde su cómodo despacho del hospital. Cuando el feto dejó de dar patadas, Uragami, por razones geománticas sólo al alcance de genios como él, determinó que el espíritu del niño se resistía a venir al mundo. A partir de ese momento, el nacimiento depende exclusivamente de la fuerza de voluntad de la madre. —El muy bellaco, piensa Maeno, no se arriesga a manchar su reputación atendiendo el parto del mortinato de un hombre tan ilustre—. Entonces, el chambelán Tomine convenció al magistrado de que me llamase. Cuando vi el brazo, me acordé del médico escocés y solicité su ayuda, señorita Aibagawa.

—Mi padre y yo estamos sumamente honrados por su confianza —dice Orito.

… y maldigo a Uragami, piensa la mujer, por su mortífera renuencia a quedar en entredicho.

De repente dejan de croar las ranas y, como si se hubiese abierto una cortina de ruido, se oye el rumor de la ciudad de Nagasaki celebrando la llegada del barco holandés.

—Si el niño está muerto —dice Maeno en holandés—, debemos extraerlo ya.

—Estoy de acuerdo.

Orito le pide al ama de llaves que le traiga agua tibia y unos pedazos de tela, y descorcha un frasco de sales de Leiden bajo la nariz de la concubina para arrancarle unos instantes de lucidez.

—Señorita Kawasemi, en los próximos minutos traeremos a su hijo al mundo. Pero antes, ¿me permite palparla por dentro?

La concubina tiene otra contracción y se ve incapaz de responder.

El agua tibia llega en dos jofainas de cobre mientras remiten los espasmos.

—Deberíamos contarle —propone en holandés el doctor Maeno a Orito— que el bebé está muerto. Y después amputar el brazo para extraer el cadáver.

—Primero quiero introducir la mano para ver si el feto está en posición cóncava o convexa.

—Si es capaz de averiguarlo sin cortar el brazo —Maeno quiere decir «amputar»—, proceda.

Orito se lubrica la mano derecha con aceite de colza y se dirige a la criada:

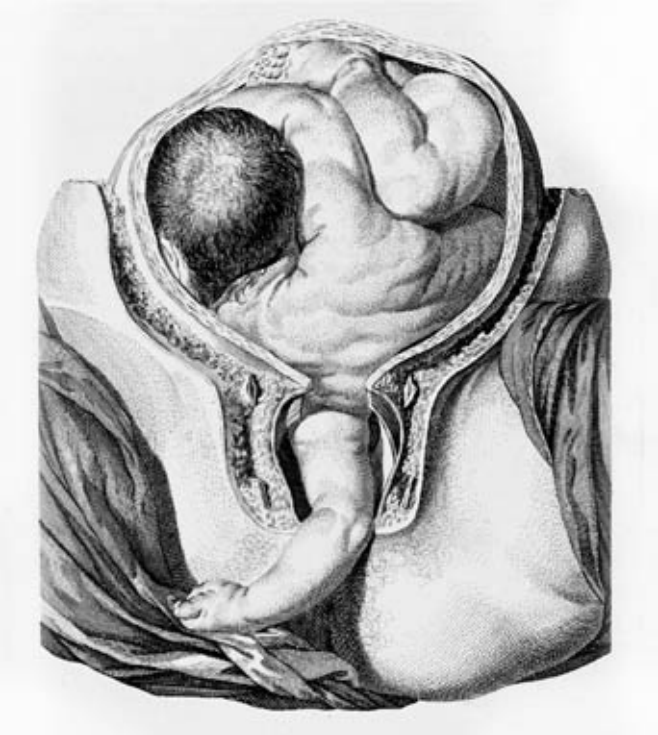
—Dobla un trozo de tela y haz una almohadilla… así, eso es. Estate preparada para encajársela a tu señora entre los dientes y que no se corte la lengua de un mordisco. Deja un espacio a los lados para que pueda respirar. Doctor Maeno, voy a empezar mi inspección.

—Es usted mis ojos y mis oídos, señorita Aibagawa —repone el médico.

Orito mete los dedos entre el bíceps del feto y los labios magullados de la madre hasta introducir la mitad de la muñeca en la vagina. Kawasemi se estremece y gruñe.

—Perdón —dice Orito—, lo siento…

Los dedos se deslizan entre membranas calientes, piel y músculo aún bañado en líquido amniótico, y la comadrona visualiza un grabado procedente de ese reino bárbaro e ilustrado que es Europa…



Si la postura transversal es convexa, recuerda Orito, y, por tanto, el feto tiene la columna tan arqueada hacia atrás que la cabeza le aparece entre los tobillos, como un contorsionista chino, hará falta amputar el brazo, desmembrar el cadáver con fórceps

dentados y extraer los trozos uno a uno. El doctor Smellie advierte que cualquier trozo que se deje dentro del útero podría infectarse y causar la muerte de la madre. En cambio, si la postura transversal es cóncava y el feto tiene las rodillas apoyadas en el pecho, Orito ha leído que hay que cortar el brazo, girar el cuerpo, insertarle unos ganchos en las cuencas de los ojos y extraer el cuerpo entero de cabeza. El dedo índice de la comadrona localiza la nudosa columna del niño, le recorre el diafragma desde la costilla más baja y el hueso pélvico, y se topa con una minúscula oreja, una nariz, una boca, el cordón umbilical y un pene del tamaño de una gamba.

—Posición es cóncava —informa Orito al doctor Maeno—, pero tiene cordón umbilical alrededor de cuello.

—¿Cree que puede soltarlo? —pregunta Maeno, olvidándose de hablar en holandés.

—Bueno, debo intentarlo. La almohadilla, por favor —dice Orito a la criada—, ahora.

Cuando la tela está bien sujeta entre los dientes de la concubina, Orito hunde un poco más la mano, engancha el cordón con el pulgar y, tras hincar cuatro dedos bajo la mandíbula del feto, tira hacia atrás de la cabecita y le pasa el cordón por encima de la cara, frente y coronilla. Kawasemi grita, y a Orito le baja por el antebrazo un chorro de orina caliente, pero la maniobra ha dado resultado a la primera: se ha desatado la soga. La comadrona saca la mano e informa al médico:

—El cordón ya está suelto. ¿Por casualidad no tendrá su —en japonés no existe el término equivalente— fórceps?

—Lo he traído —dice Maeno dando unos toquecitos a su botiquín—, por si acaso.

—Podríamos intentar extraerlo —Orito cambia al holandés— sin amputar brazo. Cuanta menos sangre mejor. Pero necesito que me ayude.

El médico se dirige al chambelán:

—Para ayudar a salvar la vida de la señorita Kawasemi debo hacer caso omiso de las órdenes del magistrado y unirme a la comadrona al otro lado de la cortina.

El chambelán Tomine se ve en un peligroso dilema.

—Puede echarme la culpa —propone Maeno— de desobedecer al magistrado.

—La decisión es cosa mía —decide el chambelán—. Haga lo que tenga que hacer, doctor.

Empuñando sus tenazas curvas, el anciano se desliza con agilidad bajo la cortina.

Al ver el extraño artilugio extranjero, la criada profiere una exclamación de alarma.

—Un fórceps —replica el médico sin dar más explicaciones.

El ama de llaves levanta la muselina para ver.

—¡Eso no me gusta nada! Los extranjeros cortan y rebanan, y dicen que es

«medicina», pero no me entra en la cabeza que…

—¿Acaso le digo yo a la señora —gruñe Maeno— dónde tiene que comprar el pescado?

—El fórceps —explica Orito— no corta; sólo gira y extrae, como los dedos de una comadrona, sólo que más fuerte… —Vuelve a usar las sales de Leiden—. Señorita Kawasemi, voy a usar este instrumento para ayudar a nacer a su hijo. No tenga miedo ni se resista. Los europeos los usan siempre, hasta con las reinas y las princesas. Vamos a extraer a su hijo con cuidado y firmeza.

—Adelante… —La voz de Kawasemi es un quejido ahogado—. Adelante…

—Gracias, y cuando le pida a la señorita Kawasemi que empuje…

—Empujo… —La concubina está tan extenuada que ni le importa—. Empujo…

—¿Cuántas veces —pregunta Tomine asomando la cabeza— ha usado ese instrumento?

Orito se fija por primera vez en la nariz aplastada del chambelán: es una deformación tan fea como la quemadura que ella misma luce.

—Varias, y ninguna de mis pacientes sufrió dolor alguno.

Sólo Maeno y su alumna saben que los tales «pacientes» eran melones huecos y sus bebés, calabazas untadas de aceite. Por última vez, si todo va bien, la comadrona introduce la mano en el útero de Kawasemi. Los dedos encuentran el cuello del feto, rotan la cabeza hacia el cuello del útero, se resbalan, vuelven a agarrarse con más firmeza y dan un tercer giro al escurridizo cadáver.

—Ahora, doctor, por favor.

Maeno desliza el fórceps alrededor del brazo, hasta el eje.

Los demás se quedan sin habla; Kawasemi suelta un grito seco.

Orito nota las palas curvas del fórceps en la palma de la mano y maniobra para encajarlas alrededor del blando cráneo del feto.

—Ciérrelo.

Con cuidado pero con firmeza, el médico aprieta el fórceps.

Orito empuña los mangos del instrumento con la mano izquierda: la sensación es de una resistencia esponjosa pero firme, como gelatina de *koniaku*. La mano derecha, aún dentro del útero, rodea el cráneo del feto.

El doctor Maeno agarra a Orito de la muñeca con sus dedos huesudos.

—¿A qué esperan? —pregunta el ama de llaves.

—A la próxima contracción —contesta el médico—, que debe de estar a punto de…

Kawasemi vuelve a sentir dolor y empieza a jadear.

—A la una, a las dos —cuenta Orito— y… ¡empuje, Kawasemi-san!

—¡Empuje, señora! —le exhortan la criada y el ama de llaves.

El doctor Maeno tira del fórceps; Orito empuja con la mano derecha la cabeza del

feto hacia el canal del parto, y le pide a la criada que agarre el bracito y tire. A medida que la cabeza se acerca al canal, la comadrona percibe más resistencia.

—A la una, a las dos y… ¡a las tres!

Aplastando el clítoris de la concubina asoma la coronilla de un cadáver diminuto.

—¡Aquí está! —exclama estupefacta la criada, entre los chillidos animalescos de Kawasemi.

Enseguida aparece el cuero cabelludo del bebé; luego, la cara, laqueada de mocos… Y por fin el resto del cuerpo húmedo, pegajoso, exánime.

—Ay, pero… —balbucea la criada—. Ay. Ay…

El llanto agudo de Kawasemi se reduce a un gemido, y cesa.

Lo sabe. Orito suelta el fórceps, levanta al bebé inerte por los tobillos y le da unos azotes. No espera ningún milagro: lo hace por pura disciplina y prurito profesional. Al décimo azote se para. El bebé no tiene pulso. Orito acerca la cara pero no le llega ni un hálito de la boca ni de las fosas nasales. No hace falta anunciar lo evidente. Tras anudar el cordón cerca del ombligo y cortar el filamento cartilaginoso con el bisturí, la comadrona baña al mortinato en un caldero de cobre y después lo coloca en la cuna. Una cuna por ataúd, piensa, y por sudario las mantillas.

El chambelán Tomine da instrucciones a un criado que espera fuera.

—Informe a su señoría de que su hijo ha nacido muerto. El doctor Maeno y su comadrona han hecho cuanto estaba en sus manos, pero se han visto impotentes ante el dictado del Destino.

Ahora el temor de Orito es que sobrevenga una fiebre puerperal. Hay que extraer la placenta, aplicar *yakumosô* al perineo y restañar la sangre de una fisura anal.

El doctor Maeno se retira del rincón encortinado para dejar espacio a la comadrona.

De repente entra una polilla tan grande como un pájaro y choca contra la cara de Orito.

Al espantarla de un manotazo, la comadrona tira el fórceps, que estaba apoyado en una de las jofainas de cobre.

El fórceps aterriza ruidosamente en una tapa metálica; el estrépito asusta a una pequeña criatura que, no se sabe cómo, ha entrado en la estancia. Se oye un quejido, un lloriqueo.

¿Un cachorro?, se pregunta Orito, desconcertada. ¿O un gatito?

El misterioso animal vuelve a llorar, muy cerca: ¿está bajo el futón?

—¡Échalo! —ordena el ama de llaves a la criada—. ¡Échalo de aquí!

La criatura vuelve a maullar, y Orito se da cuenta de que el sonido procede de la cuna.

No puede ser, piensa la comadrona, que no quiere hacerse ilusiones. No puede ser…

Levanta de un tirón la sábana de lino en el momento exacto en que el bebé abre la boca.

El niño aspira aire una, dos, tres veces; el rostro, ya de por sí arrugado, se crispa aún más… y el déspota recién nacido, rosado y tembloroso, aúlla a la vida.

# II

## Camarote del capitán Lacy a bordo del *Shenandoah*, atracado en el puerto de Nagasaki

*Noche del 20 de julio de 1799*

—¿De qué otra forma —pregunta Daniel Snitker— puede un hombre resarcirse de las humillaciones diarias que sufrimos a manos de esas sanguijuelas de ojos rasgados? «El sirviente sin paga», dicen los españoles, «derecho tiene a cobrársela», y que me parta un rayo si por una vez no tienen razón los muy condenados. ¿Quién nos dice que dentro de cinco años va a existir aún una Compañía que pueda pagarnos? Ámsterdam está de rodillas; nuestros astilleros están parados; nuestras fábricas, en silencio; nuestros graneros, saqueados; La Haya es un teatro de marionetas manejadas desde París; los chacales prusianos y los lobos austríacos se ríen en nuestras fronteras. Y, por el amor de Dios, desde la batalla de Camperdown nos hemos convertido en un país marítimo sin armada. Los ingleses se han hecho con el Cabo, Coromandel y Ceilán sin despeinarse. ¡Y está claro que Java es el próximo pavo cebado para Navidad! Sin agentes neutrales como este yanqui —Snitker frunce el labio para señalar al capitán Lacy—, Batavia se moriría de hambre. En momentos así, Vorstenbosch, el único seguro de vida que le queda a un hombre son las mercancías vendibles que haya en el almacén. ¿Qué si no, por el amor de Dios, hace usted aquí?

La vieja lámpara de aceite de ballena se balancea y silba.

—¿Ha terminado ya su declaración? —le pregunta Vorstenbosch.

Snitker se cruza de brazos.

—Escupo en vuestro juicio sumarísimo.

El capitán Lacy suelta un eructo descomunal.

—Es culpa del ajo, caballeros.

Vorstenbosch se dirige a su escribano:

—Podemos tomar nota del veredicto…

Jacob de Zoet asiente y moja la pluma en el tintero:

—… proceso sumarísimo.

—Hoy, veinte de julio de mil setecientos noventa y nueve, yo, Unico Vorstenbosch, administrador electo de la factoría de Deshima en Nagasaki, por el poder que me otorga el excelentísimo señor P. G. Van Overstraten, gobernador general de las Indias Orientales Holandesas, y ante la fe del capitán Anselm Lacy, del *Shenandoah*, declaro a Daniel Snitker, administrador en funciones de la susodicha factoría, culpable de los siguientes delitos: negligencia grave en el cumplimiento del deber…

—¡He cumplido con todos los deberes de mi cargo! —insiste Snitker.

—¿Que ha «cumplido» con sus deberes? —Vorstenbosch hace una seña a Jacob para que deje de escribir—. ¡Nuestros almacenes se carbonizaban mientras usted, señor mío, retozaba con mujerzuelas en el burdel! Hecho este que no figura en esa sarta de embustes que usted se complace en llamar registro diario, y que de no haber sido por el comentario que hizo de pasada un intérprete japonés…

—¡Ratas de cloaca que me difaman porque estoy al corriente de sus artimañas!

—¿Es una difamación que el coche de bomberos no estuviese en Deshima la noche del incendio?

—Tal vez el acusado se llevó el coche a la Casa de las Glicinias —observa el capitán Lacy— para impresionar a las damas con el grosor de su manguera.

—El coche —objeta Snitker— era responsabilidad de Van Cleef.

—Ya informaré a su adjunto de la lealtad con que lo defiende. Pasemos al segundo punto, señor de Zoet: «Ausencia de las firmas de tres oficiales superiores de la factoría en el conocimiento de embarque del Octavia».

—Por el amor de Dios. ¡Un descuido administrativo sin importancia!

—Un «descuido» que permite a los administradores corruptos engañar a la Compañía de cien formas diferentes, motivo por el cual Batavia insiste en obtener autorizaciones por triplicado. Siguiente punto: «Malversación de fondos de la Compañía para costear fletes privados».

—¡Eso es mentira! —escupe Snitker, ciego de rabia—. ¡Mentira podrida!

Del bolso de viaje que tiene a sus pies, Vorstenbosch extrae dos estatuillas de porcelana de estilo oriental. La primera representa un verdugo que, hacha en ristre, se dispone a decapitar a la segunda, un reo de rodillas, maniatado y con la mirada puesta ya en la otra vida.

—¿Para qué me enseña esta quincalla? —le pregunta Snitker con desfachatez.

—Hemos encontrado veinticuatro docenas en su cargamento personal. «Veinticuatro docenas de estatuillas de porcelana de Imari», que conste en el acta. Mi difunta esposa era aficionada a las curiosidades japonesas, así que algo sé del asunto. Hágame el favor, capitán Lacy: ¿qué precio calcula que podrían alcanzar en, digamos, una sala de subastas de Viena?

El capitán se lo piensa.

—¿Veinte florines cada una?

—Estas de aquí, un poco más pequeñas, treinta y cinco florines; las de cortesanos, arqueros y señores, cubiertas de pan de oro, cincuenta. ¿Cuánto costarían en total las veinticuatro docenas? Vamos a tirar por lo bajo, que Europa está en guerra y hay inestabilidad en los mercados: suponiendo treinta y cinco florines por pieza, multiplicados por doce docenas… ¿De Zoet?

Jacob tiene el ábaco a mano.

—Diez mil ochenta florines, señor.

—¡Caramba! —exclama impresionado Lacy.

—Un jugoso beneficio —afirma Vorstenbosch— por una mercancía adquirida con cargo a la Compañía pero registrada de su puño y letra, Snitker, en el conocimiento de embarque (sin testigos, por supuesto) como «Porcelana privada del administrador en funciones».

—El administrador anterior, téngalo Dios en su gloria —dice Snitker cambiando su versión—, me las legó en presencia del embajador de la corte.

—O sea que ¿el señor Hemmij previó su muerte al volver de Edo?

Gijsbert Hemmij era un hombre singularmente precavido.

—Entonces podrá usted mostrarnos su singularmente precavido testamento.

—El documento —dice Snitker secándose la boca— quedó destruido Iras el incendio.

—¿Quiénes fueron los testigos? ¿El señor Van Cleef? ¿Fischer? ¿El mono?

Snitker suspira asqueado.

—Esto es una pueril pérdida de tiempo. Adelante, cóbrese su diezmo, pero ni una fracción más, o juro por Dios que cojo todos los malditos chismes y los tiro al mar.

De Nagasaki llega el eco de las jaranas.

El capitán Lacy se suena la nariz con una hoja de col.

Con su pluma casi gastada, Jacob termina de tomar nota; le duele la mano.

—¿Qué está pidiéndome? —Vorstenbosch parece confundido—, ¿qué monserga es esa de un «diezmo»? Señor de Zoet, ¿podría usted iluminarme?

—El señor Snitker está tratando de sobornarlo, señor.

La lámpara ha empezado a balancearse; tras humear y chisporrotear, recupera el equilibrio.

En la cubierta de abajo afina su violín un marinero.

—¿Cree usted —dice Vorstenbosch a Snitker, pestañeando— que mi integridad está a la venta? ¿Cómo si yo fuese un vulgar capitán de puerto del río Escalda, que cobra mordidas a las barcazas de la mantequilla?

—De acuerdo, un noveno —refunfuña Snitker—. Pero le juro que es mi última oferta.

—Concluya la lista de acusaciones —ordena Vorstenbosch a su secretario chasqueando los dedos— con «Tentativa de soborno a un fiscal interventor», y proceda a transcribir la sentencia. Deje de poner los ojos en blanco, Snitker, y preste atención, que esto le atañe. «Primero: por la presente se despoja a Daniel Snitker de su cargo y de todos sus emolumentos, sí, de todos, con efecto retroactivo desde 1797. Segundo: al llegar a Batavia se encarcelará a Daniel Snitker en el Viejo Fuerte para que dé cuenta de sus actos. Tercero: se subastará su cargamento personal, y con lo recaudado se indemnizará a la Compañía». Veo que he captado su atención.

La pose desafiante de Snitker se desmorona.

—Me está dejando usted en la indigencia.

—Este castigo ejemplar servirá de escarmiento a todos los administradores parásitos que maman de las ubres de la Compañía: «La justicia desenmascaró a Daniel Snitker», les advierte este veredicto, «y también os desenmascarará a vosotros». Capitán Lacy, agradezco su participación en este sórdido asunto; señor Wiskerke, por favor, búsquele al señor Snitker una hamaca en el castillo de proa. El señor Snitker se pagará el pasaje a Java trabajando de marinero raso y estará sometido a la disciplina común. Asimismo…

Snitker derriba la mesa y se abalanza sobre Vorstenbosch. Jacob alcanza a ver el puño de Snitker sobre la cabeza de su patrón y trata de interceptarlo; un torbellino de flamantes pavos reales invade su campo de visión; las paredes del camarote giran noventa grados; el suelo le golpea en las costillas y el sabor metálico que percibe en la boca seguramente es sangre. Hay un intercambio de gruñidos, quejidos y jadeos al más alto nivel. Jacob levanta la vista justo a tiempo de ver al segundo de a bordo asestar un golpe demoledor en el plexo solar de Snitker, lo que arranca una mueca involuntaria de compasión al escribano, tirado en el suelo. En el preciso momento en que Snitker se tambalea y cae redondo, dos marineros más irrumpen en el camarote. Bajo cubierta, el violinista toca «Mi damisela de ojos negros de Twente».

El capitán Lacy se sirve un vaso de *whisky* de grosellas.

Vorstenbosch aporrea a Snitker en pleno rostro con su bastón de puño de plata, hasta cansarse.

—Encadenad a esta cucaracha en el rincón más inmundo de la bodega.

El segundo de a bordo y los dos marineros se llevan a rastras el cuerpo gemebundo. Vorstenbosch se arrodilla junto a Jacob y le agarra el hombro.

—Gracias por llevarse ese puñetazo en mi lugar, muchacho. Me temo que su cocorota es *une belle marmalade*…

El dolor que Jacob siente en la nariz le hace pensar en una fractura, pero la viscosidad que nota en las manos y las rodillas no es sangre. Al incorporarse se da cuenta de que es tinta.

Tinta derramada de su tintero roto, riachuelos añiles y deltas goteantes…

Tinta absorbida por la sedienta madera, filtrada entre las grietas…

Tinta, piensa Jacob, el más fecundo de los líquidos…

# III

## En un sampán atracado junto al *Shenandoah*, en el puerto de Nagasaki

*Mañana del 26 de julio de 1799*

Sin sombrero y asfixiado de calor en su chaqué azul, Jacob de Zoet evoca lo ocurrido diez meses antes, cuando un vengativo Mar del Norte embestía contra los diques de Domburgo y la espuma rodaba por la calle de la iglesia, delante de la casa parroquial donde su tío estaba regalándole un bolso de lona encerada en cuyo interior había un salterio encuadernado en piel de gamo, lleno de muescas, y Jacob es más o menos capaz de reconstruir de memoria las palabras de su tío. «Sabe Dios, sobrino, cuántas veces habrás oído la historia de este libro. Tu tatarabuelo estaba en Venecia cuando se declaró la peste. El cuerpo se le llenó de bubones grandes como ranas, pero recitó estos salmos y Dios lo curó. Hace cincuenta años, tu abuelo Tys servía de soldado en el Palatino cuando su regimiento cayó en una emboscada. Este salterio impidió que una pelota de mosquete» —el tío tocó el proyectil de plomo, aún alojado en su cráter — «le hiciese trizas el corazón. Yo, tu padre, tú y Geertje le debemos literalmente la vida a este libro. No somos papistas: no atribuimos poderes mágicos a los clavos torcidos ni a un trapo viejo; pero, como comprenderás, este libro sagrado está unido, en virtud de nuestra fe, a nuestra estirpe. Es un don de tus antepasados y un préstamo de tus descendientes. Ocurra lo que te ocurra en el futuro, nunca olvides que este salterio» —el tío tocó la bolsa de lona— «es el salvoconducto que te traerá de vuelta a casa. Los Salmos de David son una Biblia dentro de la Biblia. Reza con ellos, sigue sus enseñanzas y no te desviarás del buen camino. Protégelo con tu vida y te alimentará el alma. Ahora vete, Jacob, y que Dios te acompañe». Protégelo con tu vida, murmura Jacob entre dientes…

… he ahí, piensa, el quid de mi dilema.

Hace diez días, el *Shenandoah* echó el ancla frente a la Roca de Papenburgo —que debe su nombre a los mártires de la Vera Fe despeñados desde sus alturas— y el capitán Lacy dio órdenes de meter todos los artefactos cristianos que hubiese a bordo en un barril que se cerraría con clavos y se entregaría a los japoneses, quienes sólo lo devolverían cuando el bergantín zarpase del Japón. No se libraron ni Vorstenbosch, el administrador electo, ni su escribano favorito. Los marineros del *Shenandoah* protestaron que preferían arrancarse los testículos antes que los crucifijos, y cuando los inspectores japoneses, acompañados de soldados armados hasta los dientes, registraron las cubiertas, sus cruces y medallas de San Cristóbal ya habían desaparecido en rincones y recovecos. El barril estaba lleno de rosarios y

devocionarios que el capitán Lacy había embarcado a tal efecto; el salterio de los De Zoet no se hallaba entre ellos.

¿Cómo iba a traicionar a mi tío, se pregunta atormentado el escribano, a mi Iglesia y a mi Dios?

La reliquia está escondida entre los demás libros que guarda en el baúl sobre el que está sentado.

El riesgo, se dice para tranquilizarse, tampoco es tanto… No hay en el salterio ninguna señal ni ilustración que puedan delatarlo como texto cristiano, y seguro que el holandés de los intérpretes es demasiado rudimentario como para reconocer el arcaico lenguaje bíblico. Soy funcionario de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, reflexiona Jacob. ¿Cuál es el peor castigo que podrían infligirme los japoneses?

No lo sabe, y lo cierto es que tiene miedo.

Transcurre un cuarto de hora; no hay rastro de Vorstenbosch ni de sus dos malayos.

La piel pálida y pecosa de Jacob se fríe al sol como si fuese tocino ahumado.

Un pez volador hace una tijereta a ras de agua.

—¡*Tobiuo*! —le dice un remero al otro, señalando—. ¡*Tobiuo*!

Jacob repite la palabra y los dos remeros se carcajean hasta balancear el bote.

Al pasajero no le importa. Observa las lanchas de los guardacostas, que dan vueltas alrededor del *Shenandoah*; los pesqueros; un carguero de cabotaje japonés, robusto como una carraca portuguesa pero más barrigudo; una aristocrática embarcación de recreo, escoltada por varios bajeles y adornada con los colores ducales negro sobre fondo celeste; y un junco de proa puntiaguda, parecido a los de los mercaderes chinos de Batavia.

La ciudad de Nagasaki propiamente dicha, de color gris leño y marrón lodo, parece surgir a presión de entre los largos dedos de los pies de las montañas verdes. Los olores de las algas, las cloacas y el humo procedente de un sinfín de chimeneas se propagan por el agua. Las montañas están abancaladas en arrozales que llegan casi hasta las serradas cimas.

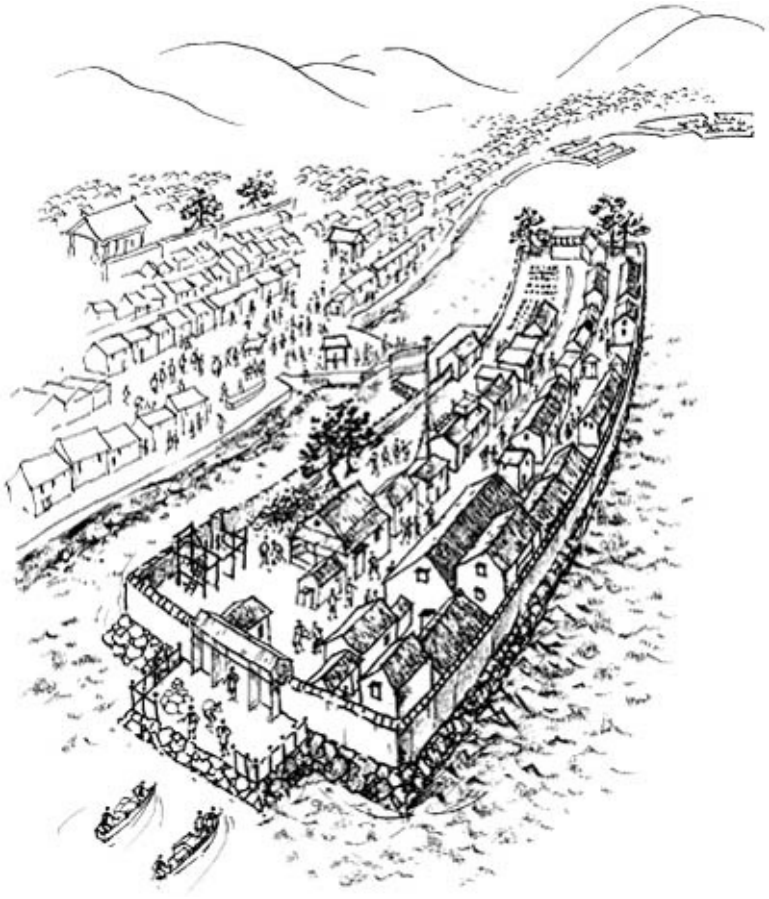
Un loco, piensa Jacob, podría creerse dentro de un cuenco de jade medio roto.

Dominando la costa se divisa el que será su hogar durante el próximo año: Deshima, una isla artificial con forma de abanico y rodeada de altos muros, de unos doscientos pasos en su curva exterior, calcula Jacob, por ochenta pasos de fondo, y levantada, como gran parte de Ámsterdam, sobre pilares sumergidos. La semana pasada, mientras esbozaba un bosquejo de la factoría encaramado en el trinquete del *Shenandoah*, contó unos veinticinco tejados: los almacenes numerados de los mercaderes japoneses; las residencias del administrador y del capitán; la casa del

adjunto, en cuyo tejado se alza la atalaya; la Corporación de Intérpretes; un pequeño hospital. De los cuatro almacenes holandeses, el Roos, el Lelie, el Doorn y el Eik, sólo los dos últimos han sobrevivido a lo que Vorstenbosch llama «el incendio de Snitker». El almacén Lelie está en reconstrucción, pero el Roos, reducido a cenizas, tendrá que esperar a que se recuperen las finanzas de la empresa. La Puerta Terrestre conecta Deshima con la orilla mediante un puente de piedra de un solo ojo, tendido sobre un foso de fango depositado por la marea; la Puerta Marítima, situada en lo alto de una corta rampa por la que se cargan y descargan los sampanes de la Compañía, sólo se abre durante la temporada comercial. El edificio anexo es la Aduana, donde todos los holandeses menos el administrador en jefe y el capitán son registrados por si llevasen encima algún objeto prohibido.

Una lista encabezada, piensa Jacob, por la categoría «artefactos cristianos».

Vuelve al boceto y empieza a sombrear el mar con un carboncillo. Los remeros, curiosos, se acercan; Jacob les muestra la hoja:



El más anciano hace una mueca como diciendo: no está mal. Un grito procedente de una lancha guardacostas sobresalta a los dos hombres, que vuelven a sus puestos.

El sampán se balancea bajo el peso de Vorstenbosch: es un hombre delgado, pero hoy su sobretodo de seda está repleto de fragmentos de «unicornio», o colmillo de

narval, apreciado en el Japón como panacea en polvo.

—Son estas bufonadas —el nuevo administrador golpea con los nudillos los bultos cosidos en la prenda— las que me propongo erradicar. «¿Por qué», le he preguntado a esa serpiente de Kobayashi, «no limitarnos a meter la mercancía en una caja, de manera legítima; cruzar a remo, de manera legítima; y venderla en una subasta privada, de manera legítima»? ¿Y qué me ha respondido? «No existen precedentes». «Entonces», le he replicado, «¿por qué no sentar un precedente?». Y se ha quedado mirándome como si le hubiese reclamado la paternidad de sus hijos.

—¿Señor? —lo llama el segundo de a bordo—. ¿Quiere que sus esclavos lo acompañen a tierra?

—Mándalos con la vaca. Mientras tanto que me sirva el negro de Snitker.

—Muy bien, señor; y el intérprete Sekita pide que lo lleven a tierra.

—Pues que baje ya ese cretino, señor Wiskerke…

Las amplias posaderas de Sekita asoman por la borda. La vaina de la espada se le engancha en la escala y su ayudante se gana un bofetón por el contratiempo. Una vez sentados amo y siervo sin más percances, Vorstenbosch se coloca su elegante tricornio.

—Espléndida mañana, señor Sekita, ¿no le parece?

—Ah —asiente el intérprete sin entender—. Nosotros los japoneses, una raza insular…

—Ya lo creo, caballero. Mar por todas partes; grandes extensiones de mar azul.

Sekita recita otra frase como un loro:

—Los pinos altos tienen raíces profundas.

—¿Por qué hemos de malgastar nuestro escaso peculio en su pingüe salario?

Sekita frunce los labios como si estuviese reflexionando.

—¿Qué tal está, señor?

Como sea él quien inspeccione mis libros, piensa Jacob, me habré preocupado en vano.

Vorstenbosch ordena a los remeros: «¡Adelante!», y apunta en dirección a Deshima.

Sin necesidad y sin que nadie se lo haya pedido, Sekita traduce la orden.

Los remeros propulsan el sampán barriendo el agua con los remos como una serpiente de agua, al son entrecortado de una saloma.

—¿Qué cantarán? —se pregunta Vorstenbosch—. «¿Danos tu oro, oh, apestoso holandés?».

—No lo creo, señor. No delante de un intérprete.

—Qué descripción tan generosa del sujeto. Con todo, mejor éste que Kobayashi: puede que sea nuestra última oportunidad de hablar un rato en privado. En cuanto desembarquemos, mi prioridad será sacar el máximo provecho de nuestra birriosa

mercancía para que la temporada comercial sea fructífera. La suya, De Zoet, es muy distinta: reconstruir las cuentas de la factoría desde el año noventa y cuatro, tanto de las actividades comerciales de la Compañía como de las privadas. Mientras no sepamos lo que los funcionarios han comprado, vendido y exportado, y por qué valor, no nos haremos una idea del grado de corrupción al que nos enfrentamos.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor.

—El encarcelamiento de Snitker es mi declaración de intenciones, pero si aplicásemos el mismo tratamiento a todos los contrabandistas de Deshima, nos quedaríamos solos. En lugar de eso, debemos demostrar que el trabajo honrado se recompensa con ascensos, y el latrocinio se castiga con la ignominia y la cárcel. Así, sólo así, podremos limpiar estos establos de Augías. Ah, ahí viene Van Cleef a recibirnos.

El adjunto en funciones avanza por la rampa que sale de la Puerta Marítima.

—«Toda llegada» —cita Vorstenbosch— «es una muerte especial».

El adjunto Van Cleef, nacido en Utrecht hace cuarenta años, se quita el sombrero. El rostro atezado y barbudo le da un aire piratesco; los amigos describirían sus ojillos como «atentos»; los enemigos los calificarían de «mefistofélicos».

—Buenos días, señor Vorstenbosch; y bienvenido a Deshima, señor de Zoet. —Su apretón de manos trituraría una piedra—. Desearles una «agradable» estancia sería demasiado optimista…

Se fija en el moratón de la nariz de Jacob.

—Muchas gracias, adjunto Van Cleef.

La tierra firme tiembla bajo las piernas de Jacob, acostumbradas al vaivén marino. Los culis ya han descargado su baúl y están transportándolo hacia la Puerta Marítima.

—Señor, preferiría no perder de mi vista mi equipaje…

—Hace usted bien. Hasta hace poco escarmentábamos a los estibadores a golpes, pero el Magistrado decretó que un culi azotado es una afrenta para todo el Japón y nos lo prohibió. Ahora la bellaquería de estos bribones no tiene límites.

El intérprete Sekita calcula mal la distancia desde la proa del sampán hasta la rampa, salta y se hunde en el agua hasta las rodillas. Una vez en tierra, tras golpear con el abanico a su criado en la nariz, echa a andar a toda prisa para adelantar a los tres holandeses, mientras les grita:

—¡Váyanse, váyanse!

Van Cleef les explica:

—Quiere decir: «Vengan».

Nada más franquear la Puerta Marítima conducen a los extranjeros a la Aduana, donde les preguntan los nombres. Sekita se los transmite a gritos a un anciano

secretario, que a su vez se los repite a un joven asistente, que a su vez los anota en un registro. El apellido «Vorstenbosch» queda transcrito como Bôrusu Tenbôshu, «Van Cleef» se convierte en Bankureifu y «De Zoet» es rebautizado Dazûto. Una cuadrilla de inspectores está pinchando los quesos y los barriles de mantequilla descargados del *Shenandoah*.

—Esos malditos bribones —se queja Van Cleef— son capaces de cascar los huevos en conserva por miedo a que la gallina haya escondido dentro un ducado o dos.

Se aproxima un guardia corpulento.

—Les presento al encargado del cacheo —dice Van Cleef. El administrador está exento, pero los funcionarios no, por desgracia.

Se reúne un grupo de jóvenes con la misma frente rasurada y el mismo moño en la coronilla que los inspectores e intérpretes que visitaron el *Shenandoah* esa semana, aunque sus túnicas son menos impresionantes.

—Intérpretes sin rango —explica Van Cleef—. Esperan ganarse el favor de Sekita haciéndole el trabajo.

El guardia corpulento le dice algo a Jacob y los jóvenes corean al unísono:

—¡Subir brazos! ¡Abrir bolsillos!

Sekita los manda callar y se dirige a Jacob:

—Subir brazos. Abrir bolsillos.

Jacob obedece; el guardia le palpa las axilas y le registra los bolsillos.

Encuentra el cuaderno de dibujo, lo examina brevemente y da otra orden.

—¡Mostrar zapatos a guardia, señor! —dicen los más rápidos de los intérpretes sin rango.

Sekita hace ademán de olisquear.

—Mostrar zapatos ahora.

Jacob repara en que hasta los estibadores interrumpen su faena.

Algunos señalan al escribano sin el menor reparo y dicen: «*Kômô, kômô*».

—Están hablando de su cabello —le explica Van Cleef—. «*Kômô*» es como suelen llamarnos a los europeos: *kô* significa «rojo»; y «*mô*», pelo. A decir verdad, pocos de nosotros lucimos una cabellera de ese color; un auténtico «bárbaro pelirrojo» se merece un buen vistazo.

—¿Estudia usted la lengua japonesa, señor Van Cleef?

—La ley lo prohíbe, pero algo aprendo de mis esposas.

—Le quedaría sumamente agradecido, señor, si me enseñase lo que sabe.

—No sería un buen profesor —confiesa Van Cleef—. El doctor Marinus, que charla con los malayos como si fuese negro de nacimiento, dice que el japonés exige un esfuerzo enorme. Cualquier intérprete al que sorprendieran enseñándonoslo podría verse acusado de traición.

El guardián le devuelve a Jacob los zapatos e imparte una nueva orden.

—¡Fuera ropa, señor! —dicen los intérpretes—. ¡Fuera ropa!

—¡La ropa se queda en su sitio! —replica Van Cleef—. Los funcionarios no tienen que desvestirse, señor de Zoet; los muy ruines quieren despojarnos de toda dignidad; si les obedece hoy, todo funcionario que llegue al Japón recibirá el mismo tratamiento, desde hoy hasta el día del Juicio Final.

El guardián protesta; el coro exclama:

—¡Fuera ropa!

El intérprete Sekita percibe que se avecinan complicaciones y se escabulle.

Vorstenbosch empieza a golpear el bastón contra el suelo hasta que se hace el silencio.

—¡No!

El guardián, aunque contrariado, da su brazo a torcer.

Un aduanero da unos golpecitos con su lanza en el baúl de Jacob y dice algo.

—Abrir, por favor —dice un intérprete sin rango—. ¡Abrir caja grande!

La caja, le susurra burlona a Jacob una voz en su fuero interno, que contiene tu salterio.

—Antes de que nos salga barba a todos, De Zoet —dice Vorstenbosch.

Muerto de miedo, Jacob obedece la orden y abre el baúl.

Uno de los guardias habla; el coro traduce:

—¡Atrás, señor! ¡Atrás!

Más de veinte cuellos curiosos se alargan cuando el guardián levanta la tapa y desdobla las cinco camisas de lino propiedad de Jacob; la manta de lana; las medias; una bolsita llena de botones y hebillas; una peluca ajada; un surtido de plumillas; ropa interior amarillenta; la brújula de su infancia; media pastilla de jabón Windsor; las dos docenas de cartas de Anna atadas con su lazo para el cabello; una cuchilla de afeitar; una pipa de Delft; un vaso agrietado; un cuaderno de partituras; un chaleco apolillado de terciopelo verde botella; un plato, un cuchillo y una cuchara de peltre; y, apilados en el fondo, unos cincuenta libros variados. Uno de los guardianes se dirige a un subordinado, que sale corriendo de la Aduana.

—Buscar intérprete de servicio, señor —dice uno de los intérpretes—. Traer para ver libros.

—¿No es el señor Sekita —las costillas de Jacob se contraen— el encargado de la disección?

En la barba de Van Cleef aparece una sonrisa de dientes marrones.

—¿Disección?

—Inspección, quiero decir, señor; la inspección de mis libros.

—El padre de Sekita le ha comprado a su hijo el puesto en la Corporación de Intérpretes, pero la prohibición contra —moviendo los labios, Van Cleef dice «el

cristianismo»— es demasiado importante para confiársela a los zoquetes. Los libros los revisa un hombre más competente: Iwase Banri, tal vez, o uno de los Ogawa.

—¿Quiénes son… —Jacob se atraganta con su propia saliva—… los Ogawa?

Ogawa Mimasaku es uno de los cuatro intérpretes de primera categoría. Su hijo, Ogawa Uzaemon, es de tercera y… —entra un joven—… ¡ah! ¡Hablando del ruin de Roma! Buenos días, señor Ogawa.

Ogawa Uzaemon, de unos veinticinco años, tiene un semblante afable e inteligente. Todos los intérpretes sin rango le dirigen una marcada reverencia. El joven se inclina ante Vorstenbosch, Van Cleef y, por último, el recién llegado.

—Bienvenido, señor de Zoet.

Su pronunciación es impecable. Mientras le tiende la mano para saludarlo al estilo occidental, Jacob hace una reverencia asiática; Ogawa Uzaemon replica con otra reverencia justo cuando Jacob le ofrece la mano. La escena divierte a los presentes.

—Me han dicho —empieza el intérprete— que el señor de Zoet trae mucho libro… y aquí están… —señala el baúl—… mucho, mucho libro. ¿Una «plétora» de libro, dicen ustedes?

—Unos pocos libros —dice Jacob, a punto de vomitar por los nervios—. O bastantes, sí.

—¿Puedo sacar libros para ver?

Impaciente, Ogawa inicia la operación sin esperar la respuesta. Para Jacob, el mundo se ha reducido a un túnel estrecho que lo separa de su salterio, visible entre dos volúmenes de Sara Burgerhart. Ogawa frunce el ceño.

—Muchos, muchos libros aquí. Un poco de tiempo, por favor. Cuando acabo, yo mando mensaje. ¿De acuerdo? —El intérprete malinterpreta el titubeo de Jacob—. Libros están seguros. Yo también —se lleva la mano al corazón— soy bibliófilo. ¿Es palabra correcta? ¿Bibliófilo?

• • •

Fuera, en el muelle de pesaje, el sol quema como un hierro al rojo.

De un momento a otro, piensa el remiso contrabandista, encontrarán mi salterio.

Un grupito de oficiales japoneses está esperando a Vorstenbosch.

Un esclavo malayo que aguarda al administrador con una sombrilla en la mano hace una reverencia.

—El capitán Lacy y yo —dice Vorstenbosch— tenemos una serie de compromisos que atender en el Salón Principal hasta la hora del almuerzo. Tiene usted mala cara, De Zoet: dígale al doctor Marinus que le dé media pinta cuando el señor Van Cleef termine de enseñarle el lugar.

El administrador se despide de su adjunto con un gesto de la cabeza y echa a andar hacia su residencia.

El muelle de pesaje está dominado por una de las balanzas de tres patas de la Compañía, tan alta como dos hombres uno encima del otro.

—Hoy pesamos el azúcar —dice Van Cleef—, por lo que pueda valer esa porquería. Batavia nos ha enviado los desechos de sus almacenes.

En la plazuela trajinan de un lado para otro más de cien mercaderes, intérpretes, inspectores, criados, espías, lacayos, palanquines, mozos de cuerda. Así que estos son los japoneses, piensa Jacob. El color de los cabellos —del negro al gris— y las teces es más uniforme que el de sus compatriotas; y la forma de vestir, calzarse y peinarse parece rígidamente dictada por el rango de cada uno. Apoyados en la armazón de un almacén nuevo hay quince o veinte carpinteros medio desnudos.

—Trabajan menos que una banda de finlandeses borrachos de ginebra… —masculla Van Cleef. Observando la escena desde el tejado de uno de los edificios de la Aduana hay un mono vestido con un jubón de lona; tiene la cara rosa y es de color blanquinegro como el hollín en la nieve—. Veo que ha localizado a William Pitt.

—¿Perdón, señor?

—El primer ministro del rey Jorge, sí. Sólo responde a ese nombre. Lo compró un marinero hace seis o siete temporadas, pero el día en que su amo debía partir, el mono se esfumó y no volvió a aparecer hasta el día siguiente: es un liberto de Deshima. Hablando de simios salvajes, ese de ahí… —Van Cleef señala a un peón de cara alargada y con el pelo recogido en una trenza que está abriendo cajas de azúcar—… es Wybo Gerritszoon, uno de nuestros empleados.

Gerritszoon se guarda los valiosos clavos en el bolsillo del jubón. Los sacos de azúcar acarreados pasan por delante de un inspector japonés y de un bellísimo muchacho extranjero de unos diecisiete o dieciocho años: tiene el pelo rubio como el de un querubín, los labios carnosos de un javanés y los ojos almendrados de un oriental.

—Ivo Oost: el hijo bastardo de alguien, con una generosa dosis de sangre mestiza.

Los sacos de azúcar llegan a una mesa de caballete situada junto a la balanza de la Compañía.

La operación de pesaje se desarrolla bajo la mirada de otro trío de oficiales japoneses, un intérprete y dos europeos de veintitantos años.

—El de la izquierda —señala Van Cleef— es Peter Fischer, un prusiano de Brunswick… —Fischer tiene la piel de color nuez y el pelo castaño, aunque ralo—… además de aprendiz de escribano, aunque el señor Vorstenbosch me ha dicho que usted también está cualificado, así que estamos bien surtidos. El acompañante de Fischer es Con Twomey, un irlandés de Cork. —Twomey tiene cara de media luna y sonrisa de tiburón; lleva el pelo muy corto y viste un tosco traje de lona—. No te preocupes de memorizar estos nombres: cuando zarpe el *Shenandoah* tendremos por delante una tediosa eternidad en la que aprenderlo todo unos de otros.

—¿Los japoneses no sospechan que algunos de nuestros hombres no son holandeses?

—El acento bastardo de Twomey lo justificamos diciendo que es de Groningen. ¿Cuándo ha habido un número suficiente de holandeses de pura cepa en la Compañía? Sobre todo «ahora» —el énfasis en la palabra alude al delicado episodio del encarcelamiento de Snitker— tenemos que arreglárnoslas con lo que sea. Twomey es nuestro carpintero pero en los días de pesaje hace las veces de inspector, porque esos culis del demonio tardan un segundo en escamotear un saco de azúcar si no se les vigila estrechamente. Con los guardias ocurre tres cuartos de lo mismo, pero los más astutos de todos estos cabrones son los mercaderes: ayer uno de esos mal nacidos introdujo una piedra en uno de los sacos y después dijo que la había «descubierto» y trató de utilizarla como «prueba» para bajar la tara media.

—¿Puedo empezar ya mis tareas, señor Van Cleef?

—Primero vaya a que el doctor Marinus le abra una vena y cuando esté listo, métase en harina. A Marinus lo encontrará en su consulta, al final de la Calle Larga (esta misma), junto al laurel. No tiene pérdida. Nadie se ha perdido jamás en Deshima, salvo que tuviese la vejiga llena de grog.

—Menos mal que andaba yo por aquí —dice una voz asmática diez pasos más adelante—. Uno se pierde en Deshima más rápido que caga un pato. Me llamo Arie Grote y usted debe de ser —da un palmetazo en el hombro a Jacob— Jacob de Zoet de Zelanda la Valiente y… ¡arrea!, Snitker le ha hecho un buen estropicio en la nariz, ¿eh?

Arie Grote tiene una sonrisa llena de agujeros y un sombrero de piel de tiburón.

—¿Le gusta mi sombrero, eh? Una boa constrictor, eso fue lo que una noche, en la jungla de Ternate, se coló en la choza que compartía yo con mis tres doncellas nativas. Al principio creí que era una de mis compañeras de cama, que me despertaba con delicadeza para calentarme las ciruelas, ¿entiende? Pero no, no, qué va, de repente sentí un mordisco, y los pulmones estrujados, y tres costillas que me hacen ¡clac!, ¡chac!, ¡crac!, y a la luz de la Cruz del Sur la veo mirándome fijamente a los ojos, que se me salían de las órbitas… Pero esa, señor de Zoet, fue la perdición de aquella estranguladora del demonio. Me había inmovilizado los brazos detrás de la espalda, pero me había dejado la boca libre así que menudo mordisco le pegué en la cabeza a la mala pécora… ¡El grito de una serpiente no es un sonido que se olvide fácilmente! La maldita estranguladora me estrujó con más fuerza (aún no la había diñado), así que me tiré a la yugular y se la rebané de un bocado. Los vecinos de la aldea me lo agradecieron haciéndome una capa con su piel y coronándome, esto, Señor de Ternate (la bicha tenía aterrorizada a toda la jungla), pero… —Grote suspira —… el corazón de un marinero es el juguete del mar, ¿verdad? Al volver a Batavia, un artesano me convirtió la capa en sombreros que fui despachando a diez *rixdales*

cada uno… Pero de este último decidí no separarme jamás, a no ser, tal vez, para dar la bienvenida a un joven más necesitado que yo, ¿eh? Esta preciosidad se la dejo no en diez *rixdales*, no, no; ni en ocho; sino en cinco *stuivers*. Un precio imbatible.

—Qué lástima que el artesano le cambiase la piel de boa por piel de tiburón mal curada.

—Apuesto a que sale usted de las timbas —Arie Grote parece contento— con los bolsillos a rebosar. Muchos marineros nos reunimos por la noche en mi humilde morada, para echar unas partidas en buena compañía. Se ve que no es usted un estirado, ¿por qué no se apunta?

—Me temo que el hijo de un pastor como yo los mataría de aburrimiento: bebo poco y juego aún menos.

—¿Quién, en el glorioso Oriente, no juega con su propia vida? De cada diez tipos que se embarcan, seis sobreviven y salen adelante, pero cuatro dan con sus huesos en una tumba cenagosa, y cuarenta-sesenta es una probabilidad bastante mala. Por cierto, de cada joya o ducado escondidos dentro del forro de la casaca, once son descubiertos y confiscados en la Puerta Marítima, y sólo uno logra infiltrarse. Es mejor escondérselos en el ojo negro, y, hablando del asunto, señor Zoet, en caso de que tenga usted ocupada dicha cavidad, puedo hacerle la oferta más apetitosa de todas…

Jacob se detiene al llegar al cruce: ante él, la Calle Larga prosigue su curva.

—Este es el Callejón del Flaco —Grote señala a su derecha—, que sale al Malecón, y esa —Grote señala a la izquierda— es la Calle Corta; y la Puerta Terrestre…

… y tras la Puerta Terrestre, piensa Jacob, se extiende el Imperio Enclaustrado.

—Esas puertas no se abren a nuestro paso, señor de Zoet, no, no. El administrador, el adjunto y el doctor M. las cruzan de vez en cuando, sí, pero nosotros no. «Los rehenes del Shogun» nos llaman los nativos, y tienen razón. Oiga lo que le digo —Grote empuja a Jacob para que siga andando—, yo no me dedico sólo a las monedas y piedras preciosas, a ver si me entiende. Ayer mismo —susurra—, a bordo del *Shenandoah*, le saqué a un cliente selecto una caja de cristales de alcanfor purísimos por una birria de gaitas que en la madre patria uno ni se molestaría en pescar de un canal.

Está tirando el anzuelo, piensa Jacob, y responde:

—No me dedico al contrabando, señor Grote.

—¡Que me parta un rayo antes de acusarlo de actos ilícitos, señor de Zoet! Solo estoy informándole que mi comisión es un cuarto del precio de venta, lo normal, vamos; pero a un joven espabilado como usted, de diez trozos del pastel le dejo quedarse con siete, porque tengo simpatía por los zelandeses batalladores, ¿eh? Será un placer ocuparme también de sus polvos contra la sífilis —Grote adopta el tono

desenfadado de quien oculta algo importante—, porque, entre ciertos mercachifles que me llaman de «hermano», el precio aumenta más rápido que la verga de un semental, sí, señor de Zoet, ahora mismo, mientras hablamos, ¿y sabe por qué?

Jacob se para en seco.

—¿Y usted cómo sabe que uso mercurio?

—Escuche la buena nueva que le traigo, ¿eh? Uno de los muchos hijos del shogun —Grote baja la voz— se sometió esta primavera a la cura del mercurio. Aquí el tratamiento se conoce desde hace veinte años, solo que nadie se fiaba, pero el príncipe tenía ya tan podrido el pepinillo que le brillaba de verde. Bueno, pues una dosis de polvos holandeses y, alabado sea el Señor, ¡se curó! La noticia corrió como la pólvora, y todas las farmacias del país buscan desesperadamente el elixir milagroso. ¡Y en esto llega usted con ocho cajas! Si me deja hacerle de intermediario, ganará tanto que podrá comprarse mil sombreros; si lo negocia por su cuenta, será usted el que termine despellejado y convertido en sombrero, amigo mío.

—¿Cómo sabe que tengo mercurio?

Jacob, sin darse cuenta, ha echado a andar de nuevo.

—Soplones —susurra Grote—. Sí, soplones. Les doy una chuchería de vez en cuando y me informan de esto y lo otro. *Voilà*, aquí está el hospital; el viaje en compañía se hace la mitad de largo, ¿eh? Entonces, trato hecho; a partir de ahora soy su agente, ¿eh? No hace falta firmar un contrato ni nada de eso; un caballero cumple su palabra. Hasta la vista…

Arie Grote echa a andar por la Calle Larga en sentido contrario, hacia el cruce.

Jacob le grita:

—¡En ningún momento le he dado mi palabra!

La puerta del hospital se abre a un estrecho vestíbulo. Justo enfrente, una escalera lleva a una trampilla, que está abierta; a la derecha, una puerta da al consultorio, una estancia espaciosa dominada por un esqueleto crucificado y ajado por el paso del tiempo. Jacob trata de no pensar en la posibilidad de que Ogawa haya encontrado su salterio. Se ve una mesa de operaciones equipada con cuerdas y orificios, y cubierta de manchas de sangre. Hay estantes para el instrumental del cirujano: sierras, cuchillos, tijeras y bisturís; morteros y manos de almirez; un armario enorme para guardar, imagina Jacob, materia medica; sangraderas; y varios bancos y mesas. El olor a serrín fresco se mezcla con el de la cera, las hierbas y un tufillo arcilloso a hígado. Otra puerta da acceso a la enfermería, donde hay tres camas vacías. Jacob se ve tentado por el agua contenida en una jarra de barro. Bebe con el cazo: es dulce y fresca.

¿Cómo es posible, se pregunta, que no haya nadie protegiendo este lugar de los ladrones?

Aparece un joven siervo, o esclavo, que está pasando la escoba: es apuesto, va descalzo y viste una sobrepelliz fina y unos pantalones indios holgados.

Jacob se siente obligado a justificar su presencia.

—¿El esclavo del doctor Marinus?

—El doctor me ha contratado —responde el joven en un buen holandés— de ayudante, señor.

—¿Ah, sí? Yo soy el nuevo escribano, De Zoet. ¿Cómo te llamas?

La reverencia del joven es cortés, no servil.

—Me llamo Eelattu, señor.

—¿De qué parte del mundo eres, Eelattu?

—Nací en Colombo, señor, en la isla de Ceilán.

Jacob está azorado por la amabilidad del joven.

—¿Dónde está tu patrón?

—En su despacho, en el piso de arriba. ¿Quiere que vaya a avisarlo?

—No hace falta; ya subo yo a presentarme.

—Sí, señor, pero el doctor prefiere no recibir visitas…

—Oh, pero no se opondrá cuando sepa lo que le traigo…

• • •

A través de la trampilla, Jacob ve un ático alargado y bien amueblado. En la mitad de la pieza está el clavicémbalo de Marinus, mencionado unas semanas antes, en Batavia, por un amigo de Jacob, el señor Zwaardecroone; se cree que es el único clavicémbalo que haya llegado jamás a Japón. Al fondo de la estancia hay un europeo de unos cincuenta años, rubicundo y grandullón, con el cabello del color del plomo y recogido en la nuca. Está sentado en el suelo, delante de una mesita baja, en un charco de luz, y dibuja una orquídea de un naranja encendido. Jacob da unos golpecitos en la trampilla.

—Buenas tardes, doctor Marinus.

El médico, con la camisa desabrochada, no responde.

—¿Doctor Marinus? Estoy encantado de conocerlo, por fin…

El médico sigue sin dar señales de haberlo oído.

El escribano alza la voz:

—¿Doctor Marinus? Disculpe que lo moles…

—¿De qué ratonera —replica Marinus fulminándolo con la mirada— sale usted?

—He desembarcado del *Shenandoah* hace un cuarto de hora. Me llamo…

—¿Acaso le he preguntado cómo se llama? No señor, le he preguntado su *fans et origo*.

—Domburgo, señor; una ciudad costera de la isla de Walcheren, en Zelanda.

—¿De Walcheren? Una vez estuve en Midelburgo.

—De hecho, doctor, completé mis estudios en Midelburgo.

Marinus suelta una carcajada.

—Nadie ha «estudiado» en esa cueva de negreros.

—Quizá en los próximos meses le haga mejorar su opinión de los zelandeses. Voy a alojarme en la Casa Alta, así que seremos casi vecinos.

—O sea que la proximidad genera la buena vecindad, ¿es eso?

—Yo… —Jacob reflexiona sobre el ataque deliberado de Marinus—. Yo… En fin…

—Esta *Cymbidium koran* apareció en el forraje de las cabras: mientras usted titubea, se marchita.

—El señor Vorstenbosch sugiere que me saque usted un poco de sangre…

—¡Paparruchas medievales! Ya hace veinte años que Hunter echó por tierra la flebotomía, y la teoría humoral en la que se basa.

Pero si las sangrías, piensa Jacob, son el pan nuestro de cada día de todo médico.

—Pero…

—¿Pero, pero, pero? ¿Pero, pero? ¿Pero? ¿Pero, pero, pero, pero, pero?

—El mundo está lleno de gente convencida de ello.

—Lo que demuestra que el mundo está lleno de tontos de capirote. Tiene la nariz hinchada.

Jacob se toca el bulto.

—Snitker, el antiguo administrador, soltó un puñetazo y yo…

—No tiene usted complexión de luchador. —Marinus se pone en pie y, con ayuda de un bastón, se dirige cojeando hacia la trampilla—. Lávese la nariz con agua fría, por la mañana y por la noche; y busque pelea con Gerritszoon presentándole el lado convexo, para que se la deje plana. Que tenga un buen día, domburgués.

Con infalible puntería, el médico derriba de un bastonazo el puntal que mantiene abierta la trampilla.

De nuevo en la calle, bajo un sol cegador, el indignado escribano se ve rodeado por el intérprete Ogawa, su criado y un par de inspectores: los cuatro están sudorosos y con caras largas.

—Señor de Zoet —dice Ogawa—, quiero hablar de uno de sus libros. Es un asunto importante…

Embargado por un ataque de náusea y pánico, Jacob no oye el resto de la frase.

Vorstenbosch no será de capaz de salvarme, piensa, ¿y por qué habría de hacerlo?

—… y al encontrar ese libro me he quedado estupefacto… ¿Señor de Zoet?

Mi carrera se va a pique, piensa Jacob, adiós a mi libertad, y he perdido a Anna…

—¿Dónde —grazna a duras penas el prisionero— se me encarcelará?

La calle se mueve arriba abajo. El escribano cierra los ojos.

—¿«En cáncer-ará»? —Ogawa se burla de él—. Mi pobre holandés empieza a fallar.

El corazón del escribano late como una bomba rota.

—¿Le parece humano jugar conmigo?

—¿Jugar? —La perplejidad de Ogawa va en aumento—, ¿es un proverbio, señor de Zoet? En baúl de señor de Zoet he encontrado libro de señor… Adamu Sumissu.

Jacob abre los ojos. La calle ha dejado de subir y bajar.

—¿Adam Smith?

—«Adam Smith», pido disculpas. La riqueza de las naciones… ¿Sabe de qué hablo?

Sí, lo sé, piensa Jacob, pero aún no me fío.

—El original, en inglés, es un poco difícil, así que en Batavia compré la edición holandesa.

Ogawa parece sorprendido.

—Entonces, ¿Adam Smith no es holandés sino inglés?

—¡A él no le haría mucha gracia oír eso, señor Ogawa! Smith es escocés, residente en Edimburgo. Pero ¿es de La riqueza de las naciones de lo que me está hablando?

—¿De qué si no? Soy *rangakusha*, estudioso de la ciencia holandesa. Hace cuatro años tomé prestado La riqueza de las naciones de administrador Hemmij. Empecé traducción para traer —los labios de Ogawa se preparan— «Teoría de Economía Política» a Japón. Pero señor de Satsuma ofreció a administrador Hemmij mucho dinero y tuve que devolverlo. Libro se vendió antes de yo terminar.

El sol incandescente está enjaulado en un laurel encendido.

Dios lo llamó, piensa Jacob, de en medio de la zarza…

En el esmalte azul del cielo se entrecruzan gaviotas de pico ganchudo y escuálidos milanos.

… y dijo: Moisés, Moisés. Y él contestó: heme aquí.

—Intento conseguir otro, pero… —Ogawa da un respingo— pero dificultad es mucha.

Jacob resiste el impulso de echarse a reír como un niño.

—Entiendo.

—Entonces, esta mañana, en su baúl de libros, Adam Smith yo encuentro. Mucha sorpresa y, hablando con sinceridad, señor de Zoet, deseo comprar o alquilar…

En el jardín del otro lado de la calle arrecian las ráfagas de las cigarras.

—Adam Smith no está en venta ni en alquiler —dice el holandés—, pero estaré encantado, señor Ogawa, encantadísimo, de prestárselo todo el tiempo que desee.

# IV

## Delante de las letrinas, junto a la Casa Jardín de Deshima

*Antes del desayuno, 29 de julio de 1799*

Jacob de Zoet emerge de la oscuridad rumorosa y ve a dos inspectores interrogando a Hanzaburo, su intérprete personal.

—Estarán dándole órdenes —dice Ponke Ouwehand, el escribano subalterno, que aparece de la nada— de desmenuzar sus zurullos para ver lo que caga usted. Al mío lo hice rabiar tanto que hace tres días estiró la pata prematuramente, por eso la Corporación de Intérpretes me ha enviado este perchero. —Ouwehand señala con un movimiento de cabeza al joven larguirucho que tiene a su espalda—. Se llama Kichibei, pero yo lo llamo «Herpes», porque no me lo quito de encima. Pero al final ganaré yo. Grote se ha apostado diez florines a que no acabo con cinco antes de noviembre. ¿Ya ha desayunado usted?

Los inspectores reparan en Kichibei y lo llaman.

—A eso iba —dice Jacob, limpiándose las manos.

—Deberíamos llegar antes de que todos los marineros meen en el café.

Los dos escribanos enfilan la Calle Larga y pasan por delante de dos ciervas preñadas.

—Buena pierna de venado —comenta Ouwehand— para la cena de Navidad.

El doctor Marinus y el esclavo Ignacio están regando el melonar.

—Menudo día sofocante nos espera, doctor —dice Ouwehand desde el otro lado de la valla.

Marinus seguramente lo oye pero no se digna alzar la vista.

—Con sus alumnos es bastante cortés —dice Ouwehand a Jacob—, y con su hermoso indio; y, según cuenta Van Cleef, cuando Hemmij estaba en las últimas era la amabilidad hecha persona; y cada vez que sus amigos estudiosos le llevan una hierba o una estrella de mar muerta, no cabe en sí de gozo. Entonces, ¿por qué con nosotros se transforma en el Viejo Maestro de la Amargura? En Batavia, hasta el cónsul francés (el cónsul francés, ojo) lo llamaba «búfalo insoportable».

Ouwehand deja escapar un graznido gutural.

Una cuadrilla de mozos de cuerda se congrega en el cruce para acarrear a tierra el hierro colado. Al ver a Jacob empiezan, como de costumbre, a darse codazos, a lanzar miradas y a sonreír de oreja a oreja. Para librarse del acoso, el holandés dobla por el Callejón del Flaco.

—No me negarás —dice Ouwehand— que le encanta llamar la atención, señor Pelirrojo.

—Pues sí lo niego —objeta Jacob—. Lo niego con toda el alma.

Los dos escribanos salen al Malecón y llegan a la Cocina.

Arie Grote está desplumando un ave bajo un dosel de sartenes y cacerolas. Hay aceite friéndose, una pila de tortitas improvisadas que va ganando altura y, repartidos en dos mesas, un queso de bola bastante sobado y algunas manzanas ácidas. Piet Baert, Ivo Oost y Gerritszoon están sentados en la mesa de los marineros; Peter Fischer, el escribano, y Con Twomey, el carpintero, comen en la de los oficiales: como es miércoles, Vorstenbosch, Van Cleef y el doctor Marinus desayunan arriba, en la Sala de la Bahía.

—Justo ahora nos preguntábamos —dice Grote— dónde se habrían metido, ¿eh?

—De primero, Maestro —dice Ouwehand, tocando el pan correoso y la mantequilla rancia— estofado de lenguas de ruiseñor; de segundo, un pastel de codorniz y moras con guarnición de alcachofas en salsa; y de postre, bizcocho de membrillo y rosa blanca.

—Cómo nos alegran el día —dice Grote— las eternas chanzas del señor O.

—¿Es en el culo de un faisán —Ouwehand se inclina para ver mejor— donde tienes metida la mano?

—La envidia —replica con desaprobación el cocinero— es uno de los siete pecados capitales, ¿eh, señor de Zoet?

—Eso dicen —Jacob limpia una mancha de sangre de una manzana—, sí.

—Le hemos preparado el café —Baert llega con una taza—. Recién hecho.

Jacob mira a Ouwehand, que le responde con una mueca como diciendo: «¿Ve usted?».

—Gracias, señor Baert, pero hoy no me apetece.

—Pero lo hemos hecho especial —protesta el antuerpiense—. A propósito para usted.

Oost da un bostezo cavernoso, y Jacob arriesga un comentario amistoso.

—¿Ha pasado una mala noche?

—En vela hasta el amanecer, robando a la Compañía y haciendo contrabando, ¿a que sí?

—No lo sé, señor Oost. —Jacob parte el pan—, ¿lo dice en serio?

—Pensaba que tenía usted la respuesta a todo desde antes de poner el pie en tierra.

—Una lengua educada —señala Twomey con su holandés aromatizado de irlandés— es…

—Él es quien viene a juzgarnos a todos, Con, y tú también lo piensas.

Oost es el único peón lo bastante temerario como para decirle ciertas cosas a la cara al nuevo escribano sin la excusa del licor, pero Jacob sabe que hasta Van Cleef lo considera un espía de Vorstenbosch. La Cocina entera está a la espera de su respuesta.

—Para poder tripular los barcos, mantener las plazas fuertes y pagar las decenas de miles de salarios, señor Oost, incluido el suyo, la Compañía debe obtener beneficios. Las factorías comerciales deben tener al día las cuentas. Los libros de contabilidad de Deshima de los últimos cinco años son un desastre. El deber del señor Vorstenbosch es ordenarme que los ponga en orden. Mi deber es obedecer. ¿Por qué eso ha de valerme el mote de «Iscariote»?

Nadie se molesta en responder. Peter Fischer mastica con la boca abierta.

Ouwehand rebaña un poco de chucrut con un trozo de pan correoso.

—Me da la impresión —dice Grote, sacándole las tripas al ave— que todo depende de lo que haga el administrador con respecto a las… irregularidades que salgan a la luz durante esa puesta en orden. De si se trata de un simple «no peques más, niño malo», o de una buena, pero justa, azotaina en el trasero, ¿eh? O del confinamiento en una mazmorra de Batavia de dos metros por uno y medio…

—Si… —Jacob se muerde la lengua antes de decir: «No han hecho nada malo, nada han de temer», porque todos los presentes infringen las reglas de la Compañía en lo tocante al comercio privado—. No soy el… —Jacob se frena para no decir: «confesor privado del administrador»—. ¿Han probado a preguntárselo directamente al señor Vorstenbosch?

—Los de mi rango —replica Grote— no podemos interrogar a los superiores.

—En ese caso tendrá que esperar a ver qué decide el administrador Vorstenbosch.

Mala respuesta, se da cuenta Jacob, que da a entender que no digo todo lo que sé.

—Guau guau —masculla Oost—. Guau.

La risa de Baert parece un ataque de hipo.

Del cuchillo de Fischer cae una monda de manzana en una única espiral perfecta.

—¿Debemos esperar que más tarde nos haga una visita a la oficina? ¿O va a seguir poniendo en orden las cuentas en el almacén Doorn con su amigo Ogawa?

—Haré —Jacob oye cómo su voz sube de tono— lo que me mande el administrador.

—¿Oh? ¿He tocado un nervio? Ouwehand y yo sólo queríamos saber si…

—¿Acaso —Ouwehand consulta el techo— he pronunciado una sola palabra?

—… ¿Si nuestro supuesto tercer escribano habría de ayudarnos hoy?

—«Practicante» —declara Jacob—. Escribano practicante. Ni «supuesto» ni «tercero», de la misma manera que usted no es el «principal».

—¿Ah? ¿Así que el señor Vorstenbosch y usted ya han hablado de cuestiones sucesorias?

—Este rifirrafe —interviene Grote—, en presencia de los subordinados, ¿es edificante, eh?

La puerta deforme de la cocina tiembla cuando entra Cupido, el criado del administrador.

—¿Y tú qué quieres, perro negro? —pregunta Grote—. Ya te hemos dado de comer.

—Traigo un mensaje para el escribano De Zoet: «El administrador le ordena acudir a la Sala de Reuniones», señor.

La risa de Baert nace, vive y muere en su nariz eternamente congestionada.

—Le guardaré el desayuno —dice Grote mientras corta las patas del faisán— a buen recaudo.

—¡Ven aquí, chico! —susurra Oost a un perro invisible—. ¡Siéntate! ¡En pie!

—¿No quiere un traguito de café —Baert le ofrece la taza— para reponer fuerzas?

—Creo que no iban a gustarme —Jacob se pone en pie— las sustancias adulterantes.

—Nadie está acusándolo de adulterio —gruñe Baert, malentendiendo el comentario—, no es más que…

De una patada, el sobrino del pastor arranca la taza de las manos de Baert.

La taza se estrella contra el techo, los pedazos se precipitan al suelo.

Los espectadores se quedan de piedra; Oost deja de ladrar; Baert está empapado.

Hasta Jacob está sorprendido. Se mete el pan en el bolsillo y se va.

• • •

En la Antecámara de las Botellas, delante del Salón de Reuniones, una pared cubierta con cincuenta o sesenta damajuanas, bien sujetas con alambre en previsión de terremotos, exhibe criaturas procedentes del otrora vasto imperio de la Compañía. Protegidas del deterioro gracias al alcohol, a las vejigas de cerdo y al plomo, las criaturas no representan tanto un recordatorio de que toda carne perece —¿qué adulto en su sano juicio olvida tamaña verdad durante mucho tiempo?— como una advertencia de que la inmortalidad se cobra un elevado precio.

Una salamanquesa encurtida guarda una misteriosa semejanza con el padre de Anna, y Jacob recuerda una aciaga conversación que mantuvo con dicho caballero en su gabinete de Roterdam. La calle era un ir y venir de carruajes, y el farolero hacía sus rondas.

—Anna me ha contado —empezó diciendo el padre de la chica— los sorprendentes aspectos de la situación, De Zoet…

El vecino de la salamanquesa es una víbora de mandíbula floja de las Célebes.

—… y yo, en consecuencia, he hecho una lista de sus virtudes y defectos.

Una cría de cocodrilo de Halmahera luce la sonrisa entusiasmada de un demonio.

—En el haber: es usted un escribano meticuloso y de buen carácter…

El cordón umbilical del cocodrilo está unido al cascarón para toda la eternidad.

—… que no se ha aprovechado de las ventajas que podía reportarle el afecto de

Anna.

Halmahera fue precisamente el destino que le habían asignado a Jacob y del que lo rescató Vorstenbosch.

—En el debe: es usted un escribano. No un comerciante, ni un exportador…

Una tortuga de la isla de Diego García parece que está llorando.

—… y ni siquiera un almacenista, sino un escribano. No pongo en duda su cariño por mi hija.

Jacob roza con la nariz rota un frasco que contiene una lamprea de Barbados.

—Pero el cariño no es más que la guinda del pastel. El pastel propiamente dicho es la riqueza.

La boca en forma de O de la lamprea es una trituradora hecha de uves y uves dobles afiladas como cuchillas.

—No obstante, por respeto al buen ojo que tiene Anna para la gente, estoy dispuesto a concederle una oportunidad de ganarse su pastel, De Zoet. Un director de la Casa de las Indias Orientales frecuenta mi club. Si usted, tal como declara, tiene tantos deseos de convertirse en mi yerno, este caballero podría conseguirle un puesto administrativo en Java de cinco años. El salario oficial es una miseria, pero un joven emprendedor puede ganar algo por su cuenta. Debe darme la respuesta hoy mismo: el *Fadrelandet* zarpará de Copenhague dentro de quince días…

—¿Haciendo amigos?

El adjunto Van Cleef lo observa desde la puerta del Salón.

Jacob aparta la mirada de la lamprea.

—No estoy en condiciones de escoger, Adjunto.

Van Cleef titubea ante tanta franqueza.

—El señor Vorstenbosch está esperándolo.

—¿No quiere acompañarnos, señor?

—Me temo, De Zoet, que el hierro colado no se carga ni se pesa solo.

Unico Vorstenbosch mira de reojo el termómetro colgado junto al retrato de Guillermo el Taciturno. Tiene el rostro congestionado y reluciente de sudor.

—Tengo que decirle a Twomey que me construya uno de esos ingeniosos ventiladores de tela que los ingleses traen de la India… vaya, ahora no recuerdo cómo se llaman…

—¿Tal vez se refiere usted a un *punkah*, señor?

—Eso es. Un *punkah*, con un sirviente que tire de la cuerda. —Entra Cupido con una bandeja en la que lleva una tetera de plata y jade de aspecto familiar.

—El intérprete Kobayashi llegará a las diez —dice Vorstenbosch— con un grupo de funcionarios para instruirme sobre el protocolo cortesano que habremos de seguir durante nuestra audiencia con el Magistrado, postergada desde hace tanto tiempo. La

porcelana antigua será señal de que servidor es un hombre refinado: en el Oriente todo es cuestión de señales, De Zoet. Recuérdeme para qué aristócratas se concibió el servicio del té, según aquel judío de Macao.

—Según dicho caballero, formaba parte del ajuar de la esposa del último emperador Ming, señor.

—El último emperador Ming, eso es. Ah, y quiero que más tarde se una usted a nosotros.

—¿Para la reunión con el intérprete Kobayashi y los funcionarios, señor?

—Para nuestra audiencia con el Magistrado Shirai… Shilo… Ayúdeme.

—Magistrado Shiroyama, señor… Señor, ¿tengo que ir a Nagasaki?

—A menos que prefiera quedarse registrando *katis* de hierro colado.

—Pisar el verdadero Japón supondría… —matar de envidia, piensa Jacob, a Peter Fischer—… una gran aventura. Gracias.

—Todo administrador necesita un secretario personal. Y ahora prosigamos con los asuntos del día en mi despacho privado…

La luz sesgada del sol baña el escritorio de la salita contigua.

—Bien —dice Vorstenbosch acomodándose—, después de tres días en tierra firme, ¿qué le parece la vida en el enclave más remoto de la Compañía?

—Más saludable —la silla de Jacob cruje— que un puesto en Halmahera, señor.

—¡Sólo faltaría! ¿Qué es lo que más le irrita: los espías, el aislamiento, la falta de libertad… o la ignorancia de nuestros paisanos?

Jacob se plantea contarle lo ocurrido durante el desayuno, pero se da cuenta de que no ganaría nada. El respeto, piensa, no se puede imponer desde arriba.

—Los marineros me ven con cierta… sospecha, señor.

—Normal. Decretar que «el comercio privado queda prohibido a partir de ahora» sólo serviría para tornar más ingeniosos sus ardides; de momento, la mejor profilaxis es una deliberada vaguedad. A los empleados, como es natural, les molesta, pero como no se atreven a descargar su rabia en mí, se desahogan con usted.

—No querría parecer ingrato después de lo que ha hecho por mí, señor.

—No se puede negar que Deshima es un destino aburrido. Lejos quedan los días en que uno podía retirarse con lo que amasaba en dos temporadas comerciales. Aquí el peligro mortal no es la fiebre palúdica ni los cocodrilos, sino la monotonía. Pero anímese, De Zoet: dentro de un año volveremos a Batavia, donde descubrirá cómo recompenso yo la lealtad y la diligencia. Hablando de diligencia, ¿cómo va la restauración de los libros de contabilidad?

—Los libros son un desastre espantoso, pero el señor Ogawa está siéndome de gran ayuda, y el «noventa y cuatro» y el «noventa y cinco» ya están reconstruidos en su mayor parte.

—Cómo estaremos para tener que fiarnos de los archivos japoneses. En fin, pasemos a cuestiones más urgentes. —Vorstenbosch abre la cerradura de su escritorio y saca una barra de cobre japonés—. El más rojo del mundo, el más rico en oro y, durante cien años, la novia para la que los holandeses bailamos en Nagasaki. —Le lanza el lingote a Jacob, que lo coge con buenos reflejos—. No obstante, cada año que pasa, esta novia se vuelve más flaca y antipática. Según sus propias cifras, De Zoet… —Vorstenbosch consulta una hoja de papel que tiene encima del escritorio— … en 1790 exportamos ocho mil *piculs*. En 1794, seis mil. Gijsbert Hemmij, que sólo demostró buen juicio en morirse antes de que lo acusasen de incompetencia, dejó que la cuota se redujese a menos de cuatro mil, y durante el año de pésima gestión de Snitker, a unos míseros tres mil doscientos, de los cuales se perdió hasta el último lingote con el Octavia, dondequiera que naufragase.

El reloj de Almelo divide el tiempo con manecillas incrustadas de pedrería.

—¿Recuerda, De Zoet, que acudí al Fuerte Viejo antes de embarcarnos?

—Sí, señor. El gobernador general departió con usted durante dos horas.

—Fue una conversación importante sobre nada menos que el futuro de la Java holandesa. Que es precisamente lo que tiene usted ahora mismo en sus manos. —Vorstenbosch asiente con la cabeza en dirección al lingote de cobre—. Eso mismo.

En el metal se distingue el reflejo derretido de Jacob.

—No entiendo, señor.

—La funesta descripción que hizo Snitker del dilema que atenaza a la Compañía no era, por desgracia, una exageración. Lo que no dijo, porque nadie de fuera del Consejo de Indias lo sabe, es que el Tesoro de Batavia está en los huesos.

Del otro lado de la calle llega el eco de los martillazos de los carpinteros. A Jacob le duele la nariz torcida.

—Sin el cobre japonés, Batavia no puede acuñar moneda. —Vorstenbosch gira entre los dedos un abrecartas de marfil—. Sin monedas, los batallones de nativos se diluirán de nuevo en la jungla. No hay manera de dorar esta píldora, De Zoet: el Gobierno puede mantener nuestras guarniciones con la mitad del salario hasta julio. En agosto se largarán los primeros desertores; en octubre, los jefes nativos descubrirán nuestra debilidad; y para Navidad, Batavia sucumbirá a la anarquía, al saqueo, a las masacres y a la Pérfida Albión.

Sin querer, la mente de Jacob visualiza esa misma sucesión de catástrofes.

—A lo largo de la historia de Deshima —prosigue Vorstenbosch—, todo administrador en jefe ha tratado de sacarles metales preciosos a los japoneses. Y lo único que ha obtenido es apretones de manos y promesas incumplidas. Los engranajes del comercio han seguido girando impasibles, pero si fracasamos, De Zoet, los Países Bajos perderán el Oriente.

Jacob deja el lingote en el escritorio.

—¿Cómo podemos tener éxito allí donde…?

—¿Donde tantos han fracasado? Con audacia, agresividad y una misiva histórica. —Vorstenbosch desliza sobre la mesa un juego de escribanía—. Tome nota, por favor.

Jacob prepara la tablilla, descorcha el tintero y moja la pluma.

—«Yo, gobernador general de las Indias Orientales Holandesas, P. G. Van Overstraten». —Jacob mira a su patrón, pero no ve indicios de error involuntario—, «en la fecha presente…». ¿Fue el dieciséis de mayo cuando zarpamos de Batavia?

El hijo del pastor traga saliva.

—El catorce, señor.

—«… en la fecha presente… nueve de mayo del año mil setecientos noventa y nueve, envío un cordial saludo a sus augustas excelencias del Consejo de Ancianos, como un amigo sincero comunicaría a otro sus pensamientos más íntimos, sin lisonjas ni miedo a la desaprobación, en lo concerniente a la venerable amistad que une al Imperio del Japón y a la República de Batavia», punto.

—Los japoneses no han sido informados de la revolución, señor.

—En ese caso seguiremos siendo «las Provincias Unidas de los Países Bajos», por el momento. «Los siervos del shogun en Nagasaki han modificado en repetidas ocasiones los términos comerciales, lo que ha redundado en el empobrecimiento de la Compañía…». No, pon mejor «inconvenientes para la Compañía». Y a continuación: «El llamado impuesto de las flores alcanza niveles de usura: el *rixdale* ha sufrido tres devaluaciones en diez años, mientras la cuota del cobre se ha reducido a la mínima expresión»… punto.

La plumilla se dobla bajo la presión. Jacob coge otra.

—«Sin embargo, las peticiones de la Compañía se topan con un sinfín de excusas. Los peligros de la travesía desde Batavia a vuestro lejano Imperio quedaron patentes con el naufragio del Octavia, en el que perdieron la vida doscientos holandeses. Sin una contrapartida justa, el comercio de Nagasaki ya no es sostenible». Otro párrafo. «Los directores de la Compañía en Ámsterdam han emitido un memorando definitivo en relación a Deshima, cuyo contenido podría resumirse así…». —La pluma de Jacob sortea una mancha de tinta—, «si la cuota de cobre no aumenta en veinte mil *piculs*», en letra, De Zoet, y ponlo también en cifras, «los diecisiete directores de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales se verán obligados a sacar la conclusión de que sus socios japoneses ya no desean mantener intercambios comerciales con extranjeros. Evacuaremos Deshima y sacaremos las mercancías, el ganado y el material recuperable de nuestros almacenes con efecto inmediato». Listo. Esto debería bastar para soltar la zorra en el gallinero, ¿no?

—Media docena de las grandes, señor. Pero ¿de veras el gobernador general formuló esa amenaza?

—La mente asiática respeta la *force majeure*; más vale empujarlos a la sumisión.

O sea, entiende Jacob, que la respuesta es «no».

—¿Y si los japoneses nos obligasen a enseñar nuestras cartas?

—Para eso tendrían que olerse el farol. Por eso le hago partícipe de esta estratagema, que sólo conocemos Van Cleef, el capitán Lacy y yo. Nadie más. Bueno, para terminar: «Por una cuota de cobre de veinte mil *piculs*, enviaré otro barco el año que viene. En caso de que el Consejo del shogun ofrezca», cursiva, «un solo *picul* menos de esos veinte mil, arrancará de cuajo el árbol del comercio, mandará a la ruina al único gran puerto del Japón y tapiará con ladrillos la única ventana abierta al mundo de vuestro Imperio», ¿sí?

—Los ladrillos no se usan mucho por estos lares, señor. ¿Qué tal «sellará con tablas»?

—Muy bien. «Esta pérdida dejará ciego al shogun ante el progreso europeo, para alegría de los rusos y demás enemigos que contemplan con ojos ávidos vuestro Imperio. Vuestros descendientes, aún por nacer, os suplican que toméis la decisión correcta en este momento, así como», en otro renglón, «Vuestro más sincero aliado, etcétera, etcétera, P. G. Van Overstraten, gobernador general de las Indias Orientales; caballero de la Orden del León Naranja/De Orange», y todos los adornos honoríficos que se te ocurran, De Zoet. Dos copias en limpio para el mediodía, para dar tiempo a Kobayashi; las remata con la firma de Van Overstraten, lo más realista posible, y una la sella con esto.

Vorstenbosch le pasa el anillo grabado con las letras VOC, el acrónimo de la Vereenigde Oost-Indische Compagnie.

Jacob se sobresalta al oír las dos últimas órdenes.

—¿Debo firmarlas y sellarlas yo, señor?

—Aquí está… —Vorstenbosch encuentra un ejemplo—. La firma de Van Overstraten.

—Falsificar la firma del gobernador general es…

Jacob sospecha que la respuesta correcta es «un delito castigado con la pena capital».

—¡No ponga esa cara de estreñido, De Zoet! La firmaría yo, pero nuestra estratagema exige la rúbrica perfecta de Van Overstraten, no los torpes garabatos de mi mano zurda. Piensa en la gratitud del gobernador general cuando volvamos a Batavia con las exportaciones de cobre triplicadas: mi petición de un puesto en el Consejo será imposible de rechazar. ¿Por qué habría de renunciar a mi fiel secretario? Naturalmente, si… los escrúpulos o la falta de coraje le impiden ejecutar lo que le pido, siempre puedo llamar al señor Fischer.

Hazlo ahora, piensa Jacob, preocúpate después.

—Firmaré, señor.

—Entonces no hay tiempo que perder: Kobayashi estará aquí dentro de… —el administrador en jefe consulta el reloj—… cuarenta minutos. Más nos vale que el lacre de la carta se haya enfriado para entonces, ¿no es cierto?

• • •

El guardián de la Puerta Terrestre termina de cachearlo y Jacob se sube al palanquín. Peter Fischer entorna los ojos por culpa del resol implacable del mediodía.

—Deshima es toda suya durante una hora o dos, señor Fischer —le dice Vorstenbosch desde el palanquín del administrador—. Devuélvamela en las mismas condiciones.

—Por descontado. —El prusiano despliega una sonrisa empalagosa—. Faltaría más.

Al pasar el palanquín de Jacob, la sonrisa de Fischer se transforma en una mirada torva.

La comitiva deja atrás la Puerta Terrestre y enfila el Puente de Holanda.

La marea está baja: Jacob ve un perro muerto en el cieno…

… y de pronto está suspendido en el aire, a un metro del suelo prohibido del Japón.

Hay un amplio cuadrado de arena y grava, vacío salvo por la presencia de unos pocos soldados. La plaza, según le contó Van Cleef, se llama Plaza Edo para recordar a los habitantes de Nagasaki, de mentalidad independiente, quién ostenta realmente el poder. A un lado se alza la fortaleza del shogun: rampas de piedra, altas murallas y escaleras. Tras franquear otra serie de portones, la comitiva se zambulle en una calle umbría. Los buhoneros gritan, los mendigos imploran, los caldereros hacen ruido con sus cacerolas, diez mil zuecos de madera chacolotean en el empedrado. Sus propios escoltas dan voces para que los transeúntes se aparten del camino. Jacob trata de captar todas y cada una de las fugaces impresiones, para poder contárselas por carta a Anna, a su hermana Geertje, y a su tío. A través de la rejilla del palanquín le llegan olores variopintos: arroz hervido, aguas negras, incienso, limones, serrín, levadura y algas. Vislumbra ancianas apergaminadas, monjes picados de viruelas, jóvenes solteras con los dientes ennegrecidos. Ojalá tuviese un cuaderno, piensa el extranjero, y tres días en tierra firme para poder llenarlo. Unos niños subidos a un muro de barro se sirven de índice y pulgar para poner ojos de búho, y corean: «Oranda-me, Oranda-me, Oranda-me». Jacob cae en la cuenta de que están imitando los ojos «redondos» de los europeos y le viene a la memoria una recua de golfillos que perseguían a un chino en Londres. Los mocosos se estiraban los ojos hacia los lados y cantaban: «Chino, siamés, y si quieres, japonés».

La gente reza apiñada delante de un altar minúsculo con la puerta en forma de π.

Hay una hilera de ídolos tallados en piedra; lazos de papel atados a un ciruelo.

En las inmediaciones, unos saltimbanquis tocan una cancioncilla alegre para atraer público.

Los palanquines cruzan un canal; el agua apesta.

A causa del sudor, Jacob siente picores en las axilas, las ingles y las rodillas, y se abanica con su cartapacio de escribano.

Hay una niña asomada a una ventana de un piso alto; del alero cuelgan linternas rojas, y ella se acaricia despreocupadamente el cuello con una pluma de ganso. Tiene el cuerpo de una chiquilla de diez años, pero los ojos de una mujer mucho mayor.

Sobre una tapia en ruinas burbujean las glicinias en flor.

Un hirsuto pordiosero arrodillado junto a un charco de vómito resulta ser un perro.

Unos instantes después, la comitiva se detiene delante de un portón de madera y hierro.

El portón se abre y los guardianes saludan a los palanquines, que entran en un patio.

Veinte lanceros reciben instrucción bajo un sol de justicia.

El palanquín de Jacob se detiene a la sombra de un voladizo, y se posa sobre sus patas.

Ogawa Uzaemon le abre la portezuela.

—Bienvenido a la Magistratura, señor de Zoet.

• • •

La larga galería termina en un vestíbulo sombrío.

—Aquí, esperar —les dice el intérprete Kobayashi, indicándoles que se sienten en los cojines que traen unos sirvientes.

A la derecha, el vestíbulo se prolonga en una hilera de puertas correderas blasonadas con *bulldogs* rayados de largas y tupidas pestañas.

—Se supone que son tigres —dice Van Cleef—. Al otro lado está nuestro destino: la Sala de los Sesenta Tatamis.

La ramificación de la izquierda conduce a una puerta más modesta, decorada con un crisantemo. Jacob oye a un bebé que llora unas habitaciones más allá. Ante él se extiende una vista de los muros y tejados candentes de la Magistratura que baja hasta la bahía donde, envuelto en la calima desvaída, fondea el *Shenandoah*. El aroma del verano se mezcla con el de la cera y el papel nuevo. El grupo de holandeses se ha descalzado a la entrada, y Jacob agradece la advertencia que Van Cleef le había hecho anteriormente: cuidado con lucir agujeros en los calcetines. Si me viese el padre de Anna, piensa, rindiendo homenaje al sumo oficial del shogun en Nagasaki. Los extranjeros y los intérpretes guardan un riguroso silencio.

—Las tarimas están elevadas para que crujan y delaten a los asesinos.

—¿Los asesinos —pregunta Vorstenbosch— son un problema grave en estos pagos?

—Puede que hoy en día no, pero las viejas costumbres no se pierden fácilmente.

—Recuérdame —le ordena el administrador— por qué una Magistratura tiene dos magistrados.

—Cuando el magistrado Shiroyama está de servicio en Nagasaki, el magistrado Ômatsu reside en Edo y viceversa. Rotan anualmente. Si uno de los dos comete una imprudencia, su homólogo lo denunciaría sin dilación. Todos los puestos de autoridad del Imperio se dividen de esta forma y quedan, así, neutralizados.

—Me imagino que Niccolò Machiavelli tendría poco que enseñarle al shogun.

—Desde luego, señor. Creo que, en comparación, el florentino sería un aprendiz.

El intérprete Kobayashi muestra su desaprobación por el intercambio de tan augustos nombres.

—¿Me permiten que dirija su atención —Van Cleef cambia de tema— hacia el antiguo espantapájaros colgado en aquella hornacina?

—Cielo santo —Vorstenbosch aguza la vista—, es un arcabuz portugués.

—Tras la llegada de los portugueses empezaron a fabricarse mosquetes en una isla de Satsuma. Después, cuando se reparó en que diez mosquetes en manos de otros tantos campesinos de pulso firme podían acabar con la vida de diez samuráis, el shogun restringió la producción. Imagínense la suerte que correría un monarca europeo que tratase de imponer semejante decreto…

Una de las puertas adornadas con un tigre se descorre y aparece un alto funcionario de nariz aplastada que se dirige hacia el intérprete Kobayashi. Los intérpretes hacen una profunda reverencia y Kobayashi le presenta al funcionario al administrador Vorstenbosch como chambelán Tomine. El tono del chambelán es tan gélido como sus ademanes.

—«Caballeros», traduce Kobayashi, «en la Sala de los Sesenta Tatamis está presente el magistrado y muchos consejeros. Deben prestar la misma obediencia al magistrado que al shogun».

—El magistrado Shiroyama recibirá —tranquiliza Vorstenbosch al intérprete— todo el respeto que se merece.

Kobayashi no parece tranquilizado.

La Sala de los Sesenta Tatamis es oscura y aireada. Cincuenta o sesenta funcionarios sudorosos —todos ellos samuráis de aspecto importante— forman un rectángulo perfecto. El magistrado Shiroyama se distingue del resto por su posición central y su tarima elevada sobre el suelo; el rostro de quincuagenario parece curtido por la eminencia del cargo. La luz penetra en la estancia desde un patio iluminado por el sol, compuesto de guijarros blancos, pinos retorcidos y, al sur, rocas cubiertas de

musgo. Sobre las aberturas que hay al este y al oeste se mecen unas colgaduras. Un guardia de cuello rollizo anuncia: «¡Oranda capitán!», y conduce a los holandeses dentro del rectángulo de cortesanos, hacia tres cojines de color carmesí. El chambelán Tomine habla.

—«Que holandeses presenten sus respetos» —traduce Kobayashi.

Jacob se arrodilla en su cojín, deja en el suelo su cartapacio, y hace una reverencia. Se da cuenta de que, a su derecha, Van Cleef está haciendo lo propio, pero al enderezarse ve que Vorstenbosch sigue en pie.

—¿Dónde —inquiere el administrador dirigiéndose a Kobayashi— está mi silla?

La pregunta provoca el escándalo sordo que pretendía Vorstenbosch.

El chambelán dirige una pregunta brusca a Kobayashi.

—En Japón —le dice el intérprete a Vorstenbosch, ruborizándose— no es deshonor sentarse en suelo.

—Muy loable, señor Kobayashi, pero estoy más cómodo en una silla.

Kobayashi y Ogawa se ven obligados a aplacar la cólera de un chambelán y a desactivar la obstinación de un administrador.

—Por favor, señor Vorstenbosch —dice Ogawa—, en Japón no tenemos sillas.

—¿Y no es posible improvisar una para un dignatario en visita? ¡Tú!

El funcionario señalado por el índice del holandés se sobresalta y se toca la punta de la nariz.

—Sí, tú: trae diez cojines. Diez. ¿Entiendes «diez»?

Con gesto consternado, el funcionario desvía su mirada de Kobayashi a Ogawa y viceversa.

—¡Mira, amigo! —Vorstenbosch coge un cojín y tras balancearlo un instante, lo deja caer y muestra los diez dedos—. ¡Tráeme diez cojines! Kobayashi, dígale a este pánfilo lo que quiero.

El chambelán Tomine exige respuestas. Kobayashi le explica por qué el administrador se niega a arrodillarse, mientras Vorstenbosch exhibe una sonrisa de tolerante arrogancia.

En espera de la reacción del magistrado, la Sala de los Sesenta Tatamis se sume en el silencio.

Shiroyama y Vorstenbosch se clavan los ojos durante un largo instante.

Al fin, el magistrado despliega la sonrisa del vencedor y asiente con la cabeza. El chambelán da una palmada: dos sirvientes van a por los cojines y comienzan a apilarlos hasta que Vorstenbosch desborda satisfacción.

—Tomen nota —dice el administrador holandés a sus compatriotas— de las recompensas que reporta la firmeza. El administrador Hemmij y Daniel Snitker, con su pleitesía servil, minaron nuestra dignidad, y ahora me toca a mí —da un golpe a la aparatosa pila de cojines— reconquistarla.

El magistrado Shiroyama se dirige a Kobayashi.

—Magistrado pregunta —traduce el intérprete—: «¿Ahora está cómodo?».

—Gracias, señoría. Ahora estamos sentados cara a cara, como iguales.

Jacob supone que Kobayashi habrá omitido las dos últimas palabras de Vorstenbosch.

El magistrado Shiroyama asiente y articula una larga frase.

—Su señoría —dice Kobayashi— se «congratula» con nuevo administrador y «da bienvenida a Nagasaki»; y «da bienvenida otra vez a Magistratura» y también a adjunto. —Jacob, un simple escribano, no merece mención—. Magistrado espera que viaje no demasiado… «extenuante», y espera que sol no demasiado fuerte para débil piel holandesa.

—Dé las gracias a nuestro anfitrión por su interés —replica Vorstenbosch—, pero le aseguro que, comparado con el mes de julio en Batavia, el verano de Nagasaki es un juego de niños.

Shiroyama asiente al oír la traducción, como si viese confirmada una vieja sospecha.

—Pregúntele a su señoría —ordena Vorstenbosch— si le gustó el café con el que lo obsequié.

La pregunta, percibe Jacob, provoca un intercambio de miradas maliciosas entre los cortesanos. El magistrado se piensa la respuesta.

—Magistrado dice —traduce Ogawa—: «Café sabe como ninguna otra cosa».

—Dígale que nuestras plantaciones de Java pueden producir lo bastante como para satisfacer el estómago sin fondo de los japoneses. Dígale que las generaciones futuras bendecirán el nombre de «Shiroyama» como el hombre que descubrió esta mágica bebida para su patria.

Ogawa ofrece una traducción apta y se encuentra con una negativa cortés.

—Magistrado dice —explica Kobayashi—: «Japón no tiene apetito para café».

—¡Paparruchas! En su día el café también era desconocido en Europa, pero hoy en día en todas las calles de nuestras grandes capitales hay una tienda… ¡O diez! Con las cuales se amasan inmensas fortunas.

Shiroyama cambia deliberadamente de tema antes de que Ogawa tenga tiempo de traducir.

—Magistrado expresa condolencias —dice Kobayashi— por naufragio de Octavia en invierno pasado.

—Dígale que es curioso —repone Vorstenbosch— cómo nuestra conversación ha derivado en las penalidades que sufre nuestra Honorable Compañía para traer la prosperidad a Nagasaki…

Ogawa detecta la inminencia de complicaciones inevitables, pero se ve obligado a traducir.

El rostro del magistrado expresa un cómplice: «¿Oh?».

—Precisamente traigo un comunicado urgente de parte del gobernador general sobre este mismo asunto.

Ogawa se vuelve hacia Jacob en busca de ayuda.

—¿Qué es un comunicado?

—Una carta —contesta Jacob en voz baja—. El mensaje de un diplomático.

Ogawa traduce la frase; las manos de Shiroyama dicen: «Dame».

Desde su torre de cojines, Vorstenbosch hace un gesto de asentimiento a su secretario.

Jacob desata su cartapacio, extrae la carta recién falsificada del Excelentísimo P. G. Van Overstraten y se la entrega con ambas manos al chambelán.

El chambelán Tomine coloca el sobre delante de su señor, que no sonríe.

La Sala de los Sesenta Tatamis observa la escena con manifiesta curiosidad.

—Es necesario, señor Kobayashi —dice Vorstenbosch—, advertir a estos gentiles caballeros, e incluso al magistrado, que nuestro gobernador general les envía un ultimátum.

Kobayashi fulmina con la mirada a Ogawa, que hace intención de preguntar:

—¿Qué es «ultim…»?

—Ultimátum —dice Van Cleef—. Una amenaza; una exigencia; una advertencia severa.

—Momento muy malo —Kobayashi sacude la cabeza— para advertencia severa.

—¿No cree que el magistrado Shiroyama debería saber cuanto antes —la preocupación de Vorstenbosch rezuma malevolencia— que Deshima será derrelicta al término de la presente temporada comercial, a menos que Edo nos conceda veinte mil *piculs*?

—Derrelicta —repite Van Cleef— significa abandonada; concluida; finiquitada.

Los dos intérpretes se quedan lívidos.

Jacob siente en su fuero interno una punzada de compasión por Ogawa.

—Por favor, señor —Ogawa intenta tragar saliva—, nada de noticias como esa, aquí, ahora…

Presa de la impaciencia, el chambelán Tomine exige una traducción.

—Más vale no hacer esperar a su señoría —le dice Vorstenbosch a Kobayashi.

Trastabillándose con cada palabra, Kobayashi transmite las terribles noticias.

De todas las direcciones les llega una ráfaga de preguntas, pero aunque Kobayashi y Ogawa tratasen de contestarlas, sus respuestas resultarían inaudibles. En medio de todo el caos, Jacob repara en un hombre sentado tres puestos a la izquierda del magistrado Shiroyama. No sabe por qué, pero su rostro lo llena de inquietud; tampoco es capaz de calcular su edad. El cráneo rasurado y la túnica azulada invitan a pensar que se trata de un monje o incluso de un confesor. Tiene los labios apretados,

los pómulos pronunciados, la nariz aguileña y los ojos feroces de inteligencia. Jacob se ve tan incapaz de eludir la mirada de ese individuo como un libro de sustraerse, por voluntad propia, al ojo de un lector. De repente, el silencioso observador ladea la cabeza, como un sabueso que oyese el sonido de su presa.

# V

## Almacén Doorn de Deshima

*Después del almuerzo, 1 de agosto de 1799*

El calor dilata y deforma las palancas y engranajes del Tiempo. En la sofocante penumbra, Jacob casi alcanza a oír el silbido del azúcar fundiéndose en pegotes dentro de las cajas. El día de la subasta se venderá a los mercaderes de especias por una miseria; de lo contrario, como bien saben ellos, habría que volver a cargarlo en la bodega del *Shenandoah* para un infructuoso viaje de regreso a los almacenes de Batavia. El escribano apura su taza de té verde. Los posos amargos le arrancan una mueca y agravan su dolor de cabeza, pero le agudizan el ingenio.

Sobre un lecho de cajas de clavo y sacos de yute duerme Hanzaburo.

Una estela de mocos le baja como el rastro de un caracol desde una de las narinas hasta la rocosa nuez.

El rasgueo de la pluma de Jacob encuentra eco en un ruido, bastante similar, procedente de una viga.

Es un sonido rítmico al que no tarda en unirse el levísimo chirrido de una sierra diminuta.

Una rata, cae en la cuenta el joven, montando a su hembra…

Mientras escucha, se sumerge en recuerdos asociados a cuerpos de mujeres.

No son recuerdos de los que esté orgulloso, ni de los cuales hable jamás…

Deshonro a Anna, piensa Jacob, al entregarme a estos pensamientos.

… pero son las imágenes las que se entregan a él y le espesan la sangre como si fuesen tapioca.

Concéntrate, pedazo de burro, se ordena a sí mismo, en la tarea que tienes entre manos…

No sin dificultad, Jacob reanuda la búsqueda de los cincuenta *rixdales* desaparecidos a través de una selva de falsos recibos encontrados en una de las botas de Daniel Snitker. Prueba a servirse otro té, pero la tetera ya está vacía. Da una voz:

—¿Hanzaburo?

El muchacho no se mueve. Las ratas en celo han dejado de hacer ruido.

—¡Eh!

Al cabo de unos largos segundos, el muchacho se incorpora de golpe.

—¿Señor Dazûto?

Jacob levanta la taza manchada de tinta.

—Tráeme más té, por favor, Hanzaburo.

Hanzaburo entrecierra los ojos, se rasca la cabeza y dice:

—¿Eh?

—Más té, por favor. —Jacob agita la tetera—. O-cha.

El muchacho suspira, se levanta, coge la tetera y se aleja arrastrando los pies.

Jacob afila el plumín, pero al cabo de unos instantes da una cabezada…

… La silueta de un enano jorobado se recorta al contraluz en el resplandor blanquecino del Callejón del Flaco.

En la mano peluda lleva un garrote… no, es una pata descarnada y sanguinolenta de cerdo.

Jacob levanta la cabeza, que le pesa. El cuello, rígido, le da un calambre.

El jorobado entra en el almacén, gruñendo y resoplando.

La pata de cerdo es, en realidad, una espinilla amputada, con tobillo y pie incluidos.

El jorobado tampoco es un jorobado: es William Pitt, el mono de Deshima.

Jacob se levanta de un salto y se golpea la rodilla. El dolor se propaga en miles de direcciones.

William Pitt escala una torre de cajas con su sanguinolento trofeo.

—Por el amor de Dios —Jacob se frota la rótula—, ¿de dónde has sacado eso?

No hay respuesta alguna, tan sólo la respiración sosegada y regular del mar…

… y Jacob recuerda: el día anterior, el doctor Marinus fue llamado a bordo del *Shenandoah* porque a un marinero estonio se le había caído una caja en el pie y se lo había destrozado. Como en el agosto japonés las heridas gangrenosas degeneran más rápido que un cuenco de leche, el médico recetó el bisturí. La operación quirúrgica se llevaría a cabo hoy en el hospital, para que sus cuatro alumnos y algunos estudiosos de la localidad pudiesen presenciarla. Por improbable que parezca, William Pitt debe de haberse introducido por la fuerza y robado el miembro: ¿qué otra explicación cabe?

En ese instante hace su aparición otra figura, momentáneamente cegada por la oscuridad del almacén. El estrecho torso palpita por el esfuerzo. Su kimono azul está cubierto con un mandil de artesano, salpicado de manchas negras; del pañuelo que le oculta la mitad derecha del rostro escapan unos mechones de pelo. Hasta que la figura no pisa la columna de luz que cae de la alta ventana, Jacob no advierte que el perseguidor del mono es una joven.

Aparte de las lavanderas y de unas pocas «abuelas» al servicio de la Corporación de Intérpretes, las únicas mujeres que tienen permitido el paso por la Puerta Terrestre son las prostitutas, contratadas por una noche, o las llamadas «esposas», que permanecen durante un periodo más largo bajo el techo de los funcionarios mejor pagados. Estas dispendiosas cortesanas tienen a su disposición una doncella: la hipótesis más lógica que alcanza a formular Jacob es que la visitante sea una de estas

criadas y que, tras forcejear con William Pitt por el miembro robado, no lograse arrebatárselo y persiguiese al mono hasta el almacén.

Por toda la Calle Larga resuenan voces —en holandés, en japonés, en malayo— procedentes del hospital.

La puerta abierta del almacén enmarca los perfiles, fugaces como un pestañeo, que pasan corriendo por el Callejón.

Jacob repasa su exiguo vocabulario japonés en busca de una palabra adecuada.

Cuando la joven repara en el extranjero de pelo rojo y ojos verdes se queda boquiabierta del susto.

—Señorita —suplica Jacob en holandés—, yo… yo… yo… no se asuste, por favor… yo…

La joven lo mira de arriba abajo y saca la conclusión de que no representa una gran amenaza.

—Mono malo —dice recobrando la calma—, roba pie.

En un primer momento, Jacob asiente con la cabeza, y al instante cae en la cuenta:

—¿Habla holandés, señorita?

El gesto de la chica, encogiéndose de hombros, viene a significar: «Un poco».

—Mono malo… —dice—… ¿entra aquí?

—Sí, sí. Ese demonio peludo está ahí arriba. —Jacob señala a lo alto de las cajas. Con el fin de impresionar a la joven, echa a andar hacia allí a grandes zancadas—. William Pitt: suelta ese pie. Dámelo. ¡Que me lo des!

El mono coloca la pierna a su lado, se agarra el pene color ruibarbo y empieza a rascárselo como un arpista loco, riéndose con todos los dientes al aire. Jacob teme por el pudor de la visitante, pero esta se da la vuelta para disimular la risa y, al hacerlo, revela una quemadura que le cubre gran parte del lado izquierdo de la cara. Es oscura, abultada y, vista de cerca, muy llamativa. ¿Cómo es posible, se pregunta Jacob, que la sirvienta de una cortesana se gane la vida con semejante deformación en el rostro? Demasiado tarde: la chica se ha dado cuenta de que está mirándola embobado. Se retira el pañuelo hacia atrás y, dando un paso al frente, le muestra la mejilla. Toma, declara ese gesto, ¡para que mires a gusto!

—Yo… —Jacob se muere de vergüenza—. Le ruego perdone mi descortesía, señorita…

Temiendo que no entienda sus disculpas, Jacob le dedica una profunda reverencia que dura lo que tarda en contar hasta cinco.

La joven vuelve a atarse el pañuelo y centra su atención en William Pitt. Ignorando al extranjero, se dirige al mono en un japonés cadencioso.

El ladrón se abraza a la pierna como una huerfanita a su muñeca.

Empeñado en causar mejor impresión, Jacob se acerca a la torre de cajas.

Sube de un salto a un arcón cercano.

—Escucha, esclavo pulgoso…

Jacob siente en el pecho el latigazo de un líquido caliente que huele a rosbif.

En su intento por esquivar el chorro caliente, pierde el equilibrio…

… se cae del arcón y aterriza patas arriba sobre la tierra batida.

El bochorno, piensa Jacob mientras se le pasa el dolor, exige cuando menos un poco de orgullo…

La mujer está apoyada en el catre improvisado de Hanzaburo.

… pero no me queda ni un ápice de orgullo, pues me está meando un mono.

Está restregándose los ojos y, presa de una risa casi inaudible, le tiembla todo el cuerpo.

Anna también se ríe así, piensa Jacob. Exactamente así.

—Perdón. —La chica inspira profundamente y se le contraen los labios—. Disculpe mi… ¿gloselía?

—«Grosería», señorita. —Jacob se dirige hacia el cubo de agua—. De «grosero», con erre.

—«Grosería» —repite ella—, con erre. No es gracioso.

Jacob se lava la cara, pero para enjuagar la orina del mono de la camisa de lino, la segunda mejor de todas las que posee, tendría que quitársela. Y hacerlo aquí es imposible.

—¿Quiere limpiar cara? —pregunta la chica, rebuscando en un bolsillo de la manga, del que extrae un abanico cerrado, que deja encima de una caja de azúcar sin refinar, y acto seguido un cuadrado de papel.

—Muy amable.

Jacob lo coge y se seca la frente y las mejillas.

—Trueque con mono —le sugiere la joven—. Cambiar cosa por pierna.

Jacob sopesa la idea.

—El bicho es un vicioso del tabaco.

—¿Ta-ba-co? —Decidida, da una palmada—. ¿Tiene?

Jacob le entrega la última hoja javanesa que le queda en la petaca de cuero.

La chica cuelga el cebo en el extremo de una escoba y lo balancea a la altura de la atalaya de William Pitt.

El mono alarga el brazo; la chica retira hacia atrás la hoja, susurrándole súplicas…

… hasta que el mono suelta la pierna para agarrar su nuevo trofeo.

El miembro se precipita al suelo y se detiene de golpe a los pies de la joven que, tras dirigir una mirada triunfante a Jacob, suelta la escoba y recoge el miembro amputado con la misma naturalidad con que un jornalero cogería una zanahoria. El hueso tronchado sobresale entre la carne ensangrentada y los dedos están roñosos. En

lo alto traquetea el marco de la ventana: William Pitt se ha escapado con el botín, sobre los tejados de la Calle Larga.

—Tabaco perdido, señor —dice la joven—. Siento mucho.

—No importa, señorita. Ha recuperado su pierna. Bueno, su pierna no…

En el Callejón del Flaco hay un ir y venir de preguntas y respuestas.

Jacob y su visitante se alejan un par de pasos uno del otro.

—Disculpe, señorita, pero… ¿Es usted la doncella de una cortesana?

—¿Donesella? ¿Coletesana? —Se queda perpleja—. ¿Qué es?

—Una… una… —Jacob trata de buscar un término equivalente—. ¿La ayudante… de una puta?

La chica coloca la pierna en un pedazo cuadrado de tela.

—¿Para qué necesita ayudante una fruta?

En la puerta aparece un guardia que ve al holandés, a la joven, y el pie perdido. Sonríe y volviéndose hacia el callejón, grita unas palabras; al cabo de unos instantes llegan más guardias, inspectores y oficiales, seguidos del adjunto Van Cleef; después, el tartamudo Kosugi, jefe de policía de Deshima; Eelattu, el ayudante de Marinus, con el delantal tan ensangrentado como el de la joven quemada; Arie Grote y un comerciante japonés de ojos vivaces; varios estudiosos; y Con Twomey que, con su regla de carpintero en la mano, le pregunta en inglés a Jacob:

—¿Se puede saber a qué carajo huele usted?

Jacob se acuerda del libro de contabilidad a medio reconstruir que se dejó abierto encima de la mesa, a la vista de todo el mundo. Se apresura a esconderlo en el preciso momento en que llegan cuatro jóvenes, todos con el cráneo rasurado de los alumnos de medicina y delantales como el de la chica quemada, y empiezan a bombardearla con preguntas; el escribano se figura que son los «discípulos» de Marinus. Los intrusos dejan que la joven les cuente su versión de lo ocurrido. Primero señala la torre de cajas a la que trepó William Pitt, y acto seguido apunta con el dedo a Jacob, que se pone colorado cuando veinte o treinta cabezas se vuelven hacia él. La chica se expresa en su idioma con aplomo y serenidad. El escribano aguarda el estallido de hilaridad que provocará el episodio de la ducha de orines de mono, pero se ve que la joven lo omite porque el relato concluye con gestos de aprobación. Twomey se marcha con la pierna del estonio para fabricar un sustituto de madera de la misma longitud.

—Te he visto —dice Van Cleef agarrando a un guardia de la manga—, ¡maldito ladrón!

Una catarata de bayas de nuez moscada de color rojo brillante se derrama por el suelo.

—¡Baert! ¡Fischer! ¡Echen del almacén a estos ladrones del demonio!

El adjunto señala la puerta con gestos de pastor arreando el ganado, mientras

grita:

—¡Fuera! ¡Fuera! Grote, registre a todo el que parezca sospechoso; sí, igual que ellos nos registran a nosotros. De Zoet, eche un ojo a la mercancía, no vayan a salirle patas y escapar corriendo.

Jacob se sube a una caja para vigilar mejor la salida de los visitantes.

Ve a la doncella quemada salir al callejón y ofrecer ayuda a un estudioso de aspecto delicado.

En contra de lo que esperaba, la chica se vuelve y le dice adiós con la mano.

El gesto secreto de complicidad entusiasma a Jacob, que le devuelve el saludo.

No, percibe, sólo estaba protegiéndose los ojos del sol…

Hanzaburo llega bostezando con una tetera.

Ni siquiera le has preguntado cómo se llama, se da cuenta Jacob, Jacob de Zoquete.

El escribano advierte que la joven se ha olvidado el abanico encima de la caja de azúcar.

Bufando de ira, Van Cleef se marcha apartando de un empujón a Hanzaburo, que está plantado en el umbral con la tetera en la mano. El muchacho pregunta:

—¿Qué ha pasado?

• • •

A medianoche, el comedor del administrador está neblinoso por el humo de las pipas. Los sirvientes Cupido y Filandro tocan Manzanas de Delft con flauta y vihuela de arco.

—El presidente Adams es nuestro «shogun», sí, señor Goto —dice el capitán Lacy sacudiéndose las migas del bigote—, pero ha sido elegido por el pueblo estadounidense. He ahí la esencia de la democracia.

Los cinco intérpretes intercambian una mirada de cautela que Jacob ya reconoce.

—¿Grandes señores, etcétera —aclara Ogawa Uzaemon—, eligen presidente?

—No, señores no. —Lacy se hurga los dientes—. Los ciudadanos. Todos nosotros.

—¿También… —Los ojos del intérprete Goto se posan en Con Twomey—… los carpinteros?

—Los carpinteros, los panaderos —eructa Lacy— y los cereros.

—Los esclavos de Washington y Jefferson —pregunta Marinus— ¿también votan?

—No, doctor —sonríe Lacy—. Ni sus caballos, ni sus bueyes, ni sus abejas ni sus mujeres.

Pero ¿qué geisha joven, se pregunta Jacob, se pelearía con un mono por una pierna?

—¿Y qué sucede —pregunta Goto— si gente hace mala elección y presidente es hombre malo?

—Pues que en las siguientes elecciones, al cabo de cuatro años como máximo, no lo reelegimos.

—¿Viejo presidente —el intérprete Hori está congestionado a causa del ron— es ejecutado?

—«Elegido», señor Hori —dice Twomey—. Cuando la gente escoge a su jefe.

—Un sistema mejor, desde luego —Lacy alza la copa para que se la rellene Weh, el esclavo de Van Cleef—, que esperar a que sea la muerte quien destituya a un shogun corrupto, estúpido o demente.

Los intérpretes parecen incómodos: ningún confidente domina lo bastante el holandés como para entender el discurso subversivo del capitán Lacy, pero nada garantiza que la Magistratura no haya reclutado a uno de los cuatro intérpretes para informar de las reacciones de sus colegas.

—Democracia —dice Goto— no es flor que pueda brotar en Japón, creo yo.

—Suelo asiático —concuerda el intérprete Hori— no es propicio para flores europeas ni americanas.

—El señor Washington, el señor Adams —el intérprete Iwase cambia de tema— ¿son de sangre real?

—Nuestra revolución —el capitán Lacy chasquea los dedos para pedir al esclavo Ignacio que le acerque la escupidera—, en la cual participé personalmente, cuando tenía menos barriga, tuvo la finalidad de purgar los Estados Unidos de los linajes reales. —Esputa una flema monstruosa—. Un hombre puede ser un gran dirigente, como el general Washington, pero ¿por qué han de heredar sus hijos las virtudes paternas? ¿Acaso los miembros de la realeza nacidos de uniones endogámicas no suelen ser más mentecatos y holgazanes (el propio «Rey Jorge», sin ir más lejos) que quienes escalan el mundo mediante el talento que Dios les ha dado? —Hace un inciso para mascullar algo, en inglés, al súbdito secreto que el monarca británico tiene en Deshima—. No es mi intención ofenderlo, señor Twomey.

—Yo sería el último imbécil —declara sin ambages el irlandés— en ofenderse.

Cupido y Filandro se arrancan con Siete rosas blancas para mi verdadero amor. La cabeza ebria de Baert se desploma y aterriza en un plato de judías dulces.

Esa quemadura, se pregunta Jacob, ¿notará frío o calor al tacto, o es insensible?

Marinus coge su bastón.

—Discúlpenme los presentes, pero he dejado a Eelattu modelando la espinilla del estonio. Sin un ojo experto, empezará a gotear sebo del techo. Señor Vorstenbosch, un saludo…

El médico se despide de los intérpretes con una reverencia y sale cojeando de la sala.

—¿En Japón —pregunta con una sonrisa empalagosa el capitán Lacy— la ley permite la poligamia?

—¿Qué es po-ri-ga-mia, adjunto? —Hori se rellena la pipa—. ¿Por qué necesita permiso?

—Explíqueselo usted, señor de Zoet —dice Van Cleef—. Las palabras son su fuerte.

—Poligamia es… —Jacob se piensa la respuesta—… un marido, muchas mujeres.

—Ah. Oh. —Hori sonríe y los demás intérpretes asienten con la cabeza—. Poligamia.

—Los mahometanos permiten tener cuatro esposas. —El capitán Lacy lanza una almendra al aire y la caza con la boca—. Los chinos pueden reunir hasta siete bajo el mismo techo. ¿Cuántas puede juntar un japonés en su colección privada?

—En todos países igual —dice Hori—. En Japón, Holanda, China; todo igual. Yo digo por qué. Todos hombres casan primera mujer. Él —sonriendo lascivamente, Hori hace un gesto obsceno con el puño de una mano y el índice de otra— hasta que ella —hace la mímica de una barriga embarazada—, ¿sí? Después de esto, todos hombres tienen número de mujeres que su bolsillo permite. ¿Capitán Lacy piensa tener mujer de Deshima para temporada comercial, como señor Snitker y señor Van Cleef?

—Preferiría —Lacy se muerde la uña del pulgar— visitar el famoso barrio de Murayama.

—El señor Hemmij —recuerda el intérprete Yonekizu— pedía cortesanas para sus banquetes.

—El administrador Hemmij —dice Vorstenbosch con tono sombrío— disfrutó de muchos placeres a expensas de la Compañía, así como el señor Snitker. Por eso este último estará ahora mismo cenando galleta, mientras nosotros disfrutamos de las recompensas que corresponden a los empleados honrados.

Jacob lanza una mirada a Ivo Oost, y este se la devuelve con cara de pocos amigos.

Baer levanta la cara, salpicada de judías, y tras exclamar: «Pero, señor, ¡ella no es mi tía de verdad!», suelta una risita de colegiala y se cae de la silla.

—Propongo un brindis —dice Van Cleef— en honor de todas nuestras damas ausentes.

Los comensales se llenan las copas unos a otros.

—¡Por todas nuestras damas ausentes!

—Especialmente —dice Hori con la voz entrecortada por la ginebra que le abrasa el gaznate— la de señor Ogawa, aquí presente. Señor Ogawa casa este año con bella mujer. —Hori tiene el codo manchado de mousse de ruibarbo—. ¡Todas noches —

hace el gesto de montar a caballo— tres, cuatro, cinco galopadas!

La carcajada es escandalosa pero la sonrisa de Ogawa es apenas un esbozo.

—Eso es pedirle a un famélico —responde Gerritszoon— que beba a la salud de un glotón.

—¿Señor Gerritszoon quiere chica? —Hori es la complacencia personificada—. Mi sirviente trae. Diga qué quiere: ¿Gorda? ¿Flaca? ¿Tigre? ¿Gatita? ¿Hermanita dulce?

—A todos nos gustaría una hermanita dulce —se lamenta Arie Grote—, pero el dinero, ¿qué? En Siam, con lo que cuesta un revolcón con una furcia de Nagasaki, te compras un burdel entero. ¿No hay motivos de sobra, señor Vorstenbosch, para que la Compañía proporcione una subvención en este apartado? Piense en el pobre Oost: con su paga oficial, señor, un pequeño… consuelo femenino, eh, le costaría la paga de todo un año.

—La abstinencia —contesta Vorstenbosch— nunca le hizo daño a nadie.

—Pero, señor, ¿a qué vicios podría verse arrastrado un holandés de pelo en pecho que no tenga cómo desahogar sus… en fin, impulsos naturales?

—¿Echa de menos, señor Grote —pregunta Hori—, a su mujer de Holanda?

—«Al sur de Gibraltar» —cita el capitán Lacy— «todos los hombres son solteros».

—La latitud de Nagasaki —replica Fischer— está, desde luego, mucho más al norte de Gibraltar.

—No sabía —dice Vorstenbosch— que estaba casado, Grote.

—El hombre —explica Ouwehand— preferiría no oír hablar del asunto, señor.

—Una pelandusca de la Frisia occidental, señor. —El cocinero se pasa la lengua por los incisivos, de color marrón—. Si alguna vez me acuerdo de ella, señor Hori, es para rezar para que los otomanos invadan la Frisia y se lleven a esa golfa.

—Si no gusta mujer —pregunta el intérprete Yonekizu—, ¿por qué no divorcia?

—En las llamadas tierras cristianas —suspira Grote— del dicho al hecho hay mucho trecho.

—¿Y por qué casar —pregunta Hori tosiendo humo de tabaco— en primer lugar?

—Oh, es una historia larga y triste, señor Hori, que no tendría ningún interés para…

—La última vez que hizo el viaje de retorno a su tierra —se ofrece a relatar Ouwehand— el señor Grote cortejó a una joven y prometedora heredera en su casa de Roomolenstraat que le contó que su padre, enfermo y sin herederos, deseaba ardientemente ver su granja lechera en manos de un yerno que fuese un caballero, pero por desgracia, se lamentaba la joven, lo único que había por doquier era ladrones y granujas dándoselas de buen partido. El señor Grote se mostró de acuerdo en que el Mar de los Cortejos está plagado de tiburones, y aludió expresamente a los prejuicios

que sufrían los jóvenes de su condición, nuevos ricos de la colonia, como si las inmensas ganancias que cada año le reportaban sus plantaciones en Sumatra valiesen menos que el dinero de las familias ricas de toda la vida. Los tortolitos se casaron en menos de una semana. Al día siguiente de la boda, el tabernero les presentó la factura y cada uno le dijo al otro: «Paga la cuenta, corazón mío». Sin embargo, para auténtico espanto de ambos, ninguno de los dos estaba en condiciones de hacerlo, pues tanto el novio como la novia ¡se habían gastado lo último que les quedaba en camelarse! Las plantaciones en Sumatra del señor Grote se esfumaron; la casa de Roomolenstraat volvió a ser el decorado escénico de un cómplice; el suegro enfermo resultó ser un descargador de cerveza sano como un roble que no carecía de herederos sino de heridas, y…

Un eructo brota del capitán Lacy.

—Perdón. Han sido los huevos a la diabla.

—¿Adjunto Van Cleef? —Goto está alarmado—. ¿Otomanos invaden Holanda? Esa noticia no aparece en último parte *fusetsuki*…

—El señor Grote —Van Cleef sacude la servilleta— hablaba en broma, señor.

—¿En broma? —El intérprete, joven pero formal, frunce el ceño—. En broma…

Cupido y Filandro tocan una lánguida aria de Boccherini.

—Desanima pensar —medita Vorstenbosch— que, a menos que Edo autorice un aumento de la cuota del cobre, estas salas habrán de sumirse para siempre en el silencio.

Yonekizu y Hori sonríen; Goto y Ogawa se quedan impávidos.

Casi todos los holandeses le han preguntado a Jacob si el extraordinario ultimátum es un farol. El escribano les ha respondido a todos que se lo pregunten al administrador en jefe, a sabiendas de que ninguno se atreverá. Al haber perdido la mercancía de la última temporada a bordo del malhadado Octavia, muchos volverían a Batavia más pobres que cuando partieron.

—¿Quién era esa mujer tan rara —Van Cleef exprime un limón en una copa de cristal de Murano— que estaba en el almacén Doorn?

—La señorita Aibagawa —contesta Goto— es hija de médico y estudioso.

Aibagawa. Jacob afronta las sílabas de una en una. Ai-ba-ga-wa…

—Magistrado da permiso a ella —dice Iwase— para estudiar con médico holandés.

Y yo llamándola «ayudante de puta», recuerda Jacob, estremeciéndose.

—Qué extraña Locusta ha de ser —dice Fischer— para encontrarse a gusto en un dispensario.

—El sexo débil —objeta Jacob— puede mostrar tanta entereza como el fuerte.

—El señor de Zoet —dice el prusiano metiéndose el dedo en la nariz— debería publicar sus deslumbrantes epigramas.

—Señorita Aibagawa —declara Ogawa— es una comadrona. Está acostumbrada a sangre.

—Yo pensaba —dice Vorstenbosch— que las mujeres tenían prohibido poner el pie en Deshima, salvo que fuesen cortesanas, o sus sirvientas, o una de las viejas arpías de la Corporación.

—Está prohibido —afirma indignado Yonekizu—. Ningún precedente. Nunca.

—Señorita Aibagawa —Ogawa alza la voz— trabaja duro de comadrona, tanto para clientes ricos como para gente pobre que no puede pagar. Hace poco se ocupa de nacimiento de hijo de magistrado Shiroyama. Parto difícil, y otro médico renuncia, pero ella insiste y consigue. Magistrado Shiroyama era contento. Concede a señorita Aibagawa un deseo como recompensa. Deseo es: estudiar con doctor Marinus en Deshima. Magistrado cumple promesa.

—Mujer estudia en hospital —afirma Yonekizu— no es cosa buena.

—Sin embargo —dice Con Twomey—, sostenía la sangradera con firmeza, hablaba bien en holandés con el doctor Marinus, y persiguió a un mono mientras sus compañeros masculinos parecían al borde de la lipotimia.

Si me atreviese, piensa Jacob, haría una docena de preguntas; una docena de docenas.

—Pero una chica —pregunta Ouwehand—, ¿no excita ciertas zonas críticas de los varones?

—No con esa loncha de tocino frito que lleva pegada a la cara —dice Fischer agitando su ginebra.

—Qué palabras tan poco galantes, señor Fischer —señala Jacob—. Lo dejan en mal lugar.

—¡No se puede fingir que no lo tiene, De Zoet! En mi pueblo la llamaríamos «bastón de tiento», porque habría que estar ciego para tocarla.

Jacob se imagina rompiéndole la mandíbula al prusiano con la jarra de Delft.

Se derrumba una vela; la cera chorrea a lo largo del candelabro; el reguero se solidifica.

—Estoy seguro —dice Ogawa— que un día señorita Aibagawa tendrá boda feliz.

—¿Cuál es el remedio más eficaz contra el amor? —pregunta Grote—. Pues el matrimonio, ni más ni menos.

Una polilla se estrella a toda velocidad contra la llama de una vela, y cae a la mesa, aleteando.

—Pobre Ícaro. —Ouwehand la aplasta con su jarra—, ¿será posible que no aprendas nunca?

• • •

Los insectos nocturnos cantan, chirrían, perforan, zumban, agujerean, pican,

sierran, aguijonean.

Hanzaburo ronca en el chiscón que hay junto a la puerta de Jacob.

Jacob yace en vela, envuelto en una sábana, bajo una mosquitera.

*Ai*, la boca se abre; *ba*, los labios se tocan; *ga*, base de la lengua; *wa*, labios.

Sin querer, revive una y otra vez la escena de hoy.

Al pensar en el papelón tan zafio que ha hecho, se muere de vergüenza y corrige el guión en vano.

Abre el abanico que ella se dejó en el almacén. Se abanica.

El papel es blanco. Las varillas son de madera de paulovnia.

Un centinela golpea dos badajos de madera para dar la hora japonesa.

La luna, que parece de levadura, está enjaulada en la ventana mitad japonesa mitad holandesa del cuarto de Jacob.

Las hojas de cristal se derriten al claro de luna; las hojas de papel filtran el resplandor, reduciéndolo a polvo de tiza.

El amanecer debe de estar próximo. Los libros de contabilidad del año 1796 lo esperan en el almacén Doorn.

Es mi querida Anna a quien yo amo, recita el escribano, y ella me ama a mí.

Bajo la pátina de sudor, Jacob suda. Las sábanas están empapadas.

La señorita Aibagawa es tan intocable, piensa, como la mujer de un cuadro…

Jacob cree oír un clavicémbalo.

… espiado por el agujero de la cerradura de una cabaña a la que sólo se llega por casualidad una vez en la vida…

Las notas forman una telaraña iluminada por las estrellas y tejida con vidrio.

Jacob oye realmente un clavicémbalo: es el médico, que toca en su buhardilla estrecha y alargada.

El silencio de la noche y un capricho de la conductividad conceden a Jacob este privilegio: Marinus se niega a tocar para nadie, ni siquiera cuando se lo piden sus amigos estudiosos o los aristócratas de visita.

La música provoca un vivo anhelo que la misma música aplaca.

¿Cómo puede semejante puritano, se pregunta Jacob, tocar tan divinamente?

Los insectos nocturnos cantan, chirrían, perforan, zumban, agujerean, pican, sierran, aguijonean…

# VI

## Habitación de Jacob en la Casa Alta de Deshima

*Primera hora de la mañana del 10 de agosto de 1799*

La luz sangra en los marcos de las ventanas: Jacob navega por el archipiélago de manchas que jaspean el bajo techo de madera. En la calle, los esclavos D'Orsaiy e Ignacio charlotean mientras dan de comer a los animales. Jacob recuerda la fiesta de cumpleaños de Anna, unos días antes de su partida. El padre de la chica había invitado a media docena de jóvenes, cada cual mejor partido que el otro, y ofrecido una suntuosa cena preparada con tanta maña que el pollo sabía a pescado y el pescado a pollo. Su irónico brindis fue en honor de «las fortunas de Jacob de Zoet, Príncipe Mercante de las Indias». Anna recompensó la paciencia de Jacob con una sonrisa, mientras rozaba con los dedos el collar de ámbar blanco sueco que él le había traído de Gotemburgo.

En el otro extremo del orbe, Jacob suspira de nostalgia y arrepentimiento.

De repente, Hanzaburo grita:

—¿Señor Dazûto quiere cosa?

—No, nada. Es pronto, Hanzaburo: vuelve a dormir.

Jacob finge roncar.

—¿Cerdo? ¿Quiere cerdo? Ja, ja, ja, ¡*dorimiru*! Sí… sí, me gusta *dorimiru*…

Jacob se levanta y bebe de una jarra agrietada, después frota un trozo de jabón hasta hacer espuma.

Sus ojos verdes lo observan desde el rostro pecoso que se refleja en el espejo moteado.

La hoja embotada rasura su barba incipiente y le hace una muesca en el hoyuelo de la barbilla.

Al instante brota una gota de sangre, roja como un tulipán, que se mezcla con el jabón y tiñe de rosa la espuma.

Jacob piensa que una barba le ahorraría todo este engorro…

… pero le viene a la mente el veredicto de su hermana Geertje cuando volvió de Inglaterra con un efímero bigote: «Oh, tíñetelo con hollín, hermano, ¡y nos sacas lustre a las botas!».

Se toca la nariz, recientemente ajustada por el desacreditado Snitker.

La muesca que tiene junto a la oreja es el recordatorio de un perro que le dio un mordisco.

Cuando un hombre se afeita, piensa Jacob, repasa sus recuerdos más veraces.

Pasándose un dedo por el labio, rememora la mañana de su partida. Anna había

convencido a su padre de que los llevase al muelle de Roterdam en su carroza.

—Tres minutos —le dijo a Jacob el hombre, mientras se apeaba de la carroza para ir a hablar con el escribano jefe—, ni uno más.

Anna sabía lo que tenía que decirle:

—Cinco años es mucho tiempo, pero son muchas las mujeres que esperan toda una vida para encontrar a un hombre amable y honrado.

Jacob trató de replicar, pero ella le mandó guardar silencio.

—Sé cómo se comportan los hombres en ultramar y, quizá, cómo deben comportarse (calla, Jacob de Zoet), así que lo único que te pido es que tengas cuidado en Java, que tu corazón es solamente mío. No voy a darte un anillo ni un relicario, porque los anillos y los relicarios pueden perderse, pero esto otro, al menos, no podrás perderlo nunca…

Anna lo besó por primera y última vez. Fue un beso largo y triste. Se quedaron mirando la lluvia que resbalaba por las ventanillas, los barcos y el mar de color pizarra, hasta que llegó la hora de marchar…

Jacob termina de afeitarse. Se lava la cara, se viste y saca brillo a una manzana.

La señorita Aibagawa, muerde la fruta, es una estudiosa, no una cortesana…

Desde la ventana ve a D'Orsaiy regando las judías verdes.

… las citas ilícitas, no digamos ya los idilios ilícitos, aquí son imposibles.

Come el corazón de la manzana y escupe las pepitas en el dorso de la mano.

Sólo quiero conversar, se asegura Jacob, y saber un poco más de ella…

Se quita la cadena del cuello y abre con la llave su baúl.

La amistad es posible entre personas de distinto sexo: como entre mi hermana y yo.

Una mosca aventurera zumba sobre su orinal lleno de orina.

Jacob escarba entre los libros, hasta llegar casi al salterio, y encuentra el infolio.

Desata las cintas del volumen y examina la música de la primera página.

Las notas de las luminosas sonatas cuelgan del pentagrama como racimos de uvas.

Su capacidad de leer partituras a simple vista se agota al llegar al Himno de la Iglesia reformada.

Quizá sea hoy el día, piensa, de tender puentes con el doctor Marinus…

Jacob da un corto paseo por Deshima, donde todos los paseos son cortos, para pulir el plan y afinar el guión. Las gaviotas y los cuervos discuten en el caballete del tejado de la Casa Jardín.

En el parterre, las rosas de color nata y los lirios rojos ya no están en su mejor momento.

En la Puerta Terrestre, los proveedores están repartiendo el pan.

En la Plaza de la Bandera, Peter Fischer está sentado en las escaleras de la atalaya.

—Pierdes una hora por la mañana, escribano De Zoet —dice el prusiano desde lo alto— y te pasas el día entero buscándola.

En la ventana del primer piso de Van Cleef, la última «esposa» del administrador adjunto se cepilla el cabello.

La mujer sonríe a Jacob; Melchior van Cleef, con el pecho peludo como el de un oso, hace su aparición.

—«No mojarás la pluma» —recita— «en el tintero de otro hombre».

El administrador adjunto cierra el *shoji*, la ventana corredera, antes de que Jacob pueda declarar su inocencia.

Delante de la Corporación de Intérpretes, los porteadores de palanquines están acuclillados a la sombra. Cuando el extranjero pelirrojo pasa por delante, lo siguen con la mirada.

Encima del espigón, William Pitt contempla las nubes con forma de costillar de ballena.

Cerca de la Cocina, Arie Grote le dice:

—Parece usted un chino con ese sombrero de bambú, señor de Z. No habrá pensado en…

—No —responde el escribano, sin detenerse.

Delante de su casita del Malecón, el comisario Kosugi saluda con la cabeza a Jacob.

Los esclavos Ignacio y Weh discuten acaloradamente en malayo mientras ordeñan las cabras.

Ivo Oost y Wybo Gerritszoon se lanzan una pelota, en silencio.

—Guau guau —dice uno de ellos al ver a Jacob; el escribano decide no oírlo.

Con Twomey y Ponke Ouwehand fuman en pipa bajo los pinos.

—En Miyako ha muerto un aristócrata —dice Ouwehand, dando una calada—, así que durante dos días está prohibida la música y los martillazos. Se trabajará más bien poco, no sólo aquí sino en todo el Imperio. Van Cleef está convencido de que es una estratagema para retrasar la reconstrucción del almacén Lelie y que nuestra necesidad de vender sea más desesperada…

No estoy puliendo mi plan, reconoce Jacob, estoy perdiendo los nervios…

En el consultorio, el doctor Marinus está tumbado en la mesa de operaciones con los ojos cerrados. Tararea una melodía barroca en el interior de su porcino cuello.

Eelattu masajea los carrillos de su patrón con aceite perfumado y femenina delicadeza.

Una nube de vapor surge de un cuenco de agua; la luz se hace rodajas en la

reluciente cuchilla.

En el suelo, un tucán picotea habichuelas de un platillo de peltre.

Hay ciruelas apiladas en una fuente de terracota de color añil.

Eelattu anuncia la llegada de Jacob susurrando en malayo, y Marinus abre un ojo contrariado.

—¿Qué?

—Me gustaría consultarle… cierto asunto.

—Sigue afeitándome, Eelattu. Consulte, pues, domburgués.

—Me sentiría más cómodo en privado, doctor, ya que…

—Eelattu es «privado». En nuestra pequeña Shangri-La, sus nociones de anatomía y patología sólo están por debajo de las mías. ¿O es del tucán de quien no se fía?

—Bien, si es así… —Jacob entiende que tendrá que fiarse tanto de la discreción del sirviente como de la de Marinus—. Tengo una ligera curiosidad con relación a uno de sus alumnos…

—¿Qué quiere usted —el médico abre el otro ojo— de la señorita Aibagawa?

—Nada en absoluto; sólo… querría conversar con ella…

—Entonces ¿qué está haciendo aquí, conversando conmigo?

—… conversar con ella sin tener una docena de espías mirando.

—Ajajá. O sea que quiere que le concierte una cita galante…

—Esa expresión tiene connotaciones furtivas, doctor, cosa que yo no…

—La respuesta es: «Jamás». Primer motivo: porque la señorita Aibagawa no es una Eva de alquiler para rascarle sus picores de Adán, sino la hija de un caballero. Segundo motivo: porque, aun suponiendo que la señorita Aibagawa estuviese «disponible» como concubina de Deshima, lo cual, rotundamente, no es el caso…

—Ya sé todo eso, doctor, y le juro por mi honor que no he venido para…

—… no es el caso; los espías darían parte de la relación en cuestión de media hora, tras lo cual me retirarían lo que tantos sudores me ha costado: el derecho a enseñar y a cultivar plantas y conocimientos en Nagasaki. Así que lárguese. Desínflese los testículos como todos: mediante el chulo del pueblo o el pecado de Onán.

El tucán picotea en el platillo de habichuelas y dice: «¡Ron!», o una palabra muy parecida.

—Señor —Jacob se ruboriza—, malinterpreta usted gravemente mis intenciones. Yo jamás…

—A decir verdad, su lujuria ni siquiera va dirigida a la señorita Aibagawa. Es la categoría «mujer oriental» lo que lo tiene tan prendado. Sí, sí, los ojos misteriosos, las camelias en el pelo, los ademanes que usted interpreta como docilidad. ¿Cuántos centenares de hombres blancos enamorados habré visto ya atrapados en el mismo

agujero viscoso?

—Por una vez se equivoca, doctor. No es…

—Claro que sí, me equivoco: la adoración que siente el domburgués por su Perla del Oriente es una cuestión de caballerosidad: ¡vean, vean a la desfigurada damisela, despreciada por sus congéneres! ¡Vean a nuestro caballero occidental, el único capaz de intuir la belleza interior de la muchacha!

—Adiós. —Jacob está demasiado malherido como para aguantarlo más—. Que tenga un buen día.

—¿Ya se marcha? ¿Sin siquiera ofrecerme ese soborno que trae bajo el brazo?

—No es un soborno —dice el escribano, mintiendo a medias—, sino un regalo procedente de Batavia. Albergaba esperanzas, vanas e insensatas, ahora me doy cuenta, de trabar amistad con el ilustre doctor Marinus, de modo que Hendrik Zwaardecrone, de la Sociedad Bátava, me recomendó que le trajese algunas partituras. Pero ya veo que un escribano ignorante no es digno de su honorable interés. No volveré a molestarlo.

Marinus examina a Jacob.

—¿Qué clase de obsequio es ese que el obsequiante no ofrece hasta que no descubre algo que obtener del obsequiado?

—Intenté dárselo en nuestro primer encuentro. Me cerró usted la trampilla en las narices.

Eelattu moja la navaja en el agua y la seca con una hoja de papel.

—A veces —reconoce el médico— me puede la ira. ¿Quién es el compositor? —pregunta golpeando el infolio con un dedo.

Jacob lee la portada:

—«Obras maestras de Domenico Scarlatti, para clavicémbalo o pianoforte; Seleccionadas de una elegante colección de manuscritos propiedad de Muzio Clementi… Londres, y adquiridas de manos de *Mister* Broadwood, clavicembalista, en Great Pulteney Street, Golden Square».

Canta el gallo de Deshima. En la calle resuenan pisotones.

—Domenico Scarlatti, ¿eh? Pues sí que ha hecho un largo viaje para llegar hasta aquí.

La indiferencia de Marinus, sospecha Jacob, es demasiado displicente para ser auténtica.

—Y también hará un largo viaje de retorno. —Se da media vuelta—. Ya no lo importuno más.

—Eh, espere, domburgués, que no le pega enfurruñarse. La señorita Aibagawa…

—… no es una cortesana, ya lo sé. No la veo en esos términos.

Jacob le hablaría de Anna, pero no se fía lo bastante del médico como para abrirle su corazón.

—Entonces —indaga Marinus— ¿en qué términos la ve?

—Pues como… —Jacob busca la metáfora adecuada—… un libro cuya tapa resulta fascinante y cuyas páginas siento deseos de mirar. De mirar un poco. Nada más.

La corriente abre la puerta chirriante de la enfermería y deja ver dos camas.

—En ese caso le propongo el siguiente trato: vuelva a las tres en punto y podrá estar veinte minutos en la enfermería para examinar las páginas que la señorita Aibagawa tenga a bien mostrarle; pero la puerta permanecerá abierta en todo momento, y como se le ocurra tratarla con un gramo menos de respeto del que tendría con su hermana, mi venganza será bíblica.

—Treinta segundos por sonata no es muy buen negocio.

—Entonces usted y su exregalo ya saben dónde está la puerta.

—No hay trato. Buenos días.

Jacob se va y parpadea bajo la luz vertical del sol.

Recorre la Calla Larga hasta la Casa Jardín y se detiene a esperar a la sombra.

El canto de las chicharras es primitivo y despiadado en esa mañana calurosa.

Bajo los pinos, Twomey y Ouwehand ríen a carcajadas.

Jesús mío que estás en el cielo, piensa Jacob, que sólo estoy en este lugar.

Eelattu no viene tras él con el encargo de llevarlo de vuelta. Jacob regresa al Hospital.

—Entonces, trato hecho. —Marinus ya está afeitado—. Pero el espía de mi alumna deberá permanecer fuera del campo visual. Mi conferencia de esta tarde versará sobre la respiración humana, y pretendo ilustrarla con una demostración práctica. Le pediré a Vorstenbosch que me preste a su secretario como cobaya.

Jacob se oye a sí mismo diciendo:

—Trato hecho…

—Felicidades —Marinus se seca las manos—. ¿El maestro Scarlatti, si me permite?

—… pero el pago se realizará en el momento de la entrega.

—¿Eh? ¿No basta con mi palabra de caballero?

—Hasta las tres menos cuarto, doctor.

Fischer y Ouwehand enmudecen cuando Jacob entra en la Oficina del Registro.

—Qué frescor más agradable —dice el recién llegado—, al menos aquí dentro.

—Yo —declara Ouwehand a Fischer— lo encuentro caluroso y sofocante.

Fischer bufa como un caballo y se retira a su escritorio: el más elevado.

Jacob se pone las gafas delante del estante que aloja los libros de la década en curso.

El día anterior volvió a colocar en su sitio los que van de 1793 a 1798; ahora no

están.

Jacob mira a Ouwehand; Ouwehand señala con la cabeza la espalda encorvada de Fischer.

—¿Sabría usted dónde están los libros que van del noventa y tres al noventa y ocho, señor Fischer?

—En mi oficina sé dónde está todo.

—¿Sería entonces tan amable de indicarme dónde puedo encontrar los libros del noventa y tres al noventa y ocho?

—¿Para qué los quiere —Fischer mira alrededor— exactamente?

—Para cumplir con la tarea que me ha encomendado el administrador Vorstenbosch.

Ouwehand tararea con nerviosismo un compás del Prinsenlied.

—Los errores —a Fischer le rechinan las palabras— que pueda haber aquí —el prusiano descarga un puñetazo sobre la pila de legajos que tiene delante— no se deben a que hayamos desfalcado a la Compañía —su holandés empeora— sino a que Snitker nos prohibía llevar bien las cuentas.

El hipermétrope Jacob se quita las gafas para librarse de la cara de Fischer.

—¿Quién le ha acusado de desfalcar a la Compañía, señor Fischer?

—Estoy harto, ¿me oye? ¡Harto… de las constantes insinuaciones!

Unas olas letárgicas mueren al otro lado del Malecón.

—¿Por qué el administrador —pregunta Fischer— no me ordena a mí arreglar los libros?

—¿No le parece lógico designar a un auditor que no esté relacionado con el mandato de Snitker?

—¿Así que ahora yo también soy un malversador? —Los orificios nasales de Fischer se dilatan—, ¡reconózcalo! ¡Se han confabulado contra nosotros! ¡Atrévase a negarlo!

—Lo único que quiere el administrador —dice Jacob— es una sola versión de la verdad.

—¡Mis dotes de lógica —Fischer señala a Jacob con el índice— destruyen sus mentiras! Se lo advierto, en Surinam maté más negros de los que el escribano De Zoet pueda contar con su ábaco. Atáqueme y lo aplastaré con el zapato. Así que, aquí tiene —el irascible prusiano deposita la pila de libros en las manos de Jacob—. Regístrelos como un sabueso en busca de «errores». Me voy a hablar con Van Cleef… ¡para que la Compañía obtenga algún beneficio este año!

Fischer se cala con rabia el sombrero y se marcha dando un portazo.

—En cierto sentido es un cumplido —dice Ouwehand—. Lo pone usted nervioso.

Yo sólo quiero hacer mi trabajo, piensa Jacob.

—¿Nervioso por qué?

—Por las diez docenas de cajas con la etiqueta «Alcanfor de Kumamoto» que se cargaron en el noventa y seis y en el noventa y nueve.

—¿Es que no contenían alcanfor de Kumamoto?

—Sí, pero en la página catorce de nuestros libros se consigna una partida de cajas de doce libras, mientras que los libros japoneses, como podrá decirle Ogawa, registran las cajas como de treinta y seis libras. —Ouwehand va a por la jarra del agua—. En Batavia —prosigue—, un tal Johannes van der Brock, oficial de la aduana, vende el excedente; el yerno de Van der Brock, el presidente del Consejo de Indias. Un fraude tan dulce como la miel. ¿Quiere un vaso de agua?

—Sí, por favor. —Jacob bebe—. ¿Y me cuenta todo esto por…?

—Por puro interés personal: el señor Vorstenbosch va a quedarse aquí cinco años, ¿no?

—Sí. —Jacob miente, pero no le queda otra—. Cumpliré mi contrato con él.

Un moscardón describe un óvalo perezoso entre la luz y la sombra.

—Cuando Fischer abra los ojos y se dé cuenta de que es a Vorstenbosch y no a Van Cleef a quien tiene que arrimarse, me apuñalará por la espalda.

—¿Con qué puñal —Jacob ya se ve venir la siguiente pregunta— podría hacer algo así?

—¿Promete —Ouwehand se rasca el cuello— que no acabaré como Snitker?

—Prometo —el poder tiene un gusto amargo— decirle al señor Vorstenbosch que Ponke Ouwehand es un colaborador y no un obstruccionista.

Ouwehand sopesa las palabras de Jacob.

—Los registros de las ventas privadas del último año indican que importé cincuenta rollos de chintz indio. Los registros japoneses mostrarán, sin embargo, que vendí ciento cincuenta. De ese excedente, el capitán Hofstra del Octavia requisó la mitad, aunque obviamente no puedo demostrarlo; ni él tampoco, que Dios se apiade de su alma de ahogado.

—Un colaborador —el moscardón se posa en el secante—, no un obstruccionista, señor Ouwehand.

• • •

Los alumnos del doctor Marinus llegan a las tres en punto.

La puerta de la enfermería está entornada, pero Jacob no alcanza a ver el interior de la consulta.

Cuatro voces masculinas entonan al unísono:

—Buenas tardes, doctor Marinus.

—Hoy, estimados alumnos —dice el médico—, llevaremos a cabo un experimento práctico. Mientras Eelattu y yo nos ocupamos de los preparativos, cada uno de ustedes estudiará un texto en holandés y lo traducirá al japonés. Mi amigo el

doctor Maeno ha aceptado examinar sus creaciones a finales de esta semana. Los párrafos guardan relación con las respectivas áreas de interés de cada uno de ustedes: al señor Muramoto, nuestro ensalmador jefe, le ofrezco *Tabulae sceleti et musculorum corporis humani*; al señor Kayiwaki, un pasaje sobre el chancro de Jean-Louis Petit, que da su nombre al *trigonum Petiti*. ¿Qué es el *trigonum Petiti* y dónde se encuentra?

—Un agujero muscular en la espalda, doctor.

—Señor Yano, para usted el doctor Olof Acrel, mi viejo maestro en Uppsala, cuyo ensayo sobre las cataratas yo mismo he traducido del sueco. Para el señor Ikematsu, una página de *Chirurgie*, de Lorenz Heister, sobre dolencias de la piel… y la señorita Aibagawa analizará al admirable doctor Smellie. Este pasaje, no obstante, es problemático. En la enfermería está esperando el voluntario para la demostración de hoy, que podrá ayudarla en materia de vocabulario holandés…

La cabezota de Marinus asoma por la puerta.

—¡Domburgués! Le presento a la señorita Aibagawa, y se lo ruego, *Orate ne intretis in tentationem*.

La señorita Aibagawa reconoce al extranjero pelirrojo de ojos verdes.

—Buenas tardes —Jacob tiene la garganta seca—, señorita Aibagawa.

—Buenas tardes —ella tiene la voz clara—, señor… ¿«Don buitre»?

—«Domburgués». Una pequeña broma del doctor. Mi nombre es De Zoet.

La joven coloca su escritorio: una bandeja con patas.

—¿«Dom-buitre» es broma graciosa?

—El doctor Marinus cree que sí: mi ciudad natal se llama «Domburgo».

La joven emite un escéptico y ascendente «mmm».

—¿Señor de Zoet está enfermo?

—Oh… Quiero decir… Un poco, sí. Tengo un dolor en…

Se da un golpecito en el abdomen.

—¿Heces como agua? —La comadrona asume el control de la situación—, ¿mal olor?

—No. —La franqueza de la chica desconcierta a Jacob—. El dolor lo tengo en el… en el hígado.

—¿En el —pronuncia con sumo cuidado— hígado?

—Exacto. Me duele el hígado. Espero que esté usted bien.

—Sí, muy bien. Espero que su amigo mono esté bien.

—¿Mi…? Oh, ¿William Pitt? Mi amigo mono está… bueno, ya no está más.

—Perdón pero no entiendo. Mono está… no más ¿qué?

—No más vivo. Yo… —Jacob hace el gesto de romperle el cuello a un gallina— … maté a ese sinvergüenza; he curtido su piel y me he hecho una petaca nueva.

La joven, horrorizada, abre la boca y los ojos de par en par.

Si Jacob tuviese una pistola, se pegaría un tiro allí mismo.

—¡Es broma, señorita! El mono está feliz, vivito y coleando. Estará afanando por ahí… Robando, quiero decir…

—Exacto, señor Muramoto. —La voz de Marinus llega desde el consultorio—. Primero se hierve la grasa subcutánea hasta que se consuma, y después se inyecta la cera teñida en las venas…

—¿Quiere… —Jacob maldice el fracaso de su broma—… que abramos el texto?

Ella se pregunta cómo mantener las debidas distancias.

—La señorita Aibagawa podría sentarse allí —dice indicándole el extremo de la cama—. Lea el texto en voz alta y cuando encuentre una palabra difícil, la discutimos.

Con un gesto de la cabeza se declara satisfecha con el plan, se sienta y empieza a leer.

La cortesana de Van Cleef habla con un tono agudo, que, al parecer, se considera femenino, pero la señorita Aibagawa lee en voz más baja, más grave y relajante. Jacob bendice esta oportunidad de estudiar la parte quemada de su rostro y sus cautelosos labios…

—«Poco después de este acon-te-ci-miento»… —La joven levanta la vista—, ¿qué significa, por favor?

—Un acontecimiento es un… suceso, algo que ocurre.

—Gracias. «… este acontecimiento, al consultarle a Ruysch todo lo que había escrito en materia de mujeres… lo encontré clamando en contra de la extracción prematura de la placenta, y su autoridad confirmó la opinión que yo ya había adoptado… y me indujo a seguir un procedimiento más natural. Tras separar el cordón umbilical… y extraer al niño… introduzco el dedo en la vagina»…

Es la primera vez en toda su vida que Jacob oye pronunciar esa palabra en voz alta.

La joven advierte su sobresalto y alza la vista, medio alarmada.

—¿Yo equivoco?

Doctor Lucas Marinus, piensa Jacob, qué monstruo sádico es usted.

—No —responde Jacob.

La chica frunce el ceño y recupera el hilo:

—«… para comprobar si la placenta está en el *os uteri*… y en ese caso… tengo la certeza de que descenderá por sí sola… Espero un poco y, normalmente, al cabo de diez, quince o veinte minutos… la mujer empieza a tener dolores postparto… que van separando la placenta y empujándola de forma gradual… pero tirando delicadamente del cordón, descenderá hacia la… —alza la vista hacia Jacob—… vagina. Entonces, agarrando el cordón, la extraigo a través del… del *os externum*». Ya está. —Levanta los ojos—. Yo termino frases. ¿Hígado dando mucho dolor?

—El lenguaje del doctor Smellie —Jacob traga saliva— es un tanto… directo.

La joven frunce el ceño.

—Holandés es idioma extranjero. Palabras no tienen misma… fuerza, olor, sangre. Comadrona es mi… —frunce de nuevo el ceño—… ¿«vacación» o «vocación»? ¿Cuál?

—«Vocación», me atrevería a decir, señorita Aibagawa.

—Comadrona es mi vocación. Comadrona con miedo a sangre no es útil.

—Falange distal —se oye decir a Marinus—, falanges media y próxima…

—Hace veinte años —decide contarle Jacob—, cuando nació mi hermana, la comadrona no conseguía taponar la hemorragia de mi madre. Yo era el encargado de calentar agua en la cocina. —Tiene miedo de aburrirla, pero la señorita Aibagawa lo observa con serena atención—. Si consigo calentar bastante agua, pensaba yo, mi madre vivirá. Lamento decir que me equivocaba.

Ahora es Jacob el que frunce el ceño, preguntándose por qué habrá sacado a relucir esta cuestión personal.

Una avispa de gran tamaño se posa en la ancha pata de la cama.

La señorita Aibagawa se saca un papel cuadrado de la manga del kimono. Jacob, que está al tanto de las creencias orientales en cuanto a la ascensión del alma desde la condición de pulga a la de santo, espera que sea ella quien muestre a la avispa la salida a través de la alta ventana. En cambio, la chica la aplasta con el papel, hace un gurruño y, con una puntería perfecta, lo tira por la ventana.

—Su hermana, ¿también tiene pelo rojo y ojos verdes?

—Ella tiene el pelo más rojo que yo, para bochorno de nuestro tío.

He ahí otra palabra nueva para la comadrona.

—¿Bo-chol-no?

—«Bochorno», o «vergüenza».

—¿Por qué tío tiene vergüenza de que hermana tiene pelo rojo?

—Según una creencia popular, o superstición… ¿entiende?

—En japonés, *meishin*. Doctor lo llama «enemiga de razón».

—Bien, pues según la superstición, las Jezabeles, o sea, las mujeres de moral distraída, o sea, las prostitutas, tienen el pelo rojo, y así se las representa.

—¿«Moral distraída»? ¿«Prostitutas»? ¿Como «cortesana» y «ayudante de puta»?

—Perdóneme por eso. —A Jacob le retumban los oídos—. Ahora el bochorno es mío.

La sonrisa de la joven es una ortiga y a la vez una hoja de acedera.

—¿La hermana de señor de Zoet es mujer honorable?

—Geertje es una… hermana muy querida; es amable, paciente y lista.

—Los metacarpianos —se oye decir al doctor— y, aquí, los astutos carpos…

—¿La señorita Aibagawa —se atreve a preguntar Jacob— pertenece a una familia

numerosa?

—Familia era grande, ahora pequeña. Padre, nueva mujer de padre, hijo de nueva mujer de padre. —Titubea—. Madre, hermanos y hermanas muertos, de cólera. Hace muchos años. Mucha muerte en esa época. No sólo mi familia. Mucho, mucho sufrimiento.

—Y, sin embargo, su vocación… la de comadrona, quiero decir… es… un arte de la vida.

Un mechón de cabello negro se escapa de debajo del pañuelo de la chica: Jacob lo desea.

—En tiempos antiguos —dice la señorita Aibagawa—, hace mucho, antes de construcción de puentes grandes sobre ríos anchos, viajeros ahogaban a menudo. Gente decía: «Muertos porque dios de río enfadado». Gente no decía: «Muertos porque puentes grandes todavía no inventados». Gente no decía: «Gente muere porque nosotros tenemos demasiada ignorancia». Pero un día, antepasados inteligentes observan telarañas, tejen puentes de enredaderas. O ven árboles, caídos sobre ríos rápidos, y hacen islas de piedras en ríos anchos, y pasan de isla a isla. Construyen esos puentes. Gente ya no ahoga más en mismo río peligroso, o mucha menos gente. Por ahora, ¿mi pobre holandés es comprendido?

—Perfectamente —le asegura Jacob—. Hasta la última palabra.

—Ahora, en Japón, cuando madre, o bebé, o madre y bebé mueren en parto, gente dice: «Ah… muertos porque dioses deciden eso». O: «Muertos porque karma malo». O: «Muertos porque gastan poco dinero en *o-mamori*, magia del templo». Señor de Zoet comprende, es igual que puente. Razón verdadera de mucha, mucha muerte de ignorancia. Quiero construir puente desde ignorancia —Aibagawa forma un puente con sus dedos ahusados— a conocimiento. Esto —alza con veneración el texto del doctor Smellie— es trozo de puente. Un día yo enseño este conocimiento… construyo escuela… estudiantes que enseñan a otros estudiantes… y en futuro, en Japón, muchas menos madres mueren de ignorancia. —Contempla su ensoñación durante un instante antes de bajar los ojos—. Un plan loco.

—No, no, no. No se me ocurre una aspiración más noble.

—Perdón… —tuerce el gesto—… ¿qué es «respiración noble»?

—Aspiración, señorita: un plan, quiero decir. Un objetivo en la vida.

—Ah… —una mariposa blanca le aterriza en la mano—… un objetivo en la vida.

La espanta de un soplido, y la mariposa vuela hasta una palmatoria de bronce que hay en un estante.

La mariposa abre y cierra y abre y cierra las alas.

—En japonés, —dice ella— se llama *monshiro*.

—En Zelanda esa misma mariposa se llama mariposa de la col. Mi tío…

—«La vida es breve; el arte, largo». —El doctor Marinus entra en la enfermería

como un cometa canoso y cojo—; «la ocasión, fugaz; la experiencia…», ¿dígame, señorita Aibagawa? ¿Cómo termina nuestro primer aforisma hipocrático?

—«Experiencia es engañosa» —se pone en pie y hace una reverencia—; «juicio es difícil».

—Cuán cierto. —El médico hace una señal a los demás alumnos para que entren; Jacob los reconoce a medias, por el episodio en el almacén Doorn—. Domburgués, le presento a mis educandos: el señor Muramoto de Edo… —El mayor y más adusto se inclina para saludar—… el señor Kayikawi, enviado de la corte de Hagi, en el feudo de Chôshu… —Un joven sonriente de cuerpo endeble que aún no ha terminado de crecer, le hace una reverencia—. El siguiente es el señor Yano de Osaka… —Yano escruta los ojos verdes del escribano—… y, por último, el señor Ikematsu, natural de Satsuma. —Ikematsu, picado de escrofulosis infantil, le dedica una alegre zalema—. Alumnos: Domburgués es nuestro valiente voluntario de hoy; salúdenlo, por favor.

Un coro de «Buenos días, domburgués» resuena contra las paredes enlucidas de la enfermería.

Jacob no puede creerse que los minutos de que disponía hayan transcurrido tan rápido.

Marinus saca un cilindro metálico de unos veinte centímetros de largo.

En un extremo tiene un émbolo y en el otro, una cánula.

—¿Qué es esto, señor Muramoto?

El joven con aire de anciano responde:

—Se llama enema, doctor.

—Un enema. —Marinus agarra del hombro a Jacob—. Señor Kayiwaki, ¿cómo se aplica nuestro enema?

—Insertar en el recto, in-fectar… no, in-sertar… no, ¿aaa *nan'dattaka*? In-…

—yectar —le sopla Ikematsu, como un apuntador de teatro.

—… inyectar medicina para estreñimiento, o dolor de barriga, o mucha otra enfermedad.

—Exacto, eso es. Y dígame, señor Yano, ¿cuál es la ventaja de las medicinas administradas por vía anal frente a las administradas por vía oral?

Una vez que los estudiantes tienen clara la diferencia entre «anal» y «oral», Yano responde:

—Cuerpo absorbe medicina más rápido.

—Bien. —La leve sonrisa de Marinus resulta amenazante—. Veamos, ¿quién conoce el enema de humo?

Los varones del grupo consultan entre sí excluyendo a la señorita Aibagawa. El que responde finalmente es Muramoto:

—No lo conocemos, doctor.

—Naturalmente que no, caballeros: el enema de humo no se ha visto nunca en el

Japón… hasta ahora. ¡Adelante, Eelattu!

Entra el asistente de Marinus con un tubo de cuero tan largo como un antebrazo y una gruesa pipa encendida. Le da el tubo al maestro, que lo agita en el aire como un artista callejero.

—Nuestro enema de humo, caballeros, tiene una válvula en el diafragma, justo aquí, en la cual se inserta el tubo de cuero, este de aquí, lo que permite llenar de humo el cilindro. Por favor, Eelattu… —El cingalés inhala el humo de la pipa y lo sopla dentro del tubo—. La intususcepción es la enfermedad que se cura con este instrumento. Pronunciemos el nombre todos juntos, alumnos, pues ¿cómo va a ser nadie capaz de curar lo que no sabe pronunciar? «¡In-tu-sus-cep-ción!». —El médico mueve el índice como si fuese la batuta de un director de orquesta—. A la una, a las dos y a las tres…

—«In-tu-sus-cep-ción» —balbucean los estudiantes—. «In-tu-sus-cep-ción».

—Una enfermedad terminal en la que un tramo superior del intestino se repliega dentro de un tramo inferior del mismo intestino, así… —El médico alza un trozo de tela, cosido como si fuese la pernera de un pantalón—. Esto es el colon. —Estrecha un extremo con el puño y lo mete hacia atrás dentro del tubo de tela en dirección al otro extremo—. Ay y requeteay. El diagnóstico es difícil: los síntomas son los típicos de la tríada alimentaria, ¿es decir, señor Ikematsu?

—Dolor abdominal, hinchazón inguinal… —El alumno se masajea las sienes para liberar el tercer síntoma—, ¡ah, sí! Sangre en las heces.

—Bien. La muerte por intususcepción o —el médico mira a Jacob—, hablando en plata, «por cagarse en el intestino», es, como podrán imaginarse, un asunto engorroso. Su nombre latino es «*miserere mei*», que puede traducirse como «Señor, apiádate». El enema de humo, sin embargo, puede invertir esta anomalía —Marinus vuelve a sacar el extremo anudado del tubo de tela— insuflando una cantidad de humo tal que el «corrimiento» retroceda y el intestino vuelva a su estado natural. Domburgués: a cambio de los favores concedidos, ofrecerá usted su *gluteus maximus* a la ciencia médica para que servidor pueda demostrar el paso del humo «a través de cavernas insondables para el hombre» del ano al esófago, desde donde el humo se filtrará por sus narices como el incienso que sale de un dragón de piedra, aunque, por desgracia, no tan aromático, dado lo maloliente del trayecto…

Jacob empieza a entender.

—No pretenderá usted…

—Bájese los bombachos. Somos todos hombres (más una mujer) de medicina.

—Doctor. —En la enfermería hace un fresco desagradable—. En ningún momento accedí a esto.

—Para curar los nervios —Marinus voltea a Jacob con una agilidad que se contradice con su cojera parcial— lo mejor es no hacerles caso. Eelattu: que los

alumnos examinen el aparato. Acto seguido, comenzaremos.

—Una broma muy graciosa —dice Jacob, resollando bajo noventa kilos de médico holandés—, pero…

Marinus le desabrocha los tirantes al escribano, que ya está retorciéndose.

—¡No, doctor! ¡No! ¡Esta bromita ya ha ido demasiado lejos…!

# VII

## Casa Alta de Deshima

*Martes 27 de agosto de 1799, primera hora de la mañana*

La cama se agita tanto que despierta a su ocupante; dos de las patas se parten y Jacob cae al suelo, golpeándose el mentón y la rodilla. Lo primero que piensa es: Dios mío, ha explotado la santabárbara del *Shenandoah*. Pero los temblores que sacuden la Casa Alta aumentan en intensidad y velocidad. Las vigas crujen; el enlucido se cuartea y cae al suelo como metralla; el marco de una ventana salta por los aires y un resplandor albaricoque baña la convulsa alcoba; la mosquitera envuelve la cara de Jacob y la implacable violencia se triplica, quintuplica, decuplica, mientras la cama se arrastra de una punta a la otra de la estancia como una bestia herida. Una fragata está soltando una andanada, piensa Jacob, o tal vez un navío de línea. Un candelabro salta en frenéticos círculos; de los estantes más altos caen hojas de papel trazando espirales. No me dejes morir aquí, reza Jacob, imaginándose su cráneo aplastado bajo las vigas y sus sesos amarillentos desparramados por el polvo de Deshima. La plegaria se adueña del hijo del pastor: una plegaria recitada con voz ronca, al Jehová de los primeros salmos: «¡Oh, Señor, tú nos has rechazado, nos has deshecho! Estabas irritado, ¡vuelve a nosotros!». Jacob recibe por respuesta el estrépito de las tejas que se hacen añicos en la Calle Larga, el mugido de las vacas y el balido de las cabras. Hiciste temblar la tierra, la agrietaste: repara sus grietas, porque se desmorona. Los cristales de las ventanas quedan reducidos a diamantes falsos, las maderas se tronchan como huesos, los tablones ondulantes zarandean el baúl de Jacob, el agua de la jarra se derrama y se vuelca el orinal, y la misma Creación está deshaciéndose y, Dios… Dios, Dios, implora el escribano, ¡haz que pare haz que pare haz que pare!

El Señor de los ejércitos está con nosotros; nuestro baluarte es el Dios de Jacob. Selah. Jacob cierra los ojos. El silencio es paz. Da gracias a la Providencia por haber aplacado el terremoto y piensa: ¡Dios mío, los almacenes! ¡Mis calomelanos! Coge la ropa, pasa por encima de la puerta, tirada en el suelo, y se topa con Hanzaburo, que sale de su madriguera.

—¡Vigila mi habitación! —le grita Jacob, pero el chico no lo entiende.

El holandés se planta en el vano de la puerta y forma una X con los brazos y las piernas.

—¡Que no entre nadie! ¿Entiendes?

Hanzaburo asiente nervioso, como si tuviese que apaciguar a un loco.

Jacob baja ruidosamente por las escaleras, abre el cerrojo de la puerta y ante sus

ojos aparece la Calle Larga como si acabase de saquearla el ejército británico. Pedazos de persianas, tejas hechas trizas, la tapia del huerto desmoronada por completo. La polvareda espesa el aire y corroe el sol. En la elevada vertiente oriental de la ciudad se ven nubes de humo negro, y de algún lugar llegan los alaridos de una mujer que chilla a pleno pulmón. El escribano echa a andar hacia la residencia del administrador pero en el cruce se choca con Wybo Gerritszoon, que farfulla gesticulando con las manos:

—¡Esos cabrones de franceses cabrones han desembarcado y los muy cabrones están por todas partes!

—Señor Gerritszoon, vaya a vigilar el Doorn y el Eik, que de los otros almacenes ya me ocupo yo.

—¿*Parléusté con muá* —chapurrea el tatuado fortachón—. *Monsieur de Zoquet*?

Jacob lo deja a un lado y comprueba el estado de la puerta del Doorn: está cerrada.

Gerritszoon agarra del cuello al escribano y grita:

—¡Quita tus sucias manos francesas de mi casa y quita tus sucios dedos franceses de mi hermana!

Afloja la presa para descargar un potente puñetazo: si hubiese alcanzado su objetivo, podría haber matado a Jacob, pero en lugar de eso, la inercia lo derriba, y cae al suelo.

—¡Franceses hijos de puta! ¡Me han herido de refilón! ¡De refilón!

En la Plaza de la Bandera, las campanas tocan a rebato.

—¡Ni caso a las campanas! —Vorstenbosch, flanqueado por Cupido y Filandro, llega caminando por la Calle Larga—. ¡Esos chacales nos pondrían en fila como a niños pequeños según fuésemos llegando! —Repara en la presencia de Gerritszoon —. ¿Está herido?

Jacob se frota el dolorido cuello.

—Me temo que por el aguardiente, señor.

—Déjelo ahí. Debemos protegernos de nuestros protectores.

Los daños causados por el terremoto son graves pero no catastróficos. De los cuatro almacenes de propiedad holandesa, el Lelie sigue en reconstrucción tras «el incendio de Snitker» y la estructura ha aguantado; las puertas del Doorn están en su lugar; y Van Cleef y Jacob consiguieron proteger de los ladrones el Eik, que sí sufrió desperfectos, hasta que Con Twomey y el carpintero del *Shenandoah*, un quebequés espectral, volvieron a instalar las puertas, que se habían venido abajo. El capitán Lacy ha referido que, si bien el terremoto no se sintió a bordo, el estruendo fue tal que parecía una guerra entre Dios y el Diablo. Además, en varios almacenes se cayeron al suelo unas cuantas docenas de cajas y ahora se impone inspeccionarlas todas por si

hubiese roturas o derrames. Hay docenas de tejas que sustituir y recipientes de barro que obtener; los baños públicos, completamente derruidos, deben repararse a expensas de la Compañía, así como el palomar, que también se vino abajo; y el revoco desprendido del muro norte de la Casa Jardín tendrá que volver a aplicarse por entero. El intérprete Kobayashi informó de que los cobertizos donde se guardan los sampanes de la Compañía se han desmoronado, y que el precio a pagar por las reparaciones es «superlativo». Vorstenbosch replicó: «¿Superlativo para quién?», y juró no soltar un penique hasta que él y Twomey no hubiesen inspeccionado personalmente los desperfectos. El intérprete se marchó indignado. Desde la atalaya, Jacob vio que no todos los barrios de Nagasaki han salido tan bien parados como Deshima: contó veinte edificios derrumbados y cuatro incendios considerables que vertían humo al cielo de finales de agosto.

• • •

En el almacén Eik, Jacob y Weh revisan las cajas de espejos venecianos que cayeron al suelo: hay que sacarlos todos de su envoltorio de paja y registrarlos como intactos, agrietados o rotos. Hanzaburo se acurruca encima de un montón de yute y se duerme al instante. Durante casi toda la mañana, lo único que se oye es el ruido de los espejos descartados, a Weh mascando betel, el roce de la plumilla de Jacob y, en la Puerta Marítima, a los mozos de cuerda que desembarcan plomo y estaño. Los carpinteros que normalmente estarían trabajando en el almacén Lelie, al otro lado del patio de pesaje, estarán en Nagasaki, supone Jacob, ocupados en labores más urgentes.

—En fin, señor de Zoet, que aquí, en lugar de siete años de mala suerte, son setecientos, ¿eh?

Jacob no se había percatado de la llegada de Arie Grote.

—Sería perfectamente comprensible, ¿eh?, si uno se equivocase y anotase unos cuantos espejos enteros como «rotos», un error inocente…

—¿Se trata de una velada invitación —Jacob bosteza— al fraude?

—¡Que los perros salvajes me arranquen la cabeza antes de sugerir algo así! Mire, he organizado un encuentro. Tú —dice Grote mirando a Weh— ya te puedes largar: está a punto de llegar un caballero al que ofendería tu pellejo color mierda.

—Weh no se mueve de aquí —replica Jacob—. ¿Y quién es ese «caballero»?

Grote oye algo y se asoma al exterior.

—Ah, maldita sea, llegan antes de tiempo. —Señala una pared de cajas y ordena a Weh—: ¡Escóndete ahí detrás! Sr. de Zoet, deje a un lado sus sentimientos por nuestro hermano azabache, que es mucho, mucho dinero lo que está en juego.

El joven esclavo mira a Jacob, que asiente de mala gana; Weh obedece.

—Estoy aquí para hacer de intermediario, ¿eh?, entre usted y…

En el umbral aparecen el intérprete Yonekizu y el comisario Kosugi.

Los dos hacen caso omiso de Jacob y hacen pasar a un extraño de aspecto familiar.

Primero aparecen cuatro guardias personales, jóvenes, ágiles y con pinta de peligrosos.

Después entra su patrón: un anciano que avanza como si caminase sobre el agua.

Viste una capa azul celeste y lleva el cráneo rapado, aunque del fajín le asoma la empuñadura de una espada.

Su rostro es el único del almacén que no está bañado en sudor.

¿En qué sueño fugaz, se pregunta Jacob, he visto yo esa cara?

—El señor abad Enomoto del feudo de Kyôga —anuncia Grote—. Mi socio, el señor de Zoet.

Jacob hace una reverencia; el abad tuerce los labios, esbozando una leve sonrisa de reconocimiento.

Se vuelve hacia Yonekizu y habla: su voz bruñida no puede interrumpirse.

—Dice abad —traduce Yonekizu— que pensó usted y él tienen afinidad, primera vez que ve usted en Magistratura. Hoy él sabe que su pensamiento era correcto.

El abad Enomoto le dice al intérprete que le enseñe la palabra «afinidad».

Es entonces cuando Jacob reconoce al visitante: es el hombre que estaba sentado cerca del magistrado Shiroyama en la Sala de los Sesenta Tatamis.

El abad hace pronunciar a Yonekizu el nombre de Jacob tres veces.

—Da-zû-to —repite el abad, y lo verifica con Jacob—: ¿Digo bien?

—Su ilustrísima —dice el escribano— pronuncia mi nombre a la perfección.

—El abad —añade Yonekizu— ha traducido a Antoine Lavoisier al japonés.

Jacob, como es natural, se queda impresionado.

—¿Por casualidad su ilustrísima conoce a Marinus?

El abad pide a Yonekizu que traduzca su respuesta:

—Abad reúne con doctor Marinus en academia Shirandô a menudo. Tiene mucho respeto por sabio holandés, dice. Pero abad también tiene muchas ocupaciones y no puede dedicar toda vida a artes químicas.

Jacob reflexiona sobre el poder que debe de tener su visitante para presentarse tranquilamente en Deshima el día en que todo está patas arriba por el terremoto, y para mezclarse con los extranjeros sin la consabida falange de espías y guardias del shogun. Enomoto pasa el pulgar por las cajas, como para adivinar el contenido. Se topa con el durmiente Hanzaburo y hace un gesto en el aire justo encima del chico, una especie de reverencia. Hanzaburo balbucea unas sílabas aturdidas, se despierta y, al ver al abad, da un grito y se cae al suelo. Sale corriendo del almacén como una rana de una culebra.

—Hombres jóvenes —dice Enomoto en holandés— rápido, rápido, rápido…

El mundo exterior, enmarcado por las puertas dobles del Eik, empieza a oscurecerse.

El abad coge un espejo intacto.

—¿Esto es azogue?

—Oxido de plata, Ilustrísima —contesta Jacob—. De fabricación italiana.

—Plata es más verdad —señala el abad— que espejos de cobre de Japón. Pero verdad es fácil de romper.

Inclina el espejo para captar el reflejo de Jacob y le hace una pregunta en japonés a Yonekizu.

El intérprete dice:

—Su ilustrísima pregunta: «¿En Holanda la gente muerta también no tiene reflejo?».

Jacob recuerda que su abuela decía más o menos lo mismo.

—Las ancianas así lo creen, señor, efectivamente.

El abad entiende y queda satisfecho con la respuesta.

—Hay una tribu en el cabo de Buena Esperanza —se atreve a contar Jacob—, la de los basuto, que cree que un cocodrilo puede matar a un hombre mordiéndole el reflejo que proyecta en el agua. Otra tribu, los zulú, evitan los charcos oscuros por miedo a que un fantasma agarre el reflejo y devore el alma del reflejado.

Yonekizu ofrece una traducción minuciosa y explica la respuesta de Enomoto.

—Abad dice idea es hermosa y desea saber: «¿Señor de Zoet cree en alma?».

—Dudar de la existencia del alma —dice Jacob— me resultaría de lo más extraño.

Enomoto pregunta:

—¿Señor de Zoet cree alma humana puede ser capturada?

—Por un fantasma o un cocodrilo, no, abad, pero por el diablo, sí.

El «ah» de Enomoto denota sorpresa ante el hecho de que pueda coincidir tanto con un extranjero.

Jacob sale del campo de reflexión del espejo.

—Su ilustrísima habla un holandés excelente.

—Escuchar difícil —Enomoto se gira—. Por eso feliz que intérpretes son aquí. Antes hablo, hablaba, español, pero ahora conocimiento es decaído.

—Han pasado dos siglos —dice Jacob— desde que los españoles pusieron el pie en el Japón.

—Tiempo…

Enomoto levanta distraídamente la tapa de una caja: Yonekizu grita alarmado.

Enroscada como un pequeño látigo hay una serpiente *habu*, que alza furiosa la cabeza…

… los colmillos son de un blanco centelleante; el cuello se inclina hacia atrás,

listo para el ataque.

Dos de los guardias del abad atraviesan rápidamente la estancia con las espadas desenvainadas…

… pero Enomoto hace un extraño gesto de presión con la mano abierta.

—¡Que no le muerda —exclama Grote—, que todavía no nos ha pagado el…!

En lugar de atacar la mano del abad, el cuello de la habu se afloja y la serpiente vuelve a caer dentro de la caja. Tiene la boca abierta, las mandíbulas paralizadas.

Jacob se da cuenta de que él también se ha quedado boquiabierto; echa un Vistazo a Grote, que parece asustado.

—Ilustrísima, ¿habéis… encantado a la serpiente? ¿Está… está dormida?

—Serpiente es muerta.

Enomoto ordena a su guardia que la arrojen a la calle.

¿Cómo lo ha hecho?, se pregunta Jacob, tratando de entender el truco.

—Pero…

El abad observa la perplejidad del holandés y se dirige a Yonekizu.

—Señor abad dice —empieza a traducir Yonekizu—: «No truco, no magia». Dice: «Es filosofía china que estudiosos de Europa demasiado inteligentes para entender». Dice… perdón, frase muy difícil; dice… «Toda vida es vida porque posee fuerza de *ki*».

—¿Fuerza de qué? —pregunta Grote—. ¿Qué de qué?

Yonekizu sacude la cabeza.

—No qué: *ki*. *Ki*. El señor abad explica que sus estudios, su Orden, enseña… ¿Cómo se dice? Enseña manipular fuerza de *ki*, curar enfermedad, etcétera.

—Bueno, parece que doña Serpiente —murmura Grote— se ha llevado una buena dosis de etcétera.

Dado el rango del abad, Jacob supone que se impone una disculpa.

—Señor Yonekizu, le ruego que le diga a su ilustrísima lo mucho que lamento que una serpiente haya amenazado su bienestar en un almacén holandés.

Yonekizu traduce; Enomoto sacude la cabeza.

—Mordisco feo, pero no mucho veneno.

—… y dígale —añade Jacob— que en mi vida olvidaré lo que acabo de presenciar.

Enomoto responde con un ambiguo «mmm».

—En próxima vida —le dice el abad a Jacob— nacer en Japón para venir al templo y… disculpe, holandés es difícil.

El abad dirige varias frases largas a Yonekizu en su lengua materna. El intérprete las traduce en orden:

—Abad dice que señor de Zoet no debe pensar que él es señor poderoso como señor de Satsuma. Feudo de Kyôga es sólo veinte millas largo, veinte millas ancho,

muy muchas montañas, y tiene sólo dos ciudades, Isahaya y Kashima, y aldeas en camino de mar de Ariake. Pero —añade Yonekizu, tal vez de su cosecha— feudo especial da a señor abad rango alto: en Edo puede visitar a shogun, en Miyako puede visitar a emperador. Templo de señor abad es encima de monte Shiranui. Él dice: «En primavera y otoño, muy bonito; en invierno, un poco frío, pero verano fresco». Abad dice: «Posible respirar y no envejecer». Abad dice: «Él tiene dos vidas. Mundo Arriba, en monte Shiranui, es espíritu y plegaria y *ki*. Mundo Abajo es hombres y política y estudio… e importar drogas y dinero».

—Ah, por fin, ya era hora —murmura Arie Grote—. Sr. de Z.: es nuestro turno.

Jacob mira con inseguridad a Grote; al abad; y de nuevo al cocinero.

—Saque —suspira Grote— el tema del comercio.

Y moviendo sólo los labios, el cocinero añade: «Mercurio».

Jacob, con cierto retraso, termina por entender.

—Disculpe mi franqueza, Ilustrísima —dice dirigiéndose a Enomoto y mirando a Yonekizu—, pero ¿podemos ofrecerle alguno de nuestros servicios?

Yonekizu traduce; con una mirada, Enomoto rebota la pregunta a Grote.

—La cuestión, Sr. de Z., es la siguiente: el abad Enomoto desea adquirir las ocho cajas de nuestro polvo de mercurio por un valor de ciento y seis *koban* la caja.

Lo primero que piensa Jacob es: ¿«nuestro» mercurio? Lo segundo es: «¿Ciento y seis?».

El tercer pensamiento es un número: ochocientos cuarenta y ocho *koban*.

—El doble —le recuerda Grote— que el boticario de Osaka.

Ochocientos cuarenta y ocho *koban* es media fortuna, como poco.

Espera, espera, espera, piensa Jacob. ¿Por qué está dispuesto a pagar un precio tan elevado?

—El señor de Zoet está tan contento —asegura Grote a Enomoto— que no puede ni hablar.

El truco de la serpiente me ha deslumbrado, piensa Jacob, pero no es el momento de perder la cabeza…

—No he conocido nunca —Grote lo agarra del hombro— un hombre más digno…

… un monopolio, conjetura Jacob. Quiere crear un monopolio temporal.

—Le vendo seis cajas —anuncia el joven escribano—. No ocho.

Enomoto entiende; se rasca la oreja y mira a Grote.

La sonrisa del cocinero dice: No hay nada de que preocuparse.

—Un momento, Ilustrísima.

Grote se lleva a Jacob a una esquina, cerca del escondrijo de Weh.

—Escuche: sé que Zwaardecroone ha fijado un tope de dieciocho por caja.

¿Y tú cómo estás al tanto, se pregunta asombrado Jacob, de mi patrocinador de

Batavia?

—No importa por qué lo sé, pero lo sé. Nos ofrecen seis veces más ¿y usted quiere aumentarlo? No va a llegar una oferta mejor, y en la mesa no hay seis cajas. Ocho o nada.

—En ese caso —dice Jacob— escojo nada.

—¡Está claro que no estamos entendiéndonos! Nuestro cliente es un personaje ilustre. Tiene redes tendidas en todas partes: en la Magistratura; en Edo; es el prestamista de un prestamista; el boticario de un boticario. Se rumorea —Jacob percibe en el aliento de Grote un olor a higadillos de pollo— ¡que hasta le presta dinero al magistrado para pagar chanchullos hasta el año que viene, cuando llegue el próximo barco de Batavia! De manera que, cuando le prometí todo el mercurio, es exactamente…

—Parece que va a tener que faltar a su promesa…

—No, no, no. —Lo de Grote es casi un relincho—. Usted no entiende que…

—Es usted el que ha urdido un negocio con mi mercancía privada; me niego a bailar al son que usted me toque, así que se queda sin su comisión. ¿Qué es lo que no entiendo?

Enomoto le dice algo a Yokenizu; los holandeses interrumpen la discusión.

—Abad dice —el intérprete se aclara la garganta—: «Seis cajas sólo en venta hoy. Entonces compro sólo seis cajas hoy».

Enomoto prosigue. Yonekizu asiente, aclara un par de puntos, y traduce:

—Señor de Zoet: abad Enomoto abona seiscientos treinta y seis *koban* en su cuenta privada de tesoro público. Escriba de magistrado lleva prueba de pago a Contaduría de Compañía. Después, cuando usted satisfecho, hombres de abad retiran seis cajas de mercurio de almacén Eik.

Semejante rapidez es algo inaudito.

—¿No desea su Ilustrísima ver primero la mercancía?

—Ah, señor de Zoet —dice Grote—, como usted anda siempre tan ocupado, me tomé la pequeña libertad de pedir prestada la llave al adjunto y enseñarle a nuestro huésped una muestra…

—Sí, a fe que se tomó usted una libertad —le dice Jacob—. Y bien grande.

—Ciento seis *koban* la caja —suspira Grote— merecen un poco de iniciativa, digo yo.

El abad está a la espera.

—¿Quiere hacer negocio de mercurio hoy, señor Dazûto?

—Vaya si quiere, Ilustrísima —Grote sonríe como un tiburón—, lo está deseando.

—Pero ¿el papeleo? —pregunta Jacob—. ¿Los sobornos, los documentos de venta…?

Enomoto espanta de un manotazo esas complicaciones y expele un *pfff* de aire.

—Como le decía —Grote sonríe como un santo—, «un personaje ilustre».

—Entonces —Jacob no tiene más objeciones— sí, Ilustrísima. Trato hecho.

El aliviado Arie Grote deja escapar un suspiro de angustia liberada.

Con una expresión de calma, el abad da a traducir una frase a Yonekizu.

—«Lo que no vende hoy» —dice el intérprete— «va a vender pronto».

—Eso quiere decir —Jacob se mantiene desafiante— que el señor abad conoce mis pensamientos mejor que yo.

El abad Enomoto tiene la última palabra, y la palabra es «afinidad». Acto seguido asiente a Kosugi y a Yonekizu y su séquito sale del almacén sin más dilación.

—Ya puedes salir, Weh.

Jacob siente una misteriosa inquietud, pese a la probabilidad de que esta noche, cuando se acueste, vaya a ser mucho más rico que cuando el terremoto lo tiró de la cama por la mañana. Siempre que, admite, el señor abad Enomoto cumpla su palabra.

• • •

El señor abad Enomoto ha cumplido su palabra. A las dos y media, Jacob baja las escaleras de la residencia del administrador con un certificado de depósito. Atestiguado por Vorstenbosch y Van Cleef, el documento puede hacerse efectivo en Batavia o incluso en Zelanda, en las oficinas que la Compañía tiene en Flesinga, en la isla de Walcheren. La suma representa cinco o seis años de salario de su antiguo trabajo de escribano consignatario. Tendrá que devolver el dinero que le prestó el amigo de su tío para comprar el mercurio —la apuesta más afortunada de mi vida, piensa Jacob, pues, en lugar de eso, estuve a punto de comprar cohombros de mar— y Arie Grote tampoco ha hecho mal negocio; pero, se mire por donde se mire, la transacción que ha llevado a cabo con el enigmático abad es excepcionalmente lucrativa. Y las cajas que me quedan, prevé Jacob, alcanzarán un precio todavía más alto, en cuanto los demás comerciantes vean lo que gana Enomoto. En la Navidad del año próximo debería estar de vuelta en Batavia con Unico Vorstenbosch, cuya estrella, para entonces, debería brillar más si cabe al haber purgado a Deshima de su tristemente famosa corrupción. Podría consultar con los colegas de Zwaardecroone o Vorstenbosch e invertir el dinero del mercurio en una operación todavía mayor —café, tal vez, o teca— para obtener unos ingresos que podrían impresionar incluso al padre de Anna.

De vuelta en la Calle Larga, Hanzaburo reaparece procedente de la Corporación de Intérpretes. Jacob regresa a la Casa Alta para depositar el valioso certificado en su baúl. Tiene un momento de duda antes de sacar el abanico con el mango de madera de paulovnia y guardárselo en el bolsillo de la chaqueta. Después se encamina apresuradamente hacia el patio de pesaje donde hoy están pesándose los lingotes de plomo y comprobando que no estén adulterados, antes de reponer los en las cajas y

sellarlos. Pese al toldo del supervisor, el calor es tórrido y amodorrante, pero hace falta vigilar con ojos muy abiertos a los culis, las balanzas y el número de cajas.

—Muy amable de su parte —dice Peter Fischer— presentarse al trabajo.

La noticia de la ganancia obtenida por el nuevo escribano es de dominio público.

Jacob no sabe qué responder, de modo que se pone a controlar la hoja de cotejo.

El intérprete Yonekizu observa desde el toldo contiguo. El trabajo procede con lentitud.

Jacob piensa en Anna y trata de recordarla por como es, no por como él la representó en sus bocetos.

Los culis, cobrizos por el sol, desclavan las tapas de las cajas…

El dinero hace más factible nuestro futuro juntos, piensa, pero cinco años siguen siendo mucho, mucho tiempo.

Los culis, cobrizos por el sol, vuelven a clavar las tapas de las cajas.

Según el reloj de bolsillo de Jacob, las cuatro de la tarde llegan y se van.

En un momento dado, Hanzaburo se aleja sin dar explicaciones.

A las cinco menos cuarto, Peter Fischer dice:

—Esa es la caja número doscientos.

A las cinco y un minuto, un anciano mercader se desmaya por el calor.

Inmediatamente se manda llamar al doctor Marinus, y Jacob toma una decisión.

—¿Me disculparía un minuto? —le pregunta a Fischer.

Fischer se llena la pipa con provocadora parsimonia.

—¿Cuánto duran sus minutos? Los de Ouwehand duran quince o veinte. Los de Baert, más de una hora.

Jacob se pone en pie: se le han dormido las piernas.

—Volveré aquí dentro de diez.

—Así que su «uno» significa «diez»; en Prusia, los caballeros dicen lo que de veras quieren decir.

—Me voy —murmura Jacob, tal vez de forma audible— antes de hacer exactamente eso.

Jacob espera en el ajetreado cruce y observa el ir y venir de los peones. No tarda en aparecer el doctor Marinus, que pasa por delante cojeando, acompañado de un par de intérpretes que le llevan el botiquín para atender al mercader desmayado. Ve a Jacob pero se hace el distraído, cosa que al escribano le parece bien. El humo con olor a mierda que salía de su esófago al término del experimento con el enema le ha quitado todas las ganas de trabar amistad con el médico. La humillación que sufrió ese día lo ha llevado a evitar a la señorita Aibagawa: ¿cómo podría verlo la joven —y todos los demás estudiantes— sino como un aparato semidesnudo de válvulas grasientas y carnosas tuberías?

Seiscientos treinta y seis *koban*, admite, le suben a uno la autoestima, pero así y todo…

Los estudiantes salen del hospital: Jacob había previsto que la llamada a Marinus interrumpiría la lección. La señorita Aibagawa es la última en aparecer, medio escondida bajo un parasol. Jacob retrocede unos pasos hasta el Callejón del Flaco, como si estuviese yendo al almacén Lelie.

Lo único que estoy haciendo, se asegura a sí mismo Jacob, es devolver un objeto perdido a su propietaria.

Los cuatro jóvenes, los dos guardias y la comadrona se meten por la Calle Corta.

Jacob pierde la calma. Al instante la recupera y los sigue.

—¡Disculpe!

La comitiva se da la vuelta: Aibagawa lo mira a los ojos durante un segundo.

Muramoto, el alumno de más edad, retrocede para saludarlo.

—¡Dombâga-san!

Jacob se quita el sombrero de bambú.

—Otro día de calor, señor Muramoto.

El joven se alegra de que Jacob recuerde su nombre; los demás se suman a la reverencia.

—¡Calor, calor! —coinciden afectuosamente—. ¡Mucho calor!

Jacob se inclina ante la comadrona.

—Buenas tardes, señorita Aibagawa.

—¿Cómo —la joven tiene un brillo travieso en los ojos— está el hígado del señor Domburgués?

—Hoy mucho mejor, gracias. —Traga saliva—. Se lo agradezco.

—Ah —dice Ikematsu con fingida sobriedad—. Pero ¿cómo está in-tu-sus-cep-ción?

—La magia del doctor Marinus me ha curado. ¿Qué han estudiado hoy?

—Con-sunu-sión —dice Kayikawi—. Cuando toser sangre de pulmones.

—Oh, consunción. Una enfermedad terrible, pero común.

Un inspector se aproxima desde la Puerta Terrestre: uno de los guardias protesta.

—Disculpe, señor —dice Muramoto—, pero él dice debemos ir.

—Sí, no los entretengo más; sólo quería devolverle esto a la señorita Aibagawa —se saca el abanico de la chaqueta y se lo tiende—, que se lo dejó hoy en el hospital.

Los ojos de la joven brillan alarmados como preguntando: ¿Qué estás haciendo?

El coraje de Jacob se evapora.

—El abanico que se olvidó en el hospital del doctor Marinus.

Llega el inspector. Con una mirada de cólera se dirige a Muramoto.

Muramoto dice:

—Inspector desea saber: «¿Qué pasa?», señor Dombâga.

—Dígale —esto es un error garrafal— que la señorita Aibagawa se olvidó el abanico.

El inspector no se queda muy convencido; formula una brusca orden y tiende la mano para que se le entregue el objeto, como un director de colegio exigiéndole a un alumno un justificante.

—Él dice: «Por favor enseñar», señor Dombâga —traduce Ikematsu—. Para comprobar.

Si obedezco, se da cuenta Jacob, en toda Deshima, en toda Nagasaki, se sabrá que le he dibujado un retrato, en franjas, y lo he pegado a un abanico. Esa muestra afectuosa de amistad, entiende Jacob, será malinterpretada. Podría incluso prender la mecha de un pequeño escándalo.

Los dedos del inspector tienen problemas para abrir el cierre.

Jacob se sonroja por adelantado y reza por una escapatoria, la que sea.

Aibagawa le dice algo al inspector en voz baja.

El inspector la mira y su severidad se ablanda, sólo un poco…

… entonces da un resoplido áspero y divertido y le entrega el abanico. Ella hace una leve reverencia.

Jacob escapa por los pelos y se toma el lance como una especie de advertencia.

• • •

La luminosa noche es un fragor de festejos, tanto en Deshima como en tierra firme, como para espantar los malos recuerdos del terremoto de esa mañana. Las vías principales de Nagasaki están adornadas con linternas de papel, mientras el alcohol corre en fiestas improvisadas en la casa del comisario Kosugi, en la residencia del adjunto Van Cleef, en la Corporación de Intérpretes e, incluso, en la garita de la Puerta Terrestre. Jacob y Ogawa Uzaemon se han encontrado en la atalaya. Ogawa ha llegado acompañado de un inspector para evitar cualquier acusación de confraternización, pero el hombre ya venía borracho, y una petaca de sake lo ha puesto a dormir como un tronco. Hanzaburo está sentado unos pocos escalones más abajo de la plataforma, con el último y más martirizado de los intérpretes de Ouwehand: «Me he curado del herpes», se jactaba Ouwehand, en la reunión vespertina. La luna, sobrecargada, ha encallado en el Monte Inasa, y Jacob, pese al hollín y el tufo a aguas negras, disfruta de la brisa fresca.

—¿Qué son esas luces arracimadas —señala— encima de la ciudad?

—Más fiestas O-bon, en… ¿cómo se dice? Lugar donde enterrar cadáveres.

—¿Cementerios? ¡En los cementerios no se hacen fiestas!

Jacob se imagina una gavota en el cementerio de Domburgo y por poco no se echa a reír.

—Cementerio es puerta de la muerte —dice Ogawa—, luego es buen lugar para

llamar almas al mundo de la vida. Mañana noche, pequeños barcos con fuego flotan en mar para guiar almas a casa.

A bordo del *Shenandoah*, el oficial de guardia toca cuatro campanadas.

—¿De veras cree usted —pregunta Jacob— que las almas migran de esa forma?

—¿Señor de Zoet no cree lo que le cuentan cuando niño?

Pero la mía es la verdadera fe, piensa Jacob compadeciéndose de Ogawa, mientras la tuya es idolatría.

En la Puerta Terrestre se oye a un oficial gritarle a un subordinado.

Soy un empleado de la Compañía, se recuerda, no un misionero.

—En fin —dice Ogawa, sacándose de la manga un frasco de porcelana.

Jacob ya está un poco borracho.

—¿Cuántos de esos tiene escondidos?

—No estoy de servicio… —Ogawa rellena los vasos—… por eso bebemos en honor de sus buenas ganancias de hoy.

El recuerdo del dinero, y el sake que le baja por la garganta, reconfortan a Jacob.

—¿Queda alguien en Nagasaki que no sepa cuánto he ganado con el mercurio?

En la fábrica china que hay del otro lado del puerto explotan los petardos.

—Hay un monje en cueva muy, muy, muy altísima —Ogawa señala la falda de la montaña— que todavía no sabe. Ahora hablar en serio. Precio sube, esto es bueno, pero venda último mercurio a señor abad Enomoto, no a otra persona. Por favor. Él es enemigo peligroso.

—Arie Grote tiene la misma opinión aterradora de su ilustrísima.

La brisa trae consigo el olor de la pólvora de los chinos.

—Señor Grote es sabio. El feudo de abad es pequeño pero él es… —Ogawa titubea—… él es mucho poder. Además de templo en Kyôga tiene residencia aquí en Nagasaki, casa en Miyako. En Edo, él es huésped de Matsudaira Sadanobu. Sadanobu-sama es mucho poder… ¿«Hacedor de reyes» dicen ustedes? Todo amigo íntimo como Enomoto también es poder. Es malo enemigo. Por favor, no olvidar.

—Me imagino —Jacob da un trago— que como holandés que soy, estoy a salvo de los «malos enemigos».

El silencio de Ogawa hace que el escribano se sienta un poco menos seguro.

Las fogatas de la playa tachonan toda la costa hasta la bocana de la bahía.

Jacob se pregunta qué pensará Aibagawa de su abanico ilustrado.

Los gatos se dan cita en el tejado de Van Cleef, bajo la plataforma.

Jacob contempla la cordillera de tejados y se pregunta cuál será el de ella.

—Señor Ogawa, en Japón ¿cómo se declara uno a una dama?

El intérprete descodifica el mensaje.

—¿Señor de Zoet quiere «aceitar la alcachofa»?

Jacob escupe media bocanada de sake de manera espectacular.

Ogawa luce una mueca de preocupación.

—¿Yo hago error en holandés?

—¿De nuevo el capitán Lacy ha estado enriqueciendo su vocabulario?

—Él da lección para mí y para intérprete Iwase de «holandés para caballeros».

De momento, Jacob lo deja estar.

—Cuando usted le pidió matrimonio a su esposa, ¿se dirigió primero a su padre? ¿O le dio un anillo? ¿O flores? ¿O…?

Ogawa rellena los vasos.

—No veo esposa hasta día de boda. Nuestra *nakôdo* hizo la pareja. ¿Cómo se dice *nakôdo*? La mujer que conoce familias que quieren matrimonio…

—¿Fisgona metomentodo? No, disculpe: una casamentera.

—¿«Casamentera»? Palabra graciosa. «Casamentera» va entre nuestras familias, *achi-kochi* —Ogawa mueve las manos como una lanzadera—, describe novia a Padre. Su padre es mercader rico de tinta de madera de brasilete en Karatsu, tres días de viaje. Investigamos familia… no locura, no deuda secreta, etcétera. Su padre viene en Nagasaki para conocer Ogawa de Nagasaki. Mercader de clase más baja que samurái pero… —las manos de Ogawa se convierten en los platillos de una balanza —. Estipendio de Ogawa es seguro y nosotros empezamos comercio madera de brasilete vía Deshima, así que Padre acepta. Siguiente encuentro es en templo el día de boda.

La boyante luna se ha zafado del monte Inasa.

—¿Y qué me dice —Jacob habla con la franqueza que le infunde el sake— del amor?

—Nosotros decimos: «Cuando marido ama mujer, suegra pierde mejor sirviente».

—¡Qué proverbio más deprimente! ¿No anheláis el amor, en vuestros corazones?

—Sí, señor de Zoet dice verdad: amor es cosa de corazón. O amor es como este sake: bebe, noche de alegría, sí; pero en fría mañana, dolor de cabeza, dolor de estómago. Un hombre debe amar concubina, para que cuando amor muere él dice: «Adiós». Fácil y sin daño. Matrimonio es diferente: matrimonio es cuestión de cabeza… rango… negocios… linaje. ¿Familias holandesas no son así?

Jacob piensa en el padre de Anna.

—Exactamente iguales, por desgracia.

Una estrella fugaz nace y muere en un instante.

—¿No estoy quitándole tiempo de recibir a sus antepasados, señor Ogawa?

—Esta noche mi padre hace rituales en residencia de familia.

Asustadas por los petardos, las vacas mugen en la Esquina de los Pinos.

—Para hablar sincero —dice Ogawa—, mis antepasados de sangre no son de aquí: yo nacido en feudo de Tosa, en Shikoku. Shikoku es isla grande… —Ogawa señala hacia el este—… por allí. Mi padre humilde servidor de señor Yamanuchi de

Tosa. Señor Yamanuchi me da instrucción en escuela y envía a Nagasaki para aprender holandés en casa de Ogawa Mimasaku, para hacer puente entre Tosa y Deshima. Pero un día viejo señor Yamanuchi es muerto. Su hijo no interesa de estudios holandeses. Yo me quedo ¿«abandonado», dice ustedes? Pero, entonces, dos hijos de Ogawa Mimasaku mueren de cólera, hace diez años. Mucha, mucha muerte en ciudad ese año. Entonces, Ogawa Mimasaku me adopta, para continuar nombre de familia…

—¿Y qué fue de sus verdaderos padres, en Shikoku?

—Tradición dice: «Después de adopción, no volver atrás». Así que no volví.

—Pero ¿no… —Jacob recuerda su propia pérdida—… los echaba de menos?

—Yo tenía nuevo nombre, nueva vida, nuevo padre, nueva madre, nuevos antepasados.

¿No será, se pregunta Jacob, que la raza japonesa obtiene placer del sufrimiento que ella misma se inflige?

—Mi estudio de holandés —dice Ogawa— es un gran… consuelo. ¿Es palabra correcta?

—Sí, y su soltura —el escribano lo dice en serio— demuestra el empeño que pone.

—Progresar es difícil. Comerciantes, oficiales, guardias no entienden lo difícil que es. Piensan: «Yo hago mi trabajo: ¿por qué intérprete tonto y vago no puede hacer lo mismo?».

—Cuando estuve de aprendiz en una maderera —Jacob estira la pierna, que se le había dormido— trabajaba no sólo en el puerto de Roterdam, sino también en los de Londres, París, Copenhague y Gotemburgo. He padecido el engorro de los idiomas extranjeros; pero a diferencia de usted, yo tenía la ventaja de los diccionarios y de una educación dirigida por maestros franceses.

El «ah» que emite Ogawa está cargado de anhelo.

—Cuántos lugares puede viajar…

—En Europa sí, pero aquí no puedo poner el pie más allá de la Puerta Terrestre.

—Pero señor de Zoet puede cruzar la Puerta Marítima e ir lejos, por el mar. Pero yo… todos los japoneses… —Ogawa escucha a Hanzaburo y los gruñidos conspirativos de su amigo—… prisioneros toda la vida. Quien hace plan de marchar es ejecutado. Mi precioso deseo es un año en Batavia, para hablar holandés… comer holandés, beber holandés, dormir holandés. Un año, sólo un año…

Para Jacob son pensamientos inéditos.

—¿Recuerda su primera visita a Deshima?

—¡Muy bien la recuerdo! Antes de Ogawa Mimasaku adoptarme como hijo. Un día amo anuncia: «Hoy vamos a Deshima». Yo… —Ogawa se lleva las manos al corazón y hace un gesto de temor—. Andamos por Puente de Holanda y mi patrón

dice: «Este es puente más largo que jamás cruzarás porque este puente une dos mundos». Pasamos por Puerta Terrestre ¡y veo gigantes de cuento! ¡Nariz grande como patata! ¡Vestidos sin lazos pero con botones, botones, botones, y pelo amarillo como paja! Olor feo también. Mismo asombro cuando veo por primera vez *kuronbô*, chicos negros con piel como berenjena. Entonces extranjero abre boca y dice: «¡*Schffggevingen-flinder-vasschen morgengen*!». ¿Eso es mismo holandés que yo estudio con esfuerzo? Yo sólo hago reverencia y reverencia y amo me da golpe en cabeza y dice: «¡Preséntate, estúpido *baka*!», y yo digo: «Me llamo Sôzaemon *degozaimsu* hoy hace buen tiempo gracias muy bien señor». Gigante amarillo ríe y dice: «¡*Kssssfffkkk schevingen-pevingen*!», y señala pájaro blanco maravilloso que anda como hombre y alto como hombre. Patrón dice: «Esto es avestruz». Entonces maravilla mucho más grande, animal grande como cabaña, que tapa el sol; mete nariz *nyoro-nyoro* en cubo y bebe ¡y escupe agua! Amo Ogawa dice: «Elefante» y yo digo «¿Zô?», y amo dice: «No estúpido *baka* es elefante». Entonces vemos cacatúa en jaula, y loros que repiten palabras, y juego extraño con palos y bolas encima de mesa con paredes que se llama «billar». Lenguas sangrientas en el suelo aquí, allí, aquí, allí: bolas de zumo de betel, escupido por sirvientes malayos.

—¿Qué hacía —pregunta Jacob— un elefante en Deshima?

—Batavia manda como regalo para shogun. Pero magistrado manda mensaje a Edo para decir que elefante come mucha comida, entonces Edo discute y dice no, Compañía tiene que llevar elefante. Elefante muerto de enfermedad misteriosa muy pronto…

En las escaleras de la atalaya retumban unos pasos veloces: llega un mensajero.

Por la reacción de Hanzaburo, Jacob percibe que son malas noticias.

—Tenemos que irnos —le informa Ogawa—. Ladrones en casa de administrador Vorstenbosch.

• • •

—Como pesaba demasiado para llevársela —Unico Vorstenbosch muestra la caja de caudales a los presentes que abarrotan sus aposentos privados—, los ladrones la han arrastrado de aquí para allá y la han reventado por detrás con un martillo y un escoplo: miren. —Arranca una tira de teca del armazón de hierro—. Cuando el agujero ha alcanzado el tamaño adecuado, han extraído el botín y se han dado a la fuga. No se trata de un hurto de poca monta. Tenían las herramientas adecuadas. Sabían exactamente lo que buscaban. Tenían espías, observadores, y la pericia necesaria para reventar una caja de caudales sin hacer el menor ruido. También tenían un cómplice en la Puerta Terrestre. En resumidas cuentas —el administrador en jefe fulmina con la mirada al intérprete Kobayashi—, tenían ayuda.

El comisario Kosugi formula una pregunta:

—Comisario pregunta —traduce Iwase— cuándo fue última vez que usted vio tetera.

—Esta mañana: Cupido la inspeccionó para ver si estaba intacta tras el terremoto.

El policía exhala un suspiro de hastío y hace una observación seca.

—Comisario dice —traduce Iwase— que esclavo es último que ve tetera en Deshima.

—¡Los últimos que la han visto, señor —exclama Vorstenbosch—, han sido los ladrones!

El intérprete Kobayashi ladea su perspicaz cabeza.

—¿Cuál era valor de tetera?

—Exquisita factura, pan de plata sobre jade, mil *koban* no bastarían para comprar otra igual. Ustedes la vieron con sus propios ojos. Perteneció al último emperador Ming de la China, el emperador «Chongzhen», como tengo entendido que se lo conoce. Es una reliquia insustituible, como alguien sin duda habrá informado a los ladrones, maldita sea su estampa.

—Emperador Chongzhen —señala Kobayashi— se colgó de una sófora.

—¡No lo he hecho venir para que me dé lecciones de historia, interprete!

—Espero sinceramente —explica Kobayashi— que la tetera no sea maldición.

—¡Oh, lo será para los malditos perros que la han robado! La tetera es propiedad de la Compañía, no de Unico Vorstenbosch, luego la víctima de este delito es la Compañía. Usted, intérprete, vaya inmediatamente a la Magistratura con el comisario Kosugi.

—Magistratura es cerrada esta noche —Kobayashi se retuerce las manos— por fiesta de O-bon.

—¡Pues tendrá que abrir! —grita el administrador, dando un bastonazo en el escritorio.

Jacob ya conoce la cara que ponen los japoneses: Extranjeros imposibles, se lee en esa expresión.

—¿Me permite sugerirle, señor —dice Peter Fischer—, que ordene registrar todos los almacenes japoneses de Deshima? Puede que esos cabrones astutos estén esperando a que amaine el alboroto antes de sacar su tesoro de contrabando.

—Bien dicho, Fischer. —El administrador mira a Kobayashi—. Dígaselo al comisario.

La cabeza inclinada del intérprete denota renuencia.

—Pero precedente es…

—¡Al diablo el precedente! ¡Ahora el precedente soy yo, y a usted, señor, a usted —Vorstenbosch clava el dedo en un pecho que, Jacob apostaría un fajo de billetes, nunca había recibido ese tratamiento— se le paga una suma de auténtica usura para que proteja nuestros intereses! ¡Haga su trabajo! Algún culi, o comerciante o, sí,

incluso un intérprete, ha robado un bien de la Compañía. Este acto es un ultraje a la Compañía. ¡Y, maldita sea, mandaré registrar también la Corporación de Intérpretes! Se dará caza a los culpables como si fuesen cerdos y yo mismo los haré chillar. De Zoet, vaya y dígale a Arie Grote que prepare un buen puchero de café, que vamos a estar todos sin dormir durante bastante tiempo…

# VIII

## Salón de Reuniones de la casa del administrador de Deshima

*Diez de la mañana del 3 de septiembre de 1799*

—La respuesta del shogun a mi ultimátum es un mensaje dirigido a mi persona —protesta Vorstenbosch—, ¿por qué un pedazo de papel enrollado dentro de un tubo tiene que pasar la noche en la Magistratura, como un huésped mimado? Si llegó ayer por la tarde, ¿por qué no se me entregó inmediatamente?

Porque, piensa Jacob, un comunicado oficial del shogun equivale a un edicto del papa, y negarle la debida ceremonia sería una traición merecedora de pena capital. Sin embargo, no abre la boca: en los últimos días ha notado que la actitud de su patrón hacia él es cada vez más fría. El proceso ha sido discreto —una palabra de elogio a Peter Fischer por aquí, un comentario cortante a Jacob por allá—, pero el que hasta hace poco era «el indispensable De Zoet» teme que su estrella esté apagándose. Tampoco Van Cleef hace amago de responder a la pregunta del administrador: hace mucho tiempo que el adjunto adquirió el don palaciego de saber distinguir las preguntas retóricas de las verdaderas. El capitán Lacy se recuesta en su silla chirriante con la cabeza entre las manos y silba muy bajito entre los dientes. En el lado japonés de la mesa de reuniones aguardan los intérpretes Kobayashi e Iwase y tan sólo dos escribanos de cierto rango.

—El chambelán del magistrado —dice Iwase— traerá mensaje de shogun enseguida.

Unico Vorstenbosch se mira con cara de pocos amigos el sello de oro que lleva en el anular derecho.

—¿Qué opinaba Guillermo el Taciturno —se pregunta Lacy— de su apodo?

El reloj de pared resuena alto y grave. Los hombres están acalorados y en silencio.

—Esta tarde cielo es… —observa el intérprete Kobayashi—… inestable.

—El barómetro de mi camarote —concuerda Lacy— promete borrasca.

La expresión de Kobayashi es cortés pero vacía.

—«Borrasca» es una tormenta marina —le explica Van Cleef—, como un temporal o un tifón.

—Ah, ah —el intérprete Iwase lo capta—. «Tifón»… tai-fu, decimos nosotros.

Kobayashi se enjuga la frente rasurada.

—«Funeral del verano».

—Como el shogun no haya accedido a aumentar la cuota de cobre —Vorstenbosch se cruza de brazos—, será Deshima la que necesite un funeral:

Deshima, y las bien remuneradas carreras de sus intérpretes. A propósito, señor Kobayashi, ¿debo deducir de su deliberado silencio en lo tocante al objeto de porcelana robado a la Compañía que no se ha dado un solo paso hacia su recuperación?

—Investigación prosigue —contesta el intérprete.

—A paso de tortuga —masculla con descontento el administrador—. Aunque nos quedemos en Deshima, informaré al gobernador general Van Overstraten con cuánta indiferencia ha defendido usted los bienes de la Compañía.

El agudo oído de Jacob capta pasos marciales; Van Cleef también los ha percibido.

El adjunto se acerca a la ventana y mira hacia abajo, a la Calle Larga.

—Por fin.

Dos guardias flanquean la entrada. Primero entra un abanderado: su pendón muestra la malvarrosa de tres hojas del shogunato de Tokugawa. A continuación entra el chambelán Tomine con el venerado tubo portapergaminos en una bandeja impecablemente lacada. Todos los presentes en la sala hacen una reverencia al pergamino, salvo Vorstenbosch, que dice:

—Entre ya, chambelán, siéntese, y díganos si su alteza en Edo ha decidido acabar con el sufrimiento de esta maldita isla.

Jacob repara en las muecas medio reprimidas de los japoneses.

Iwase traduce la parte del «siéntese» y señala una silla.

Tomine mira con desagrado el mobiliario extranjero pero no tiene elección.

Coloca la bandeja lacada delante del intérprete Kobayashi y hace una reverencia.

Kobayashi responde con una inclinación hacia el chambelán y hacia el pergamino, y empuja la bandeja hacia el administrador.

Vorstenbosch coge el tubo, decorado en un extremo con la misma malvarrosa, y trata de abrirlo tirando de él. Al no conseguirlo, intenta desenroscarlo. Al no conseguirlo, se pone a buscar un gancho o un cierre.

—Si me permite, señor —murmura Jacob—, tal vez haya que girarlo en el sentido de las agujas del reloj.

—Oh, de detrás hacia delante y patas arriba, como todo este maldito país…

Del interior del tubo sale deslizándose un pergamino enrollado alrededor de dos cilindros de madera de cerezo.

Vorstenbosch lo desenrolla sobre la mesa, en vertical, como un pergamino europeo.

Jacob disfruta de una buena perspectiva. Las historiadas columnas de caracteres *kanyi* trazados con pincel ofrecen a los ojos del escribano alguna que otra imagen que sabe reconocer: las clases de holandés que imparte a Ogawa Uzaemon tienen un

componente de reciprocidad, y su cuaderno de apuntes ya contiene cerca de quinientos símbolos. En este pergamino, el estudiante clandestino reconoce un Entregar por aquí; un Edo por allá; un diez en la columna siguiente…

—Naturalmente —suspira Vorstenbosch—, en la corte del shogun no hay nadie que escriba holandés. ¿Querría alguno de ustedes, prodigios —mira a los intérpretes —, hacerme la cortesía?

El reloj de pared cuenta un minuto, dos, tres…

Los ojos de Kobayashi suben y bajan por las columnas del pergamino.

No es tan difícil ni tan largo, piensa Jacob. Está prolongando el ejercicio.

El intérprete entrevera la parsimoniosa lectura con reflexivos gestos de asentimiento.

En otras partes de la residencia del administrador, los sirvientes siguen ocupados en sus menesteres.

Vorstenbosch reprime toda muestra de impaciencia para no complacer a Kobayashi.

El intérprete emite un enigmático gruñido gutural y abre la boca…

—Leo otra vez, para asegurar no error.

Si las miradas matasen, piensa Jacob mientras observa a Vorstenbosch, Kobayashi estaría dando sus últimos estertores.

Pasa un minuto. Vorstenbosch ordena a su esclavo Filandro que le traiga agua.

Desde su lado de la mesa, Jacob sigue estudiando el pergamino del shogun.

Pasan dos minutos. Llega Filandro con la jarra.

—¿Cómo —Kobayashi se dirige a Iwase— se dice «*rôyu*» en holandés?

La meditada respuesta de su colega contiene las palabras «primer ministro».

—Entonces —anuncia Kobayashi— estoy preparado para traducir mensaje.

Jacob moja su plumilla más afilada en el tintero.

—Mensaje dice: «Primer ministro del shogun envía saludos más cordiales a gobernador general Van Overstraten y administrador de holandeses en Deshima, Vorstenbosch. Primer ministro pide… —el intérprete echa un vistazo al pergamino— … mil abanicos de las mejores plumas de pavo real. Barco holandés debe llevar esta orden a Batavia para abanicos de plumas de pavo real llegar en temporada comercial de próximo año».

Jacob esboza un resumen.

El capitán Lacy eructa.

—Son las ostras del desayuno… estaban un poco pasadas…

Kobayashi mira a Vorstenbosch, como si esperase una respuesta.

Vorstenbosch vacía su vaso de agua.

—Háble me del cobre.

Con inocente insolencia, Kobayashi pestañea y dice:

—Mensaje no dice nada de cobre, administrador.

—No me diga, señor Kobayashi —una vena palpita en la sien de Vorstenbosch—, que ese es todo el contenido del mensaje.

—No… —Kobayashi mira el lado izquierdo del pergamino—. Primer ministro también espera otoño en Nagasaki es benigno e invierno es suave. Pero yo pienso: «No importante».

—Mil abanicos de pluma de pavo real —dice Van Cleef dando un silbido.

—Mejores plumas de pavo real —corrige Kobayashi, sin el menor rubor.

—A eso en Charleston —dice el capitán Lacy— lo llamaríamos limosnear por escrito.

—Aquí en Nagasaki —dice Iwase— lo llamamos órdenes del shogun.

—¿Esos hijos de puta de Edo —pregunta Vorstenbosch— están jugando con nosotros?

—Buenas noticias —sugiere Kobayashi— que Consejo de Ancianos sigue discusión sobre cobre. No decir «no» es medio decir «sí».

—El *Shenandoah* zarpa dentro de siete u ocho semanas.

—Cuota de cobre —Kobayashi frunce los labios— asunto complicado.

—Al contrario, es muy simple. Si a mediados de octubre no llegan a Deshima veinte mil *piculs* de cobre, la única ventana abierta al mundo de este país atrasado quedará tapiada. ¿Qué se creen en Edo? ¿Que el gobernador general está marcándose un farol? ¿Que el ultimátum lo he escrito yo?

Bien, expresa el gesto de Kobayashi al encogerse de hombros, yo no puedo hacer nada…

Jacob deja la pluma y estudia el pergamino del primer ministro.

—¿Cómo responder a Edo sobre abanicos de pavo real? —pregunta Iwase—. Un «sí» puede ayudar cobre…

—¿Por qué mis peticiones —pregunta Vorstenbosch— han de esperar hasta la llegada del reino de los cielos, y, en cambio, cuando la Corte quiere algo, tenemos que actuar —chasquea los dedos— así? ¿Acaso cree ese ministro que los pavos reales son palomas? ¿No podrían unos pocos molinos de viento complacer a Sus Excelsos Ojos?

—Abanico de pavo real —dice Kobayashi— suficiente señal de afecto para primer ministro.

—¡Estoy harto! —clama Vorstenbosch, alzando la vista al cielo—. ¡Harto de estas malditas… —golpea el pergamino contra la mesa, dejando sin habla a los japoneses por el irrespetuoso gesto—… «señales de afecto»! Los lunes, que si «el limpiador de guano del cetrero del magistrado pide un rollo de *chintz* de Bangalore»; los miércoles, que si «el cuidador de los monos del Consejo de Ancianos quiere una caja

de canela»; los viernes, que si «su señoría tal y cual de no sé dónde admira su cubertería de hueso de ballena: es amigo poderoso de extranjeros», así que, chincha rabiña, me toca comer con cucharas de peltre mellado. Eso sí, cuando los que necesitamos ayuda somos nosotros, ¿dónde están esos «amigos poderosos de extranjeros»?

Kobayashi saborea su victoria bajo una máscara de empatía que no le sienta bien.

Jacob se ve empujado a intentar una jugada arriesgada:

—¿Señor Kobayashi?

El jefe de los intérpretes mira al funcionario de rango incierto.

—Señor Kobayashi, poco antes, durante la venta de pimienta, ocurrió un incidente.

—¿Qué demonios —pregunta Vorstenbosch— tiene que ver la pimienta con el cobre?

—*Je vous prie de m'excuser, Monsieur* —trata Jacob de tranquilizar a su superior—, *mais je crois savoir ce que je fais*.

—*Je prie Dieu que vous savez* —le advierte el administrador—. *Le jour a déjà bien mal comencé sans pour cela y ajouter votre aide*.

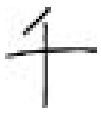
—Verá —dice Jacob a Kobayashi—, estábamos el señor Ouwehand y yo discutiendo con un tratante, a propósito del ideograma chino… *konyi*, creo que los llaman ustedes…

—*Kanyi* —dice Kobayashi.

—Discúlpeme, el *kanyi* del número diez. Durante mi estancia en Batavia aprendí algunos con ayuda de un mercader chino y, tal vez concierta imprudencia, he usado mis limitados conocimientos en lugar de solicitar un intérprete de la Corporación. Los ánimos se caldearon y ahora me temo que se ha acusado a su compatriota de falta de honradez.

—¿Cuál —Kobayashi percibe el aroma de una nueva humillación holandesa— es *kanyi* motivo de discusión?

—Bien, el señor Ouwehand decía que el *kanyi* de «diez» se… —haciendo alarde de torpe concentración, Jacob traza un carácter en su papel secante—… dibuja así…

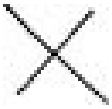


Pero yo le dije a Ouwehand que no, que el verdadero ideograma de «diez» se escr… así…



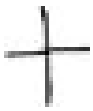
Jacob lo dibuja mal adrede para exagerar su ineptitud.

—El mercader juraba que los dos estábamos equivocados: él dibujó… —Jacob suspira y arruga el entrecejo— una cruz, creo que era así…



»Yo estaba convencido de que el tratante era un estafador, y puede que hasta se lo dijese. ¿Sería tan amable el intérprete Kobayashi de decirme la verdad sobre esta cuestión?

—El número del señor Ouwehand —Kobayashi señala el carácter de más arriba — es «mil» no «diez». El número del señor de Zoet también es equivocado: significa «cien». Este —indica la X— es mala memoria. Tratante escribió esto… —Kobayashi se vuelve a su escribano para que le dé un pincel—. Esto es «diez». Dos trazos, sí, pero uno hacia arriba, otro hacia lado…



Jacob gime contrito y escribe los números 10, 100 y 1000 junto a los caracteres correspondientes.

—¿O sea que estos son los verdaderos símbolos para los números en cuestión?

El cauteloso Kobayashi examina las cifras una última vez y asiente con la cabeza.

—Estoy sinceramente agradecido —Jacob inclina la cabeza— por la orientación que me ha brindado el intérprete jefe.

—¿Alguna otra pregunta? —dice el intérprete abanicándose.

—Sólo una más, señor —dice Jacob—. ¿Por qué ha dicho que el primer ministro del shogun solicita mil abanicos de pluma de pavo real cuando, según los números que acaba de tener la amabilidad de enseñarme, la cifra en cuestión es cien, una cantidad mucho más modesta —todos los ojos presentes en la sala siguen el dedo de Jacob, que se dirige al pergamino y va a posarse en el *kanyi* correspondiente a «cien»—, tal como figura escrito aquí?

Del espantoso silencio empiezan a brotar las consecuencias. Jacob da gracias a su Dios.

—Un, dos, tres, cuatro —dice el capitán Lacy—, el conejo está en el saco.

Kobayashi trata de coger el pergamino.

—¡Petición de shogun no es para ojos de escribano!

—¡Desde luego que no! —se abalanza Vorstenbosch—, ¡es para los míos, señor! ¡Los míos! Señor Iwase: traduzca esta carta para que podamos verificar de cuántos abanicos se trata: ¿de mil, o de cien para el Consejo de Ancianos y novecientos para

el señor Kobayashi y sus compinches? Pero antes de empezar, señor Iwase, refrésqueme la memoria: ¿cuál es el castigo estipulado para quien traduzca deliberadamente mal una orden del shogun?

• • •

A las cuatro menos cuatro minutos, Jacob aplica el secante a la página que tiene encima de su escritorio del almacén Eik, y bebe otro vaso de agua que habrá de sudar hasta la última gota. A continuación retira el secante y lee el título: Apéndice decimosexto: Cantidades de artículos lacados japoneses exportados desde Deshima a Batavia no declarados en los conocimientos de embarque presentados entre los años 1793 y 1799. Cierra el libro negro, anuda las cintas y lo introduce en su portafolios.

—Lo dejamos por ahora, Hanzaburo. El administrador Vorstenbosch me ha citado a las cuatro en la Sala de Reuniones. Lleva, por favor, estos papeles a la Oficina de Escribanos y entrégaselos al señor Ouwehand.

Hanzaburo suspira, coge los documentos y se marcha desconsolado.

Jacob sale detrás, cerrando con llave el almacén. El aire pegajoso está saturado de semillas flotantes.

El holandés, quemado por el sol, piensa en los primeros copos de nieve del invierno zelandés.

Ve por la Calle Corta, se dice. A lo mejor la ves.

La bandera holandesa de la Plaza de la Bandera flamea levemente, casi sin vida.

Si tienes intención de traicionar a Anna, piensa Jacob, ¿por qué perseguir lo inalcanzable?

En la Puerta Terrestre, un guardián registra una carretilla de forraje en busca de mercancía de contrabando.

Marinus tiene razón. Págate una cortesana. Ahora no te falta dinero…

Jacob recorre la Calle Corta hasta el cruce, donde Ignacio está pasando la escoba.

El esclavo le dice al escribano que los alumnos del médico ya han salido hace un rato.

Me bastaría una mirada, se dice Jacob, para saber si el abanico la ofendió o le encantó.

Se detiene en el punto por el que tal vez ha pasado ella. Hay un par de espías observándolo.

Al llegar a la residencia del administrador lo aborda Peter Fischer.

—Vaya, vaya, pero si tenemos aquí al perro que hoy montó a la perra…

El aliento del prusiano huele a ron.

Jacob se figura que Fischer se refiere a los abanicos de esa mañana.

—Tres años en este agujero de mala muerte… Snitker me juró que cuando se fuese yo sería el segundo de Van Cleef. ¡Me lo juró! Pero de repente llegas tú, tú y tu

maldito mercurio, llegas tú, metido en el bolsillo forrado de seda de Vorstenbosch… —Fischer alza la mirada hacia las escaleras de la residencia del administrador, tambaleándose—. Te olvidas, De Zoet, que no soy un escribano debilucho y del montón. Te olvidas…

—¿Que fue usted fusilero en Surinam? Nos lo recuerda todos los días.

—Róbame el ascenso que me corresponde por derecho y te rompo todos los huesos.

—Le deseo una noche más sobria que la tarde, señor Fischer.

—¡Jacob de Zoet! Rompo los huesos de mi enemigo, uno a uno…

Vorstenbosch hace pasar a Jacob a su despacho con una cordialidad que no mostraba desde hacía días.

—Me cuenta el señor Van Cleef que ha sido usted víctima del disgusto del señor Fischer.

—Por desgracia, el señor Fischer está convencido de que me dedico en cuerpo y alma a sabotear sus intereses…

Van Cleef sirve tres copas de un oporto rubí de color rojo intenso… aunque también puede haber sido el ron de Grote el que formulase la acusación.

—Lo que es innegable —dice Vorstenbosch— es que los intereses de Kobayashi sí han sufrido un sabotaje.

—Nunca lo había visto —coincide Van Cleef— meter tanto el rabo entre las piernas.

Los pájaros picotean, saltan y lanzan serias advertencias en el tejado.

—Ha caído en la trampa de su propia avaricia, señor —dice Jacob—. Yo sólo… le he dado un empujoncito.

—¡Dudo mucho —Van Cleef se ríe bajo la barba— que él lo vea así!

—La primera vez que lo vi a usted, De Zoet —empieza a decir Vorstenbosch—, lo supe al instante. He aquí un alma honrada en esta ciénaga humana de traidores, una péñola afilada entre tantos plumines romos, un hombre que, con un poco de orientación, ¡será administrador en jefe con treinta años! El ingenio de que ha hecho gala esta mañana ha salvado el dinero y el honor de la Compañía. El Gobernador General Van Overstraten será informado del episodio, palabra.

Jacob hace una inclinación.

¿Me ha citado, se pregunta, para nombrarme escribano jefe?

—Por su futuro —dice Vorstenbosch.

Los tres holandeses entrechocan las copas.

A lo mejor la frialdad de estos últimos días, elucubra Jacob, era para evitar acusaciones de favoritismo.

—El castigo de Kobayashi ha sido obligarlo a comunicar a Edo —se regodea Van

Cleef— que es prematuro y poco prudente solicitar mercancía a una empresa que corre el riesgo de cerrar dentro de cincuenta días por falta de cobre. Ya le sacaremos más concesiones a base de asustarlo.

La luz incide en los engranajes del reloj de Almelo y sale despedida como esquirlas de estrellas.

—Tenemos —Vorstenbosch cambia el tono— otro encargo para usted, De Zoet. El señor Van Cleef se lo explicará todo.

Van Cleef apura su copa de oporto.

—Todas las mañanas, antes del desayuno, llueva o truene, el señor Grote recibe una visita: un proveedor que entra con una bolsa llena, a la vista de todos.

—Más grande que un morral —dice Vorstenbosch—, más pequeña que una funda de almohada.

—Al cabo de un minuto sale con la misma bolsa, todavía llena, a la vista de todos.

—¿Cuál es la versión —Jacob esconde la decepción de no haber obtenido un ascenso en el acto— del señor Grote?

—Una «versión» —dice Vorstenbosch— es precisamente lo que Grote nos endilgaría a Van Cleef o a mí. Los altos cargos, como usted mismo descubrirá un día, distancian a los jefes de los subordinados. Pero esta mañana nos ha quedado clarísimo que tiene usted el olfato idóneo para desenmascarar a un granuja. Lo veo que titubea, De Zoet. Que está pensando: A nadie le gustan los soplones. Y, por desgracia, no se equivoca. Pero los destinados a ocupar un puesto de autoridad, como Van Cleef y yo intuimos que es su caso, no deben tener miedo a trepar y poner algunas zancadillas. Hágale una visita al señor Grote esta noche…

Quieren ver si estoy dispuesto, se figura Jacob, a ensuciarme las manos.

—Aceptaré una vieja invitación a una de las timbas del cocinero.

—¿Ve usted, Van Cleef? De Zoet nunca dice: «¿Debo?», sino simplemente: «¿Cómo puedo?».

Jacob se abandona a un pensamiento: la imagen de Anna leyendo la noticia de su ascenso.

• • •

En la penumbra del momento que sigue a la cena, los vencejos planean a lo largo del Malecón y Jacob se encuentra a Ogawa Uzaemon a su lado. El intérprete le dice algo a Hanzaburo para que se esfume y acompaña a Jacob hasta los pinos de la última esquina. Bajo los árboles húmedos, Ogawa se detiene, neutraliza al inevitable espía apostado en las sombras con un saludo cordial, y dice, en voz baja:

—Toda Nagasaki habla de esta mañana. Sobre intérprete Kobayashi y abanicos.

—Tal vez así no vuelva a intentar estafarnos con tanta desvergüenza.

—Hace poco —dice Ogawa— yo le advierto no enemistar Enomoto.

—Me he tomado su consejo muy en serio.

—Aquí tengo más consejo. Kobayashi es un pequeño shogun. Deshima es su imperio.

—Entonces tengo suerte de no depender de sus buenos oficios.

Ogawa no entiende lo de «buenos oficios».

—Él hace daño a usted, De Zoet-san.

—Gracias por su interés, señor Ogawa, pero no le tengo miedo.

—Puede registrar casa —Ogawa mira alrededor— para buscar objetos robados…

Las gaviotas discuten en la oscuridad encima de una barca oculta tras el espigón.

—… o prohibidos. Si tiene objeto así en su habitación, por favor esconda.

—Pero yo no poseo nada —protesta Jacob— que pueda incriminarme.

Un músculo diminuto se contrae bajo la mejilla de Ogawa.

—Si hay libro prohibido… esconda. Esconda bajo suelo. Esconda muy bien. Kobayashi quiere venganza. Para usted, castigo es destierro. Intérprete que registró su biblioteca cuando usted llega, no tiene misma suerte.

Hay algo que no estoy entendiendo, percibe Jacob, pero ¿el qué?

El escribano abre la boca para hacer una pregunta, pero la pregunta muere antes de nacer.

Ogawa sabía de mi salterio, se da cuenta Jacob, desde el primer momento.

—Haré lo que me diga, señor Ogawa, antes de hacer cualquier cosa…

Del Callejón del Flaco salen dos inspectores que doblan por el Malecón.

Sin añadir nada más, Ogawa va a su encuentro. Jacob se aleja por la Casa Jardín.

• • •

Con Twomey y Piet Baert se ponen de pie y sus sombras se deslizan a la luz de las velas. La mesa de cartas es un apaño improvisado con una puerta y cuatro patas. Ivo Oost se queda sentado, mascando tabaco, Wybo Gerritszoon escupe a —no dentro de— la escupidera y Arie Grote se muestra tan encantador como un hurón dando la bienvenida a un conejo.

—Estábamos empezando a perder la fe en que algún día aceptase mi hospitalidad, ¿eh?

El cocinero descorcha la primera de las doce botellas de ron que tiene alineadas en un estante.

—Llevo días queriendo venir —dice Jacob—, pero el trabajo me lo impedía.

—Enterrar la reputación del señor Snitker —señala Oost— debe de ser una labor agotadora.

—Pues sí. —Jacob esquiva el ataque—. Adecentar la contabilidad falsificada es, efectivamente, una labor agotadora. Qué acogedoras son sus dependencias, señor

Grote.

—Si me gustase vivir en una bañera de pis —Grote le guiña un ojo—, me habría quedado en Encuiten, ¿eh?

Jacob se sienta.

—¿A qué se juega, caballeros?

—Al Diablo y la Sota. Lo que juegan nuestros primos germánicos.

—Ah, el *karnöffel*. Jugué un poco en Copenhague.

—Me sorprende —dice Baert— que esté familiarizado con los juegos de naipes.

—Los hijos, o sobrinos, de vicarios son menos ingenuos de lo que usted cree.

—Cada uno de estos —Grote coge un clavo de su botín— es un *stuiver* menos de nuestro salario. La apuesta inicial es un clavo por barba. Siete manos por partida, y quien gane más manos se lleva el bote. Cuando se acaben los clavos, se acaba la sesión.

—Pero ¿cómo se cobran las ganancias, si los salarios sólo se pagan en Batavia?

—Con un pequeño truco de magia: esto —Grote ondea un papel— es un registro de quién ha ganado cuánto y a quién; y luego el adjunto Van Cleef anota nuestros saldos en el verdadero libro de nóminas. El señor Snitker aprobó esta práctica, sabedor de lo buenos que son estos pasatiempos para que los subalternos mantengan aguzado el ingenio en sana camaradería.

—El señor Snitker siempre era bienvenido a esta mesa —dice Ivo Oost—, antes de perder su libertad.

—Fischer, Ouwehand y Marinus guardan las distancias, pero usted, señor de Z., parece estar hecho de una pasta más afable…

En el estante quedan nueve botellas.

—Así que me escapé de mi viejo —dice Grote, acariciando las cartas— antes de que me sacase los hígados, y me fui a Ámsterdam en busca de fortuna y de amor verdadero, ¿eh? —Se sirve otro vaso de ron color orina—. Pero el único amor que vi fue el que se paga en metálico por adelantado y en gonorrea más adelante, y ni rastro de fortuna. ¡Quiá!, lo único que encontré fue hambre, nieve y hielo, y rateros que se cebaban como chacales en los más débiles… Especular para acumular, pensé yo, así que gasté mi «herencia» en una carretilla de carbón, pero un hatajo de carboneros me tiraron el cargamento al canal, y a mí detrás del cargamento, mientras me gritaban: ¡Este es nuestro territorio, bastardo frisio! ¡Vuelve cuando necesites otro baño! Aparte de la lección en materia de monopolio, ese remojón helado me proporcionó tal fiebre que no pude salir de casa en una semana, tras la cual mi adorable casero me dio una buena patada en el culo. Con los zapatos agujereados y nada que comer salvo la maldita niebla, me senté en las escaleras de Nieuwe Kerk a pensar si robaba un bocado hasta tener fuerzas suficientes para largarme, o simplemente me moría de frío

y zanjaba el problema…

—Robar y largarse —dice Ivo Oost—, no hay color…

—¿Y quién llegó paseando en ese momento? Pues un caballero con sombrero de copa, bastón con mango de marfil y modales amistosos. «¿Sabes quién soy, muchacho?». Y yo le digo: «No, señor». Y me dice: «Yo, muchacho, soy la prosperidad de tu futuro». Me imaginé que me daría de comer a cambio de convertirme a su iglesia, y con lo desmayado que yo estaba me habría hecho judío por un plato de potaje, pero no. «Habrás oído hablar de la noble y munífica Compañía Holandesa de las Indias Orientales, ¿verdad?». Y yo le digo: «Naturalmente, señor». Y él me dice: «Entonces estarás al tanto de las brillantes perspectivas que la Compañía ofrece a los jóvenes enérgicos y bien dispuestos en los enclaves que posee a lo largo y ancho del orbe azul y plateado de nuestro Creador, ¿no es así?». Y yo le digo, captando por fin la idea: «Desde luego, señor». Y él me dice: «Bien, soy reclutador jefe de la sede central de Ámsterdam y me llamo Duke Van Eys. ¿Qué me dices de medio florín de anticipo a cuenta de tu salario, y comida y alojamiento hasta que la próxima flotilla de la Compañía se haga a la anchurosa mar rumbo al misterioso Oriente?». Y yo le digo: «Duke Van Eys, es usted mi salvador». Señor de Zoet, ¿no le agrada nuestro ron?

—Me está disolviendo el estómago, señor Grote, pero, aparte de eso, está delicioso.

Grote echa un cinco de diamantes; Gerritszoon tira una reina.

—¡Matanza! —exclama Baert, estampando en la mesa el cinco del triunfo y embolsándose los clavos.

Jacob suelta una carta baja de corazones.

—¿Su salvador, señor Grote?

El cocinero estudia su mano de cartas.

—El caballero me lleva a una casa destartalada que había detrás de Rasphuys, en una calle en cuesta. Su oficina era minúscula pero seca y cálida, y por las escaleras subía un olor a panceta… ¡oh, qué aroma delicioso! Hasta le pregunté si podía comer una o dos lonchas, y Van Eys se echó a reír y dijo: «Pon tu nombre aquí, muchacho, y después de cinco años en el Oriente ¡podrás construirte un palacio entero de cerdo ahumado!». Por aquel entonces, yo no sabía leer ni escribir mi nombre, así que mojé el pulgar en el tintero y lo imprimí al final de aquel taco de papeles. «Espléndido», dice Van Eys, «y aquí está el adelanto de tu botín, para que veas que soy un hombre de palabra». Me da mi medio florín, nuevecito, brillante, en la vida había estado tan feliz como entonces. «El resto se te pagará a bordo del Almirante de Ruyter, que zarpará el treinta o el treinta y uno. Supongo que no tendrás inconveniente en alojarte con otros jóvenes enérgicos y bien dispuestos, futuros compañeros de viaje y de riquezas». Dado que cualquier lecho es mejor que ningún techo, me metí el botín en

el bolsillo y le dije que no tenía el menor inconveniente.

Twomey echa una carta de diamantes sin valor alguno. Ivo Oost, el cuatro de picas.

—Así que dos sirvientes —Grote escruta sus cartas— me llevaron abajo, pero yo no me di cuenta de lo que me esperaba hasta que no oí girar la llave en la cerradura a mi espalda. En un sótano no mayor que esta habitación había veinticuatro tipos, de mi edad o mayores. Algunos llevaban ya semanas ahí metidos; otros se habían convertido en medio esqueletos, y tosían sangre… Oh, empecé a aporrear la puerta para que me sacasen, pero un fulano grandote y lleno de costras se me acerca y me dice: «Por seguridad más vale que me des tu medio florín ahora mismo». Yo le digo: «¿Qué medio florín?», y me dice que o se lo doy voluntariamente o de lo contrario me «ablanda» y me lo quita él mismo. Le pregunto cuándo nos dejarán salir a hacer ejercicio y tomar el aire. «No nos dejarán salir», me dice, «hasta que zarpe el barco o hasta que la diñemos. Y ahora, el dinero». Me gustaría poder decir que le planté cara, pero Arie Grote no es un mentiroso. Lo de diñarla no iba en broma: ocho de los «jóvenes enérgicos y bien dispuestos» salieron de allí en posición horizontal, dos de ellos embutidos en un solo ataúd. Sólo había un ventanuco enrejado a ras de calle para dejar entrar aire y luz, y la manduca era tal bazofia que no se sabía cuál era el cubo de comer y cuál el de cagar.

—¿Por qué no echasteis abajo las puertas? —pregunta Twomey.

—Puertas de hierro y guardianes con cachiporras de clavos, he ahí el porqué. —Grote se quita unos piojos del pelo—. El caso es que encontré la manera de vivir para contarlo. Mi mayor afición es el noble arte de la supervivencia. Pero el día en que nos llevaron a la gabarra que después nos trasladaría hasta el Almirante de Ruyter, atado a los demás como galeotes, eh, me hice tres juramentos. Primero, no fiarme jamás del representante de una Compañía que dice: «Nos preocupamos por tus intereses». Le guiña un ojo a Jacob. Segundo: no volver jamás a ser tan pobre, pase lo que pase, como para dejar que una pústula humana como Van Eys pueda comprarme y venderme como un esclavo. ¿Y el tercero? Recuperar el medio florín que me había quitado el gigantón costroso antes de llegar a Curaçao. El primer juramento lo he cumplido hasta hoy; el segundo, bueno, tengo motivos para creer que Arie Grote no terminará en la fosa de los pobres cuando llegue su hora; y el tercero… ah, sí, recuperé mi medio florín esa misma noche.

Wybo Gerritszoon, con el dedo metido en la nariz, pregunta:

—¿Cómo?

Grote barajea las cartas.

—Reparto yo, caballeros.

Cinco jarras de ron esperan en el estante. Los marineros están bebiendo más que

el escribano, pero Jacob siente en las piernas una agradable sensación de ebriedad. El *karnöffel,* piensa, no me va hacer rico esta noche.

—Las letras —está diciendo Ivo Oost— es lo que nos enseñaban en el orfanato, y la aritmética, y las Sagradas Escrituras: una buena dosis de Escrituras, y dos visitas diarias a la capilla. Nos obligaban a aprendernos los evangelios versículo a versículo, y como te equivocases te ganabas un bastonazo. ¡Qué buen pastor podría haber sido yo! Claro que a ver quién habría querido recibir lecciones sobre los Diez Mandamientos del hijo natural de vaya usted a saber quién. —Oost reparte siete cartas a cada jugador y le da la vuelta a la primera de las que quedan en el mazo—. Pintan diamantes.

—Me han contado —dice Grote echando el ocho de tréboles— que la Compañía ha mandado a un cazador de cabezas, negro como un deshollinador, a la escuela pastoral de Leiden. La idea es que después vuelva a la selva y muestre a los caníbales el Camino del Señor y así volverlos más pacíficos, ¿eh? Que las biblias son más baratas que los fusiles y tal.

—Oh, pero los fusiles son más divertidos —señala Gerritszoon—. Pum, pum, pum.

—¿De qué sirve un esclavo —pregunta Grote— si lo dejas hecho un colador?

Baert besa un naipe y lo lanza a la mesa: la reina de tréboles.

—La única zorra sobre la faz de la tierra —dice Gerritszoon— que te deja hacerle eso.

—Con las ganancias de esta noche —dice Baert— igual encargo una jovencita bronceada.

—Su apellido, señor Oost, ¿también se lo pusieron en el orfanato de Batavia?

Jamás haría semejante pregunta en estado sobrio, se reprocha Jacob.

Pero Oost, en quien el ron de Grote está ejerciendo un efecto benéfico, no se ofende.

—Pues sí. «Oost» viene de «Oost-Indische Compagnie», la fundadora del orfanato, y no se puede negar que llevo el «Oriente» en la sangre, ¿no? Lo de «Ivo» es porque me abandonaron en las escaleras del orfanato el veinte de mayo, festividad de San Ivo. El señor Drijver, el director del orfanato, tenía la amabilidad de señalar cada dos por tres que «Ivo», al ser el masculino de «Eva», era un adecuado recordatorio del pecado original de mi concepción.

—Lo que a Dios le interesa es la conducta de los hombres —observa Jacob—, no las circunstancias de su nacimiento.

—Lástima que los que me criaron fueron lobos como Drijver y no Dios.

—Señor de Zoet, su turno —le insta Twomey.

Jacob pone sobre la mesa el cinco de corazones; Twomey echa el cuatro.

Oost se pasa las esquinas de los naipes por sus labios javaneses.

—Saltaba por la ventana del ático, sobre las jacarandas, y allí, hacia el norte, pasado el Fuerte Viejo, había una franja de azul… o verde… o gris… y olía el agua salada, por encima del tufo de los canales; había barcos anclados cerca de la isla de Onrust, como seres vivos, y velas flameando… y «Esta no es mi casa», le decía yo a aquel edificio, «y vosotros no sois mis amos», les decía a los lobos, «porque mi casa eres tú», le decía al mar. Y algunos días fingía que el mar me oía y me contestaba: «Sí, lo soy, y un día de estos te mandaré a buscar». Sí, de acuerdo, ya sé que no me hablaba, pero… cada uno carga con su cruz lo mejor que puede, ¿no? Total, que así fue como me crie en aquellos años, y cada vez que los lobos me zurraban con el fin de meterme en vereda… yo soñaba con el mar aunque nunca lo había visto picarse ni encresparse… aunque jamás en mi vida había puesto el pie en una barca…

Oost echa el cinco de tréboles.

Baert gana la mano.

—Puede que me busque dos gemelas bronceadas para esta noche…

Gerritszoon juega el siete de diamantes, anunciando: «El Diablo».

—Que Judas te maldiga —dice Baert, perdiendo el diez de tréboles—, maldito Judas.

—¿Y al final —pregunta Twomey— cómo te mandó buscar el mar, Ivo?

—Cuando cumplíamos doce años (o sea, cuando el director decidía que habíamos cumplido doce años), nos enviaban a la llamada «industria provechosa». Para las chicas quería decir coser, tejer, remover la colada en las cubas de la lavandería. A los chicos nos mandaban a trabajar con fabricantes de cajas y toneleros, a los cuarteles para hacer de chicos de los recados, o a los muelles, como estibadores. A mí me tocó con un cordelero que me ponía a arrancar la estopa de las viejas maromas embreadas. Salíamos más baratos que un sirviente; más que un esclavo. Drijver se embolsaba su «contrapartida», como él la llamaba, y, teniendo en cuenta que éramos más de cien, la industria provechosa realmente le era de provecho. Pero aquello también nos obligaba a salir de los muros del orfanato. No nos vigilaba nadie: ¿adónde íbamos a escapar? ¿A la jungla? Yo no conocía realmente las calles de Batavia, salvo el trayecto del orfanato a la iglesia, así que ahora podía deambular un poco, dar rodeos al ir y volver del trabajo, y hacer recados para el cordelero, en el bazar de los chinos y sobre todo a lo largo de los muelles, más feliz que una rata en un granero, mirando a los marineros que venían de tierras lejanas… —Ivo echa la jota de diamantes y se lleva la mano—. El diablo le gana al papa, pero la sota le gana al diablo.

—Me duele el diente podrido —dice Baert—, me duele que me muero.

—Jugada astuta —se felicita Grote, perdiendo una carta de poco valor.

—Un día —prosigue Oost—, cuando tenía catorce años, calculo, estaba llevando un rollo de cuerda a un proveedor y vi que había llegado un bergantín muy bonito con un mascarón de proa que representaba a… una buena mujer. Sara María se llamaba el

barco y yo… oí una voz, como una voz pero sin la voz, que decía: «Es este, y es hoy».

—Está tan claro —masculla Gerritszoon— como el cagadero de un francés.

—¿Oyó usted —sugiere Jacob— una especie de llamada interior?

—No sé lo que sería, pero el caso es que me subí de un salto a la pasarela y esperé a que un hombre que estaba gritando y dando órdenes se fijase en mí. Pero nada, así que me armé de coraje y le dije: «Perdón, señor». El tipo me miró fijamente y gritó: «¿Quién ha dejado subir a cubierta a este arrapiezo?». Le pedí disculpas y le dije que quería escaparme al mar y que si podía hablar con el capitán. Lo último que me esperaba era que rompiese a reír, pero eso fue lo que hizo, así que volví a disculparme y le dije que no lo decía en broma. Y va y me dice: «¿Qué pensarían de mí tu madre y tu padre si te raptase así, sin siquiera pedirles permiso? ¿Y qué te hace pensar que podrías ser marinero, con todos los dolores y tormentos y fríos y calores, y el humor del sobrecargo, que toda la tripulación dice que es un diablo de hombre?». Le respondí que ni mi padre ni mi madre dirían nada porque me había criado en la Casa de la Bastardería y si había logrado sobrevivir a aquello, con todos los respetos, no me daban miedo ni el mar ni el carácter del sobrecargo… y no se burló de mí ni me habló con sarcasmo, sino que me preguntó: «¿Saben tus tutores que planeas hacerte a la mar?». Le confesé que Drijver me arrancaría la piel a tiras. Entonces tomó una decisión y me dijo: «Me llamo Daniel Snitker y soy el sobrecargo del Sara María, y mi grumete ha muerto de tifus». Al día siguiente zarpaban rumbo a Banda, a por nuez moscada, y me prometió que le diría al capitán que me apuntase en el libro de a bordo, pero hasta que el Sara María levase anclas me pidió que me escondiese en la bodega con los demás chicos. Yo obedecí en el acto, pero alguien me había visto subir a bordo del bergantín, y el director no tardó en mandar a tres tiparracos para que le recuperasen la «mercancía robada». El señor Snitker y sus hombres los tiraron al agua.

Jacob se acaricia la nariz rota. Estoy condenando al padre del muchacho.

Gerritszoon descarta un inútil cinco de tréboles.

—Me parece —Baert se guarda los clavos en el bolso— que me llama el retretretrete.

—¿Por qué te llevas las ganancias? —pregunta Gerritszoon—. ¿No te fías de nosotros?

—Antes me frío el hígado con cebollas —dice Baert— que fiarme de vosotros.

En el estante quedan dos botellas de ron, sin muchas probabilidades de sobrevivir a la velada.

—Con el anillo de compromiso en el bolsillo —dice Baert, aguantándose las lágrimas—, yo… yo…

Gerritszoon echa un escupitajo.

—¡Ah, deja ya de lloriquear, mariquita sifilítica!

—Dices eso —Baert crispa el semblante— porque eres un cerdo de sentina al que jamás ha amado nadie, pero mi único amor verdadero estaba deseando casarse conmigo, y yo pensaba: Por fin termina mi mala suerte. Lo único que necesitábamos era la bendición del padre de Neeltje y la habría llevado al altar. Un transportador de cerveza era el padre, en Saint-Pol-sur-Mer, y hacia allí me dirigía yo esa noche, pero Dunquerque es una ciudad extraña y llovía a cántaros y ya oscurecía y yo callejeaba en círculos, y cuando entré en una taberna para que me indicasen el camino, la tabernera tenía unas aldabas que parecían dos cochinillos bamboleantes, y se le iluminó la cara toda maliciosa y me dijo: «Ay mi pobre corderito, te has perdido en los barrios bajos de la ciudad». Y yo le digo: «Por favor, señorita, sólo quiero llegar a Saint-Pol-sur-Mer», y ella va y me dice: «¿Por qué tanta prisa? ¿No te gusta nuestro establecimiento?», y me mete los cochinillos en la cara, y yo le digo: «Su establecimiento está muy bien, señorita, pero mi amada Neeltje está esperándome con su padre para que vaya a pedirla en matrimonio», y la tabernera dice: «¿Eres marinero?», y yo le contesto: «Lo era, sí, pero ya no más», y ella le grita a toda la concurrencia: «¿Quién quiere beber a la salud de Neeltje, la moza con más suerte de todo Flandes?», y me pone en la mano un vaso de ginebra y dice: «Un traguito de nada para calentarte los huesos», y me promete que su hermano me acompañará a Saint-Pol-sur-Mer, pues al caer el sol Dunquerque está infestado de gentuza. Así que pienso: Sí, está claro que por fin se ha terminado mi mala suerte, y me llevo el vaso a los labios.

—Qué lanzada, la moza —señala Arie Grote—. Por cierto, ¿cómo se llamaba la taberna?

—Se llamará Cenizas Humeantes cuando yo vuelva a Dunquerque. Total, que me trago la ginebra y empieza a darme vueltas la cabeza y las lámparas se apagan. Tengo pesadillas, y al despertarme me balanceo de un lado a otro, como si estuviese en alta mar, pero estoy aplastado debajo de otros cuerpos como una uva en una prensa, y pienso: Sigo soñando, pero el vómito frío que me tapona el oído no es un sueño, así que grito: «Dios mío, ¿estoy muerto?», y un fulano de risa diabólica dice: «¡Ningún pez se escapa de este anzuelo tan fácilmente!», y una voz más siniestra añade: «Te la han jugado, amigo. Estamos a bordo del *Venguer du Peuple* y navegamos por el Canal de la Mancha con rumbo oeste», y yo digo: «¿El Venguer du qué?», pero entonces me acuerdo de Neeltje y grito: «¡Pero si esta noche tengo que pedir la mano de mi amor!», y el de la risa diabólica dice: «Aquí el único matrimonio que vas a tener, amigo, es con el mar», y yo pienso: Señor mío que estás en los cielos, el anillo de Neeltje, y retuerzo un brazo para ver si lo llevo en la chaqueta, pero no está. Me desespero. Lloro. Rechino los dientes. Pero no sirve de nada. Al amanecer nos suben

a cubierta y nos ponen en fila a lo largo de la borda. Seríamos unos veinte holandeses, y en esto que aparece el capitán. El capitán es una vil rata parisina; el segundo de a bordo es un matón vasco, peludo y corpulento. «Soy el capitán Renaudin y vosotros sois mis privilegiados voluntarios. Tenemos órdenes», dice, «de reunirnos con un convoy que transporta grano de Norteamérica y escoltarlo hasta suelo republicano. Los británicos trataran de impedirlo y nosotros los haremos picadillo. ¿Alguna pregunta?». Un oportunista, suizo para más señas, suelta: «Capitán Renaudin: pertenezco a la iglesia menonita y mi religión me prohíbe matar». Renaudin le dice a su segundo: «No molestemos más a este amante del género humano». El matón vasco se va hacia él y lo tira por la borda. Lo oímos gritar socorro. Lo oímos implorar socorro. Dejamos de oírlo. El capitán dice: «¿Alguna pregunta más?». En fin, que vuelvo a cogerle el tranquillo a la vida a bordo y, cuando al cabo de dos semanas, el primero de junio, avistamos la flota inglesa, yo ya estoy cebando pólvora en un cañón de veinticuatro libras. La Tercera Batalla de Ushant llaman los franceses a lo que sucedió a continuación, y los ingleses, el Glorioso Primero de Junio. A Sir Johnny Rosbif le parecerán muy «gloriosos» los cañonazos a tres metros de distancia, pero a mí no. Hombres abiertos en canal retorciéndose en el humo; sí, Gerritszoon, hombres más grandes y fuertes que tú, llamando a sus madres con la garganta agujereada… y una cuba que llega de la enfermería llena de… —Baert se llena el vaso—. Bah, cuando el Brunswick nos hizo un boquete bajo la línea de flotación y nos dimos cuenta de que nos íbamos a pique, el *Venguer* ya no era un navío de línea: era un matadero… un matadero… —Baert mira dentro de su vaso de ron, y luego a Jacob—. ¿Cuál fue mi salvación en aquel día horrible? Pues un barril de queso vacío que vino flotando hasta mí. Me pasé toda la noche aferrado a él, demasiado congelado, demasiado muerto como para tener miedo de los tiburones. Salió el sol y apareció un balandro con la bandera británica. La chalupa me subió a bordo y empezaron a hablarme con sus típicos graznidos de cuervo… sin ánimo de ofender, Twomey…

El carpintero se encoge de hombros.

—Ahora mi lengua materna es el irlandés, señor Baert.

—Un viejo lobo de mar me lo traduce. «El oficial pregunta que de dónde eres», y yo digo: «De Amberes, señor. Los franceses me enrolaron a la fuerza y yo maldigo su estampa». El lobo de mar se lo traduce y el oficial grazna otra cosa que el primero a su vez me traduce a mí. El meollo, en pocas palabras, es que, al no ser un gabacho, no me consideraban prisionero. ¡Casi le beso las botas en agradecimiento! Pero entonces me dice que si aceptaba trabajar de marinero para la marina de Su Majestad, me darían paga y comida como es debido, pero que si no aceptaba, me enrolarían de todas formas y, como marinero del montón, no me darían ni las gracias. Para no caer en la desesperación pregunté adonde se dirigían, pensando que ya vería la manera de

escabullirme a tierra firme en Gravesend o Portsmouth y volver a Dunquerque y a la querida Neeltje en cuestión de una semana o dos… y el lobo de mar dice: «Nuestro próxima escala será en Isla Ascensión, para el avituallamiento (no pienses que vas a poner el pie en tierra), y de allí a la bahía de Bengala…», y pese a ser ya un hombre hecho y derecho, no logré aguantarme las lágrimas…

No queda ni una gota de ron.

—Esta noche, la diosa Fortuna le ha sido indiferente, señor de Z. —Grote apaga todas las velas menos dos—, pero siempre hay otra oportunidad, ¿eh?

—¿Indiferente? —Jacob oye a los demás cerrar la puerta—. Me ha desplumado.

—Oh, con lo que ha ganado con el mercurio podrá mantener a raya al hambre y la enfermedad durante una buena temporada, ¿eh? Esa venta ha sido una jugada arriesgada, señor de Z., pero mientras el abad esté dispuesto a darle el capricho, las dos últimas cajas podrían venderse a mejor precio. Piense en el dinero que sacaría con ochenta cajas, en lugar de solamente ocho…

—Semejante cantidad —a Jacob le echa humo la cabeza de tanto alcohol— violaría…

—… las reglas de la Compañía en cuanto al comercio privado, sí, pero son los árboles flexibles los que sobreviven a los vientos más despiadados, ¿o no?

—Una buena metáfora no convierte en justo lo injusto.

Grote repone las valiosas botellas de cristal en el estante.

—Un quinientos por ciento de beneficio, eso es lo que ha obtenido: las noticias vuelan, y le quedan como máximo dos temporadas comerciales antes de que los chinos invadan este mercado. El adjunto Van Cleef y el capitán Lacy tienen el capital suficiente en Batavia, y no son de los que dicen: «Oh, cariño, pero no puedo porque mi cuota sólo son ocho cajas». O el mismo administrador lo hará.

—El administrador Vorstenbosch está aquí para erradicar la corrupción, no para fomentarla.

—Los intereses del administrador Vorstenbosch están tan demacrados por la guerra como los de cualquier otro.

—El administrador Vorstenbosch es un hombre demasiado honrado como para beneficiarse a costa de la Compañía.

—¿Qué hombre no se considera a sí mismo —en la penumbra, la cara redonda de Grote es una luna de bronce— el más honrado de todos? No es de buenas intenciones de lo que está empedrado el camino al Infierno: es de justificaciones de los propios actos. Así que, hablando de tipos honrados, ¿cuál es la verdadera razón de que nos haya honrado con su compañía esta noche?

En el Malecón, los guardas marcan la hora con sus badajos de madera.

Estoy demasiado borracho, piensa Jacob, para recurrir a la astucia.

—Cerraré y sellaré los labios, lo juro por la lejana tumba de mi padre.

—La verdad es que el administrador sospecha… que está teniendo lugar una apropiación indebida…

—¡Por todos los santos! ¿No lo dirá en serio, señor de Z.? ¿Aquí, en Deshima?

—… en la que está implicado un proveedor que visita su cocina todas las mañanas…

—Son varios los proveedores que visitan mi cocina todas las mañanas, señor de Z.

—… cuya pequeña bolsa está tan llena cuando llega como cuando se va.

—Encantado de aclarar el equívoco, ¿eh? Puede decirle al señor Vorstenbosch que la explicación es «cebollas». Sí, cebollas. Cebollas podridas y malolientes. Ese proveedor es el más sinvergüenza de todos. Lo intenta todas las mañanas, pero algunos truhanes no escuchan cuando se les dice: «¡Largo de aquí, granuja indecente!», y son esos a los que más temo.

Las voces de los pescadores surcan la noche cálida y salada.

No estoy tan borracho, piensa Jacob, como para no percibir una insolencia premeditada.

—Bueno —el escribano se pone en pie—, no veo necesidad de molestarlo más.

—¿Ah, no? —Arie Grote no se fía—. No la ve, claro.

—No. Mañana me espera otra larga jornada de pesaje, así que buenas noches.

Grote crispa el gesto.

—¿No ha dicho usted que había dos cuestiones delicadas, señor de Z.?

—La historia de las cebollas… —Jacob agacha la cabeza al pasar bajo la viga— … exige que la segunda cuestión la trate con el señor Gerritszoon. Hablaré con él mañana, a la sobria luz del día; me temo que la noticia será una desagradable sorpresa.

Grote le bloquea media salida.

—¿De qué trata esa segunda cuestión?

—De sus naipes, señor Grote. Treinta y seis manos de *karnöffel*, en doce de las cuales usted ha repartido las cartas, y de esas doce usted ha ganado diez. ¡Un resultado improbable! Baert y Oost podrían no reparar en una baraja manipulada, pero Twomey y Gerritszoon sí. Así que ese truco tan viejo queda descartado. Ningún espejo a nuestras espaldas; ningún sirviente que le guiñe un ojo… Al principio no me lo explicaba.

—Qué mente tan malpensada —el tono de Grote se vuelve gélido— para alguien temeroso de Dios.

—Los contables nos volvemos malpensados, señor Grote. No me explicaba su éxito hasta que lo he visto acariciando el borde superior de los naipes. Así que he hecho lo mismo y he notado las muescas, esas minúsculas hendiduras: las jotas, los

sietes, los reyes y las reinas están todos marcados, a mayor o menor distancia de las esquinas, dependiendo de su valor. Las manos de un marinero, o de un almacenero, o de un carpintero, tienen demasiados callos. Pero el índice de un cocinero o de un escribano ya es otra cuestión.

—Es normal —Grote traga saliva— que la casa se cobre la molestia.

—Mañana sabremos si Gerritszoon está de acuerdo con eso. Ahora sí, de veras tengo que…

—Ha sido una velada muy agradable. ¿Qué le parece si le reembolso lo que ha perdido?

—Lo único que importa es la verdad, señor Grote: una sola versión de la verdad.

—¿Es así como me agradece que lo haya hecho rico? ¿Chantajeándome?

—¿Qué tal si me dice algo más sobre la bolsa de cebollas?

Grote suspira, dos veces.

—Es usted un pelmazo, señor de Z.

Jacob saborea el cumplido inverso y espera.

—¿Conoce usted —se arranca por fin el cocinero—, conoce usted la raíz del ginseng?

—Sé que el ginseng es un producto muy apreciado por los boticarios japoneses.

—Un chino de Batavia, todo un caballero, me envía una caja al año. Hasta ahí todo en orden. El problema es que la Magistratura me la tasa el día de la subasta: estaba perdiendo seis décimas partes hasta que un buen día el doctor Marinus mencionó cierto tipo de ginseng que crece aquí en la bahía y que no es tan apreciado. Así que…

—O sea, que su proveedor le trae bolsas de ginseng autóctono…

—… y se va —Grote deja escapar un gesto de orgullo— con bolsas del ginseng chino.

—¿A los guardias de la Puerta Terrestre no les resulta raro?

—Se les paga para que no les resulte raro. Pero ahora soy yo el que tiene una pregunta: ¿Qué medidas va a tomar el administrador en relación con esto? ¿A esto y a todo lo que anda usted husmeando? Porque así es como funciona Deshima. Acabar con estas pequeñas prerrogativas es acabar con toda Deshima, y no eluda mi pregunta con el típico: «Ese asunto es competencia del señor Vorstenbosch».

—Pero es que lo es —dice Jacob levantando el pestillo.

—No es justo. —Grote agarra el pestillo—. No es justo. Primero te dicen: «El comercio privado está arruinando a la Compañía», y al minuto: «No soy de esos que menosprecian a sus empleados». No se puede tener la bodega llena y la mujer borracha.

—Mantenga sus actividades dentro de la legalidad —dice Jacob— y no habrá dilema.

—¡Si me mantengo dentro de la legalidad mis ganancias serán mondas de patata!

—Las reglas de la Compañía no las estipulo yo, señor Grote.

—Cierto, pero está encantado de hacer el trabajo sucio, ¿eh?

—Cumplo lealmente las órdenes. Y ahora, a menos que pretenda secuestrar a un empleado, abra la puerta.

—La lealtad parece una cosa fácil —le dice Grote— pero no lo es.

# IX

## Habitación del escribano De Zoet en la Casa Alta

*Mañana del domingo 15 de septiembre de 1799*

Jacob saca el salterio de la familia De Zoet de debajo de los tablones del suelo y se arrodilla en la esquina de la habitación donde todas las noches reza en esa postura. Apoya la nariz en el estrecho hueco que separa el lomo del libro de la tapa e inhala el húmedo aroma de la casa parroquial de Domburgo. El olor evoca los domingos de enero en los que, sobre el adoquinado de la calle principal, los vecinos del pueblo se enfrentaban al viento helado para llegar a la iglesia; los domingos de Pascua, cuando el sol calentaba las espaldas descoloridas de los niños que holgazaneaban con sentimiento de culpa junto a la laguna; los domingos otoñales cuando, envuelto en la niebla marina, el sacristán subía al campanario para tocar la campana; los domingos del efímero verano zelandés, cuando de los modistos de Midelburgo llegaban los nuevos sombreros de cada temporada; y un domingo de Pentecostés en el que Jacob, charlando con su tío, expresó en palabras el siguiente pensamiento: de la misma manera que un solo hombre puede ser al mismo tiempo el pastor De Zoet de Domburgo y tío «mío y de Geertje» y «hermano de mi madre», así también Dios, Su Hijo y el Espíritu Santo son la indivisible Trinidad. Como recompensa, su tío le dio un beso por primera y última vez en su vida: un beso silencioso, respetuoso, en la frente.

Que sigan allí, reza el nostálgico viajero, cuando vuelva a casa.

La Compañía Holandesa de las Indias Orientales profesa fidelidad a la Iglesia Holandesa Reformada, pero no hace gran cosa por el beneficio espiritual de sus empleados. Lin Deshima, el administrador Vorstenbosch, el adjunto Van Cleef, Ivo Oost, Grote y Gerritszoon también se declaran leales a la fe holandesa reformada, pero los japoneses nunca tolerarían ninguna modalidad de culto organizado. El capitán Lacy es episcopaliano; Ponke Ouwehand es luterano; y el catolicismo está representado por Piet Baert y Con Twomey. Este último le ha confesado a Jacob que todos los domingos celebra una «versión infame de la Santa Misa», y que su miedo es morir sin las atenciones de un cura. El doctor Marinus habla del Creador con el mismo tono que emplea para discutir de Voltaire, Diderot, Herschel y de ciertos galenos escoceses: con admiración, pero desde luego sin veneración.

¿A qué dios, se pregunta Jacob, dirigirá sus plegarias una comadrona japonesa?

El escribano busca el salmo nonagésimo tercero, conocido como el «salmo de la tempestad».

Alzaron los ríos, oh, Jehová, lee Jacob, alzaron los ríos su sonido…

El zelandés se imagina el estuario del Escalda, entre Flesinga y Breskens.

… alzaron los ríos sus ondas, Jehová en las alturas es más poderoso que el estruendo…

Para Jacob, las tormentas de la Biblia son las del mar del Norte, donde hasta el sol perece ahogado.

… que el estruendo de las muchas aguas, más que las recias ondas del mar…

Jacob piensa en las manos de Anna, sus manos calientes, sus manos vivas. Pasa el dedo por la bala alojada en la tapa y busca el salmo ciento cincuenta.

Alabadlo a son de trompeta… con salterio y arpa.

Los dedos ágiles del arpista y los ojos curvos son los de la señorita Aibagawa.

Alabadlo con pandero y danza. La bailarina del rey David tiene una mejilla quemada.

Motogi, el intérprete de los ojos hundidos, espera bajo el toldo de la Corporación y sólo repara en Jacob y Hanzaburo cuando el escribano invitado está justo delante de él.

—¡Ah! De Zoet-san… Citar con poca antelación causa gran contratiempo, nos tememos.

—Estoy honrado —Jacob corresponde a la reverencia de Motogi—, no incomodado, señor Motogi…

Un culi deja caer una caja de alcanfor y se gana la patada de un mercader.

—… y si es necesario, el señor Vorstenbosch me ha dejado toda la mañana libre.

Motogi lo hace pasar a la Corporación, donde se descalzan.

A continuación, Jacob baja al suelo interior, que le llega a la altura de las rodillas, y entra a la espaciosa oficina trasera, adonde nunca se había aventurado. Hay seis hombres sentados en mesas dispuestas a la manera de un aula escolar: los intérpretes Isohachi y Kobayashi, de primera categoría; Narazake, el intérprete picado de viruelas, y el carismático y ambiguo Namura, de segunda categoría; Goto, de tercera, que hará las veces de escriba, y un hombre de ojos pensativos que dice llamarse Maeno, un médico, que da las gracias a Jacob por permitirlo estar presente «y así poder curar mi maltrecho holandés». Hanzaburo se sienta en un rincón y finge prestar atención. Kobayashi, por su parte, se esmera en no parecer rencoroso por el episodio de los abanicos de pavo real, y presenta a Jacob como «Señor de Zoet de Zelanda, escribano» y «hombre de gran saber».

El hombre de gran saber desmiente el elogio y todos celebran su modestia.

Motogi explica que los intérpretes, en el transcurso de su labor, se topan con palabras de significado dudoso, y es para arrojar luz sobre esta cuestión por lo que han invitado a Jacob. El doctor Marinus suele dirigir estos seminarios oficiosos, pero hoy está ocupado y ha nombrado sustituto al escribano De Zoet.

Cada uno de los intérpretes tiene una lista de vocablos que escapan a la

comprensión colectiva de la Corporación. Se leen en voz alta, uno a uno, y Jacob los explica lo más claramente posible, con ejemplos, gestos y sinónimos. El grupo debate en busca de un equivalente japonés adecuado, a veces sometiéndolo a la consideración de Jacob, hasta que todos quedan satisfechos. Los términos simples, como «árido», «plenitud» o «salitre» no les quitan mucho tiempo. Los más abstractos, como «símil», «ensueño» o «paralaje», resultan más arduos. Los términos que carecen de un equivalente inmediato en japonés, como «intimidad», «atrabiliario» o el verbo «merecer», requieren de diez a quince minutos; y otro tanto ocurre con las expresiones que exigen un conocimiento especializado: «hanseático», «terminación nerviosa», o «subjuntivo». Jacob nota que allí donde un alumno holandés diría: «No lo entiendo», los intérpretes bajan la mirada, de modo que el docente no puede limitarse a explicar, sino que también debe calibrar el verdadero grado de comprensión de sus educandos.

Dos horas pasan a la velocidad de una, pero agotan a Jacob como si fuesen cuatro, y el escribano agradece el té verde y el pequeño descanso. Hanzaburo escurre el bulto sin dar explicaciones. En la segunda mitad de la clase, Narazake pregunta en qué se diferencia la frase «él ha ido a Edo» de «él ha estado en Edo»; el doctor Maeno quiere saber cuándo se usa el dicho «ni me vacía el bolsillo ni me rompe la pierna»; y Namura pregunta cuáles son las diferencias entre «si yo veo», «si yo viese» y «si yo hubiese visto»; Jacob da gracias por todas las aburridas clases de gramática que recibió en el colegio. Las últimas preguntas de la mañana las formula el intérprete Kobayashi.

—Por favor, escribano De Zoet, explique esta palabra: «repercusiones».

—Una consecuencia —sugiere Jacob—; el resultado de una acción. Una repercusión de gastar el dinero es empobrecerse. Si como mucho, una repercusión será —imita una barriga gorda— la grasa.

Kobayashi pregunta el significado de «a plena luz del día».

—Entiendo las palabras, pero el significado general no es claro. ¿Podemos decir: «Visito buen amigo señor Tanaka a plena luz del día»? Creo que no, quizá…

Jacob explica las connotaciones criminales.

—Sobre todo cuando el infractor, o sea, el malo, no tiene ni vergüenza ni miedo de que lo descubran. «A mi buen amigo Motogo lo atracaron a plena luz del día».

—¿«La tetera de señor Vorstenbosch» —pregunta Kobayashi— «fue robada a plena luz del día»?

—Un buen ejemplo —conviene Jacob, feliz de que el administrador no esté presente.

Los intérpretes discuten diversos equivalentes japoneses antes de ponerse de acuerdo en uno.

—Quizá próxima palabra —prosigue Kobayashi— es fácil… «Impotente».

—«Impotente» es lo contrario de «potente» o «capaz»; esto es, «débil».

—Un león —propone el doctor Maeno— es fuerte, pero un ratón es impotente.

Kobayashi asiente y estudia su lista.

—Siguiente es «felizmente ignorante».

—El estado de desconocimiento con respecto a una desgracia. Cuando uno la ignora, está feliz, alegre. Pero cuando uno se entera, se torna infeliz.

—¿Marido es «felizmente ignorante» —sugiere Hori— de que su esposa ama a otro?

—Eso es, señor Hori.

Jacob sonríe y estira las agarrotadas piernas.

—Última palabra —dice Kobayashi— es de libro de ley: «ausencia de pruebas concluyentes».

Antes de que el holandés abra la boca, un adusto comisario Kosugi aparece en la puerta; lo sigue Hanzaburo, visiblemente alterado. Kosugi se disculpa por la intrusión y relata severamente un episodio que, Jacob advierte con creciente desazón, los atañe a Hanzaburo y a él mismo. En un punto crucial del relato, los intérpretes se quedan boquiabiertos de la impresión y miran al perplejo holandés. La palabra *dorobô*, «ladrón», se repite varias veces. Motogi verifica un detalle con el comisario y anuncia:

—Señor de Zoet, comisario Kosugi trae malas noticias. Ladrones visitan Casa Alta.

—¿Qué? —suelta Jacob—. Pero ¿cuándo? ¿Cómo han entrado? ¿Por qué?

—Su intérprete personal —confirma Motogi cree «en esta hora».

—¿Qué se han llevado? —Jacob se vuelve hacia Hanzaburo, que parece preocupado de que lo culpen a él—. ¿Qué hay que puedan robar?

Las escaleras de la Casa Alta están menos oscuras de lo habitual: la puerta de la vivienda de Jacob, en el primer piso, está fuera de los goznes, y, una vez dentro, Jacob descubre que su baúl ha sido víctima del mismo ultraje. Los boquetes practicados con gubia en los seis lados dan a entender que los ladrones buscaban compartimentos secretos. Apenado por la imagen de sus insustituibles volúmenes y cuadernos de bocetos desparramados por el suelo, la primera reacción del escribano es agacharse a recogerlos. El intérprete Goto lo ayuda y le pregunta:

—¿Han cogido algún libro?

—No puedo saberlo —contesta Jacob— hasta que no los reúna todos.

… pero parece que no, y su valioso diccionario está manoseado pero presente.

Aunque no podré comprobar si el salterio sigue en su sitio, piensa Jacob, hasta que no me quede a solas.

Lo cual se antoja una posibilidad aún lejana. Mientras reúne sus efectos personales, Vorstenbosch, Van Cleef y Peter Fischer suben las escaleras, y en su

pequeña alcoba se juntan de repente más de diez personas.

—Primero mi tetera —dice el administrador—, y ahora este nuevo escándalo.

—Dedicaremos grandes esfuerzos —promete Kobayashi— a encontrar ladrones.

Peter Fischer le pregunta a Jacob:

—¿Dónde estaba su intérprete personal durante el robo?

El intérprete Motogi le traslada la pregunta a Hanzaburo, que responde avergonzado.

—Él va a Nagasaki una hora —dice Motogi— para visitar madre muy enferma.

Fischer bufa con sarcasmo.

—Ya sé por dónde empezaría yo mis pesquisas.

Van Cleef pregunta:

—¿Qué objetos se han llevado los ladrones, señor de Zoet?

—Afortunadamente, el mercurio que me queda —tal vez lo que andaban buscando— está bajo triple llave en el almacén Eik. El reloj de bolsillo lo llevaba encima, y también, doy gracias al cielo, las gafas; de modo que, a primera vista, yo diría que…

—En el nombre de Dios todopoderoso —Vorstenbosch arremete contra Kobayashi—, ¿no nos roba ya lo bastante su gobierno en nuestras transacciones ordinarias como para que haya necesidad de este latrocinio reincidente contra nuestras personas y propiedades? Preséntese dentro de una hora en la Sala Alargada, que quiero dictarle una carta de protesta oficial para la Magistratura, con una relación completa de los objetos sustraídos por los ladrones…

—Listo. —Con Twomey termina de colocar la puerta y empieza a hablar en inglés de Irlanda—. Los muy mastuerzos han tenido que cargarse la pared para entrar.

El carpintero golpea la jamba con los nudillos.

—El baúl ya se lo arreglaré mañana. Quedará como nuevo. Un asunto feo, todo esto… y a plena luz del día, ¿no?

—Aún me quedan los brazos y las piernas.

Jacob está muerto de angustia por el salterio.

Como no esté el libro, piensa, los ladrones se dirán: «A chantajear tocan».

—Así se habla. —Twomey envuelve sus herramientas en un trozo de hule—. Nos vemos en la cena.

Mientras el irlandés baja las escaleras, Jacob cierra la puerta, echa el cerrojo, corre la cama unos centímetros…

¿Lo habrá tramado Grote, se pregunta, para vengarse por lo del ginseng?

Levanta un tablón, se tumba y alarga el brazo para coger el libro envuelto en arpillera…

Las yemas de los dedos encuentran el salterio y el holandés suspira aliviado.

—Dios protege a cuantos lo aman.

Vuelve a colocar el tablón y se sienta en la cama. Está a salvo, y Ogawa también. Entonces, se pregunta, ¿cuál es el problema? Jacob tiene la sensación de que se le escapa algo crucial. Como cuando sé que un libro de contabilidad oculta una mentira o un error, por más que las cuentas parezcan cuadrar…

En la Plaza de la Bandera comienzan los martillazos. Los carpinteros van con retraso.

Está oculto en lo obvio, piensa Jacob. «A plena luz del día». La verdad lo golpea como un cesto de ladrillos: las preguntas de Kobayashi eran una bravata en clave. La intrusión en su alcoba ha sido un mensaje, que dice así: «Las repercusiones de haberme contrariado, de las cuales estás felizmente ignorante, están materializándose ahora, a plena luz del día. Te verás impotente para tomar represalias, porque no habrá ni una prueba concluyente». Kobayashi reivindicó la autoría del robo y al mismo tiempo se colocó por encima de toda sospecha: ¿cómo puede un ladrón estar en compañía de la víctima en el momento del delito? Si Jacob denunciase las palabras en clave, lo tomarían por víctima de un delirio.

El sofocante día comienza a refrescar; remite el bullicio; Jacob siente náuseas.

Quiere venganza, supone Jacob, pero el muy fanfarrón también quiere un premio.

Después del salterio, ¿cuál es el objeto más comprometedor que podrían haber robado?

El fresco día empieza a caldearse; aumenta el bullicio; Jacob tiene jaqueca.

Las hojas más recientes de mi cuaderno de bocetos, repara el escribano, bajo la almohada…

Temblando, Jacob arroja la almohada, agarra el cuaderno, se pelea con los lazos, busca la última página, y se queda sin aire: ahí está el borde serrado de una hoja arrancada. La había llenado de dibujos de la cara, las manos y los ojos de la señorita Aibagawa, y en algún lugar, no muy lejos de allí, Kobayashi estará sopesando esas semejanzas con perverso deleite…

Cerrar los ojos para anular esa imagen no hace sino aumentar su nitidez.

Haz que no sea verdad, reza Jacob, pero las plegarias de esa índole no suelen verse atendidas.

Se abre el portón de la calle. Unos pasos lentos se arrastran por las escaleras.

El hecho extraordinario de que Marinus le haga una visita hace escasa mella en la sólida amargura de Jacob. ¿Y si le retiran el permiso de estudiar en Deshima? Un bastonazo vigoroso resuena en la puerta.

—Domburgués.

—Por hoy ya he recibido bastantes visitas poco gratas, doctor.

—Abra la puerta ahora mismo, tonto del pueblo.

Para Jacob es más fácil obedecer.

—¿Ha venido a regodearse, verdad?

Marinus echa un vistazo en torno a la pieza, se apoya en la repisa de la ventana y, a través del cristal y el papel, contempla la vista de la Calle Larga y del huerto. Se suelta la lustrosa cabellera canosa y vuelve a recogérsela.

—¿Qué se han llevado?

—Nada… —Le viene a la mente el embuste de Vorstenbosch—. Nada de valor.

—En caso de robo —tose Marinus—, siempre receto una partida de billar.

—En un día como hoy, doctor —declara con solemnidad Jacob—, lo último que haría sería jugar al billar.

• • •

La bola de Jacob recorre el tapete, rebota en la banda inferior y se des liza hasta detenerse a cinco centímetros de la superior, un palmo más cerca que la de Marinus.

—Le cedo el primer golpe, doctor. ¿A cuántos puntos jugamos?

—Hemmij y yo fijábamos la meta en quinientos y uno.

Eelattu exprime limones en unos vasos empañados; la fruta perfuma el aire de amarillo.

Una brisa atraviesa la sala de billar de la Casa Jardín.

Marinus se concentra en su primer golpe…

¿A qué se debe esta súbita y extraña amabilidad?, no puede evitar preguntarse Jacob.

… pero el doctor calcula mal y su bola jugadora golpea la roja pero no la de Jacob.

El escribano hace una carambola fácil.

—¿Quiere que lleve yo el tanteo?

—El contable es usted. Eelattu, tienes la tarde libre.

El sirviente da las gracias a su patrón y los deja solos, mientras Jacob encadena una serie de carambolas que disparan su puntuación a cincuenta. El rodar sordo de las bolas le calma los nervios. La impresión del robo, se convence a medias, me ha hecho precipitarme: no puede acusarse a nadie de un delito punible porque un extranjero le haya hecho un retrato, ni siquiera en un sitio como este. La señorita Aibagawa no posó para mí clandestinamente. Al llegar a los sesenta puntos, Jacob cede el turno a Marinus. Y una página de bocetos, piensa el escribano, tampoco es prueba concluyente de que esté enamorado de ella.

El médico, se sorprende Jacob, es un mero aficionado al billar.

Y el término «enamorado», se corrige, tampoco es una descripción ajustada…

—¿No se hacen largos los días, doctor, cuando el barco vuelve a Batavia?

—Para la mayoría, sí. Los hombres buscan consuelo en el grog, en la pipa, en las intrigas, en el odio hacia nuestros anfitriones, y en el sexo. Por lo que a mí respecta…

—el médico yerra una carambola cantada—… prefiero la compañía de la botánica, de mis estudios, de las clases y, naturalmente, de mi clavicémbalo.

—¿Qué tal —Jacob aplica tiza al taco— las sonatas de Scarlatti?

Marinus se sienta en el banco tapizado.

—¿Qué? ¿Buscando gratitud?

—Jamás, doctor. Tengo entendido que es usted miembro de una academia de ciencias autóctona.

—¿El Shirandô? No tiene patrocinio del Gobierno. Edo está dominada por «patriotas» que desconfían de todo lo extranjero, así que, oficialmente, no somos más que otra escuela privada. Oficiosamente, somos un mercado de ideas para los *rangakusha*, los estudiosos de las ciencias y artes europeas. Ôtsuki Monjurô, el director, es lo bastante influyente en la Magistratura como para garantizarme una invitación mensual.

—El doctor Aibagawa —Jacob acierta a la roja, de lejos— ¿también es miembro?

Marinus lanza una mirada elocuente a su joven adversario.

—Lo pregunto por pura curiosidad, doctor.

—El doctor Aibagawa es un entusiasta de la astronomía y asiste siempre que la salud se lo permite. Él fue, de hecho, el primer japonés que observó el nuevo planeta de Herschel con un telescopio que importó por un coste desorbitado. En realidad, él y yo hablamos más de óptica que de medicina.

Jacob vuelve a colocar la bola roja en la cabaña mientras se pregunta cómo hacer para no cambiar de tema.

—Tras la muerte de su esposa e hijos varones —prosigue el médico—, el doctor Aibagawa se casó con una mujer más joven, una viuda, cuyo hijo se inició en la medicina holandesa con la idea de seguir los pasos de su padrastro. El joven ha resultado ser una inutilidad decepcionante.

—Y la señorita Aibagawa… —el joven arriesga una tacada ambiciosa— ¿también tiene permiso para asistir al Shirandô?

—Existen leyes que juegan en su contra, De Zoet; su cortejo es una causa perdida.

—Leyes. —El golpe de Jacob repiquetea en las fauces de la tronera—. ¿Leyes que impiden que la hija de un médico se case con un extranjero?

—No hablo de leyes constitucionales. Hablo de leyes de verdad: leyes del non si fa.

—¿Me está diciendo, pues, que la señorita Aibagawa no forma parte del Shirandô?

—A decir verdad, es la secretaria de la academia. Pero, como trato de decirle… —Marinus emboca la roja, que estaba al borde de la tronera, pero su bola no rebota hacia atrás—… las mujeres de su clase social no se convierten en mujeres de

Deshima. Aun en el caso de que ella correspondiese a su cariño, ¿qué esperanzas podría albergar de contraer un matrimonio decente después de haberse dejado sobar por un demonio pelirrojo? Si de veras la ama, demuestre su devoción evitándola.

Tiene razón, piensa Jacob, y pregunta:

—¿Puedo acompañarlo al Shirandô?

—Por supuesto que no.

Marinus trata de colar su bola y la de Jacob, pero falla.

O sea, comprende Jacob, que esta inesperada distensión tiene sus límites.

—Usted no es un estudioso —explica el médico—. Ni yo soy su alcahuete.

—¿Le parece justo recriminar a los menos privilegiados que beban, fumen y anden detrás de las mujeres… —Jacob cuela la bola de Marinus—… y al mismo tiempo negarse a ayudarlos a mejorar?

—No soy una sociedad para la mejora pública. Los privilegios de los que gozo me los he ganado a pulso.

Cupido o Filandro practican un aria con una vihuela de arco.

Las cabras se enzarzan con un perro en una reyerta de balidos y ladridos.

—¿Ha dicho que usted y el señor Hemmij —Jacob falla el golpe— solían jugarse algo?

—¿No estará proponiéndome —el médico susurra en broma— que apostemos en el día del Señor?

—Si llego a quinientos y uno antes que usted, me concede una visita al Sturando.

Marinus prepara su tacada, con gesto dubitativo.

—Y si gano yo, ¿qué?

No rechaza de plano la propuesta, percibe Jacob.

—Usted dirá.

—Seis horas de trabajo en mi huerto. Venga, páseme el caballete.

—Por lo que respecta a su pregunta… —Marinus estudia su próximo golpe desde todos los ángulos—… a este organismo se le despertaron las facultades sensibles en el lluvioso verano de 1757, en una buhardilla de Harlem: yo era un niño de seis años al que unas fiebres virulentas habían dejado a las puertas de la muerte, tras exterminar a toda mi familia de tratantes de tejidos.

También tú, piensa Jacob.

—Lo siento mucho, doctor. No lo imaginaba.

—El mundo es un valle de lágrimas. Fui pasando como una moneda falsa de un pariente a otro, todos ansiosos por recibir una parte de la herencia que, en realidad, se habían tragado las deudas. La enfermedad —se da una palmadita en la pierna coja— me había convertido en una inversión poco halagüeña. El último de la serie, un tío abuelo de dudosa catadura llamado Cornelis, me dijo que yo tenía un ojo maligno y

otro extraño, y me llevó a Leiden, donde me dejó en el portal de una casa, delante de un canal. Me dijo que mi «por así decir tía» Lidewijde me abriría la puerta y se esfumó como una rata por una alcantarilla. Como no me quedaba elección, llamé a la campana. No respondió nadie. Era inútil salir cojeando detrás del tío abuelo Cornelis, así que me senté en el escalón a esperar…

La bola de Marinus no toca ni la roja ni la de Jacob.

… hasta que un simpático policía —el médico vacía su vaso de limonada— me amenazó con darme una paliza por vagabundeo. Yo iba vestido con la ropa desechada de mis primos, así que mi desmentido cayó en saco roto. Me puse a andar a lo largo del Rapenburg, arriba abajo, para no morirme de frío… —Marinus dirige la mirada hacia la fabrica china, por encima del agua—… una tarde nublada, opresiva y agotadora; había vendedores de castañas en la calle; los golfillos de aire perruno olfateaban la presa y no me quitaban ojo, y en la otra orilla del canal los arces perdían hojas como mujeres rasgando cartas… ¿qué hace, domburgués? ¿Va a tirar o no?

Jacob logra una rara carambola doble: doce puntos.

—Cuando volví a la casa, las luces seguían apagadas. Toqué la campana, suplicando ayuda a todos los dioses que conocía, y la vieja criada de una vieja criada abrió la puerta, jurando que de ser ella la patrona, me prohibiría la entrada sin pensárselo dos veces, pues para ella la impuntualidad era un pecado grave, pero como no lo era, dijo, Klaas me recibiría en el jardín trasero, aunque mi entrada era la de los repartidores, bajando la escalera, dicho lo cual cerró de un portazo. Así pues, bajé, llamé a la puerta, y de nuevo me la abrió el mismo e iracundo Cerbero con enaguas, que se fijó en mi bastón y me condujo por un lúgubre pasillo del sótano hasta un hermoso jardín situado por debajo del nivel de la calle. Tire de una vez, De Zoet, que nos van a dar las doce.

Jacob emboca las dos bolas jugadoras y deja la roja en óptima posición.

—Un viejo surgió de detrás de una cortina de lilas y me mandó enseñarle las manos. Perplejo, me preguntó si había trabajado de jardinero un solo día de mi vida. No, le dije. «Dejaremos que lo decida el jardín», replicó el jardinero Klaas, que no diría mucho más durante el resto de la jornada. Mezclamos hojas de carpe con estiércol de caballo; esparcimos serrín al pie de los rosales; rastrillamos hojas en el pequeño huerto de manzanos… fueron las primeras horas de placer que tenía en mucho, mucho tiempo. Después encendimos una hoguera con las hojas barridas y asamos una patata. Un petirrojo se sentó en mi pala, porque ya era mía, y se puso a trinar. —Marinus imita el chip chip chip de los petirrojos—. Ya oscurecía cuando una señora con una túnica de sátrapa y el pelo corto y blanco atravesó el césped. «Me llamo Lidewijde Mostaart», anunció, «pero el misterio eres tú». Acababa de enterarse de que el chico del jardinero, que debía haberse presentado esa tarde, se había roto una pierna. Así que le expliqué quién era yo y lo del tío Cornelis…

Al superar los ciento cincuenta puntos, Jacob falla un tiro para ceder el turno a Marinus.

En el huerto, el esclavo Syako limpia de áfidos las hojas de la ensalada.

Marinus se asoma a la ventana y le habla con soltura en malayo. Syako responde y Marinus, divertido, regresa a la partida.

—Resulta que Lidewijde Mostaart era prima segunda de mi madre, a la que nunca había conocido. Abigail, la vieja criada, resopló, refunfuñó y se quejó de que, con aquellos andrajos que yo llevaba puestos, cualquiera me habría tomado por el nuevo ayudante del jardinero. Klaas dijo que yo tenía madera de jardinero y se retiró al cobertizo. Le pedí a la señora Mostaart que me dejase quedarme y ser el ayudante de Klaas. Me respondió que, para la mayoría de la gente, ella era «señorita» y no «señora», pero que para mí sería «tía», y me llevó dentro de casa para conocer a Elisabeth. Cené una sopa de hinojo y contesté a sus preguntas, y a la mañana siguiente me dijeron que podía quedarme a vivir con ellas hasta que me diese la gana. Mis viejos harapos se sacrificaron al dios del hogar.

Las chicharras sisean entre los pinos. Suenan como la grasa friéndose en una sartén.

Marinus no consigue embocar en un lateral y cuela su propia bola por error.

—Mala suerte —se compadece Jacob, añadiendo el fallo a su tanteo.

—En los juegos de habilidad no existe tal cosa. Bien. En Leiden no escasean los bibliófilos, pero los bibliófilos que se hayan hecho sabios a base de leer escasean tanto como en cualquier lugar. Las tías Lidewijde y Elisabeth eran de esa clase de lectoras, tan ávidas como sagaces. En sus años mozos, Lidewijde había estado «vinculada» al teatro, en Viena y Nápoles, mientras que Elisabeth era lo que hoy llamaríamos una «intelectual», y la casa era una mina de libros. Además de darme las llaves de ese auténtico Edén de las letras, Lidewijde me enseñó a tocar el clavicémbalo; Elisabeth me enseñó francés y sueco, su lengua materna; y Klaas el jardinero fue mi primer maestro de botánica, iletrado pero sapientísimo. Por otro lado, el círculo de amistades de mis tías incluía algunos de los más ilustres librepensadores de Leiden, vale decir «de la época». Fue así como dio comienzo mi propia Ilustración. A día de hoy sigo dando gracias al tío abuelo Cornelis por haberme abandonado allí.

Jacob cuela la bola de Marinus y la roja alternativamente tres o cuatro veces.

Una semilla de diente de león aterriza en el tapete.

—Género *Taraxacum*, —Marinus la coge y la tira por la ventana—, de la familia de las asteráceas. Pero la erudición por sí sola no llena ni la panza ni la cartera, y mis tías sobrevivían frugalmente gracias a una exigua renta, de modo que, cuando llegué a la madurez, se decidió que me formaría en medicina para sufragarme mis quehaceres científicos. Obtuve una plaza en la facultad médica de Uppsala, en

Suecia. La elección, obviamente, no fue casual: había pasado semanas enteras de mi infancia estudiando el *Species plantarum* y el *Systema naturae* de Linneo, y, una vez afincado en Uppsala, me convertí en discípulo del ilustre profesor sueco.

—Mi tío afirma —Jacob mata una mosca de un manotazo— que ha sido uno de los grandes hombres de nuestra era.

—Los grandes hombres son seres muy complejos. Es cierto que la taxonomía linneana es el fundamento de la botánica, pero el hombre también enseñaba que las golondrinas hibernan bajo los lagos; que en la Patagonia habitan gigantes de tres metros; y que los hotentotes son monórquidos, o sea, que sólo tienen un testículo. Cuando lo cierto es que tienen dos, que yo los he visto. «*Deus creavit*», decía su lema, «*Linnaeus disposuit*», y quienes le llevasen la contraria eran herejes cuyas carreras quedaban arruinadas. Con todo, Linneo influyó directamente en mi destino al aconsejarme que consiguiese una cátedra viajando al Oriente como uno de sus «apóstoles», para cartografiar la flora de las Indias y tratar de entrar en el Japón.

—Frisa usted los cincuenta, ¿no es así, doctor?

—La última lección de Linneo, que impartía sin siquiera darse cuenta, era que las cátedras acaban con los filósofos. Oh, de acuerdo, soy lo bastante vanidoso como para querer ver algún día publicada mi incipiente Flora japónica, como exvoto al saber humano, pero una poltrona en Uppsala, Leiden o Cambridge no me seduce lo más mínimo. Mi corazón está en el Oriente, en esta vida. Llevo tres años en Nagasaki y me queda suficiente trabajo como para otros tres, u otros seis. La embajada de la corte me brinda la posibilidad de ver paisajes que ningún botánico europeo ha visto jamás. Mis alumnos son jóvenes apasionados, entre ellos una joven dama, y los estudiosos que vienen de visita me traen especímenes de todo el Imperio.

—Pero ¿no le da miedo morir aquí, tan lejos de…?

—En algún sitio hay que morir, domburgués. ¿Cómo va el tanteo?

—Noventa y uno de usted, doctor, contra los trescientos seis que llevo yo.

—¿Ponemos el tope en mil puntos y doblamos la apuesta?

—¿Está prometiendo llevarme dos veces a la Academia Shirandô?

Si la señorita Aibagawa me viese allí, piensa, me miraría con otros ojos.

—Siempre que esté dispuesto a pasar doce horas echando estiércol de caballo en los bancales de remolacha.

—Muy bien, doctor… —El escribano se pregunta si Van Cleef le prestaría al mañoso Weh para que le arreglase la gorguera de su mejor camisa de encaje—. Acepto sus condiciones.

# X

## Huerto de Deshima

*Última hora de la tarde del 16 de septiembre de 1799*

Jacob echa la última palada de estiércol en el bancal de remolacha y va hasta los barriles embreados a coger agua para los pepinos tardíos. Esa mañana ha comenzado una hora antes sus tareas de escribano para poder terminar a las cuatro y empezar a saldar las doce horas de trabajo hortícola que le debe al médico. Marinus ha sido un bribón, piensa Jacob, al ocultar su destreza al billar, pero una apuesta es una apuesta. Quita la paja que hay alrededor de las raíces de los pepinos, vierte las dos calabazas que le han servido de recipiente, y luego vuelve a colocar el mantillo para que el sediento suelo se mantenga húmedo. Por encima de la tapia que da a la Calle Larga asoma de vez en cuando la cabeza de algún curioso. La imagen de un escribano holandés arrancando hierbajos como un campesino merece la pena. Hanzaburo respondió a la petición de ayuda echándose a reír, hasta que vio que Jacob lo decía en serio, momento en el cual se puso a explicarle con gestos que le dolía la espalda y se marchó, metiéndose en el bolsillo un puñado de flores de lavanda que arrancó junto a la puerta del huerto. Arie Grote trató de venderle el sombrero de piel de tiburón, para que Jacob pudiese «deslomarse con elegancia, como un latifundista»; Piet Baert le ofreció unas clases de billar pagadas; y Ponke Ouwehand se prestó a indicarle algunas malas hierbas. La horticultura es un trabajo más arduo del que acostumbra a hacer Jacob, y sin embargo, reconoce para sus adentros, me gusta. Sus ojos fatigados encuentran solaz en el verdor; los camachuelos cazan lombrices en la tierra removida; y una especie de pinzón de cara negra, cuyos trinos resuenan como el tintineo de unos cubiertos, observa la escena desde la cisterna vacía. Vorstenbosch y Van Cleef están en la residencia de Nagasaki del señor de Satsuma, el suegro del shogun, para insistir en la cuestión del cobre, con lo cual Deshima disfruta de una atmósfera exenta de vigilancia. Los estudiantes están en el hospital: mientras Jacob cava surcos para las judías a golpe de azada, oye la voz de Marinus a través de la ventana de la consulta. La señorita Aibagawa está allí. Desde que le dio el abanico audazmente ilustrado, Jacob no ha vuelto a verla, no digamos ya a hablar con ella. Los atisbos de amabilidad que el médico le muestra no llegarán al extremo de concertarle una cita. Jacob se ha planteado pedirle a Ogawa Uzaemon que le entregue a la joven una carta de parte suya, pero si se descubriese, tanto el intérprete como ella podrían ser acusados de tratos secretos con un extranjero.

Y además, piensa Jacob, ¿qué iba yo a decirle en esa carta?

Jacob está quitando babosas de las coles con unos palillos chinos cuando se percata de que tiene una mariquita en la mano derecha. Le tiende un puente con la mano izquierda y el insecto lo cruza amablemente. El escribano repite el ejercicio varias veces. La mariquita, piensa, cree haberse embarcado en un viaje memorable, pero no va a ninguna parte. Jacob se imagina una serie infinita de puentes tendidos en el vacío entre islas cubiertas de piel, y se pregunta si no estará siendo él también víctima de la misma broma a manos de una fuerza invisible…

… hasta que una voz femenina lo arranca de sus ensoñaciones.

—¿Señor Dazûto?

Jacob se quita el sombrero de bambú y se pone en pie.

El rostro de la señorita Aibagawa eclipsa el sol.

—Pido disculpa por molestar.

Sorpresa, sentimiento de culpa, nervios… Jacob siente muchas cosas.

La joven repara en la mariquita posada en el pulgar de Jacob.

—*Tentô-mushi*.

Ansioso por comprender, el holandés entiende mal:

—¿*O ben-tô-mushi*?

—*O ben-tô-mushi* es «bicho de tartera». —Sonríe ella—. Esto —señala la mariquita— es *O ten-tô-mushi*.

—*Tentô-mushi* —dice él, y la joven asiente con un gesto aprobatorio de maestra.

El kimono veraniego de color azul marino y el pañuelo blanco le dan un aire de monja.

No están solos: en la puerta del huerto vigila el inevitable guardián.

Jacob trata de no hacerle caso.

—«Mariquita». La amiga de los jardineros…

Le caerías bien a Anna, piensa, mirándola a la cara. Le caerías bien a Anna.

—… porque las mariquitas comen pulgones.

Jacob se lleva el pulgar a los labios y sopla.

La mariquita emprende un vuelo de un metro y aterriza en la cara del espantapájaros.

La chica coloca el sombrero del espantapájaros como haría una esposa.

—¿Cómo lo llama?

—Es un espantapájaros, para «espantar a los pájaros», pero se llama Robespierre.

—El almacén Eik es «Almacén Roble»; mono es «William». ¿Por qué espantapájaros es «Robespierre»?

—Porque se le cae la cabeza cuando cambia el viento. Es una broma macabra.

—Broma es lenguaje secreto —Aibagawa frunce el ceño— dentro de palabras.

Jacob decide no hacer alusión al abanico hasta que ella no lo mencione: al menos,

no parece ofendida ni enfadada.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—Sí. Doctor Marinus pide que yo vengo a pedir a usted *romeru*. Él dice…

Cuanto más conozco a Marinus, piensa Jacob, menos lo entiendo.

—… él dice: «Pide Dombâga dar seis… brotes frescos de *romeru*».

—Por allí, entonces, en el herbario.

La conduce por el sendero, incapaz de pensar en un solo cumplido que no suene irremediablemente idiota.

Ella le pregunta:

—¿Por qué señor Dazûto trabaja hoy de jardinero de Deshima?

—Porque —el hijo del pastor miente con la boca pequeña— me agrada la compañía de las plantas. De pequeño —aligera la mentira con un poco de verdad— trabajaba en el huerto de un pariente. Fuimos los primeros del pueblo que plantaron ciruelos.

—En aldea de Domburgo —dice ella—, en provincia de Zelanda.

—Es usted muy amable por acordarse. —Jacob arranca media docena de ramitas jóvenes—. Aquí tiene.

Durante una inestimable fracción de tiempo, las manos de ambos se conectan mediante unos pocos centímetros de hierba amarga, en presencia de una docena de girasoles de color sanguina.

No quiero una cortesana de pago, piensa. Quiero conquistarte.

—Gracias. —La joven huele las hierbas—. ¿«Romero» tiene significado?

Jacob bendice al déspota con halitosis que tuvo de profesor de Latín en Midelburgo.

El nombre en latín es *Ros marinus*. «*Ros*» significa «rocío». ¿Conoce la palabra «rocío»?

La señorita Aibagawa frunce el ceño, sacude un poco la cabeza, y su sombrilla gira, lentamente.

—El rocío es el agua que se encuentra por la mañana temprano, antes de que el sol la evapore.

La comadrona entiende.

—«Rocío»… nosotros decimos «*asa-tsuyu*».

Jacob sabe que no olvidará la palabra «*asa-tsuyu*» mientras viva.

—«*Ros*» significa rocío, y «*marinus*» significa «mar», luego *Ros marinus* es «rocío del mar». Los ancianos dicen que el romero sólo prospera, crece bien, cuando puede oír el océano.

La historia agrada a la joven.

—¿Es historia verdadera?

—Puede que sea… —que se detenga el tiempo, desea Jacob—… más bonita que

verdadera.

—¿Significado de «*marinus*» es «mar»? Entonces ¿doctor es «Doctor Mar»?

—Podría decirse que sí, por qué no. ¿«Aibagawa» significa algo?

—«*Aiba*» es «añil» —salta a la vista que está orgullosa de su nombre— y «*gawa*» es «río».

—Así que es usted un río añil. Parece un poema. —Y tú, se dice Jacob, pareces un viejo verde—. En inglés «romero» se dice «*rosemary*», que también es un nombre de mujer. Un nombre de pila. Mi nombre de pila es —se esfuerza por adoptar un tono desenfadado— «Jacob».

—¿Qué es… —la joven gira la cabeza para mostrar su desconcierto—… *Ya-ko-bu*?

—El nombre que me pusieron mis padres: Jacob. Mi nombre completo es Jacob de Zoet.

Ella asiente cautelosa.

—*Yakobu Dazûto.*

Ojalá, piensa, se pudiese capturar las palabras y guardarlas en una caja.

—¿Mi pronuncia —pregunta la señorita Aibagawa— no es muy buena?

—No, no, no: es usted perfecta en todos los sentidos. Su pronuncia es perfecta.

Los grillos grillan y regrillan en los muretes de piedra del huerto.

—Señorita Aibagawa… —Jacob traga saliva—… ¿cuál es su nombre de pila?

Ella lo hace esperar.

—Nombre que me dan madre y padre es Orito.

La brisa le enrolla un bucle de pelo alrededor del dedo.

La chica baja la mirada.

—Doctor está esperando. Gracias por romero.

—No hay de qué —dice Jacob, y no se atreve a añadir nada más.

Ella da tres o cuatro pasos y se vuelve.

—Olvido una cosa. —Se mete la mano en la manga y saca una fruta del tamaño y color de una naranja, pero suave como una piel sin vello—. Es de mi jardín. Traigo muchas a doctor Marinus y él pide que doy una a señor Dazûto. Es caqui.

—¿Pérsimo en japonés se dice *gaqui*?

—Ca-qui.

Lo deja apoyado en el hueco del hombro del espantapájaros.

—Ca-qui. Robespierre y yo nos lo comeremos después, gracias.

Mientras la joven recorre el sendero, la tierra se desmenuza bajo sus sandalias de madera.

Actúa, le suplica el Espíritu del Arrepentimiento Futuro, no volveré a darte otra oportunidad.

Jacob echa a correr entre las tomateras y la alcanza cerca de la puerta.

—¿Señorita Aibagawa? Señorita Aibagawa. Debo pedirle que me perdone.

Ella se ha dado la vuelta y tiene una mano en la puerta.

—¿Por qué perdonar?

—Por lo que voy a decirle. —Las caléndulas se derriten—. Es usted hermosa.

Ella lo entiende. Abre y cierra la boca. Da un paso hacia atrás…

… y se choca contra el postigo, que, aún cerrado, resuena con el golpe. El guardián lo abre.

Serás idiota, gruñe el Demonio del Arrepentimiento Presente. ¿Qué has hecho?

Hundido, sofocado, helado, Jacob se bate en retirada, pero el huerto se ha cuadruplicado de tamaño y podría tardar una eternidad digna del judío Errante en llegar hasta los pepinos, donde se arrodilla tras una pantalla de acederas; donde el caracol del cubo flexiona sus cuernos mochos; donde las hormigas acarrean trozos de hojas de ruibarbo a lo largo del mango de la azada; y Jacob querría que la Tierra girase en sentido contrario hasta retroceder al momento en el que ella apareciese para pedirle romero, y entonces él lo repetiría todo, pero todo de manera diferente.

Una cierva grita por su cría, sacrificada en honor del señor de Satsuma.

• • •

Antes de la asamblea vespertina, Jacob sube a la atalaya y se saca el caqui del bolsillo de la chaqueta. Los dedos de Aibagawa Orito han dejado unos hoyuelos marcados en la fruta madura, y en ellos coloca ahora él sus yemas; se lleva el regalo a la nariz, inhala su dulzura granulosa y aprieta la rotunda forma contra sus labios agrietados. Me arrepiento de mi confesión, piensa, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Eclipsa el sol con la fruta: el pequeño planeta irradia un resplandor naranja, como un farol chino. Una fina capa de polvo le cubre el rabillo y los sépalos. A falta de cuchillo o cuchara, Jacob muerde una brizna de piel cerosa y tira de ella: el jugo rezuma por el tajo; lame los churretes dulces, absorbe un pedazo goteante de pulpa filamentosa y lo sostiene delicada, muy delicadamente, contra el paladar, donde se desintegra en jazmín fermentado, oleosa canela, melón perfumado, ciruela damascena derretida… y en el corazón del fruto encuentra diez o doce pepitas planas, marrones como ojos orientales y de la misma forma. Ya se ha puesto el sol, callan las cigarras, y las lilas y las turquesas se oscurecen disolviéndose en grises claros y oscuros. Pasa un murciélago a pocos metros, seguido de su propia turbulencia afelpada. No corre ni una brizna de aire. De la chimenea de la cocina del *Shenandoah* sale una columna de humo que se derrumba alrededor de la proa del bergantín. Están abiertas las troneras, y el runrún de las diez docenas de marineros que cenan en las entrañas del barco se propaga por el agua. Como un diapasón golpeado, Jacob reverbera con todas y cada una de las partes de Orito, y con su totalidad, con la entera esencia de ella. La promesa que le hizo a Anna le raspa la conciencia como una lija. Pero Anna, piensa

con inquietud, está lejísimos, tanto en millas como en años; y me dio su permiso, prácticamente me dio su consentimiento, y nunca se enterará, y Jacob ingiere el escurridizo regalo de Orito. La creación no terminó el sexto día, reflexiona el joven. La creación se sucede a nuestro alrededor, a pesar y a través de nosotros, a la velocidad de los días y las noches, y nos gusta llamarla «Amor».

• • •

—Capitán Bôru-suten-bôshu —entona el intérprete Sekita, un cuarto de hora después bajo el asta de la bandera.

Lo normal es que la asamblea tenga lugar dos veces al día y la dirija el comisario Kosugi, al cual le basta un minuto para pasar revista a todos los extranjeros, cuyos nombres y caras ya conoce. Esta tarde, sin embargo, Sekita ha decidido hacer valer su autoridad dirigiendo él mismo la inspección mientras el comisario permanece al margen con cara larga.

—¿Dónde está… —Sekita examina la lista entrecerrando los ojos—… el Bôru-suten-bôshu?

El amanuense de Sekita informa a su patrón que esa tarde el administrador Vorstenbosch está visitando al señor de Satsuma. Sekita reprende a su empleado y, entornando los ojos, pasa al siguiente nombre de la lista.

—¿Dónde está el… el Banku-rei-fu?

El amanuense de Sekita recuerda a su patrón que el administrador Van Cleef está con su jefe.

El comisario Kosugi carraspea ruidosa e innecesariamente.

El intérprete prosigue con la revista.

—Ma-ri-as-su…

Marinus se pone en pie con los pulgares en los bolsillos de la chaqueta.

—Doctor Marinus, si no le importa.

Sekita alza la vista, alarmado.

—¿El Marinus necesita doctor?

Gerritszoon y Baert bufan divertidos: Sekita se da cuenta de que ha cometido un error y dice:

—En las malas se conoce a amigos.

Mira el siguiente nombre de la lista:

—Fui… shâ…

—Me imagino que ese soy yo —dice Peter Fischer—, pero se dice así: «Fischer».

—Sí, sí, el Fuishâ. —Sekita se pelea con el siguiente nombre—. Ôehando.

—Presente, por mis pecados —dice Ouwehand, limpiándose las manchas de tinta de las manos.

Sekita se seca la frente con un pañuelo.

—Dazûto…

—Presente —dice Jacob.

Poner a la gente en una lista y después enumerarla, piensa, equivale a someterla.

Conforme avanza por la lista, Sekita hace estragos con los nombres de los marineros; Gerritszoon y Baert responden con bromas desdeñosas, pero el hecho es que se ven obligados a responder, y lo hacen. Una vez identificados todos los extranjeros blancos, Sekita pasa a ocuparse de los cuatro sirvientes y los cuatro esclavos que forman dos grupos a la izquierda y a la derecha de sus amos y patrones. El intérprete empieza por los sirvientes: Eelattu, Cupido y Filandro, y entorna los ojos al llegar al primer esclavo de la lista: «Su-ya-ko».

Al no haber respuesta, Jacob mira alrededor en busca del malayo ausente.

Sekita silabea el nombre:

—Su-ya-ko.

Pero nadie responde.

El intérprete lanza una mirada fulminante a su amanuense, que a su vez hace una pregunta al comisario Kosugi.

Kosugi, imagina Jacob, responde a Sekita:

—La lista la pasas tú, así que los ausentes son problema tuyo.

Sekita se dirige a Marinus.

—¿Dónde es Su-ya-ko?

El médico tararea una melodía de bajo. Cuando termina la estrofa y Sekita está fuera de sí, Marinus se vuelve hacia los sirvientes y esclavos:

—¿Serían tan amables de localizar a Syako y decirle que va a llegar tarde a la asamblea?

Los siete hombres salen corriendo hacia la Calle Larga, discutiendo sobre el posible paradero del ausente.

—A ese perro lo encuentro yo —dice Peter Fischer a Marinus— mucho más rápido que esa chusma morena. Venga conmigo, señor Gerritszoon, que este trabajo está hecho a su medida.

Peter Fischer sale del Callejón de la Bandera menos de cinco minutos después con la mano derecha ensangrentada, por delante de unos cuantos intérpretes personales que, dirigiéndose al comisario Kosugi y al intérprete Sekita, comienzan a hablar todos al mismo tiempo. Unos instantes después aparece Eelattu y da parte a Marinus en cingalés. Fischer informa a los demás holandeses:

—Hemos encontrado a esa cucaracha en el depósito de cajas del Callejón del Flaco, junto al almacén Doorn. Yo ya lo había visto entrando ahí antes.

—¿Por qué no lo ha traído para el pase de lista? —pregunta Jacob.

Fischer sonríe.

—Porque me parece que no va a poder andar durante una temporadita.

Ouwehand pregunta:

—¿Qué demonios le habéis hecho?

—Menos de lo que merece ese esclavo. Estaba bebiendo licor robado y se ha dirigido a nosotros con una insolencia imperdonable en un igual, no digamos ya en un malayo apestoso. Cuando el señor Gerritszoon ha hecho amago de corregir esa impertinencia con una vara de ratán, él se ha puesto hecho una furia, ha empezado a aullar como un lobo endemoniado y ha tratado de rompernos la cabeza con una palanqueta.

—¿Y cómo es que ninguno de nosotros —pregunta Jacob— ha oído ese aullido endemoniado?

—¡Porque —protesta Fischer— primero ha cerrado la puerta, escribano De Zoet!

—Que yo sepa —dice Ivo Oost—, Syako es incapaz de matar a una mosca.

—Quizá eres demasiado cercano a él —replica Fischer, aludiendo a la sangre mestiza de Oost— para ser imparcial.

Arie Grote quita delicadamente a Oost el cuchillo que ya había empuñado. Marinus da una orden a Eelattu en cingalés, y los sirvientes salen disparados hacia el hospital. El médico echa a andar todo lo rápido que su cojera le permite por el Callejón de la Bandera. Jacob lo sigue, haciendo caso omiso de las protestas de Sekita, por delante del comisario Kosugi y sus guardias.

La luz vespertina tiñe de bronce oscuro los almacenes encalados de la Calle Larga. Jacob alcanza a Marinus. Al llegar al cruce doblan por el Callejón del Flaco, dejan atrás el almacén Doorn y entran en el oscuro, sofocante y angosto depósito de cajas.

—Se han tomado su tiempo, ¿eh? —dice Gerritszoon, sentado en una saca.

—¿Dónde está…?

Jacob ve la respuesta a su pregunta.

La saca es Syako. Su cabeza, anteriormente hermosa, está en el suelo en mitad de un charco de sangre; tiene rajado un labio, le falta medio ojo y no da señales de vida. En derredor hay cajas astilladas, una botella hecha añicos y una silla rota. Gerritszoon se arrodilla en la espalda del esclavo y le ata las muñecas.

Los demás entran en el depósito y se agolpan detrás de Jacob y el médico.

—¡Jesús, María —exclama Con Twomey— y el puto Oliver Cromwell!

Los testigos japoneses profieren expresiones de horror en su idioma.

—Desátalo —dice Marinus a Gerritszoon— y ni te me acerques.

—Eh, que usted no es el administrador ni tampoco el adjunto, y juro por Dios que…

—Desátalo ahora mismo —ordena el médico— o cuando ese cálculo que tienes en la vejiga crezca tanto que mees sangre y me vengas gritando como un niño muerto

de miedo a que te haga una litotomía, te juro por mi Dios que se me irá la mano con trágicas, lentas y dolorosísimas consecuencias.

—Era nuestro deber —refunfuña Gerritszoon, apartándose— quitarle la tontería.

—Es la vida —declara Ivo Oost— lo que le habéis quitado.

Marinus le da el bastón a Jacob y se arrodilla junto al esclavo.

—¿Debíamos habernos quedado quietos —pregunta Fischer— y dejar que nos matase?

Marinus desata la cuerda. Con ayuda de Jacob, trata de dar la vuelta al cuerpo.

—Vaya, vaya, al administrador V. no va a hacerle ninguna gracia —dice Arie Grote con sarcasmo— esta forma de tratar y estibar los bienes de la Compañía, ¿eh?

Del pecho de Syako surge un grito de dolor que no tarda en apagarse.

Marinus hace un rebujo con su chaqueta y la coloca bajo la cabeza del maltrecho malayo, le murmura algo en su propia lengua, y le examina el cráneo abierto. El esclavo se estremece, el médico hace una mueca y pregunta:

—¿Por qué hay restos de cristal en esta brecha?

—Como ya he dicho —contesta Fischer—, si me ha prestado atención, el esclavo estaba bebiendo ron robado.

—¿Y se ha agredido a sí mismo —pregunta Marinus— con la botella que tenía en la mano?

—Se la he arrancado a la fuerza —dice Gerritszoon— para usarla contra él.

—¡Este perro negro ha intentado matarnos! —grita Fischer—. ¡Con un martillo!

—¿Martillo? ¿Palanqueta? ¿Botella? Más vale que cuadren mejor su versión de los hechos.

—No pienso tolerar —amenaza Fischer— esas… esas insinuaciones, doctor.

Eelattu llega con la camilla. Marinus le dice a Jacob:

—Ayúdeme, domburgués.

Sekita aparta a los intérpretes con su abanico y mira con desagrado la escena.

—¿Ese es el Su-ya-ko?

• • •

El primer plato de la cena de los superiores es sopa dulce de cebollas francesas. Vorstenbosch se la toma en silencio con aire contrariado. El administrador y su adjunto habían regresado a Deshima de óptimo humor, pero las noticias de la paliza a Syako se lo han arruinado. Marinus sigue en el hospital, curando las múltiples heridas del malayo. El administrador ha dispensado incluso a Cupido y a Filandro de sus deberes musicales, diciendo que no estaba de humor para melismas. En consecuencia, compete a Van Cleef y al capitán Lacy entretener a los comensales con sus impresiones acerca de la residencia de Nagasaki del señor de Satsuma y su familia. Jacob sospecha que su patrón no termina de creerse la versión que ofrecen Fischer y

Gerritszoon de lo sucedido en el depósito de cajas, pero manifestarlo expresamente sería otorgar más crédito a la palabra de un esclavo negro que a la de un funcionario y marinero blancos. ¿Qué clase de precedente, se imagina Jacob que estará pensando Vorstenbosch, se sentaría para otros esclavos y sirvientes? Fischer tiene la sensación de que su puesto de escribano jefe está en peligro, por lo que se muestra cauteloso. Cuando Arie Grote y su pinche sirven el pastel de venado, el capitán Lacy manda a su sirviente a por media docena de botellas de malta de cebada, pero Vorstenbosch, lejos de percatarse, masculla: «¿Por qué demonios tarda tanto Marinus?», y manda a Cupido a buscar al médico. Hace ya un buen rato que Cupido se fue y aún no ha vuelto. Antes de que el doctor Marinus entre cojeando en el comedor, Lacy ha tenido tiempo de contar una historia maquillada de cuando luchó junto a George Washington en la batalla de Bunker Hill, y de meterse entre pecho y espalda tres porciones de tarta de albaricoque.

—Ya pensábamos —dice Vorstenbosch— que no vendría, doctor.

—Fractura de clavícula —dice Marinus, tomando asiento—; fractura de cúbito; una costilla rota; tres dientes arrancados; dolorosas contusiones por todo el cuerpo, en especial en la cara y en los genitales; y una parte de la rótula desprendida del fémur. Cuando pueda volver a andar, cojeará con tanta gracia como yo, y, como habrán podido ver, la delicadeza de sus rasgos ya ha pasado a la historia.

Fischer bebe su brebaje yanqui como si la cosa no fuese con él.

—Entonces —dice Van Cleef—, ¿el esclavo no corre peligro de muerte?

—Por el momento no, pero no descarto infecciones y fiebres.

—¿Cuánto tiempo —Vorstenbosch parte un mondadientes— durará la convalecencia?

—Hasta que se cure. Después, sugiero que se le encomienden tareas livianas.

Lacy da un resoplido.

—Aquí, todas las tareas de los esclavos son livianas: en Deshima se dan la gran vida.

—¿Ha sacado al esclavo —pregunta Vorstenbosch— su versión de los hechos?

—Espero, señor —dice Fischer— que mi testimonio y el del señor Gerritszoon sean algo más que una simple «versión de los hechos».

—Los daños a la propiedad de la Compañía se investigan, Fischer.

El capitán Lacy se abanica con el sombrero.

—En Carolina discutiríamos cuál es la indemnización que debería pagar el señor Fischer a los propietarios del esclavo.

—Una vez esclarecidos los hechos, supongo. Doctor Marinus: ¿por qué no se presentó el esclavo a la revista? Lleva años aquí. Conoce las reglas.

—Yo echaría la culpa precisamente a esos «años». —El médico se sirve un poco de tarta—. Lo tienen agotado y le han provocado una crisis nerviosa.

—Doctor, es usted… —Lacy se ríe y se atraganta—… ¡es usted único! ¿Una «crisis nerviosa»? ¿Qué será lo próximo? ¿Una mula demasiado melancólica para tirar del carro? ¿Una gallina demasiado afligida para poner huevos?

—Syako tiene mujer e hijo en Batavia —dice Marinus—. Cuando Gijsbert Hemmij lo trajo a Deshima hace siete años, la familia quedó dividida. Hemmij le prometió darle la libertad cuando regresase a Java a cambio de un servicio leal.

—¡Si me hubiesen dado un dólar —exclama Lacy— por cada negro echado a perder por una promesa precipitada de manumisión, podría comprarme la Florida entera!

—Pero el administrador Hemmij murió —objeta Van Cleef— y se llevó la promesa a la tumba.

—Esta primavera, Daniel Snitker le dijo a Syako que la promesa se cumpliría al término de la temporada comercial. El malayo estaba convencido —Marinus se llena de tabaco la pipa— de que al cabo de unas pocas semanas volvería a Batavia como un hombre libre y, al llegar el *Shenandoah*, decidió de todo corazón ponerse a trabajar para comprar la libertad de su familia.

—La palabra de Snitker —dice Lacy— vale menos que el papel en que está escrita.

Ayer mismo —Marinus enciende una astilla con la vela y aspira hasta que la pipa cobra vida— Syako se enteró de que la promesa estaba rota y su libertad hecha añicos.

—El esclavo deberá permanecer aquí —dice el administrador— hasta la conclusión de mi mandato. En Deshima hay escasez de mano de obra.

—Entonces —el médico echa una nube de humo— ¿por qué les sorprende su estado de ánimo? La última vez que miré, siete más cinco suman doce: doce años. Syako llegó aquí con diecisiete años y no se irá antes de cumplir los veintinueve. Para entonces ya habrán vendido a su hijo y su mujer se habrá ido con otro.

—¿Cómo puedo «romper» una promesa que nunca hice? —objeta Vorstenbosch.

—Una observación lógica y muy aguda, señor —dice Peter Fischer.

—¡Yo no veo a mi mujer y a mis hijas —exclama Van Cleef— desde hace ocho años!

—Usted es un adjunto —Marinus se arranca de la manga una mancha de sangre seca— que está aquí para hacerse rico. Syako es un esclavo que está aquí para que sus amos tengan una vida más cómoda.

—¡Un esclavo es un esclavo —proclama Peter Fischer— porque hace un trabajo de esclavo!

—¿Qué tal —Lacy se hurga el oído con la púa del tenedor— una velada en el teatro, para subir el ánimo? Podíamos representar Otelo, quizás.

—¿No corremos el riesgo —pregunta Van Cleef— de perder de vista la cuestión

principal? ¿Que hoy un esclavo ha tratado de asesinar a dos de nuestros colegas?

—Otra excelente observación —señala Fischer— si se me permite decirlo, señor.

—Syako —Marinus junta los pulgares— niega haber atacado a sus agresores.

Fischer se recuesta en la silla y declara a la lámpara de araña: «¡Fa!».

—Syako dice que los dos amos blancos la emprendieron con él sin que los hubiese provocado.

—El aspirante a sacamantecas —afirma Fischer— es un mentiroso de la más negra especie.

—Los negros mienten —Lacy abre su caja de rapé— como los gansos cagan cieno.

—¿Por qué —Marinus coloca la pipa en su soporte— iba a querer Syako atacarlos?

—¡Los salvajes no necesitan motivos! —Fischer esputa en la escupidera—. La gente como usted, doctor Marinus, asiste a congresos y escucha con aprobación las monsergas que les endilga un «negro refinado» con chaleco y peluca sobre «el verdadero coste del azúcar que le echamos al té». Pero yo, yo, no soy un hombre criado en los jardines suecos, sino en las selvas de Surinam, donde uno ve al negro en su medio natural. Cuando le hagan a usted una de estas —Peter Fischer se desabrocha la camisa para mostrar una cicatriz de ocho centímetros encima de la clavícula— me viene y me cuenta que los salvajes también tienen alma sólo porque son capaces de recitar el padrenuestro, como cualquier loro.

Lacy mira atentamente, impresionado.

—¿Cómo consiguió ese souvenir?

—Mientras me recuperaba en Goed Accoord —responde Fischer, mirando con furia al médico—, una plantación en el Commewina, a dos días de Paramaribo navegando río arriba. Mi pelotón había ido a limpiar la cuenca de esclavos cimarrones que atacaban en bandas. Los colonos los llaman «rebeldes»: yo los llamo «alimañas». Habíamos incendiado muchas de sus madrigueras y campos de ñame, pero se nos echó encima la estación seca y aquello se convirtió en un infierno. Ni uno solo de mis hombres se libró del beriberi o de la tiña. Los negros de Goed Accoord se percataron de nuestra debilidad y, al amanecer del tercer día, llegaron sigilosamente hasta la casa y nos atacaron. Cientos de víboras salían reptando del fango seco o se descolgaban de los árboles. Con mosquetes, bayonetas y manos desnudas, mis hombres y yo les opusimos valerosa resistencia, pero cuando una maza me impactó en el cráneo caí redondo al suelo. Debieron de pasar horas y horas. Al recobrar el conocimiento me encontré atado de pies y manos. Tenía la mandíbula… ¿cómo se dice?… dislocada. Estaba en el salón, tirado en el suelo junto a una fila de hombres heridos. Algunos suplicaban misericordia, pero los negros no entienden ese concepto. Cuando llegó el cabecilla de los esclavos mandó a sus carniceros que nos arrancasen

el corazón para su banquete triunfal. Y así lo hicieron —Fischer agita su bebida en el vaso— lentamente, sin antes matar a las víctimas.

—¡Tanta barbarie y perversidad —declara Van Cleef— resulta inconcebible!

Vorstenbosch manda a Filandro y a Weh a por unas botellas de vino del Rin.

—Mis desventurados camaradas, el suizo Fourgeoud, Dejohnette y mi amigo del alma, Tom Isberg, sufrieron el calvario de Cristo. Sus gritos me obsesionarán toda la vida, así como las risotadas de los negros. Iban metiendo los corazones en un orinal, a escasos centímetros de donde yo estaba. La estancia apestaba a matadero; el aire estaba negro de moscas. Ya oscurecía cuando me llegó el turno. Yo era el penúltimo. Me arrojaron encima de la mesa. A pesar del pánico, me hice el muerto y recé a Dios para que se llevase mi alma cuanto antes. En ese momento, uno dijo: «*Son de go sleeby caba. Mekewe liby den tara dago tay tamara*». O sea, que estaba poniéndose el sol y que dejasen esos dos últimos «perros» para el día siguiente. Ya habían empezado los tambores, el festín y el fornicio, y como los carniceros no estaban dispuestos a perderse la jarana, uno de ellos me clavó a la mesa con una bayoneta, como una mariposa inmovilizada por el alfiler de un coleccionista, y me dejaron solo sin vigilancia.

Los insectos ensucian el aire que rodea a los candelabros formando un halo maléfico.

Una lagartija color óxido se para en la hoja del cuchillo de mantequilla de Jacob.

—Entonces me puse a rezar a Dios para que me diese fuerzas. Girando la cabeza podía coger la hoja de la bayoneta con los dientes y aflojarla lentamente. Perdí litros de sangre, pero me negaba a sucumbir al agotamiento. Conquisté mi libertad. Bajo la mesa estaba Joosse, el último superviviente de mi pelotón. Joosse era zelandés, como el escribano De Zoet…

Vaya por Dios, piensa Jacob, qué coincidencia tan oportuna.

—… y era un cobarde, lamento decir. Tenía tanto miedo que no se movía, hasta que mi razón se impuso a su pavor. Al abrigo de la oscuridad dejamos atrás Goed Accoord. Pasamos siete días abriéndonos camino con las manos desnudas a través de aquella pestilencia verde. No teníamos más alimento que los gusanos que nos crecían en las heridas. Joosse me rogó muchas veces que lo dejase morir, pero el sentido del honor me obligaba a proteger de la muerte a aquel zelandés pusilánime. Finalmente, gracias a Dios, llegamos al Fuerte Sommelsdyck, situado en la confluencia del Commewina y el Cottica. Estábamos más muertos que vivos. Mi superior me confesaría posteriormente que esperaba verme morir en cuestión de pocas horas. «La próxima vez no subestime a un prusiano», le dije. El gobernador de Surinam me impuso una medalla, y seis semanas después volví a Goed Accoord al frente de doscientos hombres. Nos vengamos con gloria de las alimañas, pero no soy de los que se vanaglorian de sus proezas.

Weh y Filandro vuelven con las botellas de vino del Rin.

—Qué historia tan edificante —dice Lacy—. Aplaudo su valor, señor Fischer.

—En la parte en la que se comían los gusanos —observa Marinus— se le ha ido un poco la mano con la pimienta.

—La incredulidad del doctor —Fischer se dirige a los superiores— nace de la actitud sentimental que tiene hacia los salvajes, lamento tener que decir.

—La incredulidad del doctor —Marinus mira la etiqueta del vino— es la reacción natural ante las patrañas jactanciosas.

—Sus acusaciones —replica Fischer— no merecen respuesta.

Jacob descubre que tiene un archipiélago de picaduras de mosquito en la mano.

—La esclavitud será una injusticia para algunos —dice Van Cleef— pero es innegable que todos los imperios se asientan en dicha institución.

—En ese caso —Marinus clava el sacacorchos—, al diablo con todos los imperios.

—¡Valiente comentario —declara Lacy— en boca de un funcionario colonial!

—Desde luego —concuerda Fischer—, y muy elocuente, por no decir jacobino.

—Yo no soy un «funcionario colonial»: soy un médico, estudioso y viajero.

—Usted anda en busca de su fortuna —dice Lacy—, por cortesía del Imperio Holandés.

—Mi tesoro es la botánica —dice el médico, descorchando la botella—. Las fortunas se las dejo a ustedes.

—Cuán «ilustrado», extravagante y francés. Nación que, por cierto, ha experimentado en sus propias carnes los peligros derivados de la abolición de la esclavitud. La anarquía hizo estragos en el Caribe: plantaciones saqueadas, hombres colgados de los árboles, y cuando París logró volver a encadenar a los negros, ya había perdido La Española.

—Sin embargo —interviene Jacob—, el Imperio Británico está abrazando la abolición.

Vorstenbosch mira a su exprotegido como si fuese un examinador.

—Los británicos —advierte Lacy— se traen entre manos alguna artimaña: el tiempo lo dirá.

—Y esos ciudadanos en sus estados del norte —dice Marinus—, que reconocen…

—¡Esas sanguijuelas yanquis —el capitán Lacy agita el cuchillo— engordan con nuestros impuestos!

—En el reino animal —dice Van Cleef—, los más favorecidos por la naturaleza devoran a los vencidos. Comparado con eso, la esclavitud es bastante clemente: las razas inferiores conservan la vida a cambio de su trabajo.

—¿Qué utilidad tiene —el médico se sirve un vaso de vino— un esclavo devorado?

El reloj de la sala de reuniones da las diez.

—Pese a mi enfado por lo sucedido en el depósito de cajas —Vorstenbosch llega a una conclusión—, acepto que usted, Fischer, y Gerritszoon actuaron en defensa propia.

—Le juro, señor —Fischer inclina la cabeza—, que no tuvimos más remedio.

Marinus hace una mueca mirando la copa de vino.

—Un regusto espantoso.

Lacy se alisa el bigote.

—¿Y qué nos dice de su esclavo, doctor?

—Eelattu, señor, no es más esclavo que su segundo de a bordo. Lo encontré en Jaffna hace cinco años, apaleado por una banda de balleneros portugueses que lo dieron por muerto. Durante su recuperación, la inteligencia del muchacho me convenció para ofrecerle el puesto de asistente de quirófano, a cambio de un salario que pago de mi bolsillo. Eelattu puede renunciar a su empleo cuando le venga en gana, con el saldo que le corresponda y un certificado de buenos servicios. ¿Hay algún marinero del *Shenandoah* que pueda decir lo mismo?

—Reconozco que los indios —Lacy se acerca al orinal— imitan bastante bien los modales civilizados; y he tenido a nativos de las islas del Pacífico y a chinos en la nómina del *Shenandoah,* así que sé de lo que hablo. Pero para los africanos… —el capitán se desabrocha los bombachos y procede a orinar en el recipiente—… la esclavitud es la mejor forma de vida: si se les dejase libres, en menos de una semana se morirían de hambre, salvo que asesinasen a familias blancas para saquearles la despensa. Sólo conocen el presente: no saben planificar, ni cultivar la tierra, ni inventar ni imaginar. —Se sacude las últimas gotas de orina y se mete la camisa por dentro de los bombachos—. Además —se rasca debajo del cuello de la camisa—, condenar la esclavitud es condenar las Sagradas Escrituras. Los negros descienden de Cam, el hijo de Noé que se acostó con su propia madre: por eso los camitas quedaron malditos. Está escrito en el Génesis, claro como la luz del día. «Maldito sea Canaán; siervo de siervos será a sus hermanos». La raza blanca, sin embargo, desciende de Jafet: «Engrandezca Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán su siervo». ¿O acaso miento, señor de Zoet?

Los ojos de todos se vuelven hacia el sobrino del párroco.

—Esos versículos en particular son problemáticos —dice Jacob.

—¿El escribano califica la palabra de Dios de «problemática»? —le zahiere Peter Fischer.

—El mundo sería más fácil sin esclavitud —responde Jacob— y…

—El mundo sería más fácil —apostilla con desdén Van Cleef— si los árboles diesen manzanas de oro.

—Querido señor Vorstenbosch —el capitán Lacy levanta la copa—, este vino del

Rin es de una cosecha excelente. El regusto es puro néctar.

# XI

## Almacén Eik

*Antes del tifón del 19 de octubre de 1799*

El viento arrastra al interior del almacén los ruidos de los operarios encargados de reforzar con listones, clavar maderas y arrear animales. Hanzaburo está de pie en el umbral, contemplando el oscurecimiento del cielo. En el escritorio, Ogawa Uzaemon traduce la versión japonesa del Conocimiento de Embarque 99b de la temporada comercial de 1797, relativo a la remesa de cristales de alcanfor. Jacob toma nota de las enormes discrepancias con los precios y cantidades consignadas en la versión holandesa. La firma que ratifica que el documento es «Un registro auténtico y fiel del envío» es la Melchior Van Cleef: el vigésimo séptimo asiento falsificado por el adjunto que Jacob descubre hasta la fecha. El escribano ha informado a Vorstenbosch de esta lista cada vez más nutrida, pero el celo con que el administrador emprendió la reforma de Deshimava va haciéndose más débil cada día que pasa. Las metáforas de Vorstenbosch han pasado de frases como «extirpar el cáncer de la corrupción» a «emplear lo mejor posible los medios de que disponemos», y, lo que tal vez sea el indicador más elocuente de la actitud del administrador, Arie Grote está cada día más ocupado y alegre.

—Pronto estará demasiado oscuro —dice Ogawa Uzaemon— para ver bien.

—¿Cuánto tiempo nos queda —pregunta Jacob— antes de tener que parar?

—Una hora más, con aceite en lámpara. Después tengo que marchar.

Jacob escribe una nota para pedirle a Ouwehand que le dé a Hanzaburo un bote de aceite del depósito de la oficina, y Ogawa se lo ordena en japonés. El chico sale a la calle y echa a andar con las ropas tironeadas por el viento.

—Últimos tifones de temporada —dice Ogawa— pueden atacar feudo de Hizen muy fuerte. Pensamos: Dioses, salvad Nagasaki de tifón malo este año, y después…

Ogawa imita con gestos un ariete.

—Las tormentas de otoño en Zelanda también son infames.

—Perdón —Ogawa abre su cuaderno—, ¿qué es «infame»?

—Algo infame es algo muy malo.

—Señor de Zoet dice —recuerda Ogawa— que isla suya es bajo nivel de mar.

—¿Walcheren? Sí, eso es. Los holandeses vivimos por debajo de los peces.

—Parar mar para inundar tierra —imagina Ogawa— es guerra antigua.

—«Guerra» es la palabra adecuada. A veces perdemos batallas… —Jacob repara en que tiene un poco de tierra debajo de la uña del pulgar, residuos de la hora que ha pasado esa mañana trabajando en el huerto de Marinus para terminar de saldar su

deuda—… y los diques se rompen. No obstante, aunque el mar sea el enemigo de los holandeses, también es el artífice y el… el «escultor» de su ingenio. Si la naturaleza nos hubiese concedido un suelo fértil y elevado como el de nuestros vecinos, ¿qué necesidad habríamos tenido de inventar la bolsa de Ámsterdam, las sociedades anónimas y nuestro imperio de intermediarios?

Los carpinteros se ensañan con los tablones del almacén Lelie, a medio construir.

Jacob decide sacar a colación un asunto delicado antes de que vuelva Hanzaburo.

—Señor Ogawa, cuando registró mis libros la mañana en que desembarqué, supongo que vería mi diccionario.

—Nuevo diccionario de la lengua holandesa. Libro muy excelente y raro.

—Imagino que a un estudioso japonés de mi idioma le sería de utilidad.

—Diccionario holandés es llave mágica para abrir muchas puertas cerradas.

—Es mi deseo, entonces… —titubea Jacob—… regalárselo a la señorita Aibagawa.

Las voces arrastradas por el viento llegan hasta ellos como ecos de un pozo profundo.

La expresión de Ogawa es severa e inescrutable.

—¿Cómo cree usted —tantea Jacob— que reaccionaría a un regalo así?

Los dedos de Ogawa pellizcan un nudo de su fajín.

—Mucha sorpresa.

—Pero no una sorpresa desagradable, espero.

—Tenemos proverbio. —El intérprete se sirve un cuenco de té—. «Nada más caro que objeto que no tiene precio». Cuando señorita Aibagawa recibe ese regalo, ella puede preocupar: «¿Cuál es precio verdadero si yo acepto?».

—Pero no existe ninguna obligación. Doy mi palabra de honor, ninguna en absoluto.

—Entonces… —Ogawa da un sorbo de té, rehuyendo la mirada de Jacob— ¿por qué señor de Zoet regala?

Esto es peor, piensa Jacob, que la charla con Orito en el huerto.

—Porque —el escribano se rebulle—… bueno, porque quiero hacerle un regalo, es decir, el origen de este impulso, lo que motiva al titiritero, por así decirlo, es, como diría el doctor Marinus, es, que es… uno de los grandes imponderables.

¿Qué galimatías incomprensible, dice la cara de Ogawa, estás soltando por la boca?

Jacob se quita las gafas, mira a la calle y ve a un perro levantando la pata.

—Libro es… —Ogawa ve a Jacob bajo un marco invisible—… ¿regalo de amor?

—Ya sé… —Jacob se siente como un actor al que obligan a salir a escena sin haber mirado siquiera el guión—… que ella… la señorita Aibagawa… no es una cortesana, que un holandés no es un marido ideal, aunque no soy pobre, gracias a mi

mercurio… pero bueno, todo eso no cuenta, y sin duda habrá quienes me considerarían el hombre más tonto del mundo…

Un lazo de músculo se retuerce bajo el ojo de Ogawa.

—Sí, podría calificarse de regalo de amor, pero si la señorita Aibagawa no siente nada por mí, no importa. Puede quedárselo igualmente. Pensar en que ella utiliza mi libro me… —haría feliz, pero Jacob es incapaz de completar la frase—. Si se lo entregase yo mismo en persona —explica—, los espías, inspectores y sus compañeros de curso se enterarían al instante. Y tampoco puedo pasarme por su casa una noche de estas. En cambio, un intérprete de su categoría, con un diccionario en la mano no suscitaría ninguna alarma… Ni tampoco, espero, podría considerarse contrabando, pues se trata de un simple regalo. De modo que… quería pedirle que le entregase el libro en mi nombre.

Twomey y el esclavo D'Orsaiy desmontan el aparatoso trípode en el patio de pesaje.

El hecho de que Ogawa no se sorprenda hace pensar que ya se esperaba esa petición.

—No hay nadie más en Deshima —dice Jacob— de quien pueda fiarme.

Desde luego que no, parece concordar el lacónico hum de Ogawa. No lo hay.

—Dentro del diccionario, metería… he metido una… bueno, una breve carta.

Ogawa levanta la cabeza e interpreta la frase con recelo.

—Una carta… para decirle que el diccionario será de ella para siempre, pero si… —ahora parezco, piensa Jacob, un frutero que engatusa a las amas de casa en el mercado—… ella quisiese… alguna vez… considerarme un patrón o, digamos, un protector, o… o…

—¿Carta es —el tono de Ogawa es brusco— para proponer matrimonio?

—Sí. No. No, a menos que… —Arrepentido de haber abordado el asunto, Jacob saca el diccionario de debajo del escritorio, envuelto en lona y atado con bramante—. Sí, maldita sea. Es una propuesta. Se lo ruego, señor Ogawa, ponga fin a mi tormento y entréguele este condenado chisme.

• • •

El viento es negro y tormentoso; Jacob cierra el almacén con llave y cruza la Plaza de la Bandera, cubriéndose los ojos del polvo y la arena. Ogawa y Hanzaburo han vuelto a sus casas cuando todavía era seguro andar por la calle. Al pie de la bandera, Van Cleef vocifera rabioso a D'Orsaiy, que, por lo que observa Jacob, está teniendo dificultades para trepar por el mástil.

—¡Si fuese para coger un coco lo harías en un santiamén, así que hazlo también por nuestra bandera!

El palanquín de un intérprete de alto rango atraviesa la plaza: lleva la ventanilla

cerrada.

Van Cleef repara en Jacob.

—La maldita bandera se ha hecho un nudo y no hay manera de arriarla… ¡Pero no voy a permitir que se haga trizas sólo porque a este haragán le da miedo subir a desenredarla!

El esclavo llega a la punta y, aferrándose con los muslos al mástil, desenreda la vieja tricolor de las Provincias Unidas para, acto seguido, cabello al viento, bajar deslizándose con el trofeo y entregárselo a Van Cleef.

—¡Ahora corre a ver qué uso puede hacer el señor Twomey de tu pellejo!

D'Orsaiy sale zumbando entre las casas del adjunto y del capitán.

—Se ha suspendido la revista. —Van Cleef dobla la bandera, se la mete en la chaqueta y va a guarecerse bajo un alero—. Coja un cuenco de lo que sea que haya cocinado Grote y váyase a casa. Mi nueva esposa prevé que el viento soplará el doble de fuerte en cuanto pase el ojo del tifón.

—Pensaba —Jacob señala la atalaya— subir a ver el panorama.

—¡Más le vale acortar la visita turística o saldrá volando hasta Kamchatka!

Van Cleef echa a andar arrastrando los pies por el callejón hasta llegar a su casa.

Jacob sube las escaleras de dos en dos. Nada más rebasar la altura de los tejados lo embiste el viento: se agarra con fuerza a la barandilla y se aplasta contra los tablones de la plataforma. Desde el campanario de Domburgo, Jacob ha visto muchas tormentas llegar al galope desde Escandinavia, pero un tifón oriental posee conciencia y encierra una amenaza. La luz del día se amorata; los bosques azotan las laderas prematuramente sumidas en la penumbra; la bahía negra enloquece bajo la marejada; pedazos de espuma salpican los tejados de Deshima; la madera gime y se lamenta. La tripulación del *Shenandoah* echa la tercera ancla; el segundo de a bordo, de pie en la cubierta de popa, vocifera inaudible. Al este, los mercaderes y marineros chinos también se afanan en proteger sus bienes. El palanquín del intérprete cruza la Plaza Edo, por lo demás desierta; la hilera de plátanos se pliega y da latigazos; no hay un solo pájaro en el cielo; los pescadores han arrastrado las barcas a la orilla y las han atado unas con otras. Nagasaki está atrincherándose para afrontar una noche de perros.

¿Cuál de esos cientos de tejados apiñados, pregunta Jacob para sus adentros, es el tuyo?

En el cruce, el comisario Kosugi está atando la soga de la campana.

Ogawa no va a entregar el diccionario esta noche, asume Jacob.

Twomey y Baert sellan con tablones la puerta y las ventanas de la Casa Jardín.

Mi regalo y mi carta son torpes y apresurados, admite Jacob, pero un cortejo más sutil es imposible.

Algo cae en el huerto y se hace pedazos…

Al menos ahora puedo dejar de maldecirme por mi cobardía.

Marinus y Eelattu porfían con unos árboles plantados en tiestos y una carretilla…

… Y veinte minutos después, dos docenas de manzanos jóvenes están a salvo en el pasillo del hospital.

—Yo… nosotros… —jadeando, el médico señala los arbolitos—… le debemos una.

Eelattu sube a oscuras y desaparece por la trampilla.

—Yo regué esos árboles. —Jacob recobra el aliento—. Me siento en el deber de protegerlos.

No había pensado en los daños que podría causar la sal del mar hasta que me lo advirtió Eelattu. Estos arbolillos los traje de Hakine: sin bautizar con los dos nombres en latín, podrían haber muerto todos. No hay peor tonto que un tonto anciano.

—Nadie se enterará —promete Jacob—, ni siquiera Klaas.

Marinus arruga la frente, piensa y pregunta:

—¿Klaas?

—El jardinero —Jacob se sacude el abrigo— de la casa de sus tías.

—¡Ah, Klaas! El querido Klaas se convirtió en abono hace ya muchos años.

El tifón aúlla como un millón de lobos; la lámpara de la buhardilla está encendida.

—Bueno —dice Jacob—, será mejor que me vaya corriendo a la Casa Alta antes de que resulte imposible.

—Quiera Dios que siga siendo alta mañana por la mañana.

Jacob empuja la puerta del hospital pero el viento la golpea con tanta fuerza que el escribano vuelve rebotado hacia dentro. Jacob y el médico se asoman al exterior y ven un barril que baja dando saltos por la Calle Larga en dirección a la Casa Jardín, donde se estrella y se hace trizas.

—Será mejor que se refugie en la buhardilla hasta que amaine —le propone Marinus.

—No querría molestarlo —responde Jacob—. Valora usted mucho su intimidad.

—¿De qué les serviría a mis alumnos su cadáver si corriese la misma suerte que ese barril? Suba usted delante, no sea que me caiga y nos estampemos los dos contra el suelo…

• • •

La lámpara sibilante revela el tesoro insepulto de las estanterías de Marinus. Jacob ladea la cabeza y entrecierra los ojos para leer los títulos: *Novum Organum*, de Francis Bacon; *Versuch die Metamorphose de Pflanzen zu erklären*, de Von Goethte;

la traducción de Antoine Galland de *Las mil y una noches*.

—La palabra impresa es alimento —dice Marinus— y se ve que tiene usted hambre.

El sistema de la naturaleza, de Jean-Baptiste Mirabaud: pseudónimo, como todo sobrino de pastor holandés sabe, del ateo barón d'Holbach; y Cándido, o el optimismo, de Voltaire.

—Herejía de sobra —señala Marinus— para aplastar la caja torácica de un inquisidor.

Jacob no contesta y, a continuación, se topa con *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, de Newton; las *Sátiras* de Juvenal; el *Infierno de Dante* en el original italiano; y un sobrio *Kosmotheeros*, de Christiaan Huygens, paisano de Jacob y del médico. Eso por lo que respecta a un solo estante de los veinte o treinta que ocupan toda una pared del ático. En el escritorio de Marinus hay un infolio: *Osteographia*, de William Cheselden.

—Mire quién le espera ahí dentro —dice el médico.



Jacob observa los detalles y el diablo planta una semilla. ¿Y si esta máquina de huesos, la semilla germina, fuese la totalidad de un hombre…?

El viento azota los muros como una avalancha de troncos rodantes.

… ¿y el Amor Divino no fuese más que un simple medio de producir maquinitas de huesos?

Jacob piensa en las preguntas que formuló el abad Enomoto en el transcurso de su único encuentro.

—Doctor, ¿cree usted en la existencia del alma?

Marinus prepara, se figura el escribano, una respuesta arcana y erudita.

—Sí.

—Entonces, ¿dónde… —Jacob señala el blasfemo esqueleto piadoso—… está?

—El alma es un verbo —el médico ensarta una vela encendida en un pincho—, no un nombre.

Eelattu trae dos vasos de cerveza amarga y unos higos dulces secos…

Cada vez que Jacob se convence de que el viento no puede soplar con más violencia sin arrancar el tejado de cuajo, el viento arrecia, pero el tejado no sale volando. Las vigas y viguetas se tensan, vibran y traquetean como un molino de viento en plena actividad. Una noche aterradora, piensa Jacob, pero hasta el terror puede acabar diluyéndose en monotonía. Eelattu remienda un calcetín mientras el doctor rememora su viaje a Edo con el difunto administrador Hemmij y el escribano jefe Van Cleef.

—Los dos se lamentaban de la ausencia de edificios comparables a San Pedro o Notre-Dame: pero el genio de la raza japonesa se manifiesta en sus vías y caminos. La carretera Tokaido, que va de Osaka a Edo —desde la barriga del Imperio hasta su cabeza, por así decirlo—, no tiene parangón en todo el orbe, afirmo, ni en la actualidad ni en la antigüedad. La carretera es una ciudad de sólo quince pies de ancho pero de trescientas millas alemanas de largo, bien drenada, bien mantenida y bien ordenada, servida por cincuenta y tres estaciones en las cuales los viajeros pueden contratar porteadores, cambiar de caballos y pasar la noche descansando o de juerga. ¿Y qué es lo mejor, lo más simple y lo más sensato de todo? Que todo el tráfico discurre por la izquierda, con lo cual las numerosas colisiones, congestiones y atascos que taponan las arterias europeas aquí no se conocen. En los tramos menos concurridos de la ruta yo sacaba de quicio a nuestros inspectores apeándome del palanquín y desarrollando actividades botánicas a la vera del camino. Encontré más de treinta especies nuevas para mi Flora japónica que pasaron inadvertidas para Thunberg y Kaempfer. Y para terminar, al final del todo, está Edo.

—Lugar que no habrán visto más de… ¿cuántos europeos? ¿Una docena?

—Menos. Si obtiene el puesto de escribano jefe antes de tres años, la verá con sus propios ojos.

No estaré aquí, espera Jacob, y entonces, desazonado, piensa en Orito.

Eelattu corta un hilo. A tan sólo una calle y un muro de distancia, el mar se retuerce.

—Edo es un millón de personas apiñadas en una retícula de calles que se extiende hasta donde se pierde la vista. Edo es un fragor tumultuoso de zuecos, telares, gritos, ladridos, lloros, susurros. Edo es un códice de todos los apetitos humanos y del medio

de satisfacerlos. Todo daimio que se precie debe mantener una residencia en Edo para su heredero y esposa favorita, y los más grandes de estos recintos son auténticas ciudades amuralladas. El Gran Puente de Edo, punto de referencia de todos los mojones del Japón, mide doscientos pasos de largo. Me habría metido en la piel de un nativo para vagar a placer por aquel laberinto de no ser porque, naturalmente, Hemmij, Van Cleef y yo nos vimos confinados a nuestra posada «por motivos de seguridad», hasta el día de nuestra entrevista con el shogun. El torrente de estudiosos y visitantes sirvió de antídoto contra la monotonía, sobre todo los que portaban plantas, bulbos y semillas.

¿Sobre qué cuestiones lo consultaban?

Médicas, eruditas, pueriles: «¿La electricidad es un fluido?»; «¿los extranjeros usan botas porque no tienen tobillos?»; «¿para cada número real $\varphi$ la fórmula de Euler garantiza universalmente la validez de la función exponencial compleja $e^{i\varphi} = \cos \varphi + i \operatorname{sen} \varphi$?»; «¿cómo podemos construir un globo aerostático?»; «¿se puede extirpar un seno canceroso sin que muera la paciente?»; y en una ocasión: «Dado que el diluvio universal nunca sumergió el Japón, ¿podemos deducir que es el país más elevado de todos?». Los intérpretes, funcionarios y posaderos exigían que se les permitiese consultar al Oráculo de Delfos, pero, como ya he señalado…

El edificio tiembla como en el terremoto: crujen todas las maderas.

—… encuentro un cierto consuelo —confiesa Marinus— en la impotencia del ser humano.

Jacob no consigue estar de acuerdo.

—¿Y qué me dice del encuentro con el shogun?

—Nuestro atuendo eran las rancias galas de un siglo y medio de usanza indumentaria: Hemmij iba ataviado con una levita de botones de perla, un chaleco morisco, un sombrero con pluma de avestruz y *tapijns* de color blanco sobre los zapatos, y Van Cleef y yo lucíamos parecidos adefesios: éramos un auténtico trío de pasteles franceses en descomposición. Llegamos en palanquines a las puertas del castillo y desde ahí continuamos a pie durante tres horas, recorriendo galerías, atravesando patios, franqueando puertas que daban a vestíbulos donde intercambiábamos ampulosas cortesías con funcionarios, consejeros y príncipes, hasta que por fin llegamos al salón del trono. Una vez allí, la pantomima de que la embajada a la corte es una embajada a la corte, y no una peregrinación de diez semanas destinada a rendir honores y lamer traseros, resulta imposible de mantener. El shogun —medio oculto tras un biombo— se sienta al fondo, en la parte elevada de la sala. Cuando su portavoz anunció: «Oranda capitán», Hemmij se arrastró como un cangrejo hacia el shogun, se arrodilló en el punto designado, acatando la prohibición de mirar siquiera a tan sublime figura, y esperó en silencio a que el generalísimo aplasta-bárbaros moviese un dedo. Un chambelán recitó un texto, invariable desde la

década de 1660, que nos prohíbe hacer proselitismo de la perversa fe cristiana o acercarnos a los juncos de los chinos o de los nativos de las islas Riu Kiu, y nos conmina a dar parte de cualquier complot contra el Japón que llegare a nuestros oídos. Hemmij retrocedió arrastrándose, y con eso concluyó la ceremonia. Esa noche, anoté en mi diario, Hemmij se quejó de retortijones, que después, en el camino de regreso, resultaron ser disentería; un diagnóstico incierto, lo confieso.

Eelattu ha terminado sus remiendos y desenrolla la ropa de cama.

—Una muerte horrible. No paraba de llover. El lugar se llamaba Kakegawa. «Aquí no, Marinus, así no», gemía. Y murió…

Jacob se imagina una tumba en suelo pagano, y su propio cadáver introducido en ella.

—… como si yo, precisamente yo, tuviese la capacidad de interceder ante el Altísimo.

El rugido del viento cambia de timbre, y ambos lo perciben.

—El ojo del tifón —Marinus mira hacia arriba— está justo encima de nosotros…

# XII

## Sala de Reuniones de la casa del administrador de Deshima

*Las diez y unos minutos del 23 de octubre de 1799*

—Somos todos personas muy ocupadas —Unico Vorstenbosch mira fijamente al intérprete Kobayashi, que está sentado en el extremo opuesto de la mesa de reuniones —, así que no se ande por las ramas y vaya al grano.

Una lluvia fina cuchichea en los tejados. Jacob moja la pluma en el tintero.

El intérprete Iwase traduce en atención al chambelán Tomine, portador del portapergaminos blasonado con una malvarrosa que acaba de llegar esa misma mañana procedente de Edo.

La traducción holandesa que ha hecho Kobayashi del mensaje de Edo está desenrollada hasta la mitad.

—¿Grano?

—¿Cuál —Vorstenbosch exagera su paciencia— es la oferta del shogun?

—Nueve mil seiscientos *piculs* —anuncia Kobayashi—. De mejor cobre.

9600, garabatea la plumilla de la pluma de Jacob, *piculs* cobre.

—Esta oferta —afirma Iwase Banri— es aumento bueno y grande.

Se oye balar a una oveja. Jacob no es capaz de imaginar qué estará pensando su patrón.

—¿Les pedimos veinte mil *piculs* —dice Vorstenbosch— y nos ofrecen menos de diez? ¿Qué pretende el shogun? ¿Insultar al gobernador Van Overstraten?

—Triplicar cuota en un solo año —Iwase no es nada tonto— no es insultar.

—¡No hay precedentes —Kobayashi opta por pasar al ataque— de generosidad como esta! Yo esfuerzo con toda alma durante muchas semanas para obtener resultado.

La mirada que Vorstenbosch lanza a Jacob significa: Eso no lo apuntes.

—Cobre puede llegar —dice Kobayashi— dentro de dos o tres días, si usted pide.

—Almacén es en Saga —añade Iwase—, ciudad-castillo de Hizen; es cerca. Yo sorprendo que Edo libera tanto cobre. Como Sumo Consejero dice en mensaje —añade señalando el pergamino—, casi todos almacenes son vacíos.

Con gesto escéptico, Vorstenbosch coge la traducción holandesa y empieza a leerla.

El péndulo del reloj cava el tiempo como la pala de un sepulturero.

Los ojos de Guillermo el Taciturno miran a un futuro que tuvo lugar hace mucho, mucho tiempo.

—¿Por qué esta carta —Vorstenbosch se dirige a Kobayashi por encima de sus

gafas de media luna— no hace mención alguna al cierre inminente de Deshima?

—Yo no era presente en Edo —contesta Kobayashi haciéndose el inocente— cuando escriben respuesta.

—Uno no puede sino preguntarse si su traducción de la carta original del gobernador Van Overstraten no estaría aderezada al estilo de sus famosas plumas de pavo real.

Kobayashi mira a Iwase como diciendo: ¿Has entendido ese comentario?

—Traducción —declara Iwase— tenía sello de cuatro intérpretes superiores.

—Alí Babá —dice entre dientes Lacy— tenía cuarenta ladrones: ¿significa eso que fuese un hombre honrado?

—Nuestra pregunta, señores, es la siguiente. —Vorstenbosch se pone en pie—. ¿Bastan nueve mil seiscientos *piculs* para aplazar doce meses la ejecución de la sentencia contra Deshima?

Iwase se lo traduce al chambelán Tomine.

Los aleros gotean; los perros ladran; Jacob siente bajo la media el escozor de un violento sarpullido.

—El *Shenandoah* tiene espacio de sobra para transportar todos los bienes de Deshima. —Lacy busca en el bolsillo de su chaqueta la caja de rapé tachonada de gemas—. Podemos empezar a estibarlos esta misma tarde.

—¿Deberíamos provocar la ira de nuestros patrones de Batavia —Vorstenbosch da un golpecito al barómetro— por aceptar este mísero aumento y mantener abierta Deshima, o… —Vorstenbosch se llega hasta el reloj de pared y examina con atención su venerable esfera—… abandonar esta factoría improductiva y privar a una isla asiática subdesarrollada de su único aliado europeo?

Lacy esnifa un pellizco enorme de rapé.

—¡Jesús! ¡Qué golpe maestro!

Kobayashi tiene la vista fija en la silla que Vorstenbosch ha dejado libre.

—Nueve mil seiscientos *piculs* —declara Vorstenbosch— sirven para aplazar un año la ejecución de la pena. Envíe un mensaje a Edo. Mande traer el cobre de Saga.

El alivio de Iwase al dar la noticia a Tomine salta a la vista.

El chambelán del magistrado asiente con la cabeza, como si cualquier otra decisión hubiese sido inaceptable.

Kobayashi hace su acostumbrada reverencia, siniestra y sardónica.

El administrador en jefe Unico Vorstenbosch —escribe Jacob— aceptó esta oferta…

—Pero el gobernador Van Overstraten —advierte el administrador— no aceptará una segunda negativa.

… pero advirtió a los intérpretes —añade la pluma del escribano— que el acuerdo no es definitivo.

—Debemos redoblar nuestros esfuerzos para que la Compañía obtenga una justa recompensa por los tremendos riesgos y los desorbitados gastos de esta factoría. Pero, por hoy, levantemos la sesión.

—Un momento, administrador, por favor —dice Kobayashi—. Otra buena noticia.

Jacob tiene la sensación de que en el salón ha entrado algo maligno.

Vorstenbosch se recuesta en la silla.

—¿Ah, sí?

—Yo insisto mucho a Magistratura sobre tetera robada. Yo digo: «Si no encontramos tetera, gran deshonor para nuestra nación». Así que chambelán Tomine manda muchos… —pide ayuda a Iwase—… sí, «agentes policiales», muchos agentes policiales para encontrar tetera. Hoy, en Corporación, cuando termino eso —Kobayashi señala su traducción de la respuesta del shogun—, mensajero llega de Magistratura. Tetera de jade de emperador Chongzhen es encontrada.

—¿Oh? Bien. ¿En qué… —Vorstenbosch trata de descubrir dónde está la trampa —… en qué estado?

—Perfecto estado. Dos ladrones confiesan crimen.

—Un ladrón —continúa Iwase— fabrica caja en palanquín de comisario Kosugi. Otro ladrón pone tetera dentro de caja en palanquín y pasa escondida por Puerta Terrestre.

—¿Cómo —pregunta Van Cleef— han capturado a los ladrones?

—Yo aconsejo —dice Kobayashi mientras Iwase explica al chambelán de qué se está hablando ahora— magistrado Ômatsu ofrecer recompensa y así ladrones ser traicionados. Mi plan da resultado. Tetera será entregada hoy. Hay mejores noticias: magistrado Ômatsu da permiso para ejecutar ladrones en Plaza de Bandera.

—¿Aquí? —La satisfacción de Vorstenbosch se empaña—, ¿en Deshima? ¿Cuándo?

—Antes de partida de *Shenandoah* —contesta Iwase—, después de revista de la mañana.

—Para que todos holandeses —dice Kobayashi con una sonrisa angelical— pueden ver justicia japonesa.

La sombra de una rata intrépida pasa trotando a lo largo del panel de papel encerado.

Usted pidió sangre, es el desafío de Kobayashi, por su preciosa tetera…

A bordo del *Shenandoah* suena la campana de guardia.

… ¿es ahora lo bastante hombre, el intérprete aguarda una respuesta, para aceptar la entrega?

En el tejado del almacén Lelie cesan los martillazos.

—Excelente —dice Vorstenbosch—. Transmita mi agradecimiento al magistrado

Ômatsu.

• • •

En el almacén Doorn, Jacob moja su pluma en el tintero y escribe sobre la hoja en blanco: Completa y verdadera investigación sobre el desgobierno de Deshima bajo las administraciones de Gijsbert Hemmij y Daniel Snitker, incluidas las correcciones de las cuentas falsas presentadas por los susodichos. Durante un instante se plantea añadir su nombre, pero descarta tan imprudente idea. Vorstenbosch, como patrón de Jacob que es, tiene todo el derecho a hacer pasar como suyo el trabajo de su subalterno. Y quizá, piensa el joven, sea más seguro así. Cualquier consejero de Batavia cuyos beneficios ilegales se vean reducidos merced a la Investigación de Jacob podría acabar de un plumazo con la carrera de un humilde escribano. Jacob coloca una hoja de papel secante encima del escrito y la oprime de manera uniforme.

Listo, piensa el escribano de ojos cansados.

Hanzaburo estornuda y se limpia la enrojecida nariz con un puñado de paja.

Una paloma zurea en el alféizar de la alta ventana.

La voz penetrante de Ouwehand pasa a toda velocidad por el Callejón del Flaco.

Cundiese o no la convicción de que Deshima estaba a punto de clausurarse, la noticia de esa mañana ha sacudido a la factoría de su letargo. El cobre —muchos cientos de cajas— llegará dentro de cuatro días. El capitán Lacy quiere verlo cargado en la bodega del *Shenandoah* dentro de seis, y zarpar de Nagasaki dentro de una semana, antes de que el invierno torne violentas y encrespadas las aguas del mar de la China. Los interrogantes que Vorstenbosch lleva todo el verano eludiendo con evasivas deberán resolverse a lo largo de los próximos días. ¿Cuántas mercancías privadas se les permitirá a los trabajadores embarcar en el *Shenandoah*: la mísera cuota oficial o la que se acostumbraron a aplicar bajo los predecesores de Vorstenbosch? Las negociaciones con los comerciantes se desarrollan con suma urgencia. ¿Quién será el próximo escribano jefe, con un salario más elevado y el control de la oficina de embarques, Peter Fischer o Jacob de Zoet? Y Vorstenbosch, se pregunta Jacob, metiendo el informe en su maletín, ¿usará mi Investigación para condenar únicamente a Daniel Snitker, o rodarán otras cabezas? El cónclave de contrabandistas que operan desde los almacenes de Batavia tiene amigos en instancias tan altas como el Consejo de Indias, pero el informe de Jacob ofrece pruebas suficientes para que un gobernador general de espíritu reformista los clausure todos.

Obedeciendo a un impulso, Jacob trepa a lo alto de la torre de cajas.

Hanzaburo emite un ¿eh?, y sigue roncando.

Desde la atalaya de William Pitt, Jacob ve arces flamígeros en las cansadas montañas.

Orito no asistió en la víspera al seminario del hospital…

Y Ogawa tampoco ha vuelto a Deshima desde el día del tifón.

Pero un regalo tan modesto, se dice Jacob para tranquilizarse, no puede haber provocado que la destierren…

El escribano cierra bien las ventanas, baja, coge el maletín, hace salir a Hanzaburo al callejón y echa la llave de la puerta del almacén.

Jacob llega al cruce justo a tiempo de encontrarse con Eelattu, que viene andando por la Calle Corta. El cingalés está sosteniendo a un chico demacrado que va vestido con unos pantalones de artesano holgados y atados en los tobillos, una chaqueta guateada y un sombrero europeo que lleva cincuenta años pasado de moda. Jacob repara en los ojos hundidos del joven, la tez lunar y los andares letárgicos, y piensa: Tisis. Eelattu da los buenos días a Jacob pero no le presenta a su acompañante, el cual, según se percata ahora el escribano, no es un japonés de pura cepa, sino un euroasiático con el cabello más castaño que negro y los ojos tan redondos como los suyos. El visitante no repara en él y dobla por la Calle Larga en dirección al hospital.

Filamentos de lluvia cruzan a la deriva el espacio encajonado entre muros.

—En mitad de la vida estamos en la muerte, ¿eh?

Hanzaburo da un respingo y a Jacob se le cae el maletín al suelo.

—Siento haberlo asustado, señor de Z.

Arie Grote no parece sentirlo mucho.

Al lado de Grote aparece Piet Baert con un voluminoso saco en la espalda.

—No se preocupe, señor Grote. —Jacob recoge el maletín—. Me repondré.

—Ya es más de lo que puede decir —Baert señala con la cabeza al euroasiático— ese pobre mestizo.

Como si le hubiesen dado una indicación, el joven renqueante tiene un inconfundible acceso de tos.

Un inspector ocioso llama a Hanzaburo desde la otra acera.

Jacob observa al euroasiático encorvarse y toser.

—¿Quién es?

Grote escupe al suelo.

—Shunsuke Thunberg, lo cual le hará preguntarse: «¿De quién es?», ¿eh? Su padre, por lo que he oído, fue un tal Carl Thunberg, de Suecia, que hace veinte años pasó aquí un par de temporadas trabajando de matasanos. Al igual que el doctor Marinus, parece ser que era un caballero instruido y amante de la botánica, pero, como puede ver, no se limitó a recolectar semillas, ¿eh?

Un perro con tres patas sorbe la flema del cocinero calvo.

—¿El señor Thunberg no hizo previsiones para el futuro de su hijo?

—Las hiciese o no —Grote se relame los dientes—, las «previsiones» exigen una

manutención y Suecia está tan lejos como Saturno, ¿eh? La Compañía trata con piedad a los bastardos de sus empleados, pero no se les permite salir de Nagasaki sin permiso, y el magistrado tiene la última palabra acerca de sus vidas y matrimonios y todo lo demás. Las mujeres ganan bastante, mientras les dura la belleza; los «corales de Murayama» las llaman los rufianes. Pero para los varones es más difícil: según he oído, Thunberg Junior se dedica a la cría de peces rojos, pero lo único que va a criar dentro de poco, salta a la vista, son gusanos.

Marinus y un estudioso japonés más anciano se aproximan procedentes del hospital.

Jacob lo reconoce de su visita a la Corporación de Intérpretes: es el doctor Maeno.

Por fin va remitiendo el ataque de tos de Shunsuke Thunberg.

Debería haberle ofrecido ayuda, piensa Jacob.

—¿El pobrecillo habla holandés?

—Qué va. Aún era un niño de teta cuando su papaíto se largó.

—¿Y su madre? Una cortesana, me imagino.

—Murió hace mucho. Bien, nos va a perdonar, señor de Z., pero hay tres docenas de pollos esperando en la aduana a que los carguen en el *Shenandoah*, y hace falta inspeccionarlos porque el año pasado la mitad estaban medio muertos, la otra mitad muertos del todo y tres de ellos eran palomas que el proveedor calificó de «gallinas japonesas raras».

—¡Criar gusanos! —Baert se echa a reír—. ¡Ahora caigo, Grote!

Algo empieza a patalear dentro del saco de Baert y Grote parece ansioso por marcharse.

—Andando, Rayo Aceitoso.

Se alejan rápidamente por la Calle Larga.

Jacob observa a Shunsuke Thunberg mientras lo ayudan a entrar al hospital.

Los pájaros son muescas en el cielo bajo. El otoño está envejeciendo.

A mitad de los dos tramos de escaleras que conducen a la residencia del administrador, Jacob se cruza con Ogawa Mimasaku, el padre de Ogawa Uzaemon, que baja hacia la calle.

—Buenos días —Jacob se hace a un lado—, intérprete Ogawa.

El anciano lleva las manos escondidas en las mangas.

—Escribano de Zoet.

—No veo al joven señor Ogawa desde hace… deben de ser ya cuatro días.

El rostro de Ogawa Mimasaku es más altivo y frío que el de su hijo.

Cerca de la oreja está creciéndole una mancha que parece de tinta.

—Mi hijo —dice el intérprete— está muy ocupado fuera de Deshima en estos

momentos.

—¿Sabe cuándo estará de vuelta en la Corporación?

—No, no lo sé.

El tono de rechazo es deliberado.

¿Se habrá enterado, se pregunta Jacob, del favor que le pedí a su hijo?

De la aduana llega el guirigay de las gallinas ultrajadas.

A veces, una piedra lanzada a la ligera, piensa nervioso el escribano, puede provocar una avalancha.

—Me preocupaba que estuviese enfermo, o… indispuesto.

Los sirvientes de Ogawa Mimasaku miran al holandés con desaprobación.

—Se encuentra bien —dice el anciano—. Le transmitiré su amable interés. Buenas tardes.

—Me encuentra usted… —Vorstenbosch está mirando un sapo hinchado dentro de un frasco—… departiendo tranquilamente con el intérprete Kobayashi.

Jacob mira alrededor antes de caer en la cuenta de que el administrador se refiere al sapo.

—Esta mañana me he dejado el sentido del humor en la cama, señor.

—Pero veo —Vorstenbosch mira el maletín de Jacob— que no se ha dejado su informe.

¿Qué significa ese cambio, se pregunta Jacob, de «nuestro informe» a «su informe»?

—La esencia, señor, ya la conoce usted gracias a nuestros encuentros periódicos…

—La ley exige detalles, no esencias. —El administrador extiende la mano para que se le entregue el libro—. Los detalles engendran hechos; y los hechos, juiciosamente presentados, se convierten en verdugos.

Jacob extrae la Investigación y se la pasa al administrador.

Vorstenbosch la sostiene en equilibrio sobre las manos, como si tratase de calcular su peso.

—Señor, si me disculpa, tengo curiosidad por…

—… saber qué cargo ocupará el año que viene, sí, pero tendrá que esperar, joven de Zoet, igual que todos los demás, hasta la cena de oficiales de esta noche. La cuota de cobre era el penúltimo ingrediente de mis planes de futuro, y este… —alza el libro —… este es el último.

• • •

Esa tarde, Jacob trabaja con Ouwehand en el despacho de los escribanos, haciendo una copia para el archivo del conocimiento de embarque de esa temporada. Peter Fischer no hace más que entrar y salir, irradiando aún más hostilidad de la

habitual.

—Señal —le dice Ouwehand a Jacob— de que da por hecho que el puesto de escribano jefe ya es tuyo.

La tarde llega acompañada de una lluvia constante y la brisa más fresca de la temporada, y Jacob decide darse un baño antes de la cena. Los pequeños baños de Deshima son contiguos a la cocina de la Corporación: los calderos de agua se calientan encima de placas cubiertas de cobre que sobresalen del muro de piedra, y la jurisprudencia permite a los intérpretes de más categoría usar las instalaciones a capricho, pese al precio desorbitado que la Compañía se ve obligada a pagar por el carbón y la leña. Jacob se desnuda en el camarín exterior y entra agachando la cabeza en el angosto cubículo lleno de vaho, poco mayor que un ropero de los grandes. Huele a madera de cedro. El calor húmedo inunda los pulmones de Jacob y le abre los poros obstruidos de la cara. Un único farol, empañado de vapor, le ofrece la suficiente luz como para reconocer a Con Twomey, que está en remojo en una de las dos bañeras.

—Así que es el sulfuro de Calvino —dice el irlandés en inglés— lo que le ha declarado la guerra a mis narices.

—Vaya, vaya —Jacob se echa agua tibia por encima—, si es el herético papista el primero en llegar al baño. Poco trabajo, ¿no?

—El tifón ha colmado todos mis deseos. Lo que me falta es la luz del día.

Jacob se restriega con un gurruño de trapo.

—¿Dónde está su espía?

—Ahogándose debajo de mi culo gordo. ¿Y su Hanzaburo?

—Poniéndose morado en la cocina de la Corporación.

—Bueno, teniendo en cuenta que el *Shenandoah* zarpa la semana que viene, más le vale cebarse mientras pueda. —Twomey se hunde hasta la barbilla como un *dugongo*—. Dentro de doce meses habré terminado mis cinco años de servicio…

—¿Está decidido —Jacob se da la vuelta para frotarse la ingle— a volver a casa?

Oyen a los cocineros hablando en la Corporación de Intérpretes.

—Creo que me vendría mejor empezar de cero en el Nuevo Mundo.

Jacob retira la tapa de madera de la bañera.

—Según Lacy —dice Twomey—, están expulsando a los indios al oeste de la Luisiana…

El calor penetra todos los músculos y huesos de Jacob.

—… y hacen falta hombres que no teman al trabajo duro. Los colonos necesitan carretas para el viaje y casas para cuando lleguen. Lacy cree que podría pagarme el viaje de Batavia a Charleston como carpintero de a bordo. No me apetece nada la guerra, ni que me obliguen a luchar por los ingleses. ¿Usted volvería a Holanda con la que está cayendo?

—No lo sé. —Jacob piensa en la cara de Anna junto a una ventana bañada por la lluvia—. No lo sé.

—Se convertirá usted en un magnate del café, seguro, con una plantación en Buitenzorg, o si no, en un príncipe mercante con flamantes almacenes a las orillas del Ciliwung…

—Mi mercurio no se cotizó tan alto, Con Twomey.

—Sí, pero con el Consejero Unico Vorstenbosch intercediendo en su favor…

Jacob se mete en la segunda bañera, pensando en su Investigación.

Unico Vorstenbosch, le gustaría poder decir al escribano, es un patrón voluble.

El calor le impregna las articulaciones y le quita las ganas de especular en voz alta.

—Lo que necesitamos, De Zoet, es fumar. Voy a por un par de pipas.

Con Twomey se levanta como un Neptuno achaparrado. Jacob se hunde hasta dejar fuera del agua sólo los labios, la nariz y los ojos.

Cuando vuelve el carpintero, Jacob tiene los ojos cerrados y está sumido en un tibio trance. Lo oye enjuagarse y volver a meterse en el agua. Twomey no hace mención al tabaco.

—Ni una triste hojita que fumar, ¿no? —murmura Jacob.

—Soy Ogawa, señor de Zoet.

Jacob da un brinco y el agua se desborda.

—¡Señor Ogawa! Pen… Pensaba que…

—Usted estaba tan tranquilo —dice Ogawa Uzaemon—, yo no quiero molestar.

—Me he encontrado con su padre hace un rato, aunque… —Jacob se seca los ojos, pero, entre la oscuridad vaporosa y la hipermetropía, su visión no mejora—. No he vuelto a verlo desde el tifón.

—Siento no poder venir. Muchas cosas ocurren.

—¿Consiguió… satisfacer mi petición, con relación al diccionario?

—Día después de tifón yo envió sirviente a residencia Aibagawa.

—Entonces, ¿no entregó usted el libro personalmente?

—Siervo de mucha confianza entrega diccionario. Él no dice: «Paquete es de parte de holandés De Zoet». Él explica: «Paquete es de hospital de Deshima». No era apropiado para mí ir allí. Doctor Aibagawa estaba enfermo. Visitar a esa hora es mala… ¿educación?

—Lamento oírlo. ¿Ya está mejor?

—Su funeral celebrado un día antes de ayer.

—Oh. —Eso, piensa Jacob, lo explica todo—. Oh. Entonces señorita Aibagawa…

Ogawa titubea.

—Hay malas noticias. Ella debe dejar Nagasaki…

Jacob permanece a la escucha mientras caen las gotas de vapor condensado.

—… por mucho tiempo, por muchos años. No volverá más a Deshima. De su diccionario, de su carta, de qué piensa, no tengo noticias. Lo siento.

—Al diablo el diccionario, pero… ¿adónde se va y por qué?

—Es autoridad de abad Enomoto. Hombre que compra mercurio de usted…

El hombre que mata serpientes por arte de magia. El abad se materializa en la memoria de Jacob.

—… él quiere que ella entra en templo de… —Ogawa titubea—… mujeres monjes. ¿Cómo decir?

—¿Monjas? No me diga que la señorita Aibagawa va a entrar en un convento.

—Especie de convento, sí… en monte Shiranui. Ella va allí.

—¿Para qué quieren unas monjas a una comadrona? ¿Ella quiere ir?

—Doctor Aibagawa tenía deudas grandes con prestamistas, para comprar telescopios, etcétera. —A Ogawa se le quiebra la voz de dolor—. Ser estudioso cuesta mucho. Su viuda ahora debe pagar deudas. Enomoto hace contrato, o trato, con viuda. Él paga deudas. Ella entrega señorita Aibagawa para convento.

—¡Pero eso equivale —protesta Jacob— a venderla como esclava!

—Costumbre japonesa —el tono de Ogawa suena impostado— es diferente de holandesa…

—¿Qué dicen los amigos de su difunto padre en la academia Shirandô? ¿Van a quedarse de brazos cruzados mientras una estudiosa de talento es vendida, como si fuese una mula, a una vida de servidumbre en lo alto de una montaña siniestra? Si fuese un hijo varón, ¿harían lo mismo? Enomoto también es un académico, ¿o no?

Del otro lado de la pared llegan las risas de los cocineros de la Corporación.

—Además —Jacob capta otra consecuencia—, yo le he ofrecido refugio aquí.

—No posible hacer nada. —Ogawa se pone en pie—. Ahora debo marchar.

—Entonces… ¿ella prefiere la cárcel a vivir aquí, en Deshima?

Ogawa sale de la bañera. Su rotundo silencio está cargado de reproche.

Jacob se da cuenta de lo maleducado que ha debido parecer a ojos del intérprete: Ogawa ha corrido un gran riesgo para tratar de ayudar a un extranjero con mal de amores que ahora se lo paga con resentimiento.

—Perdóneme, señor Ogawa, pero seguro que si…

La puerta corredera se abre y alguien entra silbando alegremente.

Una sombra aparta la cortina y pregunta en holandés:

—¿Quién anda ahí?

—Es Ogawa, señor Twomey.

—Buenas tardes tenga usted, señor Ogawa. Señor de Zoet, nuestra pipa tendrá que esperar. El administrador Vorstenbosch desea tratar de un asunto importante con usted en su despacho. Ahora mismo. Tengo la corazonada de que son buenas noticias.

• • •

—¿A qué viene esa cara tan larga, de Zoet? —Unico Vorstenbosch tiene delante la Investigación sobre el desgobierno de Deshima—. Enamorado perdido, ¿eh?

Jacob se horroriza sólo de pensar que hasta su patrón esté al corriente de su secreto.

—¡Es una broma, De Zoet! Nada más. Me dice Twomey que he interrumpido sus abluciones, ¿es verdad?

—Ya estaba terminando, señor.

—La limpieza es pariente de la santidad, o eso dicen.

—No reivindico santidad ninguna, pero el baño mantiene a raya los piojos; y las tardes resultan un poco más frescas.

—Está usted desmejorado, de Zoet. ¿No será que le asigné una tarea —Vorstenbosch tamborilea con los dedos sobre la Investigación— demasiado larga, demasiado exigente?

—Exigente o no, señor, el trabajo es el trabajo.

El administrador asiente con la cabeza, como un juez escuchando un testimonio.

—Espero que mi informe no lo haya defraudado, señor.

Vorstenbosch destapa una licorera de un madeira rubí.

Los sirvientes están poniendo la mesa en el comedor.

El administrador se llena el vaso pero no ofrece nada a Jacob.

—Hemos reunido pruebas minuciosas, meritorias e irrefutables del vergonzoso desgobierno de Deshima en los años noventa, pruebas que justificarán y ampliarán las medidas punitivas que tomé contra el exadministrador interino Daniel Snitker…

Jacob repara en el «hemos» y en la omisión del nombre de Van Cleef.

—… siempre que se las presentemos al gobernador Van Overstraten con el vigor necesario.

Vorstenbosch abre la vitrina situada a su espalda y coge otro vaso.

—No cabe duda —dice Jacob— que el capitán Lacy hará un buen trabajo.

—¿Por qué habría de importarle a un estadounidense que la Compañía sea corrupta si él saca tajada? —Vorstenbosch llena el vaso y se lo pasa a Jacob—. Anselm Lacy no es un cruzado; es un trabajador a sueldo. Una vez en Batavia, le entregaría diligentemente nuestra Investigación al secretario personal del gobernador general y se olvidaría del asunto. El secretario personal, con toda probabilidad, lo depositaría en un tranquilo canal, y pondría sobre aviso a las personas que usted nombra —y a los compinches de Snitker—, que afilarían sus cuchillos en espera de nuestro regreso. No. Los porqués y los cómos de la crisis de Deshima, sus correctivos y la justicia del castigo de Daniel Snitker debe explicarlos alguien cuyo futuro esté ligado al de la Compañía. Por consiguiente, De Zoet, yo —el administrador recalca el

pronombre de manera elocuente— volveré a Batavia en el *Shenandoah*, a solas, para exponer nuestros argumentos.

El reloj de Almelo resuena con fuerza en el silencio de la llovizna y el siseo de la lámpara.

—Y —Jacob mantiene un tono de voz firme e inexpresivo— ¿cuáles son sus planes para mí, señor?

—Usted será mis ojos y mis oídos en Nagasaki, hasta la próxima temporada comercial.

Sin protección, reflexiona Jacob, me comerán vivo en menos de una semana…

—Por tanto, nombraré a Peter Fischer nuevo escribano jefe.

El fragor de las consecuencias ahoga al reloj de Almelo.

Sin rango, piensa Jacob, seré como un perrillo faldero arrojado al foso de los leones.

—El único candidato para el cargo de administrador —está diciendo Vorstenbosch— es el señor Van Cleef…

Deshima, teme Jacob, está muy, muy lejos de Batavia.

—… pero ¿qué tal le suena «administrador adjunto Jacob de Zoet»?

# XIII

## Plaza de la Bandera de Deshima

*Revista matutina del último día de octubre de 1799*

—Es un pequeño milagro —Piet Bart alza los ojos al cielo— que haya dejado de llover…

—Pensé que iba a durar cuarenta días y cuarenta noches —dice Ivo Oost.

—La corriente ha arrastrado cadáveres río abajo —señala Wybo Gerritszoon—. He visto barqueros pescándolos con pértigas ganchudas.

—¿Señor Kobayashi? —Melchior Van Cleef alza la voz—. ¿Señor Kobayashi?

Kobayashi se da la vuelta y mira aproximadamente en dirección a Van Cleef.

—Tenemos mucho trabajo que hacer hasta terminar de cargar el *Shenandoah*: ¿a qué se debe este retraso?

—Inundación rompió puentes importantes en ciudad. Hoy hay mucha tardanza.

—Entonces —interviene Peter Fischer— ¿por qué el grupo no ha salido antes de la prisión?

Pero el intérprete Kobayashi ya le ha dado la espalda y está mirando hacia la Plaza de la Bandera. Convertida en patíbulo, la plaza alberga la concurrencia más nutrida que Jacob haya visto en Japón. Los holandeses, sentados de espaldas al mástil de la bandera, forman una media luna. En la tierra hay dibujado un rectángulo en cuyo interior se decapitará a los ladrones de la tetera. Enfrente, a la sombra de un toldo, hay una grada de tres alturas: en la fila de arriba están sentados el chambelán Tomine y una docena de altos funcionarios de la magistratura; la fila central la ocupan otros dignatarios de Nagasaki; en el escalón inferior se sientan los dieciséis intérpretes titulados, salvo Kobayashi, que está de servicio al lado de Vorstenbosch. Ogawa Uzaemon, a quien Jacob no había vuelto a ver desde el día de los baños, parece cansado. Tres sacerdotes sintoístas con túnicas blancas e historiados sombreros dirigen un rito de purificación que incluye cánticos y derramamiento de sal. A derecha e izquierda están los sirvientes; ochenta o noventa intérpretes sin rango; culis y jornaleros, felices de disfrutar del espectáculo a expensas de la Compañía; y un surtido de guardias, remeros y carpinteros. Cuatro hombres vestidos con harapos esperan junto a una carretilla. El verdugo es un samurái de ojos de halcón, acompañado de un asistente con un tambor. El doctor Marinus está de pie, a un lado, con sus cuatro alumnos varones.

Orito fue una fiebre, se recuerda a sí mismo Jacob. Y la fiebre ya ha pasado.

—En Amberes, los ahorcamientos son una fiesta más grande que esta —señala Baert.

El capitán Lacy mira la bandera y piensa en vientos y mareas.

Vorstenbosch pregunta:

—¿Vamos a necesitar remolcadores, capitán?

Lacy dice que no con la cabeza.

—Si esta brisa aguanta, tendremos viento de sobra.

—Los capitanes de los remolcadores tratarán igualmente de amarrarse a su barco.

—En ese caso, los muy piratas se encontrarán con un montón de maromas cortadas que sustituir, sobre todo si…

En la Puerta Terrestre, la multitud se agita, murmura más ruidosamente y se divide.

Los reos llegan dentro de dos mallas enormes colgadas de unas pértigas y transportadas por cuatro hombres cada una. Tras desfilar por delante de la tribuna, los descargan en el rectángulo y abren las redes. El más joven de los dos tiene sólo dieciséis o diecisiete años, y probablemente fuese guapo antes del arresto. El cómplice de más edad está maltrecho y tiritando. Los dos visten tan sólo una tela larga arrollada a la cintura y una cáscara hecha de sangre seca, llagas y cortes. Varios dedos de pies y manos son un bulto costroso de color granate. El comisario Kosugi, severo oficiante de la macabra ceremonia, desenrolla un pergamino. La muchedumbre enmudece. Kosugi empieza a leer un texto japonés.

—Es una declaración —explica Kobayashi a los holandeses— de acusación y confesión.

Cuando el comisario termina de leer, se dirige hacia la grada y hace una reverencia mientras el chambelán Tomine pronuncia unas palabras. El comisario se acerca entonces a Unico Vorstenbosch para transmitirle el mensaje del chambelán. Kobayashi traduce con notable laconismo:

—¿El administrador holandés concede perdón?

Cuatrocientos o quinientos ojos se clavan en Unico Vorstenbosch.

Ten piedad, ruega el adjunto De Zoet en aquel momento vertiginoso. Piedad.

—Pregunte a los ladrones —ordena Vorstenbosch a Kobayashi— si eran conscientes del probable castigo que acarrearía su delito.

Kobayashi dirige la pregunta al par de arrodillados.

El mayor de los dos ladrones no acierta a hablar. El más joven e insolente declara: «*Hai*».

—En ese caso ¿por qué habría yo de interferir en la justicia japonesa? Mi respuesta es: No.

Kobayashi traslada la frase al comisario Kosugi, que regresa con paso marcial hacia el chambelán Tomine. Una vez comunicado el veredicto, la multitud murmura su desaprobación. El ladrón joven le dice algo a Vorstenbosch, y Kobayashi pregunta:

—¿Desea usted que yo traduzco?

—Dígame qué ha dicho —ordena el administrador.

—El delincuente dice: «Recuerda mi cara cuando bebes té».

Vorstenbosch se cruza de brazos.

—Asegúrele que dentro de veinte minutos me habré olvidado de su cara para siempre. Dentro de veinte días, pocos de sus amigos recordarán sus facciones. Dentro de veinte meses, hasta su madre se preguntará cómo era la cara de su hijo.

Kobayashi traduce la frase con adusta fruición.

La frase llega a oídos de los espectadores más cercanos, que lanzan miradas aún más ceñudas al holandés.

—Mi traducción —asegura Kobayashi a Vorstenbosch— es muy fiel.

El comisario Kosugi ordena al verdugo que se prepare para cumplir con su deber mientras Vorstenbosch se dirige a sus compatriotas.

—Entre nuestros huéspedes, caballeros, los hay que esperan vernos atragantados con este plato de justa venganza: les ruego que los priven de ese placer.

—Perdone, señor —dice Baert—, pero no entiendo qué quiere decir.

—Que no hay que vomitar ni desfallecer —dice Arie Grote— delante del Huésped Amarillo.

—Justamente, Grote —dice Vorstenbosch—. Somos embajadores de nuestra raza.

Primero le toca al mayor de los ladrones. Tiene la cabeza dentro de un saco de tela. Se arrodilla.

El tambor toca un ritmo seco: el verdugo desenvaina la espada.

La orina oscurece el suelo bajo la temblorosa víctima.

Ivo Oost, sentado junto a Jacob, traza una cruz en la tierra con la punta del zapato.

En la otra punta de la Plaza Edo, dos o más perros desatan un frenesí de ladridos.

Gerritszoon masculla:

—Bueno, ahí llega mi linda…

La espada en ristre del verdugo reluce de tan pulida, pero está oscura de aceite.

Jacob oye un acorde, siempre presente pero rara vez perceptible.

El tamborilero redobla por cuarta o quinta vez.

Se oye el ruido de una pala que hiende la tierra…

… y la cabeza del ladrón, todavía dentro del saco, cae con un ruido sordo en la arena.

El muñón eyacula un chorro de sangre con un sonido sutil y sibilante.

El tronco se vence hacia delante y el agujero termina entre las rodillas del ladrón, vomitando sangre.

—Bravo, mi linda —dice Gerritszoon entre dientes.

He sido derramado como el agua, recita Jacob con los ojos cerrados, y la lengua se me pegó al paladar y me has puesto en el polvo de la muerte.

—Alumnos —ordena Marinus—, observen la aorta, la yugular y la médula

espinal; y fíjense cómo la sangre venosa es de un intenso color ciruela, mientras que la sangre arterial es escarlata como un hibisco maduro. Además, se diferencian por el sabor: la sangre arterial tiene un fuerte regusto metálico, mientras que la venosa es más afrutada.

—Por el amor de Dios, doctor —protesta Van Cleef—, ¿es necesario?

—Más vale que al menos alguien saque algún provecho de este inútil acto de barbarie.

Jacob repara en que Vorstenbosch se mantiene al margen. Peter Fischer hace una mueca.

—¿Salvaguardar la propiedad de la Compañía es un «inútil acto de barbarie»? ¿Y si el objeto robado fuese su preciado clavicémbalo, doctor?

—Pues me despediría de él. —Arrojan el cadáver decapitado a la carreta—. La sangre derramada atascaría las palancas y el tono nunca volvería a ser el mismo.

Ponke Ouwehand pregunta:

—¿Qué hacen con los cadáveres, doctor?

—La bilis se recoge para los boticarios, y los restos se desmembran para deleite del público de pago. Son las dificultades que deben afrontar los estudiosos del lugar para consolidar la cirugía y la anatomía…

Parece que el ladrón más joven rechaza la caperuza de tela.

Lo conducen hasta las manchas oscuras donde acaban de decapitar a su amigo.

El tamborilero da un primer golpe de tambor…

—El arte de desmochar tiene su intríngulis —dice Gerritszoon sin dirigirse a nadie en particular—: los verdugos deben tener en cuenta el peso del cliente, y la época del año, porque en verano los cuellos tienen más grasa que al final del invierno, y también se fijan en si la piel está mojada por la lluvia o no…

El tamborilero toca el tambor por segunda vez…

—Un filósofo parisino —cuenta el doctor a sus alumnos—, sentenciado a la guillotina durante el reciente Terror…

El tamborilero toca el tambor por tercera vez…

—… llevó a cabo un experimento interesante: había acordado con su ayudante que empezaría a pestañear según cayese la cuchilla…

El tamborilero toca el tambor por cuarta vez.

—… y seguiría pestañeando mientras pudiese. Contando los parpadeos, el asistente podría calcular la efímera vida de una cabeza cortada.

Cupido entona unas palabras en malayo, tal vez para conjurar el mal de ojo.

Gerritszoon se vuelve y le dice:

—Corta esa murga de negro, muchacho.

El adjunto Jacob de Zoet no es capaz de volver a mirar.

Se mira los zapatos y en la punta de uno de ellos ve una salpicadura de sangre.

El viento sopla a través de la Plaza de la Bandera, suave como el ribete de una túnica.

• • •

—Lo que nos lleva —dice Vorstenbosch— casi al final del asunto…

Según el reloj de Almelo, son las once en punto en el despacho del administrador saliente.

Vorstenbosch deja a un lado el último haz de papeles; saca los documentos de la comisión; moja la pluma en el tintero y firma el primer documento.

—Que la fortuna le sonría durante su mandato, Melchior Van Cleef, administrador en jefe de la factoría de Deshima…

La barba de Van Cleef se encoge mientras su propietario sonríe.

—Gracias, señor.

—… y por último pero no por ello menos importante —Vorstenbosch firma el segundo documento—, Jacob de Zoet administrador adjunto en jefe. —Deja la pluma en su sitio—. Y pensar, De Zoet, que en abril no era usted más que un humilde escribano destinado a un pozo pantanoso de Halmahera.

—Una tumba a cielo abierto. —Van Cleef da un soplido. Si te salvas de los cocodrilos, te mata la malaria. Si te salvas de la malaria, una flecha envenenada te manda al otro barrio. Le debe usted al señor Vorstenbosch no sólo un futuro brillante, De Zoet, sino la mismísima vida.

Y tú, desfalcador, piensa Jacob, le debes haberte librado de correr la misma suerte que Snitker.

—La gratitud que siento por el señor Vorstenbosch es tan profunda como sincera.

—Tenemos tiempo para un pequeño brindis. ¡Filandro!

Entra Filandro con una bandeja de plata en la que lleva en equilibrio tres copas de vino de tallo largo.

Cada uno coge una copa y entrechocan los bordes.

Tras vaciar la suya, Vorstenbosch hace entrega a Melchior Van Cleef de las llaves de los almacenes Eik y Doorn, y de la caja de caudales que contiene el permiso comercial emitido quince décadas antes por el gran shogun.

—Ojalá Deshima prospere bajo su custodia, administrador Van Cleef. Le dejo en herencia un adjunto competente y prometedor. Es mi deseo que para el año que viene hayan superado mis logros y hayan arrancado veinte mil *piculs* de cobre a nuestros mezquinos huéspedes de ojos rasgados.

—Si es humanamente posible —promete Van Cleef—, lo haremos.

—Rezaré por que tenga un buen viaje, señor —dice Jacob.

—Gracias. Y ahora que ya está zanjada la cuestión sucesoria… —Vorstenbosch se saca un sobre del bolsillo de la chaqueta y despliega un documento—… los tres

oficiales superiores de Deshima pueden firmar la Relación de Mercancías Exportadas, como el gobernador Van Overstraten nos pide insistentemente que hagamos.

El administrador saliente escribe su nombre en el primer espacio en blanco, bajo las tres páginas que ocupa la lista de las mercancías de la Compañía cargadas en la bodega del *Shenandoah*, divididas en «Cobre», «Alcanfor» y «Otros», y subdivididas en lotes, cantidades y calidades.

Van Cleef firma sin mirar el registro que él mismo ha compilado.

Jacob coge la pluma que le tienden y, por deformación profesional, examina las cifras: es el único documento de esa mañana que no ha escrito de su puño y letra.

—Adjunto —le reprende Van Cleef—, ¿no querrá hacer esperar al señor Vorstenbosch?

—La Compañía, señor, desea que sea minucioso en todas mis tareas.

Jacob nota que su observación es acogida con un silencio helado.

—El sol —dice Van Cleef— está ganando su batalla cotidiana, señor Vorstenbosch.

—Así es. —Vorstenbosch apura su copa—. Si la intención de Kobayashi era echarnos un mal de ojo con las ejecuciones de esta mañana, ha vuelto a salirle el tiro por la culata.

Jacob encuentra un error garrafal. Total de cobre exportado: 2600 *piculs*.

Van Cleef se aclara la garganta.

—¿Algún problema, adjunto?

—Señor… aquí, en la columna de los totales. El «nueve» parece un «dos».

Vorstenbosch declara:

—La suma está perfectamente en orden, De Zoet.

—Pero, señor, estamos exportando nueve mil seiscientos *piculs*.

El tono desenfadado de Van Cleef está preñado de amenaza:

—Firme el documento y punto, De Zoet.

Jacob mira a Van Cleef y este mira fijamente a Jacob, que se vuelve hacia Vorstenbosch.

—Señor, quien no conociese su reputación de hombre íntegro podría ver esta suma y… —le cuesta encontrar una forma diplomática de decirlo—… y no sería extraño que pensase que siete mil *piculs* de cobre se han omitido deliberadamente del recuento.

La expresión de Vorstenbosch es la de un padre que ha decidido no permitir que su hijo vuelva a ganarle al ajedrez.

—¿Pretende usted —a Jacob le tiembla levemente la voz— robar ese cobre?

—«Robar» es lo que hacía Snitker, muchacho. Yo reclamo mi legítima comisión.

—¡Pero «legítima comisión» —espeta Jacob— es justamente la frase que acuñó

Snitker!

—Por el bien de tu carrera, no me compares con esa rata de embarcadero.

—No soy yo quien lo compara, señor, —Jacob da un golpecito a la lista de mercancías—. Es esto.

—Las truculentas decapitaciones que hemos presenciado esta mañana —dice Van Cleef— le han ofuscado las entendederas, señor de Zoet. Por fortuna, el señor Vorstenbosch no es una persona rencorosa, de modo que discúlpese por su impetuosidad, ponga su nombre en ese pedazo de papel y olvidemos esta discordia.

Vorstenbosch está contrariado pero no contradice a Van Cleef.

Unos rayos de sol débiles se filtran por los paneles de papel de la ventana del despacho.

¿Qué miembro de los De Zoet de Domburgo, piensa Jacob, ha prostituido jamás su conciencia?

Melchior Van Cleef huele a agua de colonia y a grasa de cerdo.

—¿Qué ha sido de la frase —pregunta Van Cleef— «la gratitud que siento por el señor Vorstenbosch es tan profunda como sincera», eh?

Una moscarda está ahogándose en su vino. Jacob rompe la lista en dos pedazos…

… y después, en cuatro. El corazón se le sale del pecho, como a un asesino que acabase de cometer un crimen.

Seguiré oyendo ese ruido a papel rasgado, se dice Jacob, hasta que me muera.

El reloj de Almelo remacha el tiempo con sus minúsculos martillos.

—Pensaba que De Zoet —dice Vorstenbosch dirigiéndose a Van Cleef— era un joven sensato.

—Y yo pensaba que usted —replica Jacob a Vorstenbosch— era un hombre digno de ser emulado.

Vorstenbosch coge el documento de comisión de Jacob y lo rompe en dos…

… y después en cuatro.

—Espero que le guste la vida en Deshima, De Zoet, porque será la única que conozca durante los próximos cinco años. Señor Van Cleef, ¿a quién elige usted de adjunto, a Fischer o a Ouwehand?

—No hay mucho donde escoger. No querría a ninguno de los dos. Pero que sea Fischer.

En la Sala de Reuniones, Filandro dice:

—Perdón, pero maestros son todavía ocupados.

—Fuera de mi vista —dice Vorstenbosch a Jacob sin mirarlo.

—Pongamos que el gobernador Van Overstraten —especula Jacob en voz alta— se enterase de…

—Tú amenázame, zelandés meapilas de mierda —contraataca Vorstenbosch sin perder la calma—, y si a Snitker lo hemos desplumado, a ti te descuartizaremos.

Dígame, administrador Van Cleef: ¿cuál es el castigo previsto por falsificar una carta del Excelentísimo Gobernador General de las Indias Orientales Holandesas?

Jacob siente una repentina flaqueza en muslos y pantorrillas.

—Depende de los motivos y circunstancias, señor.

—¿Y si se tratase de un escribano sin escrúpulos que envía una carta falsa a nada menos que el shogun del Japón, amenazándolo con abandonar el venerable enclave de la Compañía si no se envían veinte mil *piculs* de cobre a Nagasaki, cobre que él pretende manifiestamente vender por su cuenta, de lo contrario, por qué habría de ocultar a sus colegas tamaña fechoría?

—Veinte años de cárcel, señor —dice Van Cleef—, sería la sentencia más clemente.

—Esta… —Jacob lo mira fijamente—… trampa ¿la tenía planeada ya en julio?

—Hay que precaverse contra las decepciones. Te he dicho que te largues.

Volveré a Europa, comprende Jacob, igual de pobre que cuando llegué.

Cuando Jacob abre la puerta del despacho, Vorstenbosch llama a Filandro.

El malayo finge no haber estado fisgando por el ojo de la cerradura.

—¿Patrón?

—Ve ahora mismo a buscar a Fischer. Tenemos buenas noticias para él.

—¡Yo se lo diré a Fischer! —grita Jacob por encima del hombro—, ¡que se termine él mi vino!

• • •

«No te inquietes a causa de los malignos, ni envidies a quienes cometen iniquidad». Jacob estudia el salmo trigésimo séptimo. «Pues como hierba serán pronto cortados y como hierba verde se secarán. Confía en el Señor y haz el bien; y habitarás en la tierra y te apacentarás…». La luz del sol oxida las dependencias del primer piso de la Casa Alta.

La Puerta Terrestre ya está cerrada hasta la próxima temporada comercial.

Peter Fischer se mudará a la espaciosa residencia del adjunto.

Después de quince semanas fondeado, el *Shenandoah* largará las velas con su tripulación ansiosa de mar abierto y de una talega bien llena en Batavia.

No te compadezcas, piensa Jacob. Al menos mantén la dignidad.

Los pasos de Hanzaburo suben por las escaleras. Jacob cierra el salterio.

Hasta el mismísimo Daniel Snitker no verá la hora de que empiece la travesía…

… al menos, en la cárcel de Batavia podrá gozar de la compañía de su mujer y sus amigos.

Hanzaburo se entretiene en su cuchitril de la antesala.

Orito ha preferido el encarcelamiento en un convento, le susurra la soledad…

Un pájaro posado en el laurel entona un motivo lento y melodioso.

… antes que casarse contigo en Deshima. Los pasos de Hanzaburo bajan por las escaleras.

Jacob está preocupado por las cartas que ha escrito a Anna, a su hermana y a su tío.

Vorstenbosch las expedirá, se teme, por la letrina del *Shenandoah*.

Hanzaburo se ha marchado, repara el escribano raso, sin siquiera despedirse.

Una única versión de su caída en desgracia llegará primero a Batavia, después a Roterdam.

«El Oriente», opinará el padre de Anna, «pone a prueba el verdadero carácter de un hombre».

Jacob calcula que ella no tendrá noticias de él hasta enero de 1801.

Hasta entonces, todo soltero de Roterdam, rico y en celo, le hará la corte…

Jacob vuelve a abrir el salterio, pero está demasiado agitado hasta para los versos de David.

Soy un hombre honrado, piensa, pero mira de lo que me ha servido la honradez.

Salir es intolerable. Quedarse en casa es intolerable.

Los demás pensarán que te da miedo dar la cara. Se pone la chaqueta.

En el último escalón Jacob pisa algo resbaladizo, se cae de espaldas…

… y se golpea el cóccix en el canto de un peldaño. Con la vista, y con el olfato, percibe que la causa del accidente ha sido un voluminoso zurullo humano.

La Calle Larga está desierta salvo por dos culis que sonríen al paso del extranjero pelirrojo y se llevan los índices a la cabeza para hacer el gesto del cornudo.

El aire bulle de insectos, nacidos de la tierra húmeda y el sol de otoño.

Arie Grote baja al trote las escaleras de la residencia del administrador Van Cleef.

—El señor de Z. brilló por su ausencia, ¿eh?, en la despedida de Vorstenbosch.

—Él y yo ya nos habíamos despedido antes.

Jacob se encuentra el paso bloqueado.

—¡La mandíbula se me cayó hasta aquí —Grote hace una demostración— cuando me enteré de la noticia!

—Veo que su mandíbula ha vuelto a la posición de siempre.

—Así que va a cumplir su sentencia en la Casa Alta y no en la residencia del adjunto… «Una divergencia de opiniones en cuanto al papel del adjunto», me imagino, ¿eh?

Jacob no tiene adonde mirar salvo las paredes, las alcantarillas o la cara de Arie Grote.

—Lo que significa, me cuentan los soplones, que se negó usted a firmar esa relación irregular, ¿eh? La honradez es un hábito caro. La lealtad no es una cuestión simple. ¿No se lo advertí? Mire, señor de Z., un fulano peor intencionado, resentido

por la pérdida de su querida baraja de naipes, podría estar tentado de regodearse un poco con la desgracia de su adversario…

Syako pasa cojeando con el tucán en la jaula.

—… pero creo que voy a concederle el regodeo a Fischer. —El correoso cocinero se lleva la mano al corazón—. Bien está lo que bien acaba, digo yo. El señor V. me ha dejado embarcar toda mi mercancía por un diez por ciento de comisión: el año pasado Snitker me pedía la mitad por un rincón mugriento del Octavia, el muy usurero. Y en vista de la suerte que corrió el barco, ¡menos mal que no acepté! El fiable *Shenandoah* —Grote señala con la cabeza la Puerta Marítima— zarpará cargado con el fruto de tres años de honrados esfuerzos. El administrador V. me ha dado incluso una quinta parte de las cuarenta y ocho docenas de estatuillas de porcelana de Imari en lugar de mi porcentaje de intermediario.

Los cubos del hombre que recoge los excrementos de las casas se balancean en la pértiga y ensucian el aire.

—Me pregunto —dice Grote pensando en voz alta— si los guardianes los registrarán con mucho ahínco.

—¿Cuarenta y ocho docenas de estatuillas? —Jacob asimila la cantidad—, ¿no veinticuatro?

—Cuarenta y ocho, sí. En la subasta saldrán por un dineral. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. —Vorstenbosch mintió, piensa Jacob, desde el principio—. Bien, si no hay nada que pueda hacer por usted…

—A decir verdad —Grote se saca un fardo del jubón—, se trata más bien de lo que yo…

Jacob reconoce su tabaquera, la que Orito le dio a William Pitt.

—… pueda hacer por usted. Este objeto bien cosido es suyo, me parece.

—¿Pretende pedirme dinero por mi propia petaca?

—Sólo estoy devolviéndosela a su legítimo propietario, señor de Z., sin cobrarle absolutamente nada…

Jacob espera a que Grote establezca el verdadero precio.

—… aunque podría ser el momento oportuno para recordarle que un tipo listo vendería cuanto antes las dos últimas cajas de polvillos para la sífilis a Enomoto. Los juncos chinos volverán cargados hasta los topes con todo el mercurio disponible en su… ámbito de comercio, y, entre nosotros, ¿eh?, los señores Lacy y Vorstenbosch mandarán el año que viene una tonelada del producto, y cuando el mercado se inunda, los precios se resienten.

—No se lo venderé a Enomoto. Encuentre otro comprador. Uno cualquiera.

—¡Escribano De Zoet! —Peter Fischer sale con paso decidido del Callejón Trasero y aparece en la Calle Larga irradiando espíritu de revancha—. Escribano de Zoet. ¿Qué es esto?

—En holandés lo llamamos «pulgar».

Jacob aún no consigue decir «señor».

—Sí, ya sé que es un pulgar. Pero ¿qué tengo en el pulgar?

—Yo diría —Jacob nota que Arie Grote se ha esfumado— que es polvo.

—Los escribanos y peones —Fischer se acerca a Jacob— me tratan de «adjunto Fischer» o de «señor». ¿Entiende?

Dos años de esto, calcula Jacob, se convertirán en cinco si lo ascienden a administrador.

—Lo entiendo muy bien, adjunto Fischer.

Fischer exhibe la sonrisa triunfante de César.

—¡Polvo! Sí. Polvo. Está en las estanterías de la oficina de los escribanos. Así que le ordeno que lo limpie.

—Normalmente —Jacob traga saliva—, señor, uno de los sirvientes…

—Ah, sí, pero yo le ordeno a usted —Fischer le clava el pulgar sucio a Jacob en el esternón— que limpie las estanterías ahora mismo, porque sé que no le gustan los esclavos ni los sirvientes ni las desigualdades.

Una oveja, huida del redil, se pasea tranquilamente por la Calle Larga.

Quiere que le dé un puñetazo, piensa Jacob.

—Las limpiaré luego.

—Debe usted dirigirse al adjunto como adjunto Fischer, en todas las ocasiones.

Años de esto por delante, piensa Jacob.

—Las limpiaré luego, adjunto Fischer.

Protagonista y antagonista se miran fijamente; la oveja se agacha y mea.

—Le ordeno que limpie las estanterías ahora mismo, escribano De Zoet. De lo contrario…

Jacob sabe que no logrará contener esa furia que le deja sin respiración, así que se aleja.

—¡Ya hablaré de su insolencia —exclama Fischer a su espalda— con el administrador Van Cleef!

—Hay un largo camino —Ivo Oost está fumando en un portal— hasta tocar fondo…

—¡Su salario —grita Fischer a su espalda— lo autorizo yo con mi firma!

Jacob sube a la atalaya, rezando por que no haya nadie en la plataforma.

Tiene la rabia y la autocompasión clavadas en la garganta como espinas de pescado.

Al menos esta plegaria, piensa al llegar a la plataforma desierta, me ha sido atendida.

El *Shenandoah* ya está a media milla de distancia, en mitad de la bahía de

Nagasaki. Los remolcadores lo siguen como patitos no deseados. La bahía cada vez más estrecha, los nubarrones y las velas infladas del bergantín hacen pensar en un barquito en miniatura a punto de ser extraído por el cuello de una botella.

Ahora entiendo, piensa Jacob, porque tengo toda la atalaya para mí.

El *Shenandoah* descarga una andanada para saludar a los puestos de vigilancia.

¿Qué prisionero quiere ver cómo se cierra la puerta de su mazmorra?

El viento arranca pétalos de humo de las portañolas del *Shenandoah*…

… y los cañonazos reverberan, como la tapa de un clavicémbalo cerrada con violencia.

El escribano hipermétrope se quita las gafas para ver mejor.

La mancha color burdeos que se divisa en la cubierta de popa es sin duda el capitán Lacy…

… luego la de color verde oliva ha de ser por fuerza el Incorruptible Unico Vorstenbosch. Jacob se imagina a su expatrón usando la Investigación sobre el desgobierno de Deshima para chantajear a los oficiales de la Compañía. «La ceca de la Compañía», podrá argumentar ahora Vorstenbosch de un modo de lo más convincente, «requiere un director de mi experiencia y discreción».

En tierra, los ciudadanos de Nagasaki observan la partida del barco holandés sentados en los tejados, y sueñan con su puerto de destino. Jacob piensa en los compañeros de viaje que tiene en Batavia; en los colegas de las diversas oficinas en las que trabajó de escribano consignatario; en sus compañeros de colegio de Midelburgo y los amigos de la infancia de Domburgo. Mientras ellos recorren el mundo en busca de su camino y de una esposa de buen corazón, yo pasaré el vigésimo sexto, vigésimo séptimo, vigésimo octavo, vigésimo noveno y trigésimo año de mi vida —los últimos mejores años de mi existencia— atrapado en una factoría agonizante, con la única compañía de los desechos que el mar arrastre a la orilla.

Abajo, fuera del campo visual, una ventana se abre a regañadientes en la casa del adjunto.

—Cuidado con la tapicería, animal… —ordena Fischer.

Jacob mira dentro de su tabaquera en busca de un trozo de hoja pero no le queda nada.

—… o usaré tu pellejo color mierda para repararla, ¿te parece?

Jacob se imagina que vuelve a Domburgo y encuentra gente desconocida en la casa parroquial.

En la Plaza de la Bandera, los sacerdotes ofician ritos de purificación en el patíbulo.

«Si no paga a sacerdote», Kobayashi advirtió ayer a Van Cleef, cuando el futuro de Jacob era plateado, por no decir dorado, «espíritus de ladrones no encuentran

reposo y convierten en demonio y ningún japonés entra nunca más en Deshima».

Las gaviotas de pico ganchudo se baten en duelo encima de un esquife que recoge las redes de pesca.

Pasan los minutos y, al bajar la mirada hacia la bahía, Jacob llega justo a tiempo de ver cómo desaparece el bauprés del *Shenandoah* detrás de Tempelhoek…

Acto seguido es el castillo de proa el devorado por el promontorio rocoso, y los tres mástiles…

… hasta que la bocana queda tan azul y tan vacía como el tercer día de la Creación.

Una voz potente de mujer saca a Jacob de su modorra. Está cerca, y suena furiosa, o asustada, o las dos cosas a la vez. Intrigado, el holandés mira alrededor para encontrar el origen del alboroto. En la Plaza de la Bandera, los sacerdotes siguen salmodiando preces por los ajusticiados.

La Puerta Terrestre está abierta para dejar salir de Deshima al buey del aguador.

Al otro lado del portón, Aibagawa Orito discute con los guardias.

La atalaya se tambalea: Jacob se sorprende tumbado boca abajo en la plataforma, fuera de la visual de ella.

La joven está blandiendo su salvoconducto de madera y señalando hacia la Calle Corta.

El guardia examina el salvoconducto con desconfianza; ella mira hacia atrás.

El buey, con una vasija vacía colgando a cada flanco, cruza el Puente de Holanda.

Ella fue una fiebre, Jacob se esconde detrás de sus párpados. Y la fiebre ya ha pasado.

Vuelve a mirar. El capitán de la guardia está examinando el salvoconducto.

¿Habrá venido, se pregunta, para refugiarse de Enomoto?

Su proposición de matrimonio resucita como un *golem*.

La quería, sí, piensa asustado el escribano, cuando sabía que no podría tenerla.

El aguador le da un zurriagazo al buey en las pesadas ancas.

Quizá sólo ha venido, Jacob trata de calmarse, para pasarse por el hospital.

Se fija en el desaliño de la joven: le falta una sandalia y lleva el pelo alborotado.

Pero ¿dónde están los demás estudiantes? ¿Por qué no la dejan pasar los guardias?

El capitán interroga a Orito en un tono áspero.

La firmeza de Orito se deshilacha; su desesperación va en aumento; no se trata de una visita normal.

¡Actúa!, se ordena a sí mismo Jacob. Haz ver a los guardias que se la está esperando; ve a llamar al doctor Marinus; ve a por un intérprete: aún estás a tiempo de inclinar la balanza.

Los tres sacerdotes giran lentamente en torno a la tierra manchada de sangre.

No eres tú lo que ella quiere, le susurra el Orgullo. Lo único que quiere es evitar que la enclaustren.

A diez metros de distancia, el capitán, con gesto escéptico, le da la vuelta al salvoconducto de Orito.

¿Te imaginas que fuese Geertje, le pregunta la Compasión, buscando refugio en Zelanda?

En la resonante sarta de palabras del capitán, Jacob distingue el nombre «Enomoto».

Al otro lado de la Plaza Edo aparece una figura con el cráneo rapado y una túnica celeste.

Ve a Orito y, con un gesto, le grita: ¡Rápido!

Aparece un palanquín gris marino: lo cargan ocho porteadores, señal del elevado rango de su propietario.

Jacob tiene la sensación de llegar a un teatro bien entrado el último acto.

La amo, es el pensamiento que lo asalta, tan auténtico como la luz del día.

Se lanza escaleras abajo y se deja media espinilla en una esquina.

Baja de un salto los últimos seis o siete peldaños y cruza corriendo la Plaza de la Bandera.

Todo ocurre demasiado despacio y demasiado rápido y las dos cosas a la vez.

Jacob se choca con un sacerdote estupefacto y llega a la Puerta Terrestre justo cuando están cerrándola.

El capitán esgrime su pica, advirtiéndole que no dé un paso más.

El rectángulo de visión de Jacob se contrae conforme se cierran las puertas.

Ve la espalda de Orito mientras se la llevan por el Puente de Holanda.

Jacob abre la boca para gritar el nombre de la joven…

… pero la Puerta Terrestre se cierra de un portazo. El cerrojo, bien engrasado, se desliza hasta el tope.

# II

## La montaña inexpugnable

*Décimo mes del undécimo año de la era Kansei*



# XIV

## Sobre la aldea de Kurozane, en el feudo de Kyôga

*Última hora de la tarde del vigésimo segundo día del décimo mes*

La amenaza de nieve congela el crepúsculo. Las lindes del bosque se diluyen y difuminan. Encima de un crestón hay un perro negro a la espera. Le llega el tufo caliente de un zorro. Su ama de cabellos plateados sube penosamente el tortuoso sendero.

En la otra orilla del fragoroso arroyo, una rama seca se troncha bajo la pezuña de un ciervo.

Un búho ulula en ese cedro o en aquel abeto… una, dos veces, cerca, desaparece.

Otane carga un veinteavo de un *koku* de arroz, lo suficiente para un mes.

Su sobrina más joven ha tratado de convencerla de que pasase el invierno en el pueblo.

La pobre niña necesita aliados, piensa Otane, contra la suegra.

—Está otra vez embarazada, ¿te has dado cuenta? —le pregunta al perro.

La sobrina había acusado a la tía de preocupar a toda la familia por su integridad.

—Pero estoy a salvo —repite la anciana a los peldaños que forman las raíces—. Soy demasiado pobre para los asesinos y demasiado mustia para los bandidos.

Su sobrina argumentó que los pacientes podrían consultarle con más facilidad en el pueblo. «¿Quién va a querer subir hasta la mitad del monte Shiranui en pleno invierno?».

—¡Mi cabaña no está a la mitad de nada! Está solo a un kilómetro.

Un zorzal posado en un fresno habla de postrimerías.

Una vieja bruja sin hijos, reconoce Otane, puede considerarse afortunada por tener parientes que la alojen…

Pero también sabe que dejar su cabaña sería más fácil que regresar a ella.

—Al llegar la primavera —murmura— me dirían: «¡La tía Otane no puede volver a esa ruina!».

Un poco más arriba, un par de mapaches gruñen amenazas asesinas.

La herbolaria de Kurozane sigue trepando, y su saco se torna más pesado a cada paso.

• • •

Otane llega al bancal cultivado en el que se alza su cabaña. Bajo los profundos aleros hay cebollas colgadas y una pila de leña. La anciana deja el arroz en el porche elevado. Le duele el cuerpo. Da un vistazo a las cabras encerradas en el establo y les

echa media bala de heno. Por último, se asoma al gallinero.

—¿Quién le ha puesto hoy un huevo a la tía?

En la acre penumbra encuentra uno, aún caliente.

—Gracias, señoras.

Tranca la puerta contra la noche, se arrodilla ante la chimenea y, armada de yesca y de paciencia, logra encender un fuego para la olla. Prepara una sopa de bardana y ñame, y cuando está bien caliente le añade el huevo.

El armario de las medicinas la reclama desde el cuarto trasero.

Los pacientes y visitantes se sorprenden al ver en su humilde cabaña un hermoso armario que llega casi hasta el techo. En la época de su tatarabuelo, seis u ocho hombres fornidos lo transportaron desde el pueblo, aunque de niña lo más fácil era creer que el mueble había crecido directamente allí, como un árbol antiquísimo. La anciana abre los cajones bien encerados de las medicinas, uno a uno, e inhala la fragancia de los contenidos. Ahí está el perejil *toki*, bueno para el cólico de los bebés; a continuación, las acerbas virutas de *yomogi*, reducidas a polvo para la moxibustión; al final de esta hilera, las bayas de *dokudami* o «planta camaleón», para purgar enfermedades. El armario es su sustento y el depósito de todo su saber. Otane olisquea las jabonosas hojas de la morera y oye la voz de su padre que le dice: «Buenas para afecciones del ojo… y, mezcladas con *epidemium*, para úlceras, lombrices y forúnculos». A continuación llega a las amargas bayas de agripalma.

Se acuerda de la señorita Aibagawa y se retira a la chimenea.

La anciana echa un tronco grueso a las débiles llamas.

—Dos días de viaje desde Nagasaki —dice— para «solicitar una audiencia con Otane de Kurozane». Esas fueron las palabras de la señorita Aibagawa. Estaba yo un día echando estiércol en mi huerto de calabazas…

En los ojos claros del perro se reflejan motitas de lumbre.

—… cuando en mi cerca aparecen ni más ni menos que el jefe del pueblo y el sacerdote.

La mujer masca una raíz correosa de bardana mientras evoca aquel rostro quemado.

—¿De veras han pasado ya tres años? Parecen tres meses.

El perro se tumba patas arriba y usa de almohada el pie de su ama.

Él se sabe la historia de memoria, piensa Otane, pero no le importará darme el capricho una vez más.

—Al verle la cara quemada pensé que venía buscando una cura, pero entonces el jefe me la presentó como «la ilustre hija del doctor Aibagawa» y «comadrona de estilo holandés»… ¡como si él supiese lo que significaban esas palabras! Pero entonces ella me preguntó si podía aconsejarla sobre tratamientos para el parto a base

de hierbas y, en fin, yo no daba crédito a mis oídos.

Otane hace rodar el huevo cocido por el plato de madera, adelante y atrás.

—Cuando la chica me contó que el nombre «Otane de Kurozane» es una garantía de pureza entre los boticarios y estudiosos de Nagasaki, me horrorizó que personas tan insignes conociesen mi humilde nombre…

La anciana despega los fragmentos de cáscara de huevo con sus uñas manchadas de bayas y recuerda la elegancia con que la señorita Aibagawa despachó al cacique y al sacerdote, y la atención con que anotaba las observaciones que ella le hacía.

—Escribía igual de bien que un hombre. Estaba interesada en el *yakumosô*. «Úntelo por las ingles ulceradas», le dije. «Previene la fiebre y cura la piel. Y también alivia la inflamación de los pezones por la lactancia…». Otane muerde el huevo cocido, animada por el recuerdo de la hija del samurái que, en la cabaña de una plebeya, se comportaba como si estuviese en su casa, mientras sus dos sirvientes reconstruían el redil y reparaban un muro.

—Recordarás al hijo mayor del cacique —le dice al perro—, el que vino a traer el almuerzo. Arroz blanco reluciente, huevos de codorniz y besugo, humeantes en las hojas de banano… ¡Nos parecía que estábamos en el Palacio de la Princesa de la Luna! —Otane levanta la tapa de la tetera y echa un puñado de té sin refinar—. Hablé más en aquella tarde que en todo el año. La señorita Aibagawa quería pagarme las «lecciones», pero ¿cómo iba yo a cobrarle un sólo sen? Así que me compró mi provisión de agripalma, dándome el triple del precio normal…

La oscuridad que tiene delante se agita y cobra vida en forma de un gato.

—¿Dónde te habías metido? Estábamos hablando de la primera visita de la señorita Aibagawa. La Nochevieja siguiente nos mandó besugo seco. Su sirviente vino a traérnoslo directamente desde la ciudad.

La tetera tiznada empieza a silbar y Otane piensa en la segunda visita, en el sexto mes del año siguiente, cuando el ruibarbo de ciénaga estaba en flor.

—Ese verano estaba enamorada. Yo no le pregunté nada, pero no pudo evitar mencionarme a un joven de buena familia que trabajaba de intérprete de holandés y se llamaba Ogawa. Al pronunciar su nombre —el gato levanta la mirada— le cambió la voz. —Afuera, la noche agita los árboles crujientes. Otane se sirve el té antes de que el agua hierva y deje amargas las hojas—. Recé para que, después de la boda, Ogawa-sama la dejase seguir viniendo al feudo de Kyôga para alegrarme el corazón, y que su segunda visita no fuese la última.

Bebe un sorbo de té, rememorando el día en que llegó a Kurozane la noticia, transmitida por una larga serie de sirvientes y familiares, de que el patriarca de los Ogawa había denegado a su hijo el permiso de casarse con la hija del doctor Aibagawa. Después, en Año Nuevo, Otane se enteró de que el intérprete Ogawa se había casado con otra.

—Pese al desdichado giro de los acontecimientos —la anciana atiza el fuego—, la señorita Aibagawa no se olvidó de mí. De regalo de Año Nuevo me envió un chal tejido con una lana extranjera de lo más calentita.

El perro se retuerce de espaldas para rascarse las pulgas.

Otane recuerda la visita de ese verano como la más extraña de las tres excursiones de la señorita Aibagawa a Kurozane. Dos semanas antes, cuando las azaleas estaban en flor, un mercader de sal había llevado a la posada de Harubayashi la noticia de que la hija del doctor Aibagawa había obrado «un milagro holandés» al insuflar vida en el hijo mortinato del magistrado Shiroyama. Así que, cuando llegó la joven, media aldea subió a la cabaña de Otane con la esperanza de que hubiese más milagros holandeses. «La medicina es conocimiento», dijo la señorita Aibagawa a los aldeanos, «no magia». Dio consejos a la pequeña concurrencia, y los vecinos le dieron las gracias pero se marcharon decepcionados. Cuando se quedaron las dos solas, la joven le confesó que había pasado un año muy difícil. Su padre había estado enfermo, y el cuidado con el que evitaba mencionar al intérprete Ogawa era señal de un corazón malherido. La buena noticia, sin embargo, era que el magistrado, agradecido, le había dado permiso para estudiar en Deshima con el médico holandés.

—Debí de poner cara de preocupación. —Otane acaricia al gato—. Se cuentan muchas historias sobre los extranjeros. Pero ella me aseguró que ese médico holandés era un profesor excelente, conocido hasta por el señor abad Enomoto.

Por el tiro de la chimenea se oye un batir de alas. El búho sale de caza.

Entonces, hace seis semanas, llegó la noticia más horrible de la vida reciente de Otane.

La señorita Aibagawa iba a hacerse monja del templo del monte Shiranui.

Otane trató de visitar a la joven en la posada de Harubayashi la noche antes de que la subiesen a la montaña, pero ni la amistad que las unía ni su envío semestral de medicinas al templo le sirvieron para convencer al monje de que hiciese la vista gorda a la prohibición y la dejase acercarse a la novicia. La anciana ni siquiera pudo dejarle una carta. Le dijeron que durante los próximos veinte años la señorita Aibagawa no podría tener ninguna relación con el Mundo Inferior. ¿Qué clase de vida, se pregunta Otane, llevará en ese lugar?

—Nadie lo sabe —murmura para sí—, ese es el problema.

La anciana repasa los pocos datos que existen sobre el templo del monte Shiranui.

Es la sede espiritual del señor abad Enomoto, daimio del feudo de Kyôga.

La diosa del templo garantiza la fertilidad de los arroyos y arrozales de Kyôga.

Nadie, salvo los maestros y acólitos de la Orden, entra y sale de allí.

Estos hombres son unos sesenta en total, y las monjas, cerca de una docena. Las hermanas viven en su propia casa, dentro de las tapias del templo, bajo la autoridad

de una abadesa. Según los sirvientes de la posada Harubayashi, las jóvenes tienen imperfecciones o defectos que, en la mayoría de los casos, las condenarían a ganarse la vida en burdeles y ferias como aberraciones de la naturaleza, y el abad Enomoto es objeto de elogios por ofrecer a esas desventuradas una vida mejor…

… pero no a la hija, se angustia Otane, de un samurái y médico, ¿no?

—Un rostro quemado hace menos probable el matrimonio —masculla— pero no imposible…

La escasez de datos deja huecos donde proliferan los rumores. Muchos aldeanos han oído que las hermanas de Shiranui, al colgar los hábitos, reciben alojamiento y pensión de por vida, pero como esas monjas retiradas nunca se detienen en Kurozane, nadie ha hablado jamás con una de ellas. Buntarô, el hijo del herrero, que ofrece sus servicios en la Puerta Medianera, junto al desfiladero de Mekura, asegura que el maestro Kinten adiestra a los monjes en el arte de matar, de ahí que el templo sea un lugar tan hermético. Una camarera casquivana de la posada conoció a un cazador que juraba haber visto monstruosas mujeres aladas disfrazadas de monja que volaban alrededor del Pico Pelado, en la cumbre de Shiranui. Esa misma tarde, en Korazane, la suegra de la sobrina de Otane ha comentado que la semilla de los monjes es tan fértil como la de cualquier otro hombre, y le ha preguntado cuántos sacos de hierba «fabrica-ángeles» ha encargado el templo. Otane ha negado, con sinceridad, que proporcionase abortivos al maestro Suzaku, y luego ha caído en la cuenta de que eso era lo que quería saber la suegra.

Los aldeanos hacen sus elucubraciones, pero saben que más les vale no buscar respuestas. Están orgullosos de su vínculo con el impenetrable monasterio y cobran por abastecerlo; hacer más preguntas de la cuenta sería morder la generosa mano que les da de comer. Los monjes probablemente sean monjes, espera Otane, y las hermanas vivan como monjas…

Oye el silencio antiguo de la nieve que cae.

—No —le dice al gato—. Lo único que podemos hacer es rogar a Nuestra Señora que la proteja.

El nicho de madera embutido en el muro de barro y bambú, que aloja las tablillas con los nombres de los difuntos progenitores de Otane y un búcaro descascarillado con unos pocos ramitos verdes, parece la hornacina normal y corriente de las cabañas. Sin embargo, tras verificar en dos ocasiones que la puerta está bien trancada, Otane retira el búcaro y levanta el panel trasero. En este pequeño espacio secreto se encuentra el auténtico tesoro de la cabaña y de la estirpe de Otane: una estatuilla de tierra agrietada, esmaltada de blanco, con un velo azulado, de María sama, madre de Iesu-sama y Emperatriz del Cielo, modelada hace mucho tiempo y parecida a Kannon, la Diosa de la Misericordia. La figura tiene en brazos a un recién nacido. El

abuelo del abuelo de Otane, cuenta la historia, la recibió de un santo llamado Xavier, que llegó al Japón desde el Paraíso a bordo de un barco volante tirado por cisnes de oro.

Otane se arrodilla sobre sus doloridas rótulas con un rosario de bellotas enrollado en las manos.

—Santa María-sama, madre de Adán y Ewa, que robó el pérsimo sagrado de Deusu-sama; María-sama, madre de Papa Maruyi, que con sus seis hijos en seis canoas sobrevivió al diluvio que lavó todas las tierras; María, madre de Iesu-sama, crucificado por cuatrocientas monedas de plata; María-sama, escucha mi…

¿Qué ha sido eso? Otane aguanta la respiración. ¿El ruido de una ramita rota bajo el pie de un hombre?

Las diez o doce familias más antiguas de Kurozane son, como la de Otane, cristianos clandestinos, pero nunca hay que bajar la guardia. Las canas no le garantizarían clemencia alguna si se descubriesen sus creencias; sólo la apostasía y la delación de sus correligionarios podrían servirle para conmutar la pena capital por el destierro, pero en ese caso San Peitoro y San Pauro le cerrarían las Puertas del Paraíso, y cuando el agua del mar se convirtiese en aceite y ardiese el mundo entero, ella se precipitaría en ese infierno llamado Benbô.

La herbolaria se convence de que no hay nadie fuera.

—Virgen Madre, te habla Otane de Kurozane. Una vez más, esta vieja ruega a su Señora que vigile a la señorita Aibagawa, que está en el templo de Shiranui; y la proteja de la enfermedad; y aleje a los malos espíritus y… y a los hombres peligrosos. Le ruego que le devuelva lo que le han quitado.

Jamás se ha oído hablar, piensa Otane, de una monja joven puesta en libertad.

—Pero si esta vieja pide demasiado a María-sama…

El agarrotamiento de las rodillas se le extiende a las caderas y los tobillos.

—… le suplico que le diga a la señorita Aibagawa que su amiga, Otane de Kurozane, piensa en…

Algo golpea la puerta. Otane se queda helada. El perro se levanta y empieza a gruñir…

Al oír un segundo golpe, Otane baja el panel de madera.

El perro ya está ladrando. La anciana oye una voz de hombre. Pone en orden la hornacina.

Al tercer golpe, se acerca a la puerta y dice:

—Aquí no hay nada que robar.

—¿Es esta —replica la voz de un hombre débil— la casa de Otane la herbolaria?

—¿Puedo pedirle a mi honorable visitante que se identifique, dado lo avanzado de la hora?

—Yiritsu de Akatokiyamu —dice el visitante— es como me llamaban.

Otane se sorprende al reconocer el nombre del acólito del maestro Suzaku.

¿Tendrá María-sama, se pregunta, mano en esto?

—Nos vemos dos veces al año —dice la voz— en la garita del templo.

La anciana abre la puerta y se encuentra con una figura cubierta de nieve, envuelta en gruesas ropas de montaña y tocada con un sombrero de bambú. El hombre cruza el umbral a trompicones, y en la casa se cuela un remolino de nieve.

—Siéntese junto al fuego, acólito. —Otane cierra la puerta de un empujón—. Hace muy mala noche.

Lo conduce hasta un tronco que hace las veces de taburete.

Con esfuerzo, el hombre se desata los cordones del sombrero, de la capucha y de las botas de montaña.

Está agotado, tiene la cara tensa, y sus ojos no son de este mundo.

Las preguntas pueden esperar, piensa Otane. Primero necesita entrar en calor.

Le sirve un poco de té y el monje cierra los dedos congelados en torno al cuenco.

Otane le desabrocha la túnica mojada y lo envuelve en su chal de lana.

Mientras bebe, los músculos de la garganta producen una especie de chirrido.

Tal vez estaba recogiendo plantas, se pregunta Otane, o meditando en una cueva.

Se pone a calentar los restos de la sopa. No cruzan palabra.

—He huido del monte Shiranui —anuncia de repente Yiritsu—. He roto mi promesa.

Otane se queda estupefacta, pero una palabra inoportuna podría volver a enmudecerlo.

—Mi mano, esta mano, mi pluma: ellas lo sabían, antes que yo.

La anciana muele un poco de raíz de *yogi* y espera a que las palabras cobren sentido.

—Acepté la… la Vía Eterna, pero su verdadero nombre es «el mal».

El fuego crepita, los animales respiran, cae la nieve.

Yiritsu tose como si le faltase aire.

—¡Ella ve tan lejos! Muy, muy lejos… Mi padre era vendedor ambulante de tabaco, y jugador, de la parte de Sakai. Estábamos apenas un peldaño por encima de los parias… y una noche le vinieron mal dadas las cartas y me vendió a un curtidor. Un intocable. Perdí mi nombre y terminé durmiendo en el matadero. Pasé años y años degollando caballos para ganarme el sustento. Degollando… degollando… degollando. Por lo que me hacían los hijos de los curtidores… yo… yo… quería que alguien me degollase a mí. En invierno, la única manera de calentarse era cocer huesos hasta reducirlos a cola. En verano, las moscas se te metían en los ojos y en la boca, y raspábamos las pieles para quitarles la sangre seca y la mierda aceitosa y mezclarlo con algas, como fertilizante. El infierno debe de oler como ese lugar…

Las maderas del tejado crujen. Está acumulándose la nieve.

—El día de Año Nuevo escalé la muralla que rodeaba la aldea eta y huí a Osaka, pero el curtidor envió a dos hombres en mi busca. Subestimaron mi maña con el cuchillo. Nadie lo vio, pero Ella sí. Ella me arrastró… día tras día, con rumores, en los cruces, con sueños, con los meses, con los ganchos, Ella me empujaba hacia el oeste, oeste, oeste… a través de los estrechos hasta el feudo de Hizen, hasta el feudo de Kyôga… allí arriba…

Yoritsu mira al techo, quizá hacia la cumbre de la montaña.

—¿Se refiere el acólito-sama —Otane se afana con el almirez— a alguien del templo?

—Todos ellos son —Yiritsu la traspasa con la mirada— lo que una sierra es para un carpintero.

—Pues esta vieja no entiende quién pueda ser la tal «Ella».

A Yiritsu se le saltan las lágrimas.

—¿Es que no somos más que la totalidad de nuestros actos?

Otane decide ir al grano:

—Acólito-sama: en el templo del monte Shiranui, ¿vio usted a la señorita Aibagawa?

El monje parpadea y ve con más claridad.

—La novicia. Sí.

—¿Está… —ahora Otane se pregunta qué decir—… está bien?

Yiritsu emite un triste y profundo murmullo.

—Los caballos sabían que yo iba a matarlos.

—La señorita Aibagawa… —el almirez y el macillo de Otane se detienen—… ¿cómo la tratan?

—Si Ella oye —el monje vuelve a perderse—, me clavará un dedo en el corazón… mañana yo… hablaré de… de ese lugar… por la noche tiene el oído más fino. Después saldré hacia Nagasaki. Yo… yo… yo…

Jengibre para la circulación, Otane se dirige al armario, tanaceto para el delirio.

—Mi mano, mi pluma: lo sabían antes que yo. —La voz lánguida de Yiritsu va detrás de ella—. Hace tres noches, aunque pudieron ser tres eternidades, me encontraba en el *scriptorium*, trabajando en la carta de un Don. Las cartas son un mal menor. «Actos de compasión», dice Genmu… pero… pero me dejé llevar, y al volver, mi mano, mi pluma, habían escrito… habían transcrito… —susurra y hace una mueca —… yo había escrito los Doce Credos. ¡A tinta negra en pergamino blanco! El mero acto de pronunciarlos ya es una blasfemia, salvo para el maestro Genmu y el señor abad, pero ponerlos por escrito, de tal forma que los ojos de un laico puedan leerlos… Ella debía de estar ocupada en otra parte, de lo contrario me habría matado en el acto. El maestro Yôten me pasó al lado, a pocos centímetros… Sin moverme, leí los Doce Credos, y por primera vez vi… que los mataderos de Sakai, en comparación, son un

jardín de recreo.

Otane, que apenas entiende nada, ralla el jengibre y siente frío en el corazón.

Yiritsu se saca de su ropa interior un tubo portapergaminos de madera de cornejo.

—Unos pocos hombres poderosos de Nagasaki escapan al control de Enomoto. Puede que el magistrado Shiroyama sea un hombre recto… y los abades de las órdenes rivales estarán deseosos de conocer lo peor, y esto… —el monje mira el tubo con el ceño fruncido—… es lo peor de lo peor.

—Entonces, ¿el acólito-sama —pregunta Otane— pretende ir a Nagasaki?

—Al este. —El envejecido joven localiza a la anciana a duras penas—. Kinten vendrá después.

—¿Para convencer al acólito-sama —confía Otane— de que vuelva al templo?

Yiritsu sacude la cabeza.

—El destino de los descarriados está muy claro.

Otane echa un vistazo a su hornacina, sumida en la penumbra.

—Escóndase aquí.

El acólito Yiritsu mira el fuego a través de sus dedos.

—Mientras caminaba a trancas y barrancas por la nieve, pensaba, Otane de Kurozane me acogerá…

—Esta vieja se alegra… —unas ratas rebullen en el heno—… se alegra de que pensase así.

—… por una noche. Pero si me quedo dos noches, Kinten nos matará a los dos.

Lo dice sin dramatismo, como enunciando un simple hecho.

El fuego consume la leña, piensa Otane, y el tiempo nos consume a nosotros.

—Mi padre me llamaba «niño» —dice—. El curtidor me llamaba «perro». El maestro Genmu puso a su nuevo acólito el nombre de «Yiritsu». ¿Cómo me llamo ahora?

—¿Recuerda usted —pregunta la anciana— cómo lo llamaba su madre?

—En el matadero soñaba con una… señora maternal que me llamaba Mohei.

—Seguro que era ella. —Otane mezcla té con los polvos—. Beba.

—Cuando el señor Enma me pregunte cómo me llamo —el fugitivo coge la taza —, para el Registro del Infierno, eso es lo que le diré, «Mohei el Apóstata».

• • •

Otane sueña con alas escamosas, ceguera atronadora y golpes distantes. Se despierta en su catre de paja y plumas, entre sábanas de cáñamo. El frío le pellizca la nariz y las mejillas. Entre rayos de luz azul nieve ve a Mohei, acurrucado junto a la mortecina lumbre, y le viene todo a la mente. Se queda un rato mirándolo, sin saber si está despierto o no. El gato emerge del chal y se acerca con pasos afelpados a Otane, que criba la conversación de la víspera en busca de delirios, ilusiones, indicios y

verdades. Lo que ha hecho huir al acólito, entiende la anciana, es lo mismo que amenaza a Aibagawa…

Está escrito en ese pergamino, dentro del tubo de cornejo. Aún no lo ha soltado.

… y a lo mejor, piensa Otane, él es la respuesta de María-sama a mis plegarias.

Podría convencerlo de que se quedase unos días, hasta que sus perseguidores lo den por perdido.

Hay sitio para esconderse en el sobretecho, piensa, por si viniese alguien…

La anciana exhala un penacho de vaho blanco en el aire helado. El gato echa nubes más pequeñas.

Gloria a Deusu en las alturas, recita en silencio, por este nuevo día.

De la trufa húmeda del perro, sumido en sueños, también se desenroscan nubes pálidas.

Pero envuelto en el cálido chal extranjero, Mohei está más quieto que una piedra.

Otane se da cuenta de que no respira.

# XV

## Casa de las Hermanas del templo del monte Shiranui

*Amanecer de la vigésimo tercera mañana del décimo mes*

Las tres campanadas broncíneas de la Primera Causa reverberan por los tejados, desalojan a las palomas, persiguen ecos por los claustros, se deslizan bajo la puerta de la celda de la novicia y encuentran a Orito, que con los ojos cerrados suplica: Déjame imaginar un ratito más que estoy en otra parte… pero el olor a tatami agrio, a velas aceitosas y a humo rancio le niega cualquier ilusión de libertad. Oye el tap, tap, tap de las pipas de tabaco de las mujeres.

Los piojos y las pulgas se han dado un banquete nocturno en su cuello, pecho y cintura.

En Nagasaki, piensa, a sólo dos días de viaje hacia el este, los arces seguirán rojos…

… las flores del manyu, rosas y blancas; y las papardas, gordas y en sazón. Un viaje de dos días, piensa, que parecen veinte años…

La hermana Kagerô pasa por delante de la celda. Su voz es un puñal:

—¡Frío! ¡Frío! ¡Frío!

Orito abre los ojos y estudia el techo de su cuarto de cinco esteras.

Se pregunta de qué viga se colgaría la última novicia.

El fuego se ha extinguido y la luz, doblemente filtrada, tiene una nueva blancura azulada.

Las primeras nieves, piensa Orito. El desfiladero que baja hasta Kurozane estará cortado.

Con la uña del pulgar, la joven hace una muesca minúscula en el zócalo de madera de la pared.

Puede que la casa se adueñe de mí, piensa, pero no se adueñará del Tiempo.

Cuenta las muescas: un día, dos días, tres días…

… Cuarenta y siete días, cuarenta y ocho días, cuarenta y nueve días…

Esa mañana, según sus cálculos, es la quincuagésima que pasa en cautividad.

—Harás diez mil muescas —se burla la rata gorda— y seguirás aquí.

La rata tiene los ojos como dos perlas negras, y se esfuma dejando una estela borrosa y peluda.

Si eso fuese una rata, se dice Orito, no hablaría porque las ratas no hablan.

Oye a su madre tararear en el pasillo, como casi todas las mañanas.

Huele el *onigiri* tostado, las bolas de arroz rebozadas de sésamo que le preparaba

Ayame, la sirvienta.

—Ayame tampoco está aquí —dice Orito—. Mi madrastra la despidió.

Está segura de que estos «deslices» temporales y sensoriales son fruto de la medicina que el maestro Suzaku administra a todas las hermanas antes de la cena. A la suya el maestro la llama «consuelo». Orito es consciente de que el «consuelo» le procura un placer nocivo, pero si no se la bebe, no le dan de comer; y ¿qué posibilidades tiene una mujer famélica de escapar de un templo de montaña en pleno invierno? Más le vale comer.

Más difícil de soportar es la idea de que su madrastra y hermanastro se despiertan todos los días en la residencia de los Aibagawa, en Nagasaki. Orito se pregunta qué quedará de sus pertenencias y de las de su padre, y qué habrán vendido: los telescopios, el instrumental, los libros y las medicinas; los kimonos y joyas de su madre… Ahora todo es propiedad de su madrastra, que podrá venderlo al mejor postor.

Igual que me ha vendido a mí, piensa la novicia, sintiendo la rabia en el estómago…

… hasta que oye a Yayoi, en la celda contigua: su vecina vomita; gime; y vuelve a vomitar.

Orito se levanta con esfuerzo de la cama y se pone el sobrekimono guateado.

Atándose el pañuelo para cubrirse la quemadura, sale corriendo al pasillo.

Ya no seré una hija, piensa, pero sigo siendo una comadrona…

… ¿Adónde iba yo? Orito se detiene en el mohoso pasillo, separado de los claustros por las hileras de paneles corredizos de madera. La luz del día penetra a través de una celosía labrada en lo alto. La novicia tirita y ve su hálito; sabe que estaba yendo a algún sitio, pero ¿adónde? La amnesia es otro de los efectos del bebedizo de Suzaku. Mira a su alrededor en busca de algún indicio. El candil nocturno del rincón más cercano a la letrina se ha consumido. Orito coloca la palma de la mano en la mampara de madera, oscurecida por un sinfín de inviernos. Empuja, y el panel apenas cede unos tercos centímetros. Por la rendija ve los carámbanos que cuelgan de los aleros del claustro.

Las ramas de un viejo pino se comban con el peso de la nieve; la nieve tapiza las piedras apiladas.

Una capa de hielo recubre el estanque cuadrado. El Pico Pelado está veteado de nieve.

De detrás del tronco del pino sale la hermana Kiritsubo, que camina alrededor de los claustros, rozando el panel de madera con los dedos unidos de su brazo atrofiado. Da ciento y ocho vueltas alrededor del patio. Al llegar a la rendija dice:

—La hermana ha madrugado hoy.

Orito no tiene nada que decirle a la hermana Kiritsubo.

Umegae, la tercera hermana, se acerca por el pasillo interior.

—No es más que el comienzo del invierno de Kyôga, novicia. —A la luz nival, las manchas de Umegae son moradas como bayas—. Un Don en el útero es como una piedra caliente en el bolsillo.

Orito sabe que Umegae se lo dice para asustarla. Y lo consigue.

La comadrona secuestrada oye vomitar a alguien y se acuerda: Yayoi…

La mujer de dieciséis años se agacha sobre un cubo de madera. De los labios le cuelga un hilo de fluido gástrico, hasta que bombea un nuevo chorro de vómito. Con una cuchara, Orito rompe el hielo en la palangana y se lo lleva a la gestante de ojos vidriosos. Yayoile hace un gesto con la cabeza como diciendo: Ya pasó lo peor. Después Orito le limpia la boca con un cuadrado de papel y le da una taza de agua helada.

—Al menos —Yayoi se tapa las orejas de zorro con la banda del pelo— lo he echado casi todo dentro del cubo.

—Todo es cuestión de práctica.

Orito limpia las salpicaduras de vómito.

—Hermana —Yayoi se seca los ojos con la manga—, ¿por qué vomito tan a menudo?

—A veces los vómitos pueden prolongarse hasta el día del parto…

—La última vez tenía antojo de golosina dango, pero esta vez, sólo de pensarlo…

—Cada embarazo es diferente. Ahora échate un rato.

Yayoi se tumba, apoya las manos en la protuberancia, y se recluye en sus preocupaciones.

Orito le lee el pensamiento.

—Todavía te da pataditas, ¿verdad?

—Sí. Mi Don… —se acaricia la barriga—… se pone contento cuando te oye… pero… pero el año pasado la hermana Hotaru estuvo vomitando hasta el quinto mes y luego tuvo un aborto. Su Don había muerto hacía varias semanas. Yo estaba allí y el tufo era…

—¿La hermana Hotaru, entonces, llevaba varias semanas sin sentir patadas?

Yayoi se muestra al mismo tiempo remisa y ansiosa por responder.

—Me… imagino que sí.

—El tuyo, en cambio, sí da patadas. ¿Qué conclusión se te ocurre?

Yayoi frunce las cejas, se deja reconfortar por la lógica de Orito y se anima.

—Bendigo a la Diosa por haberte traído.

Quien me trajo fue Enomoto, Orito se muerde la lengua, mi madrastra me vendió…

Empieza a hacer fricciones con grasa de cabra en el vientre dilatado de Yayoi.

… los maldigo a los dos, y así se lo diré en cuanto tenga ocasión.

Siente una patadita en la mano, debajo del ombligo invertido de Yayoi; debajo de la última costilla, un golpe seco…

… junto al esternón, otra patada; a la izquierda, otro movimiento.

—Es posible —decide decirle Orito a Yayoi— que sean gemelos.

Yayoi está lo bastante vívida como para conocer los riesgos.

—¿Estás segura?

—Razonablemente segura. Eso explicaría el vómito prolongado.

—La hermana Hatsune tuvo gemelos en su segundo Don. Ascendió dos categorías con un solo parto. Si la Diosa me bendijese con gemelos…

—¿Qué sabrá ese cacho de madera —replica Orito en mal tono— del dolor humano?

—¡Hermana, por favor! —le implora Yayoi, espantada—. ¡Eso es como insultar a tu propia madre!

Orito siente un nuevo ataque de retortijones; y dificultad respiratoria.

—¿Lo ves, Hermana? Te ha oído. Pídele perdón, y se te pasará.

Cuanto más «consuelo» absorbe mi cuerpo, Orito lo sabe, más necesita.

La comadrona coge el cubo maloliente de Yayoi y se lo lleva detrás de los claustros, para vaciarlo en el pozo negro.

Los cuervos, posados en el caballete del empinado tejado, observan a la prisionera.

—Con todas las mujeres que puedes comprar —le preguntaría Orito a Enomoto —, ¿por qué me robaste la vida justo a mí?

Pero en cincuenta días, el abad de Shiranui no ha visitado ni una sola vez el templo.

—A su tiempo —es la respuesta que da la abadesa Izu a todas sus súplicas y preguntas—, a su tiempo.

En la cocina, la hermana Asagao remueve la sopa sobre un fuego furioso. La deformación de Asagao es una de las más impactantes de la casa: tiene los labios unidos formando un círculo que también le desfigura el habla. Su amiga Sadaie nació con el cráneo deforme, razón por la cual tiene cara de gato y unos ojos más grandes de lo normal. Al ver a Orito se interrumpe a mitad de la frase.

¿Por qué me miran, Orito se pregunta, como dos ardillas delante de un gato hambriento?

Por la cara que le ponen se da cuenta de que ha vuelto a pensar en voz alta.

Es otra de las jugarretas humillantes del «consuelo» y de la casa de las hermanas.

—La hermana Yayoi está enferma —dice Orito—. Me gustaría llevarle un cuenco de té. Por favor.

Con un movimiento de los ojos —uno gris y otro castaño—, Sadaie le indica la tetera.

Bajo la bata, a ella también empieza a notársele el embarazo.

Es niña, piensa la hija del médico, sirviéndose la amarga.

• • •

En cuanto oye el grito nasal del acólito Zanô —«¡Abrid las puertas, Hermanas!»—. Orito va corriendo a un punto del pasillo interior, entre las habitaciones de la abadesa Izu y de la provisora Satsuki, y abre el panel corredero de madera. Es desde esa misma posición desde donde, en su primera semana en el convento, en una sola ocasión y a través de las dos puertas, vislumbró el interior del recinto y alcanzó a distinguir unas escaleras, un grupo de arces, un maestro vestido de azul y un acólito vestido de cáñamo crudo…

… pero esta mañana, como de costumbre, el acólito de guardia tiene más cuidado. Lo único que ve Orito son las puertas exteriores cerradas y a un par de acólitos que llevan en carretilla las provisiones de la jornada.

La hermana Sawarabi llega como una exhalación desde la Sala de Reuniones.

—¡Acólito Chûai! ¡Acólito Maboroshi! Espero que la nieve no les haya congelado los huesos. El maestro Genmu no tiene corazón, mira que hacer pasar hambre a sus potrillos hasta dejarlos esqueléticos…

—Siempre nos las arreglamos —flirtea a su vez Maboroshi— para entrar en calor, Novena Hermana.

—Oh, ¿cómo he podido olvidarlo? —Sawarabi se pasa la punta de los dedos por el pecho—, ¿esta semana no le tocaba aprovisionar a Yiritsu, ese holgazán desvergonzado?

El tono frívolo de Maboroshi se esfuma.

—El acólito ha caído enfermo.

—Caramba. Enfermo, dices. ¿No será… un simple resfriado por el cambio de estación?

—Por lo visto —Maboroshi y Chûai empiezan a meter las provisiones en la cocina—, su estado es grave.

—Esperemos —la hermana Hotaru sale con su labio leporino de la Sala de Reuniones— que el pobre acólito Yiritsu no corra peligro de muerte.

—Su estado es grave. —Maboroshi se muestra parco—. Debemos prepararnos para lo peor.

—Bueno, la novicia, en su vida anterior, era la hija de un médico famoso, así que el maestro Suzaku haría bien en llamarla. Ella acudiría de buen grado porque… —haciendo bocina con la mano, Sawarabi llama a Orito, que está en su escondrijo del otro lado del patio—… se muere por ver el recinto, para planear su fuga, ¿verdad,

hermana Orito?

Desenmascarada, la observadora se ruboriza y, hecha un mar de lágrimas, se bate en retirada hacia su celda.

• • •

Todas las hermanas menos Yayoi, la abadesa Izu y la provisora Satsuki se arrodillan ante la mesa baja de la Sala Larga. Las puertas de la Sala de Oraciones, donde se encuentra la estatua dorada de la Diosa encinta, están abiertas. La Diosa observa a las hermanas por encima de la cabeza de la abadesa Izu, que tañe su gong tubular. Comienza el sutra de la gratitud.

—Al abad Enomoto-no-kami —entonan a coro las mujeres—, nuestro guía espiritual…

Orito se imagina escupiendo al ilustre colega de su difunto padre.

—… cuya sagacidad guía el templo del monte Shiranui…

La abadesa Izu y la provisora Satsuki reparan en los labios inmóviles de Orito.

—… nosotras, las hija de Izanazô, le rendimos la gratitud del hijo bien criado.

Es una protesta pasiva e inútil, pero Orito no está en condiciones de disentir de un modo más activo.

—Al abad Genmu-no-kami, cuya sabiduría protege la Casa de las Hermanas…

Orito lanza una mirada desafiante a la provisora Satsuki, que mira hacia otro lado avergonzada.

—… nosotras, las hijas de Izanazô, le rendimos la gratitud de las bien gobernadas.

Orito lanza una mirada desafiante a la abadesa Izu, que acepta amablemente el desafío.

—A la Diosa de Shiranui, Fuente de Vida y Madre de los Dones…

Orito mira por encima de las cabezas de las hermanas a los pergaminos colgados en la pared de enfrente.

—… nosotras, las hermanas de Shiranui, le ofrecemos el fruto de nuestro vientre…

Los pergaminos muestran ilustraciones de las diferentes estaciones y citas de textos sintoístas.

—… para que la fertilidad inunde Kyôga y no haya más hambre ni sequía…

El centro muestra el orden de precedencia de las hermanas, establecido en función del número de partos.

Exactamente igual, piensa asqueada Orito, que en una escuela de luchadores de sumo.

—… para que la rueda de la vida gire eternamente…

La tablilla de madera con la inscripción «Orito» es la última de la derecha.

—… hasta que deje de arder la última estrella y se rompa la rueda del Tiempo.

La abadesa Izu golpea el gong para indicar el fin del sutra.

La provisora Satsuki cierra las puertas de la Sala de Oraciones mientras Asagao y Sadaie salen de la cocina contigua con arroz y sopa de miso.

Cuando la abadesa vuelve a tocar el gong, las hermanas empiezan a desayunar.

Está prohibido hablar y mirarse a los ojos, pero las amigas se sirven agua unas a otras.

Catorce bocas —hoy Yayoi está eximida— mastican, sorben y tragan.

¿Qué manjares deliciosos estará comiendo mi madrastra?

Orito siente que el odio le remueve las entrañas.

Todas las hermanas se dejan unos pocos granos de arroz para alimentar a los espíritus de sus antepasados.

Orito hace lo propio, tras razonar que en ese lugar es necesario tener todos los aliados posibles, cualesquiera que sean.

La abadesa Izu toca el gong para indicar el final del desayuno.

Mientras Sadaie y Asagao recogen los platos, Hashihime, con los ojos enrojecidos, le pregunta a la abadesa por Yiritsu, el acólito enfermo.

—Están cuidándolo en su celda —contesta la abadesa—. Tiene las fiebres palúdicas.

Varias de las hermanas se tapan la boca y murmuran alarmadas.

¿A qué viene tanta piedad, se muere por preguntar Orito, por uno de vuestros secuestradores?

—Un porteador de Kurozane ha muerto de la misma enfermedad: el pobre Yiritsu debió de respirar los mismos vapores. El maestro Suzaku nos ha pedido que recemos por la curación del acólito.

Casi todas las hermanas asienten fervorosamente y prometen hacerlo.

Acto seguido, la abadesa asigna las tareas de la jornada.

—Hermanas Hatsune y Hashihime, continuad tejiendo lo de ayer. La hermana Kiritsubo barrerá los claustros; y la hermana Umegae trenzará cuerdas de lino en el almacén, junto con las hermanas Minori y Yûgiri. A la hora del caballo iréis al Gran Templo a sacarle brillo al suelo. La hermana Yûgiri, si lo desea, está dispensada de esta tarea en virtud de su Don.

Qué palabras tan feas y retorcidas, piensa Orito, para expresar pensamientos aberrantes.

Todas las cabezas de la sala se vuelven hacia Orito: ha vuelto a pensar en voz alta.

—Hermanas Hotaru y Sawarabi —prosigue la abadesa—, limpiad el polvo de la Sala de Oraciones y después ocupaos de las letrinas. Las hermanas Asagao y Sadaie están de servicio en la cocina, obviamente, de modo que la hermana Kagerô y nuestra nueva hermana —los ojos más crueles se vuelven hacia Orito y dicen: mirad a la

distinguida dama, trabajando como una de sus sirvientas— trabajarán en la lavandería. Si la hermana Yayoi se siente mejor, puede unirse a ellas.

• • •

La lavandería, una pieza alargada anexa a la cocina, tiene dos chimeneas para calentar agua, un par de tinas de gran tamaño para lavar la ropa de cama, y un tendedero de cañas de bambú para colgar la colada. Orito y Kagerô cogen agua del estanque del patio con unos cubos de madera. Para llenar cada tina hacen falta cuarenta o cincuenta viajes, pero las hermanas no cruzan palabra. Al principio, la hija del samurái se agotaba con el esfuerzo, pero ya se le han fortalecido los brazos y las piernas, y las ampollas de las manos se le han convertido en callos. Yayoi se ocupa del fuego para calentar el agua.

—Dentro de poco —la rata gorda hace equilibrios sobre el pozo negro— tendrás la barriga como ella.

—No voy a dejar que esos perros me pongan la mano encima —murmura Orito —. No estaré aquí.

—Tu cuerpo ya no te pertenece. —La rata gorda sonríe de oreja a oreja—. Pertenece a la Diosa.

Orito se tropieza con el escalón de la cocina y derrama el agua.

—No sé cómo hacíamos antes —dice Kagerô con frialdad— para arreglárnoslas sin tu ayuda.

—No importa —dice Yayoi—, a este suelo le hacía falta un buen fregado.

La embarazada ayuda a Orito a secar el agua derramada.

Cuando el agua está caliente, Yayoi echa dentro las mantas y los camisones. Con unas tenazas de madera, Orito transfiere la ropa, pesada y chorreante, al torno de la lavandería, una mesa inclinada con una tapa con bisagras que Kagerô cierra para escurrir la colada. A continuación, Kagerô cuelga la ropa húmeda en las cañas de bambú. A través de la puerta de la cocina. Sadaie está contándole a Yayoi lo que ha soñado esa noche.

—Llamaban a la puerta. Yo salía de la habitación… era verano… pero no parecía verano, y no era ni de noche, ni de día… La Casa estaba desierta. Pero seguían llamando, y entonces yo dije: «¿Quién es?». Y la voz de un hombre responde: «Soy yo, Iwai».

—La hermana Sadaie —explica Yayoi a Orito— dio a luz a su primer Don el año pasado.

—Nació el quinto día del quinto mes —dice Sadaie—, el día de los niños varones.

La fecha les trae a la mente banderolas con forma de carpa e imágenes de alegría inocente.

—Por eso —continúa Sadaie— el abad Genmu le puso de nombre Iwai, o sea, «Celebración».

—Lo adoptó —dice Yayoi— una familia de Takamatsu llamada Takaishi.

Orito está escondida tras una nube de vapor.

—Eso tengo entendido.

Agasao dice:

—Beroesdabasgondándonosdu sueño, herbana…

—Bueno —Sadaie frota una costra de arroz quemado—, me sorprendía que Iwai hubiese crecido tan rápido, y me preocupaba que se metiese en líos por infringir la norma que prohíbe la entrada de los Regalos al monte Shiranui. Pero —mira hacia la Sala de Oraciones y baja la voz— tuve que abrir el cerrojo de la puerta interna.

—El cedojo —pregunta Asagao— esdaba dentro de la buerda inderior, dices.

—Sí. En el momento no se me ocurrió. Bueno, el caso es que se abrió la puerta…

Yayoi da un grito de impaciencia.

—¿Qué viste, Hermana?

—Hojas secas. Ningún Don, ni a Iwai, solo hojas secas. Y se las llevaba el viento.

—Pero eso —Kagerô carga todo su peso en la manivela del torno— es un mal augurio.

La rotundidad de Kagerô pone nerviosa a Sadaie.

—¿De veras lo crees, hermana?

—¿Cómo va a ser de buen agüero que tu Don se convierta en unas hojas secas?

—Hermana —Yayoi remueve el caldero—, vas a trastornar a Sadaie.

Kagerô escurre el agua.

—Me limito a decir la verdad tal como la veo.

—¿Bodrías saber —le pregunta Asagao a Sadaie— guién era el badre de Iwai bor la voz?

—Eso es —dice Yayoi—. Tu sueño era una pista sobre el padre de Iwai.

Hasta Kagerô se muestra interesada por esta teoría:

—¿Qué monjes fueron tus Donadores?

La provisora Satsuki entra en la lavandería con una caja nueva de jabón.

• • •

El poniente enrarecido transforma el Pico Pelado, jaspeado de nieve, en un pez sanguinolento, mientras el lucero de la tarde destella puntiagudo como una aguja. De la cocina se escapa el humo y los olores de los guisos. Todas las mujeres, menos las dos cocineras de esa semana, pueden disponer libremente de su tiempo hasta que el maestro Suzaku llegue para la cena. Orito emprende su paseo alrededor de los claustros para distraer a su cuerpo del vehemente deseo de «consuelo». Varias hermanas se reúnen en la Sala Alargada, donde se empolvan el rostro unas a otras, o

se tiñen de negro los dientes. Yayoi descansa en su celda. Minori, la hermana invidente, está enseñándole a Sadaie un arreglo para *koto* de la canción *Ocho millas por el desfiladero*. Umegae, Hashihime y Kagerô también hacen ejercicio alrededor de los claustros, pero en sentido contrario al de Orito, que tiene que apartarse para dejarlas pasar. Por milésima vez desde su secuestro, Orito desea con toda el alma tener los útiles necesarios para escribir. Está prohibido, lo sabe de sobra, mandar cartas al exterior sin autorización, y quemaría todo lo que escribiese por miedo a que sus pensamientos saliesen a la luz. Pero una pluma, piensa, es una ganzúa para la mente del prisionero. La abadesa Izu le ha prometido obsequiarla con un juego de escribanía en cuanto se confirme su primer Don.

¿Cómo podría soportar semejante acto, se pregunta estremecida, y seguir viviendo?

Cuando dobla la siguiente esquina, el Pico Pelado ya no es rosa sino gris.

Piensa en las doce mujeres de la Casa que lo soportan.

Se acuerda de la última novicia que se ahorcó.

—Venus —le contó una vez su padre— describe su órbita en el sentido de las agujas del reloj. Todos sus planetas hermanos giran alrededor del sol en el sentido contrario…

… pero el recuerdo de su padre se desvanece ahuyentado por condicionales burlonas.

Umegae, Hashihime y Kagerô forman una muralla andante de kimonos guateados.

Si Enomoto no me hubiese visto nunca, o no me hubiese escogido para añadirme a su colección…

Orito oye el chac, chac, chac de los cuchillos en la cocina.

Si mi madrastra fuese de veras la mujer compasiva que fingía ser…

—Aquí hay algunas tan exquisitas —señala Kagerô— que se creen que el arroz crece en los árboles.

O si Jacob de Zoet hubiese sabido que en mi último día de libertad estuve en la Puerta Terrestre de Deshima…

Las tres mujeres pasan de largo, arrastrando los dobladillos por los tablones de madera.

Una V de gansos cruza el cielo; en el bosque chilla un mono.

Mejor ser una concubina de Deshima, piensa Orito, protegida por el dinero de un extranjero…

En la copa de un viejo árbol, un pájaro de montaña pespuntea enrevesados trinos.

… que lo que me espera en la semana de los Dones, si no me escapo.

El arroyo canalizado entra y sale del patio bajo el suelo elevado del claustro, alimentando el estanque. Orito pega la espalda al panel de madera.

—Se creerá —dice Hashihime— que va a escaparse volando en una nube mágica…

Las estrellas polinizan las orillas del Río del Cielo, que germinan y florecen.

Los europeos, recuerda Orito, la llaman la Vía Láctea. —Ha vuelto la voz suave de su padre—. Ahí está Umihebi, la serpiente marina; allí Tokei, el reloj; allá Ite, el arquero… —percibe su cálida fragancia—… y allí arriba, Ranshinban, la brújula…

El cerrojo de la puerta interna se abre con un chirrido:

—¡Abierto!

Todas las hermanas lo oyen. Todas las hermanas piensan: el maestro Suzaku.

Las hermanas se reúnen en la Sala Alargada, vestidas con sus mejores galas, menos Sadaie y Asagao, que siguen preparando la cena, y Orito, que sólo tiene el kimono de trabajo con el que la raptaron, una chaqueta *hakata* guateada, y un par de pañuelos para la cabeza. Hasta las hermanas de menor rango, como Yayoi, pueden elegir entre dos o tres kimonos de buena calidad —uno por cada niño engendrado—, collares sencillos y peines de bambú. Las hermanas de más categoría, como Hatsune y Hashihime, han adquirido, con los años, un vestuario tan rico como el de la mujer de un mercader de postín.

El deseo de «consuelo» ya es un martilleo implacable, pero Orito también es la que más tiene que esperar: una a una, por orden de precedencia, las hermanas acuden a la Sala Cuadrada donde Suzaku pasa consulta y administra sus bebedizos. Suzaku dedica dos o tres minutos a cada paciente; para algunas hermanas, los pormenores de sus achaques y los comentarios que el maestro les hace al respecto son la mayor fuente de fascinación, que únicamente es superada por las cartas de Año Nuevo. Hatsune, la primera hermana, sale de la consulta con la noticia de que la fiebre del acólito Yiritsu está empeorando y que el maestro Suzaku duda que vaya a ver la luz del día siguiente.

Casi todas las hermanas expresan su horror y consternación.

—Nuestros maestros y acólitos —jura Hatsune— rara vez enferman…

Orito se sorprende preguntándose qué febrífugos le habrán administrado, antes de pensar: Me trae sin cuidado.

Las mujeres intercambian recuerdos de Yiritsu hablando en pasado.

Antes de lo que Orito esperaba, Yayoi le pone una mano en el hombro:

—Te toca.

—¿Cómo está la nueva hermana esta tarde?

El maestro Suzaku da la impresión de estar siempre a punto de soltar una carcajada que nunca llega. El efecto es siniestro. En un rincón está la abadesa Izu, y

en el otro, un acólito.

Orito responde lo de siempre:

—Viva, como puede ver.

Suzaku señala al joven.

—¿Conoces al acólito Chûai?

Kagerô y las hermanas más malvadas se refieren a Chûai con el apodo de «Sapo hinchado».

—Por supuesto que no.

Orito no mira al acólito.

—¿La primera nevada —Suzaku chasquea la lengua— no te ha dejado más débil?

No supliques una dosis de «consuelo».

—No —contesta Orito.

Le encanta que le supliques.

—¿Ningún síntoma que declarar, pues? ¿Nada de dolores ni hemorragias?

El mundo, se figura la comadrona, le parece un gran chiste que sólo capta él.

—¿Ni estreñimiento? ¿Diarrea? ¿Hemorroides? ¿Aftas? ¿Migrañas?

—El único mal del que padezco —se ve incitada a decir Orito— es el encarcelamiento.

Suzaku sonríe al acólito Chûai y a la abadesa.

—Nuestros lazos con el Mundo Inferior nos hieren como alambres. Córtalos y serás tan feliz como tus queridas hermanas.

—A mis «queridas hermanas» las rescataron de burdeles y barracones de feria, y puede que la vida aquí les parezca mejor. Yo he perdido bastante más, y Enomoto —la abadesa y el acólito se sobresaltan al oír pronunciar el nombre del abad con tanto desprecio— ni siquiera ha venido a dar la cara desde que me compró. Y no se atreva usted —Orito se contiene antes de apuntar a Suzaku con el índice como un holandés furioso— a endilgarme sus perogrulladas sobre el Destino y el Equilibrio Divino. Deme mi «consuelo» y punto. Por favor. Las mujeres quieren cenar.

—Más le convendría a la novicia —empieza a decir la abadesa— no hablarle a…

Suzaku la interrumpe con un ademán respetuoso.

—Seamos un poco indulgentes con ella, abadesa, aunque no se lo merezca. Muchas veces, la mejor manera de domar la desobediencia es la gentileza.

El monje vierte un líquido fangoso en una tacita de piedra del tamaño de un dedal.

Mira con qué parsimonia se mueve, piensa, para avivarte el deseo…

Orito se controla para no agarrar bruscamente la taza de la bandeja que le tiende el monje.

Se da la vuelta para ocultar con la manga el vulgar acto de beber.

—Una vez que recibas la Donación —le promete Suzaku— empezarás a sentirte

como en casa…

Jamás, piensa Orito, jamás. Su lengua absorbe el líquido aceitoso…

… la sangre le bombea con más fuerza, se le dilatan las arterias y una sensación de bienestar le alivia las articulaciones.

—La Diosa no te escogió —dice la abadesa Izu—. Tú escogiste a la Diosa.

Los copos de nieve tibia se posan en la piel de Orito, susurrando mientras se derriten.

Todas las tardes, la hija del médico quiere preguntarle a Suzaku cuáles son los ingredientes del «consuelo». Todas las tardes, se muerde la lengua. La pregunta, lo sabe, daría pie a una conversación, y conversar es el primer paso hacia la aceptación…

• • •

La cena, comparada con el desayuno, es una ocasión alegre. Después de una breve bendición, la provisora Satsuki y las hermanas comen tofu en *tempura*, rehogado con ajo y rebozado en sésamo; berenjena en vinagre; sardinas y arroz blanco. Hasta las hermanas más altivas rememoran su origen humilde, cuando una dieta tan refinada era sólo un sueño, y se relamen con cada bocado. La abadesa se ha ido a cenar con Suzaku y el maestro Genmu, y en la Sala Alargada reina la tranquilidad. Después de recoger la mesa y lavar platos y palillos, las hermanas vuelven a sentarse para fumar una pipa, contarse historias, jugar al *mah jong*, releer —o dejar que les relean— las cartas de Año Nuevo, y escuchar a Hatsune tocar el *koto*. Los efectos del «consuelo» duran un poco menos cada noche, Orito se ha dado cuenta. Como siempre, se marcha sin despedirse. Espérate a que reciba la Donación, intuye que piensan las demás. Espérate a que la barriga le crezca como un peñasco y nos necesite para ayudarla a fregar, recoger y llevar.

De vuelta en la celda, Orito ve que alguien le ha encendido la chimenea. Yayoi.

La maldad de Umegae o la hostilidad de Kagerô la animan a rechazar la Casa.

Pero la amabilidad de Yayoi, teme, hace que la vida aquí sea mucho más tolerable…

… y que se acerque el día en el que el monte Shiranui se convierta en su hogar.

¿Quién sabe, se pregunta, si Yayoi no estará actuando bajo las órdenes de Genmu?

Orito, preocupada y temblorosa en el aire helado, se lava con un trapo.

Bajo las mantas, se tumba de lado y contempla el jardín de las llamas.

• • •

Las ramas del caqui se comban bajo el peso de la fruta madura y relucen en la

oscuridad.

En el cielo, una pestaña crece hasta transformarse en una garza; el ave inicia su desgarbado descenso…

Tiene los ojos verdes y el pelo rojo; Orito tiene miedo de su torpe pico.

La garza le dice —en holandés, por supuesto—: Es usted hermosa.

Orito no quiere darle cuerda pero tampoco quiere herir sus sentimientos.

Está en el patio de la Casa de las Hermanas: oye gemir a Yayoi.

Las hojas muertas vuelan como murciélagos; los murciélagos vuelan como hojas muertas.

¿Cómo hago para escapar? Angustiada, responde a nadie. La puerta está cerrada.

¿Desde cuándo los gatos, se burla el minino de color gris luna, necesitan llaves?

No tengo tiempo, la desesperación la estrangula, para acertijos.

Primero, dice el gato, convéncelos de que eres feliz aquí.

¿Por qué, pregunta, habría de darles esa falsa satisfacción?

Porque sólo así, contesta el gato, dejarán de vigilarte.

# XVI

## Academia Shirandô, en la residencia Ôtsuki de Nagasaki

*Anochecer del vigésimo cuarto día del décimo mes*

—Y para terminar —Yoshida Hayato, el autor aún joven de una erudita monografía sobre la verdadera antigüedad de la Tierra, contempla a los ochenta o noventa estudiosos que componen su auditorio—, afirmo que la difundida creencia de que Japón es una fortaleza inexpugnable es una ilusión peligrosa. Honorables Académicos, somos una granja decrépita con las paredes desmoronadas, el tejado hundido y unos vecinos codiciosos. —Yoshida está muriéndose de una enfermedad ósea y el esfuerzo de hacerse oír por toda la espaciosa sala lo tiene agotado—. Al noroeste, a una mañana de viaje desde la isla de Tsushima, viven los arrogantes coreanos. ¿Quién puede olvidar los ofensivos estandartes que enarbolaron en su última embajada? «Inspectorado de Feudos» y «Somos la Pureza», cuyo mensaje implícito, naturalmente, era: «¡Vosotros no!».

Algunos de los estudiosos concuerdan entre suspiros.

—Al noreste se encuentra el vasto territorio de Ezo, hogar de los salvajes ainos, pero también de los rusos que trazan mapas de nuestras costas y reclaman Karafuto. O samurái, como lo llaman ellos. Sólo han pasado doce años desde que un francés… —Yoshida prepara los labios—… La Pérouse, ¡dio su nombre al estrecho que separa Ezo de Karafuto! ¿Estarían los franceses dispuestos a tolerar frente a sus costas un «estrecho de Yoshida»? —El argumento tiene su lógica y seduce al auditorio—. Las recientes incursiones del capitán Benyovszky y del capitán Laxman nos advierten de un futuro no muy lejano en el que los europeos errantes ya no pedirán provisiones, sino que exigirán comercio, muelles y almacenes, puertos fortificados, tratados leoninos. Las colonias arraigarán como los cardos y las malas hierbas. Entonces caeremos en la cuenta de que nuestra «fortaleza inexpugnable» no era más que un placebo; que nuestros mares no son «fosos insalvables», sino, como escribió mi clarividente colega Hayashi Shihei, «una ruta oceánica sin fronteras que une la China, Holanda y el puente Nihonbashi de Edo».

Parte del público asiente con la cabeza; otros parecen preocupados.

Hayashi Shihei, recuerda Ogawa Uzaemon, murió en arresto domiciliario por sus escritos.

—Mi ponencia ha terminado. —Yoshida hace una reverencia—. Doy gracias al Shirandô por su gentil atención.

Ôtsuki Monjurô, el barbudo director de la Academia, duda si abrir un turno de preguntas o no, pero el doctor Maeno se aclara su venerable garganta y levanta el

abanico.

—Ante todo quiero dar las gracias a Yoshida-san por sus estimulantes reflexiones. En segundo lugar me gustaría preguntarle cuál es la mejor manera de conjurar las amenazas que acaba de enumerar.

Yoshida bebe un sorbo de agua templada y respira hondo.

Lo menos peligroso, piensa Uzaemon, sería una respuesta vaga y evasiva.

—Creando la armada japonesa, construyendo dos grandes astilleros y fundando una academia en la que instructores extranjeros puedan formar carpinteros de ribera, armeros, oficiales y marineros.

La atrevida visión de Yoshida coge desprevenido al auditorio.

Awatsu, un algebrista, es el primero en reponerse.

—¿Sólo eso?

Yoshida sonríe ante la ironía de Awatsu.

—Rotundamente no. Necesitamos un ejército nacional basado en el modelo francés; una fábrica de armas que produzca lo último en rifles prusianos; y un imperio ultramarino. Si no queremos convertirnos en una colonia europea debemos tener nuestras propias colonias.

—Pero lo que propone Yoshida-san —objeta el doctor Maeno— requeriría…

Un gobierno radicalmente nuevo, piensa Uzaemon, y un Japón radicalmente nuevo.

Un químico que Uzaemon no conoce lanza una sugerencia:

—¿Una embajada comercial a Batavia?

Yoshida sacude la cabeza.

—Batavia es una cuneta, y, digan lo que digan los holandeses, Holanda no es más que un peón. Nuestros maestros deben ser Francia, Inglaterra, Prusia o los enérgicos Estados Unidos. Hay que mandar a esos países a doscientos estudiosos inteligentes y sanos, criterio este que —Yoshida sonríe con tristeza— me excluye, para que se instruyan en las artes industriales. A su regreso a Japón difundirán libremente los conocimientos adquiridos entre las mentes más aptas, sin distinción de clase, para que podamos, entonces sí, emprender la construcción de una verdadera «fortaleza inexpugnable».

—Pero —Haga, el farmacólogo de nariz simiesca, plantea la consabida objeción — el decreto de la Nación Separada prohíbe a cualquier súbdito japonés abandonar el país so pena de muerte.

Ni siquiera Yoshida Hayato se atrevería a sugerir, piensa Uzaemon, la derogación del decreto.

—Pues entonces —Yoshida Hayato parece estar tranquilo— hay que derogar el decreto.

La afirmación provoca objeciones asustadas y algún que otro asentimiento

nervioso.

¿No debería alguien, el intérprete Arashiyama mira a Uzaemon, salvarlo de sí mismo?

Está muriéndose, piensa el joven intérprete. La decisión es cosa suya.

—Yoshida-san —dice Haga el farmacólogo— se opone al tercer shogun…

—… el cual no es un participante del debate —coincide el químico— ¡sino una divinidad!

—¡Yoshida-sama —replica Omori, el pintor de estilo holandés— es un patriota visionario y debemos escucharlo!

—En nuestra sociedad de estudiosos —Haga se pone en pie— se debaten cuestiones de filosofía natural…

—… y no de estado —concuerda un metalúrgico de Edo—, así que…

—Nada escapa a la filosofía —declara Ômori—, salvo que el miedo dicte lo contrario.

—O sea —rebate Haga—, que cualquiera que discrepe de usted ¿es un cobarde?

—El tercer shogun cerró el país para impedir las rebeliones cristianas —sostiene el historiador Aodo—, pero el resultado ha sido ¡un Japón embalsamado dentro de un frasco!

La sala se alborota y Ôtsuki, el director, entrechoca dos palos para imponer el orden.

Una vez restablecido el orden, Yoshida obtiene el permiso de dirigirse a sus detractores.

—El decreto de la Nación Separada era una medida necesaria en la época del tercer shogun. Pero hoy existen nuevas máquinas de poder que están moldeando el mundo. Lo que aprendemos de los informes holandeses y de las fuentes chinas es una seria advertencia. Los pueblos que no adquieren esas máquinas de poder se ven, en el mejor de los casos, sometidos, como los indios. Y en el peor de los casos, como los nativos de la Tierra de Van Diemen, exterminados.

—La lealtad de Yoshida-san —admite Haga— está fuera de toda duda. De lo que sí dudo es de la probabilidad de que una armada de guerra europea se dirija a Edo o a Nagasaki. Aboga usted por introducir cambios revolucionarios en nuestro Estado, pero ¿para qué? Para defendernos de un fantasma. Para hacer frente a un panorama hipotético.

—El presente es un campo de batalla —Yoshida endereza la espalda todo lo que puede— en el que las conjeturas antagónicas rivalizan para convertirse en las realidades futuras. ¿Cómo hace un panorama hipotético para imponerse a sus adversarios? La respuesta… —el enfermo académico tose—… la respuesta: «¡Mediante el poder político y militar, naturalmente!», no es más que un aplazamiento, pues ¿qué es lo que guía la mente de los poderosos? La respuesta es

«las creencias». Creencias que pueden ser innobles o idealistas; democráticas o confucianas; occidentales u orientales; tímidas o audaces; realistas o ilusorias. El poder viene definido por la creencia de que el camino que hay que seguir es uno en particular y no otro. ¿Cuál es, pues, o dónde está, el útero de la creencia? ¿Cuál es, o dónde está, el crisol de la ideología? Académicos del Shirandô, yo os digo que nosotros somos uno de esos crisoles. Somos uno de esos úteros.

En el primer receso se encienden los faroles, se atizan los braseros para hacer frente al frío, y las conversaciones bullen y chisporrotean. Los intérpretes Uzaemon, Arashiyama y Goto Shinpachi se sientan con otras cinco o seis personas. El algebrista Awatsu se disculpa por molestar a Uzaemon:

—Es que esperaba oír buenas noticias sobre la salud de su padre.

—Sigue guardando cama —responde Uzaemon—, pero aún se las arregla para imponer su voluntad.

Los que conocen a Ogawa el Viejo sonríen mirando hacia el suelo.

—¿Qué aqueja al caballero?

Yanaoka es un médico de Kumamoto con las mejillas arreboladas por el sake.

—El doctor Maeno cree que mi padre tiene un cáncer de…

—¡Un diagnóstico sumamente difícil! Hagamos una consulta mañana.

—El doctor Yanaoka es muy amable, pero mi padre es una persona exigente en cuanto a quién…

—Vamos, vamos, conozco a tu honorable padre desde hace veinte años.

Sí, piensa Uzaemon, y él te desprecia desde hace cuarenta.

—«Más capitanes de la cuenta» —cita Awatsu— «y el barco termina en una huerta». Seguro que el doctor Maeno está haciendo un trabajo excelente. Rezaré por su pronta recuperación.

Los demás prometen hacer otro tanto y Uzaemon expresa la debida gratitud.

—Otro rostro ausente —menciona Yanaoka— es el de la hija quemada del doctor Aibagawa.

—¿No está usted al corriente —dice el intérprete Arashiyama—, del final feliz de la joven? Las finanzas del difunto médico estaban en un estado tan precario que se rumoreaba que su viuda iba a perder la casa, pero en cuanto el señor abad Enomoto tuvo noticia de las penurias económicas de la familia, no sólo saldó todas las deudas hasta el último sen, sino que hizo un hueco a la hija en su convento del monte Shiranui.

—¿Qué tiene de feliz ese final?

Uzaemon ya se arrepiente de haber abierto la boca.

—¿Un buen cuenco de arroz al día —dice Ozono, el químico rechoncho— sólo por recitar unos pocos sutras? ¡Para una chica imposible de casar por culpa de ese

defecto es un final apoteósico! Oh, sí, ya sé que el padre la animaba a jugar a los académicos, pero hay que ponerse del lado de la viuda. ¿Qué pinta la hija de un samurái enredando en los partos y mezclándose con holandeses sudorosos?

Uzaemon se da la orden de cerrar la boca.

El siguiente en meter baza es Banda, un ingeniero campechano de la pantanosa Sendai:

—Cuando estuve en Isahaya me llegaron extraños rumores sobre el templo del abad Enomoto.

—Salvo que quiera usted —advierte Awatsu a Banda en tono jovial— acusar de indecencia a un amigo íntimo de Matsudaira Sadanobu e ilustre miembro del Shirandô, más le vale hacer oídos sordos a cualquier habladuría sobre el templo del señor Enomoto. Los monjes viven como monjes y las monjas como monjas.

Uzaemon quiere y no quiere saber de qué rumores se trata.

—Por cierto, ¿dónde se encuentra esta tarde el abad Enomoto? —pregunta Yanaoka.

—En Miyako —dice Yanaoka—, dirimiendo alguna abstrusa cuestión clerical.

—En su corte de Kashima —dice Arashiyama—. Impartiendo justicia, según he oído.

—Pues yo he oído que se ha ido a la isla de Tsu —dice Ozono— para reunirse con unos mercaderes coreanos.

La puerta corredera se abre: un runrún de bienvenida recorre la sala.

El doctor Marinus y Sugita Genpaku, uno de los más ilustres especialistas en cultura holandesa, se detienen en el umbral. El médico, medio cojo, se apoya en su bastón; el anciano Sugita se apoya en un criado. Los dos se divierten discutiendo para ver quién entra primero. Zanjan la cuestión con una partida de piedra, papel o tijera. Gana Marinus, pero aprovecha la victoria para insistir en ceder la precedencia a Sugita.

—¡Mira el pelo de ese extranjero! —exclama Yanaoka estirando el cuello.

Ogawa Uzaemon ve a Jacob de Zoet golpearse la coronilla en el dintel de la puerta.

—Hace apenas treinta años —Sugita Genpaku se sienta en el estrado del ponente — sólo había en todo Japón tres especialistas en cuestiones holandesas, y un solo libro: este viejo que tienen delante, el doctor Nakagawa Yun’an y mi querido amigo el doctor Maeno, uno de cuyos más recientes descubrimientos —Sugita se toquetea la desflecada barba blanca— debe de haber sido, sin duda, el elixir de la inmortalidad, porque no ha envejecido un solo día.

Maeno sacude la cabeza avergonzado y a la vez encantado.

—El libro —Sugita inclina la frente— era el *Tafel Anatomia* de Kulmus, impreso

en Holanda. Lo encontré en mi primera visita a Nagasaki y, aunque lo deseaba con toda el alma, me resultaba tan imposible pagar lo que me pedían por él como ir nadando a la luna. Mi clan lo adquirió para mí y, con ese gesto, decidieron mi destino.

Sugita hace una pausa y escucha con interés profesional la traducción que el intérprete Shizuki hace de sus palabras en atención de Marinus y De Zoet.

Uzaemon ha evitado ir por Deshima desde la partida del *Shenandoah*, y ahora evita también la mirada de De Zoet. Su sentimiento de culpa en relación a Orito está vinculado al escribano holandés de un modo que Uzaemon es incapaz de desentrañar.

—Maeno y yo nos llevamos el *Tafel Anatomia* al patíbulo de Edo —prosigue Sugita—, donde una prisionera llamada Vieja Madre Té iba a ser estrangulada durante una hora como castigo por haber envenenado a su esposo. —Shizuki se encasquilla con la palabra «estrangulada» y hace el gesto con las manos—. Hicimos un trato con ella. A cambio de una decapitación indolora, nos dio permiso para practicar en su cadáver la primera disección médica de la historia de Japón, y firmó un juramento para que su espíritu no nos persiguiese en venganza… Al comparar los órganos internos de la condenada con las ilustraciones del libro, constatamos con estupor que las fuentes chinas que dominaban nuestro saber eran terriblemente inexactas. No había rastro de las «orejas de los pulmones», ni de los «siete lóbulos de los riñones», y los intestinos diferían notablemente de las descripciones de los Antiguos Sabios…

Sugita espera a que Shizuki lo alcance.

De Zoet parece más demacrado, piensa Uzaemon, que el pasado otoño.

—Mi *Tafel Anatomia*, en cambio, correspondía tan fielmente al cadáver diseccionado que los doctores Maeno, Nakagawa y yo mismo coincidimos en la misma opinión: la medicina europea es superior a la china. Afirmarlo hoy, cuando en todas las ciudades hay escuelas de medicina holandesas, es de una obviedad meridiana; pero hace treinta años esa opinión era un parricidio. Con todo, y pese a que entre los tres no sumábamos más de unos pocos centenares de palabras en holandés, decidimos traducir *Tafel Anatomia* al japonés. Alguno de los presentes habrá oído hablar de nuestro *Kitai Shinsho*, supongo…

El auditorio agradece la modestia de la frase.

—La nuestra fue una labor ímproba. —Sugita Genpaku se alisa las espesas y canosas cejas—. Invertíamos horas en busca de una sola palabra, a menudo para terminar descubriendo que no tenía equivalente en japonés. Acuñamos palabras que nuestra raza habría de usar —el anciano no es inmune a la vanagloria— por toda la eternidad. A guisa de ejemplo, durante una cena a base de ostras se me ocurrió el vocablo «*shinkei*» como correlato de «nervio». Éramos, por citar el proverbio, «el perro que ladra por nada y al que responden mil perros que ladran por algo…».

Durante el último descanso, Uzaemon va a esconderse en el jardín del patio, que no es exactamente de invierno, para evitar un posible encuentro con De Zoet. De la sala llega un lamento sobrenatural acompañado de una carcajada horrorizada: el director Ôtsuki está ofreciendo una demostración de sus gaitas, adquiridas a primeros de año de manos de Arie Grote. Uzaemon se sienta bajo un magnolio gigantesco. No se ven estrellas en el cielo, y el joven recuerda la tarde de un año y medio antes en que le preguntó a su padre qué opinaba de Aibagawa Orito como posible nuera. «El doctor Aibagawa es un eminente estudioso, pero no tan eminente como sus deudas, según me cuentan. Peor aún, ¿y si mis nietos heredan la cara chamuscada de su hija? La respuesta, por fuerza, debe ser no. Si la joven y tú ya habéis intercambiado sentimientos» —el padre puso cara de oler mal—, «reniega de ellos sin dilación». Uzaemon le suplicó que al menos sopesase un poco más la posibilidad de un compromiso, pero Ogawa el Viejo escribió una ofendida carta al padre de Orito. El sirviente volvió con una breve nota remitida por el médico en la que el hombre se disculpaba por las molestias que pudiera haberle causado la extralimitación de su hija, y aseguraba que la cuestión estaba zanjada. El funesto día concluyó con la última carta secreta que Uzaemon recibió de Orito, la más breve de su correspondencia clandestina. «Jamás provocaré que tu padre», terminaba la misiva, «se arrepienta de haberte adoptado…».

El «incidente Aibagawa» indujo a los progenitores de Uzaemon a buscarle una esposa a su hijo. Una casamentera conocía a una familia de Karatsu, de clase baja pero adinerada, con negocios prósperos en el ramo de las tintorerías y ansiosa por contar con un yerno que tuviese acceso a los cargamentos de madera de brasilete que entrasen en Deshima. Se celebraron entrevistas y el padre de Uzaemon comunicó a su hijo que la joven era aceptable como esposa Ogawa. Se casaron el día de Año Nuevo, a la hora que el astrólogo de la familia juzgó propicia. La buena suerte, piensa Uzaemon, aún está por ver. Su mujer acaba de sufrir el segundo aborto, un infortunio que la madre del intérprete achaca a «la desidia desmedida» y el padre, a «un espíritu relajado». La primera considera que su deber es hacer sufrir a su nuera tanto como ella sufrió en su época de joven esposa en la casa de los Ogawa. Compadezco a mi mujer, admite Uzaemon, pero mi lado más malvado no le perdona que no sea Orito. Con todo, Uzaemon apenas alcanza a imaginar las penurias que estará pasando Orito en el monte Shiranui: frío, aislamiento, trabajo agotador, desconsuelo por la muerte de su padre y por la vida que le han robado, y, seguramente, resentimiento por el hecho de que los académicos del Shirandô tengan a su secuestrador por un eximio filántropo. Interrogar a Enomoto, el mecenas más ilustre de la academia, acerca de la última novicia de su templo, sería una violación de la etiqueta poco menos que escandalosa, por cuanto implicaría una acusación de conducta ilícita. El monte

Shiranui está tan cerrado a las investigaciones ajenas al feudo de Kyôga como Japón al resto del mundo. A falta de noticias sobre el estado de la joven, la imaginación de Uzaemon lo atormenta tanto como su conciencia. Cuando la muerte del doctor Aibagawa parecía ya inminente, el intérprete tenía la esperanza de que si animaba a Orito a aceptar la proposición de matrimonio temporal de Jacob de Zoet —o, cuando menos, no la disuadía—, lograría que la comadrona se quedase en Deshima. Antes o después, preveía el intérprete, De Zoet se marcharía de Japón, o se cansaría de su botín, como suele ocurrirles a los extranjeros, y ella estaría dispuesta a que Uzaemon la tomase como segunda esposa.

—Cabeza hueca —le dice Uzaemon al magnolio—, cabeza de chorlito, cabeza dura…

—¿Quién es un cabeza dura?

La grava cruje bajo los pies de Arashiyama.

—Las provocaciones de Yoshida-sama. Palabras peligrosas.

Arashiyama cruza los brazos para protegerse del frío.

—Está nevando en las montañas, he oído.

El sentimiento de culpa por lo de Orito, teme Uzaemon, me perseguirá toda la vida.

—Ôtsuki-sama me ha mandado a buscarte —dice Arashiyama—. El doctor Marinus está listo, y tenemos que ganarnos la cena.

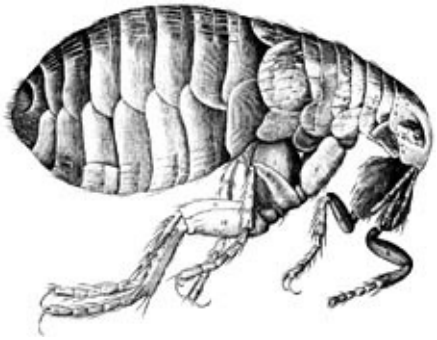
Los antiguos asirios —Marinus se sienta con la pierna coja colocada en un ángulo extraño— usaban cristales redondeados para encender el fuego; el griego Arquímedes, leemos, se sirvió de un gigantesco espejo ustorio para destruir la flota romana de Marco Aurelio en Siracusa, y se dice que el emperador Nerón habría usado una lente para corregir su miopía.

Uzaemon explica «Asirios» e intercala «la isla de» antes de Siracusa.

—El árabe Ibn Al Haizam —prosigue el médico—, cuyos traductores latinos llamaban Alhacén, escribió su Tratado de óptica hace ocho siglos. El italiano Galileo y el holandés Lippershey usaron los descubrimientos de Alhacén para inventar lo que hoy llamamos microscopios y telescopios.

Arashiyama confirma el nombre árabe y ofrece una traducción sin titubeos.

—La lente, y su primo el espejo, así como sus principios matemáticos, han evolucionado mucho en el tiempo y en el espacio. Gracias a una sucesión de adelantos, los astrónomos de nuestro tiempo pueden contemplar un planeta recién descubierto más allá de Saturno, *Georgium Sidium*, invisible a simple vista. Los zoólogos pueden admirar la vera efigie del amigo más fiel del hombre…



… *Pulex irritans*.

Uno de los alumnos de Marinus muestra la ilustración incluida en la Micrografía de Hooke y la mueve lentamente en semicírculo para que la vea todo el auditorio, mientras Goto se ocupa de la traducción. Los académicos no advierten su omisión del sintagma «una sucesión de adelantos», cuyo sentido también se le escapa a Uzaemon.

De Zoet observa desde un lateral, a pocos pasos de distancia. Cuando Uzaemon subió al estrado intercambiaron un «buenas tardes», pero el holandés, muy diplomático, detectó la reticencia del intérprete y no ha querido forzar la situación. Podría haber sido un buen marido para Orito. El generoso pensamiento de Uzaemon está manchado de celos y arrepentimiento.

Marinus mira a través del humo de la lámpara. Uzaemon se pregunta si se traerá los discursos preparados de antemano o los improvisa sobre la marcha.

—Los microscopios y los telescopios son productos de la ciencia; su uso, por parte del hombre y, allí donde esté permitido, de la mujer, producen más ciencia, y los misterios de la Creación se revelan de un modo hasta entonces inimaginable. De esta forma, la ciencia se amplía, se ahonda y se disemina, y mediante la invención de la imprenta, sus esporas y semillas pueden germinar incluso en el seno de este Imperio enclaustrado.

Uzaemon trata de traducir lo mejor posible, pero no es fácil: la palabra holandesa «semen» ¿no estará relacionada con ese verbo desconocido, «diseminar»? Goto Shinpachi prevé la dificultad de su colega y sugiere «distribuir». Uzaemon se figura que «germinar» significa «ser aceptado», pero las miradas recelosas del auditorio lo ponen en guardia: Cuando al orador no se le entiende, la culpa es del intérprete.

—La ciencia se mueve —Marinus se rasca el grueso cuello—, año tras año, hacia un nuevo estado. Mientras que antiguamente el hombre era el sujeto y la ciencia el objeto, hoy considero que esa relación está invirtiéndose. La ciencia, caballeros, está en vísperas de hacerse «sintiente».

Gofo juega sobre seguro e interpreta «sintiente» como «vigilante», porque le recuerda a centinela. Su traducción está entreverada de misticismo, pero el original también.

—La ciencia, como si de un general se tratase, identifica a sus enemigos: la sabiduría popular y las hipótesis no demostradas; la superstición y el curanderismo; el

miedo de los tiranos a los plebeyos instruidos; y, el mayor peligro de todos, la pasión del hombre por engañarse a sí mismo. El inglés Bacon lo expresa con tino: «El entendimiento humano es como un espejo falso que, al recibir de forma desigual los rayos de luz, distorsiona la naturaleza de las cosas, puesto que mezcla en ellas su propia naturaleza». Nuestro honorable colega, el señor Tataki, conocerá el pasaje, ¿no es así?

Arashiyama solventa la palabra «curanderismo» omitiéndola sin contemplaciones, censura la frase de los tiranos y los plebeyos, y para la cita de Bacon, recurre al envarado Takaki, traductor del filósofo inglés, que la vierte con voz quejumbrosa.

—La ciencia aún está aprendiendo a hablar y a caminar. Pero pronto llegará el momento en el que la ciencia transformará la esencia del ser humano. Academias como el Shirandô, caballeros, son los semilleros de la ciencia, sus escuelas. Hace unos años, un sabio estadounidense, Benjamin Franklin, se maravilló al ver un globo que sobrevolaba Londres. Su acompañante despreció el ingenio volante tildándolo de bagatela, de frivolidad, y le preguntó: «Sí, muy bien, pero ¿para qué sirve?». Franklin le contestó: «Y un recién nacido, ¿para qué sirve?».

Uzaemon lleva a cabo lo que a su juicio es una traducción correcta hasta llegar a «bagatela» y «frivolidad»: Goto y Arashiyama le dan a entender con sendas muecas de disculpa que no pueden ayudarlo. El público lo observa con gesto crítico. En voz baja, Jacob de Zoet dice:

—El juguete de un niño.

Usando este sustituto, la anécdota tiene sentido, y cerca de cien académicos hacen gestos de aprobación por la historieta de Franklin.

—Si un hombre se hubiese quedado dormido hace doscientos años —continúa Marinus— y se hubiese despertado esta mañana, le parecería que la esencia del mundo sigue siendo la misma. Los barcos siguen siendo de madera, aún proliferan las enfermedades, nadie puede desplazarse más rápido que un caballo al galope, y ningún hombre puede matar a otro que no se encuentre en su campo visual. Pero si el mismo individuo se quedase dormido esta noche y durmiese cien años, u ochenta, o incluso sesenta, al despertarse no reconocería el planeta merced a las transformaciones que introducirá la ciencia.

Goto deduce que «proliferan» significa «son mortales», y debe reconstruir el final de la frase.

La atención de Marinus, entre tanto, se ha desviado más allá de las cabezas de los académicos.

Yoshida Hayato carraspea para hacerle ver que quiere hacerle una pregunta.

Ôtsuki Monjurô mira al distraído Marinus y da su consentimiento asintiendo con la cabeza.

Yoshida escribe en holandés con más soltura que muchos intérpretes, pero tiene miedo de equivocarse en público, así que se dirige a Goto Shinpachi en japonés.

—Por favor, intérprete, pregúntele al doctor Marinus lo siguiente: si la ciencia es capaz de sentir, ¿cuál es su deseo supremo? O dicho de otro modo, cuando el hipotético durmiente se despierte en el año 1899, ¿el mundo se parecerá más al Paraíso o al Infierno?

Goto es más lento en la traducción inversa, del japonés al holandés, pero la pregunta agrada a Marinus, que se balancea delicadamente adelante y atrás.

—No lo sabré hasta que no lo vea, señor Yoshida.

# XVII

## Sala del Altar de la Casa de las Hermanas del templo del monte Shiranui

*Vigésimo sexto día del undécimo mes*

Que no me toque a mí, reza Orito, que no me toque a mí. La Diosa está desnuda para la Anunciación del Don: sus senos al aire están rebosantes de leche, y el vientre, desprovisto de ombligo, está preñado con un feto femenino tan fértil, según la abadesa Izu, que su minúsculo útero encierra otro feto femenino más pequeño aún, que está, a su vez, fecundado con otra hija todavía más pequeña… y así sucesivamente, hasta el infinito. Durante el Sutra de la Súplica, la abadesa observa a las nueve hermanas que no han recibido la Donación. Orito ha pasado diez días encarnando el papel de hermana penitente con la esperanza de granjearse el acceso al recinto y poder así escapar discretamente por encima de la tapia, pero su esperanza ha sido en vano. Llevaba temiendo este día desde que vio la barriga encinta de Yayoi y comprendió lo que debía de significar, y ahora ese día ha llegado. Todo han sido elucubraciones sobre la elección de la Diosa, y a Orito se le ha hecho insoportable. «Una de las dos será por fuerza la novicia», dijo Umegae, con cruel satisfacción. «La Diosa querrá que la hermana Orito se sienta como en casa lo antes posible». La ciega Minori, que lleva dieciocho años en el templo, dice que las novicias, a más tardar, reciben el Don en el cuarto mes, pero no siempre en el segundo. Yayoi apuntó que la Diosa podría dar otra oportunidad a Kagerô y a Minori, dado que ninguna había concebido un Don pese a haber sido las escogidas del mes pasado, pero Orito sospecha que Yayoi lo decía para tranquilizarla, no porque sea verdad.

Cae el silencio en la Sala de las Plegarias. El sutra ha terminado.

Que no me toque a mí. La espera es insoportable. Que no me toque a mí.

La abadesa Izu golpea el gong. El sonido crece y decrece en ondas.

Las hermanas presionan la frente contra el tatami en señal de obediencia.

Como criminales que aguardan la espada del verdugo, piensa Orito.

Los hábitos ceremoniales de la abadesa hacen frufrú.

—Hermanas del monte Shiranui…

Las nueve mujeres mantienen la frente pegada al suelo.

—La Diosa ha dado órdenes al maestro Genmu de que, en el undécimo mes…

Un carámbano cae y se hace añicos en el corredor del claustro, y Orito da un respingo.

—… en el undécimo mes del undécimo año de la era Kansei…

Este no es mi sitio, piensa Orito. Este no es mi sitio.

—… las dos hermanas que recibirán la Donación en su nombre son Kagerô y Hashihime.

Orito reprime un gemido de alivio pero no puede acallar los latidos desbocados de su corazón.

¿No me das las gracias, pregunta la Diosa a Orito, por apiadarme de ti este mes?

No te oigo. Orito pone cuidado en cerrar bien la boca. Trozo de madera.

El mes que viene, la Diosa se ríe como la madrastra de Orito. Te lo prometo.

• • •

En los Días de Donación reina un clima festivo en la Casa de las Hermanas. En cuestión de escasos minutos, Kagerô y Hashihime ya están recibiendo felicitaciones en la Sala Alargada. La sincera envidia de las demás mujeres deja boquiabierta a Orito. Las conversaciones giran en torno a las ropas, perfumes y afeites que lucirán las escogidas por la Diosa para recibir a sus donantes. Llegan bolas de arroz y judías *azuki* con miel para el desayuno; del almacén del abad Enomoto envían sake y tabaco. Las celdas de Kagerô y Hashihime están decoradas con adornos de papel. A Orito le asquea esta celebración de la fecundación forzosa, y da gracias cuando el sol asoma su rostro y la abadesa Izu les ordena a ella y a Sawarabi recoger la ropa de cama de la casa para sacudirla y orearla. Los colchones de paja se doblan sobre un poste que hay en el patio y se golpean repetidas veces con una caña de bambú: en el aire frío y luminoso se levanta una tenue neblina de polvo y ácaros. La robusta Sawarabi es hija de campesinos de la meseta de Kirishima, pero la hija del médico no tarda en quedarse rezagada. Sawarabi se da cuenta y tiene la amabilidad de proponerle un breve descanso. Se sienta en una pila de futones y dice:

—Espero, novicia, que no estés muy decepcionada porque la Diosa no te haya escogido este mes.

Orito, que aún está recobrando el aliento, dice que no con la cabeza.

En la otra punta de los claustros, Asagao y Hotaru echan migas de pan a una ardilla.

Sawarabi sabe leer el pensamiento.

—No tengas miedo de la Donación. Ya has visto con tus propios ojos los privilegios de que disfrutan Yayoi y Yûguri: más comida, mejores sábanas y mantas, carbón… ¡y ahora los servicios de una comadrona instruida! ¡Ni a las princesas las miman tanto! Los monjes son más amables que los maridos, mucho más limpios que los clientes de los burdeles, y aquí no hay suegras que te maldigan por estúpida si das a luz a una niña ni que se conviertan en los celos personificados cuando das a luz a un heredero varón.

Orito finge estar de acuerdo.

—Sí, hermana. Ya lo sé.

La nieve derretida cae del viejo pino con un ruido seco.

Para de mentir, la rata gorda la observa desde debajo de los claustros, y para de luchar.

—En serio, hermana —Sawarabi titubea—, comparado con lo que sufren las chicas con deformaciones allí abajo…

La rata gorda se alza sobre las patas traseras.

La Diosa es tu tierna y paciente madre.

—… en el Mundo Inferior, este lugar es un palacio.

La ardilla de Asagao y Horatu trepa velozmente una columna del claustro.

El Pico Pelado es tan puntiagudo que podría grabarse en cristal con una aguja.

Mi quemadura, no consigue añadir Orito, no atenúa el crimen de mi secuestro.

—Vamos a terminar con los futones —dice— antes de que las demás nos tomen por un par de holgazanas.

• • •

Las tareas están listas a media tarde. En el estanque del patio aún flota un triángulo de sol. En la Sala Alargada, Orito ayuda a la provisora Satsuki a remendar camisones: ha descubierto que coser aplaca su sed de «consuelo». Del campo de entrenamiento, más allá del recinto, llega el sonido de los monjes que se ejercitan con espadas de bambú. El carbón y las agujas de pino crepitan en el brasero. La abadesa Izu está sentada en la cabecera de la mesa, bordando un breve mantra en una de las capuchas que visten las hermanas en el momento de recibir la Donación. Hashihime y Kagerô, que lucen sendas fajas rojas como símbolo del favor de la Diosa, se empolvan la cara mutuamente; uno de los pocos objetos que se les niega incluso a las hermanas de más rango es el espejo. Ahora es Umegae la que, con malevolencia mal disimulada, pregunta a Orito si ya se ha recuperado de la desilusión.

—Estoy aprendiendo —consigue decir la comadrona— a someterme a la voluntad de la Diosa.

—Seguro que la próxima vez —tranquiliza Kagerô a Orito— la Diosa te escogerá a ti.

—La novicia —observa la ciega Minori— parece más feliz en su nueva vida.

—Ya era hora de que entrase en razón —masculla Umegae.

—Acostumbrarse a la Casa —rebate Kiritsubo— lleva su tiempo: ¿os acordáis de aquella pobrecilla de la isla de Goto? Se pasó dos años llorando todas las noches.

Las palomas riñen y zurean en los aleros de los claustros.

—La hermana de Goto encontró la alegría en sus tres Dones sanos y hermosos —afirma la abadesa.

—Pero no en el cuarto —suspira Umegae—, que le costó la vida.

—No perturbemos el descanso de los muertos —dice secamente la abadesa—

desenterrando las desgracias sin motivo, hermana.

La piel amoratada de Umegae le camufla el rubor, pero la mujer se inclina en señal de aquiescencia y disculpa.

Las demás hermanas, sospecha Orito, recuerdan que su antecesora se ahorcó en su celda.

—Bueno —dice Minori la ciega—, yo, sin ir más lejos, querría preguntarle a la novicia qué es lo que la ha ayudado a aceptar la Casa como su hogar.

—El tiempo —responde Orito enhebrando la aguja—, y la paciencia de mis hermanas.

Mientes, mientes, silba la tetera, hasta yo me doy cuenta…

Cuanto más acuciante es su necesidad de «consuelo», se percata Orito, peores son las jugarretas que le hace la Casa.

—Yo doy gracias a la Diosa todos los días —la hermana Hatsune está cambiándole las cuerdas al *koto*— por haberme traído a la Casa.

—Yo doy las gracias a la Diosa —Kagerô se afana en las cejas de Hashihime— ciento y ocho veces antes del desayuno.

La abadesa Izu dice:

—Hermana Orito, me parece que la tetera está seca…

Cuando Orito se arrodilla en la losa de piedra del borde del estanque para sumergir el cazo en el agua helada, la luz oblicua crea, por un instante, un espejo tan perfecto como un vidrio holandés. La joven no se había visto la cara desde que escapó de su vieja casa de Nagasaki; y lo que ahora descubre la deja de una pieza. El rostro reflejado en la piel plateada del estanque es el suyo, pero tres o cuatro años más viejo. ¿Y mis ojos? Son inexpresivos y están hundidos. Otra jugarreta de la Casa. No está segura del todo. Vi ojos así en el Mundo Inferior.

El canto de un tordo en el viejo pino suena disperso y medio olvidado.

¿Qué era, Orito está hundiéndose, lo que estaba tratando de recordar?

Las hermanas Hotaru y Asagao la saludan desde los claustros.

Orito responde con un gesto de la mano, repara en que sigue empuñando el cazo y se acuerda del recado. Vuelve a mirar el agua y reconoce los ojos de una prostituta que atendió en un burdel de Nagasaki, propiedad de dos hermanos medio chinos. La chica tenía sífilis, escrófula, pulmonía y sólo los Nueve Sabios sabrán qué más enfermedades, pero lo que había destruido su espíritu era su dependencia del opio.

—Pero Aibagawa-san —le suplicaba la chica—, no necesito otra medicina…

Fingir que aceptas el Contrato de la Casa, piensa Orito…

Los ojos de la prostituta, en su día hermosos, la miran fijamente desde el fondo de un negro abismo.

… es como haberlo aceptado a medias.

Orito oye la risa desenfadada del maestro Suzaku en la entrada del templo.

El deseo y la necesidad de las drogas te llevan a aceptar la otra mitad…

El acólito de guardia en la puerta grita:

—¡Se abre la puerta interna, hermanas!

… y cuando te lo hayan hecho una vez, ¿para qué seguir resistiéndote?

—Como no recuperes el control de tu voluntad —dice la chica del estanque— te convertirás en lo que son ellas.

Voy a dejar de tomar las drogas de Suzaku, decide Orito, a partir de mañana.

El arroyo abandona el estanque por una rejilla cubierta de musgo.

Ese «mañana», entiende, es la prueba de que tengo que dejarlo hoy.

• • •

—¿Cómo se encuentra hoy nuestra novicia? —pregunta el maestro Suzaku.

La abadesa Izu observa desde un rincón; el acólito Chûai está sentado en otro.

—El maestro Suzaku me encuentra con una salud excelente, gracias.

—El cielo de esta tarde era el cielo de la Tierra Pura, ¿verdad, Hermana Nueva?

—En el Mundo Inferior, las puestas de sol nunca eran tan bellas.

Complacido, el hombre valora el comentario de Orito.

—¿No estás dolida por la decisión que tomó la Diosa esta mañana?

Debo ocultar mi alivio, piensa Orito, y ocultar que lo estoy ocultando.

—Hay que aprender a aceptar las decisiones de la Diosa, ¿no?

—Has avanzado mucho en poco tiempo, Novicia.

—Según tengo entendido, la Iluminación puede darse en un instante.

—Sí. Así es. —Suzaku mira a su ayudante—. Tras largos años de esfuerzo, la Iluminación transforma a un hombre en un abrir y cerrar de ojos. El maestro Genmu está tan contento con tus progresos que te ha mencionado en una carta que ha escrito al señor abad.

Me mira fijamente, sospecha Orito, en busca de algún indicio de irritación.

—No soy digna —dice la novicia— de la atención del señor Enomoto.

—Ten por seguro que nuestro señor abad tiene un interés paternal por todas nuestras hermanas.

La palabra «paternal» le trae a la mente el recuerdo de su progenitor y le reabre heridas recientes.

De la Sala Alargada llegan los sonidos y olores de la cena, que ya está sirviéndose.

—Entonces, ¿no hay síntomas que mencionar? ¿Ningún dolor ni hemorragia?

—De veras, maestro Suzaku, no concibo sentirme mal en la Casa de las Hermanas.

—¿Nada de estreñimiento o diarrea? ¿Hemorroides? ¿Picores? ¿Jaquecas?

—Una dosis de mi… mi medicina diaria es lo único que le pido, si me lo permite.

—Con sumo placer.

Suzaku vierte el líquido fangoso en una taza del tamaño de un dedal y se la tiende a Orito, que se gira y tapa la boca, como hacen las mujeres de buena cuna. Sólo de presentir el alivio que le proporcionaría el «consuelo» ya le duele todo el cuerpo. Pero antes de cambiar de idea, Orito se vierte el contenido de la minúscula taza en la manga guateada y el cáñamo azul oscuro lo absorbe por completo.

—Esta noche sabe a… a miel —dice Orito—. ¿O son imaginaciones mías?

—Lo que es bueno para el cuerpo —Suzaku le mira la boca— es bueno para el alma.

• • •

Orito y Yayoi lavan los platos mientras Kagerô y Hashihime reciben palabras de aliento de las demás hermanas —algunas tímidas y otras, a juzgar por las risas, cualquier cosa menos tímidas— antes de que la abadesa Izu se las lleve a la Sala del Altar para que recen a la Diosa. Un cuarto de hora después, la abadesa las acompaña hasta sus habitaciones, donde aguardan la llegada de sus Donantes. Una vez lavados los platos, Orito se queda en la Sala Alargada para no tener que enfrentarse al pensamiento de que dentro de un mes podría ser ella la que yazca con una capucha bordada en la cabeza a disposición de un maestro o acólito. Su cuerpo protesta por la dosis de «consuelo» que se le ha denegado. Tan pronto está ardiendo como una sopa como helada como un carámbano. Cuando Hatsune le pide que le lea la última carta de Año Nuevo remitida por su Don primogénito, que ya es una jovencita de diecisiete años, Orito se alegra de tener una distracción.

—«Querida Madre». —Orito mira detenidamente las pinceladas femeninas a la luz de la lámpara— «las bayas están rojas en las lindes del camino y cuesta creer que ya tengamos otro otoño en puertas».

—Es tan elegante con las palabras como su madre —murmura Minori.

—Comparado con Noriko-chan —suspira Kiritsubo—, mi Tarô es un zoquete.

En las cartas de Año Nuevo, constata Orito, los «Dones» recuperan su nombre.

—Pero cuando uno es, como Tarô, el aprendiz de un cervecero infatigable —objeta la orgullosa y modesta Hatsune—, ¿de dónde va a sacar tiempo para fijarse en las bayas del otoño? Pido a la novicia que continúe.

—«Ha llegado de nuevo el momento» —lee Orito— «de enviar una carta a mi querida madre, en el lejano monte Shiranui. La pasada primavera, cuando tu Carta del Primer Mes llegó al taller de la Grulla Blanca, Ueda-san»…

—Ueda-san es el maestro de Noriko-chan —dice Sadaie—, un famoso sastre de Miyako.

—¿No me digas? —Orito ya ha oído diez veces la misma historia—. «Ueda-san

me concedió medio día libre para celebrarlo. Antes de que se me olvide, Ueda-san y su esposa te mandan sus mejores deseos».

—Qué suerte —dice Yayoi— haber encontrado una familia tan honorable.

—La Diosa siempre cuida de sus Dones —afirma Hatsune.

—«Tus noticias, Madre, me deparan el mismo placer que, según me dices amablemente, te proporcionan mis insulsos garabatos. Qué maravilla que hayas sido bendecida con otro Don. Rezaré para que encuentre una familia tan afectuosa como los Uedas. Te ruego que des las gracias a la hermana Asagao por haber cuidado de ti durante tu enfermedad del pecho, y al maestro Suzaku por sus diarias atenciones».

Orito hace una pausa para preguntar:

—¿Una enfermedad del pecho?

—Ah, sí, el problema que tuve con la tos. El maestro Genmu mandó al acólito Yiritsu —que en paz descanse— a Kurozane, a por hierbas frescas de la herbolaria.

Un cuervo, piensa Orito con dolor, podría llegar a la chimenea de Otane en media hora.

La comadrona recuerda el viaje que hizo ese verano a Kurozane y le entran ganas de llorar.

—¿Hermana? —se percata Hatsune—. ¿Te pasa algo?

—No. «Entre dos bodas de Palacio en el quinto mes, y dos funerales en el séptimo, la Grulla Blanca ha estado inundada de pedidos. He tenido un año afortunado en todos los aspectos, Madre, aunque me ruborizo al escribirlo. El principal proveedor de brocados de Ueda-san es un mercader llamado Koyama-san que cada dos o tres meses viene al taller acompañado de sus cuatro hijos. Durante un par de años, el más joven, Shingo-san, ha venido intercambiando cortesías conmigo mientras yo trabajaba. Este verano, sin embargo, durante la fiesta de O-bon, me llamaron para que acudiera al pabellón del jardín donde, para gran sorpresa mía, Shingo-san, sus padres, Ueda-san y mi señora estaban tomando el té». —Orito alza los ojos y ve la expresión embelesada de las hermanas—. Ya habrás imaginado, Madre, lo que vino a continuación, pero yo, tonta como soy, no lo supe ver.

—No es esdúbida —tranquiliza Asagao a Hatsune—, sólo bura e inocende.

—«La charla» —continúa leyendo Orito— «giró en torno a los muchos talentos de Shingo-san y de mis humildes logros. Hice cuanto pude por dominar mi timidez, sin parecer demasiado descarada, y después…».

—Tal y como le aconsejaste que hiciese hace dos años —dice Sawarabi con voz de gallina clueca.

Orito ve a la hermana hincharse de orgullo.

—«Y después mi señora me felicitó por la buena impresión que había causado. Volví a mis quehaceres honrada por los elogios, pero no esperaba volver a tener más noticias de los Koyama hasta su próxima visita a la Grulla Blanca. Mi ingenuidad no

duró mucho. Pocos días después, el día del cumpleaños del emperador, Ueda-san se llevó a todos sus aprendices a ver los fuegos artificiales en el parque Yoyogi. ¡Qué magia la de aquellos brotes rojos y amarillos que florecían efímeros en el cielo nocturno! Al regresar, mi señor me llamó a su despacho y allí mi señora me dijo que los Koyama les habían propuesto que me casase con su hijo menor, Shingo. ¡Me hinqué de rodillas en el acto, Madre, como si me hubiese hechizado un zorro! La mujer de Ueda-san mencionó que la proposición había partido del propio Shingo. El hecho de que un joven tan íntegro me desease como esposa hizo que se me saltasen las lágrimas». Yayoi le pasa a Hotaru un trozo de papel para que se seque los ojos.

Orito dobla la última página y despliega la siguiente.

—«Pedí permiso a Ueda-san para hablar con sinceridad, y mi señor me instó a hacerlo. Tengo unos orígenes demasiado oscuros para los Koyama, dije; me debo al taller de la Grulla Bianca; y si paso a formar parte de la familia Koyama como nuera y esposa, las malas lenguas dirán que recurrí a ardides rastreros para pescar tan buen marido».

—¡Ah, tú agarra al mozo por el dragón —se carcajea Yûgiri, achispada por el sake— y déjate de cháchara!

—Qué vergüenza, hermana —la reprende la provisora Satsuki—. Deja leer a la novicia.

—«El señor Ueda repuso que los Koyama estaban más que enterados de mi condición de Hija del Templo, pero no tenían nada que objetar. Querían una nuera hacendosa, modesta, emprendedora y no» —las hermanas unen sus voces a la de Orito para recitar al unísono la despectiva semblanza— «una damisela relamida y comilona que cree que “Trabajo Duro” es el nombre de una ciudad de la China. Por último, el señor me recordó que soy una Ueda por adopción; ¿de dónde me sacaba, pues, que los Ueda estaban tan por debajo de los Koyama? Ruborizada, pedí perdón al señor por mis desconsideradas palabras».

—¡Pero Noriko-san no quiso decir eso! —protesta Hotaru.

Hatsune se calienta las manos en el fuego.

—Ueda-san está curándola de su timidez, creo yo.

—«La señora me dijo que mis objeciones me honraban, pero que las familias estaban de acuerdo en que nuestro noviazgo durase hasta mi decimoséptimo Año Nuevo…».

—O sea, este Año Nuevo que viene —explica Hatsune a Orito.

—«… fecha en la que, si los sentimientos de Shingo-sama no han cambiado…».

—Todas las noches —dice Sadaie— le ruego a la Diosa que mantenga fiel el corazón del muchacho.

—«… nos casaremos el primer día propicio del primer mes. Ueda-san y Koyama-san invertirán dinero en un taller especializado en fajines obi, donde mi esposo y yo

podremos trabajar mano a mano y formar a nuestros propios aprendices».

—¿Podéis creerlo? —dice Kiritsubo—. El Don de Hatsune con aprendices a sus órdenes.

—Y con hijos, también —dice Yûgiri—, si el joven Shingo se sale con la suya.

—«Repaso estos renglones y veo que mis palabras parecen las de una niña que sueña despierta. Tal vez sea este, Madre, el mayor obsequio que nos hace nuestra correspondencia: un espacio en el que nos está permitido soñar. Te llevo a diario en el pensamiento. Tu Don, Noriko». Las mujeres miran la carta, o el fuego. Sus mentes están muy lejos.

Orito entiende que las cartas de Año Nuevo son el «consuelo» más potente de las hermanas.

Temprano, a la hora del jabalí, se abren las puertas para la entrada de los dos Donantes. Todas las hermanas presentes en la Sala Alargada oyen el ruido del cerrojo. Los pasos de la abadesa Izu abandonan su alcoba y se detienen en la entrada. Orito imagina tres reverencias silenciosas. La abadesa guía los pasos de dos varones a lo largo del pasillo interior, hasta la celda de Kagerô, primero, y la de Hashihime, después.

Al cabo de un minuto, las pisadas de la abadesa recorren el trayecto inverso, pasando por delante de la Sala Alargada. Silban las velas. Orito pensaba que Yûgiri o Sawarabi tratarían de echar un vistazo a los Donantes elegidos cuando pasasen por el pasillo en penumbra, pero en lugar de eso juegan una sobria partida de *mah jong* con Hotaru y Asagao. Nadie hace la menor alusión a la llegada del maestro y del acólito a las habitaciones de las donatarias. Acompañándose con el *koto*, Hatsune canta quedamente *El castillo al claro de luna*. La provisora está remendando un calcetín. Orito se percata de que cuando al fin tienen lugar los intercambios carnales que la Casa da en llamar «Donaciones», todas las bromas y chismorreos cesan por completo. La comadrona comprende que la ligereza y procacidad no son una negación del hecho de que los úteros y ovarios de las hermanas sean propiedad de la Diosa, sino una forma de sobrellevar la servidumbre…

• • •

De vuelta en la celda, Orito mira la lumbre a través de un agujero de la manta. Unos pasos de hombre han salido de la alcoba de Kagerô hace ya un rato, pero el Donante de Hashihime está entreteniéndose un poco más, tal como le está permitido hacer a los Donantes cuando ambas partes están de acuerdo. Todo lo que Orito sabe del acto sexual lo ha aprendido de textos médicos y de las anécdotas de las mujeres que curaba en los burdeles de Nagasaki. Trata de desterrar de su pensamiento la

posibilidad de que, dentro de un mes escaso, haya un hombre metido bajo esa misma manta, inmovilizándola contra el colchón. Haz que yo no exista más, suplica al fuego. Disolvedme en vuestro interior, implora a las tinieblas. La joven se da cuenta de que tiene mojado el rostro. Una vez más, recorre mentalmente la Casa de las Hermanas en busca de una escapatoria. No hay ventanas exteriores por las que huir. El suelo es de piedra y no puede excavarse. Las dos verjas de entrada están cerradas por dentro, con una garita entre ambas. Los aleros de los claustros vuelan muy por encima del patio y no pueden alcanzarse ni escalarse.

Es imposible. Orito mira una viga y se imagina una cuerda.

Llaman a la puerta. Yayoi susurra:

—Soy yo, hermana.

Orito se levanta de un salto y abre la puerta.

—¿Has roto aguas?

La silueta encinta de Yayoi se ve aún más abultada por las mantas.

—No consigo dormir.

Orito la hace entrar deprisa, por miedo a que de repente surja un hombre de la oscuridad.

—Cuenta la historia —Yayoi se enrosca en el dedo un mechón de Orito— que cuando nací con esto —la embarazada se toca las orejas puntiagudas— llamaron al monje budista. Su explicación fue que a mi madre se le había metido un demonio en el útero y le había dejado un huevo dentro, como un cuco. O me abandonaba esa misma noche, le advirtió el monje, o vendrían los demonios a llevarse a su prole y harían picadillo a la familia para darse un banquete. Mi padre oyó la advertencia con alivio: todos los campesinos «separan el grano de la paja» para librarse de las hijas no deseadas. Nuestra aldea disponía incluso de un lugar a propósito: un círculo de rocas picudas al que se llegaba subiendo por el cauce seco de un arroyo, pasados los últimos árboles de la falda de la montaña. En el séptimo mes no me mataría el frío, pero los perros salvajes, los osos en busca de alimento y los espíritus hambrientos darían cuenta de mí antes del alba. Mi padre me abandonó allí y se volvió a casa sin remordimientos…

Yayoi coge la mano de su amiga y se la pone en la barriga.

Orito siente cómo se mueven los bultos.

—Gemelos —dice—, no hay duda.

—Esa misma noche —el tono de voz de Yayoi se hace más quedo y gracioso—, según cuenta la historia, estaba previsto que llegase a la aldea Yôben el Vidente. Durante siete días y siete noches, un zorro blanco había guiado al santo, y un halo de luz de estrellas le iluminaba el camino, bajo las montañas y a través de los lagos. Su largo viaje concluyó cuando el zorro saltó al tejado de una modesta alquería situada

en lo alto de un villorrio que casi no tenía ni nombre. Yôben el Vidente llamó a la puerta y mi padre, al verlo, se hincó de rodillas. Cuando el santo se enteró de mi nacimiento, dijo —Yayoi cambia el tono—: «Las orejas de zorro de la niña no eran una maldición sino una bendición de Kannon, nuestra Señora». Al abandonarme, mi padre había desdeñado la gracia de Kannon y provocado su cólera. Había que rescatar a la recién nacida a toda costa, antes de que ocurriese un desastre…

En el pasillo se oye abrirse y cerrarse una puerta corredera.

—Mientras mi padre y Yôben —prosigue Yayoi con su narración— se acercaban al lugar del abandono, oyeron a todos los bebés muertos que llamaban llorando a sus madres. Oyeron lobos grandes como caballos que aullaban deseosos de carne fresca. Mi padre tiritaba de miedo, pero el santo pronunciaba ensalmos sagrados para poder pasar ilesos entre fantasmas y lobos, y entrar en el círculo de rocas, donde todo estaba tan sereno y cálido como el primer día de primavera. Allí estaba sentada Kannon, con el zorro blanco, dándole el pecho a Yayoi, la niña mágica. Yôben y mi padre se hundieron hasta las rodillas. Con una voz que parecía las ondas de un lago, Kannon ordenó a Yôben que viajase por todo el imperio conmigo a cuestas, curando a los enfermos en su sagrado nombre. El santón objetó que no era digno de tal empresa, pero la niña, que con un día de vida ya hablaba, le dijo: «Allá donde haya desesperación, llevaremos esperanza, y donde haya muerte, insuflaremos vida». ¿Qué podía hacer el hombre sino obedecer a Nuestra Señora? —Yayoi suspira y trata de encontrar una postura más cómoda para su dilatado vientre—. Así pues, cada vez que Yôben el Vidente y la Mágica Niña Zorro llegaban a una ciudad nueva, esa era la historia que contaba aquel para atraer clientes.

—¿Puedo preguntarte —Orito está tumbada de lado— si Yôben era tu verdadero padre?

—Quizá te respondo que no porque no quiero que sea verdad…

El viento de la noche sopla por el tiro de la chimenea como un intérprete primerizo sopla la flauta *shaku-hachi*.

—… pero lo cierto es que mis primeros recuerdos son de gente enferma que me agarraba de las orejas mientras yo les echaba el aliento dentro de sus bocas podridas, y me decían «Cúrame» con sus ojos mortecinos; de los ventorros más inmundos; de Yôben plantado en mitad de plazas y mercados, leyendo «testimonios» de familias ilustres acerca de mis poderes.

Orito piensa en su propia infancia, transcurrida entre libros y académicos eruditos.

—Yôben soñaba con obtener audiencias en palacios, y pasamos un año en Edo, pero el hombre olía demasiado a feriante… a pobreza… a hambre… bueno, olía demasiado y punto. Durante los seis o siete años que pasamos en danza, la calidad de nuestros alojamientos no mejoró nunca. Todos sus infortunios, por supuesto, eran por

mi culpa, sobre todo cuando estaba borracho. Un día, hacia el final, después de que nos hubiesen echado de una ciudad, otro matasanos le dijo a Yôben que una niña mágica, mal que bien, aún podía sacarles dinero a los moribundos y a los desesperados, pero una mujer mágica ya era harina de otro costal. Estas palabras le dieron que pensar, y menos de un mes después me vendió a un burdel de Osaka. —Yayoi se mira la mano—. Mi vida allí dentro, he tratado de olvidarla. Yôben ni siquiera me dijo adiós. Quizá no podía ni mirarme a la cara. Quizá fuese mi padre.

Orito se sorprende de la aparente ausencia de rencor en la chica.

—Cuando las hermanas te dicen: «La Casa es mucho, mucho mejor que un prostíbulo», no lo hacen por crueldad. Bueno, una o dos puede que sí, pero las demás no. Por cada geisha de éxito, con clientes ricos que se disputan sus favores, hay quinientas chicas exprimidas, masticadas y escupidas que mueren de enfermedades de burdel. Esto no debe de ser mucho consuelo para una mujer de tu clase, ya sé que has perdido una vida mejor que la de todas nosotras, pero la Casa de las Hermanas sólo es un infierno, una prisión, si tú quieres verla así. Los maestros y acólitos nos tratan con amabilidad. La Donación es una obligación fuera de lo común, pero ¿es tan diferente de la que los maridos exigen a sus mujeres? Aquí, desde luego, esa obligación se atiende con menos frecuencia… mucha menos.

La lógica de Yayoi asusta a Orito.

—¡Pero son veinte años!

—El tiempo pasa. La hermana Satsune se marchará dentro de dos años. Podrá afincarse en la misma ciudad que uno de sus Dones, y recibirá un estipendio. Las antiguas hermanas siguen escribiendo a la abadesa Izu, y sus cartas están llenas de afecto y gratitud.

Las sombras oscilan y se coagulan entre las vigas bajas.

—¿Por qué se ahorcó la última novicia?

—Porque enloqueció al separarse de su Don.

Orito deja pasar un poco de tiempo.

—¿Y a ti no te resulta doloroso?

—Por supuesto que sí. Pero no están muertos. Están en el Mundo Inferior, bien cuidados y alimentados, y piensan en nosotras. Después de nuestro Descenso, podremos incluso reunimos con ellos, si así lo queremos. Es una vida… extraña, no te digo que no. Pero gánate la confianza del maestro Genmu, gánate la confianza de la abadesa, y no será una vida dura, ni malgastada…

El día en que me lo crea, piensa Orito, será el día en que el templo de Shiranui se habrá adueñado de mi voluntad.

—… y me tienes a mí —dice Yayoi—, si es que eso vale algo.

# XVIII

## Hospital de Deshima

*Una hora antes de la cena del vigésimo noveno día del undécimo mes*

—Litotomía: del griego *lithos*, «piedra», y *tomos*, «corte». —Marinus se dirige a sus cuatro alumnos—. Refrésquenos la memoria, señor Muramoto.

—Extraer piedra de vejiga, riñones, vesícula biliar, doctor.

—«Hasta que venga el Reino…». —Wybo Gerritszoon está borracho, inconsciente, desnudo desde los pezones hasta los calcetines, y atado en la mesa de operaciones como una rana en una tabla de disección—. «Que eres pan ácimo…». Uzaemon piensa que las palabras del paciente son un mantra cristiano.

El carbón ruge en el brasero; esa noche ha nevado.

Marinus se frota las manos.

—¿Cuáles son los síntomas de los cálculos en la vesícula, señor Kayiwaki?

—Sangre en orina, doctor, dolor al orinar, y querer orinar pero no poder.

—Exacto. Otro síntoma es el miedo a la intervención quirúrgica, retrasar la decisión de someterse a la extracción del cálculo hasta que el paciente ya no es capaz de tumbarse sin sentir una dolorosa necesidad de hacer aguas menores, por más que estas pocas gotas… —Marinus mira el reguero de orina rosa de Gerritszoon en la placa de muestras—… sean todo lo que consigue expeler. Lo que significa que ahora el cálculo se encuentra… ¿dónde, señor Yano?

—«Santificado sea tu cielo de cada día…». —Gerritszoon eructa—. ¿Cómo coño va la cosa?

Yano aprieta el puño para indicar un estrechamiento.

—Piedra… bloquea… agua.

—Entonces —dice Marinus con desdén— el cálculo está bloqueando la uretra. ¿Qué destino le espera al paciente incapaz de orinar, señor Ikematsu?

Uzaemon observa cómo Ikematsu deduce el todo de las partes, «incapaz», «orinar» y «destino».

—Cuerpo que no puede orinar no puede hacer sangre pura, doctor. Cuerpo muere de sangre sucia.

—Muere. —Marinus asiente.

—El gran Hipócrates advirtió a los méd…

—Dejaos de cháchara, cabrones, y haced de una puta vez lo que tengáis que hacer…

Jacob de Zoet y Con Twomey, presentes para ayudar al médico, se miran uno a otro.

Tras coger la venda de algodón que le tiende Eelattu, Marinus le dice a Gerritszoon:

—Abra la boca, por favor.

Y lo amordaza.

—El gran Hipócrates advirtió a los médicos que no «cortasen piedras» y dejasen esa tarea a cirujanos de baja ralea; el romano Amonio el Litótomo, el hindú Susruta y el árabe Abu Al Qasim Al Zahraui, quien, dicho sea de paso, inventó el antepasado de esto —Marinus blande su bisturí de doble filo cubierto de sangre seca—, cortaban el perineo —el médico levanta el pene del ultrajado holandés y señala un punto entre la raíz y el ano— aquí, cerca de la sínfisis púbica. —Marinus suelta el pene—. En aquellos tiempos infaustos morían más de la mitad de los pacientes… tras una agonía espantosa.

Gerritszoon deja de forcejear al instante.

—El fraile Jacques, un matasanos francés de gran talento, propuso una incisión suprapúbica, encima del *corpus ossis pubis* —Marinus moja una uña en el tintero y traza una raya por debajo y a la izquierda del ombligo de Gerritszoon— para penetrar oblicuamente en la vejiga. Cheselden, un inglés, perfeccionó la operación, perdiendo menos de un paciente de cada diez. Yo he llevado a cabo más de cincuenta litotomías y he perdido a cuatro. Dos no fueron culpa mía. Los dos eran… Bueno, vivimos y aprendemos, aunque nuestros difuntos pacientes no pueden decir lo mismo, ¿eh, Gerritszoon? La minuta de Cheselden eran quinientas libras por dos o tres minutos de trabajo. Pero, por fortuna —el médico le da un azote en la nalga al amarrado paciente —, Cheselden le enseñó el oficio a un alumno llamado John Hunter. Entre los alumnos de Hunter había un holandés, Hardwijke, que a su vez enseñó a Marinus, que hoy enseña esta operación gratuitamente. Bien. ¿Empezamos?

El recto de Wybo Gerritszoon, por puro terror, expele una ventosidad caliente.

—Vamos allá. —Marinus hace una señal a De Zoet y Twomey, cada uno de los cuales agarra un muslo—. Cuanto menos movimientos, menos daños accidentales.

Uzaemon ve a los estudiantes un tanto desorientados con esa última afirmación, así que se la traduce. Eelattu se sienta a horcajadas sobre el diafragma del paciente, separa las nalgas de Gerritszoon y le obstaculiza la visión de los bisturíes. El doctor Marinus le pide al doctor Maeno que acerque la lámpara a la raya de tinta y empuña el bisturí. Su expresión pasa a ser la de un espadachín.

Marinus hunde el bisturí en el abdomen de Gerritszoon.

El cuerpo del paciente se tensa como si fuese un solo músculo; Uzaemon se estremece.

Los cuatro alumnos observan paralizados.

—El espesor de la grasa y el músculo varía —dice Marinus— pero la vejiga…

Aún amordazado, Gerritszoon profiere un grito no muy distinto del de quien tiene

un orgasmo.

—… la vejiga —prosigue Marinus— tiene más o menos un pulgar de grosor.

El bisturí recorre por completo la marca de la incisión: Gerritszoon chilla de dolor.

Uzaemon se obliga a mirar: las litotomías son desconocidas fuera de Deshima, y ha aceptado complementar el informe que Maeno remitirá a la academia.

Gerritszoon bufa como un toro, le lloran los ojos y lanza gruñidos.

Marinus se unta el dedo de aceite de colza y lo inserta hasta el nudillo en el ano de Gerritszoon.

—Con esto, el paciente debería vaciar los intestinos de antemano. —Se siente un olor a carne podrida y a manzanas dulces—. El cálculo se localiza a través de la ampolla rectal… —con la mano derecha Marinus inserta las pinzas en la incisión rebosante de sangre—… y se empuja desde el *fundus* hacia la incisión. —Del recto del paciente manan heces líquidas en torno a la mano del médico—. Cuanto menos se hurgue con las pinzas, mejor… Una perforación es suficiente y… ¡ay! Ya casi lo tenía… y… ¡Eureka!

Marinus extrae el cálculo, saca el dedo del ano de Gerritszoon y limpia uno y otro en el delantal. El cálculo es del tamaño de una bellota, y amarillo como una muela picada.

—Hay que restañar el corte antes de que nuestro paciente muera desangrado. Domburgués, corkiano, apártense, por favor.

Marinus vierte otro tipo de aceite sobre la incisión, y Eelattu lo taparon una venda costrosa.

El amordazado Gerritszoon suspira mientras el dolor disminuye de insoportable a espantoso.

El doctor Maeno pregunta:

—¿Qué es aceite, doctor, por favor?

—Extracto de las hojas y corteza de Hamamelis japónica, una especie a la que yo mismo he dado nombre. Es una variedad autóctona de avellano mágico que reduce el riesgo de fiebre: un truco que me enseñó una anciana analfabeta, hace muchas vidas.

Orito, recuerda Uzaemon, también recibía lecciones de una vieja herbolaria montañesa.

Eelattu cambia el vendaje y ata el recambio en la cintura de Gerritszoon.

—El paciente deberá guardar cama durante tres días y comer y beber con moderación. La orina rezumará por la herida de la pared de la vejiga; hay que estar preparados para posibles fiebres e inflamaciones; pero la orina debería volver a salir por el conducto apropiado en cuestión de dos o tres semanas.

Marinus le desata la mordaza a Gerritszoon y le dice:

—Más o menos el mismo tiempo que necesitó Syako para volver a caminar

después de la paliza que le diste en septiembre, ¿no?

Gerritszoon desatornilla los ojos.

—Cabrón… cabrón de mierda…

—Haya paz en la Tierra —Marinus pone el dedo en los labios del paciente, deformados de pústulas—. Y para los hombres de buena voluntad.

• • •

En el comedor del administrador Van Cleef resuenan seis o siete conversaciones en japonés y holandés, la cubertería de plata tintinea sobre la vajilla buena, y, aunque aún es de día, los candelabros iluminan un campo de batalla sembrado de huesos de cabra, raspas de pescado, migas de pan, pinzas de cangrejo, caparazones de langosta, trozos de manjar blanco, y hojas y bayas de acebo caídas del techo. Las mamparas que separan el comedor de la Sala de la Bahía se han retirado, lo que permite a Uzaemon disfrutar de una vista panorámica que se extiende hasta el comienzo del mar abierto: las aguas son de color azul pizarra y las montañas están medio borradas por la gélida llovizna que la noche anterior comenzó a derretir la nieve.

Los sirvientes malayos del administrador terminan una canción con violín y flauta y empiezan otra. Uzaemon la recuerda del banquete del año pasado. Los intérpretes entienden que el «Año Nuevo holandés» del vigésimo quinto día de diciembre coincide con el nacimiento de Jesucristo, pero fingen ignorarlo por si un día un espía ambicioso quisiese acusarlos de promover el culto cristiano. La Navidad, ha notado Uzaemon, ejerce una extraña influencia en los holandeses. Pueden tornarse insoportablemente nostálgicos de su hogar, ofensivos, alegres, sensibleros, o, con frecuencia, todo eso a la vez. Cuando Arie Grote sirve el pastel de ciruelas, el administrador Van Cleef, el adjunto Fischer, Ouwehand, Baert y el joven Oost están ya en un estado que va de bastante borracho a borracho perdido. Los únicos que conversan con los comensales japoneses son los tres holandeses más sobrios: Marinus, De Zoet y Twomey.

—¿Ogawa-san? —Goto Shinpachi parece preocupado—. ¿Está enfermo?

—No, no… Lo siento. ¿Goto-san me ha preguntado algo?

—Era un comentario sobre la belleza de la música.

Preferiría oír —declara el intérprete Sekita— a un cerdo degollado.

—O a un hombre —dice Arashiyama— al que le cortan una piedra de la vesícula, ¿eh, Ogawa?

—Su descripción me ha quitado el apetito. —Sekita se mete en la boca otro huevo a la diabla, entero—. Estos huevos están buenísimos.

—Me fío más de las hierbas chinas —dice Nishi, el vástago simiesco de una dinastía rival de intérpretes de Nagasaki— que de un bisturí holandés.

—Mi primo se fio de las hierbas chinas para su cálculo… —dice Arashiyama.

El adjunto Fischer suelta una de sus estruendosas carcajadas mientras aporrea la mesa.

—… y tuvo una muerte que te quitaría el apetito pero de verdad.

La nueva «esposa» del administrador Van Cleef, vestida con un kimono de diseños nivales y pulseras tintineantes, abre la puerta corredera y dirige una recatada reverencia a la sala. Varias conversaciones se apagan y los comensales más educados evitan comérsela con los ojos. La mujer susurra al oído de Van Cleef unas palabras que le iluminan la cara; el holandés le susurra algo a su vez y le da un azote en el trasero cual granjero a su buey. Fingiendo un coqueto enfado, la mujer regresa a los aposentos privados de Van Cleef.

Uzaemon sospecha que el administrador de la factoría tenía la escena preparada de antemano para hacer alarde de sus pertenencias.

—Lástima —masculla Sekita— que no esté en el menú.

Si De Zoet se hubiese salido con la suya, piensa Uzaemon, también Orito sería una mujer de Deshima…

Cupido, el esclavo, reparte una botella a cada uno de los doce comensales.

… y ahora se entregaría a un solo hombre, Uzaemon da un bocado, en lugar de verse entregada a muchos.

—Ya me temía —dice Sekita— que hubiesen abandonado esta grata costumbre.

Es mi sentimiento de culpa el que habla, piensa Uzaemon. Pero ¿y si tuviese razón?

Acto seguido aparece Filandro, el sirviente malayo, para descorchar las botellas.

Van Cleef se pone de pie y golpea una copa con la cuchara hasta que capta la atención de la mesa.

—Aquellos de ustedes que honrasen con su presencia los banquetes del Año Nuevo holandés ofrecidos por los administradores Hemmij y Snitker, conocerán ya el «brindis de la cabeza de hidra»…

Arashiyama susurra a Uzaemon:

—¿Qué es una hidra?

Uzaemon lo sabe pero se encoge de hombros para no perderse las frases de Van Cleef.

—Hacemos un brindis, uno por uno —explica Goto Shinpachi— y…

—… y cada minuto que pasa —interviene Sekita— nos ponemos más borrachos.

—… mediante el cual, nuestros deseos conjuntos —Van Cleef se mece— forjan un… un… un futuro más brillante.

Como dicta la costumbre, cada comensal llena la copa de su vecino.

—Así pues, caballeros —Van Cleef alza la copa— ¡por el siglo XIX!

La sala entera corea el brindis, pese a carecer de todo sentido a efectos del calendario japonés.

Uzaemon se da cuenta de lo mal que se siente.

—¡Os ofrezco la amistad —exclama el adjunto Fischer— entre Europa y el Oriente!

¿Cuántas veces, se pregunta Uzaemon, estaré condenado a oír estas palabras vacuas?

El intérprete Kobayashi mira a Uzaemon.

—Por pronta recuperación de amigos muy queridos, Ogawa Mima-saki y Gerritszoon-san.

Uzaemon se ve, pues, obligado a ponerse en pie e inclinarse ante Kobayashi el Viejo, sabedor de que el anciano está maquinando en el seno de la Corporación de Intérpretes para que asciendan a su hijo al segundo rango por encima de Uzaemon, cuando Ogawa el Viejo acepte lo inevitable y se retire de su codiciado cargo.

Le llega el turno al doctor Marinus:

—Por los que buscan la verdad.

A beneficio de los inspectores, el intérprete Yoshio pronuncia su brindis en japonés:

—A la salud de nuestro sabio y bien amado magistrado.

Yoshio también tiene un hijo en el tercer rango que espera ocupar una de las próximas vacantes. A los holandeses les dice:

—Por nuestros gobernantes.

Este es el juego al que hay que jugar, piensa Uzaemon, para hacer carrera en la Corporación.

Jacob de Zoet agita el vino en la copa.

—A todos nuestros seres queridos, estén cerca o lejos.

La mirada del holandés se cruza por casualidad con la de Uzaemon, y ambos apartan la mirada mientras se entona el brindis. El intérprete sigue girando taciturno el servilletero cuando Goto se aclara la garganta.

—¿Ogawa-san?

Uzaemon alza la vista y se encuentra con que están todos mirándolo.

—Disculpen, caballeros, el vino me ha robado la lengua.

Un chapoteo de risas maliciosas recorre la sala. Los rostros de los comensales se hinchan y después se achican. Los labios no se corresponden con las confusas palabras pronunciadas. Mientras la conciencia lo abandona, Uzaemon se pregunta: ¿me estaré muriendo?

• • •

Los escalones de la calle Higashizaka, resbaladizos por culpa de la nieve helada, están salpicados de huesos, trapos, hojas podridas y excrementos. En la subida, Uzaemon y el patizambo Yohei pasan por delante de un puesto de castañas. El olor

incita a la rebelión al estómago del intérprete. Un poco más arriba, un mendigo que no sabe que se acerca un samurái está orinando contra un muro. Perros esmirriados, milanos y cuervos se disputan las míseras sobras desperdigadas por la calle.

De una puerta salen un mantra fúnebre y unas volutas de incienso.

Shuzai me espera para practicar esgrima, recuerda Uzaemon…

En el cruce hay una niña en avanzado estado de gestación que vende velas de sebo.

… pero si me desmayase dos veces en el mismo día se dispararían dañinos rumores.

Uzaemon pide a Yohei que compre diez velas: la niña tiene cataratas en los dos ojos.

La vendedora de velas da las gracias al cliente. El patrón y el sirviente reemprenden la subida.

A través de una ventana se oye a un hombre que grita: «¡Maldigo el día en que me casé contigo!».

—¿Samurái-sama? —una adivina sin labios lo llama desde una puerta entornada —. Alguien en el Mundo Superior necesita de su liberación, Samurái-sama.

Uzaemon, irritado por el descaro de la mujer, sigue su camino.

—Señor —dice Yohei—, si vuelve a marearse, yo podría…

—No te preocupes como las mujeres: me sentó mal el vino extranjero.

El vino extranjero, piensa Uzaemon, unido a la intervención quirúrgica.

—Si mi padre —le dice a Yohei— se enterase de mi momentáneo desliz, se preocuparía.

—No lo oirá de mis labios, señor.

Pasan frente a la garita de la entrada. El hijo del vigilante se inclina al paso de uno de los residentes más importantes del vecindario. Uzaemon le devuelve un rápido saludo con la cabeza y piensa: Ya casi estoy en casa. La idea no lo consuela mucho.

—¿Tendría Ogawa-san la generosidad de concederme un poco de su tiempo?

Mientras espera a que le abran la puerta, Uzaemon oye la voz de una anciana.

Del bosquecillo que hay junto al arroyo surge una montañesa cargada de espaldas.

—¿Con qué derecho —Yohei se interpone en su camino— usas el nombre de mi señor?

El siervo Kiyoshichi abre desde dentro la puerta de la residencia Ogawa. Al ver a la montañesa, explica:

—Señor, esta débil mental ha llamado hace un rato a la puerta de servicio y ha pedido hablar con el intérprete Ogawa el Joven. Le he pedido que se largase, pero como el señor puede ver, la vieja loca…

El rostro de la anciana, curtido por las inclemencias y enmarcado por un sombrero y un abrigo de paja, no refleja la astucia avezada de los mendigos.

—Tenemos una amiga común, Ogawa-sama.

—Basta, abuela —Kiyoshichi la agarra del brazo—. Va siendo hora de que se vuelva a casa.

El sirviente pide confirmación a Uzaemon, que le dice articulando con los labios:

—Sin violencia.

—La puerta de la calle es por ahí.

—Pero Kurozane está a tres días de camino, joven, y mis viejas piernas…

—Pues cuanto antes se ponga en marcha, mejor, ¿no le parece?

Uzaemon franquea la puerta de la residencia y atraviesa el umbroso jardín de piedra donde lo único que prospera son los líquenes sobre los arbustos enfermos. Saiyi, el criado de su padre, demacrado y con cara de pájaro, abre desde dentro la puerta del edificio principal de la casa, un instante antes de que Yohei la abriese desde fuera.

—Bienvenido a casa, señor. —Los sirvientes, en previsión del día en que el patrón no sea Ogawa Mimasaku sino Ogawa Uzaemon, andan ya disputándose la primacía—. El anciano padre del señor está durmiendo en sus aposentos, señor; y la mujer del señor tiene jaqueca. La madre del señor está cuidándola.

Mi mujer quiere estar sola, piensa Uzaemon, pero Madre no se lo permite.

La nueva doncella aparece con un par de pantuflas, agua caliente y una toalla.

—Enciende la chimenea de la biblioteca —ordena a la doncella.

El intérprete tiene intención de pasar a limpio los apuntes de la litotomía. Si me pongo a trabajar, espera, puede que mi mujer y Madre me dejen tranquilo.

—Prepárale el té al señor —Yohei le dice a la doncella—. No muy cargado.

Saiyi y Yohei esperan para ver de cuál de los dos reclamará sus servicios el patrón.

—Ocupaos de… —Uzaemon suspira—… lo que haya que ocuparse. Los dos.

Se encamina por el pasillo, frío y encerado, y oye a Yohei y a Saiyi culparse mutuamente del mal humor del patrón. La forma de discutir refleja cierta familiaridad conyugal, y Uzaemon sospecha que por las noches los dos sirvientes comparten algo más que la habitación. Una vez encontrado el refugio de la biblioteca, el intérprete cierra la puerta a la tristeza del hogar, a la montañesa demente, a la cháchara del banquete de Navidad, a su bochornosa salida allí, y se sienta al escritorio. Le duelen las pantorrillas. El ritual es de su agrado: raspar la piedra de tinta, mezclar las virutas con unas gotas de agua, mojar la pluma. En los anaqueles de roble reposan libros y pergaminos chinos de gran valor. Uzaemon recuerda lo sobrecogido que se sintió quince años antes, cuando entró por primera vez en la biblioteca de Ogawa Mimasaku, sin imaginar, ni por un instante, que su patrón terminaría adoptándolo, no digamos ya convirtiéndolo en su heredero.

Sé menos ambicioso, se exhorta el joven Uzaemon, y más contentadizo.

El libro que capta su atención desde el estante más próximo es el ejemplar de La riqueza de las naciones de De Zoet.

Uzaemon pone en orden sus recuerdos de la litotomía.

Llaman a la puerta: el sirviente Kiyoshichi abre la puerta.

—Esa criatura deficiente no volverá a molestarnos, señor.

Uzaemon requiere un instante para entender la frase.

—Bien. Habría que informar a su familia de las molestias que anda causando.

—Le he pedido al hijo del vigilante que se ocupase de eso, señor, pero no la conoce de nada.

—Eso es que debe de ser de… ¿Kurozaka, dijo?

—De «Kurozane», si el señor me disculpa. Creo que es un pueblo en la carretera del mar de Ariake, en el feudo de Kyôga.

El nombre le es familiar. Puede que el abad Enomoto lo mencionase en alguna ocasión.

—¿Ha dicho para que me quería ver?

Lo único que ha dicho es «un asunto privado», señor, y que era una herbolaria.

—Cualquier vieja chiflada capaz de cocer un hinojo se proclama herbolaria.

—Desde luego, señor. Puede que se enterase de las enfermedades de la casa y haya querido vendernos alguna cura milagrosa. Se merece una buena tunda, la verdad, pero con esa edad…

La nueva doncella entra con un cubo de carbón. Se ha puesto un pañuelo blanco, tal vez porque la tarde ha refrescado. A Uzaemon le viene a la mente un detalle de la novena o décima carta de Orito. «La herbolaria de Kurozane», rezaba la misiva, «vive al pie del monte Shiranui, en una cabaña antiquísima, con cabras, gallinas y un perro…». El suelo se inclina.

Id a por ella.

Uzaemon casi no se reconoce la voz.

Kiyoshichi y la doncella miran atónitos a su patrón, y después se miran el uno al otro.

Id corriendo a por la herbolaria de Kurozane, la anciana de la montaña. Traedla.

El estupefacto sirviente no sabe si creer lo que está oyendo.

Primero me desmayo en Deshima, piensa Uzaemon, dándose cuenta de lo extraño de su proceder, y ahora está veleidad a propósito de una mendiga.

—Mientras rezaba por Padre en el templo, un sacerdote señaló que la enfermedad podía deberse a… a un déficit de caridad en la residencia de los Ogawa, y que los dioses nos enviarían una… una oportunidad de hacer enmienda.

Kiyoshichi duda que los dioses utilicen mensajeros tan malolientes.

Uzaemon da una palmada.

—¡No me hagas repetírtelo, Kiyoshichi!

—Es usted Otane —empieza diciendo Uzaemon, preguntándose si asignarle un título honorífico—. Otane-san, la herbolaria de Kurozane. Antes, ahí fuera, no he entendido…

La anciana se sienta como una perdiz acurrucada. Tiene los ojos vivaces y luminosos.

Uzaemon despacha a los sirvientes.

—Le pido perdón por no haberle hecho caso.

Otane acepta las disculpas que se le deben, pero no dice nada. De momento.

—Son dos días de viaje desde el feudo de Kyôga. ¿Ha hecho noche en una posada?

—Era un viaje que había que hacer, y aquí estoy.

—La señorita Aibagawa siempre hablaba de Otane-san con gran respeto.

—La segunda vez que vino a Kurosane —el dialecto de la anciana, típico de Kyôga, tiene una cierta dignidad rústica—, la señorita Aibagawa habló del intérprete Ogawa en parecidos términos.

Tendrá los pies llenos de ampollas, piensa Uzaemon, pero sabe dar patadas.

—Raro es el hombre que toma esposa con arreglo al corazón. Yo tuve que casarme al dictado de mi familia. Así funciona el mundo.

—Las visitas de la señorita Aibagawa son los tres tesoros de mi vida. Pese a nuestra enorme diferencia de clase, ella era para mí una hija muy querida, y sigue siéndolo.

—Tengo entendido que Kurozane está al pie del sendero que conduce al monte Shiranui. ¿Es posible —Uzaemon ya no soporta albergar más esperanzas— que usted la haya visto antes de su ingreso en el templo?

El rostro de Otane es un amargo no.

—Todo contacto está prohibido. Dos veces al año llevo medicinas al médico del templo, el maestro Suzaku, y las entrego en la garita. Pero ningún seglar puede traspasar ese límite, salvo que lo hayan invitado el maestro Genmu o el señor abad Enomoto. Menos aún…

La puerta se abre y la doncella de la madre de Uzaemon entra con el té.

Madre no ha tardado mucho, constata Uzaemon, en mandar a su espía.

Otane hace una reverenda al recibir el té en una bandeja de nogal.

La doncella se retira rumbo a un interrogatorio exhaustivo.

—Menos aún —prosigue Otane— una vieja herbolaria. —Rodea el cuenco de té con sus dedos huesudos y manchados de medicinas—. No, no es un mensaje de la señorita Aibagawa lo que le traigo pero… Bueno, enseguida volveré sobre este asunto. Hace unas semanas, la noche de la primera nevada, un hombre buscó refugio en mi cabaña. Era un joven acólito del templo del monte Shiranui. Había huido.

El perfil borroso de Yohei cruza tras la ventana de papel iluminada por la nieve.

—¿Qué le dijo? —Uzaemon tiene la boca seca—. La señorita Aibagawa… ¿está… está bien?

—Está viva, pero me habló de las crueldades que los monjes de la orden cometen con las hermanas. Dijo que si estas crueldades saliesen a la luz, ni siquiera los contactos que el señor abad tiene en Edo servirían para defender al templo. Ese era el plan del acólito: ir a Nagasaki y denunciar a la Orden del monte Shiranui ante el magistrado y su tribunal.

Alguien barre nieve en el patio con una escoba de varillas duras.

Pese al fuego del hogar, Uzaemon se queda helado.

—¿Dónde está ese desertor?

—Lo enterré al día siguiente en mi huerto, entre dos cerezos.

Algo se mueve veloz en los márgenes del campo visual del intérprete.

—¿De qué murió?

—Existe una familia de venenos que, una vez ingeridos, permanecen en el cuerpo, inocuos, siempre que todos los días se tome un antídoto. Pero sin ese antídoto, el veneno acaba con la vida de su huésped. Es mi hipótesis más verosímil…

—Entonces, ¿el acólito estaba condenado a muerte desde el momento en que se escapó?

Al final del pasillo, la madre de Uzaemon está abroncando a su doncella.

—¿El acólito habló de las prácticas de la Orden antes de morir?

—No —Otane inclina su anciana cabeza y se acerca—, pero escribió los credos en un pergamino.

—Esos credos ¿son las mismas «crueldades» que padecen las hermanas?

—Soy una anciana de origen campesino, intérprete. No sé leer.

—El pergamino —la voz de Uzaemon también es un susurro— ¿está… está en Nagasaki?

Otane se queda mirándolo como si fuese el Tiempo hecho carne. De la manga se saca un tubo de madera de cornejo.

—¿Las hermanas —se obliga a preguntar Uzaemon— están obligadas a yacer con los hombres? ¿Es esa la… la crueldad de la que hablaba el acólito?

Los pasos firmes de su madre se acercan por el crujiente pasillo.

—Tengo motivos para temer —Otane entrega el tubo al intérprete— que la verdad es aún más fea.

Uzaemon se esconde el tubo en la manga justo cuando se abre la puerta.

—¡Disculpa! —Su madre aparece en el umbral—. No tenía ni idea de que tuvieses visita. ¿Se quedará a cenar tu… —hace una pausa—… tu huésped?

Otane hace una profunda reverencia.

—Tamaña generosidad supera con creces los méritos de una vieja abuela.

Gracias, señora, pero no debo abusar ni un minuto más de la caridad de vuestra casa…

# XIX

## Casa de las Hermanas del templo del monte Shiranui

*Amanecer del noveno día del duodécimo mes*

Esa tarde, la tarea de barrer los claustros resulta irritante: en cuanto se acumula un montón de hojas y agujas de pino, el viento vuelve a dispersarlas de golpe. Las nubes se desenroscan en el Pico Desnudo y vierten una llovizna helada. Orito limpia la liga de los tablones con un retazo de arpillera. Hoy cumple noventa días de cautiverio: lleva los últimos trece dando la espalda a Suzaku y a la abadesa y echándose el «consuelo» por la manga. Durante cuatro o cinco días sufrió calambres y fiebre, pero ahora vuelve a ser dueña de su mente: las ratas han dejado de hablar y la Casa ya no le juega malas pasadas. Su victoria, no obstante, es limitada: no ha obtenido permiso para explorar el recinto, y, aunque en el último Día de Donación volvió a salvarse, las probabilidades de que una novicia tenga la misma suerte una cuarta vez son mínimas, y no existen precedentes de una quinta.

Umegae se acerca con sus sandalias lacadas, clic-clac, clic-clac.

Verás cómo no se resiste, prevé Orito, a hacer un chiste estúpido.

—¡Qué diligente, Novicia! ¿Naciste con una escoba en la mano?

La hermana ni espera respuesta, ni la obtiene, y sigue su camino hacia la cocina. La pulla le recuerda a Orito las alabanzas que su padre hacía de la limpieza de Deshima en comparación con la factoría china, donde se deja que la basura se pudra y sirva de alimento a las ratas. Se pregunta si Marinus la echará de menos. Se pregunta si una chica de la Casa de las Glicinias estará calentando la cama de Jacob de Zoet y admirando sus exóticos ojos. Se pregunta si el holandés pensará alguna vez en ella, salvo cuando necesite el diccionario perdido.

Se pregunta lo mismo respecto de Ogawa Uzaemon.

De Zoet se irá de Japón sin saber jamás que ella había decidido aceptar su proposición.

La autocompasión, se recuerda por enésima vez Orito, es una soga colgando de una viga.

El guardián grita:

—¡Puertas abiertas, hermanas!

Dos acólitos empujan un carro cargado de troncos y astillas.

Mientras se cierran las puertas, Orito ve colarse a un gato. Es de un gris brillante, como la luna en las noches de niebla, y atraviesa el patio a toda velocidad. Una ardilla trepa corriendo el viejo pino, pero el gato de color gris luna sabe que las criaturas bípedas ofrecen sobras más suculentas que las cuadrúpedas, así que salta a

los claustros para probar fortuna con Orito.

—Es la primera vez que te veo por aquí —dice la comadrona al animal.

El gato la mira y maúlla. Dame de comer, que soy muy bonito.

Orito coge una sardina seca con el índice y el pulgar y se la ofrece.

El gato gris luna inspecciona el pescado con indiferencia.

—Traer pescado hasta aquí arriba supone mucho esfuerzo —le riñe Orito.

El gato coge la sardina, salta a tierra y se mete debajo de la pasarela.

Orito baja al patio, pero el gato ha desaparecido. Ve un estrecho agujero rectangular en los cimientos de la casa…

… y una voz le pregunta desde la pasarela:

—¿La novicia ha perdido algo?

Con expresión culpable, Orito alza la vista y ve a la provisora con una pila de ropa.

—Un gato me ha pedido un poco de comida pero, cuando la ha conseguido, se ha esfumado.

—Entonces es un macho.

Un estornudo dobla a la mujer por la mitad.

Orito la ayuda a recoger la colada y llevarla a la lencería. La novicia siente una cierta compasión por la provisora Satsuki. El rango de la abadesa está claro —inferior a los maestros, superior a los acólitos— pero la provisora carga con más deberes que privilegios. Según la lógica del Mundo Inferior, la ausencia de deformidades y la exención de la Donación hacen que su posición sea envidiable, pero la Casa de las Hermanas sigue una lógica particular, y Umegae y Hashihime se ingenian cien y una maneras diarias de recordarle a la provisora que su cargo existe para comodidad de ambas. Satsuki se levanta temprano, se acuesta tarde y se ve excluida de muchas de las confidencias que intercambian las hermanas. Orito se fija en los ojos enrojecidos y el mal color que tiene la mujer.

—Perdone que se lo pregunte —dice la hija del médico— pero ¿se encuentra mal?

—¿Mi salud, hermana? Mi salud es… satisfactoria, gracias.

Orito está convencida de que la mujer oculta algo.

—De verdad, hermana, estoy bien: los inviernos de montaña me hacen ir un poco más lenta…

—¿Cuántos años lleva en el monte Shiranui, provisora?

—Este será el quinto año —parece que se alegra de hablar— al servicio del templo.

—Me ha dicho la hermana Yayoi que eres de una isla grande en el feudo de Satsuma.

—Oh, es un lugar poco conocido, a un día entero de navegación desde el puerto

de Kagoshima. Se llama Yakushima. Nadie ha oído hablar del sitio. Unos pocos hombres de la isla sirven al señor de Satsuma como soldados de a pie. Vuelven con historias que luego se pasan la vida adornando, pero, por lo demás, son poquísimos los nativos que abandonan la isla. El interior es montañoso e impracticable. Sólo los leñadores cautelosos, los cazadores temerarios o los peregrinos díscolos se aventuran lejos de la costa. Los dioses kami de la isla no están acostumbrados a los seres humanos. Sólo hay un templo importante, en mitad del monte Miura, a dos días de viaje desde el puerto, con un pequeño monasterio, más pequeño que el templo Shiranui.

Minori pasa por delante de la puerta de la lencería, soplándose las manos.

—¿Cómo hiciste —pregunta Orito— para que te nombrasen provisora de este templo?

Yûgiri pasa en la otra dirección, balanceando un cubo.

La provisora desdobla una sábana para doblarla de nuevo.

—El maestro Byakko vino en peregrinación a Yakushima. Mi padre, el quinto hijo de una familia menor del clan Miyake, era samurái sólo de nombre: en realidad era un mercader de arroz y mijo, y tenía un pesquero. Como abastecía de arroz al monasterio de Miura, se ofreció a llevar al maestro Byakko a la montaña. Yo me uní para cargar los útiles y cocinar; las chicas de Yakushima somos de constitución robusta —La provisora arriesga una sonrisa tímida y poco habitual—. En el viaje de vuelta, el maestro Byakko le dijo a mi padre que el pequeño convento anexo al templo del monte Shiranui necesitaba una provisora que no le hiciese ascos al trabajo duro. Padre cazó la ocasión al vuelo: éramos cuatro hijas y la oferta del maestro significaba una dote menos que buscar.

—¿Qué te parecía lo de tener que desaparecer por el horizonte?

—Estaba nerviosa, pero también eufórica ante la idea de ver la gran isla con mis propios ojos. Dos días después estaba en un barco, viendo cómo mi pequeña isla natal se hacía cada vez más pequeña hasta que cabía en un dedal… y ya no había vuelta atrás.

De la cocina llega la risa espinosa de Sawarabi.

La provisora Satsuki evoca el pasado, y se queda sin aliento.

Estás más enferma, piensa Orito, de lo que estás dispuesta a reconocer…

—¡Pero bueno, seré charlatana! Gracias por tu ayuda, hermana, pero no permitas que te distraiga de tus obligaciones. Ya termino yo sola de doblar la ropa, gracias.

Orito regresa a los claustros y vuelve a coger la escoba.

Los acólitos llaman a la puerta para que les franqueen el paso al recinto.

Mientras se abre la puerta, el gato gris luna se cuela rápidamente entre sus piernas y atraviesa el patio a toda velocidad; una ardilla trepa corriendo el viejo pino. El minino va directo hacia Orito, se frota contra sus espinillas y la mira con ojos

elocuentes.

—Si has venido a por más pescado, granuja, no hay más.

El gato le dice que es una pobre chica tonta.

• • •

Hatsune se acaricia el párpado, cerrado de por vida, mientras el viento de la noche azota el templo.

—En el feudo de Bizen —empieza a contar la primera hermana— hay un barranco que se extiende hacia el norte, desde la carretera de San'yôdo hasta la ciudad fortificada de Bitchu. En un recodo estrecho de ese barranco, dos buhoneros de Osaka que tenían los pies hechos papilla, se vieron sorprendidos por la noche y acamparon al pie de un templo abandonado dedicado a Inari, el dios zorro, bajo un venerable nogal tapizado de musgo. El primer buhonero, un tipo alegre, vendía lazos, peines y cosas por el estilo. Engatusaba a las chicas, halagaba a los jóvenes, y le iba bien el negocio. «¡Lazos y cosas bonitas», cantaba, «por un beso de jovencita!». El segundo mercachifle vendía cuchillos. Era un tipo más siniestro, vivía convencido de que el mundo estaba en deuda con él, y llevaba el carro lleno de mercancía sin vender. La noche en que comienza esta historia, los dos buhoneros estaban hablando al calor de la hoguera de lo que harían al volver a Osaka. El vendedor de lazos estaba decidido a casarse con el amor de su infancia, pero el cuchillero tenía pensado abrir una casa de empeños para ganar lo máximo posible con el mínimo esfuerzo.

Las tijeras de Sawarabi hacen chac chac chac a través de una franja de algodón.

—Antes de dormirse, el cuchillero propuso que rezasen a Inari-sama para que los protegiese durante la noche en aquel lugar solitario. El vendedor de lazos accedió, pero según se arrodillaban ante el altar abandonado, el otro le cortó la cabeza con un solo golpe del hacha más grande que llevaba en el carro.

Varias de las hermanas se quedan boquiabiertas y Sadaie suelta un gritito.

—¡No!

—Bero hermana —dice Asagao—, nos has dicho que eran amigos.

—Eso creía el pobre vendedor de lazos, hermana. Acto seguido, el cuchillero cogió el dinero de su acompañante, enterró el cadáver y se durmió como un tronco. Lo atormentarían las pesadillas, pensaréis, o los lamentos más extraños, ¿verdad? Pues nada de eso. El buhonero asesino se despertó fresco como una rosa, se desayunó con la comida de la víctima y tuvo un plácido viaje hasta Osaka. Tras montar el negocio con el dinero del asesinado, prosperó como prestamista y en poco tiempo estaba vistiendo caros ropajes y comiendo los manjares más exquisitos con palillos de plata. Llegaron cuatro primaveras y pasaron otros tantos otoños. Hasta que una tarde, un cliente muy acicalado y de espesa barba, envuelto en un manto marrón, entró en la casa de empeños y sacó una caja de castaño. Del interior de la caja extrajo una

calavera bruñida. El prestamista dijo: «La caja podría valer unos pocos *mon* de cobre, pero ¿para qué me muestra ese viejo montón de huesos?». El forastero sonrió exhibiendo su impecable dentadura blanca y ordenó a la calavera: «¡Canta!». Y como que me llamo Hatsune, hermanas, que la calavera se puso a cantar, y esto es lo que cantó:

*Con la belleza dormirás,*
*de placer te nutrirás,*
*Junto a la grulla,*
*la tortuga y el pino de Goyô…*

Un tronco restalla en la chimenea y la mitad de las mujeres se sobresalta.

—Los tres símbolos de la buena suerte —dice la ciega Minori.

—Eso pensó el prestamista —continúa Hatsune—, pero al atildado y barbudo forastero le objetó que el mercado ya estaba inundado de esas novedades holandesas. Preguntó si la calavera cantaba para cualquiera o sólo para él. Con su voz sedosa, el forastero le explicó que cantaría para su verdadero propietario. «Bien», gruñó el prestamista, «aquí tienes tres *koban*: como me pidas un solo *mon* más, se acabó el trato». El forastero no dijo ni media, hizo una reverencia y, tras meter la calavera en la caja, cogió el dinero y se marchó. El prestamista no tardó mucho en decidir cómo convertir su mágica adquisición en dinero. Chasqueó los dedos para llamar a su palanquín y se dirigió a la guarida de cierto samurái sin amo, una especie degenerada de *ronin* dedicado a extrañas apuestas. Como hombre prudente que era, el prestamista quiso probar su nueva adquisición por el camino y le ordenó a la calavera: «¡Canta!». Y la calavera, naturalmente, cantó:

*La madera es vida*
*y el fuego es tiempo,*
*Junto a la grulla,*
*la tortuga y el pino de Goyô.*

Una vez en presencia del samurái, el prestamista sacó su nueva adquisición y pidió mil *koban* por una canción de su nueva amiga, la calavera. El samurái, rápido como un rayo, le dijo al prestamista que como no cantase, le cortaría la cabeza por ultraje a su credulidad. El prestamista, que se esperaba esa contestación, aceptó la apuesta a cambio de la mitad de la fortuna del samurái si la calavera cantaba. Bien, el astuto samurái dio por hecho que el prestamista había perdido la razón… y vio la oportunidad de enriquecerse fácilmente. Objetó que el cuello del prestamista no valía nada y reclamó como premio todo el patrimonio de su visitante. Entusiasmado al ver

que el samurái había mordido el anzuelo, el prestamista volvió a subir la apuesta: si la calavera cantaba, su rival debería entregarle toda su riqueza… a menos, por supuesto, que estuviese acobardándose. La réplica del samurái fue ordenar a su escriba que redactase la apuesta en forma de juramento de sangre, citando como testigo al jefe de la guardia, un hombre corrupto y más que acostumbrado a esos asuntos turbios. Fue entonces cuando el codicioso prestamista colocó la calavera encima de la caja y le ordenó: «¡Canta!».

Las sombras de las mujeres parecen las siluetas trémulas de gigantes inclinados.

Hotaru es la primera en ceder.

—¿Y qué pasó, hermana Hatsune?

—Nada. Eso fue lo que pasó, hermana. La calavera no dijo ni mu. El prestamista alzó de nuevo la voz: «Canta. Te lo ordeno. ¡Canta!».

La atareada aguja de la provisora Satsuki se ha quedado inmóvil.

—La calavera no pronunció palabra. El prestamista estaba lívido. «¡Canta! ¡Canta!». Pero la calavera seguía muda. El juramento de sangre estaba encima de la mesa, con la tinta roja aún fresca. El prestamista, desesperado, gritaba a la calavera: «¡Canta!». Pero nada. Nada de nada. El hombre no esperaba el menor gesto de piedad, y no recibió piedad alguna. El samurái mandó que le trajesen la espada más afilada mientras el prestamista, de rodillas, trataba de rezar. Pero su cabeza, rebanada de cuajo, cayó de golpe al suelo.

A Sawarabi se le cae un dedal, que va rodando hasta los pies de Orito; la comadrona lo recoge y se lo devuelve.

—Entonces —Hatsune asiente teatralmente—, demasiado tarde, la calavera se puso a cantar…

*¡Lazos y cosas bonitas*
*por un beso de jovencita!*
*¡Lazos y cosas bonitas*
*por un beso de jovencita!*

Hotary y Asagao tienen los ojos como platos. La sonrisa burlona de Umegae ha desaparecido.

—El samurái —Hatsune se recuesta en la silla y se frota las rodillas— sabía cuándo un dinero estaba maldito. Donó la fortuna del prestamista al templo de Sanyusandengo. Del hirsuto y ataviado forastero nunca más se supo. ¿Quién sabe si no sería el propio Inari-sama, venido para vengar la perversidad cometida contra su templo? La calavera del vendedor de lazos —si es que era la suya— se encuentra aún en el templo de Sanyusandengo, en una hornacina de un ala apartada que apenas visita nadie. Todos los años, en el día de difuntos, uno de los monjes más ancianos

reza para que descanse en paz. Si algún día pasáis por allí, después de vuestro Descenso, podréis verla con vuestros propios ojos…

• • •

La lluvia silba como una serpiente sinuosa y los canalones gorgotean. Orito se fija en la vena que late en el cuello de Yayoi. La barriga ansia comida, piensa la comadrona, la lengua agua, el corazón amor y la mente relatos. Son las historias, está convencida de ello, las que hacen tolerable la vida en la Casa de las Hermanas, historias en cualquiera de sus formas: las cartas de los Dones, los cotilleos, los recuerdos y los cuentos chinos como el de la calavera cantarina de Hatsune. Orito piensa en los mitos de los dioses, de Izanami e Izanagi, del Buda y de Jesús, y tal vez de la diosa del monte Shiranui; y se pregunta si no obedecerá todo al mismo principio. La joven se imagina la mente humana como un telar que entreteje las diversas hebras de la fe, la memoria y la narración para formar una sola entidad cuyo nombre es «Ser», y que a veces se denomina a sí misma «intuición».

—No puedo dejar de pensar en la chica —murmura Yayoi.

Orito se enrosca en el pulgar un mechón de su amiga.

—¿De qué chica hablas, dormilona?

—De la amada del vendedor de lazos. Con la que pensaba casarse.

Tienes que abandonar la Casa, se recuerda Orito, y abandonar a Yayoi cuanto antes.

—Qué triste. —Yayoi bosteza—. Envejecería y moriría sin enterarse jamás de la verdad.

El fuego arde brillante u oscuro según la fuerza de la corriente de aire.

Hay una gotera justo encima del brasero de hierro: las gotas chistan y chisporrotean.

El viento sacude los paneles de madera de los claustros como un preso enloquecido.

La pregunta de Yayoi llega de la nada.

—¿Alguna vez te ha tocado un hombre, hermana?

Orito está acostumbrada a la franqueza de su amiga, pero no en ese asunto.

—No.

Esa respuesta arisca, piensa, representa la victoria de mi hermanastro.

—Mi madrastra de Nagasaki tiene un hijo cuyo nombre prefiero no pronunciar. Durante las negociaciones para el matrimonio de mi padre se acordó que estudiaría para ser médico y erudito, pero su falta de aptitudes no tardó en ponerse de manifiesto. Odiaba los libros, detestaba el holandés, le daba asco la sangre, y lo mandaron a casa de un tío que vive en Saga. Pero al morir mi padre, volvió a Nagasaki para el funeral. El mocoso taciturno se había convertido, a sus diecisiete

años, en un hombre de mundo. Ahora todo era «¡Eh, baño!», «¡Eh, té!». Me miraba como miran los hombres, sin que yo le diese el más mínimo pie. En absoluto.

Orito hace una pausa al oír un ir y venir de pasos por el corredor.

—Mi madrastra notó la nueva actitud de su hijo, pero, en principio, no dijo nada. Hasta la muerte de mi padre pasaba por ser la obediente esposa de un médico, pero tras el funeral cambió… o mejor dicho, volvió a su verdadero ser. Me prohibió salir de casa sin su permiso, permiso que rara vez me concedía. «Se te acabó lo de jugar a los académicos», me dijo. Los viejos amigos de mi padre se encontraron con que los despachaban en la puerta de casa, hasta que dejaron de venir. Mi madrastra despidió a Ayame, la última sirviente que quedaba de la época de mi madre, y tuve que hacerme cargo de sus tareas. Un día mi arroz era blanco: a partir del día siguiente se volvió marrón. Qué imagen de criatura malcriada debo de estar dándote.

Una patada en el útero hace que Yayoi suelte un grito ahogado.

—Ellos también te escuchan, y ninguno de nosotros te considera una criatura malcriada.

—Fue entonces cuando mi hermanastro me hizo ver que mis problemas no habían hecho sino comenzar. Yo dormía en la vieja alcoba de Ayame (dos tatamis y punto, luego era más bien un armario) y una noche, pocos días después del funeral de Padre, cuando toda la casa dormía, apareció él. Le pregunté qué quería. Me dijo que yo ya lo sabía. Le dije que se fuese. Me respondió: «Las cosas han cambiado, querida hermanastra». Me dijo que, como cabeza de familia de los Aibagawa de Nagasaki —Orito siente un regusto metálico—, los bienes de la casa eran de su propiedad. «Incluido este», dijo, y entonces fue cuando me tocó.

Yayoi hace una mueca.

—He hecho mal en preguntarte. No hace falta que me lo cuentes.

El crimen lo cometió él, piensa Orito, no yo.

—Traté de… Pero me pegó como jamás me habían pegado. Me tapo la boca con la mano y me dijo… —que me imaginase, recuerda Orito, que era Ogawa—, juró que si me resistía, me acercaría el lado derecho de la cara al fuego hasta que se me pusiese como el izquierdo, y luego me haría lo que quería hacerme. —Orito hace una pausa para controlar la voz—. Hacerme la asustada era fácil; hacerme la sumisa fue más difícil. Así que le dije: «Sí». Me lamió la cara como un perro y se desabrochó la ropa y… entonces hundí mis dedos entre sus piernas y le exprimí lo que encontré allí abajo, como un limón, con todas mis fuerzas.

Yayoi mira a su amiga con ojos completamente distintos.

—Soltó un grito que despertó a toda la casa. Su madre vino corriendo y mandó a los sirvientes que se retirasen. Le conté lo que había intentado hacer su hijo. Él le dijo que yo le había suplicado que se metiese en mi cama. Mi madrastra le dio un bofetón al cabeza de familia de los Aibagawa de Nagasaki por mentiroso, dos por estúpido, y

diez por haber estado a punto de desgraciar la propiedad más vendible de la familia. «El abad Enomoto», le dijo, «querrá que tu hermanastra llegue intacta a ese convento de seres deformes». Entonces entendí a qué venían las visitas del administrador de Enomoto. Cuatro días después me vi metida aquí.

La tormenta acribilla los tejados y el fuego ruge en la chimenea.

Orito recuerda que todos los amigos de su padre se negaron a darle cobijo la noche en que se escapó de su casa.

Recuerda que pasó toda la noche escondida en la Casa de las Glicinias, aguzando el oído.

Recuerda la dolorosa decisión de aceptar la proposición de De Zoet.

Recuerda el ultraje definitivo con la captura en la Puerta Terrestre de Deshima.

—Los monjes no son como tu hermanastro —está diciéndole Yayoi—. Ellos son delicados.

—¿Tan delicados que si les digo «No», pararán y se irán de mi habitación?

—La Diosa escoge a los Donantes, igual que nos escoge a las hermanas.

Inculcar la fe, piensa Orito, es dominar a los creyentes.

—En mi primera Donación —confiesa Yayoi— me imaginé a un chico del que en su día estuve enamorada.

Así que las capuchas, comprende Orito, son para ocultar el rostro de los hombres, no el nuestro.

—¿No habrás conocido algún hombre… —Yayoi titubea—… que pudieses…?

Ogawa Uzaemon, piensa la comadrona, ya no me importa.

Orito se prohíbe pensar en Jacob de Zoet, y se acuerda de Jacob de Zoet.

—Oh —dice Yayoi—, esta noche estoy tan entrometida como Hashihime. No me hagas caso.

Pero la novicia abandona la calidez de las mantas, se llega hasta el arcón que le dio la abadesa y saca un abanico de bambú y papel. Yayoi, intrigada, se incorpora. Orito enciende una vela y abre el abanico.

Yayoi observa los detalles.

—¿Era un artista? ¿O un estudioso?

—Lee libros, pero era un simple escribano en un almacén normal y corriente.

—Te amaba. —Yayoi toca las varillas del abanico—. Te amaba.

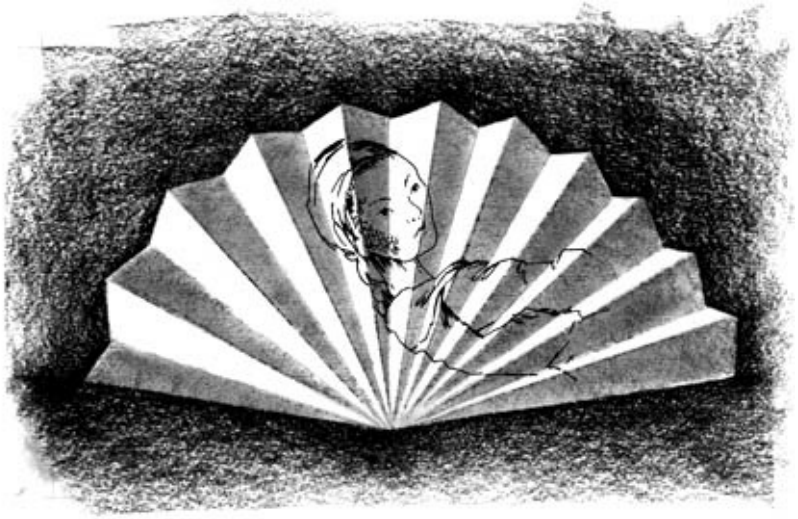
—Era un extranjero de otro… feudo. Casi no me conocía.

Yayoi mira a Orito con lástima y suspira.

—¿Y qué?

• • •

La durmiente sabe que está soñando porque el gato gris luna dice: «Traer pescado hasta aquí arriba supone mucho esfuerzo». El gato coge la sardina, salta a tierra y se mete bajo la pasarela. La soñadora baja al patio, pero el gato ha desaparecido. Ve un estrecho agujero rectangular en los cimientos de la Casa…



… La abertura exhala un aliento cálido. Oye niños y a los insectos del verano.

Una voz encima de la pasarela pregunta:

—¿Se le ha perdido algo a la novicia?

El gato gris luna se lame las patas y habla con la voz del padre de Orito.

—Sé que eres un mensajero —dice la soñadora—, pero ¿cuál es tu mensaje?

El gato la mira con lástima y suspira.

—Me escapé por este agujero que hay debajo de nosotros…

El oscuro universo está embutido en una cajita que se abre lentamente.

—… y al minuto reaparecí en la entrada de la Casa. ¿Qué significa eso?

La durmiente se despierta en una tiniebla helada. Yayoi está ahí, profundamente dormida.

Orito palpa, tantea, forcejea… y entiende. Un conducto… o un túnel.

# XX

## Los doscientos escalones que conducen al templo Ryûgayi de Nagasaki

*Día de Año Nuevo del duodécimo año de la era de Kansei*

La muchedumbre alborozada se empuja y amontona. Unos niños venden currucas encerradas en jaulas que cuelgan de un pino. Una abuela de manos paralizadas grazna delante de su humeante parrilla:

—¡Brocheta de calamaaaaaaaaares, brocheta de calamaaaaaaaaares, quién quiere brocheta de calamaaaaaaaaares!

Dentro de su palanquín, Uzaemon oye a Kiyoshichi gritar «¡Abran paso, abran paso!», no porque espere que así vaya a despejársele el camino, sino para que Ogawa el Viejo no lo acuse de pereza.

—¡Imágenes maravillosas! ¡Dibujos increíbles! —grita un vendedor de grabados.

El rostro del hombre aparece en la celosía del palanquín de Uzaemon: lleva en la mano una estampa pornográfica de un duende desnudo que guarda un parecido innegable con Melchior Van Cleef. El duende está provisto de un monstruoso falo tan grande como su cuerpo.

—¿Puedo ofrecerle al señor, para su disfrute, una muestra de las Noches de Deshima?

—¡No! —gruñe Uzaemon.

Y el hombre se retira, gritando:

—¡Vean las ciento y ocho maravillas del imperio sin salir de casa!

Un contador de historias señala el Sitio de Shimabara en su cartel:

—Este de aquí, señoras y señores, es Amakusa Shirô, el cristiano, ¡dispuesto a vender nuestras almas al rey de Roma! —El feriante sabe cómo cautivar al público: al instante estallan los abucheos y los insultos—. Por eso el gran Shogun expulsó a los demonios extranjeros, y por eso el rito anual del *fumi-e* sigue vigente en nuestros días: ¡para erradicar a esos heréticos que chupan de nuestras ubres!

Una niña, desfigurada por una enfermedad, está dando el pecho a un bebé tan deforme que Uzaemon lo confunde con un cachorrillo afeitado.

—Misericordia y una moneda, señor —implora—; misericordia y una moneda…

Uzaemon descorre la celosía justo cuando el palanquín sube de golpe unos cuantos escalones, y se queda con un *mon* en la mano en medio de todos esos viandantes que ríen, fuman y gastan bromas. Tanta alegría es insoportable. Soy como el espíritu de un difunto en el O-bon, piensa Uzaemon, obligado a presenciar cómo los vivos y los despreocupados se atiborran de Vida. El palanquín se inclina y el

intérprete tiene que agarrarse de la manilla lacada mientras se resbala hacia atrás. Cerca del final de las escaleras del templo, un puñado de niñas a punto de dejar de serlo juegan con sus peonzas. Conocer los secretos del monte Shiranui, piensa Uzaemon, significa verse desterrado de este mundo.

Un buey lento y pesado no le deja ver a las niñas.

Los Credos de la Orden de Enomoto lo iluminan todo de oscuro.

Cuando termina de pasar el buey, las niñas ya no están.

Los palanquines se detienen en el Patio de la Peonía de Jade, una zona reservada a las familias samurái. Uzaemon se apea del cubículo y se introduce las espadas bajo el fajín. Su esposa se coloca detrás de su madre, mientras su padre la emprende con Kiyoshichi como la tortuga rabiosa a la que, en las últimas semanas, ha empezado a parecerse:

—¿Por qué has permitido que nos enterrasen vivos en esa… —el viejo blande con violencia el bastón hacia las abarrotadas escaleras—… ciénaga humana?

—Mi error —Kiyoshichi hace una profunda reverencia— es imperdonable, señor.

—¿Y aun así —gruñe el anciano— este viejo estúpido debe perdonarte?

Uzaemon trata de intervenir.

—Con respeto, Padre, estoy seguro de que…

—¡«Con respeto» es lo que dicen todos los bribones mientras piensan lo contrario!

—Con sincero respeto, Padre, Kiyoshichi no podía hacer desaparecer a la multitud.

—Conque ahora los hijos se alían con los sirvientes contra los padres, ¿eh?

Kannon, implora Uzaemon, dame paciencia.

—Padre, no me alío con…

—Qué anticuado debe de parecerte este viejo tonto.

No soy tu hijo. Uzaemon se asombra ante lo inesperado de su pensamiento.

—La gente va a empezar a preguntarse —declara la madre de Uzaemon mirándose las manos empolvadas— si los Ogawa tienen dudas con respecto al *fumi-e*.

Uzaemon se dirige a Ogawa Mimasaku.

—Entonces, entramos… ¿no?

—¿No deberías consultárselo primero a los sirvientes? —Ogawa Mimasaku se encamina hacia las puertas interiores. Se levantó de la cama hace tan sólo unos días, no curado del todo, pero no asistir al ritual del *fumi-e* es como anunciar la propia muerte. Con un manotazo se quita de encima a Saiyi, que se ofrecía a ayudarlo—. Mi bastón es más leal.

Los Ogawa pasan por delante de una fila de parejas de recién casados que esperan para inhalar las volutas de incienso que salen de la boca del dragón de bronce de

Ryûgayi, y que, según una leyenda vernácula, les garantizará un hijo varón y sano. Uzaemon tiene la sensación de que a su mujer le gustaría ponerse a la cola, pero se avergüenza demasiado de los dos abortos que ha sufrido. La entrada del templo, grande y tenebrosa, está festoneada de tiras de papel blanco que celebran la llegada del Año de la Oveja. Los sirvientes los ayudan a descalzarse y les guardan los zapatos en estantes señalados con sus nombres. Un iniciado les da la bienvenida con una reverencia nerviosa y hace ademán de guiar los hasta la Galería de la Paulovnia, para que puedan llevar a cabo el ritual *fumi-e* lejos de las miradas indiscretas de las clases inferiores.

—A los Ogawa los guía el sumo sacerdote —señala el padre de Uzaemon.

—El sumo sacerdote —se excusa el iniciado— está ocupado con los de-de-de…

Ogawa Mimasaku suspira y mira a otra parte.

—… deberes del templo —suelta al fin el abochornado joven.

—Un hombre sólo concede valor a aquello, o aquellos, de los que se ocupa.

El iniciado los conduce hasta una fila de treinta o cuarenta personas.

—La espera no —aspira hondo— d-d-d-ddd-d-debería ser larga.

—En el nombre del Buda —dice el padre de Uzaemon—, ¿cómo diantres haces para recitar los sutras?

El iniciado se sonroja, hace una mueca, e inclinándose en reverencia, se vuelve por donde ha llegado.

Ogawa Mimasaku esboza una sonrisa por primera vez en muchos días.

A todo esto, la madre de Uzaemon saluda a la familia que tienen delante.

—¡Nabeshima-san!

Una matriarca corpulenta se da la vuelta.

—¡Ogawa san!

—¡Otro año que se nos ha ido —dice suavemente la madre de Uzaemon— en un abrir y cerrar de ojos!

Ogawa el Viejo y el otro patriarca, un recaudador de impuestos del arroz al servicio de la Magistratura, intercambian viriles reverencias: Uzaemon saluda a los tres hijos de Nabeshima, todos ellos de edad parecida a la suya y empleados en la oficina de su padre.

—Un abrir y cerrar de ojos —suspira la matriarca— con dos nietos nuevos…

Uzaemon mira de reojo a su esposa, que se consume de la vergüenza.

—Le ruego acepte —dice su madre— nuestras más sinceras felicitaciones.

—A mis nueras —cacarea la señora Nabeshima— siempre les digo: «¡Despacio, que no es una carrera!». Pero los jóvenes de hoy en día no hacen ni caso, ¿no le parece? Ahora la mediana cree que ya le viene otro en camino. Entre nosotras —se acerca a la madre de Uzaemon—, cuando llegaron fui demasiado indulgente. Ahora están descontroladas. ¡Menudas tres! ¿Dónde están vuestros modales? ¡Qué

vergüenza! —Con un gesto del índice, la mujer hace que las nueras den un paso al frente. Las tres visten un kimono de temporada y una elegante faja—. Le aseguro que si yo hubiese dado a mi suegra la guerra que me dan estos tres tormentos, me habrían mandado de vuelta a casa de mis padres.

Mientras las tres jóvenes esposas miran al suelo, la atención de Uzaemon se dirige a sus bebés, todos ellos en brazos de unas amas de cría que se mantienen al margen. Como en innumerables ocasiones a raíz de la visita de la herbolaria de Kurozane, lo asaltan imágenes de pesadilla: Orito recibiendo la «Donación», y, nueve meses después, los maestros «consumiendo» los Dones de la Diosa. Las preguntas empiezan a girar en su mente. ¿Cómo matan a los recién nacidos? ¿Cómo logran ocultárselo a las madres, al mundo? ¿Cómo pueden creerse que con esa depravación engañan a la muerte? ¿Cómo hacen para amputarse la mala conciencia?

—Veo que su esposa… Okinu-san, ¿me equivoco? —la señora Nabeshima mira a Uzaemon con sonrisa de santa y ojos de lagarto—, es más educada que las tres mías. Todavía no «estamos» —da unas palmaditas en la tripa de la joven— en estado interesante, ¿verdad?

Los polvos esconden el rubor de Okinu, pero las mejillas le tiemblan levemente.

—Mi hijo pone de su parte —afirma la madre de Uzaemon— pero ella es muy apática.

—¿Y cómo —pregunta la señora Nabeshima con tono de desaprobación— «nos hemos» adaptado a Nagasaki?

—Todavía echa de menos Shimonosekei —dice la madre de Uzaemon—, ¡es una llorona!

—La nostalgia podría ser la causa… —dice la matriarca, dándole más palmaditas en la barriga.

Uzaemon quiere defender a su mujer pero ¿cómo luchar contra una avalancha de barro maquillado?

—¿No podría su marido —pregunta la señora Nabeshima a la madre de Uzaemon — prescindir esta tarde de usted y de Okinu-san? Vamos a dar una pequeña fiesta en casa y su nuera podría sacar provecho de los consejos de las madres de su edad. Pero… ¡oh! —La matriarca repara en que Ogawa el Viejo hace una mueca de espanto —. Qué pensará usted de semejante abuso y con tan escasa antelación, dada la salud de su esposo…

—La salud de su esposo —interrumpe el anciano— es excelente. Vosotras dos — dice con desdén a su mujer y a su nuera— haced lo que se os antoje. Yo me voy a que Hisanobu me recite unos sutras.

—Un padre tan devoto —dice la señora Nabeshima sacudiendo la cabeza— es un ejemplo para los jóvenes de hoy en día. Bien, entonces, todo decidido, ¿verdad, señora Ogawa? Cuando termine el *fumi-e*, vengan a nuestra y… —Deja la frase a

medias para dirigirse a una de las nodrizas—. ¡Haz callar a ese lechón llorica! ¿Se te ha olvidado dónde estamos o qué? ¡Qué vergüenza!

El ama de cría se da la vuelta, se descubre un seno y da de mamar al niño.

Uzaemon mira la fila que tienen delante y trata de calcular a qué ritmo avanza.

La deidad budista Fudô Myôô observa con mirada torva desde su altar iluminado con velas: su furia, según le enseñaron a Uzaemon, aterra a los impíos; su espada hace picadillo su ignorancia; su cuerda amarra a los demonios; su tercer ojo escruta los corazones humanos; y la roca sobre la que se yergue es un símbolo de inmovilidad. Sentados a sus pies hay seis funcionarios del Inspectorado de Pureza Espiritual, vestidos de ceremonia.

El primer funcionario le dice al padre de Uzaemon:

—Nombre y cargo, por favor.

—Ogawa Mimasaku, intérprete de primera categoría de la Corporación de Intérpretes de Deshima, cabeza de la familia Ogawa del distrito de Higashizaka.

El primer inspector le dice a un segundo:

—Ogawa Mimasaku está presente.

El segundo encuentra el nombre en un registro.

—El nombre de Ogawa Mimasaku está en la lista.

El tercero escribe el nombre.

—Ogawa Mimasaku queda registrado como presente.

Un cuarto anuncia:

—Ogawa Mimasaku realizará a continuación el acto del *fumi-e*.

Ogawa Mimasaku se sube encima de la gastada placa de bronce con la efigie de Jesucristo y la restriega con los talones a conciencia.

El quinto funcionario proclama:

—Ogawa Mimasaku ha realizado el *fumi-e.*

El anciano intérprete baja de la idólatra placa y, con ayuda de Kiyoshichi, se acomoda en un banco bajo. Uzaemon sospecha que padece un dolor más fuerte de lo que está dispuesto a manifestar.

El sexto funcionario anota en el registro: «Ogawa Mimasaku ha realizado el acto de *fumi-e*».

Uzaemon piensa en los Salmos de David del extranjero De Zoet y en cómo él mismo se libró por los pelos cuando Kobayashi mandó allanar la morada del holandés. Se arrepiente de no haber preguntado a De Zoet por su misteriosa religión ese verano.

De la sala contigua en la que los plebeyos celebran el rito llega un barullo jovial.

El primer funcionario ahora se dirige a él:

—Nombre y profesión, por favor.

Una vez concluidas las formalidades, Uzaemon se sube al *fumi-e*.

Después baja la vista y se encuentra con los ojos dolientes del dios extranjero. Uzaemon pisa con fuerza el bronce y piensa en la larga estirpe de Ogawas de Nagasaki que han pisado ese mismo *fumi-e*. En anteriores Años Nuevos, Uzaemon se enorgullecía de ser el último vástago de ese linaje: algunos antepasados también habrían sido, como él, hijos adoptivos. Pero hoy se siente un impostor, y sabe por qué.

Mi lealtad a Orito, dice para sus adentros, es mayor que mi lealtad a los Ogawa.

Nota el rostro de Jesucristo en la planta del pie.

La liberaré, jura Uzaemon, cueste lo que cueste. Pero necesito ayuda.

• • •

Las paredes del salón de *doyo* de Shuzai resuenan con los gritos de los dos espadachines y los golpes de las cañas de bambú. Atacan, esquivan, contraatacan, acorralan; atacan, esquivan, contraatacan, acorralan. El suelo elevado de madera cruje bajo sus pies desnudos. Unos cubos recogen las gotas de agua de lluvia, y cuando se llenan, el último aprendiz que le queda a Shuzai los cambia. El entrenamiento termina súbitamente cuando Shuzai, el más bajo de los dos contrincantes, asesta un golpe en el codo derecho a su adversario, provocando que Uzaemon deje caer la espada. El vencedor, preocupado, se quita la máscara: es un hombre curtido de cuarenta y tantos años, con la nariz aplastada y expresión alerta.

—¿Está roto?

—Ha sido culpa mía —dice Uzaemon apretándose el codo.

Yohei llega corriendo para ayudar a su patrón a quitarse la máscara.

A diferencia del rostro de su maestro, el de Uzaemon está bañado en sudor.

—No hay fractura… mira. —Dobla y estira el brazo—. Sólo un moratón bien merecido.

—Había poca luz. Debería haber encendido las lámparas.

—Shuzai san no debe malgastar aceite por mí. Dejémoslo por hoy.

—Espero que no me obligues a beberme yo solo tu generoso regalo…

—En un día tan propicio como hoy debes de tener compromisos más urgentes…

Shuzai echa una ojeada en torno a la sala vacía, mira a Uzaemon y se encoge de hombros.

—En ese caso —el intérprete hace una reverencia— acepto tu amable invitación.

Shuzai ordena a su discípulo que encienda la chimenea de sus aposentos privados. Los hombres se cambian de atuendo mientras hablan de los ascensos y degradaciones que el magistrado Ômatsu ha anunciado un poco antes. Al entrar en las dependencias, Uzaemon se acuerda de los diez o más jóvenes discípulos que comían, dormían y estudiaban en el *doyo* cuando empezó a tomar clases con Shuzai, y del par de

matronas del vecindario que los atendían y mimaban. Hoy en día las estancias son más frías y silenciosas, pero cuando el fuego cobra vida, los dos hombres relajan el protocolo, pasan a hablarse en Tosa, su dialecto materno, y el hecho de que se conozcan desde hace diez años reconforta a Uzaemon.

El sirviente de Shuzai vierte el sake caliente en una frasca desportillada, hace una reverencia y se retira.

Ha llegado el momento, se dice Uzaemon para animarse, de decir lo que tengo que decir…

El pensativo anfitrión y su titubeante huésped se llenan las tazas mutuamente.

—Por las fortunas de los Ogawa de Nagasaki —propone Shuzai— y por la pronta recuperación de su honorable padre.

—Por un próspero Año de la Oveja para el salón de *doyo* del maestro Shuzai.

Los dos vacían la primera taza de sake y Shuzai suspira satisfecho.

—Pero me temo que la prosperidad se ha ido para siempre. Ojalá me equivoque, pero lo dudo. Los viejos valores están en declive, he ahí el problema. El olor a decadencia lo impregna todo, como el humo. Sí, de acuerdo, los samuráis adoran la idea de lanzarse a la batalla como sus valientes antepasados, pero cuando se vacía la alacena, de lo primero que se despiden es del arte de la espada, no de las concubinas ni de los forros de seda. Los que aprecian las viejas tradiciones son los mismos que entran en conflicto con las nuevas. La semana pasada me vino otro de mis alumnos con lágrimas en los ojos a decirme que abandonaba: su padre, que trabaja en la armería, lleva dos años cobrando la mitad del salario y acababa de enterarse de que los de su rango no tienen derecho a la paga de Año Nuevo. Y esto a finales del duodécimo mes, cuando los prestamistas y alguaciles hacen la ronda acosando a la gente honrada. ¿Te has enterado del último consejo de Edo a los funcionarios que siguen sin cobrar? «Satisfaced vuestros vicios criando peces de colores». ¡Peces de colores! ¿Quién tiene dinero para desperdiciarlo en peces, aparte de los mercaderes? Si a los hijos de los mercaderes les dejasen usar espada… —Shuzai baja la voz—… tendría una fila de alumnos de aquí al mercado de pescado. Pero antes planto monedas de plata en boñigas de caballo que esperar a que Edo promulgue ese edicto. —Rellena su taza y la de Uzaemon—. En fin, basta de contar mis penas. Durante el entrenamiento tenías la mente en otra parte.

Uzaemon ya no se sorprende por la perspicacia de Shuzai.

—No sé si tengo derecho a involucrarte.

—Para quien crea en el Destino —replica Shuzai— no eres tú el que me involucra.

Las ramitas húmedas crepitan en el fuego como si alguien las pisase.

—Hace unos días cayó en mi poder una información preocupante…

Una cucaracha, brillante como la laca, camina por el borde de la pared.

—… en forma de pergamino. Atañe a la Orden del templo de Shiranui.

Shuzai, conocedor de la intimidad que existía entre Uzaemon y Orito, estudia a su amigo.

—El pergamino enumera los preceptos secretos de la Orden. Es… muy perturbador.

—El monte Shiranui es un lugar muy hermético. ¿Estás seguro de que ese pergamino es auténtico?

Uzaemon se extrae de la manga el tubo de cornejo.

—Sí. Ojalá fuese falso, pero lo escribió un acólito de la Orden que no podía seguir acallando su conciencia. Se fugó, y leyendo el pergamino se entiende por qué…

Las innumerables pezuñas de la lluvia chacolotean en las calles y los tejados.

Shuzai tiende la mano abierta para recibir el tubo.

—Leerlo significa implicarse, Shuzai. Podría ser peligroso.

Shuzai tiende la mano abierta para recibir el tubo.

—Pero esto… —Shuzai susurra horrorizado—… esto es una locura: que esa… —el maestro señala el pergamino extendido en la mesa baja—… jerigonza brutal pueda comprar la inmortalidad… Las frases están distorsionadas pero… ese Tercer y Cuarto Credo… Si los «Donantes» son los iniciados en la Orden y las «Portadoras» son las mujeres, y sus recién nacidos son los «Dones», entonces el templo de Shiranui es un… un… no es un harén sino…

—Una granja. —A Uzaemon se le tensa la garganta—. Las hermanas son el ganado.

—El Sexto Credo, sobre la Extinción de los Dones en el Cuenco de las Manos…

—Ahogan a los recién nacidos, como cachorros no deseados.

—Pero los hombres que los ahogan… deben de ser los propios padres.

—El Séptimo Credo ordena que cinco «Donantes» yazcan con la misma «Portadora» otras tantas noches para que nadie sepa que está matando a su propio hijo.

—Es… es un acto contra natura. Las mujeres, cómo pueden…

Shuzai deja la frase a medias.

Uzaemon se obliga a verbalizar sus peores miedos.

—Las mujeres son violadas en el momento de mayor fertilidad, y cuando los niños nacen, los roban. La anuencia de las mujeres, me imagino, no les importa. El infierno es el infierno porque el mal pasa desapercibido.

—Pero ¿algunas no preferirían quitarse la vida?

—Algunas tal vez sí. Pero fíjate en el Octavo Credo: «Cartas de los extintos». Una madre que cree que sus hijos llevan una buena vida con sus familias adoptivas

tal vez pueda soportar lo que haga falta; sobre todo si alberga la esperanza de reencontrarse con ellos después de su «Descenso». La absoluta imposibilidad de esas reuniones es un hecho que, evidentemente, no llega jamás a la Casa de las Hermanas.

Shuzai no hace ningún comentario, pero mira el pergamino entornando los ojos.

—Hay frases que no logro descifrar… Mira la última de todas: «La Palabra Postrera de Shiranui es Silencio». Tu apóstata fugitivo debería traducir su testimonio a un japonés llano.

—Murió envenenado. Ya te he dicho que es peligroso leer los credos.

El sirviente de Uzaemon y el aprendiz de Shuzai charlan mientras barren la sala.

—Sin embargo —dice Shuzai con incredulidad—, el señor abad Enomoto tiene fama de ser…

—Un juez respetado, sí; un señor muy humano, sí; un académico del Shirandô, confidente de los ilustres y tratante de medicinas raras, sí. Pero parece que también cree en un arcano ritual sintoísta que proporciona una sangrienta inmortalidad.

—¿Cómo es posible que semejantes abominaciones se hayan mantenido en secreto durante tantas décadas?

—Aislamiento, astucia, poder, miedo… Los medios con que se alcanza la mayoría de los fines.

Un grupo de juerguistas empapados que celebran el Año Nuevo pasan corriendo por la calle.

Uzaemon mira la hornacina donde se honra al maestro de Shuzai y un tapiz enmohecido declara: «Antes muere de hambre el halcón que tocar un grano de trigo».

—El autor de este pergamino —dice Shuzai con cautela— ¿lo conociste en persona?

—No. Se lo entregó a una herbolaria anciana que vive cerca de Kurozane. La señorita Aibagawa la visitó dos o tres veces, y por eso la herbolaria me conocía de nombre. La mujer vino a buscarme con la esperanza de que yo tuviese la voluntad y los medios para ayudar a la última novicia del templo…

Los dos hombres escuchan el tamborileo del agua que gotea.

—La voluntad no me falta; los medios ya son otro cantar. Si un intérprete de tercera categoría organizase una campaña contra el señor de Kyôga, armado únicamente con este pergamino de procedencia ilegítima…

—Enomoto haría que te decapitasen por manchar su reputación.

Este instante, piensa Uzaemon, es una encrucijada.

—Shuzai, si hubiese logrado convencer a mi padre de que me dejase casarme con la señorita Aibagawa, como en su día le prometí, ella no estaría esclavizada en esta… —el intérprete clava el índice en el pergamino—… granja. ¿Entiendes por qué tengo que liberarla?

—Lo que entiendo es que como actúes por tu cuenta te cortarán en rodajas como

a un atún. Dame unos pocos días. Puede que haga un pequeño viaje.

# XXI

## Celda de Orito en la Casa de las Hermanas

*Octava noche del décimo mes del duodécimo año de la era de Kansei*

Orito piensa en la suerte que va a necesitar en las próximas horas: el túnel del gato debe de ser lo bastante ancho como para que quepa una mujer delgada y sin una reja al final; Yayoi debe dormir de un tirón hasta la mañana siguiente sin levantarse para ir a buscarla; la novicia tendrá que bajar por una garganta bordeada de hielo sin lastimarse, cruzar la Puerta Mediana sin alertar a los guardianes y, al amanecer, encontrar la casa de Otane y confiar en que su anciana amiga le dé cobijo. Todo esto, piensa Orito, no es más que el comienzo. Volver a Nagasaki significaría caer de nuevo presa, pero huir a la relativa seguridad del feudo de Chikugo, o de Kumamoto, o de Kagoshima, significaría llegar a una ciudad desconocida como una mujer sin techo, sin amigos y sin un solo sen.

La Donación es la semana que viene, piensa Orito. La semana que llegará el turno.

Centímetro a centímetro, Orito abre la puerta de su habitación.

Mi primer paso de fugitiva, piensa, y pasa por delante de la celda de Yayoi.

Su amiga, en avanzado estado de gestación, está roncando. Orito susurra: «Lo siento».

La fuga de Orito será para Yayoi un abandono brutal.

Es la Diosa, se recuerda a sí misma la comadrona, la que te obliga a hacerlo.

Orito desliza los pies por el pasillo hasta que llega a la cocina, donde una mampara hace de salida de emergencia a los claustros. En este punto se ata a los pies unas alpargatas confeccionadas con lona y paja.

En el exterior, el aire helado le cala la chaqueta guateada y los pantalones de montaña.

La luna no está llena del todo y parece sucia. Las estrellas son burbujas atrapadas en el hielo. El viejo pino se ve nudoso y maligno. Orito recorre los claustros hasta el lugar que el gato le mostró pocas semanas antes. Observando las sombras, se agacha sobre las piedras fundidas por la escarcha, y se mete debajo de la pasarela, preparándose para oír un grito de alarma…

… pero no se oye grito alguno. Orito se arrastra bajo la pasarela hasta encontrar a tientas el rectángulo entre los cimientos. Ya había vuelto a encontrarlo una vez después de que se lo mostrase el gato gris, pero al hacerlo atrajo la atención de las hermanas Asagao y Sawarabi, y tuvo que inventarse una historia sospechosa sobre un

broche que se le había caído. En los nueve días transcurridos desde entonces, no se ha arriesgado a explorar el túnel. Si es que es un túnel, piensa, y no unas cuantas piedras que faltan en los cimientos. Se mete de cabeza y a rastras en el rectángulo negro.

Una vez dentro, el «techo» está a medio brazo de altura y las paredes a un brazo entero. Para moverse, Orito tiene que reptar de lado, como una anguila, menos elegante pero igual de silenciosa. Enseguida tiene las rodillas rasguñadas y las espinillas magulladas, y le duelen las yemas de los dedos de agarrarse a las piedras heladas para arrastrarse hacia adelante. El suelo parece pulido por el agua corriente. La oscuridad está tan sólo un grado por encima de la tiniebla absoluta. Cuando al tantear con los nudillos se topa con un bloque de piedra, Orito se desespera creyendo que el túnel está cortado… pero entonces el conducto tuerce a la izquierda. Retorciéndose para doblar ese recodo tan cerrado, sigue adelante. No puede parar de tiritar y le duelen los pulmones. Intenta no pensar en ratas gigantes ni en sepultados vivos. Debo de estar bajo la habitación de Umegae, calcula, y se imagina a la hermana apretujada contra Hashihime, tan sólo dos capas de tablones, un tatami y un futón por encima de ella.

La oscuridad que tengo delante, se pregunta, ¿va aclarándose un poco?

La esperanza la anima a continuar. Distingue otro recodo.

Al doblarlo, Orito ve un pequeño triángulo de piedra iluminada por la luna.

Un agujero en el muro externo de la casa, deduce. Por favor, por favor, que sea lo bastante grande…

Pero al cabo de un minuto de lenta batalla descubre que el agujero es un poco más grande que un puño: el tamaño justo para un gato. Años de sol y heladas, se imagina, han aflojado una sola piedra. Si fuese más grande, piensa, ya lo habrían visto desde fuera. Se ancla con firmeza, coloca la mano en la piedra adyacente al agujero y empuja con todas sus fuerzas hasta que un doloroso calambre en el cuello la obliga a parar.

Algunos objetos son susceptibles de moverse, piensa, pero este no se moverá jamás.

—Hasta aquí hemos llegado —murmura, y su aliento es blanco—. No hay escapatoria.

Orito piensa en los próximos veinte años, en los hombres y en los bebés arrebatados.

Retrocede hasta el segundo recodo, lo dobla con dificultad y, con los pies por delante, se impulsa para volver al muro exterior y se inserta como una cuña a presión: planta los talones en la piedra adyacente al agujero y empuja…

Esto, Orito trata de recobrar el aliento, es como intentar mover el Pico Pelado.

En ese instante se imagina a la abadesa Izu anunciando su Donación.

Doblándose sobre sí misma, empieza a dar patadas a la piedra con la planta de los

pies.

Se imagina las felicitaciones de las hermanas: alegres, malévolas y sinceras.

Despellejándose los tobillos, patea la piedra una y otra vez…

Piensa en el maestro Genmu sobándola y chupeteándola.

¿Qué ha sido eso? Orito se detiene. ¿Un crujido?

Se imagina a Suzaku extrayéndole el primer niño; el tercero; el noveno…

Martillea la piedra con los pies hasta que le arden las pantorrillas y empieza a latirle el cuello.

La arenilla le cae en los tobillos… y, de repente, no uno sino dos bloques salen volando y sus pies sobresalen en el vacío.

Oye las piedras caer ruidosamente por una pequeña ladera y detenerse con un golpe seco.

La nieve se siente arrugada y costrosa bajo los pies. Oriéntate, Orito está aturdida al verse fuera de la casa, y rápido. El largo barranco que separa los cimientos escarpados de la Casa de las Hermanas y el muro exterior del templo tiene cinco pasos de ancho, pero el muro es tan alto como tres hombres: para subirlo tendrá que encontrar las escaleras o una escala. A la izquierda, hacia la esquina norte, está la Puerta de la Luna, una entrada de estilo chino que, según le contó Yayoi, da a un patio triangular y a las elegantes dependencias del maestro Genmu. Orito corre en la otra dirección, hacia la esquina oriental. Al rebasar el extremo de la Casa de las Hermanas entra en un pequeño recinto donde se encuentran el gallinero, el palomar y el establo de las cabras. Las aves se agitan ligeramente a su paso, pero las cabras no se despiertan.

La esquina oriental está unida por una pasarela techada al Salón de los Maestros; al lado de un pequeño almacén hay una escala de bambú apoyada en el muro exterior. Atreviéndose a soñar con que dentro de unos pocos instantes estará libre, Orito trepa el muro. Al llegar a la altura de los aleros del templo, ve la antigua Columna de Amanohashira erguirse desde el Patio Sagrado. La punta traspasa la luna. Qué belleza deslumbrante, piensa Orito. Qué violencia silenciosa.

Sube la escala de bambú y la descuelga por el otro lado del muro…

A veinte pasos del templo comienza el frondoso pinar.

… pero la base de la escala no llega al suelo. Tal vez haya un foso sin agua.

La sombra espesa que oculta la base del muro hace imposible calcular la altura.

Si salto y me rompo una pierna, piensa, moriré congelada antes del amanecer.

Los dedos entumecidos aflojan la presa y la escala cae y se hace trizas.

Necesito una cuerda, concluye, o los medios para fabricarme una…

Sintiéndose tan visible y desprotegida como una rata en un estante, Orito echa a correr por lo alto del muro hacia la Puerta Grande, situada en el ángulo meridional,

con la esperanza de poder conquistar la libertad pasando por encima del cuerpo de un centinela que estará dormido como un tronco. Usando la siguiente escala desciende a la hondonada que media entre el muro exterior y la cocina y el comedor, tan grandes como un granero. Huele a letrina y a hollín. Una luz ambarina se filtra por debajo de la puerta. Se oye a un cocinero insomne afilando cuchillos. Para ahogar el eco de sus pasos, Orito camina al compás de los golpes metálicos del afilador. La siguiente Puerta de la Luna la lleva al patio meridional, dominado por la sala de meditación y dos cedros gigantes: Fûyin, el dios del viento, agobiado por el peso del saco que encierra los vientos del mundo, y Raiyin, el dios del trueno, que roba ombligos durante las tormentas, ataviado con su ristra de tambores. La Puerta Grande, como la Puerta Terrestre de Deshima, consiste en dos hojas altas para los palanquines, y una más pequeña a través de la garita. Esta puerta, ve Orito, está ligeramente entornada…

… de modo que avanza sigilosamente junto al muro hasta percibir un olor a tabaco y un rumor de voces. Se agacha a la sombra de un barril de gran tamaño.

—¿No hay más carbón? —dice una voz ronca—. Tengo las pelotas congeladas.

Se oye vaciar un cubo.

—Este es el último —dice una voz aguda.

—Nos jugaremos a los dados —dice el de la voz ronca— el privilegio de obtener más.

—¿Qué probabilidades tienes —pregunta una tercera voz— de que se te derritan las mencionadas pelotas en la Casa de las Hermanas durante la Donación?

—Pocas —reconoce la voz arrastrada—. Estuve con Sawarabi hace tres meses.

—Y yo con Kagerô el mes pasado —dice la tercera voz—. Vuelvo a ser el último de la fila. Esta vez seguro que le toca a la nueva, así que los acólitos no le veremos el pelo en toda la semana. Genmu y Suzaku son siempre los primeros en clavar su azada en tierra virgen.

—No si viene de visita el señor abad —dice la voz ronca—. El maestro Annei le contó al maestro Nogoro que Enomoto-dono trabó amistad con el padre de la chica y le avaló los préstamos para que, cuando el viejo cruzase el Sanzu, la viuda no tuviese elección: o entregaba a la hijastra al monte Shiranui o perdía la casa con todo lo que hubiese dentro.

A Orito nunca se le había ocurrido pensarlo: en ese instante y lugar, suena asquerosamente verosímil.

La tercera voz dice con admiración:

—Un estratega magistral, nuestro señor abad…

Orito siente deseos de hacerlos trizas, a ellos y a sus palabras, como si fuesen una hoja de papel…

—¿Por qué tomarse tantas molestias para hacerse con la hija de un samurái —

pregunta la voz aguda— cuando podría escoger a su antojo en cualquier burdel del Imperio?

—Porque es una comadrona —responde el centinela ronco— que evitará que mueran muchas de nuestras hermanas y sus Dones durante el parto. Se rumorea que resucitó al hijo del magistrado de Nagasaki. El bebé estaba lívido y helado, pero la hermana Orito le devolvió la vida…

¿Por ese simple acto, se pregunta Orito, es por lo que Enomoto me trajo aquí?

—… No me sorprendería —prosigue la misma voz— que ella fuese un caso especial.

—¿Quieres decir —pregunta la tercera voz— que ni siquiera el señor abad la honrará?

—Ni siquiera ella podría salvarse a sí misma de morir en el parto, ¿no?

No hagas caso a estas elucubraciones, se ordena Orito. ¿Y si se equivocan?

—Lástima —dice el ronco—. Si no le miras la cara, es una preciosidad.

—Te recuerdo —añade la voz aguda— que mientras no sustituyan a Yiritsu, hay uno de menos…

—¡El maestro Genmu nos ha prohibido —exclama el ronco— hasta pronunciar el nombre de ese bastardo traidor!

—Efectivamente —concuerda la tercera voz—, vaya si lo ha hecho. So pena de tener que llenar el cubo de carbón.

—¿Pero no íbamos a jugárnoslo a los dados?

—Ah, pero eso era antes de tu lamentable error. ¡A por carbón!

La puerta se abre de golpe: el eco crujiente de unos pasos airados se acerca a Orito, que se hace un ovillo aterrorizada. El joven monje se detiene junto al barril y lo destapa, a escasos centímetros de distancia. Orito oye el castañeo de sus propios dientes y respira contra el hombro para esconder el vaho. El monje coge el carbón y llena el cubo piedra a piedra…

De un momento a otro, Orito tirita, de un momento a otro…

… pero se da la vuelta y regresa a la garita.

Como las plegarias de papel, la buena suerte de todo un año se ha quemado en unos pocos segundos.

Orito desiste de intentar escapar por la puerta: una cuerda, piensa…

Con el pulso desbocado por el miedo, la novicia sale de las sombras violáceas y atraviesa la siguiente Puerta de la Luna para ir a parar al patio formado por la sala de meditación, el ala oeste y el muro exterior. El pabellón de los huéspedes es un reflejo idéntico de la Casa de las Hermanas: ahí se alojan los seglares del séquito de Enomoto cuando el señor abad está de visita. Al igual que las monjas, los seglares tienen prohibido abandonar su confinamiento. Las provisiones, según ha deducido

Orito de lo que oye a las hermanas, se almacenan en el ala oeste, que también hace las veces de dormitorio y dependencias de los treinta o cuarenta acólitos de la Orden. Algunos estarán profundamente dormidos, pero no todos. En el extremo noroccidental se encuentra la residencia del señor abad. Este edificio lleva todo el invierno vacío, pero Orito ha oído mencionar que la provisora orea las sábanas en los armarios de la lencería. Y las sábanas, se le ocurre a Orito, pueden anudarse y formar una cuerda.

Baja sigilosamente por la hondonada entre el muro externo y el pabellón de los huéspedes…

Por la puerta se filtra la leve risa de un joven, pero se apaga al instante.

La calidad de los materiales y el blasón indican que esa es la casa del señor abad.

Expuesta desde tres ángulos distintos, Orito trepa a las puertas apuntadas.

Haced que se abran, ruega a sus antepasados, haced que se abran.

Las puertas están trancadas a conciencia para resistir el viento de la montaña.

Para entrar necesitaría un martillo y un formón, piensa Orito. Ha recorrido casi todo el perímetro, pero sigue tan lejos de la libertad como al principio. La falta de veinte pies de cuerda representa veinte años de concubinato.

Al otro lado del jardín de piedra de la residencia de Enomoto se alza el ala norte.

Orito se ha enterado de que Suzaku se aloja allí, junto a la enfermería…

… y una enfermería significa pacientes, camas, sábanas y mosquiteras.

Entrar en una de las alas es una imprudencia temeraria, pero ¿qué alternativa le queda?

La puerta se desliza unos quince centímetros antes de emitir un chirrido agudo y cantarín. Orito aguanta la respiración para oír un rumor de pasos a la carrera…

… pero no ocurre nada, y la noche insondable vuelve a asentarse.

La comadrona se cuela por el hueco: una cortina le acaricia el rostro.

El reflejo de la luna delinea, tenuemente, un pequeño vestíbulo.

El olor a alcanfor indica que la enfermería se encuentra al otro lado de la puerta de la derecha.

A la izquierda hay una puerta a un nivel más bajo, pero su instinto de fugitiva le dice: No…

Abre la puerta de la derecha.

La oscuridad se descompone en planos, líneas y superficies…

Oye el roce de un futón relleno de paja y la respiración de alguien que duerme.

Oye voces y pasos: dos hombres, o tres.

El paciente bosteza y pregunta:

—¿Hay alguien ahí?

Orito retrocede al vestíbulo, cierra la puerta de la enfermería y mira en torno a la

puerta chirriante. A menos de diez pasos hay alguien con un farol.

El hombre mira hacia donde está ella, pero el resplandor no le deja ver bien.

De la enfermería llega la voz del maestro Suzaku.

La fugitiva no tiene adonde correr salvo a la puerta de la izquierda.

Podría ser el fin, se dice temblorosa, podría ser el fin…

Las paredes del *scriptorium* están revestidas por entero de estantes repletos de pergaminos y manuscritos. Al otro lado de la puerta, alguien tropieza y suelta una blasfemia. El miedo a que la descubran impulsa a Orito a entrar en la espaciosa cámara sin tener la certeza de que no hay nadie dentro. Un farol doble ilumina un par de escritorios, y un pequeño fuego lame la tetera que hay encima del brasero. Los pasillos laterales ofrecen escondites, pero los escondites, piensa, también son trampas. Orito recorre el pasillo en dirección a la otra puerta, que, imagina, debe de dar a los aposentos del maestro Genmu, y entra en el círculo de luz de la lámpara. Tiene miedo de salir de esa estancia vacía, pero también tiene miedo de quedarse y miedo de retroceder. Indecisa, dirige la mirada a un manuscrito incompleto que hay encima de uno de los escritorios: a excepción de los tapices colgados en la Casa de las Hermanas, son los primeros caracteres escritos que la hija del académico ha visto desde su secuestro y, a pesar del peligro, sus ojos hambrientos se ven atraídos. En lugar de un sutra o un sermón, se encuentra con una carta a medio redactar, escrita no con la historiada caligrafía de un monje culto, sino con una letra más femenina. La primera columna que lee la obliga a leer la segunda, y la tercera…

> Querida madre, los arces están inflamados con los colores del otoño y la luna llena flota como un farol, tal como relatan las palabras de El castillo al claro de luna. Parece que ha transcurrido una eternidad desde la última estación de las lluvias, cuando el sirviente del señor abad me entregó tu carta. La tengo delante de mí, sobre el escritorio de mi marido. Sí, Koyama Shingo aceptó tomarme como esposa en el propicio día trigésimo del séptimo mes, en el templo de Shimogamo, y ahora vivimos como recién casados en las dos habitaciones traseras del taller de confección de fajines obi de la Grulla Blanca, en la calle Imadegawa. Después de la boda se ofreció un banquete en una casa de té muy famosa, costeado a medias por los Ueda y los Koyama. Los maridos de algunas amigas mías se han convertido en demonios después de casarse, pero Shingo sigue tratándome con amabilidad. La vida de casada no es, desde luego, un camino de rosas; como me escribiste en una carta de hace tres años, una mujer sumisa no debe acostarse jamás antes del marido ni levantarse después de él, y a mí se me quedan cortas las horas del día. Hasta

que la Grulla Blanca no se asiente del todo deberemos economizar y arreglárnoslas con una sola doncella, dado que mi marido sólo se trajo dos aprendices del taller de su padre. No obstante, me complace escribirte que tenemos entre nuestros clientes a dos familias vinculadas a la corte imperial. Una representa una rama menor de los Konoe…

Las palabras cesan pero la cabeza de Orito es un torbellino. Las cartas de Año Nuevo, se pregunta, ¿las escriben los monjes? Pero no tiene sentido. Decenas de hijos ficticios mantenidos hasta el Descenso de sus madres, momento en el cual se descubriría todo el montaje. ¿Por qué tomarse tantas molestias? Pues porque los niños, la lámpara doble ilumina los ojos astutos de la rata gorda, no pueden escribir cartas de Año Nuevo desde el Mundo Inferior por la sencilla razón de que no llegan nunca al Mundo Inferior. Las sombras del *scriptorium* observan la reacción de Orito al captar el razonamiento. Del pitorro de la tetera empieza a salir vapor. La rata aguarda.

—No —le dice Orito—. No.

No hay necesidad de cometer infanticidio. Si la Orden no quisiese los Dones, el maestro Suzaku administraría hierbas para provocar abortos. La rata gorda le pregunta, burlona, que cómo se explica entonces la carta que tiene delante. Orito se aferra a la primera respuesta verosímil que se le ocurre: La hija de la hermana Satsune murió a causa de una enfermedad o un accidente. Para ahorrarle el dolor de la pérdida, la Orden debe de haber decidido no interrumpir la llegada de las cartas de Año Nuevo.

La rata gorda da un respingo, se gira y desaparece.

La puerta por la que Orito ha entrado está abriéndose. Un hombre dice:

—Usted primero, maestro…

Orito echa a correr hacia la otra puerta: como si se tratase de un sueño, está cerca y a la vez lejos.

—Es curioso —responde la voz del maestro Chimei— cómo se redacta mejor por la noche…

Orito descorre la puerta tres o cuatro palmos.

—… pero me alegra tu compañía a esta hora inhóspita, querido joven.

Franquea la puerta y la cierra justo cuando el maestro Chimei entra en el radio de luz de la lámpara. A la espalda de Orito, el pasillo que conduce a las dependencias del maestro Genmu es corto, gélido y oscuro.

—Las historias deben conmover —oye decir a Chimei— y las desgracias son movimiento. La felicidad es inercia. Por eso, en la historia de Noriko, la hija de la hermana Satsune, debemos plantar el germen de una modesta calamidad. Los tortolitos deberán sufrir. Por una causa externa, un robo, un incendio, una

enfermedad… o mejor aún, interna: una debilidad de carácter. El joven Shingo podría cansarse de la devoción de su esposa, o Noriko encelarse tanto de la nueva doncella que Shingo empezase, efectivamente, a beneficiársela. Trucos del oficio, ¿entiendes? Los narradores no son sacerdotes que estén en comunión con un reino etéreo, sino artesanos, como una especie de reposteros, sólo que algo más lentos. Así pues, manos a la obra, querido joven, hasta que se seque la lámpara…

Orito avanza por el pasillo hacia los aposentos del maestro Genmu deslizando los pies junto al borde de la pared, donde es menos probable, confía, que cruja la madera. Llega a una puerta de cuarterones. Aguanta la respiración, aguza el oído, pero no oye nada. Abre una rendija minúscula…

El espacio está vacío y a oscuras: las manchas negras en cada una de las paredes son puertas.

En el centro se adivina lo que podría ser tela de saco tirada en el suelo.

Orito entra y se acerca a los sacos con la esperanza de poder anudarlos.

Hunde una mano en el montón y siente el pie caliente de un hombre.

Se le para el corazón. El pie se retrae. Un miembro se gira. Las mantas se mueven.

El maestro Genmu refunfuña:

—Quédate ahí, Maboroshi, o te…

La amenaza se desintegra.

Orito se acuclilla sin atreverse a respirar, menos aún a huir…

Las colinas acolchadas que son el cuerpo del acólito Maboroshi se desplazan; en la garganta se le atraganta un ronquido.

Pasan unos minutos hasta que Orito se convence a medias de que los dos hombres están durmiendo.

Cuenta diez respiraciones lentas y se dirige a la puerta de enfrente.

El ruido que hace al abrirse restalla en los oídos de Orito como el estruendo de un terremoto…

La Diosa, tallada en madera plateada de veta fina e iluminada por un gran cirio votivo, observa a la intrusa desde su pedestal, situado en el centro de la pequeña y suntuosa sala del altar. La Diosa sonríe. No le mires a los ojos, le dice a Orito su instinto, o te reconocerá. En una de las paredes cuelgan túnicas negras con cordones de seda color granate; las otras paredes están empapeladas, como en las residencias de los holandeses más adinerados, y los tatamis huelen a resina y a nuevo. A derecha e izquierda de la puerta de la pared más alejada hay grandes ideogramas escritos con trazos gruesos en el empapelado. La caligrafía es bastante clara, pero cuando Orito

los lee a la luz de la vela, el significado se le escapa. Los elementos le son familiares pero están dispuestos en combinaciones desconocidas.

Tras volver a poner el cirio en su sitio, abre la puerta que da al patio norte.

La Diosa, cuya pintura está desconchándose, observa a la sorprendida intrusa desde el centro de la humilde sala del altar. Orito no entiende muy bien cómo los muros exteriores del templo pueden albergarla. Tal vez no exista un patio norte. Se vuelve y mira la nuca y la espalda de la Diosa previa. La Diosa que tiene enfrente está iluminada por un cirio vigilante. Comparada con la de la primera estancia, ha envejecido y la sonrisa se le ha borrado de los labios. Pero no le mires a los ojos, insiste el mismo instinto de antes. Flota en el aire un olor a paja, a animales y a personas. El entablado de las paredes y el suelo remiten a una alquería de medio pelo. En la pared más alejada hay otros ciento ocho ideogramas, esta vez en doce pergaminos enmohecidos que cuelgan a ambos lados de la puerta. De nuevo, cuando Orito se detiene a leerlos, los caracteres se baten en retirada y se refugian en una ininteligibilidad desazonante. ¿Qué más da?, se reprende. ¡Muévete!

Abre la puerta a lo que debería ser, ya sí, el patio norte…

La Diosa situada en el centro de la tercera sala del altar está medio podrida: no se parece en nada al avatar que se alza en la sala del altar de la Casa de las Hermanas. El rostro podría ser el de una sifilítica terciaria, sin la menor posibilidad de curarse con mercurio. Uno de los brazos debió de caerse al suelo, pues ahí sigue, y a la luz de la vela de sebo, Orito ve una cucaracha moviéndose por el borde de un agujero del cráneo de la estatua. Las paredes son de arcilla y bambú, y en el aire se percibe un tufo dulzón a estiércol: la estancia podría pasar por el chiscón de un campesino. La comadrona elucubra que todas esas estancias se excavaron en el espato del Pico Desnudo; o incluso tienen su origen en una serie de grutas que, con el tiempo, habrían dado lugar al templo. O mejor aún, piensa Orito: podría tratarse de un túnel secreto de la época militar de la Orden. La pared del fondo está cubierta de una costra oscura —tal vez sangre de animal mezclada con barro— sobre la que se adivinan unos caracteres ilegibles pintarrajeados con lechada. Orito levanta el rudimentario pestillo y reza para que sus cálculos sean exactos…

El frío y la oscuridad son propios de un tiempo anterior al hombre y al fuego.

El túnel tiene la altura de una persona y la anchura de unos brazos abiertos.

Orito regresa a la última habitación para coger la vela: le queda cerca de una hora de mecha.

Entra en el túnel y avanza con cautela paso a paso.

El Pico Pelado está encima de ti, se burla el Miedo, y te oprime, te oprime…

Sus alpargatas hacen chas-chas sobre la piedra; su respiración es un siseo trémulo; por lo demás, reina el silencio.

El resplandor sucio de la vela es mejor que nada, pero no es gran cosa.

Se detiene un segundo: la llama no se mueve. Todavía no hay corriente.

El techo se mantiene a la altura de un hombre y las paredes a la distancia de unos brazos abiertos.

Orito reanuda la marcha. Al cabo de treinta o cuarenta pasos, el túnel empieza a empinarse.

Se imagina emergiendo por una grieta secreta bajo la luz de las estrellas…

… y teme que su fuga le cueste la vida a Yayoi.

El crimen lo habrán cometido Enomoto, objeta su conciencia, la abadesa Izu, la Diosa…

—La verdad no es tan sencilla —le replica el eco de su voz a la conciencia.

¿Está templándose el aire, se pregunta Orito, o es que tengo fiebre?

El túnel se ensancha formando una cámara abovedada en torno a una efigie arrodillada de la Diosa, tres o cuatro veces más grande que un ser humano. Para espanto de Orito, ahí termina el túnel. La Diosa está esculpida en una roca negra jaspeada de motas brillantes, como si el escultor la hubiese tallado en un bloque de cielo nocturno. La comadrona se pregunta cómo harían para transportarla hasta ese lugar: es más fácil pensar que la roca negra ha estado allí desde el inicio de los tiempos, y que en su día ensancharon el túnel para llegar hasta ella. La Diosa tiene la espalda recta y cubierta con una tela roja, y las gigantescas manos ahuecadas para formar un cuenco del tamaño de una cuna. Sus ojos rapaces miran fijamente al vacío. Su boca ávida se abre de par en par. Si el templo de Shiranui es una pregunta —la idea piensa a Orito tanto como Orito piensa la idea—, entonces este lugar es la respuesta. Grabados en la pulida pared circular, a la altura de los hombros de la estatua, hay más ideogramas ilegibles: ciento ocho, está casi segura, uno por cada pecado del budismo. Algo atrae los dedos de Orito hacia el muslo de la Diosa, y cuando lo tocan, por poco no se le cae la vela: la piedra está caliente como si estuviese viva. La estudiosa que lleva dentro busca a tientas una respuesta: conductos de aguas termales, deduce, en las rocas cercanas… Allí donde debería estar la lengua de la Diosa hay algo que destella a la luz de la vela. Superando el miedo irracional a que los dientes de piedra le arranquen el brazo, la fugitiva alarga la mano y encuentra un frasco pequeño y ancho, encajado en un hueco. Es de cristal soplado turbio, o quizá lo turbio sea el líquido que contiene. Orito lo descorcha y lo huele: es inodoro. En su doble condición de hija de médico y paciente de Suzaku, sabe que más le vale

no probarlo. Pero ¿por qué guardarlo en un sitio así? Vuelve a insertar el frasco en la boca de la Diosa y le pregunta:

—¿Qué eres? ¿Qué se hace aquí? ¿Con qué fin?

Las aletas de piedra de la nariz de la Diosa no pueden hincharse. Sus ojos maléficos no pueden agrandarse…

Se apaga la vela. La oscuridad engulle la caverna.

De vuelta en la primera de las salas del altar, Orito se prepara para atravesar los aposentos del maestro Genmu cuando repara en los cordones de seda de las túnicas negras y se maldice por haber sido tan estúpida. Diez cordones, anudados, forman una cuerda liviana y resistente, tan larga como la altura del muro exterior: para mayor seguridad, añade otros cinco. Los enrolla, abre la puerta y bordea la alcoba del maestro Genmu hasta llegar a una puerta lateral. Un pasillo hecho de biombos conduce a una puerta de salida que da al jardín del maestro, donde hay una escala de bambú apoyada en la muralla. Orito sube, ata un extremo de la cuerda a una viga discreta pero sólida, y lanza el otro extremo por encima del parapeto. Sin volver la vista atrás, respira hondo por última vez como prisionera y empieza a bajar hacia el foso seco…

Aún no estoy a salvo. Orito aterriza en una maraña de ramas invernales.

Mantiene el muro del templo a su derecha y se niega a pensar en Yayoi.

Dos gemelos grandes, piensa, con quince días de retraso; una pelvis más estrecha que la de Kawasemi…

Dobla la esquina oeste y enfila a través de una franja de abetos.

De cada diez o doce partos en la Casa, uno termina con la madre muerta.

Tras pasar por piedras heladas y montones de agujas de abeto, Orito encuentra una cavidad en la que refugiarse.

Con tus conocimientos y tu pericia, no es vanagloria, sería uno de cada treinta.

El viento veloz se engancha las mangas en los vítreos árboles espinosos.

—Si te vuelves atrás —se advierte Orito— ya sabes lo que te harán los monjes.

Encuentra el sendero donde empieza la rampa de las puertas *torî*. Bajo el cielo nocturno, el color cinabrio que lucen a la luz del día es de un negro intenso.

Nadie puede pedirme que me someta a la esclavitud, ni siquiera Yayoi…

Justo entonces, Orito piensa en el arma que ha adquirido en el *scriptorium*.

Dudar de una carta de Año Nuevo es dudar de todas… Con eso podría amenazar a Genmu.

¿Aceptarían las hermanas las condiciones de la Casa si no estuviesen seguras de que sus Dones estaban vivos en el Mundo Inferior?

Una venganza morbosa, añadiría, no propicia embarazos fructíferos.

El sendero describe una curva cerrada. Aparece la constelación de Orión.

No. Orito desecha esa idea medio esbozada. No volveré jamás.

Se concentra en el camino empinado y cubierto de hielo. Una lesión podría destruir toda esperanza de llegar a la cabaña de Otane al amanecer. Un octavo de hora después, Orito sube una cuesta en curva, divisa desde arriba el puente de madera y lianas que lleva el nombre de Todoroki, y hace un alto para recobrar el aliento. El desfiladero de Mekura baja en picado ladera abajo, tan vasto como el cielo…

… En el templo repica una campana. No es el tañido profundo que marca las horas, sino un rebato más agudo e insistente: el que se toca en la Casa de las Hermanas cuando una de las hermanas se pone de parto. Orito se imagina a Yayoi llamándola. Imagina la frenética incredulidad provocada por su desaparición, la búsqueda por el recinto, y el descubrimiento de la cuerda. Imagina cómo despertarán al maestro Genmu: Se ha escapado la novicia…

Se imagina unos fetos gemelos anudados que taponan el cuello del útero de Yayoi.

Tal vez manden sendero abajo a unos cuantos acólitos, informarán de su huida a los centinelas de la Puerta Mediana, y mañana alertarán a los puestos de control de Isahaya y Kashima, pero las montañas de Kyôga son una eternidad de bosques en los que los fugitivos pueden desaparecer. Sólo volverás, piensa Orito, si tú quieres.

Se imagina al maestro Suzaku, impotente, mientras los gritos de Yayoi escaldan el aire.

La campana podría ser una treta, piensa, para hacerte volver.

Abajo, mucho más abajo, el mar de Ariake refulge bruñido por el claro de luna.

Lo que esta noche podría ser una treta, será la verdad mañana, o muy pronto…

—La libertad de Aibagawa Orito —declara en voz alta— es más importante que la vida de Yayoi y sus gemelos.

La fugitiva sopesa la veracidad de la afirmación.

# XXII

## Habitación de Shuzai en el salón del *doyo* de Nagasaki

*Tarde del decimotercer día del primer mes*

Me puse en marcha muy de mañana —declara Shuzai—. En la plaza del mercado, junto a la estatua de Yizo-sama, encendí una vela de tres sen en previsión de percances, y enseguida tuve motivos para congratularme por dicha precaución. Los problemas se me presentaron en el puente Ômagori. Un capitán a caballo de la guardia del shogun me cortó el paso: me había entrevisto la vaina de la espada bajo la capa de paja y quería verificar si tenía suficiente rango para ir armado. «La fortuna no ayuda al que se viste de otro», ya lo dice el proverbio, así que le di mi nombre verdadero. Y menos mal. Se apeó del caballo, se quitó el casco y me llamó «*sensei*»: uno de sus hijos había sido alumno mío al poco de instalarme en Nagasaki. Charlamos un rato y le dije que me dirigía a Saga, para el funeral del séptimo aniversario de la muerte de mi viejo maestro. La presencia de sirvientes, le expliqué, no era apropiada en una peregrinación de esa naturaleza. El capitán, avergonzado por esta tentativa de disimular mi pobreza, me dio la razón, me deseó buena suerte y prosiguió su camino.

Cuatro alumnos practican sus mejores gritos de kendo en el *doyo*.

Uzaemon siente un principio de catarro en su irritada garganta.

—En la Bahía de las Ostras, un estercolero de chozas de pescadores, conchas y maromas podridas, enfilé hacia el norte en dirección a Isahaya. El paisaje, como sabes, es accidentado, y en una tarde sombría del primer mes, la carretera era un espanto. Al doblar un recodo tortuoso me salieron al paso cuatro porteadores que estaban detrás de una caseta de té abandonada: la jauría de perros más taimados que me haya echado a la cara, todos con una cachiporra en sus sarnosas manos. Me advirtieron que los salteadores se abalanzarían sobre un caminante tan desafortunado, solitario e indefenso como yo, y me instaron a contratarlos para escoltarme sano y salvo hasta Isahaya. Desenvainé la espada y les aseguré que no era tan desafortunado ni indefenso como creían. Mis galantes salvadores pusieron pies en polvorosa, y llegué a Isahaya sin más sorpresas. Una vez en mi destino, evité las posadas más grandes y llamativas, y me alojé en el desván de un locuaz tostador de té. El único huésped aparte de mí era un mercachifle de amuletos y fetiches de lugares sagrados tan remotos como Edo, o eso decía él.

Uzaemon estornuda en un cuadrado de papel y lo arroja a la lumbre.

Shuzai cuelga la tetera encima del fuego.

—Traté de sonsacar al casero información sobre el feudo de Kyôga. «Doscientos

kilómetros cuadrados de montaña y ni una sola ciudad digna de tal nombre», salvo Kashima. El señor abad saca tajada de los templos y cobra un impuesto arrocero a las aldeas costeras, pero su verdadero poder procede de sus aliados en Edo y Miyako. Se siente lo bastante seguro como para tener tan sólo dos divisiones de guardias: una para guardar las apariencias cuando viaja con su séquito, y la otra acuartelada en Kashima para sofocar cualquier problema local. El vendedor de amuletos me contó que una vez trató de visitar el templo del monte Shiranui. Después de trepar varias horas por un escarpado barranco conocido como la garganta de Mekura, se encontró con que en la puerta situada a mitad de camino le vedaron el paso. Tres matones del pueblo, se lamentaba, le dijeron que el templo de Shiranui no comercia con amuletos. Le dije al buhonero que son raros los templos que rechazan a un peregrino con dinero. El hombre se mostró de acuerdo y me contó la siguiente historia del reino de Kan'ei. Cuando la cosecha se malogró tres años seguidos en toda Kyushu, ciudades tan distantes como Hirado, Hakata y Nagasaki sufrieron hambrunas y disturbios. Fue el hambre, juraba el buhonero, lo que provocó la rebelión en Shimabara y la humillación del primer ejército del shogun. En medio del caos, un sereno samurái rogó al shogun Ieyasu que le concediese el honor de dirigir, y sufragar, un batallón en la segunda tentativa de aplastar a los sediciosos. El samurái se batió con tal audacia que cuando la última cabeza cristiana se clavó en la última pica, un decreto del shogun obligó al ultrajado clan de los Nabeshima de Hizen a ceder al samurái no sólo un misterioso templo enclavado en el monte Shiranui, sino toda la región montañosa. Fue así como se fundó el feudo de Kyôga. Y el sereno samurái obtuvo el título de Señor Abad Kyôga-no-Enomoto-no-kami. El actual señor abad debe de ser su… —Shuzai cuenta con los dedos—… tataranieto, generación arriba, generación abajo.

Sirve el té a Uzaemon y los dos hombres se encienden una pipa.

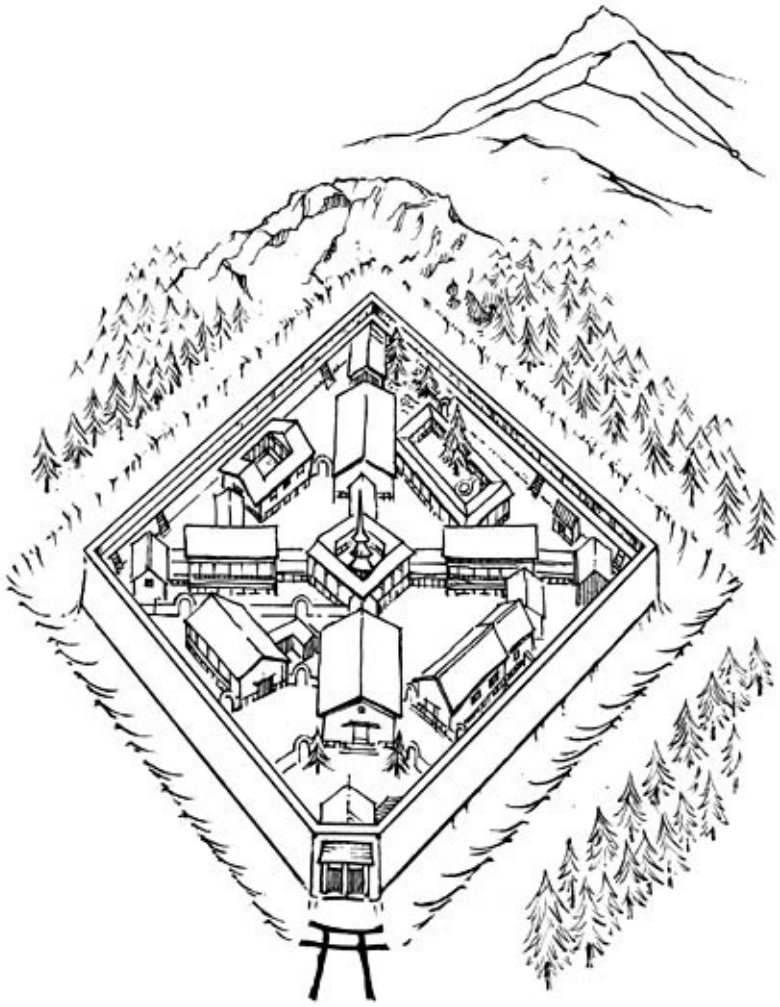
—A la mañana siguiente, la niebla marina era espesa. Recorrí un kilómetro y medio y giré hacia el este, rodeando Isahaya por el norte, por la carretera del mar de Ariake. Pensé que sería mejor entrar en el feudo de Kyôga sin que los centinelas de la puerta me viesen la cara. Caminé media mañana, atravesando varios villorrios sin bajarme la capucha, hasta que me encontré frente al tablón de anuncios de la aldea de Kurozane. Los cuervos estaban muy entretenidos picoteando a una mujer crucificada. ¡Qué hedor! En la dirección del mar, la niebla se dividía entre el cielo débil y las marismas parduzcas. Tres mariscadores ancianos reposaban sentados en una piedra. Les pregunté lo mismo que les habría preguntado cualquier viajero: ¿cuánto queda para Konagai, la próxima aldea? Uno dijo que seis kilómetros; el segundo, que menos; el tercero, que más. El último era el único que había estado allí, pero hacía más de treinta años. No mencioné a Otane la herbolaria, pero pregunté por la mujer crucificada y me dijeron que el marido llevaba tres años pegándole casi todas las noches y que ella había celebrado el Año Nuevo abriéndole la cabeza con un martillo.

El magistrado del señor abad había ordenado al verdugo que la decapitase limpiamente, y la alusión me brindó la oportunidad de preguntar si el señor abad Enomoto era un señor justo. Puede que no se fiasen de un forastero de acento extranjero, pero los tres coincidieron en que haber nacido allí era un premio por las buenas acciones realizadas en sus vidas anteriores. El señor de Hizen, señaló uno de los mariscadores, robaba a uno de cada ocho hijos de los labriegos para el servicio militar, y sangraba a los aldeanos para mantener en el lujo a su familia de Edo. En cambio, el señor de Kyôga sólo tasaba el arroz cuando la cosecha era buena, requisaba una provisión de comida y aceite para el templo del monte Shiranui, y no exigía más de tres guardias para la puerta de la garganta de Mekura. Como contrapartida, el templo garantizaba arroyos fértiles para los arrozales, una bahía rebosante de anguilas y capachos llenos de algas. Me pregunté cuánto arroz consumiría al año el templo. Cincuenta *goku*, me dijeron, o lo suficiente para cincuenta hombres.

¡Cincuenta hombres!, a Uzaemon se le cae el alma a los pies. Nos hace falta un ejército de mercenarios.

—Al salir de Kurozane —Shuzai no muestra excesiva preocupación—, la carretera pasa por delante de una posada de buena pinta, la Harubayashi, o sea, «bambú de primavera». Poco después, un sendero en cuesta sale de la carretera de la costa y sube a la boca de la garganta. El camino montaña arriba está en buenas condiciones, pero me llevó medio día. Los guardias del puesto de control no esperan ver intrusos, eso saltaba a la vista (un centinela bien apostado me habría visto llegar), pero… —Shuzai frunce los labios para indicar que la ascensión es pan comido—. La garita bloquea una boca angosta de la garganta, pero no hacen falta diez años de entrenamiento ninja para sortearla escalando, que es lo que hice. Más arriba aparecieron las primeras manchas de nieve y hielo, y los pinos y cedros despuntaban con vigor entre los árboles de las tierras bajas. La pista asciende otro par de horas hasta llegar a un puente elevado tendido sobre el río; un hito indica que el lugar se llama Todoroki. Poco después hay un pasillo largo y empinado de puertas *torî*, y allí abandoné el sendero para seguir subiendo a través de un pinar. Llegué al borde de un afloramiento rocoso en mitad de la falda del Pico Desnudo, y este dibujo —Shuzai extrae una hoja de papel del interior de una carpeta de fuelle— se basa en los apuntes que tomé in situ.

Uzaemon ve la prisión de Orito por primera vez.



Shuzai vacía la ceniza apagada de la pipa.

—El templo se encuentra en esta vaguada triangular comprendida entre el Pico Desnudo y estas dos crestas menores. Mi impresión es que el lugar que el antepasado de Enomoto, según el relato del vendedor de amuletos, obtuvo como recompensa fue en su día un castillo del «periodo de los estados en guerra»: fíjate en estos muros defensivos y en el foso seco. Además, harían falta veinte hombres y un ariete para forzar esas puertas. Pero no te desanimes: un muro es tan fuerte como los hombres que lo defienden, y un niño con un garfio lo treparía en un minuto. Una vez dentro, es imposible perderse. Esto de aquí —Shuzai apunta con el índice, encallecido por la cuerda del arco— es la Casa de las Hermanas.

A Uzaemon se le escapa la pregunta:

—¿La viste?

Shuzai dice que no con la cabeza.

—Estaba muy lejos. Las pocas horas de luz que me quedaban las dediqué a buscar la manera de bajar del Pico Desnudo sin pasar por la garganta de Mekura, pero es imposible: esta cresta del noreste oculta un precipicio de varias decenas de metros, y el bosque del noroeste es tan frondoso que harían falta cuatro patas y una cola para avanzar lo más mínimo. Al oscurecer volví a bajar la garganta y llegué a la Puerta Mediana justo cuando salía la luna. Escalé un risco para salir al sendero de abajo,

llegué a la boca de la garganta, crucé los arrozales que hay detrás de Kurozane y encontré un bote de pescadores bajo el que echarme a dormir, junto a la carretera de Isahaya. Estaba húmedo y hacía frío, pero no encendí una hoguera para que ningún testigo se acercase a calentarse. Llegué a Nagasaki al día siguiente por la tarde, pero he dejado pasar tres días antes de contactarte para que nadie pueda relacionar mi ausencia con tu visita. Es más prudente pensar que tu sirviente está a sueldo de Enomoto.

—Yohei ha sido mi sirviente desde que me adoptó la familia Ogawa.

—¿Qué mejor espía —repone Shuzai, encogiéndose de hombros— que aquel que está fuera de toda sospecha?

El resfriado de Uzaemon empeora por minutos.

—¿Tienes razones de peso para dudar de Yohei?

—Ninguna, pero todos los daimios mantienen informantes en los feudos vecinos; y estos informantes alcanzan acuerdos con los sirvientes de las principales familias. Tu padre es uno de los cuatro intérpretes de primera categoría que hay en Deshima: los Ogawa no son precisamente unos don nadie. Hacer desaparecer a la favorita de un daimio es entrar en un mundo peligroso, Uzaemon. Para sobrevivir tendrás que dudar de Yohei, dudar de tus amigos y dudar de los desconocidos. Dicho lo cual, la pregunta es: ¿sigues decidido a liberarla?

—Más que nunca, pero —Uzaemon mira el mapa— ¿es factible?

—Con un plan meticuloso, y con el dinero necesario para contratar a los hombres adecuados, sí.

—¿Cuánto dinero y cuántos hombres?

—Menos de lo que te imaginas, esa es la buena noticia: la cifra de cincuenta *koku* que mencionaron los mariscadores desalienta al más pintado, pero buena parte de ese arroz se lo come el séquito de Enomoto. Además, este edificio —Shuzai señala la esquina inferior derecha— es el refectorio, y cuando se vació al terminar la cena, conté solamente treinta y tres cabezas. A las mujeres no las tengo en cuenta. Los maestros no estarán en la flor de la vida, con lo cual nos quedan a lo sumo dos docenas de acólitos en plenitud de facultades. En las leyendas chinas, los monjes son capaces de romper rocas con las manos desnudas, pero los polluelos de Shiranui nacen de huevos mucho más frágiles. No vi un solo campo de tiro con arco, ni barracones para guardias seglares, ni indicio alguno de adiestramiento marcial. En mi opinión, bastarían cinco espadachines de fuste para rescatar a la señorita Aibagawa. Mi política de curarme en salud recomienda diez espadas, además de la tuya y la mía.

—¿Y si el señor Enomoto y sus hombres aparecen antes de nuestro ataque?

—Pospondremos nuestra empresa, nos dispersaremos y nos esconderemos en Saga hasta que se vayan.

El humo de la empeñosa lumbre tiene un regusto amargo de sal.

—Serás consciente —Shuzai saca a relucir una cuestión delicada— de que volver a Nagasaki con la señorita Aibagawa sería… sería…

—Un suicidio. Sí. En esta semana casi no he pensado en otra cosa. Yo… —Uzaemon estornuda y tose—… abandonaré la vida que tengo aquí, la acompañaré adonde quiera ir y la ayudaré hasta que me pida que la deje. Durante un día, o toda la vida, lo que ella escoja.

El maestro de espada frunce el entrecejo, asiente y observa a su amigo y alumno.

Por la calle pasan corriendo unos perros que ladran con intenciones asesinas.

—Me preocupa —reconoce Uzaemon— que te relacionen con esta incursión.

—Oh, en el peor de los casos, también me marcharé de aquí.

—¿Sacrificarás tu vida en Nagasaki por ayudarme?

—Prefiero echar la culpa a los acreedores de la ciudad, particularmente amenazadores.

—Y los hombres que contratemos, ¿no se arriesgan también a convertirse en fugitivos?

—Los samurái sin señor están acostumbrados a cuidar de sí mismos. No te equivoques: quien más tiene que perder es Ogawa Uzaemon. Estás cambiando una carrera, un salario, un futuro brillante… —el hombre de más edad busca una manera diplomática de rematar la frase.

—… por una mujer. Con toda probabilidad, una mujer encinta y destrozada.

La expresión de Shuzai responde: Sí.

—¿O dar las gracias a mi padre adoptivo por desaparecer sin decir palabra?

Mi atormentada esposa, prevé Uzaemon, podrá, al menos, volver con su familia.

—Los confucianistas gritarían: «¡Herejía!» —la mirada de Shuzai se posa en la urna que contiene el hueso del pulgar de su maestro—, pero hay momentos en los que el hijo menos leal es mejor persona.

—Mi «misión» —Uzaemon se esfuerza por articular con claridad— no es tanto una cuestión de reparar un desafuero como de… de… afirmación de un papel, de decir «esta es mi razón de ser».

—Ahora eres tú el que habla como un creyente en el Destino.

—Por favor, organiza los preparativos para la incursión. Cueste lo que cueste, estoy dispuesto a pagarlo.

—Sí —dice Shuzai, como si no pudiese ser otra la conclusión.

—Tú sigue levantando así el codo —dice en el *doyo* un discípulo veterano a uno primerizo— y verás cómo un golpe *wekiri* bien dirigido te lo convierte en polvos de arroz…

—¿Dónde —Shuzai cambia de tema— está ahora el pergamino de Yiritsu?

Uzaemon resiste el impulso de tocar el tubo que lleva escondido en un bolsillo interno.

—Está escondido… —si nos capturan, piensa, es mejor que no sepa la verdad— … bajo el suelo de la biblioteca de mi padre.

—Bien. De momento déjalo ahí —Shuzai enrolla su dibujo del templo de Shiranui—, pero tráelo cuando partamos hacia Kyôga. Si todo va bien, tú y la señorita Aibagawa os evaporaréis como dos gotas de lluvia; pero si un día Enomoto logra dar contigo, ese manuscrito podría ser tu único medio de defensa. Como te digo, los monjes no representan un gran peligro; no puedo decir lo mismo de la venganza del señor abad.

—Gracias —Uzaemon se pone en pie— por tus lúcidos consejos.

• • •

Jacob de Zoet vierte el agua caliente en una taza y disuelve en su interior una cucharada de miel.

—Tuve un catarro igual la semana pasada. Dolor de garganta, jaqueca, y sigo ronco como una rana. En los meses de julio y agosto, mi cuerpo se olvidó de lo que era el frío: toda una proeza para un zelandés. Pero ahora de lo que no consigo acordarme es del verano.

Uzaemon no capta algunas palabras.

—La memoria está hecha de engaños y extrañeza.

—Cierto —De Zoet añade un chorro de zumo pálido—, y esto es lima.

—Su habitación —comenta el visitante— es cambiada.

Las novedades consisten en una mesa baja y unos almohadones, un *kadomatsu* o guirnalda navideña hecha de agujas de pino, un aceptable dibujo a tinta de un mono, y un biombo para esconder la cama de De Zoet. Que podría haber compartido Orito, el dolor que siente Uzaemon es complicado, y más le valdría haberlo hecho. El escribano jefe no tiene esclavo ni sirviente, pero el apartamento está barrido y en orden.

—Habitación es cómoda y agradable…

—Deshima —De Zoet remueve la bebida— será mi hogar durante algunos años.

—¿No quiere tener una mujer para vida más cómoda?

—No me tomo esa clase de transacciones tan a la ligera como mis compatriotas.

Uzaemon se anima.

—Figura de mono es muy bella.

—¿Eso? Gracias, pero soy un eterno principiante.

El asombro de Uzaemon es sincero.

—¿Usted dibuja mono, señor de Zoet?

El holandés responde con una sonrisa avergonzada y sirve la bebida de lima y miel. A continuación infringe las reglas de la charla insustancial.

—¿En qué puedo ayudarlo, Ogawa-san?

Uzaemon mira el vapor que se eleva del cuenco.

—Soy molestando su oficina en periodo importante, me temo.

—El adjunto Fischer exagera. No hay mucho que hacer.

—Entonces… —el intérprete toca la porcelana caliente con las yemas de los dedos—… me gustaría que señor de Zoet guarda… esconde… una… una cosa muy importante.

—Si desea usar uno de nuestros almacenes, tal vez el administrador Van Cleef podría…

—No, no. Es cosa pequeña.

Uzaemon saca el tubo de madera de cornejo.

De Zoet mira el objeto con el ceño fruncido.

—Faltaría más, con mucho gusto.

—Sé que señor de Zoet es capaz de esconder cosas con muchísimo cuidado.

—Lo esconderé con mi salterio, hasta que usted quiera que se lo devuelva.

—Gracias. Yo… Yo esperaba que usted dice esas palabras. —Uzaemon responde a las preguntas tácitas de Zoet con franqueza de extranjero—. Primero, para contestar pregunta: «¿Cuáles son las palabras en este pergamino?». Usted recuerda a Enomoto, creo… —el nombre hace que a De Zoet se le ensombrezca el rostro—… es señor abad de templo de feudo de Kyôga donde… donde señorita Aibagawa debe vivir. —El holandés asiente con la cabeza—. Este pergamino es… ¿cómo decir?… reglas, leyes de Orden, de templo. Estas leyes son… —esto ya de por sí es difícil en japonés, piensa el intérprete, suspirando, pero en holandés es como triturar una roca— estas reglas son… son malas, peores, peores que el peor mal, para las mujeres. Es gran sufrimiento… es insoportable.

—¿Qué reglas? Por el amor de Dios, Ogawa, ¿qué es lo que ella debe soportar?

Uzaemon cierra los ojos. Los mantiene cerrados y sacude la cabeza.

—Al menos —a De Zoet se le quiebra la voz—, dígame si el pergamino podría ser un arma para atacar a Enomoto, o para avergonzarlo tanto que se viese obligado a ponerla en libertad. O si, mediante la Magistratura, serviría para que se hiciese justicia con la señorita Aibagawa.

—Soy un intérprete de tercera. Enomoto es señor abad. Tiene más poder que magistrado Shiroyama. Justicia en Japón es justicia del poder.

—O sea, que la señorita Aibagawa ¿debe soportar… soportar lo «in soportable» de por vida?

Uzaemon titubea.

—Un amigo, de Nagasaki, desea ayudar… de manera directa.

De Zoet no es tonto.

—¿Está planeando un rescate? ¿Tiene posibilidades de conseguirlo?

Uzaemon titubea de nuevo.

—No él y yo solos. Yo… contrato asistencia.

—Los mercenarios son aliados peligrosos, como bien sabemos los holandeses. —La mente de De Zoet sopesa todo un ábaco de consecuencias—. Pero, y después, ¿cómo regresaría a Deshima? Volverían a capturarla. Tendrían que esconderse… de forma permanente… y… ¿por qué… por qué sacrificar tanto, todo? A menos que… oh.

Por un momento, los dos hombres son incapaces de mirarse a los ojos.

Ahora ya sabes, piensa el intérprete, que yo también la amo.

—Soy un idiota. —El holandés se frota sus ojos verdes—. Un idiota miope de remate.

Dos de los esclavos malayos pasan rápidamente por la Calle Larga hablando en su idioma.

—… pero porque me ayudó en mi cortejo si usted también…

—Mejor que ella vive aquí con usted que quedar encerrada para siempre en un matrimonio malo o ser enviada fuera de Nagasaki.

—¿Y aun así quiere confiarme la custodia de esta… —el escribano toca el tubo— … prueba inútil?

—Usted también desea libertad de ella. Usted no me venderá a Enomoto.

—Jamás. Pero ¿qué debo hacer con el pergamino? Yo estoy recluido aquí.

—No haga nada. Si rescate sale bien, no lo necesito. Si rescate… —el conspirador bebe su lima con miel—… si rescate sale mal, si Enomoto entera de existencia de pergamino, buscará en casa de mi padre, en casas de amigos. Reglas de Orden es muy, muy secreto. Enomoto mata a quien posee. Pero en Deshima, Enomoto no tiene poder. Aquí no buscará, creo.

—¿Y cómo sabré si su misión ha tenido éxito o no?

—Si tiene éxito, yo mando mensaje cuando puedo, cuando es seguro.

De Zoet está conmocionado por la conversación, pero habla con voz serena.

—Lo tendré presente en mis oraciones, siempre. Cuando vea a la señorita Aibagawa, dígale… dígale… dígale sólo eso. Que los tendré presentes en mis oraciones.

# XXIII

## Habitación de Yayoi en la Casa de las Hermanas, templo del monte Shiranui

*Minutos antes del amanecer del decimoctavo día del primer mes*

La provisora Satsuki coge en brazos al bebé de labios manchados de leche, la hija de Yayoi. A la luz de la lumbre y del alba, las lágrimas de Satsuki son visibles. No ha nevado por la noche, de modo que el sendero que baja por la garganta de Mekura es transitable y a los mellizos de Yayoi van a bajarlos al Mundo Inferior esa misma mañana.

—Qué vergüenza, provisora —la regaña cariñosamente la abadesa—. Has presenciado docenas de Concesiones. Si hasta la hermana Yayoi acepta el hecho de que no está perdiendo a los pequeños Shinobu y Binyô, sino mandándolos por delante al Mundo Inferior, con más motivo deberías tú controlar tus sentimientos, que son más débiles. Lo de hoy es una separación, no una pérdida.

Tú lo llamas «sentimientos más débiles», piensa Orito, yo lo llamo «compasión».

—Sí, abadesa. —La provisora traga saliva— Es sólo que… son tan…

—Sin la Concesión de nuestros Dones —dice Yayoi casi recitando—, los ríos del feudo de Kyôga se secarían, sus plantas se marchitarían y todas sus madres serían estériles.

Antes de la noche de su fuga y regreso voluntario, Orito se habría tomado esas palabras como una despreciable muestra de pasividad; ahora, en cambio, entiende que esa convicción —la de que la Vida requiere el sacrificio de las hermanas— es lo único que hace soportable la separación. La comadrona acuna a Binyô, el hijo hambriento de Yayoi:

—Tu hermana ya ha terminado. Dejad descansar un poco a vuestra madre…

—Nosotras —le recuerda la abadesa— decimos «Portadora», hermana Aibagawa.

—Vosotras sí, abadesa —replica Orito, como era de esperar—, pero yo no soy vosotras…

Sadaie vacía las migas de carbón en el fuego, donde crepitan y chisporrotean.

… Hemos hecho, Orito le sostiene la mirada a la abadesa, un trato bien claro, ¿recuerdas?

La última palabra, la abadesa le sostiene la mirada a Orito, la dirá el señor abad.

Hasta ese día, Orito le sostiene la mirada a la abadesa, y repite:

—Yo no soy vosotras.

Binyô tiene la cara húmeda, rosa, aterciopelada, y se contrae en un chillido prolongado.

—¿Hermana?

Yayoi recibe a su hijo para la última toma.

La comadrona examina el pezón inflamado de la madre.

—Está mucho mejor —dice Yayoi a su amiga—. La agripalma surte efecto.

Orito piensa en Otane de Kurozane, de quien sin duda procede la hierba, y se pregunta si podrá insistir en verla una vez al año como parte del trato. La nueva hermana sigue siendo la prisionera de menor rango del templo, pero la decisión que tomó en el puente de Todoroki de renunciar a su fuga, y el éxito de su intervención en el nacimiento de los mellizos de Yayoi, han elevado su estatus en muchos e intangibles sentidos. Se le ha reconocido el derecho a rechazar las medicinas de Suzaku; tiene permiso para caminar alrededor de las murallas del templo tres veces al día; y el maestro Genmu ha accedido a que la Diosa no escoja nunca a Orito para las Donaciones, a cambio del silencio de la comadrona con relación a las cartas falsas. El acuerdo, en términos morales, le ha salido caro; todos los días tiene un pequeño roce con la abadesa, y el señor abad Enomoto podría anular estas conquistas… Pero se trata de una batalla, piensa Orito, a largo plazo.

Asagao aparece en el umbral de la celda de Yayoi.

—Viene el baesdro Suzaku, abadesa.

Orito mira a Yayoi, que está decidida a no llorar.

—Gracias, Asagao.

La abadesa Izu se levanta con la agilidad de una niña.

Sadaie vuelve a atarse el pañuelo alrededor de su cráneo deforme.

En cuanto se va la abadesa, el aire y las conversaciones vuelven a circular con un poco más de libertad.

—Tranquilo —dice Yayoi al vociferante Binyô—, que tengo dos. Toma, glotón…

El bebé encuentra por fin el pezón de su madre, y chupa.

La provisora Satsuki mira el rostro de Shinobu.

—Una barriguita llena y feliz.

—Un pañal lleno y apestoso —dice Orito—. ¿Me permites, antes de que se duerma?

—Oh, ya me ocupo yo. —La provisora tumba a Shinobu boca arriba. No hay problema.

Orito concede el triste honor a esa mujer mayor que ella.

—Voy a por un poco de agua caliente.

—¡Y pensar —dice Sadaie— que hace sólo una semana los Dones parecían dos arañitas!

—Debemos agradecerle a la hermana Aibagawa —dice Yayoi, recolocándose al insaciable Binyô— que estén lo bastante fuertes como para poder entregarlos tan pronto.

La manita de apenas diez días, suave como un pétalo, se abre y se cierra.

—Es gracias a tu resistencia —le dice Orito a Yayoi, mezclando agua caliente de la tetera con una cazuela de agua fría—, a tu leche y a tu amor materno. —No hables de amor, se advierte a sí misma, hoy no—. Los niños quieren nacer: lo único que hacemos las comadronas es ayudarlos.

—¿Creéis —pregunta Sadaie— que el Donante de los mellizos podría ser el maestro Chimei?

—Este diablillo —Yayoi acaricia la cabeza de Binyô— es un gordinflón; Chimei está muy chupado.

—El maestro Seiryû, entonces —susurra la provisora Satsuki—. Cuando pierde los estribos se convierte en el rey de los demonios…

Si fuese cualquier otro día, las mujeres sonreirían por el comentario.

—Los ojos de Shinobu-chan —dice Sadaie— me recuerdan a los del pobre acólito Yiritsu.

—Creo que es el padre —responde Yayoi—. He vuelto a soñar con él.

—Se hace raro pensar que el acólito Yiritsue esté bajo tierra —Satsuki retira el pañal sucio de las ingles de la neonata— y que la vida de sus Dones apenas esté comenzando. —La provisora limpia el engrudo de olor acre con un trapo de algodón oscuro—. Raro y triste. —A continuación lava las nalgas del bebé con el agua caliente—. ¿Es posible que el Donante de Shinobu sea uno y el de Binyô otro?

—No. —Orito recuerda los libros holandeses—. Los mellizos sólo tienen un padre.

El maestro Suzaku entra en la habitación.

—Una mañana tibia, hermanas.

Las hermanas entonan a coro un «buenos días» a Suzaku; Orito esboza una reverencia.

—¡Hace buen tiempo para la primera Concesión del año! ¿Cómo están nuestros Dones?

—Dos tomas esta noche, maestro —contesta Yayoi—, y otra ahora.

—Excelente. Les daré una gota de «sueño» a cada uno y no se despertarán hasta llegar a Kurozane; ya hay dos nodrizas esperándolos en la posada. Una es la misma mujer que hace dos años llevó al Don de la hermana Minori a Niigata. Los pequeñines estarán en óptimas manos.

—El maestro —dice la abadesa Izu— tiene maravillosas noticias, hermana Yayoi.

Suzaku muestra sus dientes puntiagudos.

—Tus Dones se criarán juntos en un templo budista cercano a Hôfu, bajo la tutela de un sacerdote sin hijos y su mujer.

—¡Imagínate! —exclama Sadaie—. ¡El pequeño Binyô será sacerdote de mayor!

—Al ser niños de un templo —dice la abadesa, recibirán una educación

excelente.

—Y se tendrán el uno al otro —añade Satsuki Un hermano es el mejor regalo.

—Mi más sincero agradecimiento —la voz de Yayoi suena sin vida al señor abad.

—Podrás agradecérselo en persona, hermana dice la abadesa Izu, y Orito, que está lavando el pañal sucio de Shinobu, levanta la vista El señor abad deberá llegar mañana o pasado mañana.

Orito siente la caricia del miedo.

—Yo también —miente— estoy ansiosa de tener el honor de hablar con él.

La abadesa la mira con ojos triunfantes.

Binyô, saciado, aminora la marcha: Yayoi le acaricia los labios para recordarle que chupe.

Satsuki y Sadaie terminan de arrebujar a la bebé para el viaje.

El maestro Suzaku abre su botiquín y descorcha un frasco cónico. El primer tañido de la campana de Amanohashira reverbera en la celda de Yayoi.

Nadie pronuncia palabra: en la puerta de la casa estará esperando un palanquín.

Sadaie pregunta:

—¿Dónde está Hôfu, hermana Aibagawa? ¿Tan lejos como Edo?

El segundo tañido de la campana de Amanohashira reverbera en la celda de Yayoi.

—Mucho más cerca. —La abadesa Izu toma en brazos a la pequeña, limpia y adormilada Shinobu y se la acerca a Suzaku—. Hôfu es la ciudad castillo de Suô, un feudo en el camino de Nagato, a tan sólo cinco o seis jornadas de viaje, si los estrechos están en calma…

Yayoi mira fijamente a Binyô, y luego a lo lejos. Orito trata de imaginar en qué estará pensando: en su primogénita, Kaho, quizás, enviada el año anterior a una familia de fabricantes de velas del feudo de Harima; o en los Dones venideros de los que habrá de separarse antes de su Descenso, dentro de dieciocho o diecinueve años; o quizá esté esperando, simplemente, que la leche de las nodrizas de Kurozane sea buena y pura.

Las Concesiones son como las pérdidas, piensa Orito, sólo que las madres ni siquiera pueden llorar.

El tercer tañido de la campana de Amanohashira pone prácticamente fin a la escena.

Suzaku deja caer unas pocas gotas del frasco cónico entre los labios de Shinobu.

—Dulces sueños —susurra—, pequeño Don.

Su hermano Binyô, aún en brazos de Yayoi, gime, eructa y expele una ventosidad. La exhibición no provoca el debido regocijo. Es un cuadro desvaído y melancólico.

—Ya es la hora, hermana Yayoi —declara la abadesa—. Sé que vas a ser valiente.

Yayoi huele por última vez el lechoso cuello del bebé.

—¿Puedo echarle yo el «sueño»?

Suzaku asiente y le pasa el frasco cónico.

Yayoi apoya la boca en punta sobre la de Binyô, que la lame con su diminuta lengua.

—¿Cuáles son los ingredientes —pregunta Orito— del «sueño» del maestro Suzaku?

—Una comadrona. —Suzaku sonríe mirando la boca de Orito—. Un farmacólogo.

Shinobu ya está dormida. Los párpados de Binyô se cierran, se abren, se cierran…

Orito no puede por menos que elucubrar: ¿Opiáceos? ¿Arisema? ¿Acónito?

—Y esto de aquí para la valiente hermana Yayoi. —Suzaku vierte un líquido viscoso en una tacita de piedra del tamaño de un dedal—. Yo lo llamo «entereza»: ya te sirvió de ayuda en tu última Concesión.

Lo acerca a los labios de Yayoi y Orito resiste el impulso de darle un manotazo a la taza y que salte por los aires. Mientras el líquido baja por la garganta de Yayoi, Suzaku le retira el bebé.

La madre despojada murmura:

—Pero…

Y se queda mirando, con ojos turbios, al farmacólogo.

Orito agarra la cabeza bamboleante de su amiga. Y acuesta a la aturdida madre.

La abadesa Izu y el maestro Suzaku salen cada uno con un niño robado.

# XXIV

## Aposentos de Ogawa Mimasaku en la residencia Ogawa de Nagasaki

*Amanecer del vigesimoprimer día del primer mes*

Uzaemon se arrodilla junto al lecho de su padre.

—Hoy se te ve un poco más… lozano, Padre.

—Guárdate esas lisonjas para las mujeres: son mentirosas por naturaleza.

—En serio, Padre, cuando he entrado, el color de tu rostro…

—Mi rostro tiene menos color que el esqueleto del hospital holandés.

Saiyi, el escuálido sirviente de su padre, se esmera en reavivar la lumbre.

—Así que te vas de peregrinación a Kashima para rezar por tu enfermo padre, en pleno invierno, solo y sin sirviente, si es que se puede llamar «servir» a lo que hacen estas acémilas que nos chupan la sangre. Qué impresionada se va a quedar toda Nagasaki con tu devoción.

Qué escandalizada se va a quedar toda Nagasaki, piensa Uzaemon, como se descubra la verdad.

Alguien está restregando las piedras del vestíbulo con un cepillo de cerdas duras.

—No son elogios lo que busco con esta peregrinación, Padre.

—Los verdaderos sabios, me informaste en cierta ocasión, desdeñan la «magia y las supersticiones».

—Últimamente, Padre, prefiero tener una mente más abierta.

—¿Ah, sí? O sea, que ahora voy a ser… —Una tos escabrosa interrumpe a su padre, y Uzaemon piensa en un pez que se ahoga encima de un tablón del muelle. Se pregunta si no debería ayudarlo a incorporarse, pero eso entrañaría tocarlo, algo que no les está consentido a un padre y a un hijo de su clase social. El fiel Saiyi se acerca para brindar su asistencia, pero el ataque de tos remite y Ogawa el Viejo despacha al sirviente de un manotazo al aire—. ¿Ahora voy a ser uno de tus «experimentos empíricos»? ¿Tienes intención de pronunciar una conferencia en la academia sobre la eficacia de la terapia de Kashima?

—Cuando el intérprete Nishi el Viejo cayó enfermo, su hijo hizo una peregrinación a Kashima y ayunó tres días: a su regreso, su padre no sólo se había restablecido milagrosamente, sino que fue a pie hasta Magome para recibirlo.

—Y después, en el banquete celebrado en su honor, se ahogó con una espina de pescado.

—Te ruego que pongas mucha atención al comer pescado a lo largo de este año.

En el brasero, los juncos de las llamas se hinchan y crepitan.

—No ofrezcas a los dioses años de tu vida sólo para conservar la mía…

Uzaemon se pregunta: ¿Áspera ternura, quizás?

—Ya será menos, Padre.

—Salvo, eso sí, que el sacerdote te jure que recobraría todo mi vigor. Las costillas no deberían ser los barrotes de una cárcel. Prefiero estar con mis antepasados e Hisanobu en la Tierra Pura que seguir atrapado aquí con los aduladores, las mujeres y los idiotas. —Ogawa Mimasaku mira la hornacina *butdusan* donde se conmemora a su hijo natural con una tablilla funeral y una rama de pino—. Para los que tienen mentalidad comercial, y pese a lo mal que está el comercio holandés, Deshima es una máquina de hacer dinero. Pero para los deslumbrados por la —Mimasaku utiliza la palabra holandesa que significa «Ilustración»— las oportunidades pasan de largo. No: será el clan Iwase el que domine la Corporación. Ya tienen cinco nietos dentro.

Gracias, piensa Uzaemon, por ayudarme a darte la espalda.

—Lo siento, Padre, si te he defraudado.

El anciano cierra los ojos.

—Con qué alegría hace añicos la vida los planes que con tanto esmero diseñamos.

—Es la peor época del año, marido. —Okinu se arrodilla al borde del pasillo elevado—. Con la nieve y los desprendimientos y los truenos y el hielo…

—La primavera —Uzaemon se sienta para vendarse los pies— será demasiado tarde para mi padre, esposa.

—Los bandidos tienen más hambre en invierno, y el hambre los vuelve más osados.

—Estaré en la carretera principal de Saga. Tengo mi espada y Kashima está a sólo dos días de camino. No es Hokurikurô, ni Kii, ni ningún lugar salvaje y anárquico por el estilo.

Okinu mira a su alrededor como una cierva alarmada. Uzaemon no recuerda la última vez que vio sonreír a su esposa. Mereces un hombre mejor, piensa, y desearía poder decírtelo. El intérprete se aferra a su paquete de tela encerada; contiene dos bolsas de dinero, algunas letras de cambio y las dieciséis cartas de amor que Aibagawa Orito le envío durante su cortejo.

Okinu susurra:

—Cuando no estás, tu madre me trata fatal.

Uzaemon rezonga.

Soy su hijo y tu marido, no un mediador.

Utako, la doncella y espía de su madre, se acerca con un paraguas en la mano.

—Prométeme —Okinu trata de enmascarar lo que de veras le preocupa— que no cruzarás la bahía de Omura si hace mal tiempo.

Utako les hace una reverencia y continúa hacia el patio delantero.

—Entonces, ¿volverás —pregunta Okinu— dentro de cinco días?

Pobre, pobre criatura, piensa Uzaemon, soy su único aliado.

—¿Seis días? —Okinu porfía en una respuesta—, ¿siete como máximo?

Si pudiese poner fin a tu infelicidad, piensa, divorciándome de ti, lo haría ahora mismo…

—Por favor, esposo, no más de ocho días. Ella es tan… tan…

… pero atraería una atención indeseada sobre los Ogawa.

—No sé cuánto tiempo van a llevarme los sutras que rezaré por mi padre.

—¿Me traerías de Kashima un amuleto para las esposas que quieren…?

—«Mmm». —Uzaemon termina de vendarse los pies—. Adiós, Okinu.

Si el sentimiento de culpa fuese monedas de cobre, piensa, podría comprarme Deshima.

Mientras cruza el pequeño patio saqueado por el invierno, Uzaemon escruta el cielo: es uno de esos días lluviosos sin lluvia. Más adelante, esperándolo junto a la verja, se encuentra su madre bajo el paraguas que sostiene Utako.

—Yohei todavía está a tiempo de prepararse y unirse a ti.

—Como ya te he dicho, Madre —dice Uzaemon—, esta peregrinación no es un viaje de placer.

—La gente va a pensar que los Ogawa no podemos permitirnos sirvientes.

—Ya te encargarás tú, no me cabe la menor duda, de explicarle a todo el mundo por qué el cabezota de tu hijo ha emprendido esta peregrinación a solas.

—¿Quién, exactamente, se ocupará de lavarte los calzones y calcetines?

Me espera un asalto al bastión de montaña de Enomoto, piensa Uzaemon, y yo aquí, hablando de «calzones y calcetines»…

—Dentro de ocho o nueve días no te hará tanta gracia el asunto.

—Pernoctaré en posadas o en los dormitorios de los templos, no en acequias.

—Un Ogawa no debe hablar jamás, ni en broma, de vivir como un vagabundo.

—¿Por qué no vuelves dentro, Madre? Vas a pescar un resfriado horrible.

—Porque el deber de una mujer bien criada es despedir a sus hijos o a su marido desde la puerta de la calle, por muy a gusto que se esté dentro de casa. —La madre de Ogawa mira con furia al edificio principal de la residencia—. A saber por qué estaba gimoteando esa cabeza de chorlito de nuera que tengo.

Utako, la doncella, clava la mirada en las gotitas de las camelias.

—Okinu estaba deseándome buen viaje, igual que tú.

—Bien, es evidente que en Shimonosekei hacen las cosas de otra manera.

—Está lejos de su casa, y ha sido un año difícil para ella.

—Yo me casé lejísimos de mi casa, y si lo que insinúas es que yo he sido una de esas «dificultades», ¡te aseguro que la chica lo ha tenido muy fácil! Mi suegra sí que era una bruja del infierno, del mismísimo infierno, ¿verdad, Utako?

Utako medio asiente, medio se inclina y medio susurra:

—Sí, señora.

—Nadie ha dicho que seas una «dificultad».

Uzaemon pone la mano sobre el pestillo.

—Okinu —su madre pone la mano sobre el pestillo— es una decepción…

—Madre, hazlo por mí, sé amable con ella, como…

—… una decepción para todos nosotros. Nunca me gustó esa chica, ¿a que no, Utako?

Utako medio asiente, medio se inclina y medio susurra:

—No, señora.

—Pero tú y tu padre estabais tan empeñados en ella que a ver cómo iba yo a expresar mis dudas.

Esta reescritura de la historia, piensa Uzaemon, es pasmosa incluso viniendo de ti.

—Pero una peregrinación —añade la madre— es una magnífica ocasión para reflexionar sobre los errores que uno comete.

Un gato color gris luna que camina junto al muro capta la atención de Uzaemon.

—El matrimonio, verás, es una transacción… ¿Te pasa algo?

El gato se esfuma en la niebla como si nunca hubiese existido.

—Estabas diciendo, Madre, que el matrimonio es una transacción.

—Una transacción, sí; y si uno le compra un artículo a un mercader, y se encuentra con que el artículo es defectuoso, el mercader tiene la obligación de disculparse, reembolsar el importe y rezar para que el asunto no pase a mayores. Yo le he dado tres niños y dos niñas a la familia Ogawa, y aunque todos menos la querida Hisanobu muriesen en la infancia, nadie puede acusarme de ser un artículo defectuoso. No culpo a Okinu por ser débil de útero (otras lo harían, mas yo soy una persona justa), pero los hechos son los hechos: nos han vendido una mercancía en mal estado. ¿Quién podría reprocharnos que la devolviésemos? Muchos (los antepasados del clan Ogawa) nos reprocharán que no la mandemos a su casa.

Uzaemon se aleja del rostro agigantado de su madre.

Un milano desciende en picado entre la llovizna. Uzaemon oye las plumas.

—Muchas mujeres tienen más de dos abortos.

—«Insensato es el granjero que malgasta la buena semilla en suelo yermo». Uzaemon levanta el pestillo, con la mano de la madre aún encima, y abre la verja.

—Todo esto te lo digo —sonríe la mujer— no por maldad, sino por obligación…

Ya estamos otra vez, piensa Uzaemon, con la historia de mi adopción.

—… como cuando le aconsejé a tu padre que te adoptara a ti como heredero, en lugar de a un discípulo más rico o más noble. Por eso siento una responsabilidad especial en relación con este asunto, para garantizar la continuidad de la estirpe de los Ogawa.

Las gotas de lluvia descubren el cogote de Uzaemon y le bajan entre los

omóplatos.

—Adiós.

• • •

Media vida antes, con trece años de edad, Uzaemon hizo un viaje de dos semanas, desde Shikoku a Nagasaki, con su primer maestro, Kanamaru Motoyi, el principal especialista en estudios holandeses de la corte del señor de Tosa. Dos años después, ya adoptado por Ogawa Mimasaku, Uzaemon acompañó a su nuevo padre a visitar a estudiosos en lugares tan lejanos como Kumamoto, pero desde que hace cuatro años lo nombraran intérprete de tercera categoría, apenas si ha salido de Nagasaki. Los viajes de su infancia siempre se prometían venturosos, pero esta mañana, el intérprete —si «intérprete», piensa Uzaemon, es lo que sigo siendo— se ve asediado por sentimientos más sombríos. Unos gansos huyen entre graznidos de su deslenguado dueño; un mendigo con tiritona defeca a la vera del rumoroso río; y el humo y la bruma ocultan a un asesino o espía debajo de cada sombrero abovedado y detrás de cada celosía de palanquín. La carretera está lo bastante transitada como para esconder a los soplones, se lamenta Uzaemon, pero no lo bastante como para esconderme a mí. Cruza los puentes del río Nakashima, cuyos nombres recita para conciliar el sueño en las noches de insomnio: el altanero puente Tokiwabashi; el Fukurobashi, junto a los almacenes de los pañeros; el Meganebashi, cuya doble arcada reflejada en el agua semeja unas antiparras; el Uoichibashi, estrecho de caderas; el pragmático Higashinshinbashi; el Imoharabashi, río arriba, pasado el patíbulo; el Furumachibashi, tan viejo y de aspecto tan frágil como su nombre; el tambaleante Amigasabashi; y por último, el más alto: el Oidebashi. Uzaemon se detiene junto a unas escaleras que desaparecen en la niebla, y recuerda el día de primavera en que llegó por primera vez a Nagasaki.

Una voz tan pequeña como la de un ratón dice:

—Disculpe, *o-yunrei-sama*…

Uzaemon tarda unos instantes en darse cuenta de que el tal «peregrino» es él. Se da la vuelta…

… y un gorrión de niño, con un tajo en lugar de un ojo, le tiende las manos ahuecadas.

Una voz interior pone en guardia a Uzaemon: Está mendigando unas monedas, y el peregrino sigue adelante.

Y tú, lo reprende otra voz, estás mendigando buena suerte.

Así que se gira y vuelve sobre sus pasos, pero el niño del tajo en el ojo ya ha desaparecido.

Soy el traductor de Adam Smith, se dice. No creo en los malos presagios.

Al cabo de unos minutos llega al puesto de guardia de Magome y se baja la

capucha, pero un centinela reconoce su condición de samurái y, haciéndole una reverencia, le franquea el paso.

A lo largo de la carretera se apiñan las viviendas míseras y rancias de los artesanos.

Unos telares de alquiler hacen tac-rata-clac-ah, tac-rata-clac-ah dentro de cuartos oscuros.

Los perros larguiruchos y los niños famélicos lo miran con indiferencia al pasar.

De la colina baja un carro de heno salpicando barro con las ruedas; un granjero y su hijo lo sujetan por detrás para aliviar al buey que va delante. Uzaemon se hace a un lado, se para debajo de un ginkgo, y divisa el puerto desde lo alto, aunque Deshima ha desaparecido en la espesa niebla. Estoy entre dos mundos. El falso peregrino está dejando atrás las intrigas de la Corporación de Intérpretes, el desprecio de los inspectores y de la mayoría de los holandeses, los engaños y falsedades. Tengo por delante una vida incierta con una mujer que podría no aceptarme, en un lugar aún desconocido. En el nudoso corazón del ginkgo intercambia improperios una lustrosa nidada de cuervos. El carro pasa de largo y el granjero hace la reverencia más profunda posible sin perder el equilibrio. Uzaemon se ajusta las espinilleras, se ata bien los zapatos y reanuda la marcha. No debe faltar a la cita con Shuzai.

• • •

La posada El Fénix Alegre está situada en una curva de la carretera, cerca del hito de las ocho millas desde Nagasaki, entre un vado y una cantera. Uzaemon entra y echa un vistazo en busca de Shuzai, pero sólo ve a la consabida fauna viaria guareciéndose de la gélida llovizna: palanquineros y porteadores, muleros, pordioseros, un trío de prostitutas, un hombre con un mono adivino, y un barbudo mercader, arrebujado en una capa y sentado cerca de su grupo de sirvientes pero no con ellos. El lugar huele a gente mojada, arroz al vapor y sebo de cerdo, pero es más cálido y seco que el exterior. Uzaemon pide un cuenco de bolas de nuez hervida y entra en la sala, preocupado por la suerte que hayan podido correr Shuzai y sus cinco espadas a sueldo. No le inquieta la cuantiosa suma que ha dado a su amigo para pagar a los mercenarios: si Shuzai no fuese tan honrado como Uzaemon sabe que es, hace días que ya habrían arrestado al intérprete. Más bien se trata de la posibilidad de que los avispados acreedores del maestro de esgrima se hayan olido su plan de abandonar Nagasaki y le hayan echado el guante.

Alguien golpea el poste: es una de las hijas del posadero, que le trae la comida.

Uzaemon le pregunta:

—¿Ya es la hora del caballo?

—Es más de mediodía, Samurái-sama, estoy segura, sí…

De repente entran cinco soldados del shogun y las conversaciones se extinguen.

Los soldados echan un vistazo alrededor de la sala, llena de rostros que les evitan la mirada.

Los ojos del capitán se cruzan con los de Uzaemon: el intérprete baja la vista. No actúes como si fueses culpable, piensa. Soy un peregrino de camino a Kashima.

—¡Posadero! —llama uno de los guardias—. ¿Dónde está el posadero de esta pocilga?

—¡Caballeros! —El posadero sale de la cocina y se hinca de rodillas—. Qué indescriptible honor para El Fénix Alegre.

—Heno y avena para nuestros caballos: tu mozo de cuadra ha salido corriendo.

—Ahora mismo, capitán.

El posadero sabe que tendrá que aceptar una nota de crédito que luego no podrá hacer efectiva sin un soborno cinco veces mayor. Imparte órdenes a su mujer, a sus hijos y a sus hijas, y acompaña a los soldados a la mejor estancia del fondo. Con cautela, las conversaciones se reanudan.

—No se me olvida una cara, Samurái-sama.

El mercader barbudo se le ha acercado sigilosamente.

Evita los encuentros, le ha advertido Shuzai, evita los testigos.

—No nos hemos visto nunca.

—Claro que sí. En el templo de Ryûgayi, el día de Año Nuevo.

—Te equivocas, anciano. No te he visto en mi vida. Y ahora, por favor…

—Pero si estuvimos hablando de pieles de raya, Samurái-san, y de vainas de espada…

Uzaemon reconoce a Shuzai bajo la barba enmarañada y la capa remendada.

—¡Sí, ahora se acuerda! Soy Deguchi, Samurái-san, Deguchi de Osaka. Me pregunto si me concedería el honor de unirme a usted.

La camarera llega con un cuenco de arroz y unos encurtidos.

—Nunca olvido una cara.

Shuzai exhibe una sonrisa de dientes marrones y un acento diferente.

La mueca de la camarera le dice a Uzaemon: Qué viejo tan pesado.

—No, señorita —dice Shuzai, arrastrando las palabras—. Los nombres se me olvidan pero las caras, jamás.

• • •

Son los viajeros solitarios los que llaman la atención —la voz de Shuzai llega a través de la celosía del palanquín—, pero ¿un grupo de seis, en la carretera de Isahaya? Somos prácticamente invisibles. Para cualquier informante que trabaje a tiempo parcial en El Fénix Alegre, un peregrino taciturno con espada es digno de vigilancia. Pero cuando te marchaste de allí no eras más que un pobre diablo con los oídos taladrados por un mosquito humano. Al aburrirte, te convertí en aburrido.

La bruma difumina las casas de labranza, borra la carretera que tienen delante, oculta las vertientes del valle…

Los porteadores y sirvientes de Deguchi no son otros que los hombres contratados por Shuzai: sus armas están escondidas en el suelo modificado del palanquín. Tanuki, Uzaemon memoriza sus nombres falsos, Kuma, Ishi, Hane, Shakke… Evitan dirigirse al intérprete, lo que coincide con su disfraz de porteadores. Los seis hombres que faltan estarán en la garganta de Mekura al día siguiente.

—A propósito —pregunta Shuzai—, ¿has traído cierto portapergaminos?

Si le dices que no, sospecha Uzaemon, pensará que no te fías de él.

—Todo lo de valor —se golpea en el estómago, visible a Shuzai— está aquí.

—Muy bien. Si el pergamino hubiese caído en las manos equivocadas, Enomoto podría haber estado esperándonos.

Si triunfamos, el testimonio de Yiritsu no será necesario. Uzaemon está inquieto. Si fracasamos, hay que evitar que el testimonio se descubra. Cómo podría hacer De Zoet para usar esa arma es una pregunta para la que el intérprete carece de respuesta.

El río que discurre más abajo es como un borracho que embiste los peñascos y tropieza con las orillas.

—Es como el valle del Shimantogawa —dice Shuzai—, en nuestro feudo.

—El Shimantogawa —replica Uzaemon— es un río más amistoso, diría yo.

El intérprete ha estado planteándose la posibilidad de solicitar un puesto en la corte de su Tosa natal. Cuando los Ogawa de Nagasaki lo adoptaron, todos los lazos con su familia biológica quedaron rotos —y ahora no les haría mucha gracia recibir a un tercer hijo, un «comedor de arroz frío», sin fortuna y con una esposa medio quemada—; pero se pregunta si su antiguo maestro de holandés no estaría por la labor, y en condiciones, de ayudarlo. Tosa es el primer sitio, teme Uzaemon, donde nos buscaría Enomoto.

Lo que está en juego no es tan sólo una monja fugitiva, sino la reputación del señor de Kyôga.

Su amigo el anciano consejero Matsudaira Sadanobu emitiría una orden de busca y captura…

Uzaemon vislumbra la enorme magnitud del riesgo que está corriendo.

¿Se molestarían en emitir una orden? ¿O enviarían directamente a un asesino?

Uzaemon desvía la mirada. Pararse a pensar significaría suspender la operación de rescate.

Los pies chapotean en los charcos. El río pardo se agita. Los pinos gotean.

Uzaemon pregunta a Shuzai:

—¿Pasaremos la noche en Isahaya?

—No. Deguchi de Osaka sólo escoge lo mejor: la posada Harubayashi de Kurozane.

—¿No es esa la posada donde se alojan Enomoto y su séquito?

—Efectivamente. A ver, dime, ¿en qué cabeza cabe que una banda de forajidos que planeasen llevarse a una monja del templo del monte Shiranui fuese a alojarse ahí?

• • •

El templo principal de Isahaya está celebrando la festividad de un dios local, y las calles están lo bastante atestadas de buhoneros, carrozas y espectadores como para que seis forasteros y un palanquín pasen desapercibidos. Los músicos callejeros se disputan los clientes, los ladronzuelos merodean entre la muchedumbre y las camareras flirtean delante de las tabernas para atraer consumidores. Shuzai, sin salir del palanquín, ordena a sus hombres que vayan directamente a la puerta del feudo de Kyôga, en el lado este de la ciudad. Una piara ha invadido la garita. Uno de los soldados, vestido con la austera librea del feudo, mira por encima el salvoconducto de Deguchi de Osaka y le pregunta al mercader cómo es que no lleva mercancía.

—Lo he enviado todo por barco —responde Shuzai con un acento de Osaka casi impenetrable—, hasta la última pieza. Si tengo que dejar que los aduaneros de la Honshu occidental se lleve cada uno su pellizco, no me quedan ni las arrugas de la mano, señor.

Le dan vía libre con un gesto, pero un guardia más observador se fija en que el salvoconducto de Uzaemon lo ha emitido la oficina del intendente de Deshima.

—¿Es usted un intérprete de los extranjeros, Ogawa-san?

—De tercera categoría, sí, en la Corporación de Intérpretes de Deshima.

—Sólo se lo pregunto, señor, por sus hábitos de peregrino.

—Mi padre está enfermo de gravedad. Deseo rezar por él en Kashima.

—Por favor —el guardia suelta una patada a un lechón estridente—, acompáñeme a la sala de inspección.

Uzaemon se reprime de mirar a Shuzai.

—Muy bien.

—Estaré con usted en cuanto despachemos a estos malditos porqueros.

El intérprete entra en un cuartito en cuyo interior hay un escribiente en plena faena.

Uzaemon maldice su suerte. Adiós al plan de colarse de incógnito en Kyôga.

—Le ruego que disculpe las molestias. —El guardia aparece y manda al escribiente que espere fuera—. Tengo la impresión, Ogawa-san, de que es usted un hombre de palabra.

Uzaemon teme por el rumbo que pueda tomar la situación.

—Trato de serlo, desde luego.

—Entonces yo… —el guardia se arrodilla y hace una profunda reverencia—…

aspiro a sus buenos oficios, señor. A mi hijo no para de crecerle la cabeza… Está mal, llena de bultos. No… no nos atrevemos a sacarlo a la calle porque la gente dice que es un demonio oni. Es listo y lee muy bien, luego no le afecta a la inteligencia, pero… sufre migrañas, unas migrañas terribles…

Uzaemon no sabe qué decir.

—¿Qué opinan los médicos?

—El primero diagnosticó fiebre cerebral y le recetó tres galones de agua al día para extinguir el fuego. «Intoxicación por agua», dijo el segundo, y nos mandó que no le diésemos de beber hasta que la lengua se le pusiese negra. El tercer médico nos vendió unas agujas de oro para hacerle acupuntura en el cráneo y expulsar al demonio, y el cuarto nos vendió una rana mágica para que la chupase treinta y tres veces al día. Ningún remedio ha surtido efecto. Dentro de poco no podrá sostener la cabeza…

Uzaemon recuerda la última conferencia que dio el doctor Maeno, sobre la elefantiasis.

—… así que a todos los peregrinos que pasan por aquí les pido que recen en Kashima.

—Con mucho gusto, recitaré un sutra curativo para él. ¿Cómo se llama tu hijo?

—Gracias. Muchos peregrinos dicen que lo harán, pero sólo puedo creer en los hombres de honor. Me llamo Imada y mi hijo se llama Uokatsu, está escrito aquí —le entrega un papel doblado—, junto con un mechón de pelo suyo. Habrá que pagar algo así que…

—Guárdate el dinero. Rezaré por Imada Uokatsu cuando rece por mi padre.

La política aislacionista del shogun le garantiza que nadie cuestione su poder…

—¿Puedo suponer —el soldado vuelve a inclinarse en reverencia— que Ogawa-san también tiene un hijo?

… pero condena a Uokatsu y a un sinfín de víctimas de la ignorancia a una muerte inútil.

—Mi esposa y yo —más detalles personales, se arrepiente Uzaemon— no hemos sido aún bendecidos con esa suerte.

—Nuestra señora Kannon recompensará su gentileza, señor. Pero no quiero entretenerlo más…

Uzaemon se guarda el papel con el nombre en su bolsa *inrô*.

—Ojalá pudiese hacer algo más.

# XXV

## Aposentos del señor abad en el templo del monte Shiranui

*Vigésima segunda noche del primer mes*

Las llamas oscilantes son silenciosas ipomeas azules. Enomoto está sentado detrás de un fogón de escasa altura, al final de una habitación estrecha. El techo es abovedado y no se distingue bien. Sabe que Orito está allí pero aún no levanta la vista. Cerca de él hay dos jóvenes acólitos con los ojos clavados en un tablero de go: de no ser por las venas que les laten en el cuello, podrían pasar por dos estatuas de bronce.

—Pareces una asesina al acecho… —La voz fibrosa de Enomoto llega a sus oídos —. Acércate, hermana Aibagawa.

Los pies de Orito obedecen. La comadrona se sienta delante de la acuosa lumbre, frente al señor de Kyôga. El abad está examinando la factura de lo que podría ser la empuñadura de una espada sin hoja. Iluminado por la extraña luz del fuego, Enomoto parece diez años más joven de como ella lo recordaba.

Si fuese una asesina, piensa, ya estarías muerto.

—¿Qué les ocurriría a tus hermanas sin mi protección y sin la casa?

Es capaz de leer las caras, piensa Orito, no las mentes.

—La Casa de las Hermanas es una cárcel.

—Tus hermanas morirían miserable y prematuramente en burdeles y barracas de feria.

—¿Y eso justifica tenerlas aquí encerradas para servir de juguetes a los monjes?

Clic: un acólito ha colocado una pieza negra en el tablero.

—El doctor Aibagawa, tu honorable padre, respetaba los hechos, no las opiniones distorsionadas.

Orito se da cuenta de que la empuñadura que Enomoto tiene en la mano es la culata de una pistola.

—Las hermanas no son «juguetes». Dedican veinte años de su vida a la Diosa, y tras su Descenso reciben una manutención. Muchas órdenes espirituales estipulan pactos similares con sus adeptos, pero exigen un servicio de por vida.

—¿Qué «orden espiritual» cosecha los recién nacidos de las monjas como hace su secta privada?

La oscuridad se desenrosca y resbala alrededor del campo visual de Orito.

—La fertilidad del Mundo Inferior viene alimentada por un río. Shiranui es el manantial.

Orito criba el tono y las palabras de su interlocutor en busca de cinismo pero sólo encuentra fe.

—¿Cómo puede un académico, un traductor de Isaac Newton, hablar como un campesino supersticioso?

—Las Luces pueden cegarnos, Orito. Por muchos métodos empíricos que apliques al tiempo, a la gravedad o a la vida, su génesis y sus fines son, en última instancia, incognoscibles. No es la superstición sino la Razón la que llega a la conclusión de que el ámbito del conocimiento es finito y el cerebro y el alma son entidades diferentes.

Clic: un acólito ha colocado una pieza blanca en el tablero.

—No recuerdo que les participase esas ideas a sus colegas académicos del Shirandô.

—Somos una orden espiritual reducida. El Camino de Shiranui está tan lejos del Camino del Estudio como del Camino del Vulgo.

—Qué palabras tan nobles para una verdad tan sórdida. Estabuláis a mujeres durante veinte años, las embarazáis, les arrancáis los hijos de su seno… ¡y falsificáis las cartas que los hijos muertos escriben a sus madres mientras se hacen mayores!

—Las cartas sólo se escriben para tres Dones tristemente fallecidos: tres de treinta y seis, o de treinta y ocho, contando los mellizos de la hermana Yayoi. Todas las demás son auténticas. La abadesa Izu considera que esa ficción es más llevadera para las hermanas, y la experiencia le da la razón.

—¿Le dan las gracias las hermanas por ese miramiento cuando descubren que el hijo o hija con el que deseaban reunirse tras el Descenso lleva dieciocho años muerto?

—Esa desgracia nunca ha tenido lugar bajo mi abadiato.

—La hermana Hatsune tiene intención de reencontrarse con su difunta hija Noriko.

—Faltan dos años para su Descenso. Si para entonces no ha cambiado de idea, yo se lo explicaré.

La campana de Amanohashira da la hora del perro.

—Me apena —Enomoto se acerca al fuego— que nos veas como carceleros. Tal vez sea consecuencia de tu relativa categoría. Un nacimiento cada dos años es una imposición más leve que la que deben sobrellevar casi todas las esposas del Mundo Inferior. A la mayoría de tus hermanas los maestros las hacen pasar de la servidumbre a una Tierra Pura sobre la Tierra.

—El templo del monte Shiranui está muy lejos de lo que yo entiendo por la Tierra Pura.

—La hija de Aibagawa Seian es una mujer rara y un caso especial.

—Prefiero no oír de sus labios el nombre de mi padre.

—Aibagawa Seian era mi amigo leal antes de ser tu padre.

—¿Y recompensa su amistad secuestrando a su huérfana?

—Te he traído a casa, hermana Aibagawa.

—Yo ya tenía una casa en Nagasaki.

—Pero Shiranui era tu hogar antes incluso de que oyeses su nombre. Lo supe en cuanto me enteré de tu vocación de comadrona. Cuando te veía en el Shirandô. Hace años, al reconocer la marca de la Diosa en tu rostro, me…

—La cara me la quemé con una cazuela de aceite hirviendo. ¡Fue un accidente!

Enomoto sonríe como un hombre rebosante de amor paterno.

—La Diosa te llamó. Te reveló su verdadera esencia, ¿no es así?

Orito no ha hablado con nadie, ni siquiera con Yayoi, de la gruta esférica ni de la extraña giganta que vio en su interior.

Clic: un acólito coloca una pieza negra en el tablero.

Al entrar en el túnel, le asegura la Lógica, había un precinto secreto en la puerta.

En lo alto se oye un batir de alas, pero al mirar hacia arriba Orito no ve nada.

—Cuando te fugaste —está diciendo Enomoto— la Diosa te llamó para que volvieses…

El día en que me crea esta locura, piensa Orito, sí que seré una prisionera de Shiranui.

—… y tu alma obedeció, porque tu alma sabe lo que tu mente está demasiado cultivada para entender.

—Volví porque, de lo contrario, Yayoi habría muerto.

—Fuiste un instrumento de la compasión de la Diosa. Se te recompensará.

El miedo a la Donación habla por ella.

—No… no puedo dejar que me hagan lo que hacen a las demás. No puedo.

Orito se avergüenza de lo que ha dicho, y se avergüenza de su vergüenza. Líbrame de lo que soportan las demás, significan sus palabras, y empieza a temblar. ¡Rabia!, se apremia a sí misma, ¡enfádate!

Clic: un acólito ha colocado una pieza blanca en el tablero.

La voz de Enomoto es una caricia.

—Todos nosotros, en especial la Diosa, sabemos lo que has sacrificado para estar aquí. Mírame con tus ojos sabios, Orito. Queremos hacerte una propuesta. No hay duda de que la hija de un médico como tú se ha percatado de la mala salud de la provisora Satsuki. Se trata, por desgracia, de un cáncer de útero. La mujer ha pedido morir en su isla natal. Mis hombres la llevarán allí dentro de unos días. Su puesto de provisora es tuyo, si así lo deseas. Ya sabes que la Diosa bendice la Casa con un Don cada cinco o seis semanas: pasarías tus veinte años en el templo trabajando de comadrona, ayudando a tus hermanas y profundizando en tus conocimientos. Te aseguro que un bien tan precioso para mi templo nunca recibirá una Donación. Además, buscaré los libros —cualquier libro— que desees para que puedas seguir los pasos académicos de tu padre. Tras tu Descenso, te compraré una casa en Nagasaki, o

en cualquier otro lugar, y te pagaré un estipendio de por vida.

Durante cuatro meses, Orito cae en la cuenta, la Casa de las Hermanas me ha aporreado con el miedo…

—Más que hermana del templo de Shiranui serías hermana de la vida.

… para que ahora esta propuesta no parezca una cadena ni una soga, sino una cuerda lanzada a una mujer que se ahoga.

Cuatro golpes en la puerta reverberan en toda la sala.

Enomoto dirige la mirada hacia el fondo, por detrás de Orito, y asiente con la cabeza.

—Ah, un amigo al que esperaba desde hace tiempo ha llegado para restituir un objeto robado. Debo acudir a ofrecerle una muestra de gratitud. —La seda de color azul noche fluye hacia arriba cuando el abad se pone en pie—. Mientras tanto, hermana, piénsate nuestra propuesta.

# XXVI

## Detrás de la posada Harubayashi, al este de la aldea de Kurozane, en el feudo de Kya

*Vigésimo segunda mañana del primer mes*

Al salir de la letrina de atrás, Uzaemon mira hacia el huerto y ve una figura que lo observa desde el bosquecillo de bambúes. El intérprete entorna los ojos en la penumbra. ¿Otane la herbolaria? Lleva las mismas ropas de montaña y la misma capucha negra. Podría ser. Tiene la misma espalda encorvada. Sí. Uzaemon alza con cautela la mano, pero la figura se da la vuelta mientras sacude lenta y melancólicamente la cabeza llena de canas.

¿Ese «no» significa que no debe hacer ver que la conoce? ¿O que la operación de rescate está abocada al fracaso?

El intérprete se calza un par de sandalias de paja que hay en la galería y cruza el accidentado huerto hasta llegar al bambú. Un sendero sinuoso de barro negro y escarcha blanca serpentea por el bosquecillo.

En el patio delantero de la posada canta un gallo.

Shuzai y los demás, piensa Uzaemon, estarán preguntándose dónde me he metido.

El calzado de paja ofrece escasa protección a los delicados pies de un samurái dedicado a labores oficinescas.

Posado en una caña partida, a la altura de los ojos, hay un *ampelis* con el pico abierto…

… le vibra la garganta, escupe una melodía atonal y sale volando…

El pájaro salta de caña en caña, trazando breves arcos en la espesura.

Uzaemon lo sigue a través de barras oblicuas de oscuridad clara y de oscuridad oscura…

… a través del sofocante confinamiento; bajo los pies se quiebran finas lascas de hielo.

Más adelante, el ampelis lo incita a seguir recto, ¿o por un lado?

¿O es que hay dos pajarillos, se pregunta Uzaemon, jugando con una sola persona?

—¿Hay alguien ahí? —El intérprete no se atreve a levantar la voz—. ¿Otane-sama?

Las hojas crujen como papel. El sendero termina en un río rumoroso, pardo y espeso como el té de los holandeses.

La orilla opuesta es una pared de roca excavada…

… que se yergue entre ramas que se bifurcan y nudosas raíces.

Un dedo del pie del monte Shiranui, piensa Uzaemon. En la cabeza, Orito estará despertándose ahora mismo.

Río arriba, o río abajo, un hombre grita en un dialecto deforme.

• • •

Sin embargo, el camino de vuelta al jardín trasero de la posada Harubayashi lleva a Uzaemon a un calvero secreto. Ahí, en un lecho de guijarros negros, hay varias docenas de piedras pulidas por el mar, del tamaño de una cabeza humana, y rodeadas por un murete de mampostería a la altura de las rodillas. No hay ningún altar, ni ninguna puerta *torî*, ni cuerdas de paja festoneadas de lazos de papel, de ahí que el intérprete tarde unos instantes en percatarse de que se halla en un cementerio. Abrazándose para protegerse del frío, salta el murete para examinar las lápidas. Los guijarros crujen y ceden bajo sus pies.

Números, no nombres, es lo que hay grabado en las piedras: hasta el ochenta y uno.

El bambú de alrededor está podado y las lápidas están limpias de liquen.

Uzaemon se pregunta si la mujer que ha confundido con Otane no será la cuidadora del cementerio.

Quizá se ha asustado, piensa, al ver acercarse a un samurái…

Pero ¿qué secta budista no se molesta siquiera en consignar los nombres fúnebres en las lápidas? Como todo niño sabe, si un alma llega a las puertas del Nuevo Mundo sin un nombre fúnebre para el Registro de Difuntos del señor Enma, no se le permite la entrada y su fantasma vagará sin rumbo durante toda la eternidad Uzaemon piensa que tal vez se trate de niños muertos antes de nacer, criminales o suicidas, pero no se queda muy convencido. Hasta los miembros de la casta intocable reciben algún nombre fúnebre antes del entierro.

En la jaula del invierno, advierte el intérprete, no se oye cantar a los pájaros.

• • •

—Lo más probable, señor —le dice el posadero a Uzaemon cuando regresa a la posada—, es que haya usted visto a la hija de un carbonero. La chica vive en una cabaña en ruinas, pasados los Doce Campos, con su padre y su hermano y un millón de estorninos en el tejado. Deambula de aquí para allá, por la orilla del río. Es corta de entenderas y torpe de pies, y ha estado encinta dos o tres veces, pero el esqueje nunca ha prendido porque el fecundante era su padre, o su hermano. Terminará muriendo sola en esa cabaña destartalada, señor, pues ya me dirá usted qué familia va a querer mezclar su sangre con semejante engendro.

—Pero yo he visto a una anciana, no a una niña.

—Las yeguas de Kyôga son más fondonas que las princesas de Nagasaki, señor: aquí, una moza de trece o catorce años pasaría por una yegua vieja, sobre todo con poca luz…

Uzaemon no las tiene todas consigo.

—¿Y qué me dice de ese cementerio secreto?

—Oh, no tiene nada de secreto, señor: es lo que en el gremio de los posaderos llamamos «Aposentos para estancias prolongadas». Son muchos los viajeros que enferman en el camino (sobre todo en una ruta de peregrinación) y que echan su último sueño en una posada. A los posaderos, señor, nos cuesta una auténtica fortuna, porque no podemos tirar el cadáver a la cuneta. ¿Y si pasa por ahí un pariente? ¿Y si el fantasma nos ahuyenta a los clientes? Pero un funeral en condiciones, como todo en este mundo, cuesta dinero, señor: que si sacerdotes para los cánticos, que si un cantero para la lápida, que si un trozo de tierra en el templo… —El posadero sacude la cabeza—. Total, señor, que un antepasado mío desbrozó un pedazo de bosque para hacer un cementerio en beneficio de los huéspedes que falleciesen en la posada Harubayashi. Tenemos un registro de los que allí yacen, numeramos las lápidas como es debido, y añadimos el nombre de los huéspedes, si nos lo dieron, señalando si eran hombre o mujer, y la edad que les echamos, y lo que haga falta. Así, si algún pariente viene preguntando por ellos, a lo mejor podemos ayudarlo.

Shuzai pregunta:

—¿Suelen venir los familiares a reclamar a los huéspedes difuntos?

—A mí no me ha ocurrido nunca, señor, pero lo hacemos de todas formas. Mi mujer lava las lápidas cada O-ban.

Uzaemon pregunta:

—¿Cuándo ha sido la última vez que han enterrado a alguien?

El posadero frunce los labios.

—Ahora que la carretera de Omura está tan mejorada son menos los viajeros solitarios que pasan por Kyôga, señor… El último entierro fue hace tres años: un impresor que se fue a la cama sano como un roble pero que por la mañana estaba frío como el mármol. Da que pensar, ¿verdad, señor?

El tono del posadero inquieta a Uzaemon.

—¿Qué da que pensar?

—Pues que la Muerte no sólo mete a empujones en su palanquín negro a los viejos y a los débiles…

• • •

La carretera de Kyôga bordea el litoral pantanoso del mar de Ariake y después se interna en un bosque, donde uno de los hombres a sueldo, Hane, se rezaga, y otro, Ishi, se adelanta.

—Una precaución —explica Shuzai desde el interior del palanquín— para estar seguros de que no vienen siguiéndonos desde Kurozane ni están esperándonos más adelante.

Al cabo de unos cuantos recodos en cuesta, los viajeros cruzan el estrecho río Mekura y enfilan un sendero salpicado de hojas que sube hacia la boca de la garganta. Junto a una puerta *torî* tapizada de musgo, un cartel prohíbe la entrada a los visitantes ocasionales. En este punto se aparca el palanquín, se sacan las armas del falso suelo y, ante los ojos de Uzaemon, Deguchi de Osaka y sus avezados sirvientes se transforman en mercenarios. Shuzai da un silbido agudo. Uzaemon no oye nada —a menos que el chasquido de una ramita sea algo—, pero los hombres oyen la señal de que todo está en orden. Echan a correr con el palanquín vacío, remontando ligeras curvas. El intérprete no tarda en quedarse sin aliento. El fragor de una cascada se hace cada vez más audible y cercano, y al sortear una avalancha reciente, los hombres llegan a la boca inferior de la garganta de Mekura: una escalera tallada en un escarpe de una altura de unos ocho o nueve hombres, cubierto y asfixiado por helechos de lenguas alargadas y enredaderas sofocantes. Por ese precipicio se despeñan las gélidas aguas del río. La poza de abajo bulle y se arremolina.

Uzaemon contempla fascinado la incesante cascada…

Ella bebe de este mismo río, piensa, donde no es más que un manantial de montaña.

… hasta que en un flanco cubierto de camelias salvajes oye silbar a un tordo. Shuzai contesta con otro silbido. Al instante se abre el follaje y surgen cinco hombres. Llevan atuendos de plebeyo pero sus rostros reflejan el mismo rigor marcial que los demás samuráis de fortuna.

Shuzai señala su desvencijado palanquín.

—Vamos a esconder este baúl con andas.

Escondido junto al muro de camelias, en el pequeño claro donde han cubierto el palanquín con hojas y ramas, Shuzai presenta con nombres falsos a los recién llegados: Tsuru, el cabecilla de la cara de luna, Yagi, Kenka, Muguchi y Bara; Uzaemon, aún vestido de peregrino, recibe el nombre de «Yunrei». Los nuevos le muestran un respeto distante, pero al que ven como jefe de la expedición es a Shuzai. Puede que los mercenarios consideren a Uzaemon un tonto enamorado, o bien un hombre honorable —y quizá, reflexiona el intérprete, soy ambas cosas—, pero no dejan traslucir ni uno ni otro parecer. El samurái llamado Tanuki ofrece un breve resumen de su viaje desde Saga a Kurozane, y Uzaemon piensa en los pequeños factores que han reunido a este grupo de asalto: el buen tino con que Otane la herbolaria le leyó el corazón; la repugnancia del acólito Yiritsu por el credo de la Orden; la perfidia de Enomoto; y más cosas; y más giros inesperados; algunos conocidos, otros no; y Uzaemon se maravilla de la trama anónima de la fortuna.

—La primera parte de la ascensión —está diciendo Shuzai— la haremos divididos en seis parejas, que partirán a intervalos de cinco minutos. Los primeros serán Tsuru y Yagi; los segundos, Kenka y Muguchi; los terceros, Bara y Tanuki; después, Kuma y Kishi; luego, Hane y Shakke, y por último —mira a Uzaemon—, Yunrei y yo. Nos reuniremos aquí —los hombres se apiñan alrededor de un mapa de la falda de la montaña, dibujado a tinta, y sus respiraciones se entremezclan—, bajo la garita que vigila la entrada a ese ultraje a la naturaleza. Guiaré a Bara y a Tanuki, a Tsuru y a Hane, hasta lo alto de este risco y, poco después del cambio de guardia, asaltaremos la puerta desde arriba, una dirección inesperada. Atamos a los centinelas, los amordazamos y los metemos dentro de un saco. Son simples campesinos, así que no los matéis, a menos que insistan. El Pico Pelado está a otras dos horas de arduo camino, de modo que cuando lleguemos los monjes estarán acostándose. Kuma, Hane, Shakke, Kishi: escalad el muro por aquí… —Shuzai desdobla su dibujo del templo—… por el sudoeste, donde los árboles están más próximos y el bosque es más frondoso. Primero vais a esta garita y nos abrís el portón a los demás. Luego mandamos llamar al maestro de más rango. Le informamos que la hermana Aibagawa se vendrá con nosotros. Todo esto tendrá lugar pacíficamente, o en un patio sembrado de cadáveres de acólito. La decisión es suya. —Shuzai mira a Uzaemon—. Una amenaza que no se está dispuesto a cumplir no es una amenaza.

Uzaemon asiente, pero por favor, ruega, que no se pierda ninguna vida…

—El rostro de Yunrei —explica Shuzai a los demás— le es familiar a Enomoto por la academia Shirandô. Aunque nuestro complaciente posadero nos ha informado de que el señor abad se encuentra actualmente en Miyako, Yunrei no debe arriesgarse a que lo identifiquen, ni siquiera de manera indirecta. Por eso tú no tomarás parte en el asalto.

Es inaceptable, piensa Uzaemon, quedarse escondido fuera como una mujer.

—Sé lo que estás pensando —dice Shuzai—, pero no eres un asesino.

Uzaemon asiente, pero tiene intención de hacerle cambiar de idea a lo largo del día.

—Antes de marcharnos, advertiré a los monjes de que mataré sin piedad a cualquiera que nos persiga. En ese momento nos retiraremos, con la prisionera liberada. Cortaremos las lianas del puente de Todoroki para ganar tiempo mañana. Pasaremos por la Puerta Mediana a la hora del buey, bajaremos la garganta y llegaremos aquí a la hora del conejo. Llevaremos a la mujer en el palanquín hasta Kashima. Allí nos dispersaremos y saldremos del feudo antes de que puedan despachar jinetes en nuestra búsqueda. ¿Alguna pregunta?

Las maderas del invierno, entrelazadas y anudadas, prorrumpen en crujidos. Las

hojas muertas se amontonan en altos túmulos. Las puntas de aguja de los trinos de los pájaros traspasan y cosen las múltiples capas del bosque. Shuzai y Uzaemon ascienden en silencio. A esa altura, el río Mekura es un eco rugiente de aguas agitadas. El cielo de granito sepulta el valle.

A media mañana, Uzaemon tiene los pies cubiertos de ampollas y le duelen las plantas.

En ese lugar, el río Mekura es liso y verde como un vidrio extranjero.

Shuzai le pasa a Uzaemon un poco de aceite para que se lo unte en las pantorrillas y tobillos doloridos, y dice:

—La primera arma del espadachín son sus pies.

Inmóvil en una roca redonda acecha peces una garza.

—Los hombres que has contratado —se aventura a opinar Uzaemon— parecen tenerte una confianza ciega.

—Algunos de nosotros estudiamos con el mismo maestro en Imabari; casi todos estuvimos al servicio de un pequeño caudillo del feudo de Iyo que tuvo algunas escaramuzas violentas con su vecino. Confiar en otro hombre para seguir con vida crea un vínculo más estrecho que la sangre.

Un chapuzón perfora el remanso de jade: la garza ha desaparecido.

Uzaemon se acuerda de un tío suyo que mucho tiempo atrás le enseñó a hacer ranitas con cantos rodados. Le viene a la cabeza la anciana que vio al amanecer.

—A veces me da la impresión de que la mente está dotada de su propia mente. Nos muestra imágenes. Imágenes del pasado, y de lo que podría ser el futuro. La mente de la mente también impone su voluntad, y tiene voz propia. —El intérprete mira a su amigo, que está observando a una rapaz que vuela alto, justo encima de ellos—. Parezco un sacerdote borracho.

—En absoluto —murmura Shuzai—. Nada de eso.

En un tramo más elevado de la ladera, la garganta se encajona entre quebradas de piedra caliza. Uzaemon empieza a ver fragmentos de rostros en los riscos erosionados por la intemperie. Una prominencia parece una frente; un saliente, una nariz; y las grietas y los desprendimientos son arrugas y pellejos flácidos. Hasta las montañas, piensa Uzaemon, en su día jóvenes, envejecen y habrán de morir. Una hendidura negra bajo una cornisa peluda de zarzas podría ser un ojo entreabierto. El intérprete imagina diez mil murciélagos colgados de su abrupto techo…

… a la espera de una tarde de primavera que active sus pequeños corazones.

A mayor altitud, observa el caminante, más hondo debe la vida esconderse del invierno. La savia se hunde en las raíces; los osos duermen; las serpientes del próximo año son aún huevos.

Mi vida en Nagasaki, reflexiona, está tan liquidada como mi infancia en Shikoku.

Uzaemon piensa en sus padres adoptivos y en su esposa, que estarán atareados con sus asuntos, intrigas y pleitos sin imaginar por lo más remoto que han perdido a su hijo adoptivo y marido. Les llevará muchos meses aceptarlo.

Se toca el estómago en el lugar donde lleva las cartas de Orito.

Pronto, amada mía, pronto, piensa. Apenas unas pocas horas más…

Al esforzarse por no recordar los credos de la Orden no hace sino recordarlos.

Se da cuenta de que está apretando la empuñadura de la espada con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

Se pregunta si Orito estará ya encinta.

La cuidaré, se jura, y criaré al niño como si fuese mío.

Los abedules de plata tiritan. Lo único que importa son sus deseos.

¿Cómo fue —Uzaemon hace una pregunta a Shuzai que nunca le ha hecho— la primera vez que mataste a un hombre?

Las raíces de un sicomoro se aferran a un ribazo empinado. Shuzai sigue en cabeza otros diez, veinte, treinta pasos hasta que el sendero llega a una poza ancha y rebosante. El espadachín supervisa el escarpado terreno que los rodea, como si temiese una emboscada…

… y ladeando la cabeza como un perro, oye algo que Uzaemon ni percibe.

La media sonrisa de Shuzai significa: Ha sido uno de los nuestros.

—El acto de matar, como es lógico, depende de las circunstancias, ya se trate de un asesinato premeditado y a sangre fría, de una muerte reñida fruto de un combate, o de un homicidio inducido por una cuestión de honor o por un motivo más innoble. Con todo, por muchas vidas que uno se cobre, la que cuenta es la primera. La primera sangre que derrama un hombre es la que lo destierra del mundo de lo prosaico.

Shuzai se arrodilla al borde del agua y bebe con las manos ahuecadas. Un pez liviano parece suspendido en la corriente; una baya brillante pasa flotando.

—¿Recuerdas ese caudillo temerario de Iyo que he mencionado antes? —Shuzai se sube a una roca—. Yo tenía dieciséis años y juré servir a ese mentecato avaricioso. La historia de la contienda es demasiado larga para contártela ahora, pero mi participación en la misma consistió en pasar una noche sofocante del sexto mes dando tumbos por un bosque en la falda del monte Ishizuchi, separado de mis compañeros. El estrépito de las ranas ahogaba cualquier otro sonido y la oscuridad era cegadora; de repente el suelo cedió y caí en una trinchera enemiga. El ocupante se quedó tan sorprendido como yo, pero la trinchera era tan angosta que ninguno lográbamos echar mano de la espada. Braceábamos y nos retorcíamos, pero ni él ni yo gritamos socorro. Sus manos encontraron mi garganta y me la apretaron con fuerza, como si fuese la mismísima Muerte. Yo tenía el cerebro en llamas y la garganta hecha trizas, y pensé: Hasta aquí hemos llegado… pero el Destino no estaba

de acuerdo. Mucho tiempo antes, el Destino había elegido una luna creciente como emblema del escudo del caudillo enemigo. Este símbolo estaba adherido de un modo tan precario al casco de mi estrangulador que pude arrancarlo con la mano e, insertando una de las puntas metálicas por la ranura de su visera, se la hinqué en lo blando que noté debajo y la moví de un lado a otro como un cuchillo en un cuenco de manteca, hasta que dejó de apretarme la tráquea y cayó a plomo.

Uzaemon se lava las manos y bebe un poco de agua de la poza.

—Después —continúa Shuzai—, en mercados, ciudades, cruces de caminos, villorrios…

El agua helada golpea la mandíbula de Uzaemon como un diapasón holandés.

—… pensaba: Estoy en este mundo, pero ya no soy de este mundo.

Un gato montés camina por la rama de un olmo caído en mitad del sendero.

—Este extrañamiento del mundo es como una marca… —Shuzai frunce el entrecejo—… que llevamos alrededor de los ojos.

El gato salvaje mira a los hombres sin inmutarse y bosteza.

Baja a una roca de un salto, bebe agua y desaparece.

—Algunas noches —dice Shuzai— me despierto porque sus dedos me estrangulan.

Uzaemon está escondido en un profundo cráter horadado por las inclemencias del tiempo y semejante al hueco de una muela, un montículo enmarañado de raíces que hay justo encima del sendero, con los dos mercenarios que se hacen llamar Kenka y Muguchi. Kenka es un hombre ágil de movimientos rápidos y sincopados, mientras que Muguchi es más fornido, tiene los labios cortados y es parco en palabras. Desde el escondrijo, los tres disfrutan de una vista parcial de la Puerta Mediana, a tan sólo un tiro de flecha de distancia. Del tosco respiradero de la edificación salen volutas de humo. Más arriba, contra el viento y encima del risco, Shuzai y cuatro de los mercenarios esperan al cambio de guardia. De la otra orilla del río, algo se mueve en la espesura.

—Un jabalí —murmura Kenka—. Suena como un viejo gordo y torpe.

Oyen una campana lejana y desvaída que debe de pertenecer al templo del monte Shiranui.

El Pico Pelado parece suspendido en el cielo, bajo masas de nubes apiñadas, tan inverosímil como un decorado teatral.

—Nos convendría que lloviese —señala Kenka—, pero sólo cuando hayamos terminado: el agua borraría nuestras huellas, llenaría los ríos y haría impracticables los caminos para los caballos y…

—¿Voces? —Muguchi exige silencio con un gesto de la mano—. Escuchad… tres hombres…

Uzaemon no oye nada durante un minuto o dos, hasta que la voz amargada que procede del sendero está muy cerca.

—Antes de casarnos me decía: «No, cuando nos casemos seré tuya, hasta entonces nada», pero desde el día de la boda no hace más que decir: «No estoy de humor así que quítame de encima esas zarpas». Lo único que hice fue sacudirla un poco para que entrase en razón, como haría cualquier marido, pero, desde entonces, el diablo que la mujer del herrero llevaba dentro se le ha metido a la mía y ahora es que ni me mira a la cara. Y no puedo divorciarme de la muy víbora porque me da miedo que su tío se lleve su barca, y a ver qué hago yo entonces.

—Morirte de hambre —dice una segunda voz, al pasar por debajo—. Eso es lo que harías.

Los tres se acercan a las puertas.

—Abre, Buntarô —grita uno—. Somos nosotros.

—Ah, sois «nosotros», ¿verdad? —El grito llega amortiguado—, ¿y quién son «nosotros», si se puede saber?

—Ichirô, Ubei y Tôsui —responde uno—, e Ichirô está lloriqueando por su mujer.

—Podemos haceros un hueco a los tres primeros, pero al último dejadlo fuera.

Al cabo de diez minutos salen los tres guardias del turno anterior.

—Bueno, Buntarô —dice uno mientras se acercan lo bastante como para que se les oiga—. Cuéntanos los detalles picantes.

—Eso queda entre la mujer de lchirô, su discreto futón y yo.

—Eres más cerrado que la raja de una tortuga…

Las voces se desvanecen.

Uzaemon, Kenka y Muguchi esperan con la vista clavada en el portón y aguzan el oído.

Los minutos suceden a los minutos que suceden a los minutos que suceden a los minutos…

No hay puesta de sol, tan sólo un oscurecimiento paulatino.

Algo ha salido mal, susurra el Miedo que Uzaemon lleva dentro.

Muguchi anuncia:

—Listo.

Una de las hojas del portón se abre y aparece una silueta que hace un gesto con la mano. Cuando Uzaemon consigue finalmente bajar al sendero, los otros hombres han recorrido ya la mitad del trecho que los separaba de la garita. Al llegar a la puerta, el intérprete se encuentra a Kenka, que se ha quedado esperándolo y le susurra: «No hables». Una vez dentro, Uzaemon ve un porche cubierto y una habitación alargada construida a modo de palafito sobre el río. Hay un estante para hachas y picas, una olla colgada boca abajo, los rescoldos de un fuego y tres sacas grandes colgadas de una viga con sogas. Primero uno y después otro, los sacos se mueven, y un bulto

cambia de lugar revelando un codo o una rodilla. El saco más cercano, en cambio, cuelga tan inmóvil como si estuviese lleno de piedras.

Bara está limpiando un cuchillo de lanzamiento con un trapo manchado de sangre…

El río que discurre por debajo es un fragor de sílabas humanas.

No ha sido mi espada lo que lo ha matado, piensa Uzaemon, pero sí mi venida.

Shuzai se lleva a Uzaemon al otro lado de las puertas traseras.

—Les hemos dicho que no queríamos hacerles daño. Que nadie tenía por qué resultar herido. Que los samuráis no podemos rendirnos pero los campesinos y pescadores sí. Se han dejado atar y amordazar, pero uno ha intentado engañarnos. En el rincón hay una trampilla que da al río y se ha lanzado hacia ella. Ha estado a punto de escaparse y, de haberlo logrado, las cosas se habrían puesto muy feas para nosotros. Bara le ha lanzado el cuchillo y le ha rebanado la garganta, y Tsuru ha evitado de milagro que la corriente arrastrase el cadáver hasta Kurozane.

La mujer de Ichirô, se pregunta Uzaemon, ¿ahora es viuda además de adúltera?

—No ha sufrido. —Shuzai le agarra el brazo—. Ha muerto en cuestión de segundos.

De noche, el desfiladero de Mekura se convierte en un lugar primitivo. Los doce miembros del grupo de asalto marchan en fila india. A esa altura, el sendero se eleva sobre el río, aferrado a la escarpada vertiente de la garganta. Los crujidos y lamentos de las hayas y los robles dan paso al resuello profundo de los árboles de hoja perenne. Shuzai ha escogido una noche sin luna, pero las nubes están desintegrándose y la luz de las estrellas es tan intensa que dora las tinieblas.

No ha sufrido, piensa Uzaemon. Ha muerto en cuestión de segundos.

Pone un pie dolorido delante del otro y procura no pensar.

Una tranquila vida docente, prevé Uzaemon para su futuro, en una ciudad tranquila…

Pone un pie dolorido delante del otro y procura no pensar.

Puede que una vida tranquila fuese también el deseo del centinela asesinado…

Su afán inicial de participar en el asalto al monasterio se ha esfumado.

La mente de su mente le muestra una y otra vez la imagen de Bara limpiando el cuchillo con el trapo sanguinolento, hasta que por fin llegan al puente de Todoroki.

Shuzai y Tsuru estudian la mejor manera de sabotearlo en el camino de vuelta.

Un búho ulula, en ese cedro o en aquel abeto… una, dos veces, muy cerca… se fue.

La última campanada del día, sonora y próxima, anuncia en el templo la hora del gallo. Antes de que vuelva a sonar, piensa Uzaemon, Orito será libre. Los hombres se embozan con telas negras, dejando al descubierto tan sólo los ojos y la nariz. Avanzan con sigilo: no esperan una emboscada, pero tampoco descartan esa

posibilidad. Cuando una ramita se quiebra bajo el pie de Uzaemon, los demás se giran y lo fulminan con la mirada. El repecho se suaviza. Ladra un zorro. Comienza, como un túnel, la serie de puertas *torî*, perpendiculares al viento que sopla de costado. Los hombres hacen un alto y rodean a Shuzai.

—El templo está cuatrocientos pasos más arriba…

—Yunrei-san. —Shuzai se dirige a Uzaemon—. Tú nos esperas aquí. Recuerda al sabio: «Se paga a un ejército durante mil días para usarlo sólo uno». Ese día es ahora. Apártate del sendero, pero mantente en calor. Has llegado más lejos que la mayoría de los «clientes», así que no es ningún deshonor esperar aquí. En cuanto completemos nuestra tarea en el monasterio mandaré que vengan a buscarte, pero hasta entonces no te acerques al templo. No te preocupes. Nosotros somos guerreros y ellos son un puñado de monjes.

Uzaemon asciende un corto trecho entre hielo pedregoso y montones de agujas de pino hasta llegar a una hondonada resguardada de lo peor del viento: el intérprete se agacha y se levanta repetidas veces hasta que le duelen los tendones de las rodillas, pero el torso y las piernas le entran en calor. El cielo nocturno es un manuscrito indescifrable. Uzaemon recuerda que la última vez que observó las estrellas fue con De Zoet, en la atalaya de Deshima, el verano pasado, cuando el mundo era más simple. Trata de imaginar una secuencia de imágenes titulada La incruenta liberación de Aibagawa Orito: he aquí a Shuzai y tres samuráis escalando el muro; aquí, tres monjes en la garita, sorprendidos y sumisos; y aquí viene el monje superior, atravesando a paso ligero el antiquísimo patio mientras murmura: «El señor Enomoto se va a llevar un disgusto pero ¿qué otra cosa podemos hacer?». Despiertan a Orito y la ordenan que se vista para un viaje. La joven se anuda el pañuelo alrededor de su hermoso rostro quemado. La última imagen refleja la expresión de su cara al reconocer a su rescatador. Uzaemon tirita y empieza a hacer algunos ejercicios de esgrima, pero tiene demasiado frío para concentrarse, por lo que se pone a pensar en un nombre para su nueva vida. Sin querer, Shuzai ya le ha escogido un nombre de pila —Yunrei, el peregrino—, pero ¿y el apellido? Quizá lo hable con Orito: a lo mejor podría adoptar el suyo, Aibagawa. Estoy provocando, se advierte a sí mismo, que la Suerte me arranque el botín de las manos. Se frota las palmas, roídas por el frío, y se pregunta cuánto tiempo habrá transcurrido desde que Shuzai lanzó el ataque, pero no tiene ni la menor idea. ¿Un octavo de hora? ¿Un cuarto? La campana del templo no ha vuelto a sonar desde que cruzaron el puente de Todoroki, pero los monjes no tienen motivos para marcar las horas nocturnas. ¿Cuánto debería esperar antes de sacar la conclusión de que la misión ha fracasado? ¿Y entonces? Si los samuráis de Shuzai caen derrotados por la fuerza, ¿qué posibilidades puede tener un intérprete de tercer grado?

Los pensamientos fúnebres reptan entre los pinos en dirección a Uzaemon.

Desearía que la mente humana fuese un pergamino que se pudiese enrollar…

—Yunrei-san, tenemos a la…

Uzaemon se asusta tanto al oír hablar al árbol que se cae de espaldas.

—¿Te hemos asustado?

La sombra de un peñasco se transforma en el mercenario Tanuki.

—Un poco, sí.

Uzaemon recobra el aliento.

—Tenemos a la mujer —Kenka aparece de detrás del árbol—, sana y salva.

—Muy bien —dice Uzaemon—. Muy, muy bien.

Una mano encallecida encuentra a Uzaemon y lo pone en pie.

—¿Ha habido algún herido? —pregunta Uzaemon, que en realidad quería decir: «¿En qué estado se encuentra Orito?».

—Ni uno —contesta Tanuki—. El maestro Genmu es un hombre pacífico.

—Lo que significa —añade Kenka— que no quiere ver su templo contaminado de sangre por culpa de una monja. Pero también es un viejo zorro, y Deguchi-san quiere que vengas y verifiques que el hombre pacífico no está endilgándonos un señuelo para que nos marchemos y puedan cerrar el portón con barricadas.

—Hay dos monjas con el rostro quemado. —Tanuki descorcha un frasquito y bebe un trago—. He entrado en la Casa de las Hermanas. ¡Qué extraño harén ha reunido Enomoto! Toma, bebe de esto: te protegerá del frío y te dará fuerzas. Esperar es peor que hacer.

—No tengo frío —dice Uzaemon tiritando—. No me hace falta.

—Tienes tres días para poner cien millas entre tú y el feudo de Kyôga, preferiblemente en Honshu. No cubrirás esa distancia con los pulmones congelados. ¡Bebe!

Uzaemon acepta la brusca gentileza del mercenario. El licor le abrasa la garganta.

—Gracias.

Los tres vuelven al túnel de puertas *torî*.

—Suponiendo que hayáis visto a la verdadera Aibagawa-san, ¿en qué estado se encuentra?

La pausa es lo bastante larga como para que Uzaemon se tema lo peor.

—Demacrada —responde Tanuki—, pero bastante bien, diría yo. Tranquila.

—Tiene la mente despierta —añade Kenka—. No nos ha preguntado quiénes éramos: sabía que sus carceleros habrían podido oírlo. Entiendo perfectamente que un hombre esté dispuesto a invertir todo este tiempo y dinero en una mujer así.

Llegan al sendero e inician la subida final a través de las puertas.

Uzaemon percibe una extraña elasticidad en las piernas. Nervios, piensa, es

natural.

Pero enseguida el sendero empieza a ondularse como una lenta marejada.

Los dos últimos días han sido agotadores, piensa, recobrando el resuello. Ya ha pasado lo peor.

Una vez franqueadas las puertas, el terreno se allana. El templo del monte Shiranui descolla en lo alto.

Los tejados se apiñan tras los elevados muros. Por una rendija del portón se escapa una luz mortecina.

Uzaemon oye el clavicémbalo del doctor Marinas. Y piensa: imposible.

Su mejilla oprime el musgo cubierto de escarcha, blando como el pecho de una mujer.

• • •

Empieza a recobrar la conciencia por las aletas de la nariz, y después se le extiende por la cabeza, pero no consigue mover el cuerpo. Un cúmulo de preguntas y afirmaciones le imponen su presencia como una Marabunta de familiares agolpados en torno al lecho de un enfermo. «Y has vuelto a desmayarte», dice una voz. «Estás en el interior del templo del monte Shiranui», dice otra, y al instante rompen a hablar todas a la vez: «¿Te han drogado?»; «Estás sentado en un suelo gélido de tierra batida»; «Sí, te han drogado: ¿el brebaje de Tanuki?»; «Tienes las manos atadas detrás de una columna, y los tobillos también los tienes amarrados»; «¿Algunos de los mercenarios han traicionado a Shuzai?».

—Ahora puede oírnos, abad —dice una voz desconocida.

La boca de una botella de cristal roza la nariz de Uzaemon.

—Gracias, Suzaku —contesta una voz que le resulta conocida pero que no consigue identificar.

El olor a arroz, sake y verduras encurtidas invita a pensar en un almacén.

Las cartas de Orito. Siente un vacío a la altura del estómago. No están.

Las avispas del dolor le entran y salen por la base del cerebro.

—Abre los ojos, Ogawa el Joven —dice Enomoto—. No somos niños.

Uzaemon obedece y de la penumbra iluminada por el farol surge el rostro del señor de Kyôga.

—Como académico —dice el rostro—, eres digno de estima. Como ladrón, eres risible.

Tres o cuatro formas humanas observan desde los rincones del almacén.

—No he venido —dice Uzaemon a su captor— a robar nada de su propiedad.

—¿Por qué me obligas a decir lo obvio? El templo del monte Shiranui es al feudo de Kyôga lo que un órgano es al cuerpo. Las hermanas pertenecen a ese órgano.

—La madre no tenía derecho a venderla ni usted a comprarla.

—La hermana Aibagawa está feliz de servir a la Diosa. No tiene el menor deseo de marcharse.

—Que me lo diga en persona.

—No. Ciertos hábitos mentales de su vida anterior han tenido que ser… —Enomoto finge buscar el verbo exacto—… cauterizados. Las heridas ya han cicatrizado, pero muy negligente tendría que ser este abad para permitir que su alocado galán de antaño se las hurgase.

Los demás, piensa Uzaemon. ¿Qué ha pasado con Shuzai y los demás?

—Shuzai está vivo, en perfecto estado —dice Enomoto— y tomando sopa en la cocina con mis otros diez hombres. Tu plan les ha causado algunas molestias a todos.

Uzaemon se niega a creerle. Conozco a Shuzai desde hace diez años.

—Es un amigo fiel —dice Enomoto tratando de no sonreír—, pero no a ti.

Mentira, insiste Uzaemon, mentira. Una ganzúa para abrir el cerrojo de mi mente…

—¿Por qué habría de mentirte? —Enomoto se sienta mucho más cerca, desatando una catarata de seda de color azul noche—. No, la moraleja del cuento de Ogawa Uzaemon tiene que ver con la insatisfacción. Adoptado por una familia de rancio abolengo, ascendió a base de talento hasta un rango elevado, ganándose el respeto de la academia Shirandô, un salario fijo, una bella esposa y envidiables oportunidades de negocio con los holandeses. ¿Quién podría pedir más? ¡Ogawa Uzaemon! El hombre contrajo esa enfermedad que la gente llama «amor verdadero». Y de eso ha terminado muriendo.

Las formas humanas de los rincones de la estancia comienzan a moverse.

No voy a suplicar misericordia, admite Uzaemon, pero quiero enterarme de cómo y por qué.

—¿Cuánto le has pagado a Shuzai para que me traicione?

—¡Por favor! Gozar del favor del señor de Kyôga vale más que la recompensa de un cazador.

—Hay un joven, un centinela, que ha muerto en la Puerta Mediana…

—Un espía a sueldo del señor de Saga: tu aventura nos ha brindado una grata ocasión de matarlo.

—¿Por qué tomarse la molestia de traerme hasta la cima del monte Shiranui?

—Los asesinatos en Nagasaki pueden suscitar preguntas incómodas, y, además, la oportunidad de hacerte morir tan cerca de tu amada, ¡a escasas alcobas de distancia!, resultaba irresistiblemente poética.

—Déjame verla —las avispas zumban en el cerebro de Uzaemon— o te mataré desde el más allá.

—¡Qué gratificante: una maldición mortal de boca de un académico del Shirandô! Por desgracia, tengo pruebas suficientes para convencer a un Descartes, e incluso a

un Marinus, de que las maldiciones mortales no surten efecto. En el transcurso de los siglos, centenares de hombres, mujeres y hasta niños han jurado que me arrastrarían al infierno. Y, sin embargo, aquí me tienes, caminando por la hermosa faz de la tierra.

Quiere saborear mi miedo.

—O sea que cree en el demencial credo de su Orden.

—Ah, sí. Hemos encontrado en tu poder unas cartas muy agradables, pero no cierto tubo de pergaminos. No voy a fingir que puedes salvarte: tu sentencia de muerte quedó dictada en el preciso instante en que la herbolaria llamó a vuestra puerta. Pero puedes salvar la residencia de los Ogawa del ruinoso incendio que la reducirá a cenizas en el sexto mes de este año. ¿Qué me dices?

—Hoy mismo —miente Uzaemon— se le han entregado dos cartas a Ogawa Mimasaku. Una me elimina del registro familiar de los Ogawa. La otra me divorcia de mi esposa. ¿Por qué destruir una casa con la que ya no guardo ningún vínculo?

—Por pura maldad. Dame el pergamino o morirás sabiendo que ellos también morirán.

—Dime por qué raptaste a la hija del doctor Aibagawa.

Enomoto decide darle el capricho.

—Tenía miedo a perderla. Gracias a los buenos oficios de tu colega Kobayashi cayó en mi poder una hoja del cuaderno de un holandés. Mira. La he traído.

Enomoto desdobla una hoja de papel europeo y la sostiene en alto.



Recuerda esta imagen, ordena Uzaemon a su memoria. Muéstramela cuando llegue el fin.

—El retrato de De Zoet la muestra atractiva. —Enomoto vuelve a plegar la hoja —. Lo bastante atractiva como para hacer temer a la viuda de Aibagawa Seian que un holandés le había echado el ojo al activo más valioso de la familia. El diccionario que tu sirviente le entregó de tapadillo a Orito resultó decisivo. Mi alguacil convenció a la viuda de que se saltase el protocolo fúnebre y zanjase el futuro de su hijastra sin más dilación.

—¿Le hablaste a esa desgraciada de vuestras prácticas demenciales?

—Tú sabes de los credos lo que un gusano sabe de Copérnico.

—Mantienes un serrallo de seres deformes para solaz de tus monjes…

—¿Te das cuenta de que pareces un niño que intenta retrasar el momento de irse a la cama?

—¿Por qué no pronuncias una conferencia en la academia —pregunta Uzaemon — sobre…?

—¿Qué os hace pensar, insectos mortales, que vuestra incredulidad tiene importancia?

—¿… sobre cómo asesináis a vuestros «Dones cosechados» para «destilar sus almas»?

—Esta es tú última oportunidad de salvar a la casa Ogawa de…

—¿Y después los embotelláis, como si fuesen perfume, y los «ingerís», como una medicina, para burlar a la muerte? ¿Por qué no compartir tus mágicas revelaciones con el mundo? —Uzaemon mira con los ojos entornados a las figuras que rebullen en las sombras—. Ya te digo yo por qué: porque aún conservas un átomo de sentido común, un Yiritsu en tu fuero interno que te dice: «Esto es el mal».

—Oh, el mal. El mal, el mal, el mal. No hacéis más que esgrimir esa palabra como si fuese una espada y no un concepto vacuo. Cuando sorbes la yema de un huevo, ¿eso también es el mal? La supervivencia es una ley natural y mi Orden posee —o mejor dicho: constituye— el secreto para sobrevivir a la mortalidad. Los recién nacidos son un trámite engorroso pero indispensable —después de las dos primeras semanas de vida, el alma se enquista y ya no hay quien la extraiga—, y una Orden de cincuenta miembros requiere un suministro continuo para consumo propio y para comprar el favor de una pequeña elite. Tu querido Adam Smith lo entendería. Sin la Orden, además, los Dones ni existirían. Son un ingrediente que nosotros manufacturamos. ¿Dónde ves tú el «mal»?

—Una locura es una locura, señor abad Enomoto, por mucha elocuencia con que se exponga.

—Tengo más de seiscientos años. Tú morirás dentro de unos minutos…

Se cree los dogmas de la Orden, constata Uzaemon. Se los cree hasta la última

palabra.

—… así pues, ¿qué es más fuerte al final? ¿Tu «razón» o mi «locura elocuente»?

—Suélteme —dice Uzaemon—, libere a la señorita Aibagawa, y le diré dónde está el per…

—No, no, no hay trato que valga. Nadie ajeno a la Orden puede estar al tanto de los credos y seguir con vida. Debes morir, como Yiritsu, y esa vieja herbolaria laboriosa…

Uzaemon gime de lástima.

—Era inofensiva.

—Trató de perjudicar a mi Orden y nos defendimos. Pero quiero que mires esto, un artefacto que el Destino, disfrazado del holandés Vorstenbosch, me vendió. —Enomoto exhibe, a escasos centímetros del rostro de Uzaemon, una pistola de factura extranjera—. Cachas con incrustaciones de perla, y una factura tan exquisita que pone en entredicho la máxima confucionista de que los europeos carecen de alma. Ha estado esperando desde que Shuzai me puso al corriente de tus heroicos planes. Mira (mira, Ogawa, que esto te incumbe) cómo se levanta el «percutor» con el seguro echado y se carga el arma por la «boca»: primero, la pólvora, y después, una «pelota» de plomo envuelta en papel. A continuación se «ataca» con esta «baqueta» que va guardada bajo el cañón…

Es ahora, el corazón le martillea como un puño ensangrentado, es ahora, es ahora…

—… se ceba la «cazoleta», esto de aquí, con un poco más de pólvora, se cierra la tapa y ya tenemos la pistola lista para disparar. Todo en medio minuto holandés. Sí, ya sé que un maestro arquero es capaz de armar el arco en un abrir y cerrar de ojos, pero las pistolas se fabrican más rápido que los maestros arqueros. El hijo de un basurero podría empuñar una de estas y abatir a un samurái a caballo. Dentro de poco —tú no lo verás, pero yo sí—, estas armas de fuego lo transformarán todo, inclusive nuestro hermético mundo. Cuando uno aprieta el gatillo, un pedernal golpea este «serpentín» en el preciso instante en que se abre la cazoleta. La chispa inflama el «cebo» y la llama, a través de este «oído», penetra en la recámara. La pólvora se enciende, como un cañón en miniatura, y la pelota de plomo te perfora el…

Enomoto aprieta la boca de la pistola contra el corazón desbocado de Uzaemon.

Uzaemon es consciente de la orina que le calienta los muslos pero tiene demasiado miedo como para avergonzarse.

—… o quizá…

La boca de la pistola le planta un beso en la sien a Uzaemon.

—El miedo cerval —un murmullo se introduce en el oído de Uzaemon— te ha medio disuelto la mente, así que voy a comunicarte un pensamiento. Una música, por así decirlo, con la que morir. Los acólitos de la Orden del monte Shiranui se inician

en los Doce Credos pero desconocen el Décimo Tercero hasta que se convierten en maestros; esta mañana has conocido a uno, el patrón de la posada de Harubayashi. El Decimotercer Credo es un cabo suelto. Si nuestras hermanas (y gobernantas, de hecho) descendiesen al Mundo Inferior y descubriesen que ninguno de sus Dones, sus hijos, está vivo ni lo conoce nadie, podrían suscitarse preguntas. Para evitar tan desagradable contingencia, Suzaku les administra un suave fármaco durante el rito de partida. Este fármaco garantiza una muerte sin sueños, mucho antes de que el palanquín llegue al pie de la garganta de Mekura. Acto seguido se las entierra en ese bosquecillo de bambú al que fuiste a parar esta mañana. He aquí, pues, tu último pensamiento: el pueril fracaso de tu intentona de rescate no sólo condena a Aibagawa Orito a veinte años de servidumbre, sino que tu ineptitud, literalmente, la ha matado.

La pistola se apoya en la frente de Ogawa Uzaemon.

El intérprete invierte el último instante de su vida en una súplica. Véngame.

Un clic, un resorte, un gemido ahogado, de momento nada pero…

Ahora Ahora Ahora Ahora ahora ahora ahora ahora ahorahorahora…

Un trueno revienta la grieta por la que el sol irrumpe en tromba.

# III

## El maestro de go

*Séptimo mes del decimotercer año de la era de Kansei*



Agosto, 1800

# XXVII

## De *shima*

*Agosto de 1800*

En la última temporada comercial, Moisés talló una cuchara de hueso. Una cuchara bonita, con forma de pez. El amo Grote la vio y le dijo a Moisés:

—Los esclavos comen con los dedos. Los esclavos no pueden tener cucharas.

Y se la quedó. Después me encontré al amo Grote con un caballero japonés. El amo Grote le decía así:

—Esta cuchara la hizo con sus propias manos el famoso Robinson Crusoe.

Después, Syako oyó al amo Baert contándole al amo Oost que el caballero japonés había pagado cinco cuencos lacados por la cuchara de Robinson Crusoe. D'Orsaiy le dijo a Moisés que la próxima vez escondiese mejor la cuchara y que hiciese negocios con los culis o los carpinteros. Pero Moisés dijo:

—¿Por qué? La próxima vez que el amo Grote o el amo Gerritszoon se pongan a rebuscar en mi paja, encontrarán mis ganancias y se las quedarán. Ellos dicen: «Los esclavos no poseen nada. Los esclavos son posesiones».

Syako dijo que los amos no dejan que los esclavos tengamos bienes ni dinero porque un esclavo con dinero lo tiene más fácil para escaparse. Filandro dijo que estaba mal hablar de esas cosas. Cupido le dijo a Moisés que si talla más cucharas y se las da al amo Grote, el amo Grote lo valorará más y seguramente lo tratará mejor. Yo dije que eso era verdad pero sólo cuando el amo es bueno; cuando el amo es malo, nunca es cierto.

Cupido y Filandro son los favoritos de los jefes holandeses porque tocan música en las cenas. Se llaman a sí mismos «sirvientes» y usan palabras holandesas rebuscadas como si fuesen pelucas y puntillas. Dicen cosas como «mi flauta» y «mis medias». Pero la flauta de Filandro y el enorme violín de Cupido y sus elegantes vestimentas son propiedad de sus amos. Los dos van descalzos. Cuando Vorstenbosch se marchó el año pasado, se los vendió a Van Cleef. Ellos dijeron que los habían «traspasado» del viejo administrador al nuevo, pero en verdad los vendieron por cinco guineas cada uno.

No, un esclavo ni siquiera puede decir: «Estos son mis dedos» o «Esta es mi piel». Nuestros cuerpos no son nuestros. Nuestras familias no son nuestras. Un día, Syako hablaba de los hijos que tiene en Batavia. Sus hijos los engendró él, cierto. Pero para sus amos los hijos no son «suyos». Para sus amos, Syako es como un caballo que preñó a una yegua y engendró un potro. He aquí la prueba: cuando Syako se quejó con más amargura de la debida de que llevaba muchos años sin ver a su

familia, el amo Fischer y el amo Gerritszoon le dieron una buena tunda. Ahora Syako cojea. Y habla menos.

Una vez me hice esta pregunta: ¿Mi nombre es mío? No me refiero a mis nombres de esclavo. Esos nombres cambian según el capricho de mis amos. Los esclavistas de Aceh que me raptaron me pusieron de nombre «Dientes Rectos». El holandés que me compró en el mercado de esclavos de Batavia me puso «Washington». Era un amo malo. El amo Yang me puso Yang Fen. Me enseñó el oficio de sastre y me daba de comer lo mismo que a sus hijos. Mi tercer propietario fue el amo Van Cleef. Me puso «Weh» por error. Cuando le preguntó al amo Yang —con palabras holandeses rebuscadas— cómo me llamaba, el chino pensó que estaba preguntándole por mi origen, y contestó: «Es de una isla llamada Weh», y así quedó decidido mi nuevo nombre de esclavo. Pero para mí fue un error feliz. En Weh, yo no era esclavo; en Weh estaba con los míos.

Mi verdadero nombre no se lo digo a nadie, para que nadie pueda robármelo.

La respuesta, creo, es que sí: mi verdadero nombre es mío.

A veces me viene a la mente otro pensamiento: ¿Mis recuerdos son míos?

El recuerdo de mi hermano saltando al agua desde la roca de la tortuga, elegante y atrevido…

El recuerdo del tifón que doblaba los árboles como si fuesen hierbas, el rugido del mar…

El recuerdo de mi madre, cansada pero contenta, acunando al recién nacido para que se durmiese, y cantando…

Sí, mis recuerdos, al igual que mi verdadero nombre, son de mi propiedad.

Una vez tuve este pensamiento: ¿Este pensamiento es mío?

La respuesta estaba oculta entre la niebla, así que se lo pregunté a Eelattu, el sirviente del doctor Marinus.

Eelattu respondió, sí, mis pensamientos nacen en mi mente, así que son míos. Eelattu dijo que, si quiero, puedo ser el dueño de mi mente. Yo le dije:

—¿Incluso siendo esclavo?

Eelattu me respondió que sí, siempre que la mente sea un lugar fuerte. Así que me he creado una mente como una isla, como Weh, protegida por el mar azul y profundo. En mi mente-isla no hay holandeses malolientes ni sirvientes malayos desdeñosos, ni japoneses.

El amo Fischer, pues, es dueño de mi cuerpo pero no de mi mente. Lo sé por una prueba que hago. Cada vez que afeito al amo Fischer, me imagino que le corto el cuello. Si él fuese el dueño de mi mente, vería este pensamiento malvado. En cambio, en vez de castigarme, se queda sentado con los ojos cerrados.

Pero he descubierto que ser el dueño de la propia mente trae algunos problemas. Cuando estoy en mi mente-isla, soy tan libre como un holandés. Allí dentro como

capones y mangos y ciruelas con azúcar. Allí me tumbo en la arena caliente con la mujer del amo Van Cleef. Allí construyo barcos y coso velas con mi hermano y mi gente. Si me olvido de cómo se llaman, ellos me lo recuerdan. Hablamos en la lengua de Weh y bebemos *kava* y rezamos a nuestros antepasados. Allí no remiendo ni friego ni hago recados ni cargo cosas para los amos.

Entonces oigo:

—¿Me estás escuchando, perro haragán?

Entonces oigo:

—¡Si no te mueves y haces lo que te mando, aquí tengo el látigo!

Cada vez que regreso de mi mente-isla, vuelven a capturarme los negreros.

Cuando regreso a Deshima, las cicatrices de mi captura me duelen un poco.

Cuando regreso a Deshima, siento una brasa de rabia que me arde dentro.

La palabra «mío» causa placer. La palabra «mío» causa dolor. Esto es verdad tanto para amos como para esclavos. Cuando están borrachos, nos hacemos invisibles. Se ponen a hablar de posesiones, o ganancias, o pérdidas, o de comprar, o vender, o robar, o contratar, o alquilar, o estafar. Para los blancos, vivir es poseer, o intentar poseer más, o morir intentando poseer más. ¡Su apetito es asombroso! Poseen ropas, esclavos, carruajes, casas, almacenes y barcos. Poseen puertos, ciudades, plantaciones, valles, montañas, archipiélagos. Poseen este mundo, sus selvas, sus cielos y sus mares. Sin embargo, se quejan de que Deshima es una cárcel. Se quejan de que no son libres. El único que no se queja es el doctor Marinus. Su piel es la de un blanco, pero en los ojos se le ve que no tiene alma de blanco. Su alma es mucho más vieja. En Weh lo llamaríamos *kwaio*. Un *kwaio* es un antepasado que no se queda en la isla de sus antepasados. Un *kwaio* vuelve y vuelve y vuelve, en el cuerpo de un niño diferente cada vez. Un *kwaio* bueno puede llegar a ser un chamán, pero no hay nada peor en el mundo que un *kwaio* malo.

El doctor convenció al amo Fischer de que deberían enseñarme a escribir en holandés.

Al amo Fischer no le hizo gracia la idea. Dijo que un esclavo que sabe leer puede echarse a perder con «ideas revolucionarias». Dijo que lo había visto en Surinam. Pero el doctor Marinus le pidió al amo Fischer que pensase en lo útil que podría serle en el despacho de los escribanos, y en el precio tan alto en que podría venderme. Estas palabras hicieron cambiar de idea al amo Fischer. Miró al amo De Zoet, sentado al final de la mesa. Le dijo:

—Escribano De Zoet, tengo la tarea perfecta para un hombre como usted.

• • •

Cuando el amo Fischer termina de comer en la cocina, voy detrás de él hasta la casa del adjunto. Cuando cruzamos la Calle Larga tengo que llevar la sombrilla de tal

forma que su cabeza esté siempre a la sombra. No es una labor sencilla. Si una borla le roza la cabeza o si el sol lo deslumbra, me atiza por descuidado. Hoy mi amo está de mal humor porque ha perdido mucho dinero en la partida de cartas del amo Grote. Se detiene, aquí, en mitad de la Calle Larga.

—¡En Surinam —grita— saben tratar a los apestosos perros negroides como tú!

Y me da una bofetada con todas sus fuerzas y se me cae la sombrilla.

—¡Cógela! —me grita.

Cuando me agacho, me da una patada en la cara. Es uno de los trucos preferidos del amo Fischer, así que aparto la cara de su pie, pero finjo que me ha dolido mucho. Si no, se siente engañado y me da otra patada. Dice:

—¡Así aprenderás a tirar mis cosas al polvo!

Yo digo:

—Sí, amo Fischer.

Y le abro la puerta de su casa.

Subimos las escaleras hasta su dormitorio. Se tumba en la cama y dice:

—En esta maldita cárcel de mierda hace un calor de mil demonios…

Este verano se oye mucho la palabra «cárcel» porque no ha llegado el barco de Batavia. Los amos blancos tienen miedo de que no venga y no haya temporada comercial ni noticias ni objetos de lujo de Java. Los amos blancos que tienen previsto volver a casa no podrán hacerlo. Ni sus sirvientes o esclavos.

El amo Fischer tira el pañuelo al suelo y dice:

—¡Mierda!

Esta palabra holandesa puede ser una exclamación o una palabrota, pero esta vez el amo Fischer está ordenándome que le coloque el orinal en su rincón preferido. Al pie de las escaleras hay un excusado, pero le da pereza bajar. Se pone de pie, se desabrocha los bombachos, se acuclilla encima del orinal y gruñe. Oigo un golpe sordo y deslizante. El olor serpentea por toda la habitación. El amo Fischer se abrocha los bombachos.

—No te quedes ahí parado, gandul de Gomorra…

Tiene la voz pastosa por el *whisky* que ha bebido en la comida. Cubro el orinal con su tapa de madera y salgo a la calle para llevarlo al barril de los excrementos. El amo Fischer dice que no soporta que haya suciedad en su casa, así que no puedo vaciar el orinal en la letrina como hacen los demás esclavos.

Bajo por la Calle Larga hasta el cruce, me meto por el Callejón del Flaco, doblo a la izquierda en el Malecón, paso por delante de la casa del cacique y vacío el orinal en el barril, cerca de la trasera del hospital. La nube de moscas es espesa y zumbante. Entorno los ojos como los de un hombre amarillo y arrugo la nariz para cerrarla y que no se me pueda meter ninguna mosca y me deje sus huevos dentro. Después lavo el orinal en el barril de agua de mar. En el fondo del orinal del amo Fischer hay un

edificio extraño del mundo de los hombres blancos, llamado molino. Filandro dice que es para hacer pan pero cuando le pregunté cómo, me dijo que soy muy ignorante. Eso significa que no lo sabe.

Vuelvo a casa del adjunto por el camino más largo. Los amos blancos se pasan el verano quejándose del calor, pero a mí me encanta que el sol me caliente los huesos, porque así puedo sobrevivir al invierno. El sol me recuerda a Weh, mi casa. Al pasar por delante de las pocilgas, D'Orsaiy me ve y me pregunta por qué el amo Fischer me pegó en la Calle Larga. Con una mueca le digo: ¿Desde cuándo los amos necesitan un motivo?, y D'Orsaiy asiente. Me cae bien D'Orsaiy. Es de un lugar llamado el Cabo, a mitad de camino del mundo del hombre blanco. Tiene la piel más negra que he visto en mi vida. El doctor Marinus dice que es un hotentote, pero el amo lo llama «sota de espadas». Me pregunta si por la tarde voy a ir mi clase de lectura y escritura en casa del amo De Zoet. Yo le contesto:

—Sí, a menos que el amo Fischer me encargue más trabajos.

D'Orsaiy dice que escribir es una magia que hago bien en aprender. D'Orsaiy me dice que el amo Ouwehand y el amo Twomey están jugando al billar en la casa de verano. Es una advertencia para que apriete el paso y que el amo Ouwehand no le diga al amo Fischer que me ha visto holgazaneando.

Al llegar a la casa del adjunto, oigo ronquidos. Subo sigilosamente las escaleras, sabiendo qué peldaños crujen y cuáles no. El amo Fischer está durmiendo. Esto es un problema porque si voy a casa del amo De Zoet a recibir mi clase de escritura sin el permiso del amo Fischer, este me castigará por indisciplinado. Si no voy a casa del amo De Zoet, el amo Fischer me castigará por perezoso. Pero si despierto al amo Fischer, me castigará por arruinarle la siesta. Al final lo que hago es meterle el orinal debajo de la cama y marcharme. A lo mejor vuelvo antes de que se despierte.

La puerta de la Casa Alta, donde vive el amo De Zoet, está entornada. Detrás de la puerta lateral hay una habitación grande y cerrada con llave, llena de cajas y barriles vacíos. Llamo golpeando el primer peldaño, como siempre, y espero a oír la voz del amo De Zoet preguntando: «¿Eres tú, Weh?». Pero hoy no hay respuesta. Sorprendido, subo las escaleras, haciendo bastante ruido para avisarle de que estoy llegando. Pero nada. Es raro que el amo De Zoet duerma la siesta, aunque puede que esta tarde lo haya derrotado el calor. Llego al rellano y atravieso la habitación lateral donde vive el intérprete interno durante la temporada comercial. La puerta del amo De Zoet está medio abierta, así que me asomo. Está sentado frente a la mesa baja. No repara en mí. Hoy tiene una cara rara. Y una luz oscura en los ojos. Está asustado. Sus labios susurran palabras mudas. En mi isla natal diríamos que un *kwaio* malo le ha echado el mal de ojo.

El amo De Zoet mira fijamente el pergamino que tiene delante.

No es un libro del hombre blanco, sino un pergamino del hombre amarillo.

Estoy demasiado lejos para verlo bien, pero las letras no son holandesas.

Es la escritura de un hombre amarillo: el amo Yang y sus hijos usaban esas letras.

En la mesa del amo De Zoet, junto al pergamino, hay un cuaderno. Hay algunas palabras chinas escritas al lado de palabras holandesas. Supongo lo siguiente: el amo De Zoet ha estado traduciendo el pergamino a su idioma. Esto ha liberado un maleficio, y este maleficio lo ha poseído.

El amo de Zoet advierte mi presencia y levanta la vista.

# XXVIII

## Camarote del capitán Penhaligon a bordo de la fragata *Febo* de Su Majestad, mar de la China Oriental

*Alrededor de las tres del 16 de octubre de 1800*

Se diría, en efecto [lee John Penhaligon], que la Naturaleza creó estas islas con la expresa intención de que fuesen una especie de pequeño mundo, separado e independiente del resto, dificultando sumamente su acceso y dotándolas en abundancia de todo lo indispensable para que la vida de sus habitantes fuese grata y placentera, y pudiesen subsistir sin necesidad de comerciar con las naciones extranjeras…

El capitán bosteza y le da un calambre en la mandíbula. Según el teniente de navío Hovell, no existe mejor libro sobre el Japón que el de Engelbert Kaempfer, por muy antiguo que sea; pero cada vez que Penhaligon consigue, a trancas y barrancas, llegar al final de una frase, el comienzo ya se le ha perdido en una niebla. Por la portilla de popa estudia el horizonte, abigarrado y siniestro. El diente de ballena que le sirve de pisapapeles rueda por el escritorio y se cae al suelo, y el capitán oye los gritos de Wetz, el piloto, que está ordenando orientar los juanetes, justo a tiempo, piensa el capitán. El Mar Amarillo ha cambiado del color azul huevo de petirrojo de esa mañana a un gris estiércol, con un cielo de peltre roñoso.

¿Dónde estará Chigwin, se pregunta, y dónde está mi maldito café? Penhaligon recoge el pisapapeles y siente un pinchazo en el tobillo derecho.

Entrecierra los ojos para mirar el barómetro y ve que la aguja está clavada en la *i* de «Variable».

El capitán vuelve a sumergirse en Engelbert Kaempfer para desatar un nudo ilógico: el corolario de la frase «todo lo indispensable» es que las necesidades del hombre son universales cuando, en realidad, los requisitos de un rey son radicalmente distintos de los de un cortador de caña; los de un libertino de los de un arzobispo; y los suyos propios de los de su abuelo. Abre su cuaderno y, sujetándose para resistir al vaivén del oleaje, escribe:

> ¿Qué profeta del comercio, en el año, pongamos, 1700, habría podido prever que llegaría un día en que los plebeyos consumirían té a espuertas y azúcar a costales? ¿Qué súbdito de Guillermo y María habría podido predecir la «necesidad» que las modestas multitudes de nuestros días tienen de sábanas de algodón, café y chocolate? Los requisitos humanos se supeditan a la moda; y, conforme las nuevas necesidades van sustituyendo a las antiguas, la faz del

mundo también cambia…

El mar está demasiado picado para poder escribir, pero John Penhaligon está satisfecho, y la gota, de momento, vuelve a darle un respiro. Una veta fértil. Saca del escritorio su espejo de afeitado. Los pasteles dulces han engordado al individuo reflejado en el azogue, el coñac le ha enrojecido la tez, el dolor le ha hundido los ojos y el mal tiempo le ha arrancado la techumbre, pero ¿qué mejor que el éxito para devolverle a un hombre el vigor… y la reputación?

Esboza el primer discurso que pronunciará en Westminster. «Todos recordarán que el *Febo*», informará a sus embelesadas señorías, «todos recordarán que mi *Febo* no era un navío de línea de cinco puentes con una batería de cañones atronadores, sino una modesta fragata de veinticuatro piezas de dieciocho libras. El palo de mesana se había rajado en el estrecho de Formosa; la cabuyería estaba gastada; el velamen, raído; la mitad del matalotaje embarcado en el fuerte Cornwallis, podrido; y la vieja bomba de achique resollaba como mi querido lord Falmouth encima de su decepcionada furcia, y con idéntico escaso éxito», la cámara entera estallará en carcajadas mientras su viejo enemigo huirá muerto de vergüenza a su madriguera, «pero su corazón, señorías, era de roble inglés; y cuando llamamos a las cerradas puertas del Japón, lo hicimos con la determinación que en justicia distingue a nuestra raza». El silencio de sus señorías se hará reverencial. «El cobre que ese día de octubre confiscamos a los pérfidos holandeses fue puramente simbólico. Nuestro verdadero botín, y verdadero legado del *Febo*, fue un mercado, señorías, para los frutos de vuestros molinos, minas y plantaciones, así como la gratitud del imperio japonés por haberlo despertado del sonambulismo feudal y abrirle los ojos a nuestro moderno siglo. No creo incurrir en hipérbole al afirmar que mi *Febo* ha dibujado el nuevo mapa político del Extremo Oriente». Sus señorías asienten con sus emperifolladas cabezas y exclaman: «¡Sí señor! ¡Así se habla!». El almirante lord Penhaligon prosigue: «Esta augusta cámara conoce los diversos vectores de cambio que alteran el curso de la historia: la lengua del diplomático; el veneno del traidor; la clemencia de un monarca; la tiranía de un pontífice»…

Cielo santo, piensa Penhaligon, qué maravilla: tengo que ponerlo por escrito.

«… Y representa nada menos que el más alto honor de mi vida que, en el primer año del decimonono siglo, la historia escogiese a un intrépido bajel, la fragata *Febo* de su majestad para abrir las puertas del imperio más hermético del mundo moderno ¡para mayor gloria de su majestad y del Imperio Británico!». A esas alturas, hasta el último bastardo con peluca del auditorio, *whig*, *tory*, independiente, obispo, general y almirante, se habrá puesto en pie y aplaudirá como un loco.

—¿Capi… —en el umbral, Chigwin estornuda—… tán?

—Espero que vengas a molestarme con el café, Chigwin.

Su joven mayordomo, hijo de un maestro carpintero de ribera de Chatham que hizo la vista gorda a una incómoda deuda, asoma la cabeza.

—Jones ya está moliendo los granos, señor: el cocinero se ha visto negro para mantener el fuego encendido.

—¡He pedido un café, Chigwin, no una taza de excusas!

—Sí, señor. Lo siento, señor. Será cuestión de unos pocos minutos más… —un hilo de mocos refulge en la manga de Chigwin como el rastro de un caracol—… pero es que los escollos que mencionó el señor Snitker ya se divisan a estribor, y el señor Hovell piensa que quizá querría usted echarles un vistazo.

No te cebes en el muchacho.

—Sí, debería.

—¿Alguna instrucción para la cena, señor?

—Esta noche cenarán conmigo los tenientes y el señor Snitker, así que…

Se sujetan con fuerza mientras el *Febo* se precipita en el seno de una ola.

—… dile a Jones que nos sirva esas gallinas que han dejado de poner. En mi barco no hay sitio para los ociosos, ni siquiera los emplumados.

Penhaligon sube a duras penas por la escalera de cámara hasta la cubierta de intemperie donde el viento le abofetea la cara y le infla los pulmones como un fuelle nuevo. Wetz está al timón, instruyendo a un grupito tambaleante de guardiamarinas sobre cómo lidiar con gobernalles obstinados en un mar embravecido. Todos saludan al capitán, que grita al viento:

—¿Qué opina del tiempo que nos espera, señor Wetz?

—La buena noticia, señor, es que las nubes están dispersándose hacia el oeste; la mala, que el viento ha rolado una cuarta al norte y sopla un par de nudos más fuerte. En cuanto a la bomba, señor, el señor O'Loughlan está fabricando una cadena nueva, pero cree que se ha abierto otra vía de agua: las malditas ratas han roído a popa de la santabárbara.

Cuando no se comen nuestros víveres, piensa Penhaligon, se comen mi barco.

—Dígale al contramaestre que organice una batida. Quien traiga diez colas recibirá un cuarto más de aguardiente.

El estornudo de Wetz riega a un guardiamarina que está en la dirección del viento.

—La tripulación se divertirá, señor.

Penhaligon atraviesa el oscilante alcázar, que presenta un estado bochornoso: Snitker duda que los vigías japoneses sepan distinguir un zarrapastroso mercante yanqui de una fragata de la Marina británica con las portañolas pintadas de negro, pero el capitán no quiere librar nada al azar. El teniente Hovell está apoyado en el coronamiento, junto al depuesto exadministrador de Deshima. Al intuir que se aproxima el capitán, Hovell se vuelve y lo saluda.

Snitker también se gira y le dirige un gesto con la cabeza, de igual a igual. El

holandés señala el islote rocoso, que pasa a buena velocidad y a unas cuatrocientas o quinientas yardas de distancia.

—Torinoshima.

Torinoshima, capitán, piensa Penhaligon, pero lo deja estar y observa el islote. Es más bien una roca grande que un pequeño Gibraltar, revocada de guano y estridente de aves marinas. Toda la costa es acantilada salvo una ladera pedregosa a sotavento, donde un bote valeroso podría intentar el fondeo. Penhaligon le dice a Hovell:

—Pregúntele a nuestro huésped si ha oído hablar de algún desembarco.

La respuesta de Snitker consiste en dos o tres frases.

Qué sarta de arcadas y lengüetazos es el idioma holandés, piensa Penhaligon.

—Cree que no, señor. Jamás ha oído hablar de una tentativa de desembarco.

—Su respuesta me ha parecido más prolija.

—«Haría falta ser un imbécil de marca mayor para jugarse ahí la chalupa».

—No se me hiere la sensibilidad tan fácilmente, señor Hovell. En lo sucesivo, traduzca literalmente.

El teniente de navío parece molesto.

—Le pido disculpas, mi capitán.

—Pregúntele si Holanda u otra nación reivindican como propio el territorio de Torinoshima.

La respuesta de Snitker contiene un bufido de burla y la palabra «shogun».

—Nuestro huésped sugiere —explica Hovell— que consultemos con el shogun antes de plantar la bandera británica en medio de toda esa mierda de pájaro. —Siguen más frases, que Hovell escucha con atención, verificando un par de detalles—. El señor Snitker añade que Torinoshima es conocida como «la baliza del Japón», y que si el viento no cambia, mañana divisaremos la llamada «tapia del jardín», las islas Goto, propiedad del señor de Hizen, en cuyo feudo se encuentra Nagasaki.

—Pregúntele si la Compañía Holandesa ha desembarcado alguna vez en las Goto.

Esta pregunta suscita una respuesta más larga.

—Dice, señor, que los capitanes de la Compañía nunca han provocado…

Los tres hombres se aferran al coronamiento mientras el *Febo* se balancea y cabecea.

—… nunca han provocado con tanto descaro a la autoridad, señor, porque algunos clandestinos…

Un rocío riega toda la proa; un marinero empapado maldice en galés.

—… algunos cristianos clandestinos aún viven allí, de modo que todas las idas y venidas…

Uno de los guardiamarinas se cae por la escalera de cámara pegando un grito.

—… están vigiladas por espías del Gobierno, por eso tampoco se nos acercarán barquichuelas para vendernos mercancías, por miedo a que los tripulantes sean

acusados de contrabandistas y ajusticiados junto con sus familias.

Descollante cuando el barco hundía la proa, Torinoshima aparece ahora menguada a estribor de la popa. El capitán, el teniente y el traidor se abisman en sus meditaciones. Los charranes y las pardelas se ciernen, viran y se zambullen. Suena la cuarta campanada de la primera guardia de cuartillo y los vigías de la guardia de babor acuden sin dilación: ha corrido la noticia de que el capitán está en el puente. Los que han acabado el turno se retiran a entrecubiertas para disfrutar de dos horas libres.

Al sur, una rendija de cielo ambarino se abre como un ojo en el horizonte.

—¡Allí, señor! —dice Hovell, convertido en niño por un instante—. ¡Dos delfines!

Penhaligon no ve más que el vaivén de las olas color azul pizarra.

—¿Dónde?

—¡Y otro más! ¡Qué bonito! —Hovell apunta con el índice, aborta olía sílaba, y dice—: Se fue.

—Hasta la hora de la cena, pues —dice Penhaligon a Hovell, alejándose.

—Ah, hora de cena —repite Snitker en inglés, y hace el gesto de beber.

Señor, dame paciencia, Penhaligon logra esbozar una mínima sonrisa, y café.

• • •

El contador sale del camarote tras haber calculado las cantidades de traídas del libro de pagos correspondientes a la jornada. El zumbido de su voz y el olor a sepultura de su aliento han dejado a Penhaligon con un dolor de cabeza tan intenso como el del pie. «Sólo hay algo peor que tratar con contadores», le advirtió hace muchos años su armador el capitán Golding, «y es ser uno de ellos. Toda compañía necesita una figura que concite en su persona el odio unánime: mejor que sea él y no tú».

Penhaligon cuela los posos. El café me agudiza el ingenio, piensa, pero me abrasa las tripas y fortalece a mi viejo enemigo. Desde que partieron de la isla del Príncipe de Gales, una verdad desagradable se ha tornado irrebatible: la gota está lanzando un segundo ataque. El primero tuvo lugar el verano pasado en Bengala: el calor era espantoso y el dolor no le iba a la zaga. Durante dos semanas no podía soportar ni el leve roce de una sábana de algodón en el pie. Un primer ataque puede tomarse a risa y considerarse una suerte de rito de paso, pero con el segundo uno ya corre el riesgo de que le cuelguen el sambenito de «capitán gotoso» y ver truncadas sus perspectivas de hacer carrera en el Almirantazgo. Puede que Hovell tenga sus sospechas, piensa Penhaligon, pero no se atreva a manifestarlas: las salas de oficiales de la marina están abarrotadas de tenientes de navío que se quedaron huérfanos por la prematura pérdida de sus patrones. Peor aún, Hovell podría verse tentado por un patrón más ágil a

abandonar la nave, lo que privaría a Penhaligon de su mejor oficial y de la gratitud de un futuro capitán. Su teniente de fragata, Abel Wren, bien relacionado gracias a su matrimonio con la despiadada hija del comodoro Joy, se relamerá con sólo pensar en estas vacantes inesperadas. Así pues, concluye Penhaligon, estoy inmerso en una carrera pedestre contra mi gota. Si consigo incautarme del cobre holandés de este año y —Dios mío, te lo ruego— forzar el cofre del tesoro de Nagasaki antes de que la gota me deje fuera de combate, tengo asegurado el futuro político y financiero. De lo contrario serán Hovell o Wren quienes se lleven los laureles por adueñarse del cobre y del enclave comercial; o bien la misión fracasa por completo y John Penhaligon se retira al sudoeste de Inglaterra y se hunde en el olvido con una pensión de doscientas libras al año, en el mejor de los casos, pagada con retraso y a regañadientes. En mis horas más bajas me da la impresión de que la Fortuna me concedió el rango de capitán hace ocho años sólo por darse el gusto de acuclillarse encima de mí y exonerar los intestinos. Primero, Charlie hipoteca lo que queda del patrimonio familiar, contrae deudas a nombre de su hermano pequeño y desaparece; segundo, su agente y banquero huye a Virginia; tercero, Meredith, su querida Meredith, muere de tifus; y cuarto, Tristram, el vigoroso, estentóreo, respetado y apuesto Tristram, muere asesinado en el cabo de San Vicente, dejando a su padre nada más que el dolor y el crucifijo que salvó el cirujano de a bordo. Y ahora viene la gota, piensa, amenazando con arruinarme la carrera…

—No —dice Penhaligon cogiendo el espejo de afeitar—. Revertiremos los reveses de la fortuna.

El capitán sale de su camarote en el preciso momento en que el vigía —Banes o Panes se llama el hombre— cede el relevo a otro marinero, el escocés Walker: el oficial y el subalterno intercambian un saludo. En la cubierta de batería, Waldron, el segundo condestable, está agachado detrás de un cañón junto a Moff Wesley, un muchacho de Penzance. Entre la oscuridad y el fragor de la mar gruesa, no se dan cuenta de que el capitán se ha parado a escucharlos.

—Responde, Moff —está diciendo Waldron—. ¿Lo primero?

—Limpiar el ánima con un lampazo mojado.

—¿Y si algún mentecato no lo hace como Dios manda?

—Se dejará dentro los rescoldos del último disparo, señor.

—Y al meter la pólvora del siguiente le volará el brazo al artillero: lo he visto una vez y con una vez me basta. ¿Segundo?

—Meter el cartucho, señor, o meter la pólvora suelta.

—¿Y la pólvora nos la traen unos duendecillos saltarines?

—No, señor: voy yo a cogerla a la santabárbara, señor. Una carga cada vez.

—Exacto, Moff. Y no tenemos una buena reserva a mano porque…

—Porque bastaría una chispa suelta para que saltásemos todos en pedazos, señor. Tercero… —cuenta Moff con los dedos—… se empuja la pólvora hasta la recámara con el atacador, señor. Y cuarto, se carga el cañón, señor. Y quinto, se mete un taco de estopa después del proyectil, señor, porque el barco podría estar balanceándose y la carga entera se nos caería al mar.

—Y no queremos que parezca que el barco va tripulado por franceses. ¿Sexto?

—Se empuja el cañón para que la cureña quede bien pegada a la borda. Séptimo, se mete la aguja de fogón por el oído para agujerear el cartucho y se ceba el oído con pólvora. Octavo, se enciende con la llave de artillería y el cabo de cañón grita: «¡Apartaos!», y la pólvora rápida enciende la pólvora de la recámara y se dispara el proyectil, que manda todo lo que se encuentre por delante… al infierno, señor.

—Lo que provoca —interviene Penhaligon— que la cureña haga ¿qué?

Waldron se asusta tanto como Moff: el condestable se pone en pie tan rápido que se golpea la cabeza.

—No lo había visto, mi capitán; le ruego que me disculpe.

—Lo que provoca —insiste Penhaligon— que la cureña haga ¿qué, señor Wesley?

—Recular, señor, hasta que el braguero la frena.

—¿Qué le hace el retroceso de un cañón a la pierna de un marinero, por favor, señor Wesley?

—Bueno… de la pierna no quedaría gran cosa, señor.

—Continúe, señor Waldron.

Penhaligon prosigue a lo largo de la borda de estribor, recordando los tiempos en que el mozo encargado de la pólvora era él, mientras se agarra de un cabo que le pasa por encima de la cabeza. Con su metro y setenta y tres supera con mucho la estatura media de los marineros y debe andarse con ojo para no descalabrarse con los techos de las cubiertas. Lamenta carecer de fortuna personal o de una recompensa del almirantazgo para comprar pólvora de sobra y hacer prácticas de artillería. Los capitanes que dedican a ese fin más de un tercio de su cuota son considerados imprudentes por el Almirantazgo. Seis alemanes de Hanover a los que arrancó de un ballenero en Santa Elena están sudando la gota gorda para lavar, escurrir y colgar los coys de reserva en este tiempo borrascoso. Entonan «capitán» a coro y vuelven a sumirse en un laborioso silencio. Un poco más adelante, el teniente de fragata Abel Wren ha puesto a unos marineros a fregar la cubierta con vinagre caliente y piedra pómez. La cubierta de intemperie se deja sucia como medida de camuflaje, pero las inferiores deben protegerse del moho y las miasmas. Con su bastón de rota, Wren le arrea un golpe a un marinero y le grita:

—¡Te he dicho que lo friegues, no que le hagas cosquillas, mariposilla!

Acto seguido finge advertir por primera vez la presencia del capitán y lo saluda.

—Buenas tardes, mi capitán.

—Buenas tardes, señor Wren. ¿Todo bien?

—Mejor que nunca, señor —contesta el impetuoso y malcarado teniente de fragata.

Al pasar por la cocina, cubierta con lonas, Penhaligon atisba por una rendija el espacio húmedo y fuliginoso donde los marmitones están ayudando al cocinero y a su segundo a trocear comestibles, mantener los fogones encendidos y cuidar que no se vuelquen las cazuelas. El cocinero echa pedazos de cerdo en salazón —los jueves toca cerdo— a la burbujeante mezcla. Col china, rodajas de ñame y arroz se añaden también para engordar el caldo. Los hijos de la alta burguesía tal vez les hagan ascos a estas vituallas ricas en fécula y sal, pero los marineros comen y beben mejor de como lo harían en tierra firme. El cocinero personal de Penhaligon, Jonas Jones, da unas palmadas para captar la atención de la cocina.

—Las apuestas están cerradas, chicos.

—¡Pues que empiece el baile! —declara Chigwin.

Chigwin y Jones agitan sendas gallinas en el aire hasta aterrorizarlas.

Los diez o doce presentes corean al unísono: A la una, a las dos, ¡y a las tres!

Chigwin y Jones degüellan a las gallinas con unas tijeras de podar y las dejan en el suelo. Los hombres animan a los cuerpos decapitados que escupen chorros de sangre, se trastabillan y baten las alas. Medio minuto después, cuando la gallina de Jones aún patalea tumbada sobre un costado, el árbitro declara que la de Chigwin «es pájaro muerto, chicos». Las monedas pasan de manos de los apostantes cernidos a las de los sonrientes, y las aves se arrojan a los bancos para su desplume y destripe.

Penhaligon podría castigar a los sirvientes acusándolos de algo tan insustancial como «irreverencia hacia la cena de los oficiales», pero deja atrás la cocina y continúa hasta la enfermería. Los mamparos no llegan del todo al techo, lo que permite que entre la luz y salgan los vapores deletéreos.

—No, no, no, cabeza de alcornoque, es así…

El que habla es Michael Tozer, otro nativo de Cornualles al que Charlie, el hermano del capitán, enroló como voluntario en el Dragón, el bergantín en el que Penhaligon fue teniente de fragata hace diez años. Los diez hombres del grupo de Tozer —todos ellos ya cabos de mar— han seguido desde entonces a su patrón. Con voz rota y desafinada, Tozer se arranca a cantar:

*¿No ves que llegan los barcos?*
*¿No los ves a toda vela?*
*¿No ves que llegan los barcos?*
*¿Con su botín en la estela?*
*Ay, mi bravo marinero,*

*Ay, mi valiente del mar,*
*Cómo quiero a mi marinero,*
*Qué alegre y contento estará.*

—Has de saber que no era «contento», Michael Tozer —objeta una voz—, era «dichoso».

—«Contento», «dichoso», ¿qué carajo importa? Lo que importa es lo que viene después, así que cierra el pico:

*Los marineros se llevan la plata,*
*Los soldados, sólo galones;*
*Dame un marinero borracho,*
*Los soldados, a los tiburones.*
*Ay, mi bravo marinero,*
*Ay, mi valiente del mar,*
*Cómo quiero a mi marinero,*
*Soldadito, vete a cagar.*

—Eso es lo que cantan las putas de Gosport, lo sé porque después del Glorioso Primero de Junio me agencié una y le hinqué el tenedor en el bizcocho…

—Aunque por la mañana —dice la otra voz— se había largado con tu paga.

—Esa no es la cuestión: la cuestión es que vamos a desplumar a un mercante holandés cargado con el cobre más rojo y dorado del mundo.

El capitán Penhaligon se agacha para entrar en la enfermería. Los seis pacientes acostados dan un respingo y se cuadran con aire culpable, mientras el asistente del cirujano, un londinense picado de viruelas llamado Rafferty, se pone de pie y deja a un lado la bandeja con los tenáculos y las escofinas que estaba lubricando.

—Buenas tardes, señor: el cirujano está en el sollado. ¿Lo mando llamar?

—No, señor Rafferty: sólo estoy de ronda. ¿Se encuentra mejor, señor Tozer?

—No puedo decir que tenga el pecho mejor que la semana pasada, señor, pero doy gracias por seguir en este mundo. Fue una caída bastante fea para alguien desprovisto de alas. Ha dicho el señor Waldron que me hará un hueco en uno de sus cañones, así que voy a tener la oportunidad de aprender un nuevo oficio y todo.

—Así se habla, Tozer, así se habla. —Penhaligon se dirige al joven vecino de Tozer—. Jack Fletcher, ¿me equivoco?

—Jack Thatcher, señor, con su permiso.

—Disculpe, Jack Thatcher, ¿y qué le trae por la enfermería?

Rafferty contesta por el ruborizado muchacho:

—Gajes de la pasión, señor.

—¿Gonorrea? Un recuerdo de Penang, sin duda. ¿Cuán avanzada?

Vuelve a responder Rafferty:

—Doña Culebra está más morada que el birrete de un obispo, señor, y no para de supurar requesón. Además, tiene empañado el «monóculo» y Jack pasa las de Caín para hacer aguas menores, ¿verdad, muchacho? Le hemos administrado mercurio, pero todavía tendrá que esperar un poco antes de volver a la jarana…

La culpa, reflexiona Penhaligon, es de la Marina, que con su política de cobrar a los marineros los costes del tratamiento de las enfermedades venéreas, los anima a probar todos los remedios del curanderismo tradicional antes de recurrir al cirujano de a bordo. Cuando me hagan miembro de la Cámara de los Lores, piensa Penhaligon, rectificaré este disparate mojigato. El capitán también contrajo en su día el mal francés, en unos baños exclusivos para oficiales de la isla de San Cristóbal, y tenía tanto miedo y tanta vergüenza que no acudió al cirujano del Trincomalee hasta que el simple acto de orinar se convirtió en el más atroz de los martirios. De haber sido un suboficial le habría participado esa historia a Jack Thatcher, pero un capitán nunca debe dar pie al menoscabo de su autoridad.

—Espero, Thatcher, que haya aprendido lo caro que salen los embelecos de una buscona.

—Tardaré en olvidarlo, señor, lo juro.

Y aun así te encamarás con otra, prevé Penhaligon, y con otra, y con otra… El capitán charla brevemente con los demás pacientes: un marinero de agua dulce enrolado a la fuerza en San Ives, que tiene fiebre y cuyo pulgar aplastado tal vez haya que amputar; un nativo de las Bermudas, más afortunado, con los ojos vidriosos por el dolor que le causa un absceso en la muela; y un shetlandés con más barba que cara y un grave cuadro de elefantiasis en los testículos, inflados como dos mangos.

—Estoy sano como una manzana podrida —afirma—. Gracias por preguntar, capitán.

Penhaligon se levanta y hace ademán de marcharse.

—Dispense, señor —dice Michael Tozer—, ¿le importaría dirimir una discusión que nos traemos?

El capitán siente un pinchazo en el pie.

—Si soy capaz, señor Tozer.

—Los marineros que convalecen en la enfermería, ¿siguen teniendo derecho a su parte de la recompensa por capturar un barco enemigo?

—Según el reglamento naval, al cual me atengo, la respuesta es sí.

Tozer mira con rabia a Rafferty como diciendo: «¿Lo ves?». Penhaligon está tentado de citar el refrán sobre el pájaro en mano y ciento volando, pero se marcha dejando intacta la moral en alza del *Febo*.

—Bien pensado —le dice al asistente—, hay diversas cuestiones que me gustaría

consultar con el cirujano Nash. ¿Decía usted que seguramente esté abajo, en su camarote?

Un hedor indefinido ahoga al capitán mientras baja a la primera cubierta, tambaleándose en cada peldaño. El lugar es oscuro, frío y húmedo en invierno, y oscuro, caluroso y asfixiante en verano: los marineros lo califican de «acogedor». En los navíos de tripulación descontenta se aconseja a los oficiales malquistos que no se alejen demasiado de las escaleras de cámara, pero John Penhaligon no tiene excesivas preocupaciones al respecto. La guardia de babor, unos ciento diez hombres, está cosiendo o tallando en los pozos de luz tenue que se filtra desde lo alto, o gimoteando, o afeitándose, o acurrucándose para echar una cabezada en «camarotes» improvisados entre los arcones, pues durante el día está prohibido colgar los coys. Los zapatos y hebillas del capitán delatan su llegada; se oye un grito:

—¡Capitán en el puente, muchachos!

Los marineros más cercanos se cuadran y el capitán agradece que al menos disimulen el malestar que pueda causarles su intrusión. También él disimula el dolor que siente en el pie.

—Estoy bajando al sollado, muchachos. Sigan con lo que…

—¿Necesita una linterna o alguien para apoyarse, señor? —le pregunta uno de los hombres.

No hace falta. Puedo orientarme en las entrañas de mi *Febo* con los ojos cerrados.

Penhaligon sigue bajando hacia el sollado. Apesta a agua de sentina, aunque no a cadáveres en descomposición, como un navío francés capturado que en su día tuvo que inspeccionar. El agua gorgotea, al mar se le mueven las tripas, y las bombas de achique chapalean y ingurgitan. Al llegar abajo, Penhaligon suelta un gruñido y avanza casi a tientas por el angosto corredor. Sus dedos reconocen el pañol de la pólvora y el del queso; el del aguardiente, con su aparatoso candado; el camarote del señor Woods, el agobiado maestro de los más jóvenes; el pañol de cabuyería, el botiquín del cirujano y, por último, un camarote del tamaño de su excusado. Hay un destello de luz amarillenta y se oye moverse unas cajas.

—Soy yo, señor Nash, el capitán.

—Capitán. —La voz de Nash es un ronco silbido con acento del sudoeste de Inglaterra—. Qué sorpresa.

En su cara de topo iluminada por la lámpara no se aprecia el menor indicio de sorpresa.

—Me ha dicho el señor Rafferty que podría encontrarlo aquí.

—Sí, he bajado a por sulfuro de plomo. —El cirujano coloca una manta doblada en el arcón a modo de cojín—. Aligérese los pies, si le apetece. La gota vuelve a la carga, ¿verdad, señor?

El capitán, con su altura, colma por entero el minúsculo camarote.

—¿Tan evidente resulta?

—Instinto profesional, señor… ¿Me permite inspeccionar la zona?

Con cierto embarazo, el capitán se quita la bota y el calcetín, y apoya el pie en un baúl. Nash acerca la lámpara —tiene el mandil tieso por la sangre seca— y observa con el ceño fruncido los bultos amoratados de Penhaligon.

—Un tofo inflamado en el metatarso… pero de momento nada de secreciones, ¿no?

—Por ahora no, pero el condenado es idéntico al del año pasado por estas fechas.

Nash aprieta el bulto y Penhaligon, presa del dolor, suelta una patada.

—Cirujano, no puedo permitirme afrontar inválido la misión de Nagasaki.

Nash se limpia las gafas con las mugrientas bocamangas de la camisa.

—Voy a recetarle la cura de Dover: en Bengala le aceleró la recuperación, y ahora podría retardarle el ataque. Y también quiero sacarle seis onzas de sangre, para reducir la fricción contra las arterias.

—No perdamos más tiempo.

Penhaligon se quita la chaqueta y se remanga la camisa mientras Nash vierte líquidos de tres frascos distintos. Nadie podría acusar al cirujano de ser uno de esos médicos que, de vez en cuando, se ven en la Armada, individuos que adornan las salas de oficiales con su erudición y salero, pero el imperturbable devoniano es capaz de amputar un miembro por minuto durante los combates, arranca las muelas con mano firme, no deforma sus anécdotas más de lo aceptable, y nunca les sopla a los marineros las quejas de los oficiales.

—Refrésqueme la memoria, señor Nash, ¿de qué se compone el Dover?

—Es una variante del polvo de ipecacuana, señor, hecha de opio, ipecacuana, nitrato de potasio, tártaro y orozuz. —El galeno mide una espátula de un polvo claro —. Si fuese usted un fulano cualquiera, añadiría castóreo, lo que en la cofradía médica se conoce como aceite de hígado de bacalao, y enseguida se sentiría curado. Pero este truco no suelo practicarlo con los oficiales.

El barco se balancea y la tablazón cruje como un granero en un vendaval.

—¿Nunca se ha planteado hacerse boticario en tierra firme, señor Nash?

—No, señor.

Nash no sonríe por el cumplido.

—Me imagino una hilera de frascos de porcelana con la etiqueta «elixir patentado de Nash».

—A los hombres de comercio, señor… —Nash cuenta las gotas de láudano que deja caer en el vaso de precipitados—… les extirparon la conciencia al nacer. Más vale un honrado ahogamiento que una muerte lenta a consecuencia de la hipocresía, las leyes o las deudas. —El cirujano mezcla el preparado y tiende el vaso a su

paciente—. De un solo trago, capitán.

Penhaligon obedece y hace una mueca.

—Tal vez estaría mejor con un poco de aceite de hígado de bacalao.

—Le llevaré una dosis todos los días, señor. Vamos con la sangría.

Nash saca una lanceta oxidada y una sangradera, y agarra el brazo del capitán.

—Es la hoja más afilada que tengo: no sentirá na…

Penhaligon aprieta los dientes para reprimir un ¡Ay!, una blasfemia y un escalofrío de dolor.

—… da. —El cirujano inserta el catéter para evitar que se forme una costra—. Ahora le pido…

—Que me quede quieto. Ya lo sé.

Las lentas gotas de sangre forman un charco en la sangradera.

Para distraerse del goteo, Penhaligon piensa en la cena.

• • •

Los informantes a sueldo —declara el teniente Hovell, después de que se hayan llevado medio borracho a su camarote a Daniel Snitker, para que se reponga de la pantagruélica cena— sirven exactamente el plato… —el barco oscila, da bandazos y los faroles de los mamparos giran en sus cardanes—… que más desean comer sus patrones. Mi padre, cuando era embajador en La Haya, daba más valor a la palabra de un informante honrado que a las declaraciones juradas de diez espías a sueldo. Con esto no quiero decir que Snitker esté engañándonos; pero haríamos bien en no creernos una sola de sus «informaciones reservadas» sin antes corroborarla; en particular esa risueña predicción de que los nipones se quedarán mirando sin decir ni pío mientras nos apoderamos de las propiedades de sus viejos aliados.

Penhaligon hace una señal con la cabeza y Chigwin y Jones comienzan a recoger los platos.

El comandante Cutlip, tan sólo un grado o dos menos colorado que la chaqueta de su uniforme, succiona una última brizna de carne de su muslo de pollo, y dice:

—La Guerra Europea les trae sin cuidado a los malditos asiáticos.

—Una opinión —rebate Hovell— que los malditos asiáticos podrían no compartir, comandante.

—Pues habrá que… —Cutlip da un resoplido—… enseñarles a compartirla, señor Hovell.

—Supongamos que el reino de Siam tuviese, por ejemplo, una factoría en Bristol…

Cutlip mira al teniente de fragata Wren con una sonrisa de triunfo.

—… en Bristol —prosigue sin amilanarse Hovell— desde hace un siglo y medio, y que un buen día llegase un junco de guerra chino, se adueñase de los bienes de

nuestros aliados sin pedir permiso y anunciase a Londres que, en lo sucesivo, ellos ocuparían el lugar de los siameses. ¿Aceptaría el gobierno del señor Pitt semejantes condiciones?

—La próxima vez —dice Wren— que los críticos del señor Hovell se burlen de su falta de sentido del humor…

Penhaligon tira el salero y se echa una pizca de sal por la espalda.

—… ¡los desconcertaré con esta fantasía suya de una factoría siamesa en Bristol!

—Es una cuestión de soberanía —declara Robert Hovell—. La comparación es pertinente.

Cutlip blande el muslo de pollo.

—Si algo aprendí en los ocho años que pasé en Nueva Gales del Sur es que conceptos eruditos como «soberanía», «derechos», «propiedad», «jurisprudencia» o «diplomacia» significan una cosa para los blancos y otra para las razas salvajes. El pobre Phillips se dejó la piel para «negociar» con el revoltijo de negros subdesarrollados que se encontró en la bahía de Sidney. ¿Acaso sus elevados ideales evitaron que aquellos gandules de mierda nos rapiñasen las provisiones como si fuesen los dueños del lugar? —Cutlip escupe en la escupidera—. Los que garantizan la ley en las colonias son los ingleses de pelo en pecho y los mosquetes de Londres, no una «diplomacia» pusilánime; y serán veinticuatro piezas de artillería y cuarenta infantes de Marina bien adiestrados los que se impongan también en Nagasaki. Lo único que cabe esperar —añade, guiñándole un ojo a Wren— es que la deliciosa compañía amorosa de que gozó el teniente en Bengala no haya teñido de amarillo su inmaculada raigambre caucásica, ¿eh?

¿Qué historia es esa, gruñe Penhaligon para sus adentros, de los infantes de Marina?

Una botella se desliza por la mesa y va a parar a las jóvenes manos de Talbot, el alférez de navío.

—Su comentario —pregunta Hovell con absoluta serenidad— ¿pone en cuestión mi valor como oficial de Marina, o es mi lealtad al rey lo que está menospreciando?

—Vamos, Robert: Cutlip te conoce —a veces, piensa Penhaligon, más que un capitán, soy una institutriz— demasiado bien para pensar ninguna de esas dos cosas: sólo estaba… sólo…

—Gastándole una broma cómplice y afectuosa —dice el teniente Wren.

—¡Ha sido un chiste de lo más trivial! —protesta Cutlip, poniéndose encantador —. Una broma cómplice…

—Una ocurrencia aguda —dictamina Wren— pero sin la menor malicia.

—… y me disculpo incondicionalmente —añade Cutlip— por cualquier ofensa que haya podido causar.

Las disculpas más inmediatas, observa Penhaligon, son las que menos valen.

—El comandante Cutlip debería tener cuidado con sus agudas ocurrencias —dice Hovell—, no vaya a pincharse.

—¿Pretende usted, señor Talbot —pregunta Penhaligon—, llevarse esa botella de tapadillo?

Por un instante, el alférez se toma la pregunta en serio, pero enseguida sonríe aliviado y llena las copas de los comensales. Penhaligon manda a Chigwin que traiga otras dos botellas de Chambolle Musigny. El mayordomo se sorprende de tanta generosidad a esas alturas de la cena, pero va a por ellas.

—Si nuestro único objetivo en Nagasaki —Penhaligon tiene la impresión de que se impone emitir un dictamen— fuese el de expropiar la Jan Compagnie, podríamos ser tan directos como preconiza el comandante. Nuestras órdenes, sin embargo, nos obligan a negociar un tratado con los japoneses. Debemos ser diplomáticos amén de guerreros.

Cutlip se mete el dedo en la peluda nariz.

—No hay mejor diplomacia que la de las armas, capitán.

Hovell se limpia los labios.

—La beligerancia no impresionará a estos nativos.

—¿Acaso sometimos a los indios a base de gentileza? —tercia Wren, recostándose en el asiento—. ¿Los holandeses conquistaron a los javaneses regalándoles queso de Edam?

—La analogía no se sostiene —arguye Hovell—. Japón está en Asia pero no es Asia.

Wren pregunta:

—¿Otro de sus aforismos gnósticos, teniente?

—Hablar de «indios» o «javaneses» es abusar de un concepto europeo: en realidad, se trata de un mosaico de pueblos fisibles y divisibles. Por el contrario, Japón lleva cuatrocientos años unificado, y expulsó a españoles y portugueses en el apogeo del poder ibérico…

—Ponga a nuestra artillería, nuestros proyectiles y nuestros fusileros frente a frente con sus pintorescos espadachines medievales y…

Con las manos y la boca, el comandante imita una explosión.

—Pintorescos espadachines medievales —replica Hovell— a los que usted no ha visto nunca.

Prefiero tener teredos en el casco, piensa Penhaligon, que oficiales a la greña.

—No más que usted, señor Hovell —dice Wren—. Snitker, en cambio…

—Snitker está loco por recuperar su pequeño reino y humillar a los usurpadores.

En la cámara situada justo debajo, el violín del señor Waldron ataca una jiga.

Por fin hay alguien, piensa Penhaligon, que disfruta de la velada.

El alférez Talbot hace amago de decir algo pero vuelve a cerrar la boca.

Penhaligon dice:

—¿Desea decir algo, señor Talbot?

El joven se pone nervioso bajo tantas miradas.

—Nada de importancia, señor.

A Jones se le cae un plato lleno de cubiertos con un enorme estrépito.

—A propósito —Cutlip transfiere un moco desde su dedo al mantel—, he oído a un par de marineros de Cornualles, capitán, que contaban un chiste sobre la tierra natal del señor Hovell: lo cuento tal cual sin miedo de ofender, ahora que sabemos que el teniente es lo bastante hombre como para disfrutar de una broma afectuosa: «¿Cómo se fabrica a un natural de Yorkshire?».

Robert Hovell se gira el anillo de boda en el dedo.

—¡«Coges a un escocés y le quitas la generosidad»!

El capitán se arrepiente de haber pedido las botellas del 91.

¿Por qué todo, se pregunta Penhaligon, tiene que girar siempre en círculos a lo tonto?

# XXIX

## Un lugar indefinido

*Una hora indefinida*

Jacob de Zoet sigue al chiquillo de la antorcha a lo largo de un canal hediondo y, después, hasta el interior de la nave de la iglesia de Domburgo. Geertje deja un ganso asado en el altar. El niño, de ojos asiáticos y pelo de cobre, recita:

—Inclinaré al proverbio mi oído, papá; declararé con el arpa mi enigma.

Jacob está horrorizado. ¿Un hijo ilegítimo? Se vuelve hacia Geertje, pero en su lugar se encuentra a la avinagrada casera de la pensión donde se alojaba en Batavia.

—Ni siquiera sabes quién es la madre, ¿verdad?

A Unico Vorstenbosch todo esto le parece sumamente gracioso y arranca una tajada del ganso, que está medio comido. El ave levanta la cabeza y recita:

—Sean disipados como aguas que corren; cuando disparen sus saetas, sean hechas pedazos.

El ganso sale volando a través de unos bambúes, entre barras oblicuas de oscuridad tenue y oscuridad oscura, y Jacob vuela también, hasta llegar a un claro donde la cabeza de Juan el Bautista lanza miradas torvas desde su plato de porcelana de Delft.

—¡Dieciocho años en el Oriente y lo único que tiene es un bastardo mestizo!

¿Dieciocho años? Jacob repara en la cifra. Dieciocho…

El *Shenandoah,* piensa, zarpó hace menos de un año…

La soga que lo liga al averno se rompe, y se despierta al lado de Orito. Alabado sea Dios misericordioso, se ha despertado en la Casa Alta…

… donde todo es exactamente lo que parece.

Tras la noche de amor, Orito tiene el pelo revuelto.

El polvo es oro a la luz del alba; un insecto afila sus bisturíes.

—Soy tuyo, amada mía —susurra Jacob, y le besa la quemadura…

Las esbeltas manos de Orito, sus hermosas manos, se despiertan y le palpan los pezones…

Cuánto has sufrido, piensa Jacob, pero ahora estás aquí, y yo te curaré.

… le palpan los pezones, y le rodean el ombligo, y le masajean las ingles, y…

—Que pasen todos como la babosa que se deshace…

Los ojos purpúreos de Orito se abren de par en par.

Jacob trata de despertarse pero el cable de hierro le estrecha con fuerza el cuello.

—… y, como el aborto —recita el cadáver— de una mujer…

El holandés está cubierto de babosas… la cama, la alcoba, Deshima, todo son

babosas…

—… como el aborto de una mujer, no vean el sol.

Jacob se incorpora, completamente despierto, con el corazón desbocado. Estoy en la Casa de las Glicinias y anoche me acosté con una prostituta. Ahí está ella, roncando como si tuviese un ratoncillo en la garganta. El aire es cálido y apesta a sexo, tabaco, ropa sucia y al olor a col recocida que viene del orinal. La luz de la Creación resplandece pura en la ventana de papel. Del cuarto contiguo llegan golpes y risitas amorosas. Jacob piensa en Orito y Uzaemon con un sentimiento de culpa de diversa gradación, y cierra los ojos; pero entonces los ve con más nitidez —Orito encerrada, sembrada y cosechada; Uzaemon descuartizado—, y piensa: por tu culpa, y abre los ojos. Pero la mente no tiene párpados que cerrar ni oídos que taponar, y Jacob recuerda el anuncio hecho por el intérprete Kobayashi de que Ogawa Uzaemon había sido asesinado por unos bandidos de montaña mientras se dirigía en peregrinación a la ciudad de Kashima. El señor abad Enomoto había dado caza a los once forajidos responsables de la atrocidad y los había torturado hasta matarlos, pero ni siquiera la venganza, declaró Kobayashi, puede devolver la vida a los difuntos. El administrador Van Cleef envió el pésame de la Compañía a Ogawa el Viejo, pero el intérprete no volvió nunca más a Deshima, y nadie se sorprendió al enterarse, poco tiempo después, de que había muerto. Cualquier rastro de duda que aún pudiese albergar De Zoet de que el asesino de Uzaemon era Enomoto se disipó al cabo de unas pocas semanas, cuando Goto Shinpachi informó que el incendio de la víspera, en la ladera oriental, había comenzado en la biblioteca de la vieja residencia de los Ogawa. Esa noche, a la luz de la lámpara, Jacob sacó de debajo de los tablones el tubo del pergamino y dio inicio a la labor intelectual más ardua de su vida. El texto no era largo —el título y las doce frases sumaban poco más de trescientos caracteres —, pero Jacob tuvo que adquirir el vocabulario y la gramática en el más absoluto secreto. Ninguno de los intérpretes se habría arriesgado a que lo pescasen enseñando japonés a un extranjero, aunque Goto Shinpachi respondía de vez en cuando a las preguntas espontáneas de Jacob acerca de palabras concretas. Sin el conocimiento de los idiomas orientales que posee Marinus, la tarea habría sido imposible, pero Jacob no se atrevía a enseñarle el pergamino al médico por miedo a involucrar a un amigo. Tardó doscientas noches en descifrar los credos de la Orden del monte Shiranui, noches que se hicieron más oscuras conforme Jacob se acercaba a las revelaciones. Y ahora que he terminado el trabajo, se pregunta, ¿cómo hace un extranjero sometido a estrecha vigilancia para transformarlo en justicia? Le haría falta el oído compasivo de un hombre tan poderoso como el magistrado para tener la más remota posibilidad de ver a Orito libre y a Enomoto juzgado. ¿Qué suerte correría, se pregunta, un chino en Midelburgo que intentase procesar al duque de Zelanda por inmoralidad e

infanticidio?

De repente, el hombre de la habitación contigua exclama:

—¡*Oh, oh, Mijn God, Mijn God*!

Melchior Van Cleef: Jacob se pone colorado y espera que su chica no se despierte.

El pudor del día después, se ve obligado a reconocer, es la culpa de los hipócritas.

El condón de tripa de cabra está encima de un papel cuadrado, junto al futón.

Es un objeto repulsivo, piensa Jacob. Igual que yo, la verdad…

Jacob piensa en Anna. Debe anular la promesa que se hicieron.

Esa chica dulce y bondadosa, decide estoicamente, se merece un marido como Dios manda.

El escribano se imagina la alegría de su padre cuando ella le dé la noticia.

Puede que ella ya revocase la promesa, admite, hace meses…

El hecho de que este año no llegase el barco de Batavia ha significado que no haya ni temporada comercial ni cartas…

En la calle, un aguador grita:

—*O-miiizu, O-miiizu, O-miiizu.*

… y la amenaza de insolvencia se cierne cada vez más sobre Deshima y Nagasaki.

Melchior Van Cleef llega a su «OOOOOOoOoOoooo…».

No te despiertes, suplica Jacob a la mujer durmiente, no te despiertes, no te despiertes…

Se llama Tsukinami, «Onda de luna»: a Jacob le gustó la timidez de la chica.

Aunque la timidez, sospecha, también puede aplicarse con polvos y afeites.

Cuando se quedaron solos, Tsukinami lo felicitó por su japonés.

Espera no haberla repugnado. La chica calificó sus ojos de «decorativos».

Y le pidió permiso para cortarle un mechón de su pelo cobrizo como recuerdo.

Tras el clímax, Van Cleef ríe como un bucanero que ve a su adversario despedazado por los tiburones.

¿Es esta la vida de Orito, Jacob siente un escalofrío, según la describe el pergamino de Ogawa?

Los molinos de su conciencia muelen, muelen y muelen…

La campana del templo de Ryûgayi da la hora del conejo. Tras vestirse los bombachos y la camisa, Jacob se echa un poco de agua de la jarra, bebe y se lava, y abre la ventana. El panorama es digno de un virrey: Nagasaki desciende, por callejas escalonadas y tejados descollantes, en tonos pardos, ocres y marengos, hasta la Magistratura, que parece un arca, Deshima y, finalmente, el desidioso mar…

El intérprete obedece al impulso travieso de caminar haciendo equilibrios por el caballete del tejado.

Sus pies desnudos se agarran a las frías tejas: hay una carpa esculpida de la cual

sujetarse.

El sábado dieciocho de octubre del año mil ochocientos es sereno y azul.

Los estorninos vuelan formando nebulosas: como un niño de cuento, Jacob se muere por unirse a ellos.

O si no, sueña despierto, que mis ojos redondos se conviertan en óvalos nómadas…

Del oeste al este, el cielo pliega y despliega su atlas de nubes.

… mi piel rosácea se convierta en oro mate; mis aberrantes cabellos en un negro razonable…

De un callejón llega el traqueteo de un carro de basura a amenazar su fantasía.

… y mi zafio cuerpo en uno de los suyos… garboso y ágil.

Ocho caballos de librea avanzan por una calle. Resuena el eco de sus cascos.

¿Hasta dónde llegaría, se pregunta Jacob, si echase a correr, encapuchado, por las calles?

… subiendo a través de los arrozales, hasta las montañas fruncidas, pliegues dentro de pliegues.

No tan lejos como el feudo de Kyôga, piensa Jacob. Alguien porfía con una ventana.

Se prepara para que un oficial preocupado le ordene volver adentro.

—¿Encontró anoche el gallardo caballero De Zoet el toisón de oro?

Un peludo Van Cleef en cueros sonríe de oreja a oreja.

—Fue… —no por méritos míos, piensa Jacob— fue lo que fue, señor.

—Oh, habló el Padre Calvino. —Van Cleef se pone los bombachos y sale por la ventana para unírsele con una jarra enganchada en el pulgar: no está borracho, espera Jacob, pero tampoco sobrio del todo—. Nuestro Padre Divino os creó a todos, amigo, a su imagen y semejanza, partes pudendas incluidas, ¿miento?

—Somos criaturas de Dios, sí, pero las Sagradas Escrituras son claras al respecto de…

—Oh, el legítimo matrimonio, sí, sí, en Europa perfecto, pero aquí… —Van Cleef señala Nagasaki con un gesto de director de orquesta—… ¡aquí uno tiene que improvisar! El celibato es de vegetarianos. Como descuides el boniato, y esto es un hecho médico comprobado, se te marchita y se te cae de cuajo, y ya me dirás entonces qué futuro…

—Eso no es —Jacob casi sonríe— un hecho médico comprobado, señor.

—… qué futuro le espera en la isla de Walcheren al hijo pródigo sin su herramienta —Van Cleef bebe de la jarra y se limpia la boca con el antebrazo—. ¡Soltería y una muerte sin herederos! ¡Abogados dándose un festín con tus propiedades como cuervos en un cadalso! Esta buena casa —da una palmada en la teja del caballete— no es un antro de perdición sino un balneario para nutrir futuras

cosechas. Te pondrías la armadura que nos instó a usar Marinus, ¿no? Pero qué cosas digo. Claro que te la pusiste.

La chica de Van Cleef los observa desde las profundidades de su cuarto.

Jacob piensa en los ojos de Orito, justo ahora.

—Por fuera, una linda mariposita… —Van Cleef suspira y Jacob se teme que su superior está más borracho de lo que pensaba: una caída podría saldarse con un cuello roto—… pero le quitas el envoltorio y te encuentras las decepciones de siempre. No es culpa de la chica, sino de Gloria, el albatros que llevo colgado del cuello… Pero ¿por qué habrías de querer escucharme, muchacho, si aún no te han roto el corazón? —El administrador se queda mirando el rostro del cielo mientras la brisa mece el mundo—. Gloria era mi tía. Nací en Batavia, pero me enviaron a Ámsterdam a aprender las artes de la buena sociedad: a declamar latinajos, a bailar como un pavo real y a hacer trampas con los naipes. La fiesta terminó al cumplir veintidós años, cuando me embarcaron de vuelta a Java con mi tío Theo. El tío Theo había viajado a Holanda para entregar en la Casa de las Indias Orientales los embustes anuales del Gobernador General —por aquel entonces los Van Cleef estábamos bien relacionados —, sobornar a unos cuantos y casarse en cuartas o quintas nupcias. El lema de mi tío era «la raza lo es todo». Tuvo media docena de hijos con sus criadas javanesas, pero no reconoció a ninguno, y lanzaba funestas advertencias contra la fusión de las diferentes razas creadas por Dios en una sola cepa digna de un chiquero.

Jacob se acuerda del hijo de su sueño. El viento preña las velas de un junco chino.

—Sus herederos legítimos, declaraba mi tío, habrían de ser hijos de madres «con sello de pureza», o sea, flores de piel blanca y mejillas sonrosadas de la Europa protestante, porque todas las mujeres nacidas en Batavia tenían orangutanes brincando por las ramas del árbol genealógico. Por desgracia, todas sus anteriores esposas habían muerto a los pocos meses de llegar a Java. La miasma acababa con ellas, ya sabes. Pero Theo era todo un seductor, un seductor rico, y hete aquí que entre mi camarote a bordo del Enkhuizen y el de mi tío estaba el de la nueva señora Van Cleef. Mi «tía Gloria» tenía cuatro años menos que yo y un tercio de la edad de su ufano esposo…

Abajo, un vendedor de arroz abre la tienda para empezar la jornada.

—¿Para qué molestarme en describir una belleza en flor? Ninguna de las bigotudas mujerzuelas de nabab que viajaban en el Enkhuizen le llegaban a la suela de los zapatos, y antes de doblar la Bretaña, todos los hombres casaderos —y muchos que no lo eran— habían empezado a dedicar más atenciones a tía Gloria de lo que su marido hubiese deseado. A través de la delgada pared de mi camarote me llegaban las advertencias que le hacía mi tío: no le sostengas la mirada a fulano, no le rías los chistecitos a mengano. Ella respondía: «Si, señor», dócil como una cervatilla, y acto seguido le permitía cumplir con sus deberes conyugales. ¡Mi imaginación, De Zoet,

era mejor que una mirilla! Después, cuando el tío Theo se volvía a su cubículo, Gloria lloraba, tan delicada, tan silenciosamente, que nadie más que yo la oía. La chica, obviamente, no había tenido ni voz ni voto en el matrimonio, y Theo sólo le había permitido llevarse una doncella, una niña llamada Aagje; costaba lo mismo un pasaje de segunda que cinco esclavas en Batavia. Ten en cuenta que Gloria apenas había ido más allá del canal de Singel. Java estaba tan lejos como la luna. Más, de hecho, porque la luna, al menos, se ve desde Ámsterdam. A la mañana siguiente, me mostraba amable con mi tía…

En un jardín, unas mujeres tienden la colada en un enebro.

—El Enkhuizen sufrió de lo lindo en el Atlántico —Van Cleef se vierte en la lengua las últimas gotas de cerveza iluminadas por el sol—, de modo que el capitán decidió parar un mes en el Cabo para hacer reparaciones. Con el fin de proteger a Gloria de las miradas de la plebe, el tío Theo alquiló unos aposentos en la villa de las hermanas Den Otter, encima de la Ciudad del Cabo, entre Lion's Head y Signal Hill. El camino de seis millas era un cenagal cuando llovía, y un suplicio para los caballos en la estación seca. En su día, las Den Otter habían sido una de las familias más ilustres de la colonia, pero a finales de los setenta el estuco de la villa, otrora famoso, se caía en pedazos, los huertos volvían a convertirse en África, y la plantilla de veinte o treinta sirvientes se había reducido a un ama de llaves, un cocinero, una doncella sobreexplotada y dos jardineros negros con canas que respondían al nombre de «chico». Las hermanas no tenían carroza, pero pidieron prestado el landó de la granja colindante, y empezaban casi todas las conversaciones diciendo «cuando vivía papá», o «cuando el embajador sueco venía de visita». Era para morirse, De Zoet, ¡para morirse! Pero la joven señora Van Cleef sabía muy bien lo que su marido quería oír, y afirmaba que la villa era tranquila, segura y de un gótico encantador, y las hermanas Den Otter «un filón de sabiduría e historias edificantes». Nuestras caseras se vieron indefensas ante los halagos de la joven, su firmeza complacía al tío Theo, y su donaire… su hermosura… me volvió loco, De Zoet. Gloria era amor. El amor era Gloria.

Una niña diminuta salta como una rana flacucha alrededor de un caqui.

Echo de menos ver niños, piensa Jacob, y vuelve la mirada hacia Deshima.

—En nuestra primera semana en la villa, Gloria me encontró en un bosquecillo de agapantos desenfrenados y me dijo que fuese a decirle a mi tío que había coqueteado conmigo. No la había oído bien, estaba claro. Pero ella me repitió la orden: «Si eres mi amigo, Melchior, y ruego a Dios que lo seas, porque en este rincón salvaje no tengo a nadie más, ¡ve y dile a mi marido que te he confesado mis "sentimientos inapropiados"! Usa esas mismas palabras, pues parecerán salidas de tus labios». Objeté que no podía mancillar su reputación, ni ponerla en peligro de llevarse una paliza. Ella me aseguró que si no hacía lo que me pedía, entonces sí que se ganaría

una paliza. En fin, la luz en el bosquecillo era anaranjada, y ella me apretó la mano y me dijo: «Hazlo por mí, Melchior». Así que fui a buscar a mi tío.

De la chimenea de la Casa de las Glicinias surgen unos dedos de humo.

—Cuando el tío Theo oyó mi falso testimonio, concordó con mi caritativo diagnóstico: su esposa tenía los nervios trastornados por el viaje. Confuso y preocupado por lo que podría ocurrirle a Gloria al volver a la villa, salí a dar un paseo junto a la quebrada. Pero en el almuerzo, mi tío dio un discurso sobre la familia, la obediencia y la confianza. Después de bendecir la mesa, dio gracias a Dios por haberle enviado una mujer y un sobrino que encarnaban a la perfección esas virtudes cristianas. Las hermanas Den Otter, haciendo tintinear sus copas de coñac con sus cucharillas de apóstol, exclamaron: «¡Eso es! ¡Así se habla!». El tío Theo me dio una bolsa llena de guineas y me invitó a disfrutar durante dos o tres días de todos los placeres que la Taberna de los Dos Mares pudiese ofrecerme…

Abajo, un hombre sale por la puerta lateral del burdel. Ese soy yo, piensa Jacob.

—… pero yo prefería romperme un hueso antes que separarme de Gloria. Rogué a mi donante que me permitiese devolverle las guineas, pidiéndole que me dejase quedarme tan sólo con la bolsa, como acicate para llenarla, esa y diez mil más, con los frutos de mi ingenio. Todo el oropel y las bagatelas de Ciudad el Cabo, declaré, no valían una hora de la compañía de mi tío, y, si el tiempo nos lo permitía, ¿no podríamos jugar una partida de ajedrez? Mi tío no abría la boca y temí haberle dorado la píldora más de la cuenta, pero entonces dijo que, si bien casi todos los jóvenes eran unos petimetres descarados que se creían en el derecho inalienable de dilapidar en vicios la fortuna que con tantas fatigas habían amasado sus padres, a él el Cielo le había enviado una excepción en forma de sobrino. El hombre brindó por el mejor sobrino de la cristiandad y, olvidándose de disimular su torpe prueba de fidelidad conyugal, por «una esposa de verdad». Encareció a Gloria que criase sus futuros hijos teniéndome en mente como modelo, y su esposa de verdad dijo: «Que sean la viva imagen de nuestro sobrino, es poso». Theo y yo jugamos una partida de ajedrez, y tuve que echarle mucho ingenio, De Zoet, para dejarme ganar por semejante zoquete.

Una abeja zumba alrededor de la cara de Jacob y se va.

—Una vez demostrada mi lealtad y la de Gloria, mi tío se sintió en disposición de ingresar en la sociedad de Ciudad del Cabo. Este pasatiempo lo mantenía alejado de la villa durante la mayor parte del día, y, a veces, hasta lo obligaba a pasar la noche en la ciudad. A mí me encomendó la tarea de copiar documentos en la biblioteca. «Te invitaría a venir», me dijo, «pero quiero que los cafres de los alrededores sepan que en la villa hay un hombre blanco capaz de usar un mosquete». A Gloria la dejó con sus libros, su diario, el jardín y las «anécdotas edificantes» de las hermanas: un manantial que se secaba todos los días a eso de las tres de la tarde, cuando el coñac de la sobremesa las sumía en siestas insondables…

La jarra de Van Cleef echa a rodar tejas abajo, cae entre la armadura de la Casa de las Glicinias y se hace añicos contra el suelo del patio.

—La cámara nupcial de mis tíos estaba al final de un pasillo sin ventanas que salía de la biblioteca. Aquella tarde, lo reconozco, me costó más de lo normal concentrarme en la correspondencia… En mis recuerdos, el reloj de la biblioteca aparece mudo; quizá estuviese parado. Las oropéndolas cantan como un coro de lunáticos y oigo el clic de una llave… ese silencio saturado, como cuando uno está a la espera… y allí, al fondo, aparece su silueta. Ella… —Van Cleef se frota el rostro, quemado por el sol—… Me daba miedo que nos descubriese Aagje, pero ella me dijo: «¿No te has dado cuenta de que Aagje está enamorada del primogénito de la granja de al lado?», y entonces le digo que la amo, como la cosa más natural del mundo, y ella me besa y me confiesa que sólo logra soportar a mi tío imaginándose que él soy yo, y que lo de él es mío; y le pregunto: «¿Y si nace un niño?», y ella dice: «Chitón»…

En la calle de color barro echan carreras unos perros de color barro.

—Nuestro número de la mala suerte fue el cuatro. La cuarta vez que Gloria y yo nos acostamos, el tío Theo se cayó del caballo bajando a Ciudad del Cabo. Volvió andando a la villa y no lo oímos llegar. Yo estaba dentro de Gloria, desnudo como la seda, y un instante después seguía desnudo como la seda pero cubierto de los añicos del espejo que mi tío me había arrojado. Me dijo que me rompería el cuello y echaría mi cadáver a los animales. Me dijo que bajase a la ciudad, retirase cincuenta florines de su agente, y me asegurase de estar demasiado enfermo para subir a bordo cuando el Enkhuizen zarpase rumbo a Batavia. Por último, juró que si me había dejado algo dentro de esa puta, su mujer, se lo sacaría con una cuchara. Para vergüenza mía, o no, no lo sé, me marché sin despedirme de Gloria. —Van Cleef se mesa la barba—. Dos semanas después vi zarpar al Enkhuizen. Cinco semanas después me embarqué en el Huis Marquette, un bergantín roído de gusanos cuyo piloto hablaba con los muertos y cuyo capitán sospechaba que hasta el perro de a bordo urdía motines. Bien, tú has cruzado el índico así que te ahorro la descripción: eterno, siniestro, negro como la obsidiana, colérico, monótono… Al cabo de siete semanas de travesía, gracias a Dios y no al piloto ni al capitán, fondeamos en Batavia. Eché a andar junto al apestoso canal, armándome de valor para afrontar la paliza de mi padre, un duelo con Theo, recién llegado con el Enkhuizen, y la desheredación. No vi ninguna cara conocida ni ninguna cara conocida me vio a mí (diez años es mucho tiempo), y llamé a la menguada puerta del hogar de mi niñez. Mi vieja nodriza, arrugada ya como una nuez, abrió la puerta y pegó un grito. Recuerdo a mi madre llegar corriendo de la cocina. Llevaba en la mano un búcaro de orquídeas. Lo siguiente que recuerdo es el búcaro hecho mil pedazos y a mi madre desplomada contra la pared. Di por hecho que el tío Theo me había convertido en persona non grata… Pero entonces me fijé en

que mi madre iba de luto. Le pregunté si mi padre estaba muerto y me dijo: «Tú, Melchior, tú estás muerto: te ahogaste». Entonces nos abrazamos entre sollozos y me enteré de que el Enkhuizen había naufragado en un arrecife a una milla escasa del estrecho de la Sonda, en un mar radiante y salvaje, sin un solo superviviente…

—Lo siento, administrador —dice Jacob.

—El final más feliz fue el de Aagje. Se casó con el hijo del granjero y ahora posee tres mil cabezas de ganado. Cada vez que paso por el Cabo pienso en hacerle una visita de cortesía, pero al final nunca me animo.

En las inmediaciones resuenan gritos de júbilo. Una cuadrilla de carpinteros que trabajan en un edificio próximo ha descubierto a los dos extranjeros.

—¡Gaiyin-sama! —grita uno, con una sonrisa que se le sale de la cara.

Blande una regla de medir y les ofrece un servicio que hace troncharse de risa a sus compañeros.

—No lo he captado del todo —dice Van Cleef.

—Se ha ofrecido a medir el tamaño de su virilidad, señor.

—¿Ah, sí? Dile a ese granuja que le harían falta tres reglas como esa.

En las fauces de la bahía, Jacob divisa un rectángulo reverberante de rojo, blanco y azul.

No, piensa el escribano. Es un espejismo… o un junco chino, o…

—¿Te pasa algo, De Zoet? Parece que te hayas cagado en los calzones.

—Señor… hay un navío mercante entrando en la bahía o… ¿una fragata?

—¿Una fragata? ¿Quién ha mandado una fragata? ¿Qué bandera lleva?

—La nuestra, señor. —Jacob se agarra al tejado y da gracias por la miopía de su administrador—. La holandesa.

# XXX

## Sala del Último Crisantemo, Magistratura de Nagasaki

*Segundo día del noveno mes*

Enomoto, señor abad del feudo de Kyôga, coloca una piedra blanca en el tablero.

Una estación intermedia, observa el magistrado Shiroyama, entre su flanco septentrional…

Las sombras de los esbeltos arces estrían el tablero de madera dorada de *kaya*.

… y sus grupos orientales… ¿o será un ataque para distraer la atención? Las dos cosas…

Shiroyama creía estar haciéndose con el control cuando, en realidad, estaba perdiéndolo.

¿Dónde está el camino oculto, se pregunta, para revertir mis reveses?

—Nadie puede negar —comenta Enomoto— que vivimos tiempos difíciles.

Alguien podría afirmar, piensa Shiroyama, que quien vive tiempos difíciles eres tú.

—Un daimio menor de la meseta de Aso, que me pidió ayuda…

Desde luego, piensa el magistrado, tu discreción es impecable…

—… señaló que lo que nuestros abuelos llamaban «deuda» ahora se llama «crédito».

—¿Como queriendo decir —Shiroyama extiende su grupo septentrional con una piedra negra— que ya no hay necesidad de saldar las deudas?

Con una sonrisa cortés, Enomoto extrae su próxima piedra de un cuenco de palisandro.

—Los pagos de las deudas siguen siendo, por desgracia, una engorrosa obligación, pero el caso de este aristócrata de Aso es ilustrativo. Hace dos años pidió prestada una suma considerable a Numa, aquí presente —Numa, uno de los prestamistas favoritos del abad, inclina la cabeza desde su rincón—, para desecar un pantano: en el séptimo mes de este año, sus campesinos recogieron la primera cosecha de arroz. Por tanto, en una época en que los estipendios de Edo llegan mermados y con retraso, el cliente de Numa tiene labriegos saciados y agradecidos que le engordan los almacenes. Su deuda con Numa terminará de liquidarla… ¿cuándo?

Numa vuelve a inclinar la cabeza.

—Dentro de dos años, Excelencia.

—El altanero vecino del mismo daimio, que juró que jamás le debería un grano de arroz a nadie, envía cartas de súplica cada vez más desesperadas al Consejo de

Ancianos… —Enomoto coloca una piedra a modo de isla entre sus dos grupos orientales—… cuyos sirvientes las usan para encender el fuego. El crédito es la semilla de la riqueza. Las mentes más lúcidas de Europa estudian el crédito y el dinero en una disciplina académica que llaman —Enomoto usa una expresión extranjera— «economía política».

Esto no hace sino confirmar, piensa Shiroyama, mi opinión sobre los europeos.

—Un joven amigo de la Academia estaba traduciendo un texto extraordinario, La riqueza de las naciones. Su muerte ha sido una tragedia para nosotros, los estudiosos, pero también para Japón.

—¿Ogawa Uzaemon? —Shiroyama lo recuerda—. Un suceso lamentable.

—De haberme dicho que pensaba tomar la carretera de Ariake le habría proporcionado una escolta para atravesar mis dominios. Pero tratándose de una peregrinación en honor de su enfermo padre, el modesto joven quería prescindir de toda comodidad… —Enomoto se recorre una y otra vez la línea de la vida con la uña del pulgar. El magistrado ya ha escuchado la historia de boca de varias fuentes, pero no lo interrumpe—. Mis hombres atraparon a los bandidos responsables. Decapité al que se confesó culpable, y a los demás les clavé unos barrotes de hierro en los pies y los dejé colgados cabeza abajo hasta que los lobos y los cuervos cumplieron con su tarea. Y después —suspira el abad— Ogawa el Viejo murió sin haber designado heredero.

—La extinción de una estirpe —concuerda Shiroyama— es algo terrible.

—Un primo de una rama menor de la familia está reconstruyendo la casa (he hecho una donación), pero es un simple cuchillero, y el nombre de los Ogawa ya ha desaparecido de Deshima para siempre.

El magistrado no tiene nada que añadir, pero sería una falta de respeto cambiar de tema.

Las puertas correderas se abren y muestran una terraza. Unas nubes brillantes florecen hacia el sur.

Más allá del promontorio montañoso, una espiral de humo se eleva de un campo en llamas.

Uno está aquí, piensa Shiroyama, y un instante después ya no está. Lo más tópico puede ser lo más profundo.

La partida de go vuelve a imponerse. Suena el roce almidonado de las mangas de seda.

—Es un tópico —señala Enomoto— alabar la pericia de un magistrado en el juego del go, pero en verdad que es usted el mejor jugador con el que me las he visto en los últimos cinco años. Detecto la influencia de la escuela de Honinbo.

—Mi padre… —el magistrado ve al fantasma del anciano mirar con cara de pocos amigos al prestamista—… llegó al segundo *riu* del Honinbo. Yo no soy más

que un discípulo indigno… —Shiroyama ataca una piedra aislada de Enomoto—… cuando el tiempo me lo permite. —Levanta la tetera pero está vacía. Da una palmada y aparece el chambelán Tomine en persona—. Té —dice el magistrado.

Tomine se da media vuelta y da a su vez otra palmada para llamar a otro sirviente, el cual se acerca silenciosamente hasta la mesa, recoge la bandeja en absoluto silencio y, tras hacer una reverencia en el vano de la puerta, desaparece. El magistrado se imagina el descenso de la bandeja por la escala de la servidumbre hasta llegar a la cocina más remota, donde la vieja desdentada calentará el agua hasta el punto justo antes de verterla sobre las impecables hojas.

El chambelán Tomine no se ha movido del lugar: es su pequeña protesta.

—O sea, Tomine, que tenemos la Magistratura infestada de terratenientes enzarzados en conflictos de lindes, funcionarios del montón que solicitan un puesto para sus sobrinos descarriados, mujeres maltratadas que imploran un divorcio; y todos ellos te asedian con ofertas en dinero e hijas, suplicándote en coro: «Por favor, chambelán-sama, hable con el magistrado por mí».

La nariz aplastada de Tomine emite un bufido contrariado.

Un magistrado es el esclavo, piensa Shiroyama, de ese anhelo de mil cabezas…

—Ve a mirar los peces de colores —ordena a Tomine— y vuelve a buscarme en unos minutos.

El circunspecto chambelán se retira y sale al patio.

—Nuestra partida no es justa —dice Enomoto—. Sus obligaciones lo distraen.

Una libélula de ceniza y jade se posa en el borde del tablero.

—Los cargos de importancia —replica el magistrado— son una sucesión de distracciones, de todos los tamaños. —Ha oído contar que el abad es capaz de extraer con la palma de la mano el *ki* de los insectos y las pequeñas criaturas, y casi espera ser testigo de una demostración, pero la libélula ya ha desaparecido—. También el señor Enomoto tiene un feudo que gobernar, intereses académicos y… —acusarlo de tener intereses comerciales sería un insulto—… otras cuestiones.

—Mis días, efectivamente, no son nunca ociosos. —Enomoto coloca una piedra en el centro del tablero—, pero el monte Shiranui me rejuvenece.

Una brisa otoñal arrastra sus ropajes invisibles por la elegante estancia.

Soy lo bastante poderoso, viene a decir ese comentario hecho de pasada, como para obligar a la joven Aibagawa, una de tus favoritas, a tomar el hábito de mi orden sin que tú pudieses intervenir.

Shiroyama procura concentrarse en el presente y futuro de la partida.

En su día, le enseñó a Shiroyama su padre, eran la nobleza y los samuráis quienes gobernaban el Japón…

El sirviente arrodillado abre las puertas, hace una reverencia y entra con la bandeja.

… pero ahora son el Engaño, la Codicia, la Corrupción y la Lujuria.

El sirviente trae dos tazas limpias y una tetera.

—Señor abad —dice Shiroyama—, ¿quiere más té?

—No se ofenda —declara Enomoto—, pero prefiero mi bebida.

—Su… —¿cuál es el término diplomático?—… reticencia ya no resulta sorprendente.

El asistente de Enomoto, vestido de añil, ya está allí. El joven, con el cráneo rasurado, descorcha un recipiente hecho con una calabaza y se lo entrega a su amo.

—¿Alguna vez un anfitrión suyo se ha…?

De nuevo, el magistrado trata de dar con la palabra adecuada.

—¿Enfadado por la acusación implícita de que pretendía envenenarme? Sí, alguna que otra vez. Pero luego lo apaciguo contándole la historia de la sirvienta de un enemigo mío, que entró a servir en la residencia de una famosa familia de Miyako. Llevaba ya dos años de criada de confianza cuando hice una visita. La mujer aderezó mi comida con unos granos de un veneno inodoro. De no ser porque el médico de mi orden, el maestro Suzaku, se hallaba presente y pudo administrarme un antídoto, me habría muerto, y la familia de mi amigo habría caído en el oprobio.

—Tiene usted algunos enemigos sin escrúpulos, señor abad.

Enomoto se lleva la calabaza a los labios, ladea la cabeza y bebe.

Los enemigos se arremolinan en torno al poder —el abad se seca los labios— como las avispas en torno a los higos abiertos.

Shiroyama amenaza la piedra aislada de Enomoto poniéndola en *atari*.

Un temblor de tierra insufla vida a las piedras, que vibran y murmuran…

… pero no se descolocan, y el temblor remite.

—Disculpe mi grosería —dice Enomoto— por volver al asunto de Numa, pero me disgusta distraer de sus obligaciones a un magistrado del shogun. ¿Cuánto crédito convendría que proporcionase Numa en primera instancia?

Shiroyama siente acidez en el estómago.

—Tal vez… ¿veinte?

—¿Veinte mil *ryo*? Por supuesto. —Enomoto ni pestañea—. La mitad puede tenerla en su almacén de Nagasaki dentro de dos días, y la otra mitad la entregaremos en su residencia de Edo a finales del décimo mes. ¿Le parecen satisfactorios estos plazos?

Shiroyama esconde su mirada en el tablero.

—Sí. —Y se obliga a añadir—: Hay un problema de garantías.

—Una afrenta innecesaria —declara Enomoto— a un nombre tan ilustre…

Mi ilustre nombre, piensa su propietario, no me reporta más que onerosas obligaciones.

—Cuando llegue el próximo barco holandés, el dinero volverá a correr desde

Deshima a Nagasaki, y el afluente más caudaloso será el que atraviese el tesoro de la Magistratura. Cúmpleme el honor de garantizar personalmente el préstamo.

La mención de mi residencia en Edo, piensa Shiroyama, es una sutil amenaza.

—El interés, señoría —Numa vuelve a hacer una reverencia—, ascendería a una cuarta parte de la suma total, a pagar anualmente en tres años.

Shiroyama es incapaz de mirar al prestamista.

—Aceptado.

—Excelente. —El señor abad da un sorbo de su calabaza—. Nuestro anfitrión está ocupado, Numa.

El prestamista, sin dejar en ningún momento de inclinarse, retrocede hasta la puerta, se choca contra ella y desaparece.

—Discúlpeme… —Enomoto refuerza su muralla norte-sur con su siguiente movimiento—… por haber traído a su santuario a semejante criatura, magistrado. Hay que preparar los documentos para el préstamo, pero puedo hacer que se los entreguen a su señoría mañana.

—Nada que disculpar, señor abad. Su… asistencia es… oportuna.

Un eufemismo, admite Shiroyama, y procede a estudiar el tablero para inspirarse. Criados a media paga; deserciones inminentes; hijas necesitadas de dote; en la residencia de Edo hay goteras y los muros se caen a trozos; y si reduzco el séquito por debajo de treinta miembros, no tardarán en circular los chistes sobre mi pobreza… y cuando los chistes lleguen a oídos de mis otros acreedores… Puede que el espíritu de su padre susurre: ¡Qué vergüenza!, pero su padre heredó tierras que vender, mientras que a Shiroyama no le quedó nada salvo una posición social costosa y el cargo de magistrado de Nagasaki. En su día, el puerto comercial era una mina de plata, pero en los últimos años, el comercio ha sido irregular. Y los salarios y sobornos, entre tanto, hay que seguir pagándolos de cualquier forma. Ojalá, sueña Shiroyama, los seres humanos no fuesen una máscara detrás de otra máscara detrás de otra máscara. Ojalá el mundo fuese un nítido tablero de líneas e intersecciones. Ojalá el tiempo fuese una secuencia de movimientos ordenados, y no un tráfago de resbalones y tropiezos.

Se pregunta: ¿Cómo es que Tomine no ha regresado a fastidiarme?

Shiroyama advierte un cambio de atmósfera en el interior de la Magistratura.

No se percibe del todo… pero se percibe: un rumor quedo, muy quedo, de agitación.

En el pasillo se oyen pasos apresurados. Fuera hay un intercambio acezante de susurros.

El chambelán Tomine irrumpe entusiasmado.

—¡Se ha avistado un barco, señoría!

—Hay barcos arribando y zarpando a todas hor… ¿El barco holandés?

—Sí, señor. Lleva la bandera holandesa, salta a la vista.

—Pero… —Un barco que llega en el noveno mes es algo inaudito—, ¿estás…?

Las campanas de todos los templos de Nagasaki empiezan a repicar en señal de agradecimiento.

—Nagasaki —señala el señor abad— no tiene la menor duda.

Azúcar, madera de sándalo, estameña, piensa Shiroyama, piel de raya, plomo, algodón…

El caldero del comercio empezará a bullir, y el cucharón de mango más largo es el suyo.

Impuestos a los holandeses, «regalos» del administrador, tasas de cambio «patrióticas»…

—¿Me permite ser el primero —pregunta Enomoto— en felicitarlo?

Qué bien disimulas el chasco de ver que me escabullo de tus redes, piensa el magistrado, que, por primera vez en muchas semanas, tiene la sensación de volver a respirar con normalidad.

—Gracias, señor abad.

Naturalmente, le diré a Numa que no vuelva a poner el pie en sus salones.

Mis reveses temporales, se atreve a creer Shiroyama, se han revertido.

# XXXI

## Coronamiento del castillo de proa del *Febo*

*Diez en punto del 18 de octubre de 1800*

—Veo la factoría holandesa. —Penhaligon enfoca la imagen en su catalejo, calculando una distancia de unas dos millas inglesas—. Almacenes, una atalaya, con lo que podemos deducir que están al tanto de nuestra llegada… Valiente agujero. Unos veinte o treinta juncos fondeados, la factoría china… barcos de pesca… unos pocos tejados suntuosos… pero allí donde debería haber un gran mercante holandés cargado de mercancías de las Indias Orientales, caballeros, sólo veo un espacio vacío de agua azul. Dígame que me equivoco, señor Hovell.

Hovell escruta la bahía con su propio catalejo.

—Ya me gustaría, señor.

El comandante Cutlip silba entre los dientes para no proferir una blasfemia.

—Señor Wren, ¿los famosos ojos de Clovelly divisan algo que los nuestros no alcanzan a ver?

La pregunta de Wren, «¿Algún mercante a la vista?», se transmite trinquete arriba.

La respuesta desciende hasta Wren, que la repite:

—Ningún navío mercante a la vista, señor.

Entonces no podremos ponernos las botas rápidamente a costa de los holandeses. Penhaligon baja el catalejo mientras la mala noticia se difunde, en cuestión de segundos, desde las crucetas de los masteleros hasta el sollado. En la cubierta de batería, un marinero de Liverpool informa a gritos a un compañero duro de oído:

—Ni rastro de un puto barco, Davy, y si no hay barco tampoco hay botín, y si no hay botín, ¡significa que nos volvemos a casa tan pobres como cuando la puta Marina nos echó el puto lazo!

Daniel Snitker, tocado con un sombrero de ala ancha, no necesita que se lo traduzcan.

Wren es el primero que desahoga su rabia con el holandés.

—¿Hemos llegado tarde? ¿Ha zarpado ya?

—Nuestra desventura también es la suya, teniente —le advierte Penhaligon.

Snitker se dirige a Hovell en holandés, mientras señala hacia la ciudad.

—Dice, capitán —empieza a traducir el teniente de navío—, que si los holandeses nos vieron llegar anoche, puede que hayan escondido el mercante en una ensenada que hay detrás de aquella colina boscosa, la de la pagoda en lo alto, al este de la desembocadura del río…

Penhaligon percibe que las esperanzas de la tripulación reviven ligeramente.

Acto seguido se pregunta si no estarán atrayendo al *Febo* a una encerrona.

Snitker engañó al gobernador Cornwallis con aquella historia de la audaz huida de Macao…

—¿Seguimos adelante, señor? —pregunta Wren—. ¿O vamos en el bote?

¿De veras pudo un patán tan estrecho de miras ejecutar un plan tan complejo?

Wetz, el piloto, grita desde el timón:

—¿Echo las anclas, capitán?

Penhaligon ordena las preguntas.

—Manténgala firme un minuto, señor Wetz. Señor Hovell, hágame el favor, pregúntele al señor Snitker por qué habrían los holandeses de ocultarnos el barco si llevamos los colores de su país. ¿No habrá una señal en clave que no les hemos transmitido?

En un primer momento, Snitker suena indeciso, pero después empieza a hablar con aplomo creciente. Hovell asiente con la cabeza.

—Dice, señor, que el otoño pasado, cuando partió el *Shenandoah*, no había ninguna señal en clave, y duda que la haya ahora. Añade que el administrador Van Cleef puede haber escondido el navío por precaución.

Penhaligon echa un vistazo a las velas para calibrar la brisa.

—El *Febo* podría llegar a la ensenada en pocos minutos, pero para salir de allí con el viento en contra tardaríamos mucho más. —Las olas de color espinaca succionan ruidosamente las grietas de unas rocas cubiertas de algas enmarañadas—. Teniente Hovell, pregúntele al señor Snitker lo siguiente: supongamos que este año, por un naufragio o por la guerra, no haya llegado ningún barco de Batavia; el cobre preparado para la estiba ¿estará todavía en los almacenes de Deshima?

Hovell traduce la pregunta; el «ja, ja» de Snitker es bastante concluyente.

—¿Y ese cobre sería de propiedad japonesa u holandesa?

La respuesta de Snitker es menos categórica: según traduce Hovell, la transferencia de la propiedad del cobre depende de los términos negociados por el administrador en jefe, que varían de un año para otro.

Las campanas empiezan a resonar en la ciudad y alrededor de la bahía, y Snitker explica a Hovell el significado.

—Las campanadas sirven para agradecer a los dioses locales la llegada del barco holandés y el dinero que trae a Nagasaki. Entiendo que nuestro disfraz ha surtido efecto, señor.

Un cormorán se lanza al agua desde unos escollos negros y escarpados, a unos cien metros de distancia.

—Verifique de nuevo el protocolo que un navío holandés observaría en esta tesitura.

La respuesta de Snitker va acompañada de gestos y señales con el índice.

—Un barco de la compañía holandesa, señor —dice Hovell—, proseguiría otra media milla hasta rebasar las fortificaciones, a las que saludaría con una salva disparada desde ambas bandas. Después, la chalupa acude al encuentro del comité de bienvenida, que consiste en dos sampanes de la Compañía, tras lo cual las tres embarcaciones regresan al navío para cumplir con las formalidades de rigor.

—¿Cuándo, exactamente, debemos esperar que salga de Deshima el comité de bienvenida?

La respuesta, acompañada de un encogimiento de hombros, es:

—Puede que dentro de un cuarto de hora, señor.

—Para que quede claro: ¿el comité lo forman oficiales tanto japoneses como holandeses?

Snitker contesta en inglés:

—Japoneses y holandeses, ja.

—Pregúntele cuántos espadachines acompañan al comité, señor Hovell.

La respuesta es embrollada y el teniente se ve obligado a aclarar un par de detalles.

—Todos los oficiales a bordo de los sampanes llevan espada, pero más que nada para indicar su rango. Se ve que vienen a ser como esos hacendados ingleses que se las dan de valientes pero luego no saben distinguir una espada de una aguja de remendar.

—Si quiere que le capturemos unos cuantos rehenes, señor —el comandante Cutlip no tiene pelos en la lengua—, con esos macacos parlanchines nos hacemos un segundo desayuno.

Maldito sea Cornwallis, piensa el capitán, por endilgarme a este zopenco.

—Unos rehenes holandeses —le dice Hovell— podrían darnos cierta ventaja, pero…

—Una simple nariz japonesa ensangrentada —concuerda Penhaligon— podría truncar toda esperanza de firmar un tratado durante años, sí, ya lo sé: el libro de Kaempfer me ha ilustrado acerca del orgullo de esta raza. Con todo, considero que merece la pena arriesgarse. Nuestro disfraz es un recurso a corto plazo, y, a falta de una información más precisa y menos parcial —el capitán lanza una mirada a Daniel Snitker, que está examinando la ciudad con su catalejo— sobre las condiciones en tierra, somos como un ciego que trata de burlar a uno que ve.

—¿Y la posibilidad de un navío mercante escondido, señor? —pregunta el teniente Wren.

—Si existe, que espere. No podrá escabullirse sin que nos demos cuenta. Señor Talbot, ordene al timonel que prepare la chalupa, pero que no la bote todavía.

—Sí, señor.

—Señor Malouf —Penhaligon se dirige a un guardiamarina—, dígale al señor Wetz que nos lleve media milla más allá de esas fortificaciones diminutas, pero sin prisa…

—Sí, señor: media milla, señor.

Saltando por encima de un rollo de maroma costrosa, Malouf echa a correr hacia Wetz, que está al timón.

Cuanto antes mande fregar la cubierta, piensa el capitán, mejor.

—Señor Waldron —dice Penhaligon, volviéndose hacia el apático condestable—. ¿Tenemos listos los cañones?

—Sí, mi capitán, en las dos bandas; sin las tapabocas, cargados pero sin bala.

—Normalmente, los holandeses saludan a las torres de vigía al pasar por delante de esos promontorios, ¿los ve?

—Así lo haré, mi capitán. ¿Les digo a los chicos de abajo que hagan lo mismo?

—Sí, señor Waldron, y aunque hoy no quiero ni deseo ningún combate…

Waldron espera con paciencia a que su capitán escoja con cuidado las palabras.

—Tenga a mano la llave de artillería. La fortuna ayuda a los preparados.

—Sí, mi capitán, estaremos listos.

Waldron baja a la cubierta de batería.

En lo alto, los gavieros se gritan entre sí mientras arrían un juanete.

Wetz dispara una ráfaga de órdenes en todas las direcciones.

Las velas se tensan, el *Febo* avanza; crujen la jarcia y la tablazón.

Un cormorán se atusa las lustrosas plumas en el moco del bauprés.

El sondeador grita:

—¡Nueve brazas!

Se transmite la cifra a Wetz.

Penhaligon estudia la costa con el catalejo y repara en la ausencia de toda fortaleza o torreón en Nagasaki.

—Señor Hovell, por favor, pregúntele esto al señor Snitker: si nos acercásemos a Deshima lo más posible, embarcásemos cuarenta hombres en dos chalupas, y ocupásemos la factoría, ¿los japoneses lo considerarían ocupación de territorio holandés o japonés?

La breve respuesta de Snitker tiene un tono pragmático.

—Dice —traduce Hovell— que se abstiene de hacer conjeturas sobre lo que puedan tener en mente las autoridades japonesas.

—Pregúntele si estaría dispuesto a unirse a una incursión.

El intérprete de Snitker traduce su contestación directamente:

—«Soy un diplomático y un comerciante, no un soldado», señor.

La reticencia disipa el temor de Penhaligon de que Snitker esté empujándolos hacia una encerrona muy elaborada.

—¡Diez brazas y media! —grita el sondeador.

El *Febo* está casi a la altura de las torres de vigía de ambas orillas, a las cuales apunta ahora el capitán con su catalejo. Las murallas son estrechas; las empalizadas, bajas; y los cañones resultan más peligrosos para sus artilleros que para los objetivos.

—Señor Malouf, dígale al señor Waldron que dé la orden de disparar una salva.

—Sí, señor: le diré al señor Waldron que dispare la salva.

Malouf se dirige abajo.

Penhaligon empieza a avistar con claridad a los japoneses. Son tan bajos como los malayos, de cara son indistinguibles de los chinos, y sus armaduras le recuerdan la analogía que hizo el comandante Cutlip con los espadachines medievales.

Los cañones disparan por las portañolas, el estruendo rebota en las escarpadas costas…

… y el humo acre envuelve a la tripulación, desenterrando recuerdos de combate.

—Nueve brazas —grita el sondeador— y media…

—¡Dos barcas zarpan de la ciudad! —informa el vigía desde la cruceta.

Con su catalejo, Penhaligon ve las siluetas borrosas de dos sampanes.

—Señor Cutlip, quiero que los infantes de Marina vayan a los remos de la chalupa, vestidos de marineros y con alfanjes envueltos en arpillera y escondidos debajo de las bancadas.

El comandante saluda y se dirige abajo. El capitán va hacia el combes para hablar con el timonel, un astuto contrabandista de las Sorlingas, al que enroló a la fuerza junto al patíbulo de Penzance.

—Señor Flowers, bote la chalupa pero enrede los cabos, para ganar tiempo. Quiero que el comité de bienvenida se reúna con nuestra chalupa más cerca del *Febo* que de la costa.

—Los dejaré como el culo de un gabacho, mi capitán.

De vuelta a la proa, Hovell pide permiso para manifestar su opinión.

—Precisamente porque valoro sus opiniones está usted aquí, señor Hovell.

—Gracias, señor. Estimo que las órdenes paralelas del gobernador general y del Almirantazgo en relación a la misión que nos ocupa, si se me permite la paráfrasis, «expoliar a los holandeses y seducir a los japoneses», no corresponden al escenario que aquí se nos plantea. Si los holandeses no tienen nada que expoliar y los japoneses resultan ser leales a sus aliados, ¿cómo vamos a cumplir esas órdenes? Una tercera estrategia, en cambio, podría darnos mejores resultados.

—Exprese lo que tenga en mente, teniente.

—Que en lugar de ver a los actuales usufructuarios de Deshima, los holandeses, como un obstáculo al tratado anglo nipón, los consideremos su factor clave. ¿Cómo? En pocas palabras, señor, en lugar de destrozar la maquinaria holandesa de comercio en Nagasaki, podríamos ayudarlos a repararla y luego se la requisamos.

—Diez brazas —grita el sondeador—, diez y un tercio…

—¿Olvida el teniente —Wren lo ha oído todo— que estamos en guerra con los holandeses? ¿Por qué habrían de cooperar con los enemigos de su nación? Si sigue usted depositando sus esperanzas en ese trozo de papel del rey Guillermito de Holanda en Kew…

—¿Tendría la bondad el teniente de fragata de dejar hablar al teniente de navío?

Wren hace una sarcástica reverencia de disculpa y a Penhaligon le dan ganas de darle una patada…

… si no fuese porque tu suegro es almirante y porque la gota me haría polvo…

—Esa brizna de república que son los Países Bajos —prosigue Hovell— no hizo frente al poderío de la España borbónica sin hacer gala de sus dotes pragmáticas. El diez por ciento de los beneficios, llamémoslo «comisión», es mejor que el cien por ciento de nada. Menos que nada: si este año no ha llegado ningún barco de Java, no estarán al tanto de la quiebra de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales…

—… ni de la pérdida —cae en la cuenta el capitán— de sus salarios acumulados y de los negocios privados que hayan llevado a cabo a través de los libros de la Compañía. Pobres Jan, Piet y Klaas, arruinados y abandonados entre bárbaros.

—Sin posibilidad —añade Hovell— de volver a su hogar ni de ver a sus seres queridos.

El capitán contempla la ciudad.

—En cuanto tengamos a los oficiales holandeses a bordo podemos ponerlos al corriente de su desamparada situación y presentarnos no como agresores, sino como sus padrinos. Podemos enviar a uno de ellos a tierra para convertir a sus compatriotas y para que haga de emisario ante las autoridades japonesas, explicando que, en lo sucesivo, los «barcos holandeses» procederán de la isla del Príncipe de Gales, en Penang, y no de Batavia.

—Requisar todo el cobre holandés sería matar la gallina de los huevos de oro del comercio. Pero comerciar con las sedas y el azúcar que llevamos en la bodega y partir con la mitad en forma de cargamento legal nos permitiría regresar todos los años, para constante enriquecimiento de la Compañía y del Imperio.

Cómo me recuerda Hovell a mí mismo, piensa Penhaligon, cuando era más joven y más fuerte.

—La tripulación —dice Wren— pondrá el grito en el cielo si se le priva de su parte del botín.

—El *Febo* —dice el capitán— es la fragata de Su Majestad, no su barco pirata. —Penhaligon vuelve a dirigirse al timonel; ya le cuesta disimular el dolor del pie—. Señor Flowers, desenrede el trasero gabacho. Señor Malouf, diga al comandante Cutlip que empiece a embarcar a sus infantes de Marina. Teniente Hovell, confiamos en su dominio del holandés para engatusar a un par de arenques holandeses bien

gordos, y convencerlos de subir a la chalupa sin que se le cuele un salmonete nativo…

El *Febo* echa el ancla a unos quinientos metros de las torres de vigía; la chalupa, a cuyos remos van unos infantes de marina vestidos de marineros, avanza sin prisa hacia el comité de bienvenida. El timonel Flowers va a la caña, y Hovell y Cutlip van sentados en la proa.

—La Nagasaki esta —comenta Wren— es un fondeadero parecido a Mahón…

En las aguas translúcidas, un banco de peces plateados cambia de trayectoria.

—… y cuatro o cinco edificaciones modernas la harían inexpugnable.

Largos y sinuosos arrozales esculpen las montañas bajas y escalonadas.

—Qué desperdicio en manos de una raza primitiva —se lamenta Wren—, demasiado indolente para construir una flota.

Del promontorio con forma de joroba se eleva una columna de humo negro. Penhaligon intenta preguntarle a Daniel Snitker si podría tratarse de una señal, pero este no logra darle una respuesta inteligible, de modo que el capitán manda llamar a Smeyers, un ayudante del carpintero que habla holandés.

Ese pinar podría proporcionar mástiles y vergas.

—Qué coqueto panorama ofrece la bahía —se aventura a comentar el alférez Talbot.

El afeminado epíteto irrita a Penhaligon, que se pregunta si no habrá sido un error el nombramiento de Talbot, forzado por la muerte de Sam Smythe en Penang. Pero entonces recuerda lo solo que se sentía él mismo en su época de alférez, atrapado entre el camarote de un capitán resentido y distante, y la toldilla de los guardiamarinas, donde se alojaban sus antiguos compañeros.

—Una hermosa vista, sí, señor Talbot.

En las letrinas, situadas unos metros más abajo y a proa, un hombre gruñe sin pudor alguno.

—He leído que los japoneses —dice Talbot— dan nombres muy floridos a su reino…

El marinero suelta un orgásmico bramido de placer…

… «La tierra de los mil otoños», o «La raíz del sol».

… y un zurullo impacta contra el agua como una bala de cañón. Wetz da tres campanadas.

—Por lo que se atisba del Japón —dice Talbot—, esas designaciones tan poéticas parecen apropiadas.

Lo que yo veo —dice Wren— es un puerto bien abrigado capaz de albergar una flotilla.

Cómo que flotilla, piensa el capitán, esta bahía podría albergar toda una flota.

A medida que la imagen se agranda, se le acelera el pulso. Una flota del Pacífico británico.

El capitán se imagina una ciudad flotante de buques de guerra británicos…

Y visualiza su carta naval del nordeste asiático, con una base británica en Japón…

La mismísima China, se atreve a pensar, podría seguir los pasos de la India e incorporarse a nuestra esfera…

El guardiamarina Malouf regresa con Smeyers.

… y las Filipinas también podrían ser nuestras.

—Señor Smeyers, tenga la bondad de preguntarle al señor Snitker por ese humo…

El desdentado, natural de Ámsterdam, mira con los ojos entrecerrados el humo que sale de la cocina.

—… ese humo negro de allí, encima del promontorio con forma de joroba.

—Sí, señor.

Smeyers lo señala mientras traduce la pregunta. Snitker contesta como si tal cosa.

—Dice que nada malo —traduce Smeyers—. Los granjeros queman los campos todos los otoños.

Penhaligon asiente con la cabeza.

—Gracias. No se aleje mucho, por si vuelvo a necesitarlo.

El capitán repara en que la bandera, la tricolor holandesa, se ha enrollado alrededor del botalón de foque.

Busca con la mirada a alguien que pueda soltarla y ve a un niño mestizo con una coleta tiesa que está arrancando estopa bajo el enjaretado del vapor.

—¡Hartlepool!

El muchacho suelta el cabo y se acerca.

—Sí, señor.

El rostro de Hartlepool deja ver que no tiene padre, que es objeto de insultos y que tiene mucho aguante.

—Hazme el favor, Hartlepool, desenrédame esa bandera.

—Señor.

El niño descalzo salta por encima de la batayola, camina haciendo equilibrios por el bauprés…

¿Cuántos años hace, se pregunta Penhaligon, que yo era así de ágil?

… y trepa a toda velocidad por el palo redondo, que forma un ángulo de casi cuarenta y cinco grados.

El afligido pulgar del capitán encuentra el crucifijo de Tristram.

Al llegar a la verga de cebadera, a unos treinta metros de altura y unos cuarenta del mascarón de proa, Hartlepool se detiene. Aferrándose con los muslos al botalón, desenreda la bandera.

—Me pregunto si sabrá nadar —dice en voz alta el alférez Talbot.

—No lo sé —dice el guardiamarina Malouf— pero dudo que…

Hartlepool hace el viaje de vuelta con el mismo garbo.

—Su madre sería una negra —comenta Wren—, pero su padre era un gato.

Cuando Hartlepool aterriza de un salto justo delante de él, el capitán le da un cuarto de penique reluciente.

—Bien hecho, muchacho.

Los ojos de Hartlepool se abren como platos ante el inesperado gesto de generosidad. Da las gracias a Penhaligon y regresa a su estopa.

Un vigía grita:

—¡El comité de bienvenida está a punto de alcanzar la chalupa!

Con el catalejo, Penhaligon ve los dos sampanes acercarse a la embarcación. A bordo del primero van tres oficiales japoneses, dos vestidos de gris y un colega más joven de negro. Detrás de ellos van sentados tres sirvientes. En el otro sampán van dos holandeses. Desde esa distancia no se distinguen bien sus facciones, pero Fenhaligon alcanza a ver que uno es barbudo, rollizo y de piel bronceada, y el otro es flaco como un palo y blanco como la cal.

El capitán le pasa el catalejo a Snitker, que procede a informar a Smeyers.

—Dice que los de gris son los oficiales, capitán. El de negro es un intérprete. El holandés grande es Melchior van Cleef, el administrador de Deshima. El flaco es un prusiano. Se llama Fischer. Es el número dos.

Haciendo bocina con las manos, Van Cleef saluda a Hovell, a unos cien metros de distancia.

Snitker sigue hablando. Smeyers traduce:

—Dice que Van Cleef es una rata, señor, un auténtico… ¿un maldito chaquetero? Y Fischer un chivato, un mentiroso, un redomado hijo de puta, dice, señor, con una ambición enorme. Me parece que al señor Snitker no le caen muy simpáticos, señor.

—Pero los dos —opina Wren— parecen receptivos a nuestra propuesta. Lo último que necesitamos es a los típicos hombres incorruptibles y de principios.

Penhaligon le quita el catalejo a Snitker.

—De esos no hay muchos por estas latitudes.

Los infantes de marina de Cutlip dejan de remar. La chalupa se desliza unos cuantos metros hasta detenerse.

La barca de los tres oficiales japoneses toca la proa de la chalupa.

—No dejes que ninguno suba a bordo —murmura Penhaligon a su teniente de navío.

Las proas de las dos embarcaciones se rozan. Hovell saluda y hace una reverencia.

Los inspectores se inclinan y saludan. A través del intérprete, se efectúan las

presentaciones.

Uno de los inspectores y el intérprete hacen ademán de levantarse como preparándose para cambiar de embarcación.

Hazlos esperar, insta Penhaligon a Hovell para sus adentros, hazlos esperar…

Hovell se dobla, víctima de un repentino acceso de tos; tiende la mano en señal de disculpa.

Llega el segundo sampán y se detiene a babor de la chalupa.

—Una posición desfavorable —masculla Wren—, atascada entre los dos sampanes.

Hovell se recupera del acceso de tos y se quita el sombrero para saludar a Van Cleef.

Van Cleef se pone en pie y se inclina sobre la proa para estrechar la mano de Hovell.

Entre tanto, el inspector y el intérprete, desdeñados, vuelven a sentarse a medias.

Ahora es el adjunto Fischer el que se levanta, torpemente, mientras el sampán se balancea.

Hovell tira del orondo Van Cleef para ayudarlo a subir a bordo de la chalupa.

—Uno en el saco —murmura el capitán—. Bien hecho, señor Hovell.

Hasta la fragata llega el débil rumor de la atronadora risa de Van Cleef.

El adjunto Fischer da un paso hacia la chalupa, tambaleándose como un potrillo…

… pero, para consternación de Penhaligon, el intérprete agarra la borda de la chalupa.

El infante de marina más cercano llama al comandante Cutlip, que se abre camino a trompicones…

—Todavía no —murmura impotente el capitán—, no lo dejéis subir a bordo.

El teniente Hovell, a todo esto, hace una señal al adjunto para que suba.

Cutlip agarra la mano del indeseado intérprete…

Espera, espera, espera, querría gritar el capitán, ¡espera al segundo holandés!

… y Cutlip suelta la mano del intérprete, agitando frenéticamente la suya como si se la hubiese destrozado de un golpe.

Hovell ha agarrado, por fin, la mano del tembloroso adjunto.

—Súbelo a bordo, Hovell —musita Penhaligon—, ¡por el amor de Dios!

El intérprete decide no esperar a que lo ayuden y planta un pie en la regala de babor de la chalupa en el preciso instante en que Hovell ayuda al prusiano a subir por estribor…

… y la mitad de los infantes de marina saca los alfanjes: unas cuantas hojas centellean al sol.

Los demás infantes alzan los remos y empujan los sampanes para alejarlos de la embarcación británica.

El intérprete de la túnica negra cae, como un Pierrot, al agua.

La chalupa del *Febo* regresa veloz hacia la fragata.

El administrador Van Cleef, cayendo en la cuenta de que lo han raptado, se abalanza sobre el teniente Hovell.

El comandante Cutlip lo intercepta y cae encima del holandés. La embarcación se balancea peligrosamente.

Que no vuelquen, Dios mío, ruega Penhaligon, que no vuelquen ahora…

Van Cleef queda reducido y la chalupa se estabiliza. El prusiano permanece sentado con aire dócil.

Mientras tanto, en los sampanes, que ya están a tres largos de distancia, el primer japonés en reaccionar es un remero, que se lanza al agua para salvar al intérprete. Los inspectores vestidos de gris no se mueven de sus asientos y contemplan estupefactos la retirada de la chalupa extranjera hacia el *Febo*.

Penhaligon baja el catalejo.

—Hemos ganado el primer asalto. Arríe ese trapo holandés, señor Wren, e ice la bandera británica, en el mastelero y en la proa.

—Sí, señor, con muchísimo placer.

—Señor Talbot, mande a sus marineros que limpien la mugre de mis cubiertas.

El holandés Van Cleef agarra la escala de viento y empieza a subir con una agilidad que no se compadece con su volumen. Penhaligon alza la vista hacia el alcázar, donde Snitker, oculto bajo el ala flácida de su sombrero, permanece fuera del campo visual, de momento. Apartando de un manotazo las manos que se le ofrecen, Van Cleef salta a bordo del *Febo* como un pirata berberisco, lanza una mirada torva a la fila de oficiales e identifica a Penhaligon, le apunta con el índice con tanta furia que dos infantes dan un paso al frente en prevención de un posible ataque, y, a través de la barba rizosa y recortada y unos dientes de color té, exclama:

—¡*Kapitein*!

—Bienvenido a bordo de la fragata *Febo* de Su Majestad, señor Van Cleef. Soy…

La airada invectiva del administrador no requiere traducción.

—Soy el capitán John Penhaligon —dice el inglés, aprovechando que Van Cleef hace una pausa para recobrar el aliento— y este es mi segundo oficial, el teniente de fragata Wren. Al teniente de navío Hovell y al comandante Cutlip —ambos suben a cubierta en ese momento— ya los ha conocido.

Van Cleef da un paso hacia el capitán y le escupe en los pies.

Una ostra de flema brilla en su zapato de Jermyn Street, el segundo mejor par que posee.

—Así son los oficiales holandeses —declara Wren—. Sin un mínimo de educación.

Penhaligon se saca el pañuelo y se lo da a Malouf.

—Por el honor del barco…

—Sí, señor.

El guardiamarina se arrodilla junto al capitán y le limpia el zapato.

La presión hace que el pie gotoso le arda de dolor.

—Teniente Hovell, informe al administrador Van Cleef que, mientras se comporte como un caballero, nuestra hospitalidad será todo lo cortés que corresponde, pero si se comporta como un peón caminero irlandés, se le tratará como tal.

—Meter en cintura a los peones irlandeses —se jacta Cutlip mientras Hovell traduce la advertencia— es una tarea que me encanta, señor.

—Apelemos en primer lugar a la razón, comandante.

Se oye repicar una campana: Penhaligon se figura que se trata de una alarma.

Sin mirar a Van Cleef, el capitán dirige ahora sus saludos al segundo rehén.

—Bienvenido a bordo de la fragata de Su Majestad *Febo*, adjunto Fischer.

Van Cleef prohíbe hablar a su segundo.

Penhaligon ordena a Hovell que pregunte a Fischer por el mercante de esta temporada.

Van Cleef da dos palmadas para captar la atención del capitán y hace una declaración que Hovell traduce así:

—Señor, me temo que ha dicho: «Me lo escondí en el culo, marica inglés».

—Un tipo me dijo eso mismo una vez en Sidney —recuerda Cutlip—, así que le registré dicho escondrijo con la bayoneta, y nunca más volvió a hacerse el gallito con un oficial.

—Transmítales a nuestros huéspedes lo siguiente, señor Hovell —dice Penhaligon—. Dígales que sabemos que un barco zarpó de Batavia porque el capitán del puerto de Macao me contó que había atracado allí el veintiocho de mayo.

Al oír estas palabras, la furia de Van Cleef se aplaca y Fischer pone cara de circunstancias. Departen entre sí y Hovell pega la oreja.

—El administrador está diciendo: «Salvo que sea una artimaña de los ingleses, hemos perdido otro barco…».

—Adviértalos, teniente, que reconoceremos toda la bahía y que como encontremos su mercante en alguna cala, los ahorcaremos a los dos.

Hovell traduce la amenaza. Fischer se frota la cabeza. Van Cleef escupe.

El salivazo no atina en el pie del capitán, pero Penhaligon no puede permitir tamaño ultraje a su autoridad delante de la tripulación.

—Comandante Cutlip, instale al administrador Van Cleef en el pañol de cabuyería de popa: sin lámpara ni refrigerios. Mientras tanto, el adjunto Fischer —el prusiano pestañea como una gallina asustada— podrá descansar un rato en mi camarote. Que lo custodien dos de mis mejores hombres, y que Chigwin le lleve media botella de

clarete.

Antes de que Cutlip pueda ejecutar la orden, Van Cleef hace una pregunta a Hovell.

Penhaligon siente curiosidad por el tono crispado del holandés.

—¿Qué ha dicho?

—Quiere saber por qué conocemos sus nombres, señor.

Nos conviene, piensa Penhaligon, dejar claro que no pueden engañarnos.

—Señor Talbot, por favor, dígale a nuestro informante que venga a saludar a sus viejos amigos.

Completada su venganza, Daniel Snitker se acerca a grandes zancadas y se quita el sombrero.

Van Cleef y Fischer se quedan mirándolo con la boca abierta y los ojos como platos.

Snitker los obsequia con un discurso preparado con mucha antelación.

—Dice cosas espeluznantes, señor —murmura Hovell.

—Bueno, como dice Milton, este es un plato que se sirve frío.

Hovell abre la boca, vuelve a cerrarla, escucha y traduce:

—El meollo viene a ser esto: «Creíais que estaría pudriéndome en una mazmorra de Batavia, ¿eh?».

Daniel Snitker va hacia Fischer y le clava el índice en la garganta.

—Está diciéndole que él es el «capitán en jefe» de la «restauración» de Deshima.

Cuando Snitker se acerca con mirada maliciosa al barbudo rostro de Melchior Van Cleef, Penhaligon se espera que el administrador le escupa, o le atice un puñetazo, o lo insulte. Lo que no se espera, desde luego, es la sonrisa de placer que le desborda los labios hasta convertirse en una genuina y generosa carcajada. Snitker se queda tan sorprendido como los ingleses. Presa del júbilo, Van Cleef coge de los hombros a su antiguo superior. Cutlip y los infantes de marina dan un paso al frente para intervenir, en previsión de problemas, pero Van Cleef arranca a hablar, incrédulo, alborozado y sacudiendo la cabeza.

Hovell informa al capitán:

—Señor, está diciendo que la aparición del administrador Snitker es prueba de que Dios es justo y bondadoso; que lo único que quieren los hombres que hay en tierra firme es ver de nuevo a su antiguo jefe en el puesto que le corresponde… que «la víbora de Vorstenbosch y su sapo, Jacob de Zoet» perpetraron una auténtica farsa…

Van Cleef se vuelve hacia el adjunto Fischer como preguntándole: «¿No es así?».

Perplejo, Fischer asiente con la cabeza y parpadea. Van Cleef reanuda su perorata. Hovell sigue con cierta dificultad la segunda parte del discurso:

—Parece ser que hay un muchacho en tierra, un tal Oost, que echa de menos a

Snitker como un hijo a su padre…

Snitker, que en un primer momento se vio atrapado entre la incredulidad y el asombro, comienza ahora a ablandarse.

Con sus manos de gigante, Van Cleef señala a Penhaligon.

—Está dedicando palabras de aliento a nuestra misión, señor. Dice… que si alguien tan íntegro como el señor Snitker hace causa común con ese caballero, se refiere a usted, señor, entonces estará encantado de limpiarle con sus propias manos los zapatos en señal de disculpa por su grosería.

—¿Es posible que este cambio radical sea sincero, teniente?

—Yo… —Hovell sigue mirando mientras Van Cleef envuelve a Snitker en un exultante abrazo de oso y le dice algo a Penhaligon—. Le da las gracias, señor, de todo corazón… por devolverle a un querido camarada… y espera que la venida del *Febo* pueda presagiar la restauración del acuerdo anglo-holandés.

—Los pequeños milagros —Penhaligon continúa mirando— a veces ocurren. Pregúntele si…

Van Cleef asesta un puñetazo en el estómago a Snitker.

Snitker se dobla como una navaja de bolsillo.

Van Cleef agarra a su víctima, que boquea sin aire, y lo arroja por la borda.

No se oye grito alguno, tan sólo el enorme ruido de un cuerpo al impactar contra el agua.

—¡Hombre al agua! —grita Wren—. ¡Moveos, gandules! ¡Sacadlo corriendo!

—Lléveselo de mi vista, comandante —ordena airado Penhaligon a Cutlip.

Mientras se lo llevan hacia la escalera de cámara, Van Cleef espeta una frase.

—Dice estar sorprendido —traduce Hovell— de que un capitán británico permita que en su alcázar haya mierda de perro.

# XXXII

## Atalaya de Deshima

*Las diez y cuarto de la mañana del 18 de octubre de 1800*

Cuando la bandera británica aparece en el asta de la fragata, Jacob de Zoet lo entiende todo: Ha llegado la guerra. Las transacciones entre la chalupa y el comité de bienvenida lo dejaron confundido, pero ahora se explica el extraño proceder de unos y otros. Han raptado al administrador Van Cleef y a Peter Fischer. Debajo de la atalaya, Deshima desconoce aún los turbulentos sucesos que han tenido lugar sobre las plácidas aguas de la bahía. Una cuadrilla de mercaderes entra en casa de Arie Grote y unos guardias alegres abren la aduana de la Puerta Marítima, que llevaba mucho tiempo cerrada. Las barcas del comité de bienvenida están volviendo a Nagasaki como si les fuese la vida en ello. Tenemos que ganar por la mano a la Magistratura, se dice. El escribano baja ruidosamente las tortuosas escaleras de madera, echa a correr por el callejón y, al llegar a la Calle Larga, desata la cuerda de la campana de alarma contra incendios y la toca con todas sus fuerzas.

• • •

Alrededor de la mesa ovalada de la Sala de Reuniones están sentados los ocho europeos que quedan en Deshima: los funcionarios, Jacob de Zoet, Ponke Ouwehand, el doctor Marinus y Con Twomey; y los peones, Arie Grote, Piet Baert, Wybo Gerritszoon y el joven Ivo Oost. Eelattu está sentado bajo el grabado de los Hermanos de Witt. En el último cuarto de hora, los presentes han pasado del alborozo al pesimismo, previo paso por la incredulidad y la estupefacción.

Hasta que logremos liberar al administrador Van Cleef y al adjunto Fischer —dice Jacob—, tengo intención de asumir el mando de Deshima. Este autonombramiento es de lo más irregular, y cualquier objeción que me hagan la anotaré sin resentimiento alguno en el libro diario de la factoría. Pero nuestros anfitriones desean tratar con un solo funcionario, no con los ocho, y en las presentes circunstancias mi rango es el más alto.

—*Ibant qui poterant* —declara Marinus—, *qui non potuere cadebant*.

—«Administrador interino De Zoet». —Grote se aclara la garganta—, suena bastante bien.

—Gracias, señor Grote. ¿Y qué tal suena «Adjunto interino Ouwehand»?

Miradas y asentimientos en torno a la mesa confirman el nombramiento.

—Es el ascenso más raro de mi vida —dice Ouwehand—, pero lo acepto.

—Recemos para que estos cargos sean temporales, pero, por ahora, antes de que

los inspectores del magistrado suban en tropel esas escaleras, me gustaría dejar sentada una directriz, a saber: que nos oponemos a la ocupación de Deshima.

Los europeos asienten, unos con gesto desafiante, otros de forma más condicional.

—¿Han venido a apoderarse de la factoría? —pregunta Ivo Oost.

—Sólo podemos hacer conjeturas, señor Oost. Tal vez esperaban encontrarse un mercante cargado de cobre. O puede que pretendan saquear nuestros almacenes. O quizás quieran una jugosa recompensa por sus rehenes. Andamos escasos de datos concretos.

—Lo que me preocupa —dice Arie Grote— es que andamos escasos de armas. Está muy bien eso de que «nos oponemos a la ocupación de Deshima», pero ¿cómo? ¿Con mis cuchillos de cocina? ¿Con los bisturíes del doctor? ¿Qué armas tenemos?

Jacob mira al cocinero.

—La astucia holandesa.

Con Twomey levanta la mano en señal de protesta.

—Le pido disculpas. La astucia holandesa e irlandesa… y la preparación. Por lo tanto, señor Twomey, asegúrese, por favor, de que las bombas antiincendio están operativas. Señor Ouwehand, organice turnos de guardia en la atalaya durante…

En las escaleras principales se oyen unos pasos apresurados.

El intérprete Kobayashi entra en la sala y fulmina con la mirada a los presentes.

A su espalda, en el umbral, hay un fornido inspector.

—Magistrado Shiroyama envía inspector —dice Kobayashi sin saber a quién dirigirse— por asunto grave… ocurre en bahía: magistrado debe discutir esta cosa, sin retraso. Magistrado manda buscar extranjero de más rango, ahora. —El intérprete traga saliva—. Inspector debe saber quién es extranjero de más rango.

Seis holandeses y un irlandés miran en dirección a Jacob.

• • •

El té, servido en un cuenco pálido y liso, tiene un color verde exuberante. Kobayashi y Yonekizu, los intérpretes que esta mañana han acompañado a la Magistratura al administrador interino Jacob de Zoet, lo han dejado en el vestíbulo, bajo la atenta mirada de un par de oficiales. Sin saber que el holandés los entiende, los oficiales conjeturan que el extranjero tiene los ojos verdes porque su madre comió demasiada verdura durante el embarazo. La atmósfera solemne que Jacob recordaba de la visita que hiciera a la Magistratura un año antes, en compañía de Vorstenbosch, se ha visto alterada por los acontecimientos de la mañana: soldados que gritan en los barracones; hojas que se afilan en muelas de volante; sirvientes van y vienen apresurados, cuchicheando sobre lo que podría suceder. Aparece el intérprete Yonekizu.

—Magistrado está listo, señor de Zoet.

—Yo también, señor Yonekizu, pero ¿se ha recibido alguna noticia nueva?

El intérprete sacude la cabeza con ambigüedad y acompaña al holandés hasta la Sala de los Sesenta Tatamis. Allí espera un consejo de unos treinta asesores sentados en dos o tres hileras dispuestas en herradura, frente al magistrado Shiroyama, que ocupa un estrado de un tatami de alto. Indican a Jacob que se dirija al centro. El chambelán Kôda, el inspector Suruga e Iwase Banri —las tres personas enviadas a acompañar a Van Cleef y a Fischer al barco holandés— están arrodillados en fila a un lado. Los tres están pálidos y con gesto preocupado.

Un ministril anuncia:

—Deshima no Dazûto-sama.

Jacob hace una reverencia.

Shiroyama dice en japonés:

—Gracias por acudir tan rápido.

Jacob mira los ojos claros del adusto dignatario y hace otra reverencia.

—Me han dicho —dice el magistrado— que ahora entiende usted un poco de japonés.

Dar muestras de haber entendido la frase delataría sus estudios clandestinos y supondría renunciar a una ventaja táctica. Pero fingir no haberla entendido, piensa Jacob, sería un embuste.

—En cierto modo sí, entiendo un poco de la lengua materna de su señoría.

Los asesores murmuran asombrados al oír hablar a un extranjero.

—Además —continúa el magistrado— me han dicho que es usted un hombre honrado.

Jacob responde al cumplido con una reverencia evasiva.

—Durante la última temporada comercial —dice una voz que a Jacob le hiela el pescuezo— tuve el placer de hacer negocios con el nuevo administrador en funciones…

Jacob no quiere mirar a Enomoto, pero sus ojos se mueven en esa dirección.

—… y creo que no podría haber mejor jefe en toda Deshima.

Carcelero, Jacob traga saliva mientras hace una reverencia, asesino, mentiroso, demente…

Enomoto ladea la cabeza, aparentemente divertido.

—La opinión del señor de Kyôga cuenta mucho —dice el magistrado Shiroyama —. Y juramos solemnemente al administrador interino De Zoet que sus compatriotas estarán a salvo de vuestros enemigos…

Este apoyo incondicional supera todas las expectativas de Jacob.

—Gracias, señ…

—… o el chambelán, el inspector y el intérprete morirán en el intento. —

Shiroyama mira a los tres deshonrados—. Un hombre de honor —declara el magistrado— no permite que nadie le sustraiga las personas que tiene a su cargo. Para reparar el oprobio, se les trasladará al barco de los intrusos. Iwase obtendrá el permiso para que los tres suban a bordo y paguen un… —la siguiente palabra que pronuncia Shiroyama debe de significar «rescate»—… por la liberación de los dos… —la palabra debe de ser «rehenes»—. Una vez a bordo, matarán al capitán inglés con cuchillos escondidos. Esta ejecución no se atiene al código del Bushidô, pero esos piratas merecen morir como perros.

—Pero Kôda-sama, Suruga-sama e Iwase-sama serán asesinados, y…

—La muerte los purgará de toda…

La siguiente palabra debe de ser «cobardía».

¿Cómo van a solucionar nada, protesta Jacob para sus adentros, los suicidios de facto de estos tres hombres? Se vuelve hacia Yonekizu y le dice:

—Por favor, dígale a su señoría que los ingleses son una raza despiadada. Infórmele de que no sólo matarán a los tres sirvientes de su señoría, sino también al administrador Van Cleef y al adjunto Fischer.

La Sala de los Sesenta Tatamis escucha esas palabras en un silencio grávido de significado, lo que indica que o bien los asesores del magistrado ya habían formulado esa misma objeción, o les daba demasiado miedo hacerlo.

Shiroyama parece contrariado.

—¿Qué propone el administrador interino que hagamos?

Jacob se siente como un imputado bajo sospecha.

—Lo mejor que podemos hacer, por ahora, es no hacer nada.

Hay un cierto estupor; un asesor se acerca al oído de Shiroyama…

Jacob vuelve a necesitar a Yonekizu:

—Dígale al magistrado que el capitán inglés está poniéndonos a prueba. Está esperando a ver si los japoneses o los holandeses responden, y si usamos la fuerza o la diplomacia. —Yonekizu frunce el ceño ante la última palabra—. Palabras, conversación, negociación. Pero si no actuamos, los ingleses se impacientarán. La impaciencia los obligará a revelar sus verdaderas intenciones.

El magistrado escucha, asiente lentamente y ordena a Jacob:

—Intente adivinar cuáles son sus intenciones.

Jacob obedece su instinto de responder sinceramente.

—En primer lugar —empieza a decir en japonés—, han venido para apoderarse del barco de Batavia y del cargamento de cobre. Como no han encontrado ningún barco, han tomado rehenes. Quieren… —espera que lo que va a decir resulte inteligible—… recabar conocimientos.

Shiroyama entrelaza los dedos.

—¿Conocimientos sobre las fuerzas holandesas presentes en Deshima?

—No, señoría: conocimientos sobre el Japón y su imperio.

Las hileras de asesores murmuran. Enomoto mira fijamente. Jacob ve una calavera envuelta en piel.

—Un hombre de honor —el magistrado esgrime el abanico— prefiere que lo torturen hasta la muerte antes que dar información al enemigo.

Todos los presentes, salvo el chambelán Kôda, el inspector Suruga y el intérprete Iwase, asienten indignados.

Ninguno de vosotros, piensa Jacob, sabe lo que es una guerra desde hace quince décadas.

—Además —insiste Shiroyama—, ¿por qué los ingleses están tan deseosos de conocer cosas del Japón?

Voy a deshacer algo, se teme Jacob, que luego no sabré rehacer.

—Puede que quieran volver a comerciar en Nagasaki, señoría.

He movido mi ficha, piensa el administrador interino, y ya no puedo volverme atrás.

—¿Por qué usa usted la palabra —pregunta el magistrado— «volver»?

El señor abad Enomoto se aclara la garganta.

—La afirmación del administrador interino De Zoet es acertada, señoría. Los ingleses comerciaron en Nagasaki hace mucho tiempo, en la época del primer shogun, cuando se exportaba plata. No cabe duda de que el recuerdo de esas ganancias sigue vivo en su tierra… aunque, por supuesto, el administrador interino lo sabrá mejor que yo.

Sin querer, Jacob se imagina a Enomoto sujetando a Orito contra el suelo.

Queriendo, Jacob se imagina matando a Enomoto a garrotazos.

—¿Cómo van a ganarse nuestra confianza —pregunta Shiroyama— si secuestran a nuestros aliados?

Jacob se vuelve hacia Yonekizu.

—Dígale a su señoría que los ingleses no quieren su confianza. Los ingleses quieren temor y obediencia. Han construido su imperio irrumpiendo en puertos extranjeros, disparando cañonazos y comprando a los magistrados locales. Esperan que su señoría actúe como un chino corrupto o como un rey negro, encantado de canjear el bienestar de vuestro pueblo por una casa de estilo inglés y una bolsa de abalorios.

Mientras Yonekizu traduce, la Sala de los Sesenta Tatamis crepita de rabia.

Con retraso, Jacob advierte que en un rincón hay un par de escribanos que anotan todas y cada una de sus palabras.

El mismísimo shogun, piensa, estudiará minuciosamente tus palabras dentro de diez días.

Un chambelán se acerca al magistrado con un mensaje.

El anuncio, en un japonés demasiado formal para que Jacob pueda entenderlo, parece aumentar la tensión. Para evitar a Shiroyama la molestia de tener que despacharlo, Jacob vuelve a dirigirse a Yonekizu:

—Transmita al magistrado el agradecimiento de mi Gobierno por su apoyo, y dígale que le pido permiso para regresar a Deshima y supervisar los preparativos.

Yonekizu ofrece una traducción con la debida formalidad.

El representante del shogun despacha a Jacob con un brusco gesto de la cabeza.

# XXXIII

## Sala de los Sesenta Tatamis, Magistratura de Nagasaki

*Después de la partida del administrador interino De Zoet, el segundo día del noveno mes*

Puede que el holandés parezca un duende salido de una pesadilla infantil —dice Shiroyama, reparando en las serviles sonrisas maliciosas de sus asesores—, pero de tonto no tiene nada.

Las sonrisas maliciosas se transforman al instante en juiciosos gestos de asentimiento.

—Sus modales son refinados —dice en tono aprobatorio uno de los ancianos de la ciudad— y lúcidos sus razonamientos.

—Habla un japonés extraño —comenta otro— pero se le entendía casi todo.

—Uno de mis espías de Deshima —dice un tercero— me cuenta que estudia a todas horas.

—Pero su acento —protesta un inspector, Wada— ¡parece el de un cuervo!

—Y tú, Wada —le interpela Shiroyama—, ¿acaso hablas la lengua de Dazûto como un ruiseñor?

El inspector, que no habla palabra de holandés, es lo bastante sensato como para quedarse callado.

—Y vosotros tres —Shiroyama blande su abanico hacia los tres hombres considerados responsables del secuestro de los dos holandeses— le debéis la vida a su gesto de clemencia.

Los hombres, nerviosos, responden con sumisas reverencias.

—Intérprete Iwase, en el informe que enviaré a Edo mencionaré que tú, al menos, trataste de hacer frente a los secuestradores, siquiera con torpeza. En la corporación se requieren tus servicios, así que puedes irte.

Iwase hace una profunda reverencia y sale corriendo de la sala.

—Vosotros dos —Shiroyama mira fijamente a los desdichados inspector y funcionario— habéis deshonrado vuestro rango y hecho ver a los ingleses que Japón es un país de cobardes. —Pocos de vuestros semejantes, admite el magistrado para sus adentros, habrían tenido una actuación más digna—. No salgáis de vuestras casas hasta nueva orden.

Los dos humillados retroceden a rastras hasta la puerta.

Shiroyama encuentra a Tomine.

—Que venga el capitán de la guardia costera.

El capitán, un individuo atezado, es conducido hasta el tatami que De Zoet ha dejado libre. Se inclina ante el magistrado.

—Me llamo Doi, señoría.

—¿Con qué rapidez, con qué fuerza y cómo podemos contraatacar de la mejor manera?

En lugar de contestar, el hombre clava la vista en el suelo que tiene delante de sus rodillas.

Shiroyama mira al chambelán Tomine, que está tan confundido como su superior.

¿Un incompetente medio mudo, se pregunta Shiroyama, ascendido por un pariente?

Wada se aclara la garganta.

—La sala aguarda su respuesta, capitán Doi.

—He inspeccionado… —el soldado alza los ojos como un conejo en una trampa —… la disposición para el combate de las dos torres de vigía, al norte y al sur de la bahía, y he consultado con los oficiales de más alta graduación disponibles.

—¡Quiero estrategias de contraataque, Doi, no órdenes regurgitadas!

—Se me… ha informado, señoría, de que la fuerza de combate en estos momentos…

Shiroyama advierte que los cortesanos mejor informados se abanican con nerviosismo.

—… es inferior a los mil hombres que estipula Edo, señoría.

—¿Me estás diciendo que las guarniciones de la bahía de Nagasaki están cortas de efectivos?

La reverencia rastrera de Doi equivale a un sí. Los asesores cuchichean alarmados.

Una carencia pequeña no me hará daño, piensa el magistrado.

—¿Cuántos de menos?

—El número exacto —el capitán Doi traga saliva— es sesenta y siete, señoría.

El nudo en las tripas de Shiroyama se deshace: ni siquiera Ômatsu, el más feroz de sus rivales, con el cual comparte el cargo de magistrado, podría calificar de negligencia un déficit de sesenta y siete sobre mil. Podría achacarse a bajas por enfermedad. Pero al magistrado le basta echar un vistazo a los rostros de la sala para entender que se le ha escapado algún detalle…

… hasta que un pensamiento terrible lo arranca todo de raíz.

—No… imposible… —trata de dominar su voz—… ¿sesenta y siete hombres en total?

El atezado capitán está demasiado nervioso para responder.

El chambelán Tomine brama con rabia:

—¡El magistrado te ha hecho una pregunta!

—Hay… —Doi se desmorona y tiene que comenzar de nuevo—. Hay treinta guardias en la guarnición norte, y treinta y siete en la sur. Eso es todo, señoría.

Ahora los asesores escrutan al magistrado Shiroyama…

Sesenta y siete soldados, sopesa la maldita cifra, en lugar de un millar.

… los cínicos, los ambiciosos, sus horrorizados aliados, los adláteres de Ômatsu…

Algunos de vosotros, sanguijuelas, piensa Shiroyama, lo sabíais y no decíais nada.

Doi permanece agachado como un reo a la espera de que la espada caiga sobre él.

Ômatsu mataría al mensajero… y Shiroyama también está tentado de desahogarse con el pobre hombre.

—Espere fuera, capitán. Gracias por despachar su tarea con tanta celeridad y… exactitud.

Doi mira a Tomine para asegurarse de que ha oído bien, hace una reverencia y se marcha.

Ninguno de los asesores se atreve a ser el primero en romper el sobrecogedor silencio.

Échale la culpa al señor de Hizen, piensa Shiroyama. Él es quien proporciona los soldados.

No: los enemigos del magistrado lo tacharían de cobarde por escurrir el bulto.

Alega que las guarniciones costeras llevan años cortas de efectivos.

Afirmar eso implicaría que estaba al tanto de la situación y no hizo nada al respecto.

Alega que ningún súbdito japonés se ha visto perjudicado jamás por esa carencia de efectivos.

El mandato del primer shogun, deificado en Nikko, se ha desobedecido. Este delito, por sí solo, ya es imperdonable.

—Chambelán Tomine —dice Shiroyama—, usted conoce cuál es el reglamento en relación con la Defensa del Imperio Cerrado.

—Es mi deber conocerlo, señoría.

—En el caso de que unos extranjeros lleguen a una ciudad sin permiso, la máxima autoridad tiene órdenes de hacer ¿qué?

—Rehusar cualquier oferta de negociación, señoría, y expulsar a los extranjeros. Si estos solicitan víveres, se les puede suministrar una cantidad mínima, pero sin aceptar pago alguno para evitar que posteriormente los extranjeros puedan aducir un precedente comercial.

—Pero ¿en el caso de que los extranjeros cometan actos de agresión?

Todos los abanicos de los asesores presentes en la Sala de los Sesenta Tatamis han dejado de moverse.

—El magistrado o daimio que ejerza la autoridad deberá capturar a los extranjeros, señoría, y tenerlos bajo custodia hasta recibir órdenes de Edo.

¿Capturar un buque de guerra completamente armado, piensa Shiroyama, con sesenta y siete hombres?

En esa misma sala, el magistrado ha condenado a contrabandistas, ladrones, violadores…

… asesinos, rateros, y a un cristiano clandestino de las islas Goto.

Ahora el Destino, adoptando la densa voz nasal del chambelán, está condenándolo a él.

El shogun me encarcelará por negligencia flagrante en el cumplimiento del deber.

Su familia, residente en Edo, se verá despojada de su nombre y rango de samurái.

Kawasemi, mi querida Kawasemi, tendrá que volver a las casas de té …

Piensa en su hijo, su milagroso hijo, que tendrá que ganarse la vida como siervo de un rufián.

A menos que pida perdón por mi delito y salve el honor de mi familia…

Alza los ojos para ver a sus asesores pero ninguno osa sostener la mirada de un condenado.

… abriéndome la tripa según el ritual antes de que Edo ordene mi arresto.

A su espalda, alguien carraspea con delicadeza.

—¿Puedo decir algo, magistrado?

—Más vale que alguien diga algo, señor abad.

—El feudo de Kyôga es un bastión más espiritual que militar, pero está muy cerca. Si mando un mensajero ahora, puedo hacer que en cuestión de tres días lleguen a Nagasaki doscientos cincuenta hombres de Kashima e Isahaya.

Este hombre tan extraño, piensa Shiroyama, forma parte de mi vida y de mi muerte.

—Reúnalos, señor abad, en nombre del shogun.

El magistrado atisba un rayo de esperanza. La suprema gloria de capturar el buque de guerra de un agresor extranjero podría —sólo podría— eclipsar delitos de menor envergadura. Shiroyama se vuelve hacia el comandante de armas.

—Envíe jinetes a los señores de Hizen, Chikugo e Higo con la orden, en el nombre del shogun, de mandar quinientos hombres armados cada uno. Sin dilación ni excusas. El Imperio está en guerra.

# XXXIV

## Camarote del capitán Penhaligon a bordo del *Febo*

*Alrededor del alba del 19 de octubre de 1800*

John Penhaligon se despierta de un sueño hecho de cortinas mohosas y bosques lunares para encontrar a su hijo junto a la cama.

—¡Tristingle, mi niño querido! ¡Qué sueños tan espantosos he tenido! Estaba soñando que habías muerto en el *Blenheim* y… —Penhaligon suspira—… y que me había olvidado de tu cara. Y de tu pelo…

—Mi pelo nunca, papá —el guapo muchacho sonríe—, ¡cómo olvidar este matojo en llamas!

—En sueños, a veces soñaba que seguías vivo… Despertar era… era amargo.

—¡Vamos, hombre! —Se ríe igual que se reía Meredith—. ¿Es esta la mano de un fantasma?

John Penhaligon agarra la cálida mano de su hijo y se fija en sus charreteras de capitán.

—Han enviado a mi Faetón a ayudar a tu *Febo* a resolver este problema, papá.

«Los navíos de línea acaparan toda la gloria», solía decir el capitán Golding, mentor de Penhaligon, «¡pero el botín se lo llevan las fragatas!».

—No existe botín en el mundo —coincide Tristram— como los puertos y mercados del Oriente.

—Morcilla, huevos y pan frito serían un regalo del cielo, querido hijo.

¿Por qué, se pregunta Penhaligon, he contestado una pregunta que no me han hecho?

—Se lo diré a Jones —dice Tristram, retirándose— y también te traeré el Times de Londres.

Penhaligon escucha el delicado tintineo de platos y cubiertos…

… y se despoja, como una serpiente en plena muda, de los largos años que ha desperdiciado sufriendo un dolor innecesario.

¿Cómo hará Tristram, se pregunta, para conseguir el Times en la bahía de Nagasaki?

Un gato maligno lo observa desde los pies de la cama; o tal vez es un murciélago…

Con un ronroneo sordomudo, la bestezuela abre la boca: es una bolsa de agujas.

Tiene intención de morder, piensa Penhaligon, y su pensamiento abre la puerta al diablo.

El dolor le abrasa el pie derecho; un ¡Aaaaaaaaah!, se le escapa de la boca como

una nube de vaho.

Completamente despierto en la oscuridad, el padre del difunto Tristram aprieta los dientes para ahogar un grito.

Cesa el delicado tintineo de platos y cubiertos, y unos pasos ansiosos se aproximan veloces a la puerta de su camarote. La voz de Chigwin pregunta:

—¿Todo bien, señor?

—Todo bien. —El capitán traga saliva—. Una pesadilla me ha tendido una emboscada, eso es todo.

—A mí también me pasa, señor. Serviremos el desayuno a la primera campanada.

—Muy bien, Chigwin. Espera: ¿las embarcaciones de los nativos siguen dando vueltas a nuestro alrededor?

—Sólo las dos barcas guardacostas, señor, pero los infantes de marina las han vigilado toda la noche y en ningún momento se nos han acercado a menos de doscientas yardas. De lo contrario, me habría apresurado a despertarlo, señor. Aparte de eso, no se ve a flote nada mayor que un pato. Hemos logrado ahuyentar a todo bicho viviente.

—Enseguida me levanto, Chigwin. Vuelva a sus quehaceres. —Pero en cuanto Penhaligon mueve el pie hinchado, unas espinas de dolor le laceran la carne—. Chigwin, por favor, dígale al cirujano Nash que venga ahora mismo: la podagra está dándome un poco de guerra.

El cirujano Nash examina el tobillo, inflamado hasta el doble de lo normal.

—Ya puede despedirse, con toda probabilidad, de las carreras de obstáculos y las mazurcas, capitán. ¿Me permite aconsejarle que use un bastón para caminar? Le diré a Rafferty que le traiga uno.

Un lisiado con bastón, titubea Penhaligon, a los cuarenta y dos años.

En las cubiertas superiores, unos pies jóvenes y ágiles se mueven de un lado para otro.

—Sí. Mejor anunciar mi invalidez con un bastón que cayéndome por las escaleras.

—Desde luego, señor. Y ahora, si me permite examinar este tofo… Puede que le…

El bisturí indaga la protuberancia: un dolor violáceo le explota detrás de los ojos.

—… duela un poco, señor… pero está supurando bien: una buena cantidad de pus.

El capitán mira de reojo la secreción espumosa.

—¿Eso es bueno?

—El pus —dice el cirujano desenroscando la tapa de un frasco— es la manera que tiene el cuerpo de purgarse de un exceso de bilis azul, y la bilis azul es la raíz de la gota. Ensanchando la herida y aplicando un poco de materia fecal de roedor —

Nash descorcha el frasco y extrae un excremento de ratón con las pinzas—, podemos estimular la secreción, y esperar una mejora en cuestión de una semana. Además, me he tomado la libertad de traer una ampolla de remedio de Dover, así que…

—Me lo bebo ahora mismo, cirujano. Los dos próximos días son de crucial importancia para nuestro fut…

El bisturí penetra en el bulto: el grito ahogado le tensa todo el cuerpo.

—Maldita sea, Nash —dice finalmente el capitán entre jadeos—. Al menos podría avisarme, ¿no?

• • •

El comandante Cutlip mira con recelo el chucrut que hay en la cuchara de Penhaligon.

—¿No irá a flaquear ahora, comandante? —pregunta el capitán.

—El repollo doblemente podrido, señor, no derrotará jamás a este soldado.

La membranosa luz del sol confiere un aire pictórico a la mesa del desayuno.

—Fue el almirante Jervis quien primero me recomendó el chucrut. —El capitán mastica la cucharada de verdura fermentada—. Pero esta historia ya se la he contado.

—Nunca en mi presencia, señor —dice Wren.

El teniente de fragata mira a los demás, que están de acuerdo. Penhaligon sospecha que lo hacen por quedar bien, pero resume la anécdota:

—Jervis conocía el chucrut por William Bligh, y Bligh lo conocía por el mismísimo capitán Cook. «La diferencia entre la tragedia de La Pélouse y la gloria de Cook», gustaba decir Bligh, «estuvo en treinta barriles de chucrut». Pero cuando Cook se embarcó en su primer viaje, ni las exhortaciones ni las amenazas sirvieron para convencer a la tripulación del *Endeavour* de que lo comiesen. Entonces Cook designó el «repollo doblemente podrido» comida de oficiales y se lo prohibió a los marineros rasos. ¿El resultado? Empezaron a robar chucrut del pañol mal vigilado donde se almacenaba hasta que, pasados seis meses, no había un solo tripulante aquejado de escorbuto, y la conversión fue un hecho.

—Astucia rastrera —señala el alférez Talbot— al servicio del genio.

—Cook es el héroe de un servidor —reconoce Wren— y una fuente de inspiración.

El «un servidor» de Wren irrita a Penhaligon tanto como una semilla incrustada entre dos muelas.

Chigwin llena el cuenco del capitán: una gota cae en los nomeolvides primorosamente bordados del mantel. Este no es momento, piensa el viudo, de acordarse de Meredith.

—Y ahora, caballeros, pasemos al asunto del día, y a nuestros huéspedes holandeses.

—Van Cleef —dice Hovell— ha pasado una noche de lo menos comunicativa en su celda.

—Salvo cuando ha preguntado —dice Cutlip, sonriendo malicioso— por qué se le daba de cenar maroma hervida.

—¿La noticia del cierre de la VOC no lo ha hecho entrar en razón? —pregunta el capitán.

Hovell sacude la cabeza.

—Admitir la debilidad quizá sea una debilidad.

—En cuanto a Fischer —dice Wren—, el pobre diablo se ha pasado la noche entera metido en el camarote, y eso que lo invitamos a unirse a nosotros en la cámara de oficiales.

—¿Cómo es la relación entre Fischer y su antiguo jefe, Snitker?

—Se comportan como si no se conociesen de nada —contesta Hovell—. Snitker ha pescado un resfriado: quiere que a Van Cleef se le forme un consejo de guerra por el delito de «Agresión contra un "Amigo de la corte de San Jaime"».

—Estoy hasta las narices —dice Penhaligon— de ese lechuguino petulante.

—Estoy de acuerdo, mi capitán —dice Wren—, en que Snitker ha dejado de sernos útil.

—Necesitamos un líder persuasivo para conquistar a los holandeses —dice el capitán— y un… —en cubierta suenan tres campanadas—… y un emisario con aplomo y compostura para convencer a los japoneses.

—Mi voto es para el adjunto Fischer —dice el comandante Cutlip— por cuanto es el más flexible de los dos.

—El líder por naturaleza —sostiene Hovell— sería Van Cleef.

—Entrevistemos a los dos candidatos —dice Penhaligon sacudiéndose las migas.

—Señor Van Cleef. —Penhaligon se pone en pie, disimulando su mueca de dolor con una sonrisa falsa—. Espero que haya dormido bien.

Van Cleef se sirve gachas con melaza, mermelada de naranja y una granizada de azúcar, antes de contestar a la traducción de Hovell.

Dice que puede amenazarlo cuanto desee, señor, pero que en Jeshima no hay ni un clavo de cobre que pueda usted robar.

Penhaligon hace caso omiso de la respuesta.

—Dígale que me alegra ver que no le falta apetito.

Hovell traduce y Van Cleef habla con la boca llena.

Pregunta, señor, si ya hemos decidido qué hacer con nuestros rehenes.

—Dígale que no lo consideramos un rehén, sino un huésped.

La respuesta de Van Cleef es un «¡Ja!», acompañado de una rociada de gachas.

—Pregúntele si ya ha asimilado la bancarrota de la VOC.

Van Cleef se sirve una taza de café mientras escucha a Hovell. Y se encoge de hombros.

—Dígale que la Compañía Británica de las Indias Orientales desea comerciar con Japón.

Van Cleef se echa unas uvas pasas en las gachas mientras contesta.

—Su respuesta, señor, es: «¿Por qué si no habrían contratado a Snitker para que los trajese aquí?».

No es un novato en estas lides, piensa Penhaligon, pero yo tampoco.

—Dígale que estamos buscando a alguien con experiencia en Japón para que represente nuestros intereses.

Van Cleef escucha, asiente con la cabeza, se echa azúcar al café y dice:

—*Nein.*

—Pregúntele si ha oído hablar del Memorando de Kew, firmado por su monarca en el exilio, que ordena a los funcionarios holandeses de ultramar ceder la custodia de los bienes de su país a los ingleses.

Van Cleef escucha, asiente con la cabeza, se pone en pie y se levanta la camisa para mostrar una cicatriz gruesa y profunda.

Se sienta, parte un panecillo en dos y ofrece a Hovell una sosegada explicación.

—El señor Van Cleef dice que esa cicatriz es obra de mercenarios suizos y escoceses contratados por ese mismo monarca en el exilio. A su padre le echaron aceite hirviendo por la garganta, dice. En nombre de la República de Batavia, nos ruega que nos quedemos tanto con el «tirano pusilánime» como con la «custodia inglesa», y dice que el Memorando de Kew será útil para limpiarse en la letrina, pero para nada más.

—Salta a la vista, señor —declara Wren— que estamos tratando con un jacobino incurable.

—Dígale que preferiríamos alcanzar nuestros objetivos por la vía diplomática, pero…

Van Cleef olisquea el chucrut y recula como si fuese azufre hirviente.

—… si no da resultado, tomaremos la factoría por la fuerza, y cualquier pérdida de vidas japonesas u holandesas será culpa suya.

Van Cleef se bebe el café, se vuelve hacia Penhaligon y le insiste a Hovell que traduzca su réplica frase por frase para que no se pierda nada.

—Dice, capitán, que con independencia de lo que nos haya contado Daniel Snitker, Deshima es territorio soberano del Japón, cedido en usufructo a la Compañía. No es una posesión holandesa.

»Dice que si intentamos tomarlo por asalto, los japoneses lo defenderán.

»Dice que nuestros infantes de Marina sólo tendrán tiempo de disparar una vez antes de que los masacren.

»Nos recomienda, señor, que no tiremos nuestra vida por la borda, por el bien de nuestras familias.

—Lo único que pretende es asustarnos —señala Cutlip.

—Es más probable —sospecha Penhaligon— que esté subiendo el precio de su colaboración.

Pero Van Cleef hace una última declaración y se levanta.

—Le da las gracias por el desayuno, capitán, y dice que Melchior Van Cleef no está a la venta para ningún monarca. Peter Fischer, sin embargo, estará más que encantado de hacer un trato con usted.

—Mi aprecio por los prusianos —dice Penhaligon— arranca de mi época de guardiamarina…

Hovell traduce: Peter Fischer asiente, casi incapaz de creerse tan maravilloso giro de la fortuna.

El *Audacious*, un buque de Su Majestad, tenía un teniente natural de Brunswick que se llamaba Plessner…

Fischer corrige la pronunciación de «Plessner» y añade una observación.

—El adjunto Fischer —traduce Hovell— también es natural de Brunswick.

—¿No me diga? —Penhaligon se hace el sorprendido—. ¿De Brunswick?

Peter Fischer asiente con la cabeza, dice «ja, ja», y apura su pequeña cerveza.

Con una mirada, Penhaligon ordena a Chigwin que le rellene la jarra y no permita que se le vacíe.

—El señor Plessner era un hombre decidido y ecuánime; un soberbio marino; valiente, ingenioso…

La expresión pensativa de Fischer significa: Como no podía ser de otra forma, naturalmente…

—… y estoy sumamente contento —continúa el capitán— de que el primer cónsul británico de Nagasaki sea un caballero de raza y valores germánicos.

Fischer alza la jarra para festejar el nombramiento y formula una pregunta a Hovell.

—Pregunta, señor, qué papel desempeñará el señor Snitker en nuestros planes futuros.

Penhaligon lanza un trágico suspiro, piensa: Podría haberme dedicado al teatro, y dice:

—Para serle sincero, emisario Fischer… —Hovell traduce el fragmento, y Fischer se acerca—… para serle sincero, Daniel Snitker nos ha decepcionado sobremanera, tanto como el señor Van Cleef.

El prusiano asiente con ojos conspiradores.

—Los holandeses hablan mucho, pero se les va la fuerza por la boca.

Hovell pasa algunos apuros con el modismo, pero provoca una serie de ja-ja-ja.

—Están tan enfrascados en su Edad de Oro que no se dan cuenta de que el mundo cambia.

—Eso es la… *waarheid*. —Fischer se vuelve hacia Hovell—. ¿Cómo decir *waarheid*?

—«Verdad» —dice Hovell, y Penhaligon procura colocar el pie en una posición más cómoda mientras se explaya.

—Por eso se ha hundido la VOC, y por eso la tan cacareada República Neerlandesa parece decidida a unirse a Polonia en el basurero histórico de las naciones extintas. La corona británica necesita Fischers, no Snitkers: hombres de talento, con visión de futuro…

Al oír la traducción de Hovell, Fischer ensancha las fosas nasales para mejor captar el olor de su futura riqueza y poder.

—… y rectitud moral. En definitiva, necesitamos embajadores, no mercaderes putañeros.

Fischer completa su metamorfosis de rehén a plenipotenciario con un farragoso relato sobre la indolencia de los holandeses, que Hovell procede a sintetizar:

—El emisario Fischer dice que, el año pasado, un incendio destruyó el barrio de la Puerta Marítima de Deshima. Mientras el fuego reducía a cenizas los dos mayores almacenes holandeses, Van Cleef y Snitker retozaban en un burdel a expensas de la Compañía.

—Qué ignominiosa negligencia —declara Wren, un experto en casas de lenocinio.

—Qué informalidad indecente —concuerda Cutlip, compañero predilecto de correrías de Wren.

Suenan siete campanadas, y el emisario Fischer le participa a Hovell otro pensamiento.

—Dice, capitán, que ahora que Van Cleef ha sido depuesto, él es el administrador en funciones, lo que significa que todo el personal de Deshima está obligado a cumplir sus órdenes. La desobediencia está penada con castigos físicos.

Ojalá sus dotes de persuasión, piensa Penhaligon, estén a la altura de su confianza en sí mismo.

—Snitker recibirá el estipendio de un piloto por habernos traído hasta aquí, y un pasaje gratis a Bengala, pero en un coy, no en un camarote.

Fischer asiente conforme, es más que suficiente, y hace otra declaración.

—Dice —traduce Hovell— que «el Todopoderoso ha forjado el pacto de esta mañana».

El prusiano se lleva la jarra a la boca pero se la encuentra vacía.

El capitán hace un gesto casi imperceptible con la cabeza a Chigwin.

—El Todopoderoso —dice sonriendo— y la armada de Su Majestad, para la cual el emisario Fischer acepta llevar a cabo lo siguiente…

Penhaligon coge el Memorando de Entendimiento.

—«Artículo uno: el emisario Fischer deberá conseguir que el personal de Deshima se someta al patrocinio británico». Hovell traduce. El comandante Cutlip hace rodar un huevo cocido por el platillo.

—«Artículo dos: el emisario Fischer deberá entablar negociaciones con el magistrado de Nagasaki con el fin de obtener un tratado de Amistad y Comercio entre la Corona británica y el shogun de Japón, las temporadas comerciales anuales se iniciarán a partir del mes de junio de 1801». Hovell traduce. Cutlip quita trocitos de cáscara de la superficie gomosa de la clara.

—«Artículo tres: el emisario Fischer facilitará el traslado de todo el cobre de propiedad holandesa a la fragata *Febo* de Su Majestad, y el establecimiento de una temporada comercial limitada para la transacción de bienes privados entre la tripulación y los oficiales y los mercaderes japoneses».

Hovell traduce. Cutlip muerde la yema, blanda como una trufa.

—«En pago a estos servicios, el emisario Fischer recibirá un décimo de todos los beneficios obtenidos por la factoría británica de Deshima durante los primeros tres años de su cargo, que podrá renovarse en 1802 con la aquiescencia de ambas partes». Mientras Hovell traduce la última cláusula, Penhaligon firma el memorando.

El capitán le pasa la pluma a Peter Fischer. El prusiano se queda quieto.

Siente la mirada, se imagina el capitán, de su futuro, que lo observa.

—Volverá usted a Brunswick —le asegura Wren— más rico que un duque.

Hovell traduce, Fischer sonríe y firma, y Cutlip se echa un poco de sal en lo que le queda de huevo.

Esta mañana, por ser domingo, se arma la iglesia y se convoca a toda la tripulación con ocho campanadas. Los oficiales e infantes de marina forman bajo un toldo tendido entre el palo de mesana y el mayor. Se espera de todos los cristianos del *Febo* que se presenten con sus mejores galas: los hebreos, musulmanes, asiáticos y demás paganos están excusados de plegarias e himnos, pero suelen observar la ceremonia desde los laterales. Van Cleef, en prevención de fechorías, está encerrado en el pañol del velamen, Daniel Snitker está con los suboficiales y Peter Fischer está entre el capitán Penhaligon —que es consciente de que su bastón ya debe de ser objeto de especulaciones entre la marinería— y el teniente Hovell, que ha prestado una camisa de algodón limpia al recién nombrado emisario. El capellán Wily, un nativo del condado de Kent que parece un oboe retorcido, lee un pasaje de su ajada Biblia desde lo alto de un púlpito improvisado delante del timón. El religioso declama frase por frase, lentamente, para que los marineros analfabetos tengan

tiempo de digerir cada versículo, lo que deja a los pensamientos del capitán un poco de espacio libre para vagar a su antojo:

—«Al día siguiente, mientras éramos sacudidos por una violenta tempestad…». Penhaligon pone a prueba el tobillo derecho: la pócima de Nash está aliviándole el dolor.

—«… comenzaron a aligerar la carga; y al tercer día…». El capitán observa la lancha de la guardia japonesa, que guarda las distancias.

—«con nuestras propias manos arrojamos los aparejos del barco». Los marineros gruñen sorprendidos y prestan suma atención al capellán.

—«Como durante muchos días no aparecían ni el sol ni las estrellas…». Los capellanes, por lo general, son demasiado mansos para una feligresía tan díscola…

—«… y nos sobrevenía una tempestad no pequeña, íbamos perdiendo ya…».

—… o bien, tan fervorosos que los marineros los ignoran, menosprecian o vilipendian.

—«… toda esperanza de salvarnos. Entonces, como hacía mucho que no comíamos, Pablo se puso en pie…». El capellán Wily, el hijo de un ostricultor de Whitstable, es una grata excepción.

—«… en medio de ellos y dijo: Oh, hombres, deberíais haberme escuchado…». Los marineros que conocen el Mediterráneo en invierno murmuran y asienten con la cabeza.

—«… y no haber partido de Creta para evitar este daño y pérdida». Wily enseña a los chicos a leer, escribir y hacer cálculos, y les escribe las cartas a los marineros analfabetos.

—«Pero ahora os insto a tener buen ánimo, pues no se perderá…». El capellán también tiene una vena mercantil, y cincuenta rollos de cretona satinada de Bengala almacenados en la bodega.

—«… la vida de ninguno de vosotros, sino solamente la nave. Porque esta noche estuvo conmigo…». Lo mejor de todo es que Wily le pone sal a sus lecturas y enjundia a sus sermones.

—«… el ángel de Dios, de quien soy…» —Wily alza la vista— «y a quien sirvo, y me dijo:». Penhaligon deja vagar la mirada por las filas de sus marineros.

—«“No temas, Pablo; mira, Dios te ha concedido a todos los que navegan contigo”». Hay hombres de Cornualles, de Bristol, de la isla de Man, de las Hébridas…

—«… a la medianoche los marineros sospecharon que estaban cerca de tierra…». Un cuarteto de las islas Feroe; algunos yanquis de Connecticut.

—«… Echaron la sonda, y hallaron veinte brazas. Pasaron un poco más adelante…». Libertos del Caribe, un amable tártaro, un judío de Gibraltar.

—«… volvieron a echar la sonda, y hallaron quince brazas…». Penhaligon

reflexiona sobre la naturalidad con que la tierra se divide en naciones.

—«… Y temiendo dar en escollos, echaron…». Piensa en cómo los mares disuelven las fronteras humanas.

—«… cuatro anclas por la popa, y ansiaban que se hiciese de día». Mira a los mestizos y a los cuarterones: hombres engendrados por europeos…

—«Entonces los marineros procuraron huir de la nave…»… con mujeres nativas: esclavas; niñas vendidas por los padres a cambio de un puñado de clavos de hierro…

—«… Pablo dijo: Si estos no permanecen en la nave, vosotros no podréis salvaros». Penhaligon localiza al mestizo Hartlepool, y recuerda sus propias fornicaciones juveniles, y se pregunta si alguna de ellas daría lugar a un hijo de piel café u ojos almendrados que también obedeciese la llamada del mar y que ahora piense como piensan los individuos bastardos. El capitán recuerda el sueño de esa mañana, y confía en que así sea.

—«Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife y dejaron que se perdiese». Los hombres dan un grito ahogado de asombro ante semejante temeridad. Uno exclama:

—¡Qué locura!

—¡Detened a los desertores! —responde otro, y Wren grita:

—¡Escuchad al capellán!

Pero Wily cierra la Biblia.

—Sí, con la tempestad arreciando y la muerte casi cierta, Pablo dice: «Abandonad la nave y os ahogaréis; quedaos a bordo y os salvaréis». ¿Le habríais creído? ¿Le habría creído yo? —El capellán resopla y se encoge de hombros—. El que hablaba no era el apóstol Pablo con un halo en la cabeza: era un prisionero encadenado, un hereje procedente de un rincón perdido del Imperio Romano. Y así y todo, convenció a los guardianes de que cortasen las amarras del esquife, y el Libro de Hechos nos cuenta que la misericordia de Dios salvó a doscientos sesenta y seis hombres. ¿Por qué aquella tripulación zarrapastrosa y variopinta, integrada por chipriotas, libaneses y palestinos, hizo caso a Pablo? ¿Por su voz, su rostro… o alguna otra cosa? Ah, si yo lo supiese, ¡a estas alturas ya sería el arzobispo Wily! En cambio, heme aquí, cargando con todos vosotros. —Algunos marineros se ríen—. Con esto no quiero decir, hermanos, que la fe vaya a salvar siempre a un hombre de morir ahogado; son muchos los devotos cristianos perecidos en el mar que me dejarían de mentiroso. Pero algo sí puedo juraros, y es que la fe os salvará el alma. Sin la fe, la muerte es un ahogamiento, el final de los finales, ¿y qué hombre en su sano juicio no tendría miedo de eso? Con la fe, en cambio, la muerte no es más que el final del viaje que denominamos vida, y el inicio de una travesía eterna en compañía de nuestros seres queridos, sin penas ni sufrimientos, y bajo el mando de nuestro Creador.

Cruje la jarcia conforme el sol asciende y calienta el rocío de la mañana.

—Es cuanto tengo que deciros este domingo, hermanos. Nuestro capitán va a dirigiros unas palabras.

Penhaligon sube al púlpito, confiando en su bastón más de lo que desearía.

—Como ya sabéis, marineros, en Nagasaki no nos espera ningún ganso holandés que desplumar. Estáis decepcionados, vuestros oficiales están decepcionados, y yo también. —El capitán habla despacio, dejando que sus palabras calen en otros idiomas—. Consolaos pensando en todos los botines franceses inesperados que capturaremos en nuestro largo, largo viaje de regreso a Plymouth. —Los alcatraces graznan. Los remos de las guardacostas chapotean y salpican—. Nuestra misión aquí, marineros, es traer el siglo XIX a estas costas bárbaras. Cuando digo «siglo XIX» me refiero al siglo XIX británico, no al francés, ni al ruso, ni al holandés. ¿Habrá esto de hacernos ricos a todos? En sí y por sí sólo, no. ¿Convertirá al *Febo* en el barco más famoso del Japón y el más aclamado de nuestra armada? Rotundamente sí. No se trata de un legado que quepa gastar en un puerto. Es un legado que nunca, y digo bien, nunca podrá malgastarse, robarse ni perderse. —Los marineros prefieren el dinero contante y sonante que la posteridad, piensa Penhaligon, pero al menos me prestan atención—. Una última palabra antes, y a propósito, del himno. La última vez que en Nagasaki se oyó un canto de alabanza fue cuando despeñaron a unos nativos cristianos desde los acantilados que bordeamos ayer mismo, como castigo por creer en la Vera Fe. Quiero que en este día que pasará a la historia enviéis al magistrado de Nagasaki el mensaje de que los británicos, a diferencia de los holandeses, jamás pisotearemos a Nuestro Salvador en aras del lucro. Así que cantad como hombres, no como colegiales apocados. Cantad como guerreros. A la una, a las dos y a las tres…

# XXXV

## Sala del Mar de la residencia del administrador de Deshima

*Mañana del 19 de octubre de 1800*

—Quienes lo asedian, con historias tétricas… —Jacob de Zoet está repasando el inventario junto a los ventanales y, en un primer momento, no da crédito a lo que oye —… Se engañan a sí mismos, porque su fuerza es mayor… —pero, por insólito que parezca, en la bahía de Nagasaki están cantando un himno.

—Ningún enemigo frenará su poder; aunque luche con gigantes…

Jacob sale a la terraza y mira hacia la fragata.

—Ejercerá con honor su derecho a ser peregrino.

Los versos impares del himno inspiran, los pares espiran.

—Dado, Señor, que nos defiendes con tu espíritu…

Jacob cierra los ojos para captar mejor las fluctuantes frases en inglés…

—Sabemos que al final heredaremos la vida.

… y poder separar cada nuevo verso del eco del precedente.

—¡Alejaos, fantasías! No temo las palabras de los hombres…

El himno es agua y luz solar, y Jacob desearía haberse casado con Anna.

—Me afanaré día y noche para ser un peregrino.

El sobrino del pastor se queda esperando el siguiente verso, pero no llega.

—Qué agradable cancioncilla —dice Marinus desde el umbral de la sala.

Jacob se da la vuelta.

—Usted dijo que los himnos eran «canciones para niños con miedo a la oscuridad».

—¿Eso dije? Bueno, uno se vuelve menos dogmático conforme empieza a chochear.

—Lo dijo hace menos de un mes, Marinus.

—Oh. Bueno, como dice mi amigo el deán —Marinus se apoya en la barandilla —, nos sobra religión para odiarnos, pero nos falta religión para amarnos. Su nuevo hábitat le sienta muy bien, si me permite la observación.

—Es el hábitat del administrador Van Cleef, y rezo para que vuelva a ocuparlo esta noche. Lo digo en serio. En mis momentos menos caritativos, llego a plantearme pagar a los ingleses un rescate para que se queden con Fischer, pero Melchior Van Cleef es un hombre justo, para lo que se estila en la Compañía, y una Deshima con sólo cuatro funcionarios no es que esté escasa de personal, es que casi carece de él.

Marinus entorna los ojos para mirar el cielo.

—Venga a comer. Eelattu y yo le hemos traído de la cocina un poco de pescado

hervido.

Pasan al comedor, donde Jacob insiste en sentarse en su silla de siempre. Acto seguido, le pregunta a Marinus si alguna vez ha tenido tratos con oficiales de la Marina británica.

—Menos de los que se imagina. Me he escrito con Joseph Banks y con algunos filósofos ingleses y escoceses, pero aún no domino su idioma. Es una nación bastante joven. Usted debió de conocer algunos oficiales durante su estancia en Londres. Estuvo allí dos o tres años, ¿no?

—Cuatro en total. El almacén principal de mi patrón estaba cerca del puerto de las Indias Orientales, así que vi llegar y partir a cientos de navíos de línea: los mejores buques de la Marina británica; o sea, del mundo. Pero mi círculo de conocidos ingleses se limitaba a los almaceneros, escribientes y contables. Para los ilustres y los uniformados, un escribano subalterno de Zelanda con un acento holandés cerrado pasaba completamente inadvertido.

El sirviente D'Orsaiy aparece en la puerta.

—Intérprete Goto aquí, administrador.

Jacob mira en torno en busca de Van Cleef y al instante cae en la cuenta.

—Hágalo entrar, D'Orsaiy.

Entra Goto, con una expresión circunspecta a la altura de las circunstancias.

—Buenos días, administrador interino —el intérprete hace una reverencia— y doctor Marinus. Interrumpo desayuno, perdón. Pero inspector de corporación me envía urgente para descubrir sobre canción de guerra de barco inglés. ¿Ingleses cantan canción así antes de ataque?

—¿Ataque? —Jacob vuelve corriendo a la Sala del Mar. Mira con el catalejo, pero la fragata sigue en el mismo sitio, y entonces, con cierto retraso, capta el malentendido—. No, señor Goto, no era un cántico de guerra lo que cantaban los ingleses, era un himno.

Goto se queda perplejo.

—¿Qué es «himno» o quién es «himno»?

—Un himno es una canción que cantamos los cristianos a nuestro Dios. Es un acto de adoración.

El administrador en funciones sigue observando la fragata: hay actividad en la proa.

—A un paso de la Roca de Papenburgo —señala Marinus—. El que dijo que la historia no tenía sentido del humor se murió demasiado pronto.

Goto no lo capta todo, pero entiende que se ha violado el sacrosanto edicto del shogun contra el cristianismo.

—Muy grave y malo —murmura—. Muy… —busca otra palabra—… muy grave y malo.

—A menos que me equivoque… —Jacob sigue observando—… están tramando algo.

La congregación se ha disuelto y han bajado el toldo de la iglesia.

—Alguien vestido con una casaca color avena está bajando por la escala de viento…

Lo ayudan a subir a bordo de la chalupa de la fragata, que está amarrada a la amura de estribor.

Llaman a una de las lanchas de la guardia japonesa, que siguen dando vueltas alrededor del navío, para que se acerque.

—Parece que están poniendo en libertad al adjunto Fischer…

Desde su llegada, quince meses antes, Jacob no había vuelto a pisar la rampa de la Puerta Marítima. El sampán estará enseguida a un grito de distancia. Jacob reconoce al intérprete Sagara, sentado junto a Peter Fischer en la proa de la embarcación. Ponke Ouwehand interrumpe la melodía que estaba canturreando.

—Estar aquí fuera le aviva a uno el deseo de que llegue el día en que salgamos de esta cárcel, ¿no es así?

Jacob piensa en Orito, se estremece, y dice:

—Sí.

Marinus está llenando un saco de viscosos manojos de algas.

—*Porphyra umbilicales*. A las calabazas les va a encantar.

A veinte metros de distancia, Peter Fischer hace bocina con las manos y grita al comité de bienvenida:

—Conque me ausento veinticuatro horas ¡y el «administrador interino De Zoet» da un golpe de estado! —Su jovialidad suena forzada y mordaz—. Me pregunto si se dará la misma prisa en meterse en mi ataúd.

—No sabíamos —replica Ouwehand— cuánto tiempo íbamos a estar sin dirección.

—¡La dirección ha vuelto, «adjunto en funciones Ouwehand»! ¡Qué frenesí de ascensos! ¿Ahora el mono es el cocinero?

—Me alegra volver a verlo, Peter —dice Jacob—, con independencia de nuestros cargos.

—¡Y yo me alegro de volver, escribano jefe! —El sampán roza la rampa y Fischer salta a tierra como un heroico conquistador. Aterriza con torpeza y se escurre en las piedras.

Jacob hace intención de ayudarlo a levantarse.

—¿Cómo está el administrador Van Cleef?

Fischer se pone de pie.

—Van Cleef está bien, sí. Muy bien. Les envía un caluroso saludo.

—Señor de Zoet. —El intérprete Sagara baja a tierra con la ayuda de su sirviente

y de un guardia—. Tenemos carta de capitán inglés para magistrado. Yo llevo ahora, sin retraso. Magistrado llama a usted más tarde, yo pienso, y quiere hablar con señor Fischer también.

—Oh, sí, desde luego —declara Fischer—. Dígale a Shiroyama que estaré disponible después de comer.

Sagara hace un amago de reverencia en dirección a Fischer, una reverencia inequívoca ante De Zoet, y se va.

—¡Intérprete! —lo llama Fischer—. ¡Intérprete Sagara!

Sagara se da la vuelta en la Puerta Marítima con un leve «¿Sí?», esbozado en el rostro.

—No olvide quién es el funcionario de más categoría en Deshima.

La humilde reverencia de Sagara no es del todo sincera. El intérprete se aleja.

—No me fío de ese —dice Fischer—. No tiene modales.

—Esperamos que los ingleses los hayan tratado bien a usted y al administrador —dice Jacob.

—¿«Bien»? Mejor que bien, escribano jefe. Traigo excelentes noticias.

• • •

Su interés, caballeros, me conmueve —dice Fischer a todos los presentes en la Sala de Reuniones—, y, sin duda, estarán ansiosos por conocer los detalles de mi estancia a bordo del *Febo*. No obstante, hay que respetar el protocolo. Así pues, Grote, Gerritszoon, Baert y Oost, y usted también, Twomey, están excusados y pueden volver a su trabajo. Tengo que discutir asuntos de Estado con el doctor Marinus, el señor Ouwehand y el señor de Zoet, y tomar decisiones cuidadosamente meditadas con la cabeza fría. Cuando terminemos, se les informará.

—Te equivocas —dice Gerritszoon—. No vamos a movernos de aquí.

El reloj de pared calibra el tiempo. Piet Baert se rasca la entrepierna.

—O sea, que cuando el gato no está —Fischer se finge encantado— los ratones organizan una Asamblea Popular… Muy bien, en ese caso trataré de exponer la cuestión lo más fácil que pueda para que la entiendan. El señor Van Cleef y yo hemos pasado la noche a bordo del *Febo* como invitados del capitán inglés. Se llama John Penhaligon. Está aquí por orden del gobernador general británico de Fort William, en Bengala. Fort William es la base principal de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, que…

—Todos sabemos lo que es Fort William —interviene Marinus.

Fischer sonríe durante un largo segundo.

—Las órdenes del capitán Penhaligon son negociar un tratado de comercio con los japoneses.

—En Japón comercia la Jan Compagnie —dice Ouwehand—. No la «John

Company».

Fischer se escarba los dientes.

—Ah, sí, tengo más noticias. La Jan Compagnie está más muerta que una piedra. Sí. A las doce de la noche del último día del siglo XVII, mientras algunos de ustedes… —mira a Gerritszoon y a Baert—… cantaban groseras canciones sobre sus antepasados germánicos en la Calle Larga, la vieja y honorable Compañía dejó de existir. La empresa que nos pagaba ha quebrado.

Los hombres se quedan estupefactos.

—Rumores parecidos —dice Jacob— se han…

—Lo he leído en un ejemplar del *Amsterdamsche Courant* que había en el camarote del capitán Penhaligon. Bien claro, en holandés. Llevamos desde el uno de enero trabajando para un fantasma.

—¿Y nuestro salario acumulado? —Baert, horrorizado, se muerde los nudillos—. ¿Mis siete años de salario?

—Visto en retrospectiva —dice Fischer, asintiendo con la cabeza—, fue muy inteligente por tu parte despilfarrar casi toda tu paga en alcohol, putas y timbas. Al menos lo disfrutaste.

—Pero nuestra paga es nuestra —insiste Oost—. Nuestra paga está a salvo, ¿verdad, señor de Zoet?

—Legalmente, sí. Pero «legalmente» significa tribunales, indemnizaciones, abogados y tiempo. Señor Fischer…

—Si no me equivoco, los libros del administrador dan fe de mi ascenso a adjunto.

—Adjunto Fischer, ¿el artículo del Courant decía algo sobre indemnizaciones y deudas?

—Para los accionistas de la madre patria holandesa, sí; pero para los peones de las factorías asiáticas, ni un céntimo. En relación con la querida madre patria, tengo más noticias. Un general corso, Bonaparte, se ha nombrado primer cónsul de la República francesa. ¡No anda escaso de ambición el Bonaparte este! Ha conquistado Italia, dominado Austria, saqueado Venecia, sometido Egipto, y pretende convertir los Países Bajos en un *département* francés. Lamento comunicarles, caballeros, que su madre patria está a punto de casarse y perder su nombre de soltera.

—¡Los ingleses mienten! —exclama Ouwehand—. ¡Eso es imposible!

—Sí, más o menos eso decían los polacos antes de que su país desapareciese.

Jacob se imagina una guarnición de soldados franceses en Domburgo.

—Mi hermano Joris —dice Baert— sirvió a las órdenes de ese francés, el tal Bonaparte. Cuentan que hizo un pacto con el diablo en el puente de Arcôle, y por eso aplasta ejércitos enteros. El pacto, eso sí, no cubría a los soldados de Boney. La última vez que vieron a Joris, estaba empalado en una pica en la Batalla de las Pirámides, sin el cuerpo.

—Mi más sentido pésame, Baert —dice Peter Fischer—, pero Bonaparte es ahora vuestro jefe de Estado, y tus pagas atrasadas le importan un carajo. Bien. Ya van dos sorpresas. Se acabó la Compañía y se acabaron los Países Bajos independientes. He aquí la tercera sorpresa, particularmente interesante, creo, para el funcionario jefe De Zoet. El piloto y asesor que ha guiado al *Febo* hasta la bahía de Nagasaki es Daniel Snitker.

—Pero si está en Java —Ouwehand es el primero en recobrar el habla—, ante un tribunal.

—Estos giros inesperados —dice Fischer, mirándose la uña del pulgar— son la sal de la vida.

Jacob, aterrado, se aclara la garganta.

—¿Ha hablado con Snitker? ¿Cara a cara?

El escribano mira a Ivo Oost, que está lívido y perplejo.

—Cené con él. El *Shenandoah* nunca llegó a Java. Vorstenbosch, el famoso cirujano que extirpó el cáncer de la corrupción, y el leal capitán Lacy vendieron el cobre de la Compañía, ¡sí, señor de Zoet, el mismo cobre que tanto se afanó usted en conseguir!, a la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en Bengala y se embolsaron las ganancias. Qué paradoja, señor mío. Qué paradoja.

No puede ser verdad, piensa Jacob.

Pero sí, sí que puede.

—Un momento un momento un momento —Arie Grote está poniéndose rojo—, espera, espera, espera. ¿Y nuestras mercancías privadas? ¿Y mis lacas? ¿Y las estatuillas de Imari?

—Daniel Snitker no sabe adonde fueron a parar: él se escapó en Macao…

—Si esos cerdos —Arie Grote está poniéndose violeta—, esos ladrones mal nacidos…

—Al diablo con las mercancías —protesta Twomey—, ¿cómo vamos a volver a casa?

Hasta Arie Grote enmudece al asimilar la realidad.

—El señor Fischer —observa Marinus— parece inmune al abatimiento general.

—¿Qué estás ocultándonos —Gerritszoon parece peligroso—, «señor» Fischer?

—¡Tengo que hablar a la velocidad que vuestra noble democracia me permite! El doctor tiene razón: no está todo perdido. El capitán Penhaligon está autorizado a proponer una entente anglo-holandesa en estas aguas. Promete pagarnos hasta el último penique que nos deba la Compañía, y ofrecernos un pasaje gratis, en una cómoda litera, hasta Petang, Bengala, Ceilán o el Cabo.

—¿Todo eso —pregunta Con Twomey— por la pura bondad de un alma inglesa?

—A cambio, trabajaremos aquí otras dos temporadas más. Por un salario.

—Lo que significa —intuye Jacob— que los ingleses quieren quedarse con

Deshima y sus beneficios.

—¿De qué le sirve a usted Deshima, señor de Zoet? ¿Dónde están sus barcos, su capital?

—Pero… —Ivo Oost frunce el entrecejo—… si los ingleses quieren comerciar desde Deshima…

—Los intérpretes —dice Arie Grote asintiendo— sólo hablan holandés.

Fischer da una palmada.

—El capitán Penhaligon los necesita a ustedes y ustedes lo necesitan a él. Un matrimonio feliz.

—Entonces, ¿se trataría del mismo trabajo —pregunta Baert— pero con un nuevo patrón?

—Uno que no se largará a Carolina con tu mercancía privada, sí.

—El día que agarre a Vorstenbosch —promete Gerritszoon— le sacaré los sesos por su aristocrático culo.

—¿Qué bandera ondearía en Deshima? —pregunta Jacob—. ¿La holandesa o la inglesa?

—¿Qué más da mientras nos paguen un salario? —replica Fischer.

—¿Qué opina el administrador Van Cleef —pregunta Marinus— de la oferta del capitán?

—En este mismo instante está negociando la letra pequeña del acuerdo.

—¿Y no se le ha ocurrido —pregunta Jacob— enviarnos órdenes por escrito?

—¡Yo soy sus órdenes por escrito, escribano jefe! Pero, mire, no hace falta que den por buenas mis palabras. El capitán Penhaligon los ha invitado a usted, al doctor y al señor Ouwehand a cenar esta noche a bordo del *Febo*. Sus tenientes son una compañía estupenda. Uno, llamado Hovell, habla holandés con soltura. El jefe de los infantes de Marina, el comandante Cutlip, ha viajado por todo el mundo y hasta ha vivido en Nueva Gales del Sur.

Los marineros estallan en risas.

—¿Cutlip? —pregunta Grote—. Pero ¿cómo puede alguien llamarse así?

—Si rechazamos la propuesta —pregunta Jacob—, ¿los ingleses se marcharán pacíficamente?

Fischer chasquea la lengua en señal de desaprobación.

—No es competencia suya, escribano jefe, aceptar o rechazar la propuesta, ¿me equivoco? Ahora que el administrador Van Cleef y un servidor estamos de vuelta, pueden volver a guardar la República de Deshima en su caja de juguetes y…

—No, la cosa no es así de fácil —dice Grote—. Hemos elegido presidente al señor de Zoet.

—¿Presidente? —Fischer enarca las cejas con fingido estupor—. ¡Acabáramos!

—Necesitamos a un hombre de palabra —declara Arie Grote— que nos proteja.

Los labios de Peter Fischer dibujan una sonrisa.

—¿Insinúa que yo no soy un hombre de palabra?

—¿A que se acuerda usted —dice Grote— de cierto conocimiento de embarque que el señor de Zoet se negó a firmar pero que usted firmó de mil amores?

—Vorstenbosch dio jaque mate a De Zoet —dice Piet Baert—, pero nos lo dará a nosotros.

Jacob está tan sorprendido como Fischer del apoyo tan enérgico que le brindan los peones.

El prusiano tensa la voz.

—El reglamento de la Compañía es muy claro acerca de la obediencia.

—El reglamento de la Compañía —señala Marinus— quedó anulado legalmente el uno de enero.

—Pero estamos todos en el mismo barco, ¿no es así, señores? —Fischer se da cuenta de su error de cálculo—. La cuestión de las banderas puede resolverse. ¿Qué es una bandera sino un rectángulo de trapo? Luego voy a hablar con el magistrado; y vuestro «presidente» puede acompañarme, para demostraros mi buena fe. Mientras tanto, vuestra «República de Deshima»…

Nombrar algo, piensa Jacob, aunque sea para ridiculizarlo, da sustancia a lo nombrado.

—… puede debatir a voluntad. Cuando Jacob y yo volvamos al *Febo*, él podrá informar al capitán Penhaligon de cómo están las cosas en tierra. Pero no olviden que están a doce mil millas de distancia de casa. No olviden que Deshima es un enclave comercial sin comercio. No olviden que los japoneses quieren que los convenzamos de trabajar con los ingleses. Haciendo la elección correcta, ganaremos dinero y protegeremos a nuestras familias contra la pobreza. ¿Quién, en el nombre de Dios, puede oponerse?

• • •

—Entonces, ¿cómo traducir «estatúder»? —Goto, el intérprete de ojos cansados, se palpa la zona sin afeitar alrededor de la mandíbula—. El holandés Guillermo Cinco ¿es rey o no es rey? —El reloj de Almelo del despacho del administrador da una campanada—. Títulos, títulos, piensa Jacob. Tan estúpidos, tan importantes.

—No, no es el rey.

—Entonces, ¿por qué Guillermo V usa título «Príncipe de Orange-Nassau»?

—Orange-Nassau es, o era, el nombre del feudo de sus antepasados, como los feudos japoneses. Pero también era el jefe del ejército de los Países Bajos.

—¿Entonces es igual que shogun japonés? —aventura Iwase.

El dogo de Venecia sería un símil más ajustado, pero no serviría de ayuda.

—El estatúder era un cargo electo, pero controlado por la Casa de Orange.

Entonces, cuando el estatúder Guillermo… —Jacob señala la firma del documento— … se casó con la hija del emperador prusiano, empezó a darse aires de monarca por la gracia de Dios. Hace cinco años, sin embargo, los holandeses —la invasión francesa se mantiene en secreto—, el pueblo, cambiamos a nuestro gobierno…

Los dos intérpretes se miran con aire preocupado.

—… y el estatúder Guillermo se… oh, ¿cómo se dice «exilió» en japonés?

Goto dice la palabra que falta y la frase cobra sentido para Iwase.

—De modo que, con Guillermo exiliado en Londres —concluye Jacob—, su viejo cargo ha quedado abolido.

—Entonces, Guillermo V —Namura quiere que quede bien claro— ¿no tiene poder en Holanda?

—No, ninguno. Se le confiscaron todas sus propiedades.

—El pueblo holandés… ¿todavía obedece, o respeta, a estatúder?

—Los orangistas sí, pero los patriotas, los partidarios del nuevo gobierno, no.

—¿Muchos holandeses son «orangistas» o «patriotas»?

—Sí, pero la mayoría sólo se preocupa de tener la barriga llena y un país en paz.

—Entonces, este documento que traducimos, este «Memorando de Kew» —Goto frunce el ceño—, ¿es orden de Guillermo V a holandeses de dar posesiones holandeses a ingleses para protección?

—Efectivamente, pero la pregunta es: ¿reconocemos los holandeses la autoridad de Guillermo?

—Capitán inglés escribe: «Todas las colonias holandesas obedecen el Memorando de Kew».

—Eso ha escrito, sí, pero es probable que mienta.

Alguien llama a la puerta sin mucha decisión, y Jacob dice:

—¿Sí?

Con Twomey abre la puerta, se quita el sombrero y mira a Jacob con expresión urgente. Twomey no vendría a molestarnos, piensa el escribano, por una tontería.

—Caballeros, continúen sin mí. El señor Twomey y yo tenemos que hablar en la Sala del Mar.

—Se trata… —el irlandés mantiene el sombrero en equilibrio sobre el muslo—… como decimos en mi tierra, de un «esqueleto en el armario».

—En Walcheren decimos: «Un muerto en el huerto».

—Pues en Walcheren deben de tener unos repollos monstruosos. ¿Le importa que hable en inglés?

—Adelante. Si necesito ayuda, se lo diré.

El carpintero respira hondo.

—No me llamo Con Twomey.

Jacob asimila la noticia.

—No es usted el primer hombre enrolado a la fuerza que da un nombre falso.

—Mi verdadero nombre es Fiacre Muntervary, y no me enrolaron a la fuerza. La historia de cómo salí de Irlanda es bastante más rara. Un frío día de San Martín, un bloque de piedra se soltó del arnés y espachurró a mi padre como un escarabajo. Hice todo lo posible por sustituirlo, pero este mundo no tiene piedad, y cuando falló la cosecha y Cork se llenó de gente llegada de toda Munster, el casero nos triplicó el alquiler. Empeñamos las herramientas de mi padre, pero, muy pronto, mi madre, mis cinco hermanas, mi hermano pequeño, Pádraig, y yo estábamos viviendo en un granero en ruinas, donde Pádraig cogió un resfriado y no tardamos en tener una boca menos que alimentar. En la ciudad traté de encontrar trabajo en el puerto, en las cerveceras, lo intenté todo, pero sin suerte. Así que volví a la casa de empeños y pedí que me devolviesen las herramientas de mi padre. El tipo dijo: «Las he vendido, majo, pero es verano y la gente necesita abrigos. Pago chelines contantes y sonantes por un buen abrigo. ¿Me entiendes?».

Twomey hace una pausa para sopesar la reacción de Jacob.

Jacob evita cualquier titubeo.

—Tenías una familia que alimentar.

—En el teatro robé un vestido de señora. El empeñero dijo: «Abrigos de caballero, majo», y me dio tres peniques. Lo siguiente que robé fue un abrigo de hombre del despacho de un abogado. «Eso no se lo pondría ni un espantapájaros», dijo el fulano. «¡Échale más ganas!». Y la tercera vez me pescaron como a una trucha. Después de dos semanas en la cárcel de Cork me llevaron al tribunal, donde la única cara conocida era la del empeñero. El fulano le dijo al juez inglés: «Sí, señoría, ese es el golfillo que no paraba de ofrecerme abrigos». Yo dije que el empeñero era un maldito mentiroso que comerciaba con abrigos robados. El juez me dijo que Dios perdona a todos aquellos que se arrepienten de verdad, y me condenó a siete años en Nueva Gales del Sur. Cinco minutos duró el juicio. Por aquel entonces había un barco de convictos, el Reina, atracado en el puerto de Cork que necesitaba tripulación, y yo les venía al pelo. Ni mi madre ni mis hermanas pudieron sobornar a nadie para subir a bordo y a despedirme. Total, que en abril (corría el año noventa y uno) el Reina zarpó con la Tercera Flota…

Jacob sigue la mirada de Twomey por encima de las aguas de la bahía hasta el *Febo*.

—Éramos cientos de convictos hacinados en las tinieblas de una bodega asfixiante; cucarachas, vómitos, pulgas, orines; ratas que roían a vivos y muertos por igual, tan grandes como putos tejones. En las aguas frías tiritábamos. En los trópicos, la brea goteaba de las junturas y nos abrasaba, y lo único que pensábamos, tanto dormidos como despiertos, era Agua, agua, Dios mío, agua… Al día nos daban media

pinta a cada uno que sabía a meado de marinero, y, en gran medida, seguramente lo fuese. En la travesía murieron, según mis cálculos, uno de cada ocho. «Nueva Gales del Sur», cuatro palabritas que en Irlanda me sonaban aterradoras, adquirieron el significado de «liberación», y un viejo de Galway nos hablaba de Virginia, con sus playas enormes y prados verdes y chicas indias que cambiaban un revolcón por un clavo oxidado, y todos pensábamos: Botany Bay es como Virginia, sólo que un poco más lejos…

La guardia del comisario Kosugi pasa bajo la Sala del Mar, por el Malecón.

—Pero la bahía de Sidney no era Virginia. La bahía de Sidney consistía en unas pocas docenas de parcelas labradas a golpe de azadón donde las escasas plantas que lograban brotar no tardaban en marchitarse. La bahía de Sidney era un pozo seco que bullía de avispones y hormigas rojas y mil convictos famélicos apiñados en tiendas andrajosas. Los infantes de Marina tenían los rifles, luego tenían el poder, la comida, la carne de canguro y las mujeres. Como yo era carpintero, me pusieron a construir las cabañas de los infantes, y los muebles, las puertas y demás. Pasaron cuatro años, empezaron a llegar los mercantes yanquis, y, si bien la vida nunca se hizo agradable, los convictos dejaron de morir como chinches. Había cumplido la mitad de mi condena y empecé a soñar que un día volvería a Irlanda. Entonces, en el noventa y cinco, llegó un nuevo escuadrón de infantes de Marina. Mi nuevo comandante quería unos barracones nuevos y una casa en Parramatta, y reclamó mis servicios y los de seis o siete más. El tipo había estado un año destacado en Kinsale, y se creía un experto en la raza irlandesa. «La molicie de los gaélicos», decía, «se cura con jarabe de látigo», y administraba dosis generosas de su medicina. ¿Has visto las señales que tengo en la espalda?

Jacob asiente.

—Hasta Gerritszoon se quedó impresionado.

—Si le sosteníamos la mirada, nos azotaba por insolentes. Si la evitábamos, nos azotaba por huidizos. Si gritábamos, nos azotaba por teatreros. Si no gritábamos, nos azotaba por recalcitrantes. El hombre estaba en el paraíso. Bien, el caso es que, en total, éramos seis los naturales de Cork que nos vigilábamos las espaldas entre nosotros, y uno de ellos era Brophy, el carretero. Un día, el comandante provocó tanto a Brophy que este le devolvió un golpe. Lo encadenaron y el comandante lo condenó a la horca. El comandante me dijo: «Ya iba siendo hora de que Parramatta tuviese un patíbulo, Muntervary, y te vas a encargar de construirlo». Pues bien, me negué. A Brophy lo colgaron de un árbol y a mí me condenaron a una semana en la pocilga y a cien latigazos. La pocilga era una celda de metro y medio por metro y medio por metro y medio, con lo cual no había forma de estirarse, y ya se puede imaginar el hedor y las moscas y los gusanos. La última noche, el comandante vino a decirme que los latigazos me los daría él en persona, y me prometió que antes de

llegar a cincuenta ya me habría reunido con Brophy en el infierno.

Jacob pregunta:

—¿No había ninguna autoridad superior a la que recurrir?

La respuesta de Twomey es una amarga carcajada.

—Pasada la medianoche oí un ruido. «¿Quién anda ahí?», dije, y la contestación fue un escoplo deslizado bajo la puerta, unas hogazas de pan envueltas en un trozo de lona, y un odre de agua. Oí unos pasos que se alejaron rápidamente. Con el escoplo arranqué un par de tablones visto y no visto, y me escapé. Había una luna llena que brillaba como el sol. El campamento, como comprenderá, no tenía muros; los muros eran el vacío que nos rodeaba. Continuamente se fugaban convictos. Muchos volvían arrastrándose, suplicando agua. A otros los traían los aborígenes, a cambio de una recompensa en alcohol. Los demás morían, ahora no me cabe duda… pero los convictos éramos casi todos analfabetos, y cuando cundió el rumor de que atravesando el desierto rojo en dirección nornoroeste se llegaba a China, sí, a China, la esperanza dio por cierto el rumor, y a China que puse rumbo esa noche. No habría recorrido ni seiscientos metros cuando oí el clic de un fusil. Era él. El comandante. Había sido él quien me había pasado el escoplo y el pan. «Ahora eres un fugitivo», dijo, «así que puedo matarte de un tiro, sin preguntar nada, apestosa rata irlandesa». Se me acercó tanto como estamos usted y yo ahora, y cuando vi cómo le brillaban los ojos, pensé: Hasta aquí he llegado. Pero apretó el gatillo y no pasó nada. Nos quedamos mirándonos, sorprendidos. Me lanzó un bayonetazo al ojo, yo me aparté pero no lo bastante rápido —el carpintero le muestra a Jacob el lóbulo rasgado—, y entonces todo se volvió lento y torpe y nos peleábamos por el fusil como dos niños por un juguete… y él tropezó y… el fusil se giró de golpe y él se llevó un culatazo en la cabeza y ya no se levantó.

Jacob nota que a Twomey le tiemblan las manos.

—La defensa propia no es asesinato, ni a los ojos de Dios ni a los de la ley.

—Yo era un convicto con un infante de Marina muerto a mis pies. Salí zumbando hacia el norte, a lo largo de la costa, y doce o quince millas después, cuando empezaba a amanecer, encontré un riachuelo pantanoso en el que calmé mi sed y dormí hasta la tarde. Luego comí un pan y reanudé la marcha, y así durante cinco días más. Debí de recorrer unas setenta u ochenta millas. Pero el sol me dejó negro como el carbón, y aquella tierra te chupa toda la energía, y me puse malo con unas bayas, con lo cual no tardé mucho en lamentarme de que al comandante le hubiese fallado el fusil, porque me esperaba una muerte lenta. Esa tarde, mientras el mar cambiaba de color a medida que descendía el sol, rogué a San Judas Tadeo que pusiese fin a mi sufrimiento como mejor le pareciese. Vosotros los calvinistas podréis negar a los santos, pero estaréis de acuerdo, lo sé, en que no hay plegaria que no sea escuchada —Jacob asiente—, así que lo que me despertó al amanecer en aquella costa dejada de

la mano de Dios, aquel paraje desierto en cientos de millas a la redonda, fue la saloma que entonaban unos remeros. En mitad de la bahía había un ballenero roñoso con la bandera de las barras y estrellas. La chalupa venía a tierra a por agua. Fue allí donde me encontré con el capitán y le di los buenos días. «Un convicto fugitivo, ¿verdad?», me dijo. Y yo le contesté: «Así es, señor». Y él: «Dame una sola razón por la que debería darle una patada en las pelotas a nuestro mejor cliente del océano Pacífico, el gobernador británico de Nueva Gales del Sur, dejando subir a bordo a uno de sus fugitivos». Y yo le dije: «Soy un carpintero que trabajará un año en su barco por la paga de un marinero raso». Y me replicó: «Los estadounidenses creemos que las siguientes verdades caen por su propio peso: que todos los hombres han sido creados iguales, que su Creador los ha dotado de ciertos derechos inalienables, entre ellos el derecho a la vida, a la libertad y a la felicidad, y que vas a trabajar tres años, no uno, y tu salario será la vida y la libertad, no los dólares». —La pipa del carpintero se ha apagado. Vuelve a encender la cazoleta y da una profunda calada—. Bien, De Zoet, se preguntará por qué le cuento todo esto. Antes, en la Sala de Reuniones, Fischer ha mencionado a cierto comandante que, por lo visto, está ahí, en la fragata británica.

—¿El comandante Cutlip? Un apellido desafortunado en nuestro idioma, como ya sabe.

—Esa no es la razón por la que se le ha grabado en la memoria a este convicto fugitivo.

Twomey mira al *Febo* y espera.

Jacob baja la pipa.

—¿El infante de Marina? ¿Su torturador? ¿Cutlip?

—Uno se cree que estas coincidencias no se dan jamás, al menos no fuera del teatro, no en el día a día…

Las repercusiones saturan el ambiente. Jacob casi las oye.

—… y sin embargo, muy a menudo, la vida te hace estas malditas jugarretas. ¡Es él! George Cutlip, de la infantería de Marina, sale de Nueva Gales del Sur, llega a Bengala, se hace colega de cacerías del gobernador. A Fischer se le escapó el nombre de pila durante la comida, luego no hay duda. Ni sombra de duda. —Lejos de reír, Twomey suelta un ladrido seco—. Tu decisión sobre la propuesta del capitán y todo eso ya era difícil de por sí, pero si cierras un trato con ellos, Jacob… si haces un pacto, el comandante Cutlip me verá y me reconocerá y como hay Dios que querrá ajustar las cuentas, y salvo que lo mate yo primero, seré pasto de los peces o de los gusanos.

El sol de otoño es una caléndula incandescente.

—Yo les exigiría garantías. La protección de la Corona británica.

—Los irlandeses conocemos muy bien la protección de la Corona británica.

Una vez a solas, Jacob observa al problemático *Febo*. El escribano aplica un sistema de contabilidad moral: el costo de la cooperación con los ingleses sería, por un lado, exponer a su amigo a la venganza de Cutlip, y, por otro, las posibles acusaciones de colaboración en el caso de que en el futuro volviese a constituirse un tribunal holandés. El costo de rechazar a los ingleses será años de miseria y confinamiento en Deshima hasta que termine la guerra y a alguien se le ocurra acudir a socorrerlos. ¿Y si se olvidasen literalmente de ellos, y terminasen enfermando, envejeciendo y muriendo aquí, uno a uno?

—Toc, toc, ¿eh?

Es Arie Grote, con su delantal de cocinero lleno de manchas.

—Señor Grote, entre, por favor. Sólo estaba… estaba…

—Cavilando, ¿eh? Hoy se cavila mucho en Deshima, administrador De Z…

Este comerciante nato, sospecha Jacob, viene a inducirme a colaborar con los ingleses.

—… pero he aquí un consejo para el sabio. —Grote mira alrededor—. Fischer miente.

De las olas llegan ojos de luz solar que parpadean y parpadean en el techo empapelado.

—Soy todo oídos, señor Grote.

—En concreto, miente al decir que Van Cleef está encantado con el trato. Verá, no voy a poner en peligro nuestras timbas descubriendo todo el pastel, por así decirlo, pero existe un método llamado «el arte de los labios». La gente cree que a un mentiroso se le pilla por los ojos, pero no es verdad: lo que lo delata son los labios. Cada mentiroso tiene su tic revelador, y Fischer, cuando va de farol, hace esto… —Grote se chupa ligeramente el labio inferior—… y lo bueno es que no sabe que lo hace. Antes, al hablar de Van Cleef, hizo ese gesto: está mintiendo, lo lleva escrito en la frente. Y si Fischer miente sobre lo particular, también estará deformando lo general, ¿eh?

Una brisa perdida roza la astrosa lámpara de araña.

—Si el administrador Van Cleef no está colaborando con los ingleses…

—Está encerrado en la bodega: razón por la cual el que ha venido a tierra ha sido Fischer y no él.

Jacob mira hacia el *Febo*.

—Supongamos que soy el capitán británico y tengo la esperanza de ganarme la gloria capturando la única factoría europea en todo Japón, pero los lugareños tienen fama de ser quisquillosos en sus tratos con los extranjeros.

—Lo único que se sabe de ellos es que no tratan con extranjeros.

—El capitán inglés nos necesita para llevar a cabo la transición, está claro, pero…

—… cuestión de un año, administrador De Z.: dos temporadas comerciales en el bolsillo…

—Pingües beneficios; una embajada en Edo; la Union Jack ondeando en el asta…

—Los intérpretes aprendiendo inglés… De la noche a la mañana, sus funcionarios holandeses… en fin, ya se lo imagina: «Un momento, ¡estos holandeses son prisioneros de guerra!». ¿Por qué habrían de pagarnos ni un chelín de nuestros sueldos atrasados, eh? Yo no lo haría si fuese el Penhaligon ese, pero, oh, ofrecería a los holandeses un pasaje gratis…

—Los funcionarios, a una cárcel de Penang; y ustedes, los peones, enrolados a la fuerza.

—«Enrolados» en inglés significa «esclavos de la Armada de Su Majestad».

Jacob revisa todos y cada uno de los nexos del razonamiento en busca de puntos débiles, pero no hay ninguno. La ausencia de órdenes escritas por parte de Van Cleef, comprende Jacob, fue su verdadera orden.

—¿Ha hablado de esto con los demás marineros, señor Grote?

El cocinero agacha la cabeza, tan calva como astuta.

—Toda la mañana, administrador De Z. Si usted, como nosotros, también se malicia el engaño de esa rata apestosa, nuestra propuesta es que doblemos su proyecto de entente anglo holandesa en pequeños cuadraditos para usarlos como papel en la letrina.

Jacob ve dos delfines en la bahía.

—¿Qué tic me delata a mí según «el arte de los labios», señor Grote?

—Mi madre jamás me perdonaría por malear a un joven caballero con artimañas de tahúr…

—Podríamos jugar al *backgammon*, en las tranquilas temporadas comerciales que nos esperan.

—El *gammon* sí es un juego de caballeros. Yo pongo los dados…

El té, servido en un cuenco pálido y liso, tiene un color verde exuberante.

—Nunca entenderé —dice Peter Fischer— cómo pueden tragarse ese zumo de espinaca. —Flexiona y se masajea las piernas, entumecidas después de veinte minutos sentado en el suelo—. Espero que a esta gente le dé algún día por inventar una silla como Dios manda.

Jacob tiene poco que decirle a Fischer, que ha venido a instar al magistrado a que permita el comercio con los británicos tras una fachada holandesa. Fischer se niega a contemplar la posibilidad de cualquier oposición por parte de los peones y funcionarios de Deshima, y Jacob aún no la ha manifestado. Ouwehand ha dado permiso a Jacob para que actúe en su nombre, y Marinus le soltó una cita en griego. Los intérpretes Yonekizu y Kobayashi departen en la antesala con nerviosos

cuchicheos, conscientes de que Jacob podría entenderlos. Funcionarios e inspectores entran y salen de la Sala de los Sesenta Tatamis. El lugar huele a cera de abejas, papel, sándalo, y, piensa Jacob tomando aire, ¿miedo?

—La democracia —dice en voz alta Fischer— es un pintoresco divertimento para los peones, De Zoet.

—Si lo que insinúa —Jacob posa el cuenco de té— es que, de alguna forma, yo…

—No, no, si admiro su astucia: la manera más fácil de controlar a los demás es crearles la ilusión del libre albedrío. Ahora bien —Fischer examina el forro de su sombrero—, no se le ocurrirá ofender a nuestros amigos amarillos con esa monserga de presidentes y demás, ¿verdad? Shiroyama da por hecho que va a parlamentar con el adjunto al administrador.

—¿Está decidido a recomendarle la propuesta de Penhaligon?

—Habría que ser un idiota y un sinvergüenza para no hacerlo. Usted y yo, De Zoet, discrepamos en cuestiones triviales, algo normal entre amigos. Pero me consta que no es usted un idiota ni un sinvergüenza.

—Todo el asunto —dice Jacob saliéndose por la tangente— está en sus manos, al parecer.

—Sí. —Fischer se toma en serio el cumplido de Jacob—. Naturalmente.

Los dos hombres dirigen la vista, por encima de muros y tejados, hacia la bahía.

—Cuando vengan los ingleses —dice Fischer— aumentará mi influencia…

Esto es vender la piel del oso, piensa Jacob, antes de cazarlo.

—… y me acordaré de los viejos amigos y de los viejos enemigos.

El chambelán Tomine cruza la antesala y saluda a Jacob con una mirada.

Gira a la izquierda y entra por una puerta modesta decorada con un crisantemo.

—Una cara como esa —dice Fischer— sólo se ve en las gárgolas de las catedrales.

Aparece un funcionario malcarado y habla con Kobayashi y Yonekizu.

—¿Entiende lo que dicen, De Zoet? —pregunta Fischer.

El registro es formal, pero Jacob deduce que el magistrado está indispuesto. Sus principales consejeros recibirán al adjunto Fischer en la Sala de los Sesenta Tatamis. Instantes después, el intérprete Kobayashi confirma el particular.

—Me parece bien —dice Fischer, y añade dirigiéndose a Jacob—: Los sátrapas orientales no son más que figuras decorativas sin la menor noción de la realidad política. Es mejor hablar directamente con los que de veras mueven los hilos.

El oficial arisco añade que, debido a la confusión creada por el buque de guerra inglés, será mejor tratar con un solo portavoz holandés que con dos: el escribano jefe puede esperar en una zona más tranquila de la Magistratura.

Fischer se alegra por partida doble.

—Una medida lógica. El escribano jefe De Zoet —dice el prusiano dando una

palmadita en la espalda al holandés— podrá beber zumo de espinacas a discreción.

# XXXVI

## Sala del Último Crisantemo, Magistratura de Nagasaki

*La hora del buey del tercer día del noveno mes*

—Buenas tardes, Magistrado.

De Zoet se arrodilla, hace una reverencia y con un gesto de la cabeza saluda al intérprete Iwase, al chambelán Tomine y a los dos amanuenses del rincón.

—Buenas tardes, administrador interino —responde el magistrado—. Nos acompañará Iwase.

—Voy a necesitar de su sapiencia. ¿Se encuentra mejor de su lesión, Iwase-san?

—Fue una fisura, no una fractura. —Iwase se da una palmadita en el pecho—. Gracias.

De Zoet repara en el tablero de go, donde sigue inconclusa la partida con Enomoto.

El magistrado pregunta al holandés:

—¿Este juego se conoce en Holanda?

—No. El intérprete Ogawa me enseñó… —Jacob consulta con Iwase—… unas «nociones elementales» durante mis primeras semanas en Deshima. Teníamos pensado seguir jugando después de la temporada comercial… pero con los tristes acontecimientos que tuvieron lugar…

Se oyen unos arrullos de paloma, un sonido plácido en esa tarde asustada.

Un jardinero rastrilla las piedras blancas junto al estanque de bronce.

—No es lo normal —Shiroyama entra en materia— celebrar el consejo en esta sala, pero cuando todos los asesores, sabios y adivinos de Nagasaki se apretujan en la Sala de los Sesenta Tatamis, el lugar se convierte en la Sala de los Sesenta Tatamis y las Seiscientas Voces. Y resulta imposible reflexionar con claridad.

—El adjunto Fischer estará encantado de tener tanto público.

Shiroyama capta el cortés distanciamiento de De Zoet.

—Lo primero de todo, pues —con un gesto de la cabeza, indica a los amanuenses que empiecen su labor—, el nombre del buque, *Febo*. Ningún intérprete conoce la palabra.

—No es una palabra holandesa, señoría, sino un nombre de origen griego. *Febo* era el dios sol. Su hijo era Faetón. —Jacob ayuda a los escribas con el extraño vocablo—. Faetón alardeaba de su célebre padre, pero sus amigos le decían: «Tu madre dice que tu padre es el dios sol porque no tiene un esposo de verdad». En vista de que estas palabras entristecían a Faetón, su padre le prometió ayudarlo a demostrar que, efectivamente, era un hijo del cielo. Faetón dijo: «Déjame conducir el carro del

sol por el cielo».

De Zoet hace un alto en atención a los amanuenses.

—*Febo* intentó hacerle cambiar de idea. «Los caballos son bravíos», dijo, «y el carro vuela muy alto. Pídeme otra cosa». Pero no: Faetón insistía, y *Febo* tuvo que acceder: una promesa es una promesa, incluso en un mito (sobre todo, en un mito). Así que al amanecer del día siguiente, el carro del sol, conducido por el joven, empezó a subir y a subir y a subir. Cuando se arrepintió de su obstinación, ya era demasiado tarde. Los caballos eran de veras bravíos. Para empezar, el carro subió demasiado arriba, demasiado lejos, y todos los ríos y cascadas de la tierra se convirtieron en hielo. Entonces, Faetón se acercó a la tierra, pero bajó demasiado y quemó África, y chamuscó la piel de los etíopes e incendió las ciudades de la antigüedad. Así que, al final, tuvo que intervenir el dios Zeus, el rey del cielo.

—Escribas: alto. —Shiroyama pregunta—: ¿Este Zeus no es un cristiano?

—Un griego, señoría —dice Iwase—, similar a Ame-no-Minaka-nushi.

El magistrado indica a De Zoet que continúe.

—Zeus lanzó un rayo al carro del sol. El carro explotó. Faetón cayó a la tierra y se ahogó en el río Eridanos. Las hermanas de Faetón, las Helíades, lloraron tanto que se convirtieron en árboles; en Holanda los llamamos «álamos», no sé si existen en Japón. Una vez convertidas en árboles, las Helíades lloraron… —De Zoet consulta con Iwase—… ámbar. He ahí el origen del ámbar, y el final de la historia. Disculpen mi mediocre japonés.

—¿Cree que hay algo de cierto en esa historia?

—No hay nada de cierto en esa historia, señoría.

—Entonces, ¿los ingleses ponen a sus buques de guerra nombres de cosas falsas?

—La verdad de un mito, señoría, no está en las palabras sino en el fondo.

Shiroyama toma nota de la observación.

—Esta mañana —el magistrado retoma la cuestión más acuciante—, el adjunto Fischer entregó una carta del capitán inglés. La carta transmite los saludos, en holandés, del rey Jorge de Inglaterra y afirma que la Compañía holandesa ha quebrado, que Holanda ya no existe y que ahora en Batavia hay un gobernador general británico. La carta termina con la advertencia de que los franceses, los rusos y los chinos planean invadir nuestras islas. El rey Jorge llama a Japón «la Gran Bretaña del océano Pacífico» y nos insta a firmar un tratado de amistad y comercio. Por favor, deme su opinión.

Agotado por el relato del mito, De Zoet dirige su respuesta en holandés a Iwase.

—Administrador De Zoet —traduce Iwase— cree que ingleses quieren intimidar a sus compatriotas.

—¿Qué piensan sus compatriotas de la propuesta inglesa?

Esta vez, De Zoet responde directamente:

—Estamos en guerra, señoría. Los ingleses incumplen sus promesas con mucha facilidad. Ninguno de nosotros quiere cooperar con ellos, salvo uno… —Jacob vuelve la mirada hacia el pasillo que lleva a la Sala de los Sesenta Tatamis—… que ahora está a sueldo de los ingleses.

—¿No está usted obligado —pregunta Shiroyama a De Zoet— a obedecer a Fischer?

El gatito de Kawasemi persigue una libélula, y se resbala en el suelo pulido de la terraza.

Un sirviente mira a su amo, que sacude la cabeza: Déjalo que juegue…

De Zoet sopesa su respuesta.

—Todo hombre tiene varios deberes, y…

Se atasca y recurre a Iwase.

—Señoría, el señor de Zoet dice que su tercer deber es obedecer a sus superiores. El segundo es proteger su bandera. Pero el primero es obedecer su conciencia, porque dios, el dios en el que él cree, le ha dado una conciencia.

El honor extranjero, piensa Shiroyama, y ordena a los escribas que omitan la última observación.

Una hoja de arce, de color encendido y bordes dentados, llega volando hasta la posición del magistrado.

—El adjunto Fischer ve lo que quiere ver, señoría.

—¿Y el administrador Van Cleef le ha comunicado alguna orden?

—No tenemos noticias de él. Sacamos las conclusiones evidentes.

Shiroyama compara las nervaduras de la hoja con las venas de sus manos.

—Si quisiésemos impedir que la fragata escapase de la bahía de Nagasaki, ¿qué estrategias propondría usted?

De Zoet se sorprende de la pregunta, pero ofrece a Iwase una respuesta meditada.

—El administrador De Zoet propone dos estrategias: el engaño y la fuerza. El engaño consistiría en iniciar y dilatar una ronda de negociaciones para la firma de un tratado falso. La ventaja de este plan es que no habría derramamiento de sangre. La desventaja sería, por un lado, que los ingleses querrían actuar con premura, para evitar el invierno del Pacífico Norte, y, por otro, que esta estratagema ya la han visto en India y en Sumatra.

—Entonces, la fuerza —dice Shiroyama—. ¿Cómo se captura una fragata sin una fragata?

De Zoet pregunta:

—¿De cuántos soldados dispone su señoría?

El magistrado ordena a los amanuenses que dejen de escribir. Luego les dice que se vayan.

—Cien —le confía a De Zoet—. Mañana, cuatrocientos; pronto, mil.

De Zoet asiente con la cabeza.

—¿Cuántas barcas?

—Ocho barcas —dice Tomine—, utilizadas para servicios portuarios y costeros.

La siguiente pregunta de De Zoet es si el magistrado podría requisar los pesqueros y cargueros del puerto y de la bahía.

—El representante del shogun —dice Shiroyama— puede requisar cualquier cosa.

De Zoet emite su veredicto a Iwase, que lo traduce:

—El administrador interino opina que, si bien un millar de samuráis bien adiestrados someterían fácilmente al enemigo en tierra o a bordo de la fragata, el problema del transporte es insuperable. Los cañones de la fragata demolerían una flotilla antes de que los espadachines pudiesen acercarse lo suficiente como para abordarla. Además, los infantes de Marina del *Febo* están armados con los más nuevos… —Iwase usa la palabra holandesa «fusiles»—… los mosquetes, que son tres veces más potentes y mucho más rápidos de cargar.

—Entonces —los dedos de Shiroyama han desmembrado la hoja de arce—, ¿no hay esperanza de detener el barco por la fuerza?

—El barco no puede capturarse —dice De Zoet— pero se puede cerrar la bahía.

Shiroyama, dando por hecho que el holandés ha cometido un error con su japonés, mira a Iwase, pero De Zoet se explaya con el intérprete. Usando las manos, representa sucesivamente una cadena, una muralla, y un arco y una flecha. Iwase verifica algunos términos y se dirige al magistrado.

—Su señoría, el administrador interino propone construir lo que los holandeses llaman un «puente de pontones», o sea, un puente hecho de barcas unidas. Calcula que bastaría con doscientas. Las barcas se requisarían de las aldeas de fuera de la bahía, y se traerían remando o a vela hasta el punto más estrecho de la bocana, donde se atarían, de una orilla a la otra, para formar una muralla flotante.

Shiroyama se imagina la escena.

—¿Y qué impide a la fragata atravesar por el medio?

El administrador interino entiende la pregunta y se dirige a Iwase en holandés.

—Dice De Zoet-sama, señoría, que para embestir el puente de pontones y romperlo, el barco de guerra tendría que arriar las velas. La lela de las velas está hecha de cáñamo y suele untarse de aceite para impermeabilizarla. El cáñamo aceitado, sobre todo en una estación cálida como esta, es inflamable.

—Flechas incendiarias, sí —entiende Shiroyama—. Podemos esconder arqueros en las barcas…

De Zoet parece indeciso.

—Señoría, si el *Febo* se incendia…

Shiroyama recuerda el mito:

—¡Como el carro del sol!

Si un plan tan audaz tiene éxito, piensa, Edo hará la vista gorda a la carencia de guardias.

—Muchos de los marineros del *Febo* —dice De Zoet— no son ingleses.

La victoria, prevé Shiroyama, podría reportarme un asiento en el Consejo de Ancianos.

—Los prisioneros —dice De Zoet con visible inquietud— deberán tener el derecho de rendirse con honor.

—Rendirse con honor… —repite Shiroyama frunciendo el ceño—. Estamos en Japón, administrador interino.

# XXXVII

## Desde el camarote del capitán Penhaligon

*Alrededor de las seis de la tarde del 19 de octubre de 1800*

Los nubarrones se agolpan y el crepúsculo está saturado de insectos y murciélagos. El capitán reconoce al europeo sentado en la proa de la lancha de vigilancia y baja el telescopio.

—Nos devuelven al emisario Fischer, señor Talbot.

El alférez busca la respuesta adecuada.

—Buena noticia, señor.

La brisa vespertina, perfumada de lluvia, alborota las páginas del libro de sueldos y jornales.

—Una «buena noticia» es lo que espero que me traiga el emisario Fischer.

A una milla de distancia, al otro lado de las plácidas aguas, Nagasaki enciende los candiles y cierra las ventanas.

El guardiamarina Malouf anuncia su llegada y asoma la cabeza por la puerta.

—Saludos de parte del teniente Hovell, mi capitán. Están trayendo al señor Fischer.

—Sí, ya lo sé. Dígale al teniente Hovell que traiga al señor Fischer a mi camarote en cuanto esté a bordo sano y salvo. Señor Talbot, mande decir al comandante Cutlip que quiero un grupo de infantes listos con armas cargadas, por si acaso…

—Sí, señor.

Talbot y Malouf se marchan con paso ágil y joven.

El capitán se queda solo con su gota, su catalejo y la luz que se apaga.

En las torres de vigía, a un cuarto de milla a popa, se encienden las antorchas.

Al cabo de un minuto o dos, el cirujano Nash llama a la puerta con su repique característico.

—Adelante, cirujano —dice el capitán—, ya era hora.

Nash entra resollando como un fuelle roto.

—La podagra es una cruz que engravece para el que la carga, capitán.

—¿«Engravece»? En este camarote se habla en cristiano, señor Nash.

El cirujano se sienta junto al asiento empotrado bajo la ventana, y ayuda a Penhaligon a levantar la pierna.

—Digo que la gota empeora antes de mejorar, señor.

Los dedos del cirujano son delicados, pero su tacto sigue siendo abrasador.

—¿Qué se cree, que no lo sé? Deme doble dosis de la medicina.

—La conveniencia de duplicar la cantidad de opiáceos con tan escaso marg…

—Mientras no firmemos el tratado ¡dóbleme el maldito Dover!

El cirujano Nash retira las vendas e infla los carrillos de sorpresa ante lo que descubre.

—Sí, capitán, pero voy a añadirle henna y aloe antes de que se le tapone de golpe el tubo digestivo…

Fischer saluda al capitán en inglés, le estrecha la mano, y dirige un gesto de la cabeza a Hovell, Wren, Talbot y Cutlip, sentados en torno a la mesa. Penhaligon se aclara la garganta.

—Bien, siéntese, emisario. Todos sabemos por qué estamos aquí.

—Señor, sólo una pequeña cuestión preliminar —dice Hovell—. El señor Snitker nos acaba de abordar, borracho como una cuba, y nos ha pedido participar en la reunión con el emisario Fischer, jurando que jamás permitirá que un intruso le «robe» lo que le «corresponde por legítimo derecho».

—Lo que le corresponde por legítimo derecho —interviene Wren— es un zueco puntiagudo por el culo.

—Le dije que lo llamaríamos cuando nos hiciese falta, capitán, y confío en haber hecho lo correcto.

—Desde luego que sí. El emisario Fischer… —Penhaligon le dirige un gesto cortes—… es el hombre del momento. Pida, por favor, a nuestro amigo que nos participe los frutos de su jornada de trabajo.

Penhaligon estudia el tono de las respuestas de Fischer mientras Hovell toma apuntes. Las frases del prusiano suenan muy pulidas.

—Bien, como se le ordenó, señor, el emisario Fischer ha pasado el día en reuniones con los holandeses de Deshima y con funcionarios japoneses de la Magistratura. Nos recuerda que Roma no se construyó en una hora, pero cree que se han echado los cimientos de la Deshima británica.

—Nos complace oírlo. «La Deshima británica» es una hermosa frase.

Jones, el sirviente, trae una lámpara de latón; Chigwin, la cerveza y las jarras.

—Empecemos por los holandeses: en principio, ¿se avienen a colaborar?

Hovell traduce la contestación de Fischer como:

—«Deshima es prácticamente nuestra». Eso de «prácticamente», piensa el capitán, es la primera nota amarga.

—¿Reconocen la legitimidad del Memorando de Kew?

La dilatada respuesta hace dudar a Penhaligon de los «cimientos» de Fischer. Hovell toma más notas mientras el prusiano depone.

—El emisario Fischer informa que la noticia del hundimiento de la VOC ha causado consternación tanto entre holandeses como japoneses, y que de no ser por el ejemplar del Courant, los holandeses no se lo habrían creído. El emisario se ha

servido de esta consternación para presentar al *Febo* como la única esperanza que les resta a los holandeses de volver a casa con los bolsillos llenos, pero un único discrepante, un escribano llamado… —Hovell verifica el nombre con Fischer, que lo repite con desagrado—… Jacob de Zoet, ha definido a la raza británica como «las cucarachas de Europa» y ha jurado aplastar a cualquier «gusano colaboracionista». Ofendido por este lenguaje, el señor Fischer lo ha desafiado a batirse en duelo. De Zoet se ha retirado a su ratonera.

Fischer se limpia la boca y añade una coda para que la traduzca Hovell.

—De Zoet era un lacayo tanto del administrador Vorstenbosch como del exadministrador Van Cleef, de cuyo asesinato lo acusa a usted, señor. El emisario Fischer recomienda su expulsión, encadenado.

Era de esperar, piensa Penhaligon, algún ajuste de cuentas pendientes.

—Muy bien.

El prusiano saca un sobre lacrado y una caja a cuadros, y desliza la caja por la mesa con una explicación larga y pesada.

—Señor —explica Hovell—, dice el señor Fischer que nos ha referido la oposición de De Zoet en aras del rigor, pero nos asegura que el escribano ha sido «neutralizado». Mientras estaba en Deshima, el señor Fischer ha recibido la visita del doctor Marinus, el médico. Marinus fue designado por todo el personal de la isla, menos el canalla de De Zoet, para decirle al señor Fischer que los méritos de la rama de olivo tendida por los británicos saltaban a la vista, y para confiarle esta carta lacrada dirigida a usted. La carta expresa «la voluntad unánime de los europeos de Deshima».

—Felicite a nuestro emisario, teniente. Estamos contentos.

La leve sonrisa de Peter Fischer significa: Como para no estarlo…

—Ahora pregúntele al señor Fischer por su entrevista con el magistrado.

Fischer y Hovell intercambian varias frases.

—El idioma holandés —le dice Cutlip a Wren— suena a cerdos copulando.

Una capa de insectos, atraídos por la luz de la lámpara, recubre la ventana del camarote.

Hovell está listo.

—Antes de volver al *Febo*, el emisario Fischer ha mantenido una agradable y prolongada entrevista con la mano derecha del magistrado Shiroyama, un tal chambelán Tomine.

—Pero ¿no tenía una estrecha relación con el magistrado Shiroyama? —pregunta Wren.

Hovell explica:

—Dice el emisario Fischer que Shiroyama, en realidad, es un «eunuco con ínfulas», una figura decorativa, y que el verdadero poder lo ejerce el citado

chambelán.

Si tengo que aguantar las mentiras de un subordinado, piensa con preocupación Penhaligon, al menos que sean coherentes.

—Según el emisario Fischer —continúa Hovell—, este poderoso chambelán ha acogido con gran entusiasmo nuestra propuesta de tratado mercantil. Edo está descontenta con Batavia por su informalidad como socio comercial. El chambelán Tomine se ha quedado estupefacto ante la noticia de la desintegración del Imperio holandés, y el emisario Fischer ha sembrado en su mente muchas semillas de duda.

Penhaligon toca la caja a cuadros.

—¿Este es el mensaje del chambelán?

Fischer entiende y habla con Hovell.

—Dice, señor, que esa carta histórica ha sido dictada por el chambelán Tomine, aprobada por el magistrado Shiroyama y traducida al holandés por un intérprete de primera categoría. No le han mostrado el contenido, pero está plenamente convencido de que le satisfará.

Penhaligon examina la caja.

—Excelente factura, pero ¿cómo se abre?

—Debe de tener un muelle oculto, señor —dice Wren—. ¿Me permite? —El teniente de fragata pierde un minuto sin conseguirlo—. Es condenadamente asiática.

—A un buen martillo inglés —señala Cutlip esnifando rapé— no le duraría ni un segundo.

Wren se la pasa a Hovell.

—Las cerraduras orientales reacias a abrirse son su fuerte, teniente.

Hovell descorre un panel y se abre una tapa. Dentro hay una hoja de pergamino, plegada dos veces y lacrada por delante.

Cartas como esta, piensa Penhaligon, construyen la vida de un hombre… o la destruyen.

El capitán corta el sello con su abrecartas y desdobla la hoja.

El texto está en holandés.

—Debo molestarlo de nuevo, teniente Hovell.

—En absoluto, señor.

Hovell usa una astilla para encender otra lámpara.

—«Al capitán del navío inglés *Febo*. El magistrado Shiroyama informa a los "inglaterreses" que cambios…». —Hovell se detiene, frunciendo el entrecejo—… disculpe, señor, la sintaxis es rudimentaria, «que los cambios de las normas que regulan el comercio con extranjeros no son competencia del magistrado de Nagasaki. Estos asuntos son incumbencia exclusiva del Consejo de Ancianos del Shogun, en Edo. Por tanto, se…» —la palabra es «ordena»— «… ordena al capitán inglés que permanezca fondeado sesenta días mientras las autoridades de Edo debaten la

posibilidad de firmar un tratado con Gran Bretaña».

Un silencio hostil se cierne sobre la mesa.

—¡Estos pigmeos con ictericia —exclama Wren— nos toman por un hatajo de mercenarios!

Fischer intuye que algo no va bien y pide ver la carta del chambelán.

La palma de la mano de Hovell le dice: Espera.

—Y ahora viene lo peor, señor. «Se ordena al capitán inglés que envíe a tierra firme toda la pólvora…».

—¡Antes muertos que entregarles la pólvora! —exclama Cutlip.

Qué tonto he sido, piensa Penhaligon, al olvidar que la diplomacia nunca es fácil.

Hovell continúa:

—«… toda la pólvora, y permita a nuestros inspectores subir a bordo de su navío para garantizar el cumplimiento de esta orden. Los ingleses no deben intentar un desembarco». Esto último está subrayado, señor. «Hacerlo sin la autorización del magistrado se considerará acto de guerra. Por último, se advierte al capitán inglés que las leyes del shogun castigan a los contrabandistas con la crucifixión». Firma la carta el magistrado Shiroyama.

Penhaligon se frota los ojos. Le duele la gota.

—Muestra a nuestro «emisario» los frutos de su astucia.

Peter Fischer lee la carta con creciente incredulidad y balbucea estridentes protestas a Hovell.

—Fischer niega, capitán, que el chambelán haya mencionado esos sesenta días o la pólvora de los cañones.

—Nadie duda —dice el capitán— que a Fischer le hayan dicho lo que les conviene.

Penhaligon abre el sobre que contiene la carta del médico. Se la esperaba en holandés, pero descubre que está escrita en un perfecto inglés.

—Se ve que en tierra hay un lingüista competente. «Al capitán Penhaligon de la Armada británica: Señor, yo, Jacob de Zoet, elegido en el día de hoy presidente de la República Provisional de Deshima…».

—¡Una «república»! —bufa Wren—. ¿Ese poblacho de almacenes apelotonados?

—«… me permito informarle que los abajo firmantes rechazamos el Memorando de Kew; nos oponemos a su objetivo de apoderarse de forma ilegítima de los intereses comerciales holandeses en Nagasaki; rechazamos su señuelo de lucro bajo la Compañía Inglesa de las Indias Orientales; exigimos el retorno del administrador Van Cleef; e informamos al señor Peter Fischer de Brunswick que, de ahora en adelante, está desterrado de nuestro territorio». Los cuatro oficiales miran al exemisario Fischer, que traga saliva y pide que se lo traduzcan.

—Prosigo: «Por mucho que los señores Snitker, Fischer y otros les aseguren lo

contrario, las autoridades japonesas ven los secuestros de ayer como una violación de su soberanía. Es de esperar una rápida represalia, la cual no voy a impedir. Piense no sólo en su tripulación, individuos inocentes en estas maquinaciones de Estado, sino también en sus esposas, padres e hijos. Uno entiende que un capitán de la Armada británica cumple órdenes, pero *à l'impossible nul n'est tenu*. Su respetuoso servidor, Jacob de Zoet». Lo firman todos los holandeses.

La cámara situada justo debajo estalla en risotadas, roncas y disolutas.

—Comunique al señor Fischer el meollo del asunto, señor Hovell.

Mientras el teniente de navío traduce la carta al holandés, el comandante Cutlip enciende una pipa.

—¿Por qué el tal Marinus le soltó a nuestro prusiano toda esa sarta de mentiras?

—Para adjudicarle —suspira Penhaligon— el papel de perfecto imbécil.

—¿Qué significa —pregunta Wren— ese croar de ranas al final de la carta, señor?

Talbot carraspea y dice:

—«Nadie está obligado a hacer lo imposible».

—Cómo odio a esos —dice Wren— que se cuescan en francés y esperan que los demás aplaudan.

—¿Y qué es eso… —gruñe Cutlip—… esa patochada de la «república»?

—Un recurso para infundir moral. Los conciudadanos son combatientes más valerosos que los subalternos angustiados. Este De Zoet no es el idiota que Fischer pretende hacernos creer.

El prusiano está sometiendo a Hovell a un bombardeo de desmentidos indignados.

—Fischer sostiene, capitán, que De Zoet y Marinus han urdido el engaño entre ellos: que las firmas son falsas. Dice que Gerritszoon y Kaert ni siquiera saben escribir.

—¡Por eso han firmado con el pulgar! —Penhaligon reprime el impulso de arrojar su pisapapeles de diente de ballena al rostro sudado, pálido y desesperado de Fischer —, ¡enséñeselas, Hovell! ¡Enséñele las huellas digitales! ¡Del pulgar, Fischer! ¡Huellas del pulgar!

• • •

Las maderas crujen, los hombres roncan, las ratas roen, las lámparas crepitan. Sentado en el escritorio plegable a la luz de la lámpara, dentro del útero de madera de su camarote, Penhaligon se rasca el picor que siente entre los nudillos de la mano izquierda y oye a los doce marinos de guardia que transmiten por las amuradas el mensaje: «Una y media, todo en orden». No, maldita sea, piensa el capitán, no lo está. Dos hojas en blanco esperan a convertirse en cartas: una para el señor —jamás, piensa, «para el presidente»— Jacob de Zoet de Deshima, y la otra para el

excelentísimo magistrado Shiroyama de Nagasaki. El corresponsal, falto de inspiración, se rasca la cabeza, pero lo que cae sobre el secante es caspa y piojos, no palabras.

Una espera de sesenta días, piensa mientras vuelca el detritus en la lámpara, podría justificarse ante el Almirantazgo…

Cruzar el mar de la China en diciembre, según manifestó Wetz con inquietud, sería una molienda.

… pero si entrego la pólvora, me formarían un consejo de guerra.

Un escarabajo sanjuanero mueve las antenas a la sombra del tintero.

Penhaligon mira al anciano reflejado en el espejo de afeitar y lee una noticia imaginaria perdida entre las páginas del Times de Londres del año próximo.

—«John Penhaligon, excapitán de la fragata *Febo* de Su Majestad, ha regresado de la primera misión británica en el Japón desde el reinado de Jaime I. Al no haber obtenido ningún éxito militar, comercial ni diplomático, se le ha relevado del puesto y jubilado sin pensión».

—«Te mandarán al servicio de enrolamiento forzoso —le advierte su imagen reflejada en el espejo—, a vértelas con la chusma indignada de Bristol y Liverpool. Hay demasiados Hovells y Wrens listos para sustituirte…».

Maldita sea la estampa de Jacob de Zoet…

Penhaligon decreta que el escarabajo no tiene derecho a existir.

… y su buena salud de zampaquesos, y su dominio de mi idioma.

El escarabajo escapa del puñetazo del *Homo sapiens*.

El capitán siente un motín en el intestino; y es de los implacables.

O afronto las cuchilladas en el pie, comprende Penhaligon, o me cago en los calzones.

El dolor, mientras se arrastra hacia el excusado contiguo, es insoportable…

… y al llegar al nicho negruzco, se desabrocha los bombachos y se deja caer sobre el asiento.

El pie, el tormento va y viene, se me está convirtiendo en una patata calcificada.

El doloroso trayecto de diez pasos, sin embargo, le ha apaciguado las tripas.

Soy capitán de una fragata, piensa, pero no de mis intestinos.

Seis metros más abajo, las pequeñas olas lamen y mecen el casco.

Penhaligon canturrea su cancioncilla de cagar: Las jovencitas se esconden, como pájaros en los arbustos…

Se da vueltas al anillo de boda, incrustado entre las carnes rollizas de la edad madura.

Las jovencitas se esconden como pájaros en los arbustos…

Hace apenas tres años que murió Meredith, pero ya se le va borrando el recuerdo de su rostro.

… ay, si fuese más joven, las buscaría con mucho gusto…

Penhaligon se arrepiente de no haber pagado las quince libras que le pedía aquel retratista…

Tralarí, tratará, tralarí, tralará.

… pero había que saldar las deudas de su hermano, y su salario de capitán, para variar, venía con retraso.

Se rasca un picor terrible entre los nudillos de la mano izquierda.

Un escozor que le es familiar le quema el esfínter. ¿Hemorroides?, se pregunta. ¿También?

—No hay tiempo para la autocompasión —se dice—. Hay unas cartas de Estado que escribir.

El capitán oye gritar a los marinos de guardia: «Dos y media, todo en orden…». Queda poco aceite en la lámpara, pero rellenarla supondría despertar a la gota, y le da demasiada vergüenza llamar a Chigwin para una tarea tan sencilla. Su indecisión se refleja en las hojas de papel en blanco. Trata de juntar las ideas, pero se le descarrían como ovejas. Todo capitán o almirante ilustre, piensa, cuenta con un topónimo encomiástico: Nelson tiene el Nilo; Rodney tiene la Martinica; Jervis tiene el cabo de San Vicente.

—¿Por qué John Penhaligon no puede tener Nagasaki?

Por culpa, piensa, de un escribano holandés llamado Jacob de Zoet; maldito sea el viento que lo trajo a estos pagos…

La advertencia de la carta de De Zoet, admite el capitán, es un golpe maestro.

Penhaligon observa una gota de tinta que cae de la pluma al tintero.

Si hago caso de la advertencia, le quedo en deuda.

Una lluvia imprevista espeluzna el mar y repiquetea en cubierta.

Pero si la ignoro, podría pecar de temerario…

Esta noche, la guardia de babor le toca a Wetz, que da órdenes de sacar toldos y barriles para recoger la lluvia.

… y dar lugar, no a un acuerdo anglo-nipón, sino a una guerra anglo nipona.

Piensa en la situación hipotética que planteó Hovell, aquello de los mercaderes siameses en el canal de Bristol.

Sesenta días serían necesarios para que el Parlamento enviase una respuesta, sí.

Penhaligon se ha rascado tanto la picadura de mosquito de la rodilla que se le ha convertido en un bulto inflamado.

Mira al espejo de afeitar: su abuelo le devuelve la mirada.

Hay «extranjeros conocidos», piensa Penhaligon, y «extranjeros extraños».

Contra los franceses, españoles u holandeses, se compra la información de los espías.

La lámpara chisporrotea, falla y se apaga. La noche engulle al camarote.

De Zoet, comprende el capitán, ha desplegado una de sus armas más poderosas.

—Un sueñecito —se recomienda a sí mismo el capitán— podría disipar la niebla…

Los centinelas gritan:

—¡Las cinco, todo en orden…!

Penhaligon tiene la sábana empapada en sudor y enrollada al cuerpo como el capullo de una araña. En la cubierta de abajo, la guardia de babor estará durmiendo hombro con hombro en los coys, con sus perros, gatos y monos.

Los últimos animales que quedan —una vaca, una oveja, dos cabras y media docena de gallinas— también duermen.

Las ratas nocturnas estarán atareadas en los pañoles de provisiones.

Chigwin, en su cuchitril adyacente al camarote del capitán, duerme.

El cirujano Nash, en su cálida madriguera del sollado, duerme.

El teniente de navío Hovell, que esta noche se ocupa de la guardia de estribor, estará alerta; pero Wren, Talbot y Cutlip dormirán hasta que salga el sol.

Jacob de Zoet, se imagina el capitán, estará disfrutando de los placeres de una cortesana: Peter Fischer jura y perjura que mantiene un harén a expensas de la Compañía.

—El odio devora a quienes odian —le dijo Meredith al pequeño Tristram— como los ogros a los niños.

Quiera Dios que Meredith esté ahora en el cielo, bordando almohadones…

Empieza el chirrido rítmico de la bomba de achique del *Febo*.

Wetz debe de haberle dicho a Hovell que eche un ojo a la sentina.

El cielo es una cuestión peliaguda, piensa Penhaligon, que se disfruta mejor a distancia.

El capellán Wily siempre contesta con evasivas a la pregunta de si los mares del cielo son como los de la tierra.

¿No sería más feliz Meredith, se pregunta, con una casita de su propiedad?

El sopor le besa los párpados. La luz del sueño es veteada. Penhaligon sube al trote las escaleras de su vieja amante de la calle Brewer. La voz de la chica reverbera.

—Has salido en el periódico, Johnny.

Penhaligon coge el Times del día y lee:

«El almirante Sir John Penhaligon, antiguo capitán de la fragata *Febo* de Su Majestad, informó a sus señorías que, al recibir la orden del magistrado de Nagasaki, de ceder la pólvora del buque, tuvo la sospecha de que se trataba de

una argucia. “Dado que no había ningún botín que obtener de Deshima”, declaró el almirante Penhaligon, y que tanto holandeses como nipones nos impedían comerciar a través de Deshima, no quedó más remedio que apuntar nuestros cañones a Deshima. En la Cámara de los Comunes, el señor Pitt alabó la audacia del almirante por “asestar el *coup de grâce* al mercantilismo holandés en el Extremo Oriente”».

Penhaligon se incorpora de golpe, se golpea la cabeza y se ríe en voz alta.

• • •

El capitán, con la asistencia de Talbot, sube a duras penas a la cubierta de intemperie. El bastón ya no es una ayuda sino una necesidad: la gota es un vendaje apretado de tojo y ortigas. La mañana es cálida pero húmeda: unos nubarrones de casco enorme e incrustado de lapas amenazan con desbordarse. Tres barcos chinos se deslizan junto a la orilla opuesta, en dirección a la ciudad. Con toda probabilidad, promete Penhaligon a los chinos, os espera un hermoso espectáculo…

Dos docenas de marineros, sentados en el combés a las órdenes del maestro velero, saludan al capitán y se fijan en su pie forrado de vendajes, demasiado hinchado y dolorido para soportar una bota o un zapato. Penhaligon llega renqueando hasta la posición del oficial de guardia, donde el piloto Wetz, timón en mano, desafía el suave balanceo del barco para mantener en equilibrio una taza de café.

—Buenos días, señor Wetz. ¿Alguna novedad?

—Hemos llenado diez toneles de agua de lluvia, señor, y el viento ha rolado al norte.

Del respiradero de la cocina sale un vapor grasiento y una nube de expresiones soeces.

Penhaligon mira hacia las barcas de los guardacostas.

—¿Y nuestros infatigables centinelas?

—Toda la noche dando vueltas alrededor de nosotros, señor, como ahora.

—Me gustaría oír su opinión, señor Wetz, sobre una hipotética maniobra.

—¿Ah, sí? Que se quede el alférez Talbot al timón, pues.

Wetz echa a andar, y Penhaligon a cojear, hacia el coronamiento del alcázar, para poder hablar en privado.

—¿Podría acercarnos a unos trescientos metros de Deshima?

Wetz señala los juncos chinos.

—Si ellos pueden, señor, nosotros también.

—¿Sería capaz de mantener el barco quieto durante tres minutos sin echar las anclas?

Wetz evalúa la fuerza y dirección del viento.

—Pan comido.

—¿Y cuánto tardaríamos en dejar la bahía y salir al mar abierto?

—¿Estaríamos… —el piloto entorna los ojos para calcular la distancia en ambas direcciones—… combatiendo mientras tanto, señor, o dando bordadas con el barco intacto?

—Mi adivina de cabecera está acatarrada y no consigo sacarle ni media palabra.

Wetz mira el panorama y chasquea la lengua como un labrador a su mula.

—Si no cambia el tiempo, capitán… estaríamos fuera de la bahía en cincuenta minutos.

• • •

Robert. —Penhaligon habla con la pipa en la boca—. Interrumpo tu descanso. Entra.

El teniente de navío, sin afeitar, se ha levantado del catre hace escasos segundos.

—Señor. —Hovell cierra la puerta del camarote, dejando fuera el estrépito de ciento cincuenta marineros que comen bizcocho mojado en mantequilla diluida—. Dicen que un segundo de a bordo descansado es un segundo de a bordo escaqueado. Puedo preguntarle por su…

El teniente mira el pie vendado de Penhaligon.

—Hinchado como un pedo de lobo, pero el señor Nash me ha llenado de medicina hasta las cejas, así que hoy me mantendré a flote, lo cual debería ser tiempo suficiente.

—¿Oh, de veras? ¿Para qué?

—Esta noche he escrito un par de cartas. ¿Le importaría revisarlas? Pese a su brevedad, son importantes. No me gustaría haberlas estropeado con faltas de ortografía, y usted es lo más parecido a un hombre de letras que tenemos a bordo del *Febo*.

—Es un honor ayudarlo, señor, aunque el capellán es un hombre más leído…

—Léalas en voz alta, por favor, a ver cómo suenan.

Hovell empieza:

—«Al señor Jacob de Zoet: Primero, Deshima no es una “república provisional”, sino una remota factoría cuyo antiguo propietario, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, ya no existe. Segundo, usted no es un presidente, sino un tendero que, al puentear al administrador adjunto Peter Fischer durante la breve ausencia de este, ha violado el reglamento de la citada Compañía». Contundente argumento, capitán. «Tercero, si bien mis órdenes son ocupar Deshima por la vía diplomática o militar, en el caso de que me resulte imposible cumplirlas, me veré obligado a inutilizar el enclave comercial». Hovell alza la vista sorprendido.

—Casi hemos terminado, teniente Hovell.

—«Rinda la bandera al recibo de la presente, y persónese a mediodía en el *Febo*, donde gozará de los privilegios de un caballero prisionero de guerra. Si, por el contrario, hace caso omiso de esta disposición, condenará a Deshima a… —Hovell hace una pausa—… la demolición total. Atentamente, etcétera…». Justo encima del camarote del capitán, unos marineros secan el alcázar a golpe de lampazo.

Hovell devuelve la carta.

—No hay errores gramaticales ni de estilo, señor.

—Estamos solos, Robert, no hace falta andarse con evasivas.

—Alguien podría pensar que es un farol demasiado… ¿audaz?

—No es un farol. Deshima será británica, o no será.

—¿Fueron esas las órdenes que le dictó el gobernador de Bengala, señor?

—«Expolie o comercie según se lo permitan las circunstancias y se lo aconseje su iniciativa». Las circunstancias se han conjurado para impedirnos tanto el expolio como el comercio. Batirnos en retirada con el rabo entre las piernas no es una perspectiva agradable, así que recurro a mi iniciativa.

De algún lugar no muy alejado llega el ladrido de un perro y el aullido de un mono.

—Capitán… supongo que habrá tenido en cuenta las consecuencias.

—Ha llegado el momento de enseñarle a Jacob de Zoet algo sobre las consecuencias.

—Señor, puesto que se me invita a manifestar mi parecer, debo decir que un ataque a Deshima sin que medie provocación empañará durante dos generaciones la imagen de Gran Bretaña entre los japoneses.

«Empañar» y «sin que medie provocación», advierte Penhaligon, son palabras imprudentes.

—¿La injuria deliberada de ayer, en la carta del magistrado, le ha dejado indiferente?

—Defraudó nuestras expectativas, pero los japoneses no nos invitaron a Nagasaki.

Hay que cuidarse mucho de entender al enemigo, piensa Penhaligon, para no convertirse en él.

—La segunda carta, señor, va dirigida al magistrado Shiroyama, supongo.

—Supone usted bien.

El capitán le tiende la hoja de papel.

—«Al magistrado Shiroyama. Señoría: el señor Fischer le tendió una mano amiga de parte de la Corona y el Gobierno de Gran Bretaña. Esta mano ha sido brutalmente rechazada. Ningún capitán británico entrega su pólvora ni permite la entrada a sus bodegas de inspectores extranjeros. La cuarentena que propone para el *Febo* viola la

práctica habitual entre las naciones civilizadas. Estoy, sin embargo, dispuesto a pasar por alto tal afrenta a condición de que su señoría satisfaga las siguientes condiciones: envíe al *Febo*, a mediodía, al holandés Jacob de Zoet; coloque al emisario Fischer en el puesto de administrador en jefe de Deshima; retire sus inaceptables peticiones en lo tocante a nuestra pólvora y las inspecciones. Si estas tres condiciones no se satisfacen, los holandeses serán castigados por su intransigencia, de acuerdo con lo estipulado por las normas bélicas, y los daños colaterales que puedan sufrir personas o bienes materiales serán imputables a su señoría. Con pesar, etcétera, Capitán Penhaligon de la Armada de la Corona británica». Bueno, señor, esto es…

Una vena del pie de Penhaligon le late con un dolor casi exquisito.

—… esto es tan inequívoco —dice el teniente de navío— como la primera carta, señor.

¿Qué ha sido, piensa con rabia y tristeza el capitán, de mi joven y agradecido protegido?

—Traduzca al holandés la carta del magistrado, deprisa, y lleven a Peter Fischer hasta una de las lanchas de vigilancia para que pueda entregarlas.

—«En 1638» —el alférez de navío Talbot, sentado junto a la ventana del camarote del capitán, lee en voz alta el libro de Kaempfer, mientras Raffert, el asistente del cirujano, pasa la navaja por la papada del capitán Penhaligon— «esta corte pagana no tuvo ningún escrúpulo en someter a los holandeses a una prueba diabólica para determinar qué ejercía mayor poder sobre ellos, las órdenes del shogun o bien el amor por sus correligionarios cristianos. Se trataba de servir al Imperio colaborando en la aniquilación de los cristianos nativos, los cuales, cerca de cuarenta mil individuos, desesperados por el martirio que padecían, se habían trasladado a una vieja fortaleza situada en la provincia de…». —Talbot se atasca con la palabra— «… de Shimabara, donde se habían preparado para defenderse. El jefe de los holandeses…» —el alférez vuelve a encasquillarse— «… Koekebackeer, acudió en persona al lugar y en catorce días sometió a los asediados cristianos a cuatrocientos veintiséis cañonazos tanto desde tierra como desde el mar».

—Yo ya sabía que los holandeses son unos codiciosos hijos de mala madre —Rafferty recorta los pelos de la nariz a Penhaligon con sus tijeras de cirujano—, pero que llegasen al extremo de masacrar a otros cristianos para obtener unos derechos comerciales supera todo lo imaginable, capitán. Estos miserables son capaces de vender a su anciana madre a un viviseccionista.

—Son la raza más amoral de Europa. Señor Talbot…

—Sí, señor: «Esta colaboración no deparó la rendición de los asediados ni su derrota completa, pero les minó las fuerzas. Y porque así se les antojara a los japoneses, el administrador holandés hubo de despojar al buque de otros seis cañones

(pese a tener aún por delante toda una travesía por mares procelosos) para que los nipones pudiesen materializar sus crueles designios…». Uno se pregunta, señor, si estas piezas de artillería no serán los mismos juguetes que adornan los emplazamientos de cañones de la bahía.

—Posiblemente, señor Talbot. Posiblemente.

Rafferty frota con jabón Pears los pómulos del capitán.

Entra el comandante Cutlip.

—La nueva lancha de guardacostas no se acerca más que la vieja, capitán, y no hay rastro de De Zoet. La bandera holandesa sigue ondeando en Deshima, más arrogante que un gallo de pelea.

—Vamos a desplumar a ese gallo —promete Penhaligon— y escaldarlo vivo.

—Además, están evacuando Deshima, llevándose en carros todo lo que pueden.

Entonces han tomado una decisión, piensa el capitán.

—¿Qué hora es, señor Talbot?

—La hora, señor… un poco más de las diez y media, capitán.

—Teniente Wren, dígale al señor Waldron que, a menos que llegue de tierra un ruido de…

En el pasillo estalla un alboroto en holandés.

—¡No sin el permiso del capitán! —exclama un tal Banes o Panes.

La voz de Fischer grita una colérica frase en holandés que termina en «emisario».

—Los chicos de Hanover —deduce Cutlip— deben de haberle contado lo que se avecina.

—¿Voy a por el teniente Hovell, señor? —pregunta Talbot—. ¿O busco a Smeyers?

—Si los japoneses rechazan nuestras propuestas, ¿qué necesidad tenemos de un intérprete holandés?

La voz de Fischer llega hasta ellos:

—¡Capitán Penhaligon! ¡Nosotros hablar! ¡Capitán!

—Más alemán que el chucrut —dice el capitán—, e igual de avinagrado, pero no cura el escorbuto…

Rafferty se ríe entre dientes y de la nariz le sale un humo tóxico.

—… y estorba más que ayuda. Dígale que estoy ocupado, comandante. Si no entiende la palabra «ocupado», hágaselo entender.

A las doce menos cinco del mediodía, ataviado con los uniformes de gala, los galones y el tricornio, Penhaligon se dirige a la compañía en cubierta.

—Al igual que en la guerra, señores, en las latitudes extranjeras los acontecimientos se precipitan. Esta mañana será testigo de un combate. No hay tiempo para uno de esos discursos grandiosos que se pronuncian en vísperas de la

batalla. Preveo una acción breve, ruidosa y unilateral. Ayer tendimos a los japoneses una mano amiga y ellos escupieron en ella. ¿Descorteses? Sí. ¿Imprudentes? Me temo que también. ¿Punible a la luz de las leyes de las naciones civilizadas? Por desgracia, no. No, esta mañana se trata de castigar a los holandeses… —algunos de los marineros más veteranos prorrumpen en roncos vítores—… ese hatajo de náufragos a los que hemos ofrecido trabajo y pasaje gratis, y que han respondido con una insolencia que un inglés no puede dejar impune.

De lo alto de las montañas, rodando por el aire, bajan cortinas de llovizna.

—Si estuviésemos fondeados frente a La Española o la costa del Malabar, recompensaríamos a los holandeses arrancándoles una indemnización y bautizando esta bahía de aguas profundas con el nombre de Puerto del Rey Jorge. Los holandeses creen que no voy a poner en peligro la mejor tripulación de mi carrera haciendo una incursión en Deshima a la una de la tarde sólo para tener que entregarla a las cinco, y en este sentido tienen razón: Japón, en última instancia, tiene más guerreros que nosotros balas de cañón.

Una de las dos lanchas guardacostas está volviendo a Nagasaki.

Por mucho que reméis, les dice el capitán para sus adentros, mi *Febo* es más rápido.

—Pero reduciendo Deshima a escombros, reduciremos a escombros el mito del poderío holandés. Cuando se haya asentado el polvo y cuajado la lección, la próxima misión británica que venga a Nagasaki, acaso el año que viene, no sufrirá un desaire tan grosero.

—Capitán —interviene el comandante Cutlip—, ¿qué pasa si los nativos tratan de abordarnos?

—Disparen salvas de advertencia; pero si no hacen caso, podrán demostrar la potencia y precisión de los fusiles británicos. Maten lo menos posible.

—Señor —el artillero Waldron levanta la mano—, es probable que algunos disparos se pasen de largo.

—Nuestro objetivo es Deshima, pero si algún disparo, por accidente, cayese en Nagasaki…

Penhaligon siente a su lado la presencia de Hovell, hirviendo de disconformidad.

—… los japoneses, en lo sucesivo, tendrán más cuidado a la hora de elegir aliados. Así pues, vamos a darle a este pueblo atrasado un anticipo del nuevo siglo. —En medio de los rostros encaramados en las jarcias, Penhaligon distingue el de Hartlepool, que lo mira desde lo alto como un ángel de piel oscura—, ¡enseñadle a ese puerto pagano y sifilítico los estragos que es capaz de infligir al enemigo un perro de guerra británico cuando provocan su justificada cólera!

Cerca de trescientos hombres miran a su capitán con un respeto feroz.

Penhaligon mira a Hovell, pero el teniente de navío está mirando hacia Nagasaki.

—¡Artilleros, a vuestros puestos! Señor Wetz, acérquenos a la costa.

Veinte hombres giran el molinete; el cable gime; se leva el ancla.

Wetz grita órdenes a los marineros que trepan a los obenques.

—Un barco bien dirigido —solía decir el capitán Golding— es una ópera flotante…

Se largan foques y cebaderas: el botalón del foque se excita con la tensión.

—… cuyo compositor es el capitán, pero cuyo director de orquesta es el piloto.

Se arrían el trinquete y la mayor; después, las gavias…

Los huesos del *Febo* se tensan y sus articulaciones chirrían por efecto de la tracción…

Wetz maniobra con el timón hasta dejar el *Febo* amurado a babor.

Ledbetter, el sondeador, se agarra de un chafaldete y mide la profundidad.

A mitad de camino del cielo lluvioso, los marineros se sientan a horcajadas en las vergas de juanete…

La proa describe un arco de ciento cuarenta grados…

… y con un brusco bandazo, la fragata vira hacia Nagasaki.

Un danés enjuto se hace un lío con una maraña de ostas.

—¿Me dispensa un momento, señor? —dice Hovell, señalando al danés.

—Vaya —dice Penhaligon.

Su tono cortante significa: Y no tenga prisa en volver.

—Pensándolo bien —le dice a Wren—, vayamos a proa a contemplar el panorama.

—Una idea excelente, señor —concuerda el teniente de fragata.

Penhaligon procede con paso gotoso y renqueante hasta los obenques de trinquete. Cutlip y una docena de marineros observan, a unos pocos cientos de metros, la única lancha de vigilancia que queda: una embarcación de apenas seis metros con una pequeña caseta de cubierta y un aire más desgarbado que un *dau* árabe. Media docena de espadachines y un par de inspectores parecen enzarzados en una discusión sobre cómo responder a la maniobra de la fragata.

—No os mováis, preciosos —murmura Wren—, que os vamos a partir en dos.

—Una ligera ráfaga —sugiere Cutlip— podría aclararles las ideas, señor.

—De acuerdo, pero —Penhaligon se dirige a los infantes de Marina— no los maten.

—Sí, señor —contestan los infantes, mientras preparan los fusiles.

Cutlip espera hasta que la distancia se reduce a cincuenta metros.

—¡Fuego, muchachos!

Saltan astillas del puntal de la lancha; el mar salpica resquebrajado.

Un inspector se agacha; su colega se lanza adentro de la caseta. Dos remeros

saltan a sus posiciones y apartan la lancha de la trayectoria del *Febo*: a buenas horas. La proa ofrece una vista privilegiada de los soldados: se quedan todos mirando fijamente a los europeos, impertérritos, sin miedo; pero no hacen ademán de atacarlos con flechas o lanzas, ni de perseguirlos. La lancha se escora torpemente en la estela del *Febo*, y no tarda en desaparecer a popa.

—Buen trabajo y pulso firme, muchachos —alaba Penhaligon a los infantes.

—Volved a cargar, chicos —dice Cutlip—. Cuidado con la lluvia, no vaya a mojaros la pólvora.

Nagasaki, que se derrama ladera abajo, va haciéndose más cercana.

El bauprés del *Febo* apunta a ocho o diez grados al este de Deshima: la bandera británica está tan tiesa como el asta.

Hovell se reincorpora al círculo del capitán sin pronunciar palabra.

Penhaligon divisa un villorrio miserable defecado por un riachuelo cenagoso.

—Parece pensativo, teniente Hovell —dice Wren—. ¿Anda mal del estómago?

—Su interés, teniente Wren —Hovell clava la vista al frente—, es injustificado.

Malouf baja a toda velocidad del gaviete.

—Mi capitán, hay unos cien soldados nativos reunidos en una plaza, justo enfrente de Deshima.

—¿Pero no viene ninguna embarcación a nuestro encuentro?

—Por ahora ni una, capitán: Clovelly está vigilando desde la cofa del trinquete. La factoría parece abandonada: hasta los árboles han salido zumbando.

—Estupendo. Quiero que los holandeses queden como unos cobardes. Vuelva arriba, señor Malouf.

Las sondas de Ledbetter, que se le transmiten a Wetz, siguen siendo manejables.

La llovizna se hace más intensa, pero el viento sigue soplando con brío.

Al cabo de dos o tres minutos de silencio se oye repicar con urgencia la campana de Deshima.

El condestable Waldron grita hacia la cubierta de batería:

—¡Abrid las portañolas de estribor!

Las portañolas restallan como huesos rotos al golpear las amuras.

—Señor. —Talbot otea con su catalejo—. Hay dos europeos en la atalaya.

—¿Ah, sí? —El capitán los localiza a través de su propia lente, y de unos ochocientos metros de aire lluvioso. El más delgado lleva un sombrero de ala ancha como el de un bandolero español. El otro es más corpulento, está apoyado en la barandilla, y parece agitar un bastón en dirección al *Febo*. En el poste del rincón hay un mono sentado—. Señor Talbot, vaya a despertar a Daniel Snitker.

—Se creen —dice Wren en tono burlón— que mientras se queden ahí no abriremos fuego.

—Deshima es su barco —dice Hovell—. Están en el alcázar.

—En cuanto vean que no nos andamos con chiquitas, saldrán corriendo —predice Cutlip.

El *Febo* está a setecientos metros de la curva oriental de la bahía.

Wetz grita: «¡Todo a babor!», y la fragata vira ochenta grados, quedando con la amura de estribor paralela a la costa, a dos disparos de fusil. Pasan delante de un recinto rectangular que alberga unos almacenes: en los tejados, apiñados bajo sombrillas y mantas de paja, se divisan unos hombres vestidos como los mercaderes chinos que Penhaligon vio en Macao.

—Fischer mencionó una Deshima china —recuerda Wren—. Debe de ser eso.

Aparece Waldron, el artillero.

—¿Cebamos ya los cañones de estribor, capitán?

—Disparen los doce dentro de tres o cuatro minutos, señor Waldron. Manos a la obra.

—¡Sí, señor! —Baja al puente de batería y grita a sus hombres—: ¡Cargad los gordinflones!

Talbot llega con Snitker, que no tiene muy claro qué actitud adoptar.

—Señor Hovell, préstele el catalejo a Snitker. Pídale que identifique a los dos hombres de la atalaya.

La respuesta de Snitker, cuando llega, incluye el nombre De Zoet.

—Dice que el del bastón es Marinus, el médico, y el del sombrero estrafalario, Jacob de Zoet. El mono se llama William Pitt.

Snitker, sin que nadie le pregunte nada, dirige unas cuantas frases a Flovell.

Penhaligon calcula que la distancia debe de ser de unos quinientos metros.

Hovell continúa:

—El señor Snitker me pide que le diga, capitán, que de haberlo elegido a él como emisario, el resultado habría sido muy otro, pero que de haber sabido que era usted un vándalo con tendencias destructivas, jamás lo habría guiado hasta estas aguas.

Qué bien te viene, Hovell, piensa Penhaligon, tener a Snitker para que diga lo que tú no te atreves a decir.

—Pregúntele a Snitker qué tal lo tratarían los japoneses si lo tirásemos por la borda aquí mismo.

Hovell traduce y Snitker se retira como un perro apaleado.

Penhaligon dirige su atención a los holandeses de la atalaya.

Visto más de cerca, Marinus, el médico erudito, parece zafio y vulgar.

De Zoet, por el contrario, es más joven, y con mejor facha de lo previsto.

Vamos a medir tu valor holandés, piensa Penhaligon, con la munición inglesa.

Por la escotilla aparece el torso de Waldron.

—Esperamos sus órdenes, capitán.

En los rostros coriáceos de los marineros, la lluvia oriental se ve tan fina como un

adorno de encaje.

—Deles justo en los dientes, señor Waldron…

—Sí, señor. —Waldron anuncia la orden en la cubierta inferior—: ¡Tripulación de estribor, fuego!

El comandante Cutlip, a su lado, canturrea:

—Tres ratones ciegos, tres ratones ciegos…

De las portañolas, por encima de las amuradas, llega el grito de los artificieros: ¡Zafarrancho!

El capitán ve a los holandeses mirar fijamente las bocas de los cañones.

Unas avefrías vuelan sobre la pétrea superficie del agua: las puntas de las alas besan, gotean y encrespan.

Esto es un trabajo para un soldado o un loco, piensa Penhaligon, no para un médico y un tendero.

El primer cañonazo estalla con una ferocidad capaz de reventar un cráneo; el corazón maduro de Penhaligon palpita como en su primer combate, hace ya un cuarto de siglo, contra un buque corsario estadounidense; en el espacio de unos siete u ocho segundos se suceden otros once cañonazos.

Un almacén se viene abajo; el espigón se hace añicos en dos puntos; las tejas de las edificaciones saltan por los aires; y, lo más gratificante de todo, se convence el capitán mientras entrecierra los ojos para atisbar entre el humo y la destrucción, es que De Zoet y Marinus han bajado rápidamente con el rabo bien metido entre sus holandesas piernas…

—… les cortó las colas —canturrea Cutlip—, con un cuchillo de trinchar…

El viento devuelve a cubierta el humo de los cañones, bañando a los oficiales.

Talbot es el primero en verlos:

—Siguen en la atalaya, señor.

Penhaligon corre hasta la escotilla del combés, con el pie suplicando misericordia y el bastón repiqueteando en la cubierta: maldito seas, maldito seas, maldito seas…

Los tenientes lo siguen como cockers nerviosos, temiendo que pierda el equilibrio.

—Preparad los cañones para otra andanada —grita a Waldron por la escotilla—. ¡Diez guineas para el artillero que derribe la atalaya!

La voz de Waldron contesta:

—¡Si, señor! ¡Ya habéis oído al capitán, muchachos!

Penhaligon, hecho una furia, vuelve a trancas y barrancas al alcázar; sus oficiales van detrás.

—Manténgalo quieto, señor Wetz —le ordena al piloto.

Wetz está enfrascado en una instintiva suma algebraica que incluye la velocidad del viento, la superficie vélica y el ángulo del timón.

—Lo tengo quieto, capitán.

—Señor —ahora es Cutlip el que habla—, si nos acercamos a ciento veinte metros, mis muchachos podrían agujerear a esos dos villanos con los mosquetes.

Tristram, le contó Frederick, el capitán del *Blenheim*, quedó descuartizado en el alcázar por el impacto de una bala encadenada; podría haberse lanzado sobre la cubierta y acaso sobrevivir, como hicieron sus suboficiales, pero no era el estilo de Tristram, que nunca se inmutó ante el peligro…

—No me arriesgaría a encallar, comandante. La jornada no tendría un final feliz.

¿Te acuerdas del *bulldog* de Charlie, Penhaligon suspira, y del bate de cricket?

—El humo —masculla el capitán, parpadeando— me está abrasando los ojos.

Los cobardes, como los cuervos, piensa, se alimentan de los valientes muertos.

—Todo esto me trae a la mente —les dice Wren a Talbot y a los guardiamarinas — la campaña de Mauricio que viví a bordo del Swiftsure: Tres fragatas francesas eran más rápidas que nosotros y, como una jauría de sabuesos en pos del zorro…

—Señor —dice en voz baja Hovell—, ¿puedo ofrecerle mi capa? La lluvia…

Penhaligon decide hacerse el ofendido.

—¿Acaso soy ya un viejo chocho o qué, teniente?

Robert Hovell vuelve al papel de teniente Hovell.

—No era mi intención ofenderlo, señor.

Wetz grita; los gavieros responden; los cabos se tensan; rechinan los motones; la lluvia reluce.

En Deshima, un almacén alto y estrecho se derrumba con retraso y un bramido estrepitoso.

—… de modo que, viéndome abandonado a mi suerte en el barco enemigo — sigue contando Wren— al anochecer, entre el humo y todo el barullo, me calé el sombrero, cogí una linterna y, acompañado por un mono que me seguía, bajé a la santabárbara, que estaba oscura como la boca del lobo, me colé en el pañol de cabuyería, y me dio la vena incendiaria…

De nuevo aparece Waldron.

—Señor, los cañones ya están cebados para la segunda andanada.

Vosotros daos las de oficiales de marina, Penhaligon observa a De Zoet y a Marinus…

… y podréis morir como tales.

—Diez guineas, señor Waldron, no se olvide.

El artillero desaparece y se le oye gritar como un enajenado:

—¡A por ellos, muchachos!

Los pequeños engranajes del tiempo se encuentran y encajan. Los artificieros gritan: «¡Zafarrancho!».

Las explosiones propulsan las balas describiendo arcos bellísimos, terribles,

aullantes…

… que terminan en el tejado de un almacén; en una tapia; y uno de los proyectiles pasa a un metro de De Zoet y Marinus, que se tiran al suelo sobre la plataforma; pero todas las demás balas pasan de largo por encima de Deshima…

Un humo acuoso oscurece el panorama; el viento disipa el humo.

Se oye un ruido como el de un trombón estridente, o un enorme árbol que se desploma…

… procedente de detrás de Deshima: un estrépito atroz de madera y ladrillos.

De Zoet ayuda a Marinus a ponerse en pie; ha desaparecido el bastón; los dos miran hacia Nagasaki.

La valentía de un enemigo denigrado, piensa Penhaligon, es un descubrimiento desagradable.

—Nadie puede acusarlo, señor —dice Wren—, de no haberles advertido de sobra.

El poder es el instrumento de que dispone un hombre, piensa el capitán, para componer el futuro…

—Esos pigmeos medievales —le asegura Cutlip— no olvidarán este día.

… pero el futuro, se quita el sombrero, tiene la costumbre de componerse solo.

Un grito sobrenatural rebosa por las escotillas de la cubierta de batería.

El retroceso ha pillado a alguien, supone Penhaligon con nauseabunda certeza.

Hovell baja corriendo a indagar, y en ese mismo instante emerge la cabeza de Waldron.

La mirada del condestable lleva grabada la huella de una imagen atroz.

—¿Otra andanada, señor?

John Penhaligon pregunta:

—¿Quién es el herido, señor Waldron?

—Michael Tozer. El braguero se ha roto, señor, y…

De fondo se oyen gimoteos ahogados y gritos roncos.

—¿Cree que habrá que amputarle la pierna?

—Ya la tiene colgando, señor. Están bajando al pobre desgraciado al cirujano.

—Señor…

Hovell, Penhaligon lo sabe, quiere que le dé permiso para ir a ver a Tozer.

—Adelante, teniente. Ahora sí que le pido prestada la capa, si me permite…

—Sí, señor.

Robert Hovell le tiende la capa al capitán y baja a la cubierta de hatería.

Un guardiamarina ayuda a Penhaligon a vestirse la prenda, impregnada del olor de Hovell.

El capitán, ebrio de rabia, vuelve la mirada hacia Deshima.

La atalaya sigue en pie, así como los dos hombres; y la bandera holandesa ondea al viento.

—Hagamos una demostración de nuestras carroñadas. Cuatro artilleros, señor Waldron.

Los guardiamarinas se miran unos a otros. El comandante Cutlip silba de placer.

Malouf le pregunta en voz baja a Talbot:

—¿No se quedarán cortas las carroñadas, señor?

Penhaligon contesta:

—Están hechas para disparar desde más cerca, sí, pero…

Repara en que De Zoet está mirándolo con su catalejo.

Y anuncia:

—Quiero que hagáis trizas esa bandera holandesa.

Una casa situada en la colina vomita un humo aceitoso al aire húmedo.

El capitán piensa: Quiero que hagáis picadillo a esos malditos holandeses.

Los artificieros llegan de abajo, con caras largas por el accidente de Tozer. Retiran unos paneles de las amuradas del alcázar y maniobran con las cureñas para colocar las carroñadas en posición de disparo.

Penhaligon ordena:

—Cárguenlas con bala encadenada, señor Waldron.

—Pero si apuntamos a la bandera, señor…

El condestable señala la atalaya, a cinco metros escasos bajo la punta del asta.

—Cuatro conos de cadenas rotas y cortantes —dice el comandante Cutlip, radiante como un sátiro excitado—, que vayan girando y silbando por el aire, y los eslabones de metal dentado les borrarán la sonrisa de la cara a esos holandeses…

—… y la cara de la cabeza —añade Wren—, y la cabeza del cuerpo.

Los artificieros salen por la escotilla con sus sacos de explosivos.

El capitán reconoce a Moff, el mocoso de Penzance. Está pálido y morado.

La pólvora se introduce en las bocas anchas y cortas, junto con un taco de trapo.

Las balas encadenadas traquetean al volcarse con cubos oxidados dentro de los cañones.

—Apuntad a la bandera, muchachos —dice Waldron—. No tan alto, Hal Yeovil.

La pierna derecha de Penhaligon se ha convertido en un poste de dolor achicharrante.

Mi gota está ganando la batalla. Penhaligon lo sabe. Dentro de una hora estaré postrado en la cama.

El doctor Marinus parece que está discutiendo con su compatriota.

Pero De Zoet, se consuela el capitán, estará muerto en menos de un minuto.

—Amarrad los bragueros con nudo doble —ordena Waldron—. Abajo ya habéis visto por qué.

¿Tendrá razón Hovell?, se pregunta el capitán. ¿Habrá estado mi dolor pensando

por mí estos tres últimos días?

—Señor —dice Waldron—, las carroñadas están listas para disparar en cuanto lo ordene.

El capitán aspira hondo para dictar la sentencia de muerte contra los dos holandeses.

Lo saben. Marinus se agarra a la barandilla, desvía la mirada, se estremece, pero aguanta el tipo.

De Zoet se quita el sombrero; tiene el pelo como el cobre, rebelde, enmarañado…

… y Penhaligon ve a Tristram, su único hijo, apuesto y pelirrojo, a la espera de la muerte…

# XXXVIII

## Atalaya de Deshima

*Mediodía del 20 de octubre de 1800*

William Pitt gruñe al oír pasos en las escaleras. Jacob de Zoet mantiene el catalejo enfocado en el *Febo*: la fragata está a más de media milla de distancia, dando hábiles bordadas contra el húmedo nordeste para dejar atrás la factoría china —algunos de cuyos habitantes contemplan el espectáculo sentados en los tejados— y situarse en paralelo a Deshima.

—Veo que Arie Grote terminó dándole su sombrero de presunta boa constrictor.

—He ordenado a todo el personal que se traslade a la Magistratura, doctor. Incluido usted.

—Si se queda aquí, domburgués, va a necesitar un médico.

La fragata abre las portañolas, clac, clac, clac, como martillazos en un clavo.

—O si no —Marinus se suena la nariz—, un enterrador. Va a llover. Tenga —el médico saca algo crujiente—. Kobayashi te manda un impermeable.

Jacob baja el catalejo.

—¿El anterior propietario murió de sífilis?

—Un poco de respeto por un enemigo muerto, para que su fantasma no venga a molestarlo.

Jacob se pone la capa de paja sobre los hombros.

—¿Dónde está Eelattu?

—Donde todos los hombres cuerdos, en la Magistratura.

—¿Han transportado su clavicémbalo sin percances?

—El clavicémbalo y la farmacopea; venga y únase a ellos.

Los filamentos de lluvia rozan el rostro de Jacob.

—Mi puesto está en Deshima.

—Si cree que los ingleses no van a abrir fuego porque un escribano con ínfulas…

—No creo nada por el estilo, doctor, pero… —Jacob repara en los veinte o más infantes de marina vestidos con casacas escarlata que trepan a los obenques—. Para repeler cualquier tentativa de abordaje… tal vez. Porque para disparar con los mosquetes tendrían que acercarse a… unos cien metros, y el riesgo de encallar sería demasiado alto en aguas hostiles a los navíos británicos.

—Prefiero una ráfaga de mosquetazos que una descarga de cañonazos.

Dame valor, reza Jacob.

—Mi vida está en manos de Dios.

—Oh —suspira Marinus—, el dolor que pueden causar esas pocas palabras

piadosas…

—Vaya a refugiarse a la Magistratura, entonces, y así no tendrá que aguantarlas.

Marinus se apoya en la barandilla.

—El joven Oost piensa que debe usted de tener en la manga algún plan secreto de defensa, algo para revertir los reveses de la fortuna.

—Mi defensa —Jacob se saca el salterio del bolsillo de la chaqueta— es mi fe.

Cobijado bajo el abrigo, Marinus examina el viejo y grueso volumen, y pasa el dedo por la bala del mosquete, bien incrustada en el cráter.

—¿Al corazón de quién iba dirigido esto?

—Al de mi bisabuelo, pero el libro ha estado en manos de mi familia desde la época de Calvino.

Marinus lee el título.

—¿Los salmos? ¡Domburgués, es usted una caja de sorpresas! ¿Cómo logró colar de matute este batiburrillo de traducciones disparejas del arameo?

—Ogawa Uzaemon hizo la vista gorda en el momento justo.

—«Tú eres el que da victoria a los reyes» —lee Marinus—, «el que rescata a su siervo David de la maligna espada».

El viento arrastra el eco de las órdenes que se transmiten a bordo del *Febo*.

En la plaza Edo, un oficial grita a sus hombres, que replican a coro.

A unos pocos metros de sus cabezas, la bandera holandesa tremola y susurra al viento.

—Ese trapo tricolor no moriría por usted, domburgués.

El *Febo* se acerca amenazante: es elegante, hermoso y maligno.

—Nadie ha muerto jamás por una bandera, sino por lo que representa.

—Ardo en deseos de saber por qué está arriesgando su vida. —Marinus mete las manos en su estrafalario abrigo—. No puede ser sólo porque el capitán inglés le haya llamado «tendero».

—Que sepamos, esta es la única bandera holandesa que queda en el mundo.

—Que sepamos, así es. Aun así, seguiría sin morir por usted.

—Él… —Jacob advierte que el capitán inglés los observa con el catalejo—… cree que los holandeses somos unos cobardes. Pero todas y cada una de las potencias de nuestro turbulento vecindario, empezando por España, han tratado de acabar con nuestra nación. Y ninguna lo ha conseguido. Ni siquiera el mar del Norte nos ha desalojado de nuestro borde fangoso del continente, y ¿por qué?

—Pues por qué va a ser, domburgués, ¡porque no tenemos otro sitio adonde ir!

—No, doctor. Es porque somos unos malditos cabezotas.

—¿A su tío le gustaría que su sobrino demostrase la virilidad holandesa muriendo aplastado bajo un montón de tejas y ladrillos?

—Mi tío citaría a Lutero: «Los amigos nos muestran lo que podemos hacer, pero

los enemigos nos muestran lo que debemos hacer».

Jacob se distrae estudiando a través del catalejo el mascarón de proa de la fragata, que ya está a un tercio escaso de milla. El escultor de ese *Febo* le confirió un gesto de diabólica determinación.

—Doctor, tiene que marcharse ya.

—¡Pero piense en la Deshima post De Zoet! Nos veríamos reducidos al administrador Ouwehand y al adjunto Grote. Déjeme el catalejo.

—Grote es nuestro mejor comerciante: sería capaz de venderle cagarrutas de oveja a un pastor.

William Pitt gruñe en dirección al *Febo* con un gesto desafiante de lo más humano.

Jacob se quita la capa de paja de Kobayashi y se la pone al mono.

—Por favor, doctor. —La lluvia empapa los tablones—. No me haga sentir más culpable.

Las gaviotas abandonan el caballete del tejado de la Corporación de Intérpretes, cuyas puertas y ventanas están selladas con tablas.

—¡*Ego te absolvo*! Yo soy indestructible, como un judío errante que se multiplica. Me despertaré mañana, pasados unos pocos meses, y empezaré todo de nuevo. Mire: Daniel Snitker está en el alcázar. Lo delatan esos andares de homínido…

Jacob se lleva los dedos a la nariz torcida. ¿Sólo ha pasado un año?

El piloto del *Febo* grita órdenes. Los marineros encaramados a las vergas recogen las gavias…

… y el buque de guerra se detiene casi en seco, a unos trescientos metros de la orilla.

El miedo de Jacob es tan grande como una nueva víscera que le hubiese brotado entre el corazón y el hígado.

Unos cuantos gavieros, haciendo bocina con las manos, gritan al administrador en funciones: «¡Ríndete, holandesito! ¡Ríndete, ríndete!», y le muestran los dedos índice y corazón estirados.

—¿Por qué… —la voz de Jacob es tensa y aguda—… hacen eso los ingleses?

—Tengo entendido que el gesto viene de los arqueros de la batalla de Agincourt.

Un cañón asoma por la portañola situada más a popa; después otro; después los doce de esa banda.

Unas avefrías vuelan a ras de la pétrea superficie del agua: las puntas de las alas gotean agua salada.

—Van a hacerlo. —La voz de Jacob no es la suya—. ¡Marinus! ¡Váyase!

—A decir verdad, Piet Baert me contó que, un invierno (cerca de Palermo, si no me falla la memoria), Grote llegó a venderles cagarrutas de oveja a unos pastores.

Jacob ve al capitán inglés abrir la boca y gritar…

—¡Fuego!

Jacob cierra los ojos y pone la mano en el salterio.

La lluvia bautiza todos los segundos que transcurren hasta que hacen explosión los cañones.

El estruendo entrecortado hizo estragos en los sentidos de Jacob. El cielo se volcó hacia un lado. Un cañón más lento disparó después de los demás. El holandés no recuerda haberse lanzado al suelo de la atalaya, pero ahí es donde se encuentra ahora mismo. Comprueba que no le falta ningún miembro. Sigue entero. Tiene los nudillos rasguñados y, misteriosamente, le duele el testículo izquierdo, pero por lo demás está ileso.

Ladran todos los perros y los cuervos han enloquecido.

Marinus está apoyado en la barandilla.

—El almacén número seis habrá que reconstruirlo; hay un boquete enorme en el espigón, detrás de la Corporación de Intérpretes; el comisario Kosugi probablemente… —del Malecón llega un tremendo ronquido y un estrépito—… probablemente se aloje en otro lugar esta noche, y yo me he meado encima del miedo. Nuestra gloriosa bandera, como puede ver, no ha sufrido el menor daño. La mitad de los disparos nos han pasado por encima… —el médico mira hacia tierra firme—… y han causado destrozos en Nagasaki. *Quid non mortalia pectora cogis, Auri sacra fames*.

La brisa está rasgando la mortaja de humo de la fragata.

Jacob se pone en pie y prueba a respirar con normalidad.

—¿Dónde está William Pitt?

—Salió corriendo: un *Macaca fuscata* es más listo que dos *Homo sapiens*.

—No sabía que fuese usted un veterano de guerra, doctor.

Marinus exhala una bocanada de aire.

—¿El fuego de artillería a corta distancia le ha hecho entrar en razón, o quiere que nos quedemos?

No puedo abandonar Deshima, se dice Jacob, y tengo miedo de morir.

—O sea, que nos quedamos. —Marinus chasquea la lengua—. Disimularemos de un breve entreacto hasta que los británicos reanuden el espectáculo.

Como todos los días, el templo de Ryûgayi anuncia la hora del caballo.

Jacob mira hacia la Puerta Terrestre. Unos pocos centinelas indecisos se aventuran a salir.

Un grupo corre desde la plaza Edo hacia el puente de Holanda.

Jacob recuerda el día en que se llevaron a Orito en un palanquín.

Se pregunta cómo hará la mujer para sobrevivir, y reza una plegaria en silencio.

El tubo del pergamino de Ogawa está escondido en el bolsillo de su chaqueta.

Si me matan, que alguien de autoridad lo encuentre y lo lea…

Algunos de los mercaderes chinos los señalan y saludan desde sus tejados.

La actividad en las portañolas del *Febo* promete otra andanada.

O sigo hablando, se da cuenta Jacob, o me desmorono como un castillo de arena.

—Ya sé en lo que no cree, doctor. Ahora dígame: ¿en qué cree?

—Ah, pues en la metodología de Descartes, en las sonatas de Domenico Scarlatti, en la eficacia de la corteza de quina… En realidad son muy pocas las cosas dignas de creerse o no creerse. Más vale luchar por coexistir que afanarse en rebatir…

Las nubes se derraman por las crestas de las montañas; la lluvia gotea del sombrero de Arie Grote.

—La Europa del norte es un lugar de luz fría y líneas nítidas… —Jacob sabe que está diciendo sandeces pero no puede parar—… como el protestantismo. El mundo mediterráneo está hecho de resoles indómitos y sombras impenetrables. Como el catolicismo. Y luego tenemos este… —Jacob mueve la mano hacia la tierra—… este… misterioso… Oriente… con sus campanas, sus dragones, sus muchedumbres… Aquí, los conceptos de transmigración, de karma, que en nuestra tierra son herejías, poseen una… una…

El escribano da un estornudo.

—Salud. —Marinus se echa agua de lluvia en la cara—. ¿Verosimilitud?

Jacob vuelve a estornudar.

—No tiene mucho sentido lo que digo.

—Uno puede entenderlo todo muy bien y decir muchos sinsentidos.

En lo alto de una pendiente de tejados amontonados, una casa agrietada tiene una hemorragia de humo.

Jacob intenta localizar la Casa de las Glicinias, pero Nagasaki es un laberinto.

—Doctor, ¿quienes creen en el karma creen que los… pecados involuntarios se pagan en la próxima vida, o se pagan en esta, en una sola existencia?

—Sea cual sea su supuesto crimen, domburgués —Marinus saca una manzana para cada uno—, dudo que sea tan grave como para que nuestra situación actual represente un castigo proporcionado y justificado.

El médico se lleva la manzana a la boca…

Esta vez, el zambombazo derriba a los dos hombres.

Jacob vuelve en sí, acurrucado como un niño bajo las mantas en una habitación repleta de fantasmas.

Fragmentos de tejas se estrellan en el suelo.

Me he quedado sin manzana, piensa.

—Por Cristo, Mahoma y Fhu Tsi Weh —dice Marinus—, nos hemos salvado por

un pelo.

He sobrevivido dos veces, piensa Jacob, pero los problemas siempre llegan de tres en tres.

Los holandeses se ayudan mutuamente como un par de inválidos.

Las dos hojas de la Puerta Terrestre han saltado por los aires, y las filas de guardias que formaban ordenadamente en la Plaza Edo ya no están tan ordenadas. Dos cañonazos desgarran las filas en dos sitios diferentes: como canicas, piensa Jacob, recordando un juego de cuando era niño, contra soldaditos de madera.

Cinco, seis o siete hombres de carne y hueso están en el suelo, chillando y retorciéndose.

Hay caos y gritos y carreras y manchas de un rojo brillante.

He ahí el fruto de tus principios, se burla una voz en su fuero interno, presidente De Zoet.

Los marineros del *Febo* ya no se burlan de ellos.

—Mire ahí.

El médico señala el tejado que hay debajo. Una bala ha entrado por un lado y ha salido por el opuesto. La mitad de las escaleras que bajan a la Plaza de la Bandera está reducida a escombros. Justo cuando están mirando, el caballete del tejado se hunde y cae dentro de la habitación del último piso.

—Pobre Fischer —apunta Marinus—. Sus nuevos amiguitos le han roto todos los juguetes. Mire, domburgués, ya les ha plantado bastante cara y no tiene nada de deshonroso que…

La madera cruje y las escaleras se vienen abajo con estrépito.

—Bueno —dice Marinus—, podríamos bajar de un salto a la habitación de Fischer… tal vez…

Antes muerto, Jacob enfoca a Penhaligon con el catalejo, que salir huyendo ahora.

Ve a los artilleros subir al alcázar.

—Doctor, las carroñadas…

Ve a Penhaligon apuntándolo con el catalejo.

Maldito seas, piensa Jacob, mira y aprende algo de los tenderos holandeses.

Uno de los oficiales ingleses parece estar discutiendo con el capitán.

El capitán no le hace caso. Los artilleros levantan unos toneles hasta las bocas de los cañones más mortíferos del buque.

—Balas encadenadas, doctor —dice Jacob—. Arriésguese a saltar.

Baja el catalejo: ya no tiene sentido seguir usándolo.

Marinus arroja la manzana contra el *Febo*.

—*Cras Ingens Iterabimus Aequor*.

Jacob se imagina unos densos conos de metralla volando hacia ellos…

… que alcanzarán los doce metros de ancho en el momento de llegar a la

plataforma.

La metralla les desgarrará la ropa, la piel y las vísceras, y les saldrá por el otro lado…

No dejes que la muerte, se recrimina Jacob, sea tu último pensamiento.

El escribano trata de reconstruir, de delante hacia atrás, los tortuosos senderos que lo han conducido a este presente…

Vorstenbosch, Zwaardecroone, el padre de Anna, el beso de Anna, Napoleón…

—¿No tendrá inconveniente en que recite el salmo vigésimo tercero, doctor?

—No, siempre que no tengas inconveniente en que me una a ti, Jacob.

Codo con codo, bajo la resbaladiza lluvia, los dos holandeses se agarran a la barandilla de la plataforma.

El hijo del pastor se quita el sombrero de Grote para dirigirse a su Creador.

—«El Señor es mi pastor; nada me faltará».

La voz de Marinus es un violonchelo bien curado; Jacob está temblando.

—«En prados de tiernos pastos me hace descansar; junto a aguas tranquilas…».

Jacob cierra los ojos y se imagina la iglesia de su tío.

—«… por el recto sendero por amor de su nombre».

Geertje está a su lado. Jacob desearía que su hermana hubiese conocido a Orito…

—«Aunque camine por el valle en sombra de la muerte…»…

Y Jacob aún tiene el pergamino, y lo siento, lo siento…

—«No temeré mal alguno, pues tú andarás conmigo; tu vara y tu cayado…».

Jacob espera la explosión y la nube de metralla y el desgarro.

—«… me infundirán aliento. Tú preparas ante mí una mesa…».

Jacob espera la explosión y la nube de metralla y el desgarro.

—«… en presencia de mis enemigos; me unges la cabeza con aceite…».

La voz de Marinus se ha apagado; debe de fallarle la memoria.

—«… y mi copa rebosa. Tu bondad y tu gracia me acompañan…».

Jacob oye a Marinus sacudirse entre risas silenciosas.

Abre los ojos y ve alejarse al *Febo*.

La vela mayor se despliega, recibe el viento húmedo y se hincha al instante…

• • •

Jacob duerme a trompicones en la cama del administrador Van Cleef. Aficionado como es a elaborar listas, el escribano enumera los motivos de un sueño tan convulso: primero, las pulgas de la cama del administrador; segundo, el «Deshima Gin», la bebida de celebración que preparó Baert, así denominada porque sabe a todo menos a ginebra; tercero, las ostras enviadas por el magistrado Shiroyama; cuarto, el ruinoso inventario, obra de Con Twomey, de los desperfectos sufridos por las propiedades holandesas; quinto, las reuniones de mañana con Shiroyama y los funcionarios de la

Magistratura; y sexto, su registro mental de lo que la historia dará en llamar el Incidente del *Febo*, con el correspondiente dietario de consecuencias. En la columna de ganancias, los ingleses no han conseguido quitarles ni un clavo de especia a los holandeses, ni una piedra de alcanfor a los japoneses. Cualquier posibilidad de acuerdo anglo-nipón será inconcebible hasta dentro de dos o tres generaciones. En la columna de pérdidas, el personal de la factoría ha quedado reducido a ocho europeos y un puñado de esclavos, una plantilla tan escasa que ni siquiera puede tildarse de «raquítica», y, salvo que llegue un barco en junio —algo poco probable, toda vez que Java está en poder de los británicos y la VOC ya no existe—, Deshima tendrá que depender de los préstamos de los japoneses para hacer frente a sus gastos. Está por ver si el «antiguo aliado» seguirá siendo un huésped bienvenido ahora que se halla en la miseria, máxime si los japoneses consideran a los holandeses parcialmente responsables por haber atraído al *Febo*. El intérprete Hori ha traído información sobre los daños sufridos en Nagasaki: seis soldados muertos, y otros seis heridos, en la Plaza Edo; y varios civiles quemados en el incendio que se declaró cuando una bala impactó en una cocina del distrito de Shinmachi. Las consecuencias políticas, ha insinuado Hori, son si cabe más importantes.

Nunca he oído hablar, piensa Jacob, de un administrador de veintiséis años…

… ni, da vueltas y vueltas en la cama, de una factoría que sufriese tantas crisis como Deshima.

Echa de menos la Casa Alta, pero un administrador tiene que dormir cerca de la caja de caudales.

• • •

A primera hora del día siguiente, Jacob se encuentra con el intérprete Goto y el chambelán Tomine en la Magistratura. Tomine pide disculpas a Jacob por pedirle un desagradable favor antes de reunirse con el magistrado: la noche anterior, un pesquero recogió el cadáver de un marino extranjero, cerca de la Roca de Papenburgo. ¿Le importaría al administrador De Zoet examinar el cadáver y evaluar la posibilidad de que perteneciese al *Febo*?

Jacob, que ayudaba a su tío en todos los funerales de Domburgo, no tiene miedo a los cadáveres.

El chambelán lo acompaña a través de un patio hasta un almacén vacío.

Pronuncia una palabra que Jacob desconoce; Goto dice:

—Lugar cuerpo muerto espera.

Una morgue, comprende Jacob. Goto le pide que le enseñe la expresión en holandés.

Fuera, un anciano sacerdote budista espera con un cubo de agua.

—Para purificar —explica Goto— cuando salir de… «morgue».

Entran. Hay un ventanuco y huele a muerte.

El único ocupante es un joven mestizo con una coleta tiesa, tendido en un camastro.

Está desnudo, a excepción de unos pantalones de marinero y un lagarto tatuado.

Una corriente de aire fuerte y frío atraviesa la estancia desde la ventana hasta la puerta abierta.

La corriente revuelve el cabello del muchacho, acentuando su inmovilidad.

En vida, la flácida piel cetrina debía de ser oro batido.

—¿Llevaba encima —pregunta Jacob en japonés— algún efecto personal?

El chambelán coge una bandeja de un estante; encima hay un cuarto de penique inglés.

GEORGIUS III REX reza el anverso; en el reverso figura una *Britannia sedente*.

—No tengo la menor duda —dice Jacob— de que era un marinero del *Febo*.

—Sa —responde el chambelán Tomine—. Pero ¿es un inglés?

Sólo su madre y su Creador podrían responderte, piensa Jacob.

El holandés le dice a Goto:

—Por favor, informe a Tomine-sama que el padre seguramente fuese europeo. Y la madre, negra. Es la hipótesis más lógica que se me ocurre.

El chambelán sigue sin quedar satisfecho.

—Pero ¿es inglés?

Jacob y Goto se miran: a menudo, los intérpretes deben suministrar tanto la respuesta como los instrumentos para comprenderla.

—Si yo tuviese un hijo con una japonesa —le plantea Jacob a Tomine—, ¿sería holandés o japonés?

Sin querer, Tomine hace una mueca de desagrado ante el mal gusto de la pregunta.

—Mitad y mitad.

Pues él igual, indica Jacob señalando el cadáver.

—Pero —insiste el chambelán— ¿el administrador De Zoet afirma que es inglés?

Los zureos de las palomas bajo los aleros agitan la plácida mañana.

Jacob echa de menos a Ogawa. Le pregunta a Goto en holandés:

—¿Qué es lo que no estoy entendiendo?

—Si extranjero es inglés —contesta el intérprete—, cuerpo será tirado a agujero.

Gracias, piensa Jacob.

—De lo contrario, ¿se le enterrará en el cementerio de los extranjeros?

El inteligente Goto asiente.

—Administrador De Zoet es correcto.

—Chambelán. —Jacob se dirige a Tomine—. Este joven no es inglés. Tiene la piel demasiado oscura. Mi deseo es que se le entierre —como a un cristiano— en el

cementerio del monte Inasa. Le ruego que coloquen la moneda en su tumba.

• • •

A mitad del corredor que conduce a la Sala del Último Crisantemo se pasa por un patio poco visitado donde hay un pequeño estanque a la sombra de un arce. Jacob y Goto son invitados a esperar en la terraza mientras el chambelán Tomine consulta con el magistrado Shiroyama antes de la audiencia.

Las hojas caídas se arrastran sin rumbo sobre el sol sucio que se refleja en el agua oscura.

—Felicidades —dice una voz en holandés— por el ascenso, administrador De Zoet.

Era inevitable. Jacob se vuelve hacia el asesino de Ogawa y carcelero de Orito.

—Buenos días, señor abad —le responde en holandés, notando en las costillas la presión del tubo portapergaminos. En el costado izquierdo debe de vérsele un bulto alargado y estrecho.

Enomoto le dice a Goto:

—En el vestíbulo hay algunas pinturas que seguramente le interesen.

—Señor abad —Goto inclina la cabeza—, el reglamento de la Corporación de Intérpretes prohíbe…

—Te olvidas de quién soy yo. Sólo perdono una vez.

Goto mira a Jacob; Jacob asiente en señal de aprobación. Después procura girarse un poco hacia la izquierda para esconder el bulto del tubo.

Uno de los silenciosos sirvientes de Enomoto acompaña a Goto; otro se queda en las inmediaciones.

—Administrador holandés fue valiente contra barco. —Enomoto practica el holandés—. Noticia viaja por todo Japón, incluso ahora.

Jacob sólo acierta a pensar en los Doce Credos de la Orden de Shiranui.

Cuando los miembros de tu orden mueren, se pregunta Jacob, ¿no se desenmascara la falsedad de los credos? ¿No se demuestra que vuestra Diosa es un leño sin vida? ¿No queda patente lo inútil de la infelicidad de las hermanas y del ahogamiento de los neonatos?

Enomoto frunce el ceño, como si tratase de oír una voz lejana.

—Primera vez que vi a usted, en Sala de Sesenta Tatamis, hace un año, yo pienso…

Una mariposa blanca vuela lentamente a escasos centímetros de la cara de Jacob.

—… yo pienso: Cosa extraña: él es extranjero, pero hay afinidad. ¿Entiende?

—Me acuerdo de ese día —afirma Jacob—, pero yo no sentí afinidad alguna.

Enomoto sonríe como un adulto que oyese la mentira inofensiva de un niño.

—Cuando señor Grote dice: «De Zoet vende mercurio», yo pienso: ¡Mira,

afinidad!

Un pájaro de cabeza negra observa desde el corazón de un árbol rojo como el fuego.

—Entonces usted compró mercurio, pero yo todavía pienso: Afinidad todavía existe. Cosa extraña.

Jacob se pregunta cuánto sufriría Ogawa Uzaemon antes de morir.

—Entonces yo oigo: «Señor de Zoet pide matrimonio a Aibagawa Orito». Yo pienso: ¡Ohooo!

Jacob no consigue disimular su asombro ante el hecho de que Enomoto estuviese al tanto. Las hojas giran en el estanque, muy despacio.

—¿Y usted cómo…? —empieza a decir, pero al instante piensa: Así no hago más que confirmarlo.

—Hanzaburo parece muy estúpido; por eso él muy buen espía…

Jacob siente un peso sobre los hombros. Le duele la espalda.

Se imagina a Hanzaburo arrancando de su cuaderno una hoja con el retrato de Orito…

… y esa hoja, piensa Jacob, pasando bajo toda una cadena de ojos lascivos.

—¿Qué les hace a las hermanas en su templo? ¿Por qué tiene que…? —Jacob se muerde la lengua para no dar muestras de saber lo que sabía el acólito Yiritsu—. ¿Por qué la secuestró, si un hombre con su posición podría elegir a cualquiera?

—Ella y yo también, afinidad. Usted, yo, ella. Un agradable triángulo…

Hay un cuarto vértice, piensa Jacob, llamado Ogawa Uzaemon.

—… pero ahora ella está bastante contenta. —Enomoto pasa a hablar en japonés —. Su trabajo en Nagasaki era importante, pero su misión en Shiranui es más profunda. Está al servicio de la Diosa. Está al servicio de mi orden. —El abad sonríe con desdén ante la impotencia de Jacob—. Ahora lo entiendo. La afinidad no era el mercurio. La afinidad era Orito.

La mariposa blanca pasa a escasos centímetros del rostro de Enomoto.

La mano del abad describe un círculo por encima de la mariposa…

… y el insecto, exánime como un pedazo de papel, cae al estanque oscuro.

El chambelán Tomine ve al holandés y al abad y se detiene en seco.

—Nuestra afinidad ha terminado, administrador De Zoet. Que viva usted muchos, muchos años.

• • •

Las ventanas de papel oscurecen la hermosa vista de Nagasaki y confieren a la Sala del Último Crisantemo un aire lúgubre como el de, piensa Jacob, una capilla silenciosa en una transitada calle de su ciudad natal. Los rosas y los anaranjados de las flores del búcaro están desvaídos y con la mitad de vigor. Jacob y Goto se

arrodillan en el tatami verde musgo delante del magistrado. Ha envejecido cinco años, piensa Jacob, en dos días.

—Es muy cortés por parte del nuevo administrador de Deshima visitarnos en un momento tan… ajetreado.

—No me cabe duda de que su señoría está igual de ajetreada.

El holandés pide a Goto que le transmita al magistrado, con la debida formalidad, su agradecimiento por el apoyo prestado durante la reciente crisis.

Goto hace una faena digna de encomio: Jacob aprende cómo se dice «crisis» en japonés.

—Los barcos extranjeros —responde Shiroyama— ya visitaron nuestras aguas en el pasado. Antes o después eran sus cañones los que tomaban la palabra. El *Febo* ha sido un profeta y un maestro, y la próxima vez —inspira hondo— los sirvientes del shogun estarán mejor preparados. He incluido su «puente de pontones» en el informe que he de remitir a Edo. Pero esta vez la fortuna no estuvo de mi parte.

El cuello almidonado de Jacob le araña la garganta.

—Ayer estuve viéndolo en la atalaya —dice el magistrado.

—Gracias por… —Jacob no sabe qué decir—… su interés.

—Al ver todos aquellos rayos y truenos cayendo a su alrededor, pensé en Faetón.

—Por suerte para mí, los ingleses tienen peor puntería que Zeus.

Shiroyama abre su abanico y vuelve a cerrarlo.

—¿Tenía miedo?

—Me gustaría responder que no, pero la verdad es que… no he tenido más miedo en toda mi vida.

—Aun así, en lugar de echar a correr, permaneció usted en su sitio.

No después de la segunda andanada, piensa. Pero no había forma de bajar.

—Mi tío, con quien me crie, siempre me regañaba por…

Jacob pide a Goto que traduzca la palabra «testarudo».

Fuera, la brisa agita el bambú. El sonido es antiguo y triste.

Los ojos de Shiroyama rondan el bulto del tubo guardado en la chaqueta de Jacob…

… pero el magistrado dice:

—El informe que enviaré a Edo debe formular una pregunta.

—Si soy capaz de contestarla, señoría, lo haré.

—¿Por qué los ingleses se marcharon antes de destruir Deshima?

—He pasado toda la noche dándole vueltas al mismo misterio, señoría.

—Supongo que los vería usted cargando los cañones en el alcázar.

Jacob pide a Goto que explique al magistrado que los cañones se usan para abrir agujeros grandes en barcos y murallas, mientras que las carroñadas se usan para abrir agujeros pequeños en muchos hombres.

—Entonces, ¿por qué los ingleses no mataron al jefe de sus enemigos con las «carroñadas»?

—Puede que el capitán quisiese limitar los daños a Nagasaki —contesta Jacob, encogiéndose de hombros—. Puede que fuese un…

El holandés pide a Goto que traduzca «acto de misericordia».

Se oye la voz de un niño, amortiguada por dos o tres habitaciones interpuestas.

El famoso hijo del magistrado, supone Jacob, que Orito trajo al mundo.

—Tal vez —dice Shiroyama, palpándose el nudillo del pulgar— su valentía hizo avergonzarse a su enemigo.

Jacob, recordando los cuatro años que pasó entre londinenses, lo duda, pero acepta el cumplido con una reverencia.

—¿Su señoría se desplazará a Edo para entregar el informe en persona?

Un destello de dolor atraviesa el rostro de Shiroyama, y Jacob se pregunta por qué. El magistrado dirige su respuesta, difícil de entender, a Goto.

—Su señoría dice… —Goto titubea—… que Edo exige… la palabra es una expresión de mercaderes… ¿«ajustar cuentas»?

Jacob recibe instrucciones de no indagar en esa respuesta evasiva.

Entonces repara en el tablero de go del rincón y ve que sigue en juego la misma partida del día de su visita, hace dos días, con tan sólo unos pocos movimientos más.

—Mi adversario y yo —dice Shiroyama— apenas tenemos tiempo de vernos.

Jacob aventura una hipótesis sin miedo a equivocarse:

—¿El señor abad del feudo de Kyôga?

El magistrado asiente.

—El señor abad es un jugador magistral. Detecta las debilidades del enemigo y las usa para confundirlo. —Shiroyama mira el tablero con pesar—. Me temo que mi situación es desesperada.

—Mi situación en la atalaya —dice Jacob— también lo era.

El gesto con la cabeza que el chambelán Tomine dirige al intérprete Goto significa: Ya es la hora.

—Señoría. —Jacob, nervioso, saca el tubo de madera del interior de la chaqueta —. Le pido, humildemente, que lea este pergamino cuando esté a solas.

Shiroyama frunce el entrecejo y mira a su chambelán.

—Es costumbre —le dice Tomine a Jacob— que todas las cartas de los holandeses las traduzcan dos miembros de la Corporación de Intérpretes de Deshima y, posteriormente…

—Un buque de guerra británico se ha presentado en Nagasaki, ha abierto fuego, ¿y qué ha dicho la costumbre al respecto? —La irritación de Shiroyama mitiga la melancolía de Jacob—. Ahora bien, si esto es para solicitar más cobre, o cualquier otra cosa, sepa el administrador De Zoet que mi estrella en Edo está en declive…

—Es una sincera carta personal, señoría. Le pido excusas por mi deficiente japonés.

Jacob percibe que la mentira apaga la curiosidad de Tomine y Goto.

El tubo de madera, de aspecto inofensivo, pasa a manos del magistrado.

# XXXIX

## Desde la terraza de la Sala del Último Crisantemo, Magistratura de Nagasaki

*El noveno día del noveno mes*

Las gaviotas revolotean entre los rayos de sol por encima de los elegantes tejados y de los anodinos techos de paja, robando vísceras en el mercado y huyendo sobre los huertos tapiados, los muros almenados de pinchos, las pagodas crujientes y los establos repletos de estiércol; sobrevuelan en círculos las torres y las campanas cavernosas y las plazas escondidas donde los orinales se colocan junto a los pozos tapados, observadas por los muleros, las mulas y los perros de hocico lobuno, e ignoradas por almadreñeros contrahechos; ganan velocidad por encima del encajonado río Nakashima y pasan volando bajo los ojos del puente, entrevistas desde las puertas de las cocinas, observadas por los campesinos que caminan por las crestas pedregosas de las montañas. Planean las gaviotas entre las nubes de vapor que despiden las tinas de las lavanderas; por encima de los milanos que despedazan cadáveres de gato; de los estudiosos que atisban la verdad en sutiles esquemas; de los adúlteros de los burdeles; de pordioseras con el corazón roto; de pescaderas que trocean langostas y cangrejos; de sus maridos, que limpian caballas sobre una tabla; de los hijos de los leñadores, que afilan hachas; de fabricantes de velas, que enrollan cera; de funcionarios de mirada pétrea, que exigen tributos; de laqueadores lánguidos; tintoreros con la piel manchada; adivinos inexactos; mentirosos impasibles; tejedores de tatamis; cortadores de junco; calígrafos con los labios manchados de tinta, que mojan pinceles; libreros arruinados por los libros que no venden; cortesanas, catadores, ayudas de cámara, pajes que sisan; cocineros acatarrados; lóbregas buhardillas donde las costureras se pinchan los encallecidos dedos con la aguja; falsos enfermos renqueantes; porqueros; estafadores; morosos ricos en excusas que se muerden los labios; acreedores que ya han oído de todo y aprietan las tuercas; reclusos atormentados por vidas más felices, y crápulas asediados por las mujeres de otros; tutores famélicos que sufren síncopes; bomberos que se convierten en saqueadores cuando la ocasión lo permite; testigos lacónicos; jueces comprados; suegras que siembran rosas y discordias; boticarios que trituran polvos en el mortero; palanquines que transportan hijas solteras; monjas silenciosas; putas de nueve años; mujeres otrora bellas y hoy roídas de pústulas; estatuas de Yizo consagradas con ramilletes de flores; sifilíticos que estornudan por narices putrefactas; alfareros; barberos; apicultores; vendedores ambulantes de aceite; curtidores; cuchilleros; recolectores del excremento nocturno; porteros; herreros y pañeros; torturadores;

nodrizas; perjuros; descuideros; los recién nacidos; los adolescentes; los tercos y los dúctiles; los enfermos; los débiles y los rebeldes; vuelan las gaviotas sobre el tejado de un pintor que primero se apartó del mundo, después de su familia, y terminó enfrascado en una obra maestra que, al final, se ha apartado de su artífice; y cierran el círculo volviendo al lugar donde emprendieron el vuelo, justo encima del balcón de la Sala del Último Crisantemo, donde un charco de la lluvia caída en la víspera está evaporándose; un charco en el que el magistrado Shiroyama observa el reflejo borroso de unas gaviotas que revolotean entre los rayos de sol. Este mundo, piensa, contiene una sola obra de arte: el propio mundo.

• • •

Kawasemi le sostiene la bata interior a Shiroyama. La joven va vestida con un kimono decorado con campanillas azules coreanas. La rueda de las estaciones se ha roto, dice el clima primaveral de ese día de otoño, y yo también.

Shiroyama introduce en las mangas sus brazos de cincuentón.

La joven se agacha ante él, estirando y alisando la tela.

Le ciñe el fajín obi a la cintura.

Ha elegido un diseño verde y blanco poco común: ¿Verde para la vida, blanco para la muerte?

La cortesana hace gala de su costoso adiestramiento componiendo con suma pericia un nudo de diez lazadas.

—Necesito diez intentonas —decía siempre él— para conseguir que se sostenga.

Kawasemi levanta la chaqueta *haori*, larga hasta las rodillas: el magistrado de Nagasaki la coge y se la pone. La delicada seda negra cruje como la nieve y es ligera como el aire. Las mangas llevan bordado el escudo de la familia.

Dos habitaciones más allá resuenan los pasos de Naozumi, el pequeño de veinte meses de edad.

Kawasemi le pasa la caja *inrô*: está vacía, pero sin ella no se sentiría preparado. Shiroyama pasa el cordón de la caja por el botón *netsuke*: la joven le ha escogido un Buda tallado en pico de cálao.

Las manos firmes de Kawasemi guardan la daga tanto en su vaina.

Ojalá me muriese en tu casa, piensa, donde más feliz he sido…

Pasa la vaina por detrás del fajín obi, como prescribe la tradición.

… pero hay que guardar las formas.

—¡Chisss! —dice la criada en la habitación de al lado.

—¡Sisss! —dice Naozumi entre risas.

Una mano regordeta abre la puerta corredera, y el niño, que se parece a Kawasemi cuando se ríe y a Shiroyama cuando se enfurruña, entra corriendo en la habitación, por delante de la abochornada doncella.

—Ruego a su señoría que me perdone —dice, arrodillándose en el umbral.

—¡Te encontré! —dice con voz cantarina el sonriente niño, antes de tropezarse y caer.

—Termina de hacer el equipaje —le dice Kawasemi a la criada—. Ya te llamaré cuando llegue la hora.

La criada hace una reverencia y se retira. Tiene los ojos rojos de llorar.

El pequeño torbellino humano se pone de pie, se frota la rodilla y avanza tambaleándose hacia su padre.

—Hoy es un día importante —dice el magistrado.

Naozumi medio canta, medio pregunta:

—¿El patito en el estanque, *ichi-ni-san*?

Con una mirada, Shiroyama le dice a su concubina que no se ponga nerviosa.

Tanto mejor, piensa el magistrado, que el niño sea demasiado pequeño para entenderlo.

—Ven aquí —dice Kawasemi, arrodillándose—, ven aquí, Nao-kun…

El niño se sienta en el regazo de su madre y le agarra un mechón de pelo.

Shiroyama se sienta a un paso de distancia, mueve las manos con ademán de prestidigitador…

… y en la palma le aparece un castillo de marfil en la cima de una montaña de marfil.

El hombre lo gira lentamente, a escasos centímetros de los fascinados ojos del niño.

Escaleras diminutas; unas nubes; pinos; muros que surgen de la roca…

—Lo talló tu bisabuelo —dice Shiroyama— en un cuerno de unicornio.

… una puerta en arco; ventanas; aspilleras; y en lo alto, una pagoda.

—No puedes verlo —dice el magistrado—, pero en este castillo vive un príncipe.

Olvidarás esta historia, es consciente de ello, pero tu madre la recordará.

—El príncipe se llama como nosotros: Shiro, castillo, *yama*, montaña. El príncipe Shiroyama es muy especial. Un día, tú y yo tendremos que reunimos con nuestros antepasados, pero el príncipe de esta fortaleza no se muere nunca: no mientras fuera haya un Shiroyama vivo —yo, tú, tu hijo— que posea su castillo y mire en su interior.

Naozumi coge la talla de marfil y se la acerca a los ojos.

Shiroyama no coge al niño en brazos ni aspira su dulce aroma.

—Gracias, padre —dice Kawasemi, bajándole la cabeza al niño para imitar una reverencia.

Naozumi se escapa con su botín, saltando de tatami en tatami hasta la puerta.

Al llegar al umbral se vuelve para mirar a su padre, y Shiroyama piensa: Ahora.

Y los pasos del niño se lo llevan para siempre.

El deseo engaña a los padres para apartarlos de sus hijos, piensa Shiroyama, y los

contratiempos, el deber…

Las caléndulas del búcaro son del color exacto del recuerdo del verano.

… pero quizá los más afortunados son los que nacen de un pensamiento irreflexivo, a saber: que el abismo intolerable que separa a los amantes sólo puede salvarse con los huesos y cartílagos de un nuevo ser.

La campana del templo de Ryûgayi marca la hora del caballo.

Ahora, piensa, tengo un homicidio que cometer.

—Será mejor que te vayas —dice Shiroyama a su concubina.

Kawasemi baja la mirada, decidida a no llorar.

—Si el niño apunta maneras al go, contrata a un maestro de la escuela Honinbo.

• • •

El vestíbulo de la Sala de los Sesenta Tatamis y el largo pasillo que conduce al patio delantero están abarrotados por una muchedumbre arrodillada: asesores, consejeros, inspectores, caciques, guardias, sirvientes, funcionarios del tesoro y su servicio doméstico. Shiroyama se detiene.

Los cuervos difunden rumores por el cielo espeso y pegajoso.

—Todos vosotros: levantad la cara. Quiero veros la cara.

Doscientas o trescientas cabezas miran hacia arriba: ojos, ojos, ojos…

… devoran un fantasma, piensa Shiroyama al verlos, que aún no ha muerto.

—¡Magistrado-sama!

Wada el Viejo se ha nombrado portavoz.

Shiroyama mira al leal e irritante anciano.

—Wada-sama.

—Servir al magistrado ha sido el mayor honor de mi vida…

El rostro de Wada está tenso de emoción; le brillan los ojos.

—Todos y cada uno de nosotros hemos extraído una lección de la sabiduría y ejemplo del magistrado…

Lo único que habéis aprendido de mí, piensa Shiroyama, es a garantizar que, en lo sucesivo, haya siempre mil hombres destacados en las defensas costeras.

—El recuerdo de su señoría vivirá para siempre en nuestras mentes y corazones.

Mientras mi cuerpo y mi cabeza, piensa Shiroyama, se pudren bajo tierra.

—¡Nagasaki no lo superará jamás! —exclama el anciano con el rostro bañado en lágrimas.

Oh, se imagina Shiroyama, dentro de una semana todo habrá vuelto a la normalidad.

—En nombre de todos los que hemos tenido, tenemos, el privilegio de estar a su servicio…

¿Hasta el intocable, piensa el magistrado, que vacía mi orinal?

—… yo, Wada, ¡le transmito nuestro eterno agradecimiento por su gentil auspicio!

Bajo los aleros, las palomas arrullan como las abuelas a los recién nacidos.

—Gracias —dice él—. Servid a mi sucesor como me habéis servido a mí.

Así que, piensa, el discurso más estúpido que he oído en toda mi vida ha tenido que ser el último.

El chambelán Tomine le abre la puerta para su última cita.

• • •

La puerta de la Sala de los Sesenta Tatamis se cierra con un ruido sordo. Ahora nadie podrá entrar hasta que salga el chambelán Tomine y anuncie la honorable muerte del magistrado Shiroyama. La multitud casi enmudecida del vestíbulo va regresando al luminoso reino de la vida. Por respeto al magistrado, el ala entera permanecerá desierta hasta el anochecer, a excepción de algún que otro guardia.

Hay un ventanal medio abierto, pero hoy la sala está oscura y cavernosa.

El señor abad Enomoto está estudiando la situación de la partida de go.

El abad se vuelve e inclina la cabeza. Su acólito hace una marcada reverencia.

El magistrado emprende el viaje hacia el centro de la estancia. Su cuerpo va apartando cortinas de aire silencioso; los pies se arrastran por el suelo. El chambelán Tomine sigue la estela de su señor.

La Sala de los Sesenta Tatamis podría tener seiscientos de ancho o seis mil de largo.

Shiroyama se sienta a la mesa del go, frente a su enemigo.

—Es de un egoísmo imperdonable causar estas dos últimas molestias a un hombre tan atareado.

—Las peticiones de su señoría —responde Enomoto— me halagan especialmente.

—Mucho antes de conocer a Enomoto-sama en persona ya había oído hablar, en voz baja e impresionada, de sus hazañas con la espada.

—La gente exagera esas historias, pero es cierto que, a lo largo de mi vida, cinco hombres me han pedido que oficiase de *kaishaku* en sus muertes, cometido que siempre he desempeñado de manera competente.

—Me vino a la mente su nombre, señor abad. El suyo y ningún otro.

Shiroyama baja la mirada hacia el fajín de Enomoto en busca de la vaina de su espada.

—Me la ha traído mi acólito —dice el abad, señalando al joven con la cabeza.

La espada, envuelta en tela negra, está colocada en un cuadrado de terciopelo rojo.

En una mesa lateral hay una bandera blanca, cuatro tazas negras y un recipiente

hecho con una calabaza roja.

Tendida con mucho tacto a cierta distancia hay una sábana blanca de lino, lo bastante grande para envolver un cadáver.

—¿Todavía desea —pregunta Enomoto, apuntando al tablero— terminar lo que habíamos empezado?

—Algo hay que hacer antes de morir. —El magistrado se cubre las rodillas con la chaqueta *haori* y concentra su atención en la partida—, ¿ha decidido su próximo movimiento?

Enomoto coloca una piedra blanca para amenazar el enclave más oriental de las negras.

El cuidadoso clic de la piedra suena como el bastón de un ciego.

Shiroyama va sobre seguro con un movimiento que es a la vez puente y cabeza de puente contra el norte de las blancas.

«Para ganar», le enseñó su padre, «es preciso purificarse del deseo de ganar».

Enomoto refuerza su ejército del norte abriendo una brecha entre sus tropas.

Ahora el ciego se mueve más rápido: clic, hace su bastón; clic, coloca una piedra en el tablero.

Unos pocos movimientos después, las negras de Shiroyama capturan un grupo de seis blancas.

—Tenían las horas contadas —señala Enomoto, infiltrando un espía tras la frontera occidental de las negras.

Shiroyama se desentiende y empieza a trazar una carretera entre su ejército occidental y el central.

Enomoto coloca otra piedra incomprensible al sudoeste de la nada.

Dos movimientos después, al audaz puente de Shiroyama sólo le faltan tres piedras para completarse. Es imposible, piensa el magistrado, que no me oponga resistencia.

Enomoto coloca una piedra a escasa distancia de su espía occidental… y Shiroyama vislumbra de repente las estaciones intermedias de un cerco de piedras negras que va del suroeste al noreste.

Si las blancas impiden que los principales ejércitos de las negras se fusionen en una fase tan avanzada de la partida…

… mi imperio, observa Shiroyama, quedará fragmentado en tres míseros feudos.

El puente está a tan sólo dos intersecciones de distancia: Shiroyama posee una…

… y Enomoto coloca una piedra blanca en la otra: la batalla da un vuelco.

Voy ahí, y él me sigue; vengo aquí, y él viene detrás; voy allá, y él…

Pero al quinto intercambio de movimiento y réplica, Shiroyama se olvida del movimiento originario.

El go es un duelo de profetas, piensa. Gana el que ve más lejos.

A sus ejércitos divididos no les queda otra que rezar por que las blancas cometan un error.

Pero Enomoto, el magistrado es muy consciente de ello, no comete errores.

—¿No ha sospechado nunca —pregunta— que no somos nosotros los que jugamos al go, sino el go el que nos juega a nosotros?

—Su señoría tiene una mente monástica —contesta Enomoto.

Se suceden más movimientos, pero la partida ha superado el momento de mayor intensidad.

Discretamente, Shiroyama cuenta los territorios controlados por las negras y los prisioneros capturados.

Enomoto se percata, hace lo propio con las piedras blancas, y espera al magistrado.

El abad cuenta ocho puntos a favor de las blancas; Shiroyama le da un margen de victoria de ocho puntos y medio.

—Ha sido un duelo —señala el perdedor— entre mi audacia y su sutileza.

—Mi sutileza ha estado a punto de costarme cara —admite Enomoto.

Los jugadores vuelven a colocar las piedras en los cuencos.

—Asegúrate de que este go sea para mi hijo —ordena Shiroyama a Tomine.

• • •

Shiroyama señala la calabaza roja.

—Gracias por traer el sake, señor abad.

—Gracias a usted, magistrado, por respetar mis precauciones. Hasta el último momento.

Shiroyama tamiza el tono de Enomoto en busca de destellos de sarcasmo, pero no encuentra ninguno.

El acólito coge la calabaza y llena las cuatro tazas negras.

En la Sala de los Sesenta Tatamis reina un silencio de cementerio olvidado.

Mis últimos minutos, piensa el magistrado mientras observa al cuidadoso acólito.

Una mariposa negra se choca contra la mesa.

El acólito le da la primera taza de sake al magistrado, la segunda a su señor, la tercera al chambelán, y luego regresa a su cojín con la cuarta.

Para no mirar las tazas de Tomine y Enomoto, Shiroyama piensa en las almas agraviadas —¿cuántas decenas, cuántos centenares?— que estarán observando desde los bordes de las tinieblas, sedientas de venganza. Alza la copa y dice:

—La vida y la muerte son inseparables.

Los otros tres repiten la manida frase. El magistrado cierra los ojos.

La taza de lava esmaltada del Sakurayima le resulta áspera en los labios.

El licor, espeso y astringente, inunda la boca del magistrado…

… y le deja un regusto aromático… sin el menor rastro del aditivo.

Desde el interior de la oscura tienda de sus párpados, oye beber al leal Tomine…

… pero ni Enomoto ni el acólito hacen lo propio. Espera. Pasan unos segundos.

La desesperación se adueña del magistrado. Enomoto sabía lo del veneno.

Cuando abra los ojos se encontrará con una mueca de escarnio.

Toda nuestra planificación, nuestra inventiva y el terrible sacrificio de Tomine habrán sido en vano.

Ha fallado a Orito, a Ogawa y a De Zoet, y a todas las almas agraviadas.

¿Nos habrá traicionado el intermediario de Tomine? ¿O el boticario chino?

¿Debería intentar matar al diablo con mi espada ceremonial?

En el preciso instante en que el magistrado abre los ojos para sopesar las posibilidades, Enomoto apura su taza…

… y el acólito la suya, un instante después de su señor.

En un abrir y cerrar de ojos, la desesperación de Shiroyama ha dejado paso a un simple hecho: lo sabrán dentro de unos minutos, y estaremos muertos dentro de cuatro.

—Extiende la sábana, chambelán. Justo ahí…

Enomoto levanta la mano.

—Eso puede hacerlo mi acólito.

El joven, bajo la mirada de los demás, despliega la amplia sábana de cáñamo blanco. Su finalidad tradicional es absorber la sangre del cuerpo decapitado y, posteriormente, envolver el cadáver, pero esta mañana la sábana cumple la función adicional de distraer a Enomoto del verdadero movimiento definitivo del magistrado, mientras sus cuerpos absorben el sake.

—¿Quiere que recite —se ofrece el señor abad— un mantra de redención?

—La redención que quepa obtener en este momento —responde Shiroyama— es sólo mía.

Enomoto no dice nada, pero coge su espada.

—¿Su *hara-kiri* será visceral, magistrado, con una daga tanto, o consistirá en un simple roce simbólico con el abanico, según la moda actual?

Shiroyama empieza a notar entumecidos los dedos de pies y manos. El veneno ya está alojado en nuestras venas.

—Antes de eso, señor abad, le debo una explicación.

Enomoto posa la espada en su regazo.

—¿Acerca de qué?

—De los motivos por los que los cuatro estaremos muertos dentro de tres minutos.

El señor abad escruta el rostro de Shiroyama para confirmar que no ha debido de oír bien.

El acólito, bien adiestrado, se pone de pie y se agazapa, escudriñando la silenciosa sala en busca de amenazas.

—En momentos así —dice Enomoto con suficiencia—, las emociones oscuras pueden ofuscarnos el corazón, pero por el bien de su posteridad, magistrado, debe usted…

—¡Guarde silencio hasta oír el veredicto del magistrado!

El chambelán de nariz aplastada habla con la plena autoridad que le confiere el cargo.

Enomoto mira parpadeando al anciano.

—Dirigirse a mí en ese…

—Señor abad Enomoto-no-kami —Shiroyama sabe qué queda poco tiempo—, daimio del feudo de Kyôga, sumo sacerdote del templo del monte Shiranui, por el poder que me otorga el augusto shogun, se le declara culpable del homicidio de las sesenta y seis mujeres enterradas detrás de la posada Harubayashi, en la carretera del mar de Ariake; de organizar el cautiverio de las hermanas del templo del monte Shiranui; y del infanticidio constante y contra natura de la prole engendrada en esas mujeres por usted y sus monjes. Estos crímenes los expiará con su muerte.

El chacoloteo amortiguado de unos caballos penetra en la sala cerrada.

—Me duele —dice impasible Enomoto— ver cómo una mente otrora noble…

—¿Niega las acusaciones? ¿O se cree inmune a ellas?

—Sus preguntas son innobles. Sus acusaciones son despreciables. Suponer que usted, un funcionario designado y ahora caído en desgracia, podría castigarme a mí… ¡a mí!… es de una arrogancia pasmosa. Vamos, acólito, abandonemos esta escena tan deplorable y…

—¿Cómo es que tiene las manos y los pies tan fríos en un día tan caluroso?

Enomoto abre su desdeñosa boca y mira la calabaza con el ceño fruncido.

—No la he perdido de vista en ningún momento, maestro —afirma el acólito—. No le han echado nada.

—En primer lugar —dice Shiroyama— le expondré mis motivos. Cuando, hace dos o tres años, nos llegó el rumor de que había cadáveres escondidos en un bosquecillo de bambú, detrás de la posada Harubayashi, no hice mucho caso. Los rumores no constituyen pruebas, sus amistades en Edo son más poderosas que las mías y el jardín trasero de un daimio no es asunto de nadie… por lo general. Pero cuando hizo desaparecer a la comadrona que salvó las vidas de mi vástago y de mi concubina, mi interés por el templo del monte Shiranui comenzó a avivarse. El señor de Hizen envió un espía que refirió unas historias grotescas sobre sus monjas retiradas. El hecho de que no tardasen en asesinarlo no hizo sino confirmar sus relatos, de modo que cuando cierto testamento guardado en un tubo de madera de cornejo…

—El apóstata Yiritsu era una víbora que se revolvió contra la Orden.

—Claro, y a Ogawa Uzaemon lo mataron unos bandoleros de las montañas, ¿verdad?

—Ogawa era un espía y un perro que murió como un espía y un perro. —Enomoto se pone de pie balanceándose, se tambalea, cae al suelo y gruñe—: ¿Qué has… qué has…?

—El veneno ataca a los músculos del cuerpo, empezando por las extremidades y terminando en el corazón y el diafragma. Se extrae de las glándulas de una serpiente arborícola que sólo habita en un delta de Siam, donde se la conoce como «serpiente de los cuatro minutos». Un farmacólogo tan instruido como el abad ya se imaginará por qué. Su letalidad sólo es comparable a la dificultad de conseguirlo, pero Tomine, en materia de contactos, también es un chambelán incomparable. Lo hemos probado con un perro que duró… ¿cuánto, chambelán?

—Menos de dos minutos, señoría.

—No sabemos si el perro murió por hemorragia o por asfixia, pero enseguida saldremos de dudas. En estos momentos ya no me siento los codos ni las rodillas.

El acólito ayuda a Enomoto a sentarse…

… pero cae y se queda tendido en el suelo, retorciéndose como una marioneta con los hilos cortados.

—Al contacto con el aire —prosigue el magistrado—, el veneno se solidifica en forma de copos finos y translúcidos. Pero un líquido, en especial un licor, como el sake, lo disuelve al instante. De ahí las toscas tazas de Sakurayima: para camuflar el veneno untado en sus paredes internas. El hecho de que haya previsto mi ataque en el tablero de go, pero no haya reparado en esta simple estratagema, justifica de sobra mi muerte.

Enomoto, con el rostro crispado de terror y rabia, trata de empuñar la espada, pero tiene el brazo rígido y acorchado y no consigue desenvainarla. Se mira la mano incrédulo y, con un gruñido gutural, da un puñetazo a su taza de sake.

La taza rebota por el suelo vacío, como un guijarro en la superficie de una laguna oscura.

—Si supieses, Shiroyama, maldito tábano, lo que acabas de hacer…

—Lo que sé es que las almas de esas mujeres enterradas sin duelo detrás de la posada Harubayashi…

—¡Esas putas deformes nacieron destinadas a morir en el arroyo!

—… esas almas podrán descansar en paz a partir de ahora. Se ha hecho justicia.

—¡La Orden de Shiranui les alarga la vida, no se la acorta!

—¿Para qué? ¿Para criar «dones» con los que nutrir vuestro delirio?

—¡Sembramos y recogemos la cosecha! ¡La cosecha es nuestra y la usamos como nos plazca!

—Su orden siembra crueldad al servicio de la locura y…

—¡Los credos surten efecto, termita humana! ¡El aceite de las almas surte efecto! ¿Cómo habría podido durar tantos siglos una orden fundada en una locura? ¿Cómo habría podido un abad ganarse mediante ensalmos de curandero el favor de los hombres más astutos del imperio?

Los creyentes más puros, piensa Shiroyama, son los verdaderos monstruos.

—Su orden muere con usted, señor abad. El testimonio de Yiritsu ha llegado a Edo y… —el aliento empieza a fallarle conforme el veneno le agarrota el diafragma —… sin usted allí para defenderlo, el templo del monte Shiranui perderá todo apoyo oficial.

La taza arrojada describe un amplio arco, rodando y susurrando.

Shiroyama, sentado en la posición del loto, pone a prueba los brazos. Han muerto antes que él.

—Nuestra Orden —balbucea Enomoto entre jadeos—, la Diosa, el ritual recolectaba almas…

A Tomine se le escapa una especie de gorgoteo. Le tiembla la mandíbula.

Los ojos de Enomoto hierven y brillan.

—No puedo morir.

Tomine se desploma encima del tablero de go. Los dos cuencos de piedras se desperdigan por el suelo.

—Senectud neutralizada —dice Enomoto con el rostro contraído—, piel inmaculada, vigor intacto.

—Maestro, tengo frío —la voz del acólito se derrite—, tengo frío, maestro.

—En la otra orilla del río Sansho —dice Shiroyama gastando sus últimas palabras — te esperan tus víctimas.

Su lengua y labios ya no colaboran. Hay quien dice, el cuerpo de Shiroyama se convierte en piedra, que no hay vida más allá de la muerte. Hay quien dice que los seres humanos no son más eternos que los ratones o las efímeras. Pero tus ojos, Enomoto, demuestran que el Infierno no es una invención, pues el Infierno se refleja en ellos. El suelo se inclina y se convierte en una pared.

Por encima de él, la maldición de Enomoto suena deforme y estrangulada.

Déjalo atrás, piensa el magistrado. Deja todo atrás…

El corazón de Shiroyama para de latir. El pulso de la tierra le palpita en el oído.

A unos pocos centímetros hay una piedra de go, una concha de almeja, lisa y perfecta…

… una mariposa negra se posa en la piedra blanca, y abre las alas.

# IV

## La estación de las lluvias



1811

# XL

## Templo del monte Inasa, sobre la bahía de Nagasaki

*Mañana del viernes 3 de julio de 1811*

El cortejo fúnebre atraviesa el cementerio encabezado por dos sacerdotes budistas cuyas túnicas negras, blancas y azules traen a Jacob el recuerdo de las urracas, un pájaro que no ve desde hace trece años. Un sacerdote toca un tambor sordo y el otro entrechoca dos baquetas. Los siguen cuatro eta con el féretro de Marinus a hombros. Jacob camina junto a Yûan, su hijo de diez años. Los intérpretes de primera categoría Iwase y Goto marchan pocos pasos detrás, con el canoso y perenne doctor Maeno y Ôtsuki Monyurô, de la academia Shirandô, precediendo a los cuatro guardias que cierran el cortejo. La lápida y el ataúd de Marinus los han pagado los académicos, y el administrador De Zoet les está agradecido: hace tres temporadas que Deshima depende de los préstamos del tesoro de Nagasaki.

Las gotas de niebla se adhieren a la barba roja de Jacob. Algunas le resbalan por la garganta, se le meten por debajo del menos raído de sus cuellos de camisa y se diluyen en el sudor tibio que le empapa el torso.

El recinto reservado a los extranjeros está al final del cementerio, junto al borde del escarpado bosque. Jacob se acuerda del lugar donde enterraban a los suicidas en Domburgo, contiguo a la iglesia de su tío. La iglesia de mi difunto tío, se corrige. La última carta de su familia le llegó hace tres años, aunque Geertje la había escrito dos años antes. Tras la muerte de su tío, su hermana se había casado con el maestro de escuela de Vrouwenpolder, un pequeño pueblo al este de Domburgo, donde ella da clase a los niños más pequeños. La ocupación francesa de Walcheren hace la vida difícil, admitía Geertje —la gran iglesia de Veere se ha convertido en barracón y establo para las tropas napoleónicas—, pero su marido, escribía su hermana, es un buen hombre, y ellos son más afortunados que la mayoría.

El canto de los cucos satura la mañana rezumante de niebla.

En el recinto de los extranjeros ya se ha congregado un nutrido grupo de dolientes, semiocultos bajo paraguas. La lentitud del cortejo permite a Jacob ir leyendo las doce o trece docenas de lápidas: los suyos son los primeros pies holandeses que hollan el camposanto, al menos por lo que deduce de los registros de sus predecesores. Los nombres de los primeros muertos se han perdido por obra de los líquenes y la escarcha, pero, desde la era Genroku en adelante —la década de 1690—, las inscripciones se dejan leer cada vez con más fiabilidad. Jonas Terpstra, probablemente un frisón, murió en el primer año de Hôei, a comienzos del siglo pasado; Klaas Oldewarris fue llamado al seno de Dios en el tercer año de Hôryaku,

en la década de 1750; Abraham Van Doeselaar, zelandés paisano de Jacob, murió en el noveno año de An'ei, dos décadas antes de que el *Shenandoah* zarpase rumbo a Nagasaki. Ahí está la tumba del joven mestizo que se cayó de la fragata inglesa, al que Jacob bautizó póstumamente con el nombre de «Jack Farthing»; y Wybo Gerritszoon, que murió por una «rotura abdominal» en el cuarto año de Kyôwa, hace nueve años: Marinus sospechaba que se trataba de apendicitis pero cumplió su promesa de no abrir el cuerpo de Gerritszoon para confirmar el diagnóstico. Jacob recuerda muy bien la agresión de Gerritszoon, pero su rostro se le ha borrado de la memoria.

El doctor Marinus llega a su destino final.

La lápida, grabada en caracteres japoneses y latinos, reza: DOCTOR LUCAS MARINUS, MÉDICO Y BOTÁNICO FALLECIDO EN EL SÉPTIMO AÑO DE LA ERA DE BUNKA. Los sacerdotes entonan un mantra mientras se baja el féretro. Jacob se quita el sombrero de piel de serpiente y, a modo de contrapunto al cántico pagano, recita en silencio unos pasajes del salmo ciento cuarenta y uno.

—«Están esparcidos nuestros huesos ante las fauces de la tumba…».

Siete días antes Marinus estaba más sano que nunca.

—«… como la tierra hendida y hecha pedazos. Pero mis ojos, Señor, están fijos en ti…».

El miércoles anunció que iba a morirse el viernes.

—«… en ti he confiado; no desampares mi alma».

Un lento aneurisma cerebral estaba oscureciéndole los sentidos.

—«… que suba mi oración hasta ti como el incienso…».

No se le veía en absoluto preocupado —ni enfermo— mientras escribía el testamento.

—«… y mis manos en alto, como la ofrenda de la tarde».

Jacob no le creyó, pero el jueves Marinus se metió en la cama.

—«Cuando expiran», dice el salmo ciento cuarenta y seis, «vuelven al polvo…».

El doctor bromeó diciendo que era una serpiente, que sólo estaba cambiando de piel.

—«… y justo entonces se esfuman sus proyectos».

El viernes por la tarde se echó una siesta y ya no despertó más. Los sacerdotes han terminado. Los dolientes miran al administrador en jefe.

—Padre —dice Yûan en holandés—, puedes decir unas palabras. Los académicos de más categoría ocupan el centro, flanqueados, a la izquierda, por quince alumnos del doctor, tanto antiguos como actuales, y, a la derecha, por una variopinta amalgama de miembros de la elite, curiosos, espías, monjes del templo y unos pocos más que Jacob no examina.

—En primer lugar —dice en japonés— debo agradecer sinceramente a todos los

presentes…

Una brisa agita los árboles y los goterones caen sobre los paraguas.

—«… que hayan hecho frente a la estación de las lluvias para venir a despedir a nuestro colega…».

No sentiré su muerte, piensa Jacob, hasta que vuelva a Deshima y quiera hablarle del templo del monte Inasa, pero no pueda…

—«… antes de partir en su último viaje. Doy las gracias a los sacerdotes por conceder un lugar de reposo a mi compatriota, y haber permitido mi intrusión en este lugar. Hasta sus últimos días, el doctor estuvo haciendo lo que más amaba: enseñar y aprender. Así pues, cuando pensemos en Lucas Marinus, recordemos un…».

Jacob repara en dos mujeres escondidas bajo amplios paraguas.

La más joven —¿una sirviente?— lleva una capucha que le cubre las orejas.

Su compañera, de más edad, lleva un pañuelo en la cabeza que le tapa el lado izquierdo de la cara…

Jacob ha perdido el hilo de lo que estaba diciendo.

• • •

—Muy amable de su parte haber esperado, Aibagawa-sensei…

Ha habido que ofrecer un donativo al templo e intercambiar las cortesías de rigor con los académicos, y a Jacob le angustiaba la posibilidad de que ella se hubiese ido, tanto como le inquietaba la posibilidad de que no se hubiese ido.

Aquí estás, piensa al mirarla, la verdadera Orito, aquí, de verdad.

—Muy egoísta de mi parte —dice ella en japonés— importunar al administrador en jefe, al que apenas conocí brevemente, y hace ya mucho tiempo…

Eres muchas cosas, piensa Jacob, pero no egoísta.

—… pero el hijo del administrador De Zoet ha transmitido el deseo de su padre con una…

Orito mira a Yûan, que está embobado con la comadrona, y sonríe.

—… insistencia tan cortés que nos ha sido imposible marcharnos.

—Espero —Jacob da gracias a Yûan con la mirada— que no los haya incordiado demasiado.

—¿Cómo va a incordiar a nadie un niño tan educado?

—Su maestro, un artista, hace todo lo posible por inculcarle disciplina, pero desde que falleció su madre, anda descontrolado, y me temo que el daño sea irreparable. —Se vuelve hacia la acompañante de Orito, preguntándose si será una sirviente, una ayudante, o una igual—. Me llamo De Zoet —dice—. Gracias por venir.

La joven no se inmuta por su condición de extranjero.

—Me llamo Yayoi. No debería decirle lo mucho que ella habla de usted, o se pasará el día enfadada conmigo.

—Aibagawa-sensei —le dice Yûan a Jacob— me ha dicho que conoció a Madre hace mucho tiempo, antes incluso de que tú llegases a Japón.

—Sí, Yûan, Aibagawa-sensei tenía la amabilidad de curar a tu madre y a sus hermanas en las casas de té de Murayama de vez en cuando. Pero, *sensei*, ¿cómo es que se encontraba usted en Nagasaki en este… —Jacob mira hacia el cementerio—… momento tan triste? Tenía entendido que trabajaba usted de comadrona en Miyako.

—Así es, pero el doctor Maeno me invitó a venir para aconsejar a uno de sus alumnos, que quiere abrir una escuela de obstetricia. No había vuelto a Nagasaki desde… bueno, desde que me marché, y me pareció que era el momento oportuno. El hecho de que mi visita haya coincidido con el fallecimiento del doctor Marinus es una triste casualidad.

Su explicación no deja entrever la menor intención de visitar Deshima, y Jacob supone que no tenía pensado hacerlo. Al percibir la curiosidad de la concurrencia, el holandés señala con un gesto el largo tramo de escaleras que bajan desde la entrada del templo hasta el río Nakashima.

—¿Bajamos juntos, señorita Aibagawa?

—Con sumo placer, administrador De Zoet.

Yayoi y Yuan los siguen a unos pocos peldaños de distancia, e Iwase y Goto cierran la marcha, de modo que Jacob y la célebre partera pueden conversar más o menos en privado. Las piedras están húmedas y cubiertas de musgo, y ambos caminan con cuidado.

Podría decirte un millón de cosas, piensa Jacob, y ninguna.

—Entonces —dice Orito— ¿su hijo es aprendiz del pintor Shunro?

—Shunro-sensei se apiadó del escaso talento del niño, sí.

—O sea, que el hijo ha heredado el don artístico del padre.

—¡Yo no tengo ningún don! Soy un zote con dos manos izquierdas.

—Disculpe que le lleve la contraria, pero tengo pruebas que lo desmienten.

Entonces conserva el abanico. Jacob no logra disimular la sonrisa.

—Debe de haber sido duro criar al niño, tras la muerte de Tsukinami-sama.

—Vivió en Deshima hasta hace dos años. Marinus y Eelattu ejercieron de tutores, y contraté lo que en holandés llamamos una «niñera». Ahora vive en el estudio de su maestro, pero el magistrado le permite venir de visita cada diez días. Pese a estar deseando que llegue un barco de Batavia por el bien de Deshima, también me aterra la idea de tener que abandonar a Yûan…

Un picapinos invisible se ensaña a ráfagas con un tronco cercano.

—Me ha dicho Maeno-sensei —dice Orito— que el doctor Marinus tuvo una muerte plácida.

—Estaba orgulloso de usted. «Son los alumnos como la señorita Aibagawa los que dan sentido a mi labor», solía decir, y también: «El conocimiento sólo existe si se

transmite…». —Como el amor, querría añadir Jacob—. Marinus era un cínico soñador.

En mitad del tramo de escaleras, los dos oyen y ven las espumosas aguas del río color café.

—Todo gran maestro —señala ella— alcanza la inmortalidad a través de sus alumnos.

—Aibagawa-sensei podría perfectamente referirse a sus propios alumnos.

Orito dice:

—Es admirable la soltura con que habla usted japonés.

—Cumplidos como ese demuestran que aún cometo errores. Es lo malo de tener categoría de daimio, que ya nadie me corrige. —Jacob titubea—. Ogawa-sama solía hacerlo, pero es que era un intérprete único.

Más arriba, en la montaña oculta, cantan y discuten las currucas.

—Y un hombre valiente.

El tono de Orito da a entender a Jacob que sabe cómo murió, y por qué.

—Cuando la madre de Yûan vivía, solía pedirle que me corrigiese los errores, pero era una pésima profesora. Decía que mis equivocaciones eran encantadoras.

—Sin embargo, su diccionario ya está presente en todos los feudos. Mis alumnos no dicen: «Pásame el diccionario holandés», dicen: «Pásame el Dazûto».

El viento despeina los fresnos de largos dedos.

Orito pregunta:

—¿William Pitt sigue vivo?

—William Pitt se fugó con una mona de la Santa María, hace cuatro años. La mañana en la que ella zarpaba, él se tiró al agua y fue nadando hasta el barco. Los guardias no estaban seguros de si podían aplicarle las leyes del shogun, y lo dejaron marchar. Tras su partida, los únicos que quedábamos de su época de alumna éramos el doctor Marinus, Ivo Oost y yo. Arie Grote ha vuelto dos veces, pero sólo para la temporada comercial.

Detrás de ellos, Yûan dice algo gracioso y Yayoi se ríe.

—Si Aibagawa-sensei quisiera, por un casual… visitar Deshima, entonces… en fin…

—El administrador De Zoet es muy amable, pero debo regresar a Miyako mañana. Varias damas de la corte están embarazadas y necesitan mi asistencia.

—¡Claro! Claro. No he querido insinuar que… Quiero decir, no ha sido mi intención… —Jacob, herido, no se atreve a decir qué es lo que no ha querido insinuar —… sus obligaciones —balbucea—… están por encima de todo.

Al pie de las escaleras, los palanquineros se dan friegas de aceite en muslos y pantorrillas para el fatigoso viaje de vuelta a la ciudad.

Díselo, se ordena a sí mismo Jacob, o pasarás el resto de tu vida arrepintiéndote

de tu cobardía.

Decide pasar el resto de su vida arrepintiéndose de su cobardía. No, no puedo.

—Hay una cosa que debo decirle. Aquel día, hace doce años, cuando los hombres de Enomoto la raptaron, yo estaba en la atalaya y la vi… —Jacob no se atreve a mirarla—… La vi intentando convencer a los centinelas de la Puerta Terrestre de que la dejasen entrar. Vorstenbosch acababa de traicionarme y yo, como un niño enfurruñado, la vi pero no hice nada. Habría podido bajar corriendo, discutir, armar un escándalo, llamar a un intérprete compasivo, o a Marinus… pero no lo hice. Bien sabe Dios que, en ese momento, no preví las consecuencias de mi pasividad… ni que no volvería a verla hasta hoy… Aquella misma tarde recobré el juicio… —se siente como si tuviera una espina de pescado clavada en la garganta—… pero cuando bajé corriendo a la Puerta Terrestre para… para… ayudar, ya era demasiado tarde.

Orito escucha con atención y camina con cuidado, pero tiene los ojos ocultos.

—Un año después, intenté reparar el daño. Ogawa-sama me pidió que guardase un pergamino que le había dado un fugitivo del templo. De su templo, Aibagawa-sensei, del templo de Enomoto. Al cabo de unos días llegó la noticia de la muerte de Ogawa-sama. Mes a mes fui aprendiendo el suficiente japonés para descifrar el pergamino. El día en que entendí a qué cosas se había visto expuesta por culpa de mi pasividad fue el peor día de mi vida. Pero mi desesperación no le habría servido de ninguna ayuda. Nada podría haberle servido de ayuda. Durante el incidente del *Febo* me gané la confianza del magistrado Shiroyama, y él la mía, de modo que corrí el enorme riesgo de mostrarle el pergamino. Los rumores sobre su muerte, y la de Enomoto, fueron tan numerosos que no había forma de darles sentido… pero poco después me enteré de que habían arrasado el templo de Shiranui y que el feudo de Kyôga había pasado a manos del señor de Hizen. Se lo cuento… se lo cuento porque… porque no contárselo sería mentir por omisión, y yo no puedo mentirle.

Los lirios florecen en la maleza. Jacob está ruborizado y exhausto.

Orito prepara su respuesta.

—Cuando el dolor es agudo, cuando las decisiones son espinosas, nos creemos que somos cirujanos. Pero el tiempo pasa, y uno lo ve todo con más claridad, y yo ahora nos veo como los instrumentos quirúrgicos que el mundo utilizó para extirpar la Orden del monte Shiranui. Si aquel día usted me hubiese dado cobijo en Deshima, me habría ahorrado sufrimiento, sí, pero Yayoi seguiría prisionera allí. Los Doce Credos seguirían en vigor. ¿Cómo puedo perdonarlo si no hizo nada malo?

Llegan al pie de la colina. El río almena.

Hay un puesto de amuletos y pescado asado. Los asistentes al entierro vuelven a ser personas.

Unos hablan, otros bromean, otros miran al administrador holandés y a la comadrona.

—Debe de ser difícil —dice Orito— no saber cuándo volverá a ver Europa.

—Para aliviar el dolor trato de ver Deshima como si fuese mi hogar. Mi hijo está aquí.

Jacob se imagina que abraza a esa mujer a la que nunca podrá abrazar…

… y que la besa, una sola vez, entre las cejas.

—¿Padre? —Yûan mira con el ceño fruncido a Jacob—, ¿te encuentras bien?

Qué rápido creces, piensa el padre. ¿Por qué no me lo avisaron?

Orito dice, en holandés:

—Bueno, administrador De Zoet, nuestros pasos juntos han terminado.

# V

## Las últimas páginas



Otoño de 1817

# XLI

## Alcázar del *Profetes*, en la bahía de Nagasaki

*Lunes 3 de noviembre de 1817*

… y cuando Jacob vuelve a mirar, el lucero del alba ha desaparecido. Deshima se desvanece por minutos. Saluda con la mano a la figura que se ve en la atalaya, y la figura le devuelve el saludo. Está cambiando la marea, pero el viento sopla en contra, de ahí que haya dieciocho barcas japonesas de ocho remeros cada una remolcando al *Profetes* hasta el exterior de la bahía. Los remeros entonan al unísono la misma saloma: el raído coro de sus voces se funde con la percusión del mar y las maderas del barco. Habría bastado con catorce barcas, piensa Jacob, pero el administrador Oost regateó sin piedad el coste de las reparaciones del almacén Roos, así que tal vez haya hecho bien cediendo en este particular. Jacob se frota el rostro y su piel cansada absorbe las gotas de llovizna. En la ventana de la Sala del Mar de su vieja casa sigue encendido un candil. Le vienen a la mente los años de vacas flacas, cuando se vio obligado a vender la biblioteca de Marinus, libro por libro, para comprar aceite para las lámparas.

—Buenos días, administrador De Zoet.

Aparece un joven guardiamarina.

—Buenos días, aunque ahora soy el señor de Zoet a secas. ¿Y usted?

—Boerhaave, señor. Estoy aquí para servirle durante el viaje.

—Boerhaave… Bonito nombre para un marino.

Jacob le tiende la mano.

El guardiamarina le da un buen apretón.

—Un placer, señor.

Jacob se vuelve hacia la atalaya, cuyo vigía ya es tan pequeño como un trebejo de ajedrez.

—Disculpe mi curiosidad —dice Boerhaave—, pero, durante la cena, los tenientes estaban hablando de cuando se enfrentó usted a una fragata británica en esta bahía, completamente solo.

—Eso fue antes de que usted naciese. Y no estaba solo.

—¿Quiere decir que la providencia tuvo algo que ver en la defensa que hizo usted de nuestra bandera, señor?

Jacob intuye que tiene delante una mente devota.

—Algo así.

El amanecer insufla verdes fangosos y rojos incandescentes en los bosques grisáceos.

—Y después, señor, ¿se quedó diecisiete años aislado en Deshima?

—«Aislado» no es la palabra, cadete. He estado tres veces en Edo: un viaje de lo más divertido. Mi amigo el doctor y yo podíamos salir a buscar plantas por esos farallones de allí, y en los últimos años se me ha permitido visitar a conocidos en Nagasaki con más o menos libertad. El régimen, pues, era más parecido al de un internado estricto que al de una isla cárcel.

Un marinero encaramado a la verga de mesana grita algo en un idioma escandinavo.

La respuesta sale con retraso del flechaste en forma de larga e indecente carcajada.

La tripulación esta eufórica porque las doce semanas de inactividad, con el barco fondeado, tocan a su fin.

—Debe de estar ansioso por volver a casa, señor de Zoet, después de tantos años.

Jacob envidia de la juventud su claridad y sus certezas.

—Entre la guerra y los veinte años que han transcurrido, cuando llegue a Walcheren me encontraré más caras desconocidas que conocidas. A decir verdad, solicité permiso a Edo para establecerme en Nagasaki como una especie de cónsul de la nueva compañía, pero no existe ningún precedente en los archivos —Jacob se limpia las lentes empañadas— así que, como ve, tengo que marcharme.

La atalaya se divisa con más nitidez sin las gafas, y el hipermétrope Jacob se las guarda en el bolsillo de la chaqueta. Al descubrir que le falta el reloj de bolsillo sufre un ataque de pánico, pero al instante recuerda que se lo ha regalado a Yûan.

—Señor Boerhaave, ¿sabe qué hora es?

—No hace mucho que sonaron dos campanadas de la guardia de babor, señor.

Antes de que Jacob pueda explicarle que se refería a la hora en tierra, la campana del templo Ryûgayi señala con estruendo la hora del dragón: en esa época del año, las siete y cuarto de la mañana.

La hora de mi partida, piensa Jacob, es el regalo de despedida que me hace Japón.

La figura de la atalaya se ha reducido hasta convertirse en una diminuta *i*.

Podría ser yo mismo, visto desde el alcázar del *Shenandoah*, aunque Jacob duda que Unico Vorstenbosch fuese de los que miran hacia atrás. El capitán Penhaligon, en cambio, probablemente sí… Jacob espera poder enviar algún día una carta al inglés, de parte del «tendero holandés», para preguntarle qué fue lo que le frenó aquella tarde de otoño y no le dejó disparar las carroñadas del *Febo*: ¿fue un acto de misericordia cristiana, o es que alguna consideración de índole más pragmática obligó a anular la orden de abrir fuego?

Aunque lo más probable, se ve obligado a reconocer Jacob, es que, a estas alturas, Penhaligon también haya muerto.

Un marinero negro trepa por un cabo cercano y Jacob piensa en lo que decía

Ogawa Uzaemon: que los barcos extranjeros parecen tripulados por fantasmas, y semejan imágenes reflejadas que aparecen y desaparecen a través de puertas ocultas. Jacob recita una breve plegaria por el alma del intérprete mientras contempla la estela efervescente del buque.

La figura apostada en la atalaya es una mancha indistinta. Jacob dice adiós con la mano.

La mancha devuelve el gesto, con dos brazos borrosos que describen amplios arcos.

—¿Algún amigo especial, señor? —pregunta el guardiamarina Boerhaave.

Jacob deja de mover el brazo. La figura también.

—Es mi hijo.

Boerhaave no sabe qué decir.

—¿Lo deja aquí, señor?

—No tengo elección. Su madre era japonesa, y la ley es muy clara. El hermetismo es el último recurso defensivo de Japón. El país no quiere que lo entiendan.

—Pero… entonces… ¿cuándo podrá volver a ver a su hijo?

—Hoy… este minuto… es la última vez que lo veré… en este mundo, al menos.

—Si lo desea, señor, puedo pedir prestado un catalejo.

El interés del guardiamarina conmueve a Jacob.

—Gracias, pero no. No le vería bien la cara. Pero, si no es mucha molestia, ¿podría traerme de la cocina una jarra de té caliente?

—Por supuesto, señor. Aunque si el fogón no está encendido aún, tal vez tardará un rato.

—Tómese el tiempo que haga falta. Me… me quitará el frío del pecho.

—Muy bien, señor.

Boerhaave baja por la escotilla mayor.

La silueta de Yûan va difuminándose contra el fondo de Nagasaki.

Jacob reza, y rezará todas las noches, para que la vida de Yuan sea mejor que la del hijo tuberculoso de Thunberg, pero el exadministrador está más que versado en la desconfianza japonesa hacia la sangre foránea. Yûan podrá ser el alumno de mayor talento de su maestro, pero jamás heredará el título de este, ni podrá casarse sin el permiso del magistrado, ni abandonar, siquiera, los límites de la ciudad. Es demasiado japonés para marcharse, piensa Jacob, pero no lo bastante para ser uno más.

Cien palomas torcaces se dispersan desde un hayedo.

Hasta las cartas dependen de la ecuanimidad de terceros. Las respuestas tardarán tres, cuatro o cinco años.

El exiliado padre se frota un ojo empañado por el viento para sacarse una pestaña.

Da unos cuantos pisotones en el suelo para sacudirse el frío de la mañana. Sus

rodillas se quejan.

Jacob mira hacia atrás pero ve las páginas de los meses y años que tiene por delante. Al llegar a Java, el nuevo gobernador general lo convoca a su palacio de Buitenzorg, una saludable ciudad situada tierra adentro y por encima de los vapores miasmáticos de Batavia. Le ofrecen una sinecura en la nueva oficina del gobernador, pero la rechaza aludiendo a su deseo de regresar a la patria. Si no puedo quedarme en Nagasaki, piensa, más vale darle la espalda del todo al Oriente. Al mes siguiente, desde un barco que se dirige a Europa, ve cómo el anochecer engulle a Sumatra y oye al doctor Marinus, nítido como el estilizado estribillo de un clavicémbalo, hablar de la brevedad de la vida, probablemente en arameo. Por supuesto, se trata de una jugarreta de la mente. Seis semanas después, los pasajeros avistan la Montaña de la Mesa descollando detrás de la Ciudad del Cabo, donde Jacob recuerda algunos fragmentos de una historia que, mucho tiempo atrás, le contó el administrador Van Cleef en el tejado de un burdel. El tifus, una tempestad brutal frente a las Azores y un encontronazo con unos piratas berberiscos hacen más ardua la etapa atlántica, pero Jacob desembarca sano y salvo en la rada de Texel, bajo una tormenta de granizo. El capitán del puerto entrega a Jacob una cortés citación a La Haya, donde se le reconoce su papel tangencial en la guerra con una breve ceremonia en el Ministerio del Comercio y las Colonias. De allí se dirige a Roterdam y desembarca en el mismo muelle donde un día le prometiera a una joven llamada Anna que regresaría de las Indias Orientales en cuestión de seis años, con una fortuna. Ahora tiene dinero de sobra, pero Anna murió al dar a luz hace mucho tiempo, y Jacob toma el paquebote que viaja a diario a Veere, en Walcheren. Los molinos de su isla natal, que sufrió los estragos de la guerra, ya se han reconstruido y están en plena actividad. Nadie en Veere reconoce al domburgués, que ha vuelto a casa. Vrouwenpolder está a tan sólo media hora en carro, pero Jacob prefiere ir caminando, para no perturbar las clases vespertinas en la escuela del marido de Geertje. Llama a la puerta. Su hermana acude a abrir y dice:

—Mi hermano está en su estudio, señor, ¿le importaría…?

Entonces los ojos se le abren como platos y rompe a reír y llorar.

El domingo siguiente, Jacob escucha el sermón en la iglesia de Domburgo rodeado de rostros conocidos tan avejentados como el suyo. Rinde homenaje ante las tumbas de su madre, su padre y su tío, pero rehúsa la invitación del nuevo pastor a cenar en su casa. Se desplaza a Midelburgo para entrevistarse con directores de sociedades comerciales y empresas de importación. Se ofrecen cargos, se toman decisiones, se firman contratos, y Jacob se inicia en la masonería. En la temporada de los tulipanes, al llegar el Pentecostés, la inexpresiva hija de uno de sus socios sale de una iglesia cogida de su brazo. El confeti le recuerda las flores de los cerezos de Miyako. El hecho de que la señora De Zoet tenga la mitad de años que su marido no

genera repulsa: la juventud de ella es la justa retribución por el dinero de él. Ambos cónyuges disfrutan, la mayor parte del tiempo, de su mutua compañía; o, desde luego, a ratos; al menos, en los primeros años de matrimonio. Jacob tiene intención de publicar las memorias de sus años de administrador en jefe en el Japón, pero la vida, de un modo u otro, siempre se las ingenia para robarle el tiempo. Cumple cincuenta años. Lo eligen miembro del Consejo de Midelburgo. Cumple sesenta años y sigue sin escribir sus memorias. Su pelo cobrizo pierde el lustre, se le descuelga el rostro, y las entradas le aumentan hasta que su calva semeja el cráneo rasurado de un anciano samurái. Un pintor en alza que le hace un retrato se asombra de su aire de melancólica distancia, pero logra exorcizar del cuadro definitivo ese espíritu de ausencia. Un día, Jacob entrega en herencia el salterio de los De Zoet a su hijo mayor; no a Yûan, que ha muerto antes que él, sino al mayor de sus hijos holandeses, un muchacho serio con poca curiosidad por lo que pueda haber más allá de Zelanda. El final de octubre o el comienzo de noviembre trae un crepúsculo ventoso. El día ha despojado a los olmos y los sicómoros de sus últimas hojas, y el farolero hace la ronda mientras la familia de Jacob rodea el lecho del patriarca. El mejor médico de Midelburgo pone cara de circunstanciales pero está contento de haberle hecho a su paciente toda suerte de curas y pruebas durante la breve pero lucrativa enfermedad, y de poder llegar a cenar a casa. El péndulo del reloj refleja la luz de la chimenea, y en los últimos estertores de Jacob de Zoet las sombras ambarinas del rincón del fondo se coagulan en forma de mujer.

La mujer se infiltra sin ser vista entre los presentes, más altos y corpulentos…

… se ajusta el pañuelo de la cabeza para taparse mejor la quemadura…

… y coloca las manos frías en el rostro febril de Jacob.

En los estrechos ojos de la mujer, Jacob se ve a sí mismo de joven.

Los labios de ella se posan entre sus cejas.

Y una puerta de papel bien encerado se descorre.

# Agradecimientos

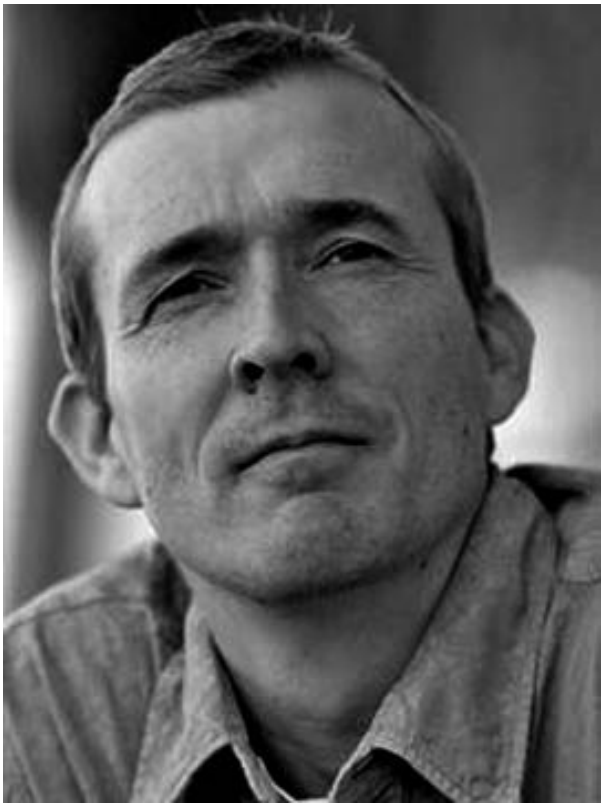
En primer lugar, el autor desea dar las gracias al Instituto Holandés de Estudios Superiores de Humanidades y Ciencias Sociales, y al Fondo Holandés para la Literatura por la valiosa oportunidad de residir en el NIAS durante la primera mitad de 2006.

En segundo lugar, el autor da las gracias en general a Nadeem Aslam, Piet Baert, Manuel Berri, Evan Camfield, Wayson Choy, Harm Damsma, Walter Donohue, David Ebershoff, Johnny de Falbe, Tijs Goldschmidt, Tally Garner, Henry Jeffreys, Jonny Geller, Trish Kerr, Martin Kingston, Sharon Klein, Tania Kuteva, Hari Kunzru, Jynne Martin, Niek Miedema, Cees Nooteboom, Al Oliver, Hazel Orme, Lidewijde Paris, Jonathan Pegg, Noel Redding, Michael Schellenberg, Mike Shaw, Alan Spence, Doug Stewart, Ruth Tross, Arjo Vanderjagt, Klaas y Gerrie de Vries, Ruth Tross, a mi paciente editora Carole Welch, a Henk Wesselling y al doctor George E. Van Zanen.

En tercer lugar, gracias en particular a Kees't Haart, a Robert Hovell, director de la fragata *Unicorn*, atracada en Dundee, al archivista Peter Sijnke de Midelburgo y a la catedrática Cynthia Vialle de la universidad de Leiden por responder un sinfín de preguntas. Son muchas las fuentes de las que bebe esta novela, pero, por encima de todo, está en deuda con la erudición del catedrático Timon Screech de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de Londres, con Beatrice M. Bodart Bailey, autora de la traducción anotada de *Japan: Tokugawa Culture Observed*, de Kaempfer (leída por el capitán Penhaligon), y con la traducción de Annick M. Doeff de las memorias de su antepasado Hendrik Doeff, *Recollections of Japan*.

En cuarto lugar, gracias a los ilustradores de la casa, Jenny y Stan Mitchell, y a la traductora de fuentes japonesas Keiko Yoshida, también de la casa.

Por último, gracias a Lawrence Norfolk y a su familia.



DAVID MITCHELL. Nació en Southport, Merseyside, Inglaterra, en 1969. Criado en Malvern, Worcestershire, estudió en la Universidad de Kent, donde obtuvo título en Inglés y Literatura Americana. Vivió durante un año en Sicilia, luego se trasladó a Hiroshima, donde trabajó como profesor de inglés durante ocho años antes de regresar a Inglaterra. Actualmente vive en Irlanda con su esposa Keiko y sus dos hijos.

En un ensayo para Random House, Mitchell escribió: «Yo sabía que quería ser escritor desde que era niño, pero hasta que llegué a vivir a Japón en 1994, me distraía fácilmente como para lograr algo relevante. Probablemente me habría convertido en escritor donde quiera que viviese, pero ¿sería el mismo escritor si me hubiera pasado los últimos 6 años en Londres, o Ciudad del Cabo, o en Moose Jaw, o en una plataforma petrolífera o en el circo? Esta es mi respuesta a mi mismo».

En su primera novela, *Escritos fantasma* (1999), Mitchell nos lleva a recorrer el mundo, desde Okinawa a Mongolia hasta la ciudad de Nueva York justo antes del milenio. En ella, nueve narradores cuentan historias que se entrelazan y se interceptan. La novela ganó el Premio John Rhys Llewellyn (a la mejor obra de literatura británica escrita por un autor menor de 35 años) y fue finalista del Premio «Primer Libro» de *The Guardian*. Sus dos novelas posteriores, *number9dream* (2001) y *El atlas de las nubes* (2004), fueron preseleccionadas para el premio Man Booker. En 2003 fue elegido como uno de los «Mejores novelistas jóvenes británicos» por *Granta*.